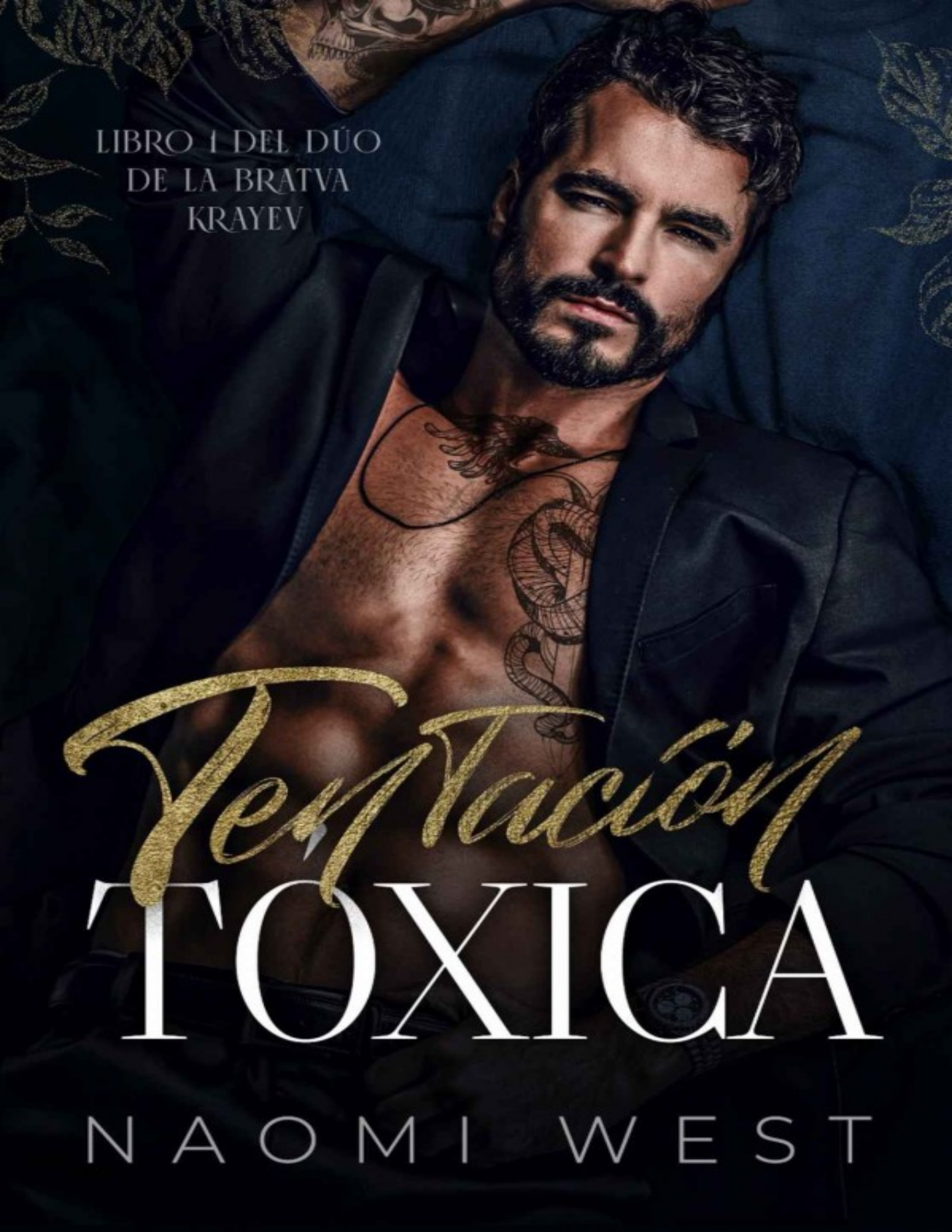

LIBRO 1 DEL DÚO
DE LA BRATVA
KRAYEV
Tentación
TÓXICA
NAOMI WEST

TENTACIÓN TÓXICA

LA BRATVA KRAYEV

LIBRO 1

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Tentación Tóxica

1. Vesper
2. Kovan
3. Vesper
4. Vesper
5. Kovan
6. Kovan
7. Vesper
8. Kovan
9. Vesper
10. Kovan
11. Vesper
12. Kovan
13. Vesper
14. Vesper
15. Vesper
16. Kovan
17. Kovan
18. Vesper
19. Vesper
20. Vesper
21. Kovan
22. Kovan
23. Kovan
24. Vesper
25. Vesper
26. Vesper
27. Vesper
28. Kovan
29. Kovan
30. Kovan

31. Vesper
32. Vesper
33. Kovan
34. Kovan
35. Vesper
36. Kovan
37. Kovan
38. Vesper
39. Vesper
40. Vesper
41. Vesper
42. Kovan
43. Kovan
44. Kovan
45. Vesper
46. Vesper
47. Vesper
48. Vesper
49. Vesper
50. Kovan
51. Kovan
52. Vesper
53. Kovan
54. Vesper
55. Vesper
56. Vesper
57. Vesper
58. Kovan
59. Kovan
60. Vesper
61. Kovan
62. Vesper
63. Vesper
64. Vesper
65. Vesper
66. Kovan
67. Vesper
68. Vesper
69. Vesper

70. Kovan
71. Vesper
72. Kovan
73. Vesper
74. Kovan
75. Vesper
76. Kovan
77. Vesper
78. Vesper
79. Kovan
80. Kovan
81. Vesper
82. Vesper
83. Kovan
84. Vesper

Copyright © 2025 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Pavlov

Daño Ardiente

Penitencia Ardiente

La Bratva Adamov

Rey Marcado

Reina Marcada

La Bratva Chekhov

Resplandor Pecaminoso

Novia pecaminosa

La Bratva Kulikov

Pecados del Crepúsculo

Lágrimas del Crepúsculo

La Bratva Zakharov

Diablo de diamantes

Ángel de diamantes

La Bratva Zaitsev

Malicia Rubí

Misericordia Rubí

La Bratva Tasarov

Juramento de Medianoche

Mentiras de medianoche

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

La Bratva Aminoff

Rosa Enjaulada

Espina Enjaulada

TENTACIÓN TÓXICA

LIBRO 1 DE LA BRATVA KRAYEV

Soy una chica obediente. Una buena chica.

Él es un multimillonario arrogante que solo se escucha a sí mismo.

Yo no podría... ¿verdad?

Hasta que Kovan irrumpió en mi sala de urgencias con un chico sangrando en sus brazos,

no sabía quién era.

Solo sabía que ese niño moriría si no hacía algo.

Así que hice lo que tenía que hacer.

Pero eso fue solo el principio.

Porque el niño es el sobrino de Kovan.

Y Kovan necesita la custodia.

¿Su solución?

Yo.

Quiere que finja ser su novia ante los tribunales.

Eso significa treinta días viviendo en su casa.

Treinta días criando a su sobrino como si fuera nuestro.

Treinta días fingiendo que no me siento irresistiblemente atraída por un hombre con un ego tan grande como su cuenta bancaria.

Le salvé la vida.

Él está a punto de arruinar la mía.

1

VESPER

Hice un juramento. Teniendo en cuenta todas las circunstancias, era bastante sencillo.

No hacer daño.

Es sencillo, ¿verdad? Tres palabras fáciles. Casi imposible de estropear.

Salvo que, como yo, tengas un temperamento explosivo y una boca tan imprudente como para prometer cosas que nunca podrás cumplir. Por eso estoy caminando a toda velocidad por los pasillos amplios del Hospital St. Raphael, tratando de evitar todos esos pensamientos molestos directamente opuestos a mi juramento.

"No hacer daño", resulta ser algo limitante.

"No hacer daño" significa que probablemente tengo prohibido estrellar la cabeza de cierta persona contra una de las gárgolas de piedra que se alzan sobre la entrada del hospital.

"No hacer daño" sugiere que no debería chocar *accidentalmente* a otra persona con mi bisturí apuntando a una de sus arterias principales.

Pero ¿"no hacer daño" implica realmente que no puedo adornar la sopa del almuerzo del director del hospital, Jeremy Fleming, con

unos cuantos cacahuetes triturados? Es decir, sí, el hombre tiene una alergia mortal a los frutos secos... pero si digo que lo hago para darle sabor, ¿realmente estoy infringiendo la norma? Y si "olvido" dónde está su EpiPen, ¿es eso realmente un delito?

En cuanto a su compañera en el odio, Shana Reed, no sé si es alérgica a algo, excepto quizá a la compasión. Quizá así pueda llegar a ella. Matarla con amabilidad, ¿no es eso lo que dicen? Mientras muera de verdad, me dan igual los medios justificados por el fin.

Suena duro. Lo sé. Lo entiendo. Pero duro es exactamente lo que se merecen Jeremy y Shana. Al fin y al cabo, son ellos los que juegan a ser Dios, y nada menos que con la vida de *niños*. Creen que los presupuestos hospitalarios son un juego de números.

Pero no lo son. Los presupuestos hospitalarios son un juego de vida o muerte. Y, en este juego, los únicos jugadores que pueden perder son aquellos cuyas vidas apenas han comenzado.

Niños calvos con leucemia, niñas con los ojos hinchados y rabdomiosarcoma, preadolescentes demasiado delgados con bolsas de ostomía y una palidez grisácea en su piel desnutrida: esos son los que pierden.

¿A Jeremy y Shana les importa?

No. No les importa.

Esos dos demonios sin alma preferirían quitarle la muleta a un niño de ocho años amputado antes que reemplazar todo el equipo defectuoso con el que me veo obligada a trabajar a diario.

El infierno es un lugar demasiado bueno para gente como ellos.

Así que sí, puede que esté contemplando la posibilidad de violar mi juramento hipocrático, pero sin duda hay algunas personas que están exentas de ese juramento. Sin duda, hay hombres y mujeres que deberían atragantarse con su propio veneno.

Seguro que algunas personas merecen sufrir.

—¿...Dra. Fairfax?

Me giro hacia la mujer pálida que me observa desde la puerta de una de las habitaciones privadas del hospital. Recién entonces me doy cuenta de que lleva un rato llamándome. Estaba demasiado absorta en escenarios de tortura medieval protagonizados por Jeremy y Shana como para darme cuenta.

Parpadeo para volver a la realidad. —¡Sra. Moore! Hola, lo siento. ¿Harper está bien?

Se encoge de hombros, sin responder ni sí ni no. —Un residente vino a verla hace unos minutos. Dijo que sus vías respiratorias todavía están bastante inflamadas, y que deberíamos pasar al menos otras dos noches aquí.

Me muerdo la lengua, aunque solo sea para que el dolor me impida entrecerrar los ojos con irritación. —¿Era el Dr.... Statton?

—Sí, creo que sí —la señora Moore se muerde el labio, un hábito nervioso que ha desarrollado durante las largas noches al lado de la cama de su hija. Sus labios están agrietados y sangrantes, pobrecitos, y sus ojos azules han perdido demasiado de su brillo—. Yo... le dije que usted era nuestra Dra., pero él dijo que, en su opinión profesional, llevar a Harper a casa solo empeoraría su caso.

Suspiro. La paciencia escasea estos días, pero ¿los pacientes? Siempre hay demasiados.

Tomo a la señora Moore por el hombro y la acompaño de vuelta a la habitación. Su hija, Harper, está tumbada en la cama. Tiene nueve años, casi diez, pero la neumonía recurrente le ha robado el crecimiento, por lo que ahora no desentonaría en una clase de jardín de infancia. Sus mejillas están demasiado hundidas, sus párpados cerrados son demasiado prominentes. El cabello castaño rojizo que se extiende sobre la almohada está lacio, sin vida y quebradizo.

—La situación de Harper está bajo control, Sra. Moore —le aseguro —. La he estado vigilando religiosamente desde el momento en que

llegó a mi cuidado. Le han administrado nebulizaciones varias veces y sus vías respiratorias han vuelto a la normalidad. Pero estaré encantada de volver a comprobarlo por usted.

La madre exhala, lanzando miradas abatidas en dirección a su hija. —No, no... Es solo que me preocupé cuando dijo... Es decir, ni siquiera sabía su nombre. No dejaba de llamarla Hadley.

Por supuesto.

Porque Taylor Statton no es realmente médico, es un títere. Un trepador social egoísta, vanidoso y ávido de poder, con la cabeza llena de gel tan metida en el recto de Jeremy que es una maravilla que no sea él quien necesite tratamientos con nebulizador.

Sin embargo, no puedo decir nada de eso en voz alta. Me importa un comino proteger la reputación de Statton, solo que no quiero añadir ni una pizca más de preocupación a esta mujer y a su hija. Ya han sufrido mucho más de lo que nadie debería sufrir.

—El Dr. Statton... —...*es un idiota pomposo que sabe que, por cada noche extra en este hospital, se llenan muchos bolsillos que no lo merecen, incluido el suyo*—, no conoce a Harper como yo. Firmaré sus papeles de alta esta noche y podrá llevársela a casa.

—Y si vuelve a tener problemas para respirar...

—Llámeme en cualquier momento —insisto, agarrándola del brazo—. Si hace falta, iré yo misma a su casa para asegurarme de que su pequeña está a salvo.

La cara de la señora Moore se ilumina con una sonrisa amplia, la primera que le veo en días. —Gracias, Dra. Fairfax. Es usted un ángel.

—No hay necesidad de... —me interrumpo al oír el repentino alboroto de voces que proviene del pasillo. Si no me equivoco, parece una pelea en la sala de enfermeras. No es la primera vez que ocurre algo así, ni será la última. Los padres ansiosos y las

enfermeras agotadas y sobrecargadas de trabajo no son una buena combinación—, darme las gracias. Disculpe, por favor.

La señora Moore mira en dirección al alboroto y sus ojos vuelven a su estado habitual de preocupación angustiosa.

Salgo de la habitación y empiezo a caminar por el pasillo, crujiéndome los nudillos mientras lo hago. ¿Con cuál de los matones de Jeremy tendré que lidiar hoy? Sea quien sea, espero que esté preparado para mí. Con la adrenalina que corre por mis venas gracias a ese imbécil de Statton y su catastrofismo manipulador, estoy más que lista para una pelea.

Pero, cuando doblo la esquina y veo el tamaño del hombre que se eleva sobre una de las enfermeras, la lucha en mí se marchita y corre a refugiarse por dos razones.

Una: este no es un idiota musculoso a sueldo de Jeremy. El niño inconsciente que lleva en brazos es prueba suficiente.

Dos: este hombre puede partirme en dos con solo su dedo meñique.

Es enorme, vestido con una chaqueta de traje azul marino oscuro que debe haber requerido acres de seda italiana para coserla. El pelo oscuro es lo suficientemente largo como para empezar a rizarse en la nuca. Por la forma en que tiene la cabeza girada, solo puedo ver una parte de su mandíbula, pero esa parte es ferozmente afilada y está cubierta por una barba incipiente, y la poca parte de su boca que se ve está fruncida en un ceño salvaje.

Más allá de todo eso, sin embargo, está la forma en que el aire y las personas en la habitación parecen cambiar a su alrededor. Todos los ojos están fijos en él, con las mandíbulas caídas hasta el suelo, atrapadas en algún lugar entre el asombro y el terror. Hay una sensación palpable de violencia que emana de él como el humo de un incendio.

Así que sí, "partirme por la mitad" parece estar dentro de las posibilidades de este hombre. Pero ahora mismo, parece que es

Sonya la que corre el peligro de ser partida por la mitad. Es una de mis mejores enfermeras, competente y tranquila, nunca causa problemas. Pero en este momento se encuentra cara a cara con un *problema* con *P* mayúscula.

Hay que reconocer que Sonya se interpone directamente en el camino de ese hombre monstruoso, a pesar de ser dos cabezas más baja que él. Está empleando la voz tranquilizadora y apaciguante que se inculca a los estudiantes durante la escuela de enfermería.

—Señor, entiendo su situación, pero me temo que no puede quedarse con...

—No voy a separarme de él, ¿me entiende? —la voz del hombre es un gruñido lleno de rencor—. Hay que examinar al chico, maldición, ahora mismo.

Sonya retrocede. No es habitual oír ese tipo de lenguaje en St. Raphael. Y menos aún dirigido a alguien tan dulce y paciente como Sonya.

Empiezo a caminar un poco más rápido.

—Necesito un maldito médico —continúa—. Así que, a menos que pueda encontrarme uno, le sugiero que se quite de mi camino.

—Señor, quiero ayudarlo...

—Entonces, ¿por qué demonios sigue aquí parada? Vaya a buscar a alguien.

El labio inferior de Sonya comienza a temblar. Las otras dos enfermeras que la flanquean se han apartado de la línea de fuego. Mi instinto me grita que haga lo mismo.

Este no es un hombre con el que quieras meterte.

Pero, como haría cualquier buen médico, bloqueo el ruido de fondo y me concentro en el niño en sus brazos. Un niño pálido, caucásico, demasiado delgado. Probablemente tenga unos siete u ocho años.

Tiene los labios hinchados. Los ojos hinchados. Apenas respira. Anafilaxia, casi con toda seguridad de naturaleza alergénica. El libro de texto de mi mente se abre y las palabras comienzan a flotar en primer plano en mi cerebro.

Mientras hablamos, los anticuerpos IgE unidos a los mastocitos están provocando la desgranulación. Es la hora punta de la histamina en las venas del niño, todas abiertas de par en par para dar cabida al atasco. Cada segundo hace que su presión arterial baje más y más, una espiral descendente que terminará en un paro cardíaco si no...

—Déjame echarle un vistazo —digo de improviso justo cuando Sonya empieza a titubear con su siguiente respuesta. Su mirada se posa en mí con gratitud, sus mejillas se sonrojan mientras se retira detrás del mostrador de enfermería en busca de refugio.

El hombre se da vuelta.

Mi primer pensamiento, extremadamente infantil, es: *Dios mío, es guapísimo*.

No estoy orgullosa de eso. En absoluto.

Soy médico y esto es una situación de emergencia. Tengo a un niño con anafilaxia entre manos y ¿me quedo mirando a su padre?

Mi única defensa, y soy consciente de que es patética, pero es la única que tengo, es que últimamente he estado pasando por una larga temporada de sequía. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve algo remotamente emocionante en mi vida. En este momento, me conformaría con algo medianamente tibio.

Esa es la única razón que se me ocurre para explicar por qué me afectan tanto esos ojos verdes que me taladran como si tuvieran el poder de convertirme en piedra.

Sin embargo, no son solo los ojos verdes. Es todo el conjunto: oscuro, rudo y musculoso. La parte delantera es aún más intimidante

que la vista desde atrás.

El hombre tiene la mandíbula cuadrada y los ojos entrecerrados con desconfianza mientras me examina de arriba abajo como si pudiera ver a través de mí. Dado el sujetador deportivo claramente poco atractivo que llevo puesto, que debería haber tirado hace cuatro años, espero sinceramente que no sea así.

—¿Quién eres? —no espera a que responda antes de preguntar—: ¿Eres médico?

—Eso es lo que dice mi título de medicina —respondo con frialdad—. Tu hijo está en anafilaxia. Necesito...

Antes de que pueda decirle lo que necesito, un grito desgarrador, un ruido nuevo e inesperado, trastoca todo. Se me pone la piel de gallina en los brazos, se me revuelve el estómago y me brota un sudor frío en la frente.

Es imposible, *tiene* que ser imposible, pero juraría que el ruido que acabo de oír sonaba como...

—¿Es un *disparo*? —pregunta Sonya jadeando desde donde se ha escondido detrás del mostrador de enfermería.

—No —le digo con calma—. No puede ser...

Entonces, vuelve a ocurrir.

El mismo sonido, pero exponencialmente más fuerte. Tan fuerte que no hay duda de lo que es. Ni de dónde viene: se acerca a nosotros.

—¡AGÁCHENSE! —grito, mientras se desata el caos en la sala de pediatría.

2

KOVAN

No es así como imaginé poner mis manos sobre ella por primera vez.

Pero las circunstancias no me dejaron otra opción.

Tampoco me dejaron tiempo para tratarla con delicadeza. O la apartaba como si fuera un muñeco de trapo, o recibiría una de las balas que volaban por el pasillo.

Así que, con una mano aún acunando a Luka contra mi pecho, rodeo con la otra la delgada cintura de la Dra. y la arrastro al suelo con nosotros. Luego, me echo encima de ambos.

Si llegan las balas, que me alcancen a mí primero. Yo puedo soportarlo. ¿El niño y la mujer? Ellos no.

Sus rodillas golpean el suelo con fuerza. Espero oír lloriqueos, más parecidos a los que estoy oyendo detrás de la sala de enfermeras. Pero, cuando me arqueo lo suficiente para mirarla, los ojos azul claro de la Dra. están despejados, secos y fijos en Luka. Su rostro está pálido, el cabello castaño claro le cubre la cara, pero parece tranquila.

Extendiendo una mano torpe, presiona dos dedos contra la pálida garganta de Luka para comprobar su pulso. Parece estar peor que cuando llegamos. Toda la luz de la conciencia ha desaparecido de sus ojos, aunque aún no están del todo cerrados. Un gemido

profano sale de sus labios con cada exhalación. Solo con oírlo, me dan ganas de derribar las paredes de este maldito lugar, aunque solo sea para encontrar a alguien que pueda salvarlo.

Pero esa persona podría estar literalmente aplastada debajo de mí. La boca de la Dra. se tuerce en una mueca sombría mientras retira los dedos del hueco debajo de la mandíbula de Luka.

—Necesita epinefrina —se escabulle de debajo de mí y empieza a ponerse en pie.

—Vuelve... —la agarro del brazo por segunda vez y la tiro hacia abajo, justo cuando una bala pasa rozando su cabeza y se estrella contra la pared de azulejos verdes detrás de nosotros—, abajo. Por Dios, mujer, ¿a dónde crees que vas?

Sus ojos azules brillan, intensos y ardientes. —Estoy intentando salvar la vida de tu hijo —espeta.

—Es mi sobrino. Y no vas a poder hacer una mierda con esos *mudaki* disparando como si fuera el puto 4 de julio ahí fuera.

Ella inclina la cabeza hacia la sala de enfermeras. —Sonya, inicia el procedimiento de cierre.

Su orden es directa, segura. Su voz no tiembla ni una sola vez.

No puedo decir que las enfermeras con las que trabaja tengan la misma presencia de ánimo. Sonya, la mujer delgada como una ramita a la que le estaba gritando antes, se limita a tragar saliva. Sus ojos son como platos, enormes y redondos. Ven, pero no procesan la información.

La Dra. lo intenta de nuevo. —¡Sonya! ¡Cierre de emergencia! Tenemos que asegurarnos de que los tiradores no puedan entrar en ninguna de las habitaciones de los pacientes.

Otra enfermera, con mechas grises en el pelo, entra en acción y se apresura a pulsar un botón debajo de la estación que no puedo ver.

Supongo que es una alarma silenciosa, porque no oigo nada más que disparos y gritos lejanos.

—Mierda, mierda, mierda —murmura la Dra.. Mira a nuestro alrededor y luego al largo y vacío pasillo—. Hay una sala médica al final del pasillo. Debería poder encontrar una EpiPen allí.

Me empuja de nuevo y se agacha como un velocista en la línea de salida.

—A riesgo de repetirme —gruño—, ¿dónde coño crees que vas?

Ni siquiera se molesta en mirarme. Me irritaría su falta de respeto si no fuera porque casi admiro su descaro. No hay mucha gente en mi vida que haría lo que ella está haciendo ahora.

—Si no le administro una inyección de epinefrina en los próximos minutos —explica—, su garganta se cerrará por completo y no podrá respirar. Morirá. Tengo que llegar a la sala médica lo antes posible. A menos que prefieras la primera opción.

Miro al niño. Tiene mi nariz, un poco demasiado grande y prominente. *La nariz de un emperador romano*, siempre le digo en broma. *Tú y yo somos de la realeza antigua.*

O al menos, eso es con lo que solía burlarme.

Si no le administran el EpiPen, puede que no vuelva a hacer esa broma nunca más.

—Está bien —asiento—. Pero no sin protección.

Sujeto a Luka con fuerza contra mi pecho, usando una mano para sostenerlo mientras con la otra alcanzo la pistola que llevo en la funda de mi cadera. En cuanto la saco, los ojos de la Dra. se abren como platos y un rubor de pánico tiñe sus mejillas de rosa.

Probablemente no sea el momento adecuado para notarlo, pero es jodidamente guapa.

—Están aquí por *tu* culpa —jadea.

Me sorprende que le haya costado tanto tiempo atar cabos. No es tonta, eso está claro.

—Desde luego, no están aquí por la jodida comida de la cafetería —refunfuño mientras acciono el cerrojo y quito el seguro.

Ella empieza a alejarse de mí, sin apartar los ojos de mi arma —Ni se te ocurra intentar escapar —le advierto—. Tienes que ayudarme.

Sus labios se curvan hacia atrás, dejando al descubierto los dientes. Incluso ahora, sigue siendo combativa. Una vez más, me sorprendo admirándolo más que despreciándolo. Qué extraño. —No tengo por qué hacer nada.

—Te das cuenta de que tengo un arma, ¿verdad?

Sus ojos se agrandan, pero su mandíbula solo se aprieta con desafío. —¿Crees que le tengo miedo a tu gran juguete de metal?

—No te lo pido por mí, te pido que ayudes a mi sobrino. Tiene ocho años y es inocente. Y si no lo salvas va a morir. Tú misma lo has dicho. Así que, pensándolo bien, en realidad no te lo estoy pidiendo —la apunto con la pistola—. Busca la puta EpiPen, Dra..

Sus ojos se abren como platos, pero sé que he dicho las palabras mágicas. Vuelve a estar en modo salvar pacientes.

—Está bien. Vamos al almacén —no espera mis instrucciones. De hecho, parece creer que ella es la que manda—. Dame a tu sobrino. ¿Cómo se llama?

—Luka —respondo, sin ceder el control—. Y se queda conmigo.

—No seas estúpido. No puedes cubrirme y sujetarlo al mismo tiempo. Dame al niño y, por el amor de Dios, apunta con esa cosa a los malos, idiota.

Que así sea. No voy a discutir con una buena razón. No en un momento como este.

Apretando los dientes, le entrego a Luka. Luego, me giro y miro hacia fuera, con mi Smith & Wesson lista para demostrar lo capaz que es.

Juguete de metal y una mierda.

Veo a unos hombres que no pintan nada aquí agrupados al final del pasillo. Cuatro de ellos en mi campo de visión, demasiado musculosos y brutales para un hospital infantil. Me levanto de donde hemos estado agachados, apunto, exhalo y disparo.

Cae uno.

Quedan tres.

—Vete —grito por el lado de la boca, hacia donde la combativa Dra. sigue arrodillada, atrapada en estado de shock—. En tres, dos... *ahora*.

Vuelvo a disparar. Y entonces, quedan dos.

Detrás de mí, la Dra. recoge a Luka y se aleja tambaleándose por el pasillo tan rápido como puede. Vacío mi cargador en dirección a los atacantes para mantenerlos inmovilizados en sus escondites. Me quedaré sin balas antes de que ellos se queden sin aliento, pero, mientras ella y Luka lleguen a su destino, no pasa nada.

Acabaré con esos hijos de puta clavándoles una grapadora en la carótida si es necesario. No sería la primera vez.

Me retiro mientras descargo el arma. *Bam, bam, bam...*

Chhhk.

Cámara vacía. No hay más balas. Miro por encima del hombro y veo la cabeza de Luka desaparecer por una puerta al final del pasillo.

Con un gruñido, los sigo.

En cuanto entro, cierro de un portazo y bloqueo el paso con uno de los enormes archivadores grises apilados a un lado. Por suerte, no

están fijados a la pared, pero el chirrido metálico que produce al arrastrarse por las baldosas húmedas me hace rechinar los dientes.

Me giro y veo a la Dra. en el rincón más alejado de la habitación. Ha tumbado a Luka en el suelo y ahora está rebuscando entre las estanterías altas, tratando de encontrar una EpiPen.

—Vamos, vamos —murmura para sí misma—. Dejen de esconderse, pequeños bastardos.

Cruzo la habitación hasta llegar al lado de Luka. La hinchazón de sus labios se ha extendido a su cara. Tiene un aspecto espantoso, demasiado pálido y frágil. Ese gemido feo y agudo que emitía antes se ha convertido en un pequeño silbido triste. Su cuerpo se está cerrando como un maldito mausoleo.

Me tiemblan las manos mientras me inclino para tomarle el pulso. —¡Date prisa, maldición! Apenas respira.

—Apártate —ordena ella—. Necesito espacio.

Su toque es ligero como una pluma en mi bíceps, pero es como si me hubiera golpeado en el pecho con un mazo. Retrocedo mientras ella se arrodilla junto a Luka.

Le remanga el pantalón a Luka, muerde el capuchón de la inyección y la levanta en alto. Con un movimiento preciso, le clava la aguja en el muslo.

Ahora soy yo quien no respira.

La habitación está en silencio. La Dra. no dice ni una palabra. Luka tampoco. Yo tampoco. Incluso los disparos han cesado por ahora.

—Vamos —susurra—. Vamos... Respira por mí, Luka, respira por mí.

Él no se mueve.

Ni siquiera un poco.

Estoy a punto de perder la puta cabeza... cuando, de repente, Luka toma una gran bocanada de aire. Sus párpados se abren, se cierran, se abren, se cierran, luchan contra los ganchos invisibles que los mantienen cerrados.

Luego, se abren y permanecen abiertos. Sus ojos encuentran los míos. Sonríe.

Y yo me derrumbo de rodillas.

3

VESPER

Me quedo quieta, dividida entre los ojos nublados y el estribillo que suena en mi cabeza en un bucle sin fin. Es algo así como: *¿En qué demonios te has metido, Vesper?*

—¿Estás bien? —pregunta el hombre en voz baja desde donde está arrodillado en el suelo de baldosas. Acaricia con su enorme mano la cabeza peluda de Luka una y otra vez con círculos suaves. La ternura de su tacto no concuerda con su corpulencia, con su mandíbula apretada.

Tampoco, por decirlo suavemente, con la pistola aún humeante que yace a su lado.

El niño, Luka, asiente. La hinchazón ya está empezando a remitir lo suficiente como para que por fin pueda ver sus rasgos reales bajo toda esa hinchazón. Tiene los ojos grises. Un gris profundo y pensativo, casi plateado.

—Tenía miedo, tío Kovan —sus pequeños dedos se aferran al cuello de la camisa de su tío.

La voz grave de barítono responde—: No tenías nada que temer. Te prometí que siempre te mantendría a salvo.

Sé que no debería escuchar esto. Nada de esto. No está hablando en voz baja para que Luka lo oiga. Pero, por mucho que sienta que

estoy entrometiéndome en un momento privado, también es demasiado bonito como para perdérselo.

Hay algo profundamente conmovedor en ver a un niño aferrarse a la persona en la que más confía. Lo he visto un millón de veces en mi tiempo en la sala de pediatría.

Esa fe incondicional que un niño deposita en su cuidador. Su creencia sin reservas de que pueden arreglar cualquier cosa.

Yo también sentí eso una vez.

Es uno de mis primeros recuerdos. También es uno de los más intensos. Me había roto el brazo y estaba tumbada en una camilla en este mismo hospital, hace veinticinco años, agarrándome la mano inútil y llorando. Sentía como si el mundo se acabara.

Nunca más podría trepar por las barras de mono.

No podría saltar la cuerda, ni chocar los cinco.

Tendría que aprender a escribir con la mano izquierda.

Pero entonces entró mi padre, vestido con una bata blanca de médico idéntica a la que llevo puesta ahora, y de repente ya no me pareció que fuera el fin del mundo.

Porque inmediatamente supe que, fuera lo que fuera lo que le pasaba a mi brazo, mi padre podría arreglarlo.

Lo miré entonces como todos mis pacientes miran a sus padres. Como Luka está mirando a su tío ahora mismo.

Y, si un niño puede mirar así a este peligroso criminal armado y cubierto de tatuajes, es que el hombre no puede ser tan malo.

¿...Verdad?

—Gracias por salvarme —murmura Luka contra su pecho.

El hombre acaricia el pelo del niño, pero sus ojos, tan verdes y musgosos como un estanque después de una tormenta, se dirigen hacia mí.

—Tuve ayuda —dice amablemente—. Demos las gracias a la buena Dra. por traerte de vuelta.

Luka me mira entre los musculosos antebrazos de su tío. —Gracias, Dra. —dice en voz baja.

Cruzo las manos delante de mí. —Ha sido un placer, Luka.

Él sonríe, mostrando unos dientes desiguales, superpuestos unos sobre otros como si lucharan por imponerse. A pesar de la epinefrina que estabiliza su sistema, sus mejillas mantienen una hinchazón natural. Todavía tiene la suavidad y la untuosidad de la grasa infantil, como un pequeño querubín, aunque sea uno que está en brazos de un demonio.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

Estoy a punto de responder con mi respuesta habitual: "Soy la Dra. Fairfax". Pero entonces mi mirada se posa en el tío de Luka, con sus ojos de águila y el tatuaje de una serpiente que le recorre el cuello. —Me llamo Vesper —digo en su lugar.

—¿Vesper? —repite Luka, frunciendo la nariz con desconcierto—. ¿Eso es un nombre?

Me río entre dientes. —Mi madre estaba pasando por una fase religiosa cuando me tuvo. A mi padre le gustó porque era el nombre de un cóctel que le gustaba.

Si Luka está confundido por todo eso, no lo demuestra. Al igual que su tío, se limita a mirarme, sin pestañear, imperturbable. Tiene cara de bebé, sí, pero hay más años en sus ojos de los que debería haber. Demasiados años. Demasiadas cosas que no debería haber visto.

Aparto la mirada.

—Mi padre está muerto —me dice Luka sin rodeos y de repente, como solo un niño de ocho años puede hacerlo—. Por eso ahora el tío Kovan cuida de mí.

—Entonces, ¿puede el tío Kovan explicarme por qué acabaste en el hospital con anafilaxia?

Me preparo para la ira, para la condescendencia, pero Kovan se limita a suspirar y se pasa la mano por la oscura barba incipiente de su mandíbula. —Es alérgico a ciertos alimentos y alguien descuidó su vigilancia —sus ojos verdes se oscurecen—. Me aseguraré de que reciba el castigo adecuado.

Un escalofrío me recorre la espalda. La gente no dice cosas así. Al menos, la gente normal no.

Pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que este hombre no es normal. La pistola lo delata, por supuesto. Pero incluso sin ella, habría sabido al instante que es algo diferente, algo más.

Se nota en su postura. Se nota en la forma de su mandíbula y en la fuerza de sus manos.

Está incluso en su nombre. *Kovan*. Lleno bordes dentados y acero deslustrado, pero con una suavidad aterciopelada en la última sílaba que permanece en la lengua durante mucho tiempo después de pronunciarla.

Kovan. Un nombre peligroso.

Kovan. Un nombre lujoso.

Kovan. Un nombre que probablemente debería olvidar.

—Gracias por ayudarlo —dice Kovan tras un momento de silencio incómodo.

—Sí. Por supuesto —mantengo mi atención centrada en una ranura particularmente fascinante en el suelo de baldosas a mis pies—. Para

eso estoy.

Otro disparo resuena en el hospital. Me agacho a pesar mío, lo que me vale una mirada comprensiva de Luka. Por su parte, parece completamente insensible al sonido de los disparos.

—No te preocupes, Vesper —dice, con tanta confianza que no sé si reír o llorar—. No nos pasará nada mientras estemos con el tío Kovan. Él nos protegerá de los Keres.

En cuanto pronuncia esas palabras, su rostro palidece, abre mucho los ojos y se tapa la boca con ambas manos antes de volverse hacia su tío con miedo.

El rostro de Kovan es una máscara indescifrable, pero hay tendones tensos en sus brazos que juraría que no estaban allí hace un segundo.

Keres.

¿Qué demonios son los Keres?

¿Y por qué me parece que he oído esa palabra antes?

—Tenemos que salir de aquí —declara Kovan, pasando por alto el momento de tensión—. Luka, ¿puedes caminar ahora?

Luka asiente y se libera de los brazos de Kovan. Es alto para su edad. Esbelto, con hombros anchos que se llenarán rápidamente una vez que supere la pubertad. El pelo le cae sobre los ojos antes de apartárselo de la frente.

—No podemos dejar a Vesper —insiste Luka mientras Kovan lo agarra del brazo.

Estoy de acuerdo. Es cierto que no me fío de nada de Kovan: ni de su pistola, ni de sus tatuajes, ni de la despreocupación o imprudencia con la que hace alarde de su atractivo físico.

Pero hay tiradores ahí fuera, vagando libremente por el hospital. Si tengo que elegir entre uno u otro, me quedo con el mal que

conozco.

—Osip y Pavel ya deben estar aquí.

—¿Quiénes? —pregunto.

Los ojos de Kovan se encuentran con los míos. —Refuerzos.

"Refuerzos" no era una de las palabras que más me apetecía oír. Hubiera preferido "policía", "Guardia Nacional" o "un equipo SWAT profesionalmente entrenado con escudos y granadas aturdidoras".

Pero Kovan dice "refuerzos", como si estos dos hombres, o eso supongo, a los que nunca he visto y a los que nunca habría querido ver fueran la respuesta a todas las plegarias que no me atreví a susurrar en voz alta.

Osip. Pavel. Kovan. Dios, sí, son nombres peligrosos. Lo siento con certeza en lo más profundo de mi estómago, y lo más profundo de mi estómago nunca, jamás, se equivoca.

Mientras caigo en una espiral descendente de desesperación, tipo *oh, mierda, voy a morir aquí*, Kovan sacude su teléfono y le gruñe con ira, como si pudiera intimidarlo para que funcione bien.

—¿Qué pasa? —pregunto con voz chillona.

—No hay señal.

Trago saliva. —A veces pasa. La recepción del móvil se cruza con todo el equipo médico.

Chasquea la lengua con disgusto. El teléfono desaparece. Vuelve a sacar la pistola. —Entonces, supongo que vamos a salir ahí fuera a ciegas.

Trago saliva de nuevo y solo siento amargura en la boca.

Kovan chasquea los dedos en mi dirección. —Ponte detrás de mí.

Me doy cuenta de que no tiene que darle instrucciones a Luka sobre qué hacer. El chico ya ha desaparecido detrás de él. Parece totalmente indiferente. Supongo que es un día más en su vida.

Me aterra incluso preguntar qué tipo de vida es esa.

Me pongo en fila detrás de ellos dos. Es extraño volver a ver a Kovan de espaldas, después de toda la locura de los últimos minutos. Esta fue la primera imagen que tuve de él. En ese momento estaba sumida en mis propios pensamientos, todavía pensando en Jeremy y Shana y en viciosas fantasías de venganza.

Es curioso que el universo me haya traído exactamente el tipo de hombre que me gustaría lanzarles encima. Alguien enorme y violento, impredecible. No puedo evitar imaginarme a Kovan acorralando a Jeremy en su oficina y blandiendo esa pistola hasta que ese imbécil de nariz chata se orine en sus pantalones a medida. Dios, sería un espectáculo digno de ver.

En cambio, estoy probando mi propia medicina, valga el juego de palabras. El diablo de hombros anchos está aquí por mí. No por Jeremy, no por Shana, sino por *mí*.

Y sí, tengo miedo. ¿Cómo no voy a tenerlo? Soy una ciudadana racional y respetuosa de la ley, y en la facultad de medicina no me prepararon para "tiroteos en el lugar de trabajo".

Pero lo que me asusta aún más que mi miedo son todas las partes de mí en las que ese miedo aún *no ha* desaparecido. El estómago, por ejemplo. La misma parte de mí que dice que Kovan es peligroso lo percibe y siente algo más en su presencia.

Algo que no he probado en mucho tiempo.

Deseo.

Se da vuelta y me pilla mirándolo boquiabierta. De repente, ya no estoy mirando su espalda infinita, sino su cara. Ojos siempre verdes,

mandíbula apretada como el demonio. Esa nariz orgullosa y recta, pómulos altos, la aspereza de unos días sin afeitarse.

Sus labios son obscenamente hermosos. Quizá la parte más hermosa de él, lo que realmente dice mucho. Gruesos y carnosos, siempre a medio camino entre una mueca de desprecio y una sonrisa burlona. Me pregunto cómo serían si alguna vez se riera. Algo me dice que eso es algo que ocurre muy de vez en cuando.

—Pase lo que pase —susurra—, haz lo que te digo.

Dudo.

Él arquea una ceja. —¿Me entiendes, Vesper?

Es la forma en que pronuncia mi nombre lo que me condena al final. Mientras que su nombre es una sierra circular en mi boca, *Kovan, Kovan*, tan brutal en la lengua, mi nombre saliendo de sus labios es pecaminoso, decadente, rayando lo pornográfico. Nunca había sido tan consciente de la textura de mi piel, de cada punto de contacto.

¿Conoces ese chiste que se cuentan los niños en el patio, *estoy desnuda debajo de mi ropa*? Así es como me siento ahora mismo. Dolorosamente consciente de que solo unas pocas capas de ropa, fácilmente rompibles, separan mi cuerpo del suyo.

Vesper. Como una invitación a hacer desaparecer esas capas.

Vesper. Como una promesa de que eso es exactamente lo que hará.

Trago saliva para superar la rica dulzura de la lujuria en mi boca, levanto la vista hacia esos ojos esmeralda y asiento.

—Sí —susurro—. Lo entiendo. Haré todo lo que digas.

4

VESPER

Cuando salimos al pasillo, las luces de emergencia han sustituido a las fluorescentes habituales. Un brillo rojo y apagado lo cubre todo. Hace que las baldosas verdes parezcan absorber toda la luz ambiental, de modo que no solo está oscuro, sino más oscuro que oscuro. Caminamos sobre un cielo nocturno.

Los sonidos también son extraños. Estoy acostumbrada a que este lugar esté lleno de zumbidos y pitidos, gemidos y sacudidas. Ahora, sin embargo, hay un silencio inquietante. Cuando la zapatilla de Luka se arrastra sobre un trozo de baldosa mojada y chirría, casi me salta el corazón del pecho.

Cuando nos acercamos a la esquina, Kovan levanta la mano y cierra el puño en el aire. He visto suficientes películas de guerra como para saber que eso significa que *me quede donde estoy*.

Me quedo paralizada, como un ciervo ante los faros de un coche. Los segundos pasan. Creo oír un ruido.

¿Un jadeo ahogado?

¿Una respiración dolorida?

¿El sonido de un ser humano a punto de convertirse en cadáver?

Pongo mi mano sobre el hombro de Luka y le doy un apretón tranquilizador. Él me mira. Sus ojos grises no traicionan el más mínimo atisbo de miedo.

No sé muy bien si eso es reconfortante o aterrador.

Lo admito, Kovan es el tipo de hombre que te hace pensar que los superhumanos realmente existen. Pero todo el mundo, incluso los superhéroes, tiene sus debilidades. La cicatriz ondulada que brilla en rojo en su garganta lo demuestra.

Justo cuando empiezo a pensar que nunca vamos a movernos, que vamos a echar raíces y quedarnos en este húmedo rincón del pasillo del hospital para el resto de nuestras vidas, oigo un crujido. Instintivamente, agarro a Luka y lo empujo detrás de mí, justo cuando Kovan dobla la esquina con su arma en alto.

Entonces, se oye un chillido, agudo y aterrado.

Me giro bruscamente detrás de Kovan, que está mirando fijamente a la señora Moore a través del cañón de su arma. Ella está acurrucada contra la pared, temblando como una hoja mientras se protege la cara con los brazos.

—P-por favor... n-no me mate... ¡Tengo h-hijos...!

Estoy a punto de asegurarle que está a salvo, pero Kovan se me adelanta. —No pasa nada, señora —le dice con suavidad, bajando el arma a un lado—. No voy a hacerle daño.

Ella respira temblorosamente, pero sigue con las manos pegadas a la cara, como si eso fuera a salvarla de las balas. No dice nada.

Kovan se endereza. —¿Ha visto a alguien?

—N-no... —señala la puerta justo detrás de ella—. Mi h-hija está ahí dentro durmiendo. Gracias a Dios, ha dormido durante toda esta pesadilla. He salido aquí para ver si no había moros en la costa.

—Vuelva dentro —le ordena Kovan—. Atranca la puerta. No salga hasta que llegue la policía. ¿Entendido?

Ella asiente, todavía temblando.

Entonces, para mi sorpresa, él extiende la mano y, con cuidado y ternura, aparta la muñeca de la señora Moore de su cara. La ayuda a ponerse de pie con el mismo cuidado y luego le da un pequeño empujón hacia la puerta.

—Todo va a salir bien, señora. Usted y su hija estarán bien. Se lo prometo.

Ella me mira sin mirarme. Sus ojos no muestran ningún signo de reconocimiento, como si nunca nos hubiéramos visto antes en nuestra vida.

Luego, vuelve a mirar a Kovan, le dirige un pequeño gesto de agradecimiento con la cabeza y se retira a la habitación de su hija. Oímos cómo se cierra la puerta y luego el crujido de los muebles al ser movidos.

Quiero decirle algo. *Gracias* es lo que quiere subir a mis labios, aunque solo Dios sabe por qué le agradezco. *¿Quién eres?*, es lo segundo en la lista, porque cada vez que creo que entiendo a este hombre, él me demuestra que ni siquiera he empezado a arañar la superficie.

Ha pasado de ser un padre enfadado a Rambo, a un tío amable y a Superman en media hora. Ni siquiera puedo imaginar qué transformaciones nos tiene preparadas para la próxima vez.

Él me mira a los ojos. Su rostro está más tranquilo que hace un momento, como si tranquilizar a la señora Moore también le hubiera dado algo de paz. Cuando nuestras miradas se cruzan, algo surge entre nosotros. No es exactamente química ni electricidad, es más bien como el primer resplandor cálido de un amanecer que irrumpe en un horizonte antes oscuro. Más sensorial que visible.

Abro la boca. Pero antes de que pueda decidir qué decir, frunce el ceño y toda apariencia de paz se esfuma en el aire.

Extiende la mano, me rodea el cuello con su enorme mano y me lanza detrás de él como si fuera ingrávida.

—¿Qué demonios...?

BANG-BANG-BANG-BANG-BANG.

Cinco disparos, uno tras otro, rompen cualquier momento de conexión que creí que Kovan y yo estábamos experimentando. Me resulta extraño cómo los disparos pueden parecer tan falsos y tan terriblemente reales al mismo tiempo.

Mi mano se extiende para atrapar la de Luka mientras caigo. Caigo de culo con un torpe *uf* y él aterriza en mi regazo. Lo abrazo por instinto, para protegerlo.

Por encima de nosotros, Kovan dobla la esquina con su arma en alto.

Al principio solo puedo verlo a él. Luego, con el destello rojo de una luz de emergencia, veo tres sombras grotescamente distorsionadas que se acercan por el pasillo hacia él. De los bordes de las sombras emergen puntas de armas largas, delgadas y erizadas.

Tres hombres malos contra uno... Bueno, todavía no sé si podemos llamar a Kovan un hombre "bueno", pero es mejor que los demás en lo que respecta a mi propia piel.

Les dice algo a los demás en un idioma que no entiendo. ¿Ruso? ¿ucraniano? Sea lo que sea, cada sílaba suena como su nombre, aguda, violenta y crepitante.

Me temo que esta piel de gallina me acompañará el resto de mi vida.

Oigo una risa cruel en respuesta a Kovan. Supongo que las negociaciones no van bien.

Entonces, se reanudan los disparos.

¿Ocurre rápido o tarda una eternidad? No estoy segura. Lo único que sé es que estoy apretando a Luka, tengo los ojos cerrados y los disparos son muy, muy fuertes. Todo son estruendos y chasquidos y la explosión metálica de las tejas al ser reducidas a fragmentos voladores por las balas.

Entonces, casi tan pronto como empezó, todo termina.

Al menos, eso creo. Kovan se adelanta y desaparece por completo tras la esquina, aunque su sombra se alarga detrás de él. Las otras tres sombras se han desvanecido.

Luka se escabulle de mi regazo y se arrastra boca abajo para buscar a su tío. A regañadientes, lo sigo y juntos miramos hacia el largo pasillo iluminado con luz roja.

Solo está Kovan, enorme e inmóvil, observando el trío de cuerpos a sus pies. Cuando la luz estroboscópica los ilumina, veo la sangre de los hombres corriendo en riachuelos por las juntas de las baldosas.

¿Es... es seguro? No me atrevo a preguntarlo en voz alta. No hagas preguntas cuyas respuestas no quieras saber, etcétera, etcétera.

Pero, a medida que pasan los segundos y no aparecen nuevos asesinos, empiezo a pensar que ya puedo respirar.

Hasta que...

—¡Kovan, cuidado!

Él se da vuelta cuando las puertas de la sala de urgencias se abren de golpe y dos nuevas figuras entran con las armas en alto. Grito tan fuerte que solo puedo oír mi propia voz.

Solo cuando veo que la cara de Kovan finalmente se divide en una sonrisa, me doy cuenta de que he malinterpretado la situación.

Guarda su arma y él y uno de los hombres se dan la mano. A mi lado, Luka aparta mi mano, que está agarrada a su cadera, se pone

de pie de un salto y corre hacia los recién llegados. Se lanza de cabeza a abrazar al primer hombre por la cintura y todos se ríen.

—¿Me echaste de menos, eh? —el hombre revuelve el pelo de Luka —. Nos has dado un susto de muerte, *malysh*. ¿Es que te has cansado de respirar o qué?

Me levanto con dificultad y me acerco poco a poco al grupo de hombres. Me detengo a unos metros, sin saber si estoy entrometiéndome, si estoy a punto de meterme en una situación mucho peor o si se trata de algo que todavía no puedo comprender.

—¿Entiendo que todos ustedes son "refuerzos"? —pregunto con cautela.

Kovan asiente. —Lo que significa que la policía no tardará en llegar.

—Supongo que no te quedarás aquí para hablar con ellos.

Sus labios se mueven. Casi una sonrisa. —Correcto.

Mi corazón da un extraño y triste doble vuelco. Así que esto es todo. Una de las experiencias más locas de mi vida está a punto de terminar. La policía que yo deseaba llegará, me preguntarán qué ha pasado, yo responderé con sinceridad que realmente no tengo ni idea, y entonces estos hombres, estos enigmas, este niño de ojos grises con una madurez superior a su edad... todos desaparecerán. Y, dentro de unos años, me quedaré preguntándome si lo he soñado todo.

—¿Entonces, simplemente te vas a ir? —me avergüenza lo patética que sueno.

Su sonrisa adquiere un extraño matiz. —Sí —asiente. Luego, apunta con la pistola que tiene en la mano a mi vientre—. Después de ti.

Un miedo frío y metálico se apodera de mí de inmediato. —¿Qué? — es todo lo que puedo balbucear.

—Has visto y oído demasiado para mi gusto. Así que, hasta que esté seguro de que no serás un problema para mí, te mantendré donde pueda verte —se acerca y siento su mano posarse en mi espalda—. Empieza a caminar, Dra.. Vas a venir conmigo.

Supongo que es cierto lo que dicen:

Ten cuidado con lo que deseas...

Porque podrías conseguirlo.

5

KOVAN

Si tuviera algo de compasión, aunque fuera un poco, quizá sentiría pena por la pobre mujer.

Como no la tengo, le pongo la punta de mi pistola en las costillas.

—Apresúrate, Dra. Vesper. Tenemos que irnos.

—No voy a ser un problema —insiste, con voz temblorosa mientras comenzamos nuestra marcha por el hospital—. Lo juro, soy muy callada. No tengo amigos ni familia. No supongo ningún riesgo.

Técnicamente no necesito mantener la mano pegada a su espalda, si tengo en cuenta el arma en mi otra mano. Pero la mantengo ahí de todos modos. Una especie de póliza de seguro.

También me permite sentir cada respiración entrecortada por el pánico, el calor de su miedo, el roce de su bata contra la piel desnuda y enrojecida debajo.

—Eso lo decidiré yo.

—¡Salvé la vida de tu sobrino!

—Y te lo agradeceré eternamente. Pero eso no significa que confíe en ti.

—¿Confiar *en mí*? —chilla ella, elevando la voz un par de octavas—. ¡Perdona, pero yo no soy la que dispara a diestro y siniestro en hospitales! ¡Yo no soy la que acaba de asesinar a sangre fría a tres hombres! Yo no soy...

—¿Preferirías que hubiera dejado que nos mataran? —la interrumpo —. Porque esa era su intención.

—¡Ese no es el tema!

—Yo diría que tu vida es precisamente el tema. Y, ya que estamos contando, te he salvado tres veces. Así que de nada. Tres veces.

La conduzco al ascensor para pacientes. Es lo suficientemente grande como para acomodar las camillas que se llevan y traen de los quirófanos todos los días, así que es más que suficiente para que nos subamos todos. Pero, a pesar de eso, hago un pequeño gesto con la muñeca y Osip, Pavel y Luka se quedan atrás.

Vesper sigue el gesto de cerca, y entrecierra sus agudos ojos con recelo.

—Teniendo en cuenta que tú eres la razón por la que esos pistoleros estaban en este hospital —dice, enfadada—, yo no me felicitaría por eso. Limpiar el desastre que tú has causado no te convierte en un héroe. En realidad, es lo mínimo que puedes hacer.

Las puertas se cierran herméticamente. No me molesto en responder. Simplemente paso el brazo por detrás de Vesper, mi aliento le hace cosquillas en los mechones de pelo que le caen por la nuca, y pulso el botón de la planta baja.

Las luces de los pisos se encienden a medida que los pasamos en nuestro descenso. Ella se queda en silencio durante un minuto, pero debería haber sabido que eso no duraría mucho.

Efectivamente, con un bufido, Vesper vuelve a protestar. —¿De verdad vas a secuestrarme de mi lugar de trabajo a plena luz del día?

—No. Vas a salir de tu lugar de trabajo a plena luz del día. Tú y yo simplemente vamos en la misma dirección, eso es todo.

Por un momento, juraría que casi se ríe. Luego lo reprime con un ceño fruncido. —¿Quiénes demonios eran esos hombres? —pregunta —. ¿Y por qué te perseguían?

—Eso es asunto mío.

Ella aprieta los dientes. —Luka mencionó a los Keres... ¿Es eso lo que son?

Las puertas del ascensor se abren. —Una mujer más inteligente habría fingido olvidar ese nombre.

Observo cómo se le mueve la garganta cuando la seriedad de mi voz finalmente comienza a abrirse paso entre su crisis nerviosa.

No es tonta, sus acciones para salvar la vida de Luka, nada menos que en medio de un tiroteo, lo demostraron. Y tampoco es cobarde, por las mismas razones.

Pero sigue pensando que ella y yo estamos más o menos en igualdad de condiciones. Sorprendentemente, la pistola que tengo en la mano no la ha convencido de lo contrario.

Así que usaré mis palabras para hacerle entender: no tiene elección en lo que viene luego. Estamos en una situación precaria, los dos, caminando por el filo de una navaja con un abismo de dolor a ambos lados. Un tropiezo, un paso en falso, y ambos caeremos.

Yo no tengo intención de caer.

Y no tengo intención de dejar que la buena Dra. me arrastre con ella.

Así que va a escuchar, le guste o no.

—Ya te lo he dicho —dice—. no voy a ir por ahí contando esto. Tengo toda la intención de olvidar todo lo que he visto y oído hoy. ¿Keres? ¿Qué es un Keres? Nunca he oído hablar de tal cosa.

Ahora me toca a mí reprimir una risita.

—No te lo tomes como algo personal, pero me temo que tu palabra no es suficiente —la guío hacia las puertas correderas de la entrada trasera del hospital. Se abren con un silbido y el aire húmedo y templado del otoño en San Francisco nos envuelve, como si el hospital nos exhalara de vuelta a la ciudad.

Entre las ambulancias aparcadas hay una caravana de todoterrenos con los cristales tintados. Son exactamente lo que parecen: inaccesibles para cualquiera que no lleve las cicatrices y la tinta que nos diferencian a mis hombres y a mí del resto de los civiles que consideran este sitio su hogar.

Vesper se planta en el borde de la entrada. Su mirada vaga de un coche a otro. Todos los cristales son unidireccionales, por lo que no puede ver quién o qué la espera dentro.

Pero, como he dicho, no es tonta. Sabe que probablemente no sea nada bueno para ella.

—No —comienza a balbucear—. No, no, no puedo, de verdad que no puedo...

—En ningún momento te he hecho una pregunta, Dra. —la vuelvo a tocar con la pistola. Solo un ligero roce en la cadera, jugando con el hueco entre la parte superior e inferior de su uniforme, ese pequeño trozo de piel que no ve suficiente luz solar.

Pero ella no quiere moverse. —No, por favor. Por favor... —se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos y suplicantes—. Juro que solo...

—¡Tío Kovan! —grita Luka al salir por la puerta del hospital detrás de nosotros. Se desliza a mi lado y se acurruca cerca de mi pierna.

Normalmente, es un chico impasible, callado, reservado. El roce con la muerte de hoy ha puesto en sus ojos una chispa más infantil, una que no había visto en años. Por mucho que ese tipo de cosas puedan ser un lastre en nuestro mundo, no lo detesto.

El niño debe ser un niño. Algunos de nosotros tuvimos que crecer demasiado rápido.

Le acaricio la cabeza. —Se suponía que debías quedarte con Pavel —lo regaño.

Pavel y Osip salen tranquilamente. —Es demasiado rápido, Ko. No puedo seguirle el ritmo a la pequeña polilla.

Luka sonríe ante el elogio, pero me mira. —¿Puedo ir con ustedes?

—Hoy no. La Dra. Vesper y yo tenemos que hacer una parada primero.

Antes de que pueda detenerla, Vesper se da vuelta y se arrodilla delante de Luka. Le coge las manos entre las suyas y, con su voz más dulce, le dice—: Luka, cariño, ¿sabes cómo te he cuidado hoy? Hay otros pacientes que también necesitan que los cuide. ¿Puedes ser tan bueno y decirle a tu tío que me voy a quedar con ellos?

Mi boca se tuerce con irritación. Pero, si cree que Luka va a convencerme para que me ponga de su lado, se va a llevar una gran decepción. Porque los ojos de Luka se iluminan cuando me mira de nuevo y pregunta—: ¿Vesper viene con nosotros?

Suena encantado. Vesper parece abatida. Me muerdo el interior de la mejilla para no reírme.

—Por el momento —guardo mi pistola en su funda—. Puedes decirle a Vesper que sus pacientes estarán bien sin ella durante una tarde.

Luka la mira y promete, solemne—: Estarás a salvo con el tío Kovan, Vesper. Es el más fuerte.

Ella levanta una ceja con escepticismo. Pero tiene que admitir su derrota cuando Luka se despide con indiferencia y se sube al primer todoterreno con Pavel.

El sonido de las sirenas a lo lejos hace que sus ojos se iluminen y estire el cuello para ver si llega ayuda.

Así es.

Pero no para ella.

La agarro del brazo y la arrastro hacia el segundo todoterreno. —Te aconsejo que abandones cualquier escenario idealizado que se te haya ocurrido —le digo—. Huir solo empeorará las cosas.

Ella resopla. La mujer embelesada y de mirada soñadora de hace unos minutos ha desaparecido. Ha vuelto a ser la diabólica y sarcástica mujer que era cuando nos cruzamos por primera vez.

Curiosamente, creo que prefiero la segunda. ¿Qué es una potranca sin un poco de carácter?

—No pensaba huir, idiota. Ustedes son como veinte y yo solo una. Esperaba que la policía irrumpiera aquí y los detuviera a ti y a tus matones antes de que pudieran llevarme en el coche.

Riendo entre dientes, cierro la puerta y paso el seguro. Mientras voy hacia el asiento del conductor, Pavel y Osip se me acercan por ambos lados.

—¿Qué demonios estás haciendo? —pregunta Osip, pasándose la mano por su brillante calva—. ¿Qué pasa con la polizón?

—Ha visto y oído demasiado —explico—. Tengo que asegurarme de que no será una amenaza para nosotros si la libero.

—¿Qué piensas hacer exactamente? —interviene Pavel. Sus ojos se desvían hacia el asiento del copiloto, donde Vesper nos observa con recelo.

—Voy a investigarla. Así de simple.

Osip se ríe a carcajadas. —Claro, vas a "investigarla". Ya he oído eso antes. ¿Cómo es que tú siempre te quedas con los trabajos divertidos y yo siempre tengo que hacer de niñera?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Pavel me da un codazo en las costillas. —No te hagas el tonto. Eres un bruto grande y feo, pero no eres ciego. La Dra. es muy atractiva.

Instintivamente, me pongo tenso, aunque no sé muy bien por qué. La Dra. no significa nada para mí. No es más que una espina clavada. Un cabo suelto del que hay que ocuparse.

Dejarlo bien atado, si es necesario.

Cortado brutalmente, si llega el caso.

De cualquier manera, ella no significa nada.

—Su aspecto es irrelevante. Luka ha metido la pata hoy, así que ella sabe lo de los Keres, y tengo que asegurarme de que no empiece a meter las narices en asuntos que no le incumben.

—De acuerdo, entonces —Osip sonríe—. Diviértete "investigándola". ¡Termina con eso! —empieza a silbar mientras da la vuelta al coche y se sienta en el asiento trasero con Luka.

Miro a Pavel. —Si sigue jodiendo con esa mierda, tienes órdenes de darle un golpe en la cabeza.

Mi segundo al mando se lleva la mano al corazón. —Sería un gran honor para mí, *moy pakhan*.

—No pongas esa cara de satisfacción. Le voy a dar las mismas órdenes respecto a ti —me crujo el cuello de lado a lado, agotado por este día que parece no tener fin—. Y ustedes dos tienen trabajo que hacer. Uno de ustedes se queda con Luka; el otro debe investigar los antecedentes de la Dra. y registrar su apartamento. Si hay algo remotamente incriminatorio en su pasado, quiero saberlo.

—Para tener una garantía —resume—. Entendido —con un saludo descuidado, se une al coche con Osip y Luka.

Suspiro y me pongo al volante del mío. En el reflejo que veo por el retrovisor, Vesper frunce el ceño, con los brazos cruzados sobre el pecho y la nariz arrugada por la ira. A nuestro alrededor, los motores

de la caravana rugen al arrancar. Los primeros coches salen en fila, todos giran a la izquierda. Los sigo hasta la salida.

Luego, giro a la derecha.

Los nudillos de Vesper se ponen blancos, pero su voz está cuidadosamente controlada. —¿A dónde vamos?

—A Saks Fifth Avenue.

—Que gracioso, imbécil.

—No estaba bromeando.

Sus cejas se quedan inmóviles. —¿Compensarás el secuestro llevándome de compras?

—¿Eso ayudará?

—¡No!

Me río entre dientes. —Llevas una bata de médico y un uniforme quirúrgico. Es un atuendo llamativo y prefiero no llamar la atención. De ahí el pequeño desvío.

—Tienes que estar bromeando —murmura para sí misma, cruzando los brazos sobre el pecho. Luego, alza la voz. —Te lo advierto: tengo gustos caros.

—Es gracioso que pienses que eso me molestaría—.

—Claro. Por supuesto —resopla—. Probablemente tengas un montón de dinero sucio de la mafia para gastar en todas las mujeres que secuestras. Apuesto a que ya tienes una tarjeta de crédito de la empresa y un informe de gastos solo para estas ocasiones.

Cuando aparcamos delante de los grandes almacenes, me giro para mirarla y le dedico mi mejor sonrisa burlona. —¿Tarjeta de crédito? ¿Informe de gastos? Por supuesto que no. Eso es lo divertido del dinero sucio de la mafia, Dra. Vesper: *todo es en efectivo*.

6

KOVAN

Conduzco a Vesper a través de las relucientes puertas giratorias de Saks Fifth Avenue. Es divertido ver cómo detesta que le ponga la mano en la parte baja de la espalda. En cierto modo, creo que preferiría la pistola.

Sin embargo, es lo suficientemente inteligente como para no apartarse ni montar una escena. Eso acabaría mal para ella.

Los grandes almacenes son casi cómicamente luminosos después de las luces fluorescentes tenues y las luces rojas de emergencia del hospital. Suelos de mármol blanco, vitrinas de cristal que brillan con joyas, dependientas de perfumería que revolotean alrededor de sus puestos como anguilas, listas para morder si nos acercamos demasiado.

—Esto es ridículo —murmura Vesper entre dientes.

—Ya lo has dicho. Varias veces.

—Y seguiré diciéndolo hasta que te des cuenta de lo absurda que es esta situación. Estoy bien con lo que traigo.

—No lo estás. Parece que acabas de salir del hospital, que es lo que has hecho.

—¿Y qué?

Me inclino hacia ella y le susurro al oído—: Pues que, si el hospital denuncia tu desaparición, todos los policías de la ciudad estarán buscando a una mujer con uniforme azul.

Aprieta la mandíbula, pero no discute más.

Echo un vistazo a la tienda. Todo son harapos de colores chillones y maniquíes con los ojos vacíos y las tetas al aire. Este tipo de sitios me repugnan. Solo hay un mar de moda barata y rápida por todas partes. Gruñendo, la empujo hacia el perchero de vestidos más cercano.

Ella se pone rígida debajo de mi mano. —No voy a ponerme un puto vestido de gala.

—Un vestido de gala, un traje pantalón, un maldito disfraz de payaso... Me da igual lo que elijas, pero elige algo.

Ella pone los ojos en blanco. —Esto es indignante.

—¿Prefieres que elija yo por ti?

Ella entiende rápidamente que es una amenaza. Otro punto a su favor. —Está bien —murmura—. Pero no tienes por qué ser tan imbécil —a regañadientes, selecciona algunas prendas: unos vaqueros oscuros, una blusa de color crema y una chaqueta azul marino. Sus elecciones son prácticas y discretas.

Añado un par de zapatos de tacón bajo al montón.

—No los necesito.

—Sí que los necesitas.

Nuestras miradas se cruzan en una silenciosa batalla de voluntades. Al final, ella es la primera en apartar la vista.

Una dependienta se acerca a nosotros, toda sonrisas y profesionalidad, aunque sus ojos me recorren de arriba abajo y se iluminan con signos de dólar como una máquina tragaperras de casino. —¿Encuentran todo bien?

—Necesitamos un probador —le digo con una sonrisa encantadora —. Mi mujer tiene una entrevista más tarde y tenemos un poco de prisa.

Nunca he tenido problemas con mentir. Es parte de mi profesión. Sin embargo, esta mentira se me escapa con una facilidad ridícula y deja tras de sí una leve pero inquietante sensación. *Mi mujer*. Es muy fácil decir eso. Demasiado fácil.

La dependienta se ablanda al instante. —¡Por supuesto! Será un placer. Por aquí —se da la vuelta para guiarnos hacia la parte de atrás.

Doy un paso tras ella. Pero, cuando miro atrás, Vesper no me sigue. —¿Y ahora qué? —pregunto—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—No tenemos tiempo para estas tonterías —la agarro por el brazo y empiezo a arrastrarla. Pero, tan pronto como mi mano se cierra alrededor de su bíceps, ella reprime un grito sibilante.

Me doy vuelta. —¿Qué ha sido eso?

—Nada.

—Las mujeres y su "*nada*" —escupo—. Como si fuera la única palabra que...

Pero, cuando lo veo, dejo de hablar. Estiro la mano y le levanto el cuello del uniforme. Hay una mancha oscura que se extiende por su hombro, sangre que se filtra a través de la fina tela y mancha su piel pálida con un color carmesí oscuro y pegajoso.

—Eso no es nada.

Ella intenta encogerse de hombros, intenta no mostrarme que le tiembla el labio inferior. No le permito salirse con la suya. —No pasa nada.

Examino la herida. Parece metralla, quizá de una bala o de la explosión de una baldosa. Una pequeña punzada de culpa subliminal brota en lo más profundo de mi estómago. —Deberías haber dicho algo.

—Oh, lo siento. Entre que me apuntaron con un arma y me secuestraron, supongo que se me olvidó mencionar mi pequeña herida.

Cojo un puñado de ropa del perchero más cercano sin molestarme en mirarlo. —Tenemos que ocuparnos de eso.

—Soy médico, ¿recuerdas? Puedo encargarme yo misma.

—¿Con qué material? ¿Piensas operar con perchas?

Me lanza una mirada fulminante. —No necesito tu ayuda.

—Qué pena. La vas a tener de todos modos.

La dependienta nos recibe con una amplia sonrisa cuando nos acercamos a la puerta del probador. —¿Una habitación o dos?

—Una.

Vesper abre mucho los ojos. —Dos. Necesitamos dos.

Sonrío a la dependienta. —Una está bien.

La mujer nos mira con incertidumbre, pero abre una cabina grande. Empujo a Vesper dentro y cierro la puerta tras nosotros.

—¿Estás loco? —susurra furiosa.

—Quítate la camisa.

Ella abre la boca, sorprendida. —¿Perdón?

—Necesito ver la herida y, como insistes en darme opciones, o haces esto o te arranco la bata. De una forma u otra, Dra., esa camisa se va.

—Te he dicho que estoy bien.

—Y yo te he dicho que voy a ocuparme.

Dejo caer el montón de ropa arrugada sobre el banco y me coloco frente a ella. El espacio es tan reducido que puedo olerla: el aroma floral de su perfume, el olor a sangre y sudor. Tiene la espalda apoyada contra el espejo. No tiene dónde retirarse.

Nos miramos fijamente durante un largo minuto. Las fosas nasales de Vesper se dilatan con cada exhalación. Pero poco a poco, el animal que hay en ella reconoce que está atrapada. Solo hay una forma de salir de este atolladero: rendirse.

Así que, con un suspiro, toda su fuerza de voluntad se desvanece. —Eres increíble —dice.

—Me han llamado cosas peores.

—Oh, eso me lo creo sin duda —coge la prenda de ropa que está más arriba y luego me mira con ira—. Date la vuelta.

—No.

—No puedes hablar en serio.

Me apoyo en la puerta, con los brazos cruzados. —Totalmente en serio.

Con un murmullo de maldición, me da la espalda y se quita la bata. El movimiento la hace estremecerse de nuevo, lo que confirma mi sospecha de que la herida es peor de lo que deja entrever.

Deja que la bata cuelgue de sus dedos antes de caer al suelo. La miro. Está empapada en sangre. Más de lo que me había dado cuenta cuando eché un vistazo antes.

Doy un paso adelante. Ella se sobresalta cuando mi mano rodea el lado sano de su cuello. —Quédate quieta —le ordeno en un susurro acalorado.

—Esto es humillante —dice, pero se queda quieta.

Utilizando la bata manchada como gasa, limpio con cuidado la sangre húmeda lo mejor que puedo. Ella sisea por el escozor.

—Para ser médico —le digo—, eres una paciente terrible.

—Para ser un secuestrador, eres un enfermero molesto.

Me muerdo la lengua para no sonreír. Pero cuando miro al espejo que tenemos delante, veo que me está observando la cara. Nunca me ha importado lo que los demás piensen de mí, y estoy seguro de que ahora no voy a cambiar.

Sin embargo, la mezcla de miedo y asombro en su rostro es interesante. Su perfume huele mejor cuando estoy tan cerca. Es menos barato y más sutil de lo que sospechaba al principio. Tiene un fuerte aroma a vainilla. No me importa.

Con la sangre casi limpia, las pecas que salpican su clavícula brillan como estrellas en la noche. Su piel está sonrojada y suave al tacto. Sin pensar, un dedo recorre ligeramente el contorno de su hombro y baja hasta la suave curva de su codo. La herida no es tan grave, considerando las circunstancias, pero sigo preguntándome si debería revisar el resto de su cuerpo. Si debo asegurarme de que ninguna otra bala haya rebotado en la dirección equivocada. Si la piel debajo de su ropa interior es tan aterciopelada como la piel a lo largo de la curva de su cuello. Si...

Me aclaro la garganta. —Ponte esto —le entrego un sencillo vestido negro de la pila que he cogido.

Ella lo coge sin mirarme y se lo pasa por la cabeza. Luego, desata el cordón de sus pantalones quirúrgicos, se los quita y sale de ellos. Parece absurdamente orgullosa de haberse cambiado sin mostrarme casi nada.

Lentamente, se gira hasta quedar frente a mí, no frente a mi reflejo. —¿Cuánto tiempo tengo que quedarme contigo?

—Hasta que yo te diga que puedes irte.

Sus ojos vuelven a brillar. —Eso no es una respuesta.

—Es la única que vas a recibir.

Ella asiente, sin impresionarse, sin sorprenderse. —Bueno, ya estoy vestida. ¿Qué es lo siguiente en la divertida excursión de hoy?

—Buena pregunta —inclino la cabeza—. ¿Tienes hambre?

—No —justo en ese momento, su estómago gruñe.

Me río y asiento. —Eso es lo que pensaba. Vamos a cenar —decido —. Después de eso, ya pensaré qué hacer contigo.

Estoy a medio salir por la puerta cuando ella habla. —No puedes retenerme, ¿sabes? —dice. Su voz es ronca, apagada, diciendo demasiado y nada al mismo tiempo.

Miro su reflejo en el espejo. El vestido negro le queda bien. El fuego en los ojos le queda aún mejor.

Así que me encojo de hombros. —¿Por qué no?

7

VESPER

¿*Por qué no*, realmente? Me estoy haciendo esa pregunta un millón de veces en este momento.

Mientras volvemos al todoterreno de Kovan con nuestra ropa nueva: ¿*por qué no* empezar a gritar hasta que algún buen samaritano venga a rescatarme?

Mientras nos alejamos de la acera y comenzamos a recorrer Van Ness Ave hacia Nob Hill, sin que ninguno de los dos diga una palabra: ¿*por qué no* abrir la puerta de golpe, saltar, tirarme al suelo y rodar en medio del tráfico de la hora pico como si estuviera haciendo una audición para ser el nuevo ángel de Charlie?

En resumen: ¿*por qué no* correr para salvar mi vida?

Pero los *por qué no* se vuelven cada vez más descabellados a medida que aparcamos frente a un tranquilo restaurante italiano del barrio y salimos del coche. Pasa de ser un "delirio de fantasía de escape" a ser simplemente una "fantasía".

Es decir, ¿*por qué no* dejarme disfrutar de la sensación de la costosa seda de Saks Fifth contra mi piel acalorada? ¿*Por qué no* fingir que esto es una cita en lugar de una situación de secuestro? ¿*Por qué no* mirar al hombre que me ha traído aquí contra mi voluntad y fijarme en cosas como su altura, lo grandes que son sus manos o el hecho de que la camisa blanca que ha comprado con un descuidado

movimiento de su tarjeta de crédito de titanio es lo suficientemente ajustada y translúcida como para dejar entrever sus tatuajes y la forma de su cuerpo?

En resumen: *¿por qué no* soñar, aunque solo sea por un momento?

—Me estás mirando fijamente.

Parpadeo y hago una mueca cuando me doy cuenta de que eso es exactamente lo que he estado haciendo. —Estoy tratando de entenderte.

—No lo hagas.

—¿Por qué no?

Hace una pausa, con la mano flexionada sobre el pomo de la puerta del restaurante. —Porque no te gustará lo que descubras.

Luego, abre la puerta de par en par y me indica que entre primero.

Entramos, con Kovan siguiéndome de cerca. Respiro el aroma del vino italiano, la salsa roja hirviendo a fuego lento, la citronela y el calor y el bullicio de la cocina iluminada por velas. Mi estómago vuelve a rugir. No he consumido nada sin cafeína desde mi barrita proteica antes del amanecer. No hace falta decir que esta nena tiene hambre.

No está mal que el lugar sea bonito. Hay luces de colores colgadas entre paredes de ladrillo cubiertas de hiedra, con murales descoloridos de criaturas del bosque retozando que se asoman a través de los huecos del follaje. El jazz italiano se funde a través de altavoces ocultos. Ninguno de los otros pocos comensales nos presta la más mínima atención.

Kovan se ajusta el puño de la manga de la camisa, remangándola para dejar al descubierto sus musculosos antebrazos. Señala con una de esas enormes manos hacia una mesa al fondo. —Siéntate.

Podría discutir, pero responderle mal no me ha servido de nada hoy. De hecho, me ha valido una pistola entre las costillas y un billete de ida a un secuestro que nunca pedí. Quizá sea hora de intentar ser complaciente.

Así que, con un suspiro, me dirijo hacia la mesa.

Para mi sorpresa, Kovan se me adelanta y me retira la silla. Parpadeo, preguntándome por un segundo si va a tirarla y hacerme caer de culo. No lo creería capaz de tener un sentido del humor tan infantil. Pero si hay algo que sé sobre los hombres es que saben cómo decepcionarte de formas que nunca podrías haber previsto.

Sin embargo, él no lo hace. Espera a que me siente y luego me empuja hacia la mesa. Luego camina hacia el otro lado y ocupa su propio asiento. Se sienta de espaldas a la pared, con la mirada recorriendo la puerta de la cocina y la que hemos atravesado para salir a la acera.

Tengo la sensación de que estos asientos no han sido elegidos por casualidad.

—Sabes —comienzo—, todo esto, la ropa, el interrogatorio, realmente no es necesario.

—Muchas cosas que hago no lo son —no se molesta en mirarme. Desenrolla los cubiertos, los alinea con las ranuras de la mesa de azulejos y coloca la servilleta con pulcritud sobre su regazo—. Pero la vida sería triste si solo hiciera lo que tengo que hacer.

No sé si poner los ojos en blanco o reírme, así que opto por no hacer ninguna de las dos cosas. En lugar de eso, miro el menú.

Aunque en realidad no estoy leyendo. Ha sido un día demasiado ridículo como para fingir que soy capaz de hacerlo. Palabras como *formaggio* y *salmone alla griglia* no son más que garabatos sin sentido. Las letras se retuercen en la página como cebos vivos.

También está el persistente problema del hombre que ha causado el trauma emocional de hoy en mi cerebro. Por mucho que lo intento, no puedo ignorarlo. Cada vez que me concentro en los platos del menú, él se mueve, suspira o simplemente *está ahí*, y mi atención vuelve a él.

Su mano descansa sobre la mesa, girando un anillo una y otra vez alrededor de su dedo. Es muy grande. La mano, no el anillo. Bueno, el anillo también. Pero sobre todo la mano.

Dios mío, lo que pienso no tiene sentido. Estoy conmocionada, agotada, o ambas.

Un camarero se acerca y carraspea. Levanto la vista agradecida, pero no parece que vaya a intervenir en este síndrome de Estocolmo en ciernes. Si él tiene dieciocho años, yo tengo ochenta.

—¿Han decidido? —pregunta con una voz que pasa de ronca a aguda a mitad de la frase.

—La señora tomará el risotto de langosta y el branzino a la plancha —dice Kovan sin consultarme. Abro la boca para objetar por puro principio feminista, pero a él no le importa lo más mínimo—. Y yo tomaré el chuletón, poco hecho.

—¿Algo de beber?

Kovan me mira por encima del menú. —¿Vino? —pregunta.

—No bebo.

Arquea las cejas. —¿Nunca?

—Al menos, no cuando me retienen contra mi voluntad.

—Ya no te estoy reteniendo contra tu voluntad.

Parpadeo. —¿Qué?

—Podrías marcharte ahora mismo —dice, recostándose en su silla como si estuviera hablando del tiempo—. No te lo impediría.

Mi corazón da un pequeño y estúpido salto. —Entonces, ¿por qué estoy aquí?

—Dímelo tú.

Levanto la vista. Sorprendentemente, el camarero sigue aquí, pero la música de ascensor que suena en su cabeza debe de estar a un volumen ensordecedor, porque no dice nada sobre lo que acaba de oír.

Kovan esboza una sonrisa irónica. Mira al chico. —Cogeremos una botella de lo que haya a mano.

Asiente, se inclina y se retira.

Frunzo el ceño a Kovan. —Eso ha sido presuntuoso. ¿Y si fuera vegetariana?

—¿Lo eres?

—No, pero esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Vesper?

La facilidad con la que pronuncia mi nombre me hace sentir un cosquilleo en el estómago. Como si lo estuviera saboreando, dándole vueltas en la lengua para ver si le gusta el sabor. Como si estuviera sopesando si dar otro bocado o no.

Aprieto los muslos bajo la mesa y me odio por ello.

—La cuestión es la cortesía común —digo—. La mayoría de la gente pregunta antes de pedir por otra persona.

—Yo no...

—Si terminas esa frase con "la mayoría de la gente", voy a vomitar sobre la mesa.

Él se ríe y se recuesta en su silla, estudiándome con esos ojos verdes imposibles. —Háblame de tu familia.

El cambio de tema me deja desconcertada. —¿Por qué?

—Porque tengo curiosidad.

—¿Sobre qué, exactamente?

—Sobre quién eres cuando no estás salvando a niños moribundos, o viéndote envuelta en el fuego cruzado de mi vida.

Su vida. Como si hoy fuera un martes cualquiera para él. Vaya, quizá lo es.

—No hay mucho que contar —digo, dando un sorbo al vino que apareció mientras no prestaba atención—. Tengo una madre y un hermano. Somos... normales. En su mayor parte. Por lo general.

—Las familias normales no suelen producir cirujanos pediátricos.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿Qué persona decide pasar su vida operando a niños? Eso requiere un tipo específico de daño.

Dejo la copa de vino con más fuerza de la necesaria. Parte del vino se derrama por el borde y gotea sobre la mesa. La imagen de ese líquido rojo corriendo por las grietas del azulejo es demasiado evocadora después de las desventuras de hoy. Me estremezco y lo seco rápidamente con la servilleta.

Volviendo a mirar a Kovan, le digo con voz tensa—: ¿Qué quieres decir con eso?

Él levanta una mano tranquilizadora, con la palma hacia mí. —Respira, Dra.. No te estoy insultando. Lo que digo es que se necesita a alguien que comprenda el dolor para querer curarlo en los demás.

Esa observación casual me toca demasiado de cerca, considerando todas las circunstancias. No me gusta que este hombre me vea. No me gusta sentirme transparente.

He pasado la mayor parte de mi vida siendo lo más opaca posible para el mayor número de personas posible. Es mejor así. Más seguro. Quizá no soy más feliz, pero sin duda es más fácil.

Desvío la mirada hacia la pareja de la mesa de al lado, que comparte un postre y ríe como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo.

Como si nunca hubieran visto a alguien a quien aman alejarse mientras ellos se quedaban allí, impotentes.

Debe ser agradable.

—Mi padre era cirujano —digo en voz baja—. En St. Raphael, de hecho. Solía llevarme al trabajo con él cuando era pequeña.

—¿Solía?

—Murió. Hace diez años. Insuficiencia hepática.

Espero las respuestas habituales: *Lo siento mucho, debe haber sido un buen hombre, al menos ya no sufre*. Pero Kovan se limita a mirarme, esperando.

—No pude salvarlo —continúo—. Tenía todos esos conocimientos, toda esa formación, y no pude hacer nada. Él yacía allí, muriéndose, y yo completamente inútil.

El recuerdo resurge como siempre: repentino, agudo y devastador. *La mano de mi padre en la mía, su respiración cada vez más superficial, las máquinas emitiendo sus pitidos de advertencia mientras yo me quedaba allí de pie, viendo cómo el hombre más fuerte que había conocido se desvanecía en la nada. En una línea plana en el monitor y una bolsa para cadáveres con la cremallera subida.*

—Así que te convertiste en cirujana pediátrica.

—Así que me convertí en cirujana pediátrica —confirmo—. Porque, si no puedo salvar a las personas que amo, tal vez pueda salvar a

otras.

Llega la comida, pero apenas me doy cuenta. —Y ese es tu daño —murmura. Sus ojos me recorren, me atraviesan y luego se alejan, como si supiera que necesito ese momento para recomponerme antes de hacer algo realmente descabellado, como empezar a llorar.

—¿Y tú? —le pregunto, aunque solo sea para contener las humillantes lágrimas—. ¿Cuál es tu daño?

Su tenedor se detiene a medio camino de su boca. —¿Qué te hace pensar que tengo alguno?

—Por favor. No te conviertes en... —le señalo vagamente—, lo que sea que seas... sin haber sufrido algún trauma grave en el pasado.

—¿Qué crees que soy exactamente, Vesper?

Descarto la idea. —No voy a hacer el ridículo haciendo conjeturas sobre tu cargo oficial. Pero creo que es seguro asumir que no recibes un salario tributable.

Kovan se ríe de nuevo. Cuando lo hace, siento una brillante oleada de orgullo. *Yo le he hecho hacer eso. He conseguido que su rostro de gárgola se descomponga y muestre un poco del ser humano que hay debajo.*

Me siento bien por haberlo hecho.

Mato ese sentimiento antes de que se me vaya de las manos.

Él inclina la cabeza hacia un lado para mirarme desde un nuevo ángulo. —Sí, es una suposición acertada. Y tienes razón. El camino hasta aquí ha sido... menos que fácil.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué te pasó?

Mastica lentamente, pensativo. —Mi padre construyó un imperio basado en el miedo y la violencia. Mi hermano lo heredó e intentó gestionarlo con amor y honor. ¿Adivinas cuál de los dos sigue vivo?

Ahora soy yo quien se detiene un segundo con el tenedor lleno de comida suspendido en el aire. —Tu hermano...

—...era un idealista. Pensó que podía cambiar las cosas desde dentro, hacer que el negocio familiar fuera más... civilizado —su risa es amarga—. El amor lo volvió blando. Y la blandura lo mató.

—Así que tú decidiste ser duro en su lugar.

—Decidí sobrevivir —me corrige.

—¿Y Luka? ¿Qué le pasa en tu mundo de supervivencia?

La frialdad vuelve a apoderarse de su rostro, y cualquier rastro de risa o sonrisa desaparece como si nunca hubiera existido. —Luka es la razón por la que sobrevivo. Todo lo que hago, cada decisión que tomo, es por él.

—¿Incluso secuestrar médicos al azar?

—Especialmente eso.

—Estás loco —le digo sin rodeos, aunque una parte de mí casi se echa a reír.

—Probablemente.

—Sin duda.

—Y, sin embargo, sigues aquí.

—Porque me amenazaste.

—Como ya te dije una vez, no te voy a amenazar más.

Tiene razón. La pistola ha permanecido fuera de mi vista desde que salimos del hospital. Su postura es relajada, su voz suave. Si no supiera que no, pensaría que esto es en realidad una cita.

¿Y por qué no? ¿Por qué no podría serlo?

—¿Por qué me has traído aquí realmente? —le pregunto.

—Como también te dije una vez, necesitaba averiguar si eras una amenaza.

—¿Y...? ¿Lo soy?

Sus ojos se posan en mi boca y luego vuelven a subir. —Oh, definitivamente eres una amenaza. Pero no del tipo que me preocupaba.

Mi pulso se acelera. —¿Qué quieres decir con eso?

—Significa que debería haberte matado hace tres horas y, en cambio, estoy aquí sentado preguntándome qué sabor tendrás.

El calor inunda mi cuerpo, acumulándose en la parte baja de mi vientre. Nunca un hombre me había mirado como Kovan me está mirando ahora mismo.

—Eso es... —me aclaro la garganta—. Eso es inapropiado —cojo mi copa de vino con manos temblorosas y me la bebo de un trago. El alcohol me quema, pero no tanto como la forma en que él me mira, esperando a ver qué hará a continuación—. Debería irme. Sí. Debería... Debería marcharme. Esto es... Sea lo que sea, no es inteligente.

Él asiente con pesar. —Casi seguro que no.

—Eres un criminal.

—Sí.

—Yo soy médico.

—Me he dado cuenta.

—Vivimos en mundos completamente diferentes.

—Así es.

—Así que esto no puede suceder.

—¿Qué no puede suceder?

Hago un gesto de impotencia entre nosotros. —Esto. Sea lo que sea.

Se inclina hacia delante, suficientemente cerca como para que pueda oler su colonia, algo oscuro y seductor que me hace querer hundir mi rostro en su cuello. Me mira, y mientras dura esa mirada, mi cerebro se vuelve completamente loco. Más salvaje y temerario de lo que ha estado en toda la noche.

Son los *por qué no* multiplicados por mil millones.

¿*Por qué no* dejar que me bese?

¿*Por qué no* llevarlo a casa?

¿*Por qué no* pedirle que me quite este vestido negro que nunca pedí y nunca quise, y que ponga esas grandes manos en mi cintura, y me mire con esos ojos verdes mientras me inmoviliza contra el colchón, la mesa o cualquier superficie plana desocupada que tengamos cerca, y me susurre al oído esas cosas obscenas que nadie me ha susurrado en mucho, mucho tiempo?

Mientras dura esa mirada, me pregunto si él se está preguntando lo mismo que yo.

Entonces, dice—: *Esto*, Dra. Fairfax, no es nada. Yo no estoy aquí. Tampoco tú. Y hoy no ha pasado nada.

Se levanta, elevándose por encima de mí, y se mete la mano en el bolsillo. Me quedo paralizada por un segundo, esperando ver reaparecer la pistola por sorpresa.

Sin embargo, solo es dinero en efectivo. Más de ese dinero sucio de la mafia. Deja caer un montón de billetes sobre la mesa sin molestarse en contarlos. Demasiado, probablemente suficiente para pagar la comida de todos en el restaurante.

—Tú nunca me has visto —continúa—, y yo nunca te he visto a ti, y si alguna vez llega el desafortunado día en que nos cruzamos por la calle, tú mirarás más allá de mí como si no existiera y seguirás caminando. Y yo haré lo mismo contigo. ¿Entiendes lo que te digo?

No digo nada. Mi voz está prisionera en mi garganta.

La mano de Kovan se eleva para acariciar mi mandíbula, con el pulgar presionando lo suficiente contra mi garganta como para sentir mi pulso acelerado. Está ardiendo al tacto.

—Lo que ha pasado hoy desaparecerá de tu bonita cabecita y nunca, jamás, saldrá de tus bonitos labios. Ni los Keres, ni mi nombre, ni Luka. Nada —sus labios están a centímetros de los míos—. Porque, si lo hace, lo sabré. Y volveré a por ti. Así que te lo preguntaré una vez más: ¿entiendes lo que te estoy diciendo, Vesper?

Por fin, recupero la voz. Al menos, una pequeña parte de ella. Asiento y susurro con voz quebrada y lastimera—: Lo entiendo.

Él asiente. —Bien. Ha sido un placer cenar contigo, Dra..

Entonces, Kovan sale de mi vida.

Espero por Dios no volver a verlo nunca más.

8

KOVAN

No tengo tiempo para distracciones.

Eso es lo que me repito a mí mismo mientras miro fijamente el expediente turquesa extendido sobre mi escritorio de caoba. 8½ x 11 pulgadas de prueba de mi propia estupidez.

El texto de las páginas me devuelve la mirada. Dos palabras en negrita en la parte superior. Palabras grandes. Palabras insolentes.

Vesper Fairfax.

Incluso su nombre suena a problemas cuando lo pronuncio en mi cabeza. El tipo de problemas que hacen que los hombres inteligentes cometan estupideces increíbles.

La fotografía pegada en el interior de la cubierta la muestra con esa impecable bata blanca, pero hay algo indómito en su sonrisa. El atisbo de un hoyuelo orgulloso que susurra que nunca ha conocido una regla que no quisiera desafiar. Su cabello rubio oscuro cae en ondas sobre sus hombros, y esas tres pequeñas pecas en su mejilla derecha parecen el cinturón de Orión, una constelación que solía señalar con Luka en las noches en que no podía dormir porque su madre y mi hermano discutían demasiado.

Mierda.

Cierro el expediente de un golpe, pero el daño ya está hecho. Todavía puedo ver su rostro. Todavía puedo sentir el calor fantasmal de su piel cuando le limpié la herida del hombro. Mi nariz sigue llena de la mezcla de su perfume y su sudor, se burla, me provoca, me tienta, me tortura.

Y eso, eso mismo, es la mierda increíblemente estúpida de la que hablaba. He construido un imperio basándome en la concentración. En no dejar nunca que las emociones nublen mi juicio.

No tengo tiempo para distracciones.

Pero las distracciones, al parecer, tienen mucho tiempo para mí.

Un golpe en la puerta interrumpe mis cavilaciones. La cabeza calva de Osip aparece en la puerta, con su sonrisa juvenil que no logra ocultar la preocupación en sus ojos color avellana.

—Los *vory* están reunidos —dice—. Cuando estés listo, *pakhan*.

No levanto la vista ni por un segundo. Como si tuviera vida propia, mi mano se desliza para acariciar el borde de la fotografía. Juego con la esquina durante un segundo.

Recomponte, Kovan.

—Dame dos minutos.

Osip arquea ligeramente las cejas, pero asiente y desaparece.

Sin embargo, en lugar de levantarme y recomponerme, miro por milésima vez hoy el informe de antecedentes. ¿Ya he memorizado cada detalle? Por supuesto que sí. Pero eso no me impide leerlo una vez más.

Dra. Vesper Antoinette Fairfax, treinta y un años, cirujana pediátrica extraordinaria. Sin marido, sin novio, sin vínculos significativos.

Vive sola en un apartamento pequeño que parece más una biblioteca médica que un hogar. Su nevera contiene tres botellas de vino, yogur caducado y suficiente café Folgers como para aguantar

el maldito Apocalipsis. Tiene dos sartenes que nunca ha usado y tres cafeteras en distintos estados de destrucción.

Esta mujer ha sustituido la comida por cafeína, el sueño por el trabajo y cualquier atisbo de vida personal por salvar a los hijos de otras personas.

Esta última parte me toca muy de cerca.

Sin embargo, lo que realmente me molesta son las quejas que ha presentado contra la junta del hospital. Página tras página detallando corrupción documentada, fondos malversados y equipos médicos tan defectuosos que son básicamente un intento de asesinato. Lleva dos años luchando sola esta batalla, lanzándose contra un muro infranqueable una y otra vez.

Cuando me molesto con las mujeres en mi vida, prefiero aquellas que quieren algo que yo puedo ofrecerles, dinero, protección, estatus, y me dan algo a cambio. Es mejor así. Limpio. Sencillo. Sin complicaciones.

Vesper Fairfax es exactamente lo contrario a sencillo.

Cierro el expediente y lo guardo bajo llave en el cajón de mi escritorio. Pero lo que no es tan fácil de ocultar es el recuerdo de cómo se sentía contra mí en ese armario de suministros. Vainilla. Sudor. Sangre. Fuego en sus ojos, seda negra en su cintura, tres marcas de nacimiento como planetas lejanos brillando en su mejilla.

Todo es una mezcla borrosa de colores, formas, olores y luces. Y me está distrayendo muchísimo.

Como si no tuviera problemas reales con los que lidiar ahora mismo. Al otro lado de la puerta de mi oficina, mis *vory* me están esperando. Bien podrían ser una sala llena de malditas hienas.

Ihor ha estado susurrando veneno al oído de la vieja guardia de mi padre, tratando de arrebatarme mis cimientos. Yana, la inútil madre de Luka, está empeñada en lanzar a su hijo a la línea de fuego como

si fuera un maldito peón en una partida de ajedrez callejero en la esquina de Market y Powell.

Tampoco tengo muchos aliados fuera de esta sala. Los Keres convirtieron un hospital infantil en una zona de guerra. No dudarán en hacer cosas peores si no les doy lo que quieren.

Me levanto, me arreglo la chaqueta del traje y echo los hombros hacia atrás. Es hora de ser el *pakhan* que estos hombres necesitan. Si no tomo las decisiones difíciles que mantendrán a mi sobrino a salvo y a mi Bratva intacta, nadie lo hará.

Así que haré lo que siempre he hecho. Lideraré. Conquistaré. Someteré.

Y dejaré de lado todos los pensamientos sobre ojos azul claro, marcas de nacimiento en forma de constelación y la forma en que la voz de cierta Dra. se vuelve ronca cuando intenta no tener miedo.

Esas cosas ya no importan.

No pueden importar.

~

El garaje está insonorizado, lo que lo hace perfecto para el tipo de conversación en la que la gente puede acabar gritando. Veinte hombres esperan bajo la luz dorada, dispuestos en un semicírculo entre mis coches.

Quince caras en las que confío.

Cinco en las que no confío.

Especialmente en Afanasy y Abram, los lacayos de Ihor. Están ligeramente apartados de los demás, con los brazos cruzados, irradiando desafío antes incluso de que yo haya dicho una palabra.

Bien. Esto irá más rápido si quieren pelear.

—Voy a ir directo al grano —anuncio, con mi voz resonando fácilmente en todo el espacio—. La Bratva Krayev ha terminado con el tráfico de órganos. Con efecto inmediato.

El murmullo que recorre el grupo es previsible. La mayoría de mis hombres parecen aliviados, sabían que esto iba a pasar. Pero la cara de Afanasy se vuelve del color de la carne vieja y su diente de oro brilla mientras aprieta la mandíbula.

—No debes haberlo pensado bien, *pakhan* —su voz rezuma desprecio cuando pronuncia mi título con un ligero tono de burla, como si se tratara de una broma privada—. Es nuestra mayor fuente de ingresos. ¿Es realmente sensato cortarnos el cuello?

Dejo que mi mirada recorra lentamente la sala, asegurándome de que todos los hombres presentes entiendan exactamente quién está al mando. —Hay un viejo dicho sobre el honor entre ladrones. Creo que aplica aquí.

—¡No somos ladrones! —gruñe Afanasy, dando un paso adelante—. Prestamos un servicio. Esos órganos salvan vidas.

La risa que se me escapa es tan áspera que resuena en las paredes de hormigón. —¿Así llamas a extirpar órganos a personas inconscientes y venderlos al mejor postor?

—A personas que los necesitan —argumenta, alzando la voz—. Personas que morirían sin...

—Por millones de dólares por órgano —niego con la cabeza—. Si vas a jugar la carta humanitaria, Afanasy, quizá no deberías cobrar más de lo que la mayoría de la gente gana en toda su vida.

Su rostro se enrojece aún más. Veo a Abram tratando de agarrarlo del brazo, tratando de alejarlo del precipicio en el que se encuentra.

Pero Afanasy se libera de él. El orgullo siempre ha sido su debilidad.

Y hoy, ese borde no será suficiente para evitar que caiga en la oscuridad que lo espera abajo.

—¿Y los Keres? —pregunta—. ¿Crees que aceptarán esta decisión sin más? Todos sabemos lo que pasó en St. Raphael. No son de los que aceptan un "no" por respuesta.

Cuando menciona ese hospital, siento un escalofrío recorriendo mi espalda. Recuerdo a Vesper apretada contra mí mientras las balas volaban por encima de nuestras cabezas. O a esa pobre madre, acobardada y valiente, dispuesta a montar guardia frente a la puerta de su hija sin importar quién llamara.

—Los Keres son mi problema que resolver.

—¿*Tu* problema? —resopla Afanasy—. ¿Cuando vengan a por todos nosotros? ¿Cuando decidan dar ejemplo con nuestras familias? Yo diría que eso suena mucho como un problema *nuestro*, Kovan.

Siento que la tensión aumenta aún más. Algunos de mis hombres más jóvenes se mueven nerviosos.

Pero yo solo sonrío.

—¿Estás cuestionando mi capacidad para proteger a esta Bratva, Afanasy?

Su nuez se mueve al tragar saliva, pero su orgullo no le permite dar marcha atrás. —Estoy cuestionando tu criterio. Tu padre nunca habría...

—Mi padre está muerto. Ahora soy yo el *pakhan*. Y, si tienes algún problema con mi liderazgo, puedes marcharte.

—Quizá debería.

El silencio que sigue es ensordecedor. Incluso el tráfico exterior parece detenerse.

Osip y Pavel se colocan a mis lados, con las manos deslizándose hacia sus armas. Los demás hombres se alejan sutilmente de Afanasy, tanteando el terreno.

Pero levanto una mano. —No. Voy a darle a Afanasy una oportunidad, una sola, para que recuerde a quién juró lealtad. Para que se arrodille y pida perdón por su falta de respeto.

El pecho de Afanasy sube y baja rápidamente. Sus ojos llorosos recorren la habitación, buscando un apoyo que no encontrará.

—¿Y bien? —le pregunto en voz baja—. ¿Qué vas a hacer?

Por un momento, creo que realmente podría hacerlo. Que podría tragarse su orgullo y someterse.

Entonces, escupe a mis pies.

Suspiro. *Viejo tonto.*

Ni siquiera parpadeo. Solo busco la navaja suiza personalizada que mi hermano Vitalii me regaló por mi trigésimo cumpleaños y la abro con un movimiento suave.

—El día del juicio final, Afanasy.

Lo que ocurre a continuación es rápido y brutal. Osip y Pavel lo agarran antes de que pueda huir. Mi navaja encuentra el punto débil entre sus costillas. Un pensamiento me atraviesa la mente, un pensamiento ocioso, un pensamiento ridículo, mientras abro en canal a Afanasy.

Me pregunto si Vesper admiraría mi técnica.

Entonces, Afanasy cae al suelo con un ruido sordo y húmedo. Limpio la hoja con su camisa y me enderezo, dejando que mi mirada recorra a los hombres que quedan.

—¿Alguien más tiene dudas sobre mi liderazgo?

Silencio.

—¿Abram? —señalo al antiguo compañero de Afanasy—. ¿Alguna reserva?

El hombre se ha puesto pálido, pero niega rápidamente con la cabeza. —Ninguna en absoluto, *pakhan*.

—Excelente —chasqueo los dedos a dos de mis soldados más jóvenes y luego señalo el cadáver de Afanasy—. Limpien esto. Háganlo desaparecer.

Mientras los hombres se dispersan para ocuparse de sus respectivas tareas, regreso a la casa con Osip y Pavel a mi lado. Esa espina que me he quitado debería hacerme más feliz, pero mis pensamientos siguen dispersos. La mitad de ellos aún permanecen en una carpeta turquesa guardada en mi archivador.

—¿Estás bien, Ko? —pregunta Osip, con voz cuidadosamente neutra.

—Bien —me obligo a concentrarme—. Duplica la seguridad alrededor de Luka. Y quiero que vigilen a Ihor las veinticuatro horas del día.

—Ya está hecho —confirma Pavel—. ¿Y la Dra.?

Mi paso vacila por un segundo. —¿Qué pasa con ella?

—¿Deberíamos seguir vigilándola? ¿Por si se convierte en un problema?

Hago una pausa. Solo pasa un segundo más o menos, pero en mi cabeza revivo toda nuestra interacción, desde el momento en que Vesper salió corriendo por el pasillo hasta la sensación de las baldosas rompiéndose debajo de mis rodillas cuando vi que lo había conseguido, que había salvado a Luka, que no iba a perderlo como perdí a Vitalii. Veo la curva de su columna vertebral cuando me dio la espalda en ese vestuario abarrotado y sofocante. Veo la pequeña mancha que dejaron sus labios en el borde de la copa de vino durante la cena. Sobre todo, veo el miedo que lucha con el dolor en sus ojos cuando le dije que nunca volveríamos a hablarnos. Siento ese dolor. Yo soy ese dolor.

—No —digo finalmente—. Ella ya no es asunto nuestro.

Algunas personas están destinadas a salvar vidas. Otras están destinadas a destruirlas.

El truco está en saber siempre cuál de los dos eres.

9

VESPER

UNA SEMANA DESPUÉS

La mayoría de la gente pasa su vida tratando de evitar los hospitales.

¿Yo? Soy la rara que los encuentra reconfortantes.

Las luces fluorescentes me recuerdan menos a la enfermedad y más a las noches en la cafetería con papá, él calificando las evaluaciones de los residentes mientras yo devoraba galletas con trocitos de chocolate. El olor a antiséptico no me da náuseas. Me transporta a las madrugadas en la sala de médicos, jugando con su teléfono mientras él se preparaba para la cirugía. Incluso las paredes blancas y estériles me hacen sentir como en casa, como todos esos fines de semana que pasaba acurrucada en la biblioteca médica, fingiendo leer revistas que estaban muy por encima de mi nivel de comprensión de ocho años.

St. Raphael siempre ha sido mi santuario.

Entonces, ¿por qué estoy ahora delante de mi taquilla, mirando mi bata como si fuera un uniforme de prisión?

Porque, por primera vez en toda mi carrera, preferiría estar en cualquier otro lugar.

Por ejemplo, en casa, en pijama, tomando café que no sabe como si lo hubieran filtrado a través de cartón mojado. Quizá tumbada en la

cama, dejando que mi mente divague hacia...

No. Para. Ni se te ocurra...

Pero es demasiado tarde. Mi cerebro se ha puesto en marcha, evocando más de las mismas fantasías que me han perseguido todas las noches durante una semana. Fantasías de un hombre con ojos verde musgo y manos enormes, que me arrastra a un armario de suministros. De un vestuario blanco, un vestido negro, una mancha de sangre roja, un gran error. Fragmentos en acuarela de cosas que nunca deberían haber sucedido.

—¿Dra. Fairfax?

Vuelvo bruscamente a la realidad. La Dra. Michelle Abel me observa desde el otro lado del vestuario, con el ceño fruncido por la preocupación.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Parece que vas a vomitar.

Si ella supiera... —Estoy bien. Solo estoy recuperándome de la gripe.

Es una mentira a medias, si acaso. Pero ¿qué otra cosa puedo decir? *Lo siento, estoy teniendo pensamientos obscenos sobre el jefe de la mafia que me secuestró la semana pasada. Dame un segundo, estaba a punto de llegar a la parte buena.*

—Es verdad —Michelle asiente con simpatía—. Qué suerte que te fueras temprano ese día. Antes del... incidente.

El incidente. Así es como lo llama todo el mundo. Como si llamarlo de una forma neutral y edulcorada, algo aprobado por Recursos Humanos, fuera a hacer desaparecer las manchas de sangre del pasillo.

—Sí. Qué suerte —repito. Saco mi bata del armario y cierro la puerta de un portazo.

—¿Seguro que estás lista para volver? —insiste Michelle—. Pareces distraída.

Distraída es una forma de decirlo. *Completamente jodida de la cabeza sería más acertado.*

—Estoy bien —miento de nuevo mientras me pongo rápidamente la ropa de trabajo—. Solo necesito volver a coger el ritmo, eso es todo.

En cuanto termino de vestirme, me despido de Michelle y comienzo mis rondas. Pero cuando doblo la esquina y veo la sala de enfermeras, me detengo y frunzo el ceño.

—¡Buenos días, Dra. Fairfax! —Marissa me mira alegremente. Está radiante y sonriente, probablemente porque no estaba aquí cuando empezaron a volar las balas. Su alegría me pone de los nervios.

—¿Dónde están Sonya y Adelaide?

Su sonrisa se tambalea ligeramente. —Hoy no están de guardia. Beverly, Hayden y yo nos encargamos.

—Eso... eso no está bien. Comprueba el horario otra vez —me doy cuenta de que sueno como una zorra fría, así que esbozo una sonrisa forzada y añado—: Por favor.

Los dedos de Marissa vuelan sobre el teclado, pero ya sé lo que va a encontrar. Nada. Porque Kovan Krayev no deja cabos sueltos.

Mi corazón comienza a latir con un ritmo sordo y pesado de temor en mi pecho.

—Lo siento —se encoge de hombros—. Es todo lo que tengo. ¿Quizá cambiaron los turnos?

O tal vez estén muertas. Tal vez él las mató.

Me aferro al mostrador para mantener el equilibrio, luchando contra las ganas de vomitar.

Mi buscapersonas vibra en mi cadera. Por muy disgustada que esté conmigo misma, una llamada de código rojo significa que el hijo de alguien se está muriendo, por el amor de Dios, en secreto agradezco la distracción. Necesito algo en lo que concentrarme, aparte de la

creciente certeza de que soy cómplice de algo horrible. Que Sonya y Adelaide están atadas y amordazadas en algún almacén húmedo de la Misión, esperando un final miserable para sus vidas, todo porque vieron la cara del hombre equivocado en el momento equivocado.

Dejo todo eso atrás mientras doy media vuelta y echo a correr. Voy tan rápido como puedo hacia Urgencias, dejando que mi memoria muscular tome el control. Esto es lo que sé hacer. Esto es lo que se me da bien. Es lo único que puedo hacer.

El caos de la sala de urgencias me da la bienvenida. Padres llorando en el pasillo, enfermeras corriendo entre las camas, el pánico reprimido que significa que la vida de alguien pende de un hilo.

—Háblenme —grito, abriéndome paso entre la multitud que rodea una camilla.

—Apendicitis aguda —informa el Dr. Carter—. Niño de ocho años, presenta dolor abdominal intenso.

Ocho años. La misma edad que...

Para. Concéntrate.

—Al quirófano, ahora mismo —ordeno—. Antes de que se desarrolle una peritonitis.

Mientras corremos hacia el quirófano, agarro la pequeña mano del niño. Se retuerce de dolor, con el sudor perlándose en la frente y los ojos parpadeando entre la conciencia y el olvido.

Leo su nombre en la ficha que cuelga del pie de la cama. —Hola, Robbie —le digo en voz baja, aunque no sé si puede oírme—. Estoy aquí, ¿vale? Vas a ponerte bien.

No se trata de las palabras. Nunca lo es. Se trata del tono, de la conexión humana en medio del caos médico. La promesa de que a alguien le importa si vives o mueres.

La forma en que Kovan se preocupaba por Luka.

Niego con la cabeza, apartando la comparación. No se trata de él. Se trata del niño que está en mi mesa, el niño al que puedo salvar.

—¿Dónde está la anestesia? —pregunto por encima del hombro.

La respuesta llega inmediatamente—: El Dr. Gupta la está preparando ahora mismo.

Minutos más tarde, estamos en el quirófano. Mis manos se mueven solas, la memoria muscular me guía a través de los pasos familiares. *Encontrar el apéndice. Evaluar el daño. Eliminar la amenaza.*

Pero algo falla en el equipo de monitorización. Las lecturas son erráticas, saltan entre lo normal y lo crítico sin explicación.

—¿Qué demonios...? —empiezo a decir.

La máquina emite una alarma estridente y luego se silencia.

—Dr. Gupta, cambie a monitorización manual. Ahora mismo.

Mis manos no tiemblan, no pueden hacerlo, no aquí, pero por dentro estoy gritando.

Antes de que Kovan irrumpiera en mi vida, esta era la única guerra que me importaba. Jeremy y Shana... Dios, hace una semana que no maldigo sus nombres.

Pero ahora los maldigo. Este equipo es su culpa. ¿La pila cada vez mayor de solicitudes de mantenimiento y financiación que se acumula en su escritorio? Su culpa.

Y si este chico muere...

También será su maldita culpa. Espero que el margen de beneficio merezca la pena.

Terminamos la operación con el equipo de reserva y nuestras plegarias. Robbie sobrevive.

Pero apenas. Por los pelos.

~

—Voy a matarlo.

La puerta de la sala de médicos se cierra detrás de mí con tanta fuerza que hace vibrar las ventanas. Ahora me tiemblan las manos, la adrenalina y la rabia las inutilizan para cualquier tarea que requiera control motor fino.

—Tienes que calmarte —me advierte Amrita, siguiéndome al interior.

Me giro hacia ella. —Hoy casi perdemos a un niño porque Jeremy Fleming no aprueba ni una sola mejora en el equipo. ¿Cómo se supone que voy a "calmarme" ante eso?

Amrita se suelta la coleta, con agotamiento reflejado en cada rasgo de su rostro. —Ha sido culpa mía por usar esa máquina. Todos sabemos que ha estado fallando.

—¡No! —golpeo la mesa con el puño, ignorando el dolor que me recorre el brazo—. Ese es precisamente el problema. Todos *sabemos* que el equipo falla y nos limitamos a actuar como si fuera aceptable. Como diciendo: *Ups, lo siento, mamá y papá, parece que su hijo ha muerto porque el artilugio no funcionaba bien*. ¿Simplemente descartamos a esos niños? ¿Hay alguna ventaja fiscal? ¿Cuantos más niños mueran, mayores serán las bonificaciones navideñas?

—¿Cuál es la alternativa, Vesper? —pregunta, desesperanzada—. Hemos intentado todo. Comités, propuestas, quejas formales. Lo sabes tan bien como yo: nada cambia.

—Entonces, hagamos que cambie.

—¿Cómo? ¿Qué queda por hacer?

La impotencia en su voz rompe algo dentro de mí. Porque tiene razón. Estamos librando una guerra con pistolas de agua contra un ejército con tanques.

A menos que...

A menos que tengamos *refuerzos.*

—Vesper —la voz de Amrita es ahora más suave—. Sabes que no puedo apoyarte en esto, ¿verdad? No públicamente, quiero decir.

—¿Por qué demonios no?

—Ya sabes por qué.

Me hundo en la silla frente a ella. —Porque no eres blanca.

—Porque soy prescindible —me mira a los ojos sin pestañear—. Cinco médicos despedidos en dos años. Tres negros y dos asiáticos. ¿Crees que es una coincidencia?

La vergüenza me consume. Me di cuenta del patrón, incluso se lo mencioné a la junta. Pero nunca entendí realmente lo que significaba para mis colegas que no tienen la protección de ser la hija de Thomas Fairfax.

—Lo siento...

—No te disculpes. Solo entiéndelo. Tú puedes permitirte ser justa. El resto de nosotros no.

Tiene razón, pero eso no hace que la verdad sea más fácil de aceptar. Tengo privilegios y los he estado desperdiciando en peticiones educadas y canales adecuados.

Quizá sea hora de probar un enfoque diferente.

—Oh, oh. Conozco esa cara. ¿En qué estás pensando? —pregunta Amrita.

Me levanto. —Estoy pensando que quizá sea hora de combatir el fuego con fuego.

—¿Qué significa eso?

Cojo mi bata, con la mente ya llena de posibilidades. No sé cómo lo encontraré, ni cómo lo convenceré para que me ayude. Pero, de una forma u otra, voy a conseguirlo.

—Significa que se acabó lo de pedirlo amablemente.

10

KOVAN

MÁS TEMPRANO ESE MISMO DÍA

—Viene alguien —advierte Pavel.

No necesito levantar la vista de mi papeleo para saber qué se arrastra por mi camino de entrada. El tono totalmente plano de Pavel lo dice todo: en parte disgusto, en parte resignación, como si estuviera anunciando la llegada de una plaga.

—Déjame adivinar —murmuro—. Ihor.

—Bingo —Pavel se aleja de la ventana, sacudiendo la cabeza—. Y, a juzgar por la forma en que sube los escalones, viene a cobrar.

¿Cobrar qué, exactamente? ¿Mi obediencia? ¿Mi sumisión? ¿Mi disposición a arrodillarme ante un hombre que cree que soy de su propiedad solo porque le lamía el culo a mi padre desde antes de que yo pudiera andar?

—Se llevará una gran decepción —dejo el bolígrafo sobre la mesa y me recuesto en la silla con aire sombrío.

Pavel se apoya en mi escritorio, con sus ojos color avellana cada vez más serios. —Sabes que no va a dejar pasar lo de los órganos, ¿verdad? Ese negocio era su bebé. Su gallina de los huevos de oro.

—Bueno, pues a su gallina de los huevos de oro le acaban de retorcer el cuello.

—Claro que sí. Y ahora está molesto —Pavel se pasa la mano por el pelo—. Mira, lo entiendo. Quieres limpiar el negocio familiar, hacer que seamos menos atractivos para los federales. Pero Ihor no va a rendirse y hacerse el muerto solo porque tú seas el nuevo jefe, Ko.

—¿Qué va a hacer? ¿Desafiarme abiertamente? Tendría que ser un suicida. Ni siquiera él es tan estúpido.

—No, pero tiene otras formas de hacerte la vida imposible —Pavel baja la voz—. Tiene a Luka.

Y ahí está. El cuchillo entre mis costillas, girado lo suficiente para recordarme exactamente lo atrapado que estoy.

Porque Pavel tiene razón. Ihor no necesita venir por mí directamente. Todo lo que tiene que hacer es susurrarle veneno al oído a Yana, convencerla de que San Francisco ya no es seguro, de que tal vez deberían llevar a su pequeña familia a un lugar nuevo. A algún lugar lejano.

A algún lugar donde yo no pueda proteger a mi sobrino.

—Sé lo que tiene —digo en voz baja.

Llaman a la puerta con fuerza, con exigencia. Osip aparece un segundo después, con su habitual sonrisa sustituida por algo más parecido a una mueca.

—Está aquí —anuncia Osip—. Y es tan encantador como una maldita endodoncia.

Miro mi reloj. —Dile que estaré con él en veinte minutos.

—¿Veinte? —pregunta Pavel levantando una ceja.

—El hombre tiene que aprender a ser paciente.

La sonrisa de Osip vuelve a aparecer. —Será un placer.

La puerta se cierra con un clic, dejando a Pavel y a mí solos con el peso de lo que se avecina.

—Sabes que esto solo va a molestarlo más —señala Pavel.

—Bien —saco una baraja de cartas del cajón de mi escritorio—. Quizás si se enfada lo suficiente, diga alguna estupidez. Algo que pueda usar en su contra.

Jugamos tres manos de gin rummy mientras Ihor espera fuera como un perro rabioso. Gano las tres, pero la victoria me sabe a poco. Todo me sabe a poco estos días.

Cuando por fin le dejo entrar, Ihor irrumpe por la puerta como si fuera el dueño del lugar. Tiene la cara roja como un tomate, y sus ojos pequeños y brillantes arden de indignación.

—¿Te olvidaste de que estaba aquí? —pregunta, con la voz aguda y llena de indignación.

—En absoluto —señalo las cartas que aún están esparcidas sobre mi escritorio—. Pavel y yo estábamos terminando asuntos importantes.

—¿Asuntos importantes? —pregunta con los ojos a punto de salirse de sus órbitas—. ¿Juegos de cartas?

—Gin rummy, en realidad. Pavel está mejorando, pero todavía no puede ganarme —sostengo la mirada de Ihor con total calma—. Siéntate. Tengo diez minutos.

Ahora prácticamente tiembla de furia. —He estado esperando ahí fuera durante...

—Veinte. Lo sé. Como he dicho, tenía asuntos importantes —me quedo de pie mientras él se sienta a regañadientes en la silla frente a mi escritorio—. ¿Qué puedo hacer por ti, Ihor?

—Sabes perfectamente por qué estoy aquí.

Me apoyo en el borde de mi escritorio, con los brazos cruzados. —Haz como si no lo supiera.

Mueve la mandíbula durante un momento, como si estuviera masticando cristal. —Lo del tráfico de órganos. ¿Te has vuelto loco?

—Mi mente está perfectamente intacta, gracias.

—Y una mierda —da un golpe con la palma de la mano sobre mi escritorio con tanta fuerza que mi taza de café da un salto—. Tu padre nunca habría...

—Mi padre está muerto —las palabras salen más frías de lo que pretendía, pero no las retiro—. Ahora soy el *pakhan*. Mis decisiones son definitivas.

—Tu padre construyó este imperio con decisiones inteligentes. Decisiones rentables. ¿Y tú lo estás echando todo por la borda por un sentido del honor equivocado? ¿Crees que serás un *buen hombre* si haces esto, Kovan? ¿Harán vitrales en tu honor, con una maldita aureola sobre tu cabeza?

Estudio su rostro: la barbilla débil, los ojos inquietos, la boca que nunca deja de hablar. Este hombre ha sido un cáncer en mi familia durante años. Quizá sea hora de eliminarlo.

—El comercio de órganos nos trae enemigos —digo simplemente—. Enemigos que no necesito.

—El comercio de órganos nos hace *ricos*.

—Con dinero manchado de sangre.

Se ríe como un cadáver jadeante. —¿Crees que el resto de nuestros negocios son limpios? ¿Crees que nuestras manos no están ya manchadas?

—Quizás. Pero no tienen por qué ensuciarse más.

—Por Dios —se frota los ojos con los nudillos—. Suenas igual que tu hermano. Todo son buenas intenciones y moralidad. Mira a dónde lo ha llevado.

Mi rostro se vuelve impasible. —Ten cuidado, Ihor.

Pero, al igual que su secuaz Afanasy, está demasiado alterado para captar la advertencia en mi voz. —Vitalii también pensó que podía

limpiar el negocio familiar. Pensó que podía ser el bueno. ¿Y qué pasó? Acabó muerto en un callejón y la mujer que amaba se casó con su mejor amigo.

Qué manera tan jodidamente graciosa de dar vuelta la historia. Su mejor amigo. Así es como se llama a sí mismo Ihor. Como si no hubiera rondado el dolor de Yana como un buitre, como si no se hubiera aprovechado de su vulnerabilidad cuando el cuerpo aún estaba tibio.

—Vitalii murió porque fue descuidado —digo—. No porque fuera bueno.

—Murió porque dejó que sus emociones tomaran las decisiones. El mismo error que estás cometiendo ahora.

Me alejo del escritorio y doy un paso hacia él. —¿Qué quieres decir con eso?

—Significa que estás pensando con el corazón en lugar de con la cabeza. Igual que él —la sonrisa de Ihor es muy fina—. Dime, ¿cómo está la buena Dra.?

—¿Qué coño me acabas de decir?

—La Dra. Fairfax. Una chica muy guapa. Entiendo por qué te tiene tan distraído.

—No sabes de lo que estás hablando.

—¿Ah, no? —se recuesta en su silla, repentinamente relajado—. Las noticias vuelan en esta ciudad, Kovan. Especialmente, cuando el *pakhan* empieza a jugar con civiles.

Me abalanzo sobre la mesa antes de darme cuenta de que me he movido, con la mano alrededor de su garganta. —Vuelve a decir su nombre. Atrévete.

Pero Ihor no parece asustado. Más bien parece satisfecho. —Ahí está —susurra—. Ahí está la emoción que te va a matar. Igual que mató a

tu hermano.

Aprieto más fuerte, viendo cómo se le enrojece la cara. Sería tan fácil. Un giro rápido y todos mis problemas desaparecerían.

Pero no es así. Porque Yana seguiría ahí fuera. Y Luka seguiría estando fuera de mi alcance.

Lo suelto y doy un paso atrás mientras él jadea y tose.

—El tráfico de órganos sigue muerto —le digo—. Fin de la discusión.

—Bien —se arregla la corbata y recupera la compostura con una rapidez aterradora—. Pero no digas que no te advertí de las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

Su sonrisa vuelve, fría y calculadora. —A los Keres no les gusta que les digan que no. Y tienen buena memoria.

—Deja que yo me preocupe por los Keres.

—Oh, no me preocupo por ti ni por ellos —se levanta, alisándose la chaqueta—. Me preocupan las personas que te importan. Tu sobrino, por ejemplo.

—Luka está protegido.

—¿De verdad? —Ihor inclina la cabeza—. Porque, desde donde yo lo veo, el chico parece estar muy expuesto.

La amenaza es sutil, pero inequívoca.

—Estás jugando con fuego, Ihor.

Él se limita a encogerse de hombros. —A mí me parece que solo estoy siendo un padrastro preocupado. Un hombre que quiere lo mejor para su familia —se dirige hacia la puerta y luego se detiene —. Sabes, Yana ha estado hablando de alejarse de la ciudad. Quizás a algún lugar más tranquilo. Más seguro.

—La vida de Luka está aquí.

—La vida de Luka está donde yo diga —la máscara se desliza por un instante, revelando el veneno que hay debajo—. Ahora soy su padre, Kovan. Su tutor legal. Y si decido que San Francisco no es bueno para él... Bueno.

No necesita terminar la frase. El mensaje es muy claro.

Coopera o perderás al chico para siempre.

—Hemos terminado aquí —gruño.

—Sí —asiente, con la mano en el pomo de la puerta—. Creo que sí.

La puerta se cierra detrás de él con un clic suave, dejándome solo con el eco de sus amenazas. Si fuera cualquier otro hombre, estaría temblando de rabia. Pero hace mucho tiempo que aprendí a mantenerla oculta.

Aun así, eso no significa que esté tranquilo. Ihor me tiene acorralado y lo sabe. Cada movimiento que hago, él lo contrarresta con la seguridad de Luka. Cada decisión que intento tomar de forma independiente, él amenaza con llevarse al chico.

Soy el *pakhan* de una de las organizaciones criminales más poderosas de la costa oeste.

Y soy completamente impotente frente a un viejo amargado con un certificado de matrimonio.

Pero eso está a punto de cambiar. Porque hay una cosa que Ihor aún no sabe sobre mí.

Yo no solo hago enemigos.

Los destruyo.

VESPER

—¡Dra. Fairfax, espere! La junta está reunida... No puede simplemente...

Lynn se levanta apresuradamente de detrás de su escritorio en un intento desesperado por detenerme, y su silla chirría al girar detrás de ella.

Pero yo ya estoy empujando las pesadas puertas de roble de la sala de reuniones, y la voz de Jeremy se corta a mitad de la frase, como si hubiera desconectado el enchufe de un altavoz.

Doce rostros se vuelven hacia mí, pero solo veo dos que me importan: los ojos azul ártico de Jeremy y la sonrisa burlona de Shana. El resto bien podrían ser maniquíes, por la poca personalidad que tienen.

—Caballeros. Shana —me detengo en la puerta—. Siento interrumpir su... ¿Cómo llamamos a esto? ¿Contabilidad creativa? ¿Círculo de adoración al diablo?

La risa de Jeremy es dolorosamente forzada. —Dra. Fairfax, esto es muy inapropiado. Estamos en medio de...

—Oh, amigo, me encantaría oír cómo terminas esa frase —lo interrumpo con una risa forzada—. Si me preguntaras, te diría que están en medio de sopesar los costes de salvar la vida de unos niños

frente a todos los yates que podrían comprar si ese dinero fuera a parar a sus bolsillos. Y los pobres niños salen perdiendo por un *poquitín*.

Cualquier rastro de sonrisa falsa en el rostro de Jeremy se desvanece y muere. El resto de la sala también permanece en silencio. El Dr. Weatherly se acaricia el bigote nerviosamente, mientras que el Dr. Kaplan de repente encuentra fascinante la superficie de la mesa de caoba.

—Esa es una acusación bastante grave —dice Shana con voz melosa —. ¿Quizá te gustaría dar más detalles?

—Hoy casi pierdo a un niño de ocho años —mi voz no tiembla, aunque mis manos sí lo hacen—. ¿Sabes por qué casi lo pierdo?

Jeremy se ajusta la corbata y se mueve inquieto, fingiendo indiferencia. —Los fallos en los equipos ocurren, Dra.. Es lamentable, pero...

—Lo que tú llamas "lamentable", yo lo llamo "negligencia deliberada y homicida" —me giro hacia los demás miembros de la junta, esos hombres sin carácter que solían respetar a mi padre, que solían respetar esta profesión. A quienes les importaban los niños.

—Dr. Weatherly, ¿cuántas veces me he parado en este mismo lugar, suplicando por equipo de anestesia actualizado? ¿Cinco? ¿Diez? ¿Quince? ¿Veinte? —su bigote se mueve, pero no me mira a los ojos —. Dr. Kaplan, ¿recuerda mi presentación sobre los monitores cardíacos? Les dije lo que probablemente sucedería y, ¿qué creen?, una niña preadolescente entró en paro cardíaco en mi mesa, *tal como dije que sucedería.*

Silencio.

Siempre el maldito silencio de estos cobardes.

—Hoy, ese equipo que han estado ignorando casi mata a otro niño. Un niño que acudió a nosotros en busca de ayuda. Que confió en

nosotros —mi voz se quiebra en la última palabra y me odio por ello, aunque no lo suficiente como para detenerme—. Pero supongo que los niños muertos no afectan a las bonificaciones trimestrales, ¿verdad?

Jeremy carraspea. El sonido tiene un tono amenazante. —Dra. Fairfax, este arrebato emocional no está a su altura. Creo que tal vez necesite un descanso. Una baja prolongada, tal vez. Para... procesarlo.

—No necesito procesar nada. Sé lo que digo. Cada palabra que digo es sincera.

—El legado de su padre parece haberle creado ciertas expectativas sobre el funcionamiento de este hospital —vuelve a sonreír. Es una sonrisa tan zalamera que me dan ganas de vomitarle el regazo—. Pero me temo que el nepotismo murió con Thomas Fairfax.

La habitación da vueltas por un segundo. *No acaba de decir...*

—Mi padre se ganó su lugar aquí tras décadas de servicio —gruño entre dientes—. Yo he hecho lo mismo.

—¿De verdad? —interviene Shana—. Porque la semana pasada abandonaste tu turno sin seguir el protocolo. Te fuiste antes de tiempo, si no recuerdo mal. Casi como si supieras que algo iba a pasar.

Abro la boca y luego la cierro.

—Y ahora estás haciendo acusaciones descabelladas sobre un equipo que, según tú, es defectuoso —continúa Jeremy, acercándose cada vez más a mí como un tiburón—. Un equipo que funciona perfectamente para todos los demás médicos de este hospital. Uno se pregunta si el problema no son las máquinas, sino la operadora.

—¿Estás cuestionando mi competencia?

—Estoy cuestionando tu estabilidad —ahora está tan cerca que puedo olerlo, como carne podrida rociada con una loción para

después del afeitado empalagosa y vieja que me revuelve el estómago—. Tu criterio. Tu capacidad para seguir funcionando en un entorno profesional de alto riesgo como esta venerada institución.

Sus palabras son un susurro aterciopelado y, para mi horror, parecen surtir el efecto deseado en su audiencia. Todos los borregos sin cerebro de esta sala me miran ahora como si *yo fuera* el problema. Como si *fuera yo* quien estuviera matando lentamente este lugar desde dentro.

—Si hubiera seguido los procedimientos de solicitud adecuados —dice Jeremy—, se habría pedido nuevo equipo de inmediato. No somos monstruos, Dra. Fairfax. Queremos lo mismo que tú: salvar vidas. Pero no podemos ayudarte si no te ayudas a ti misma.

Y ahí está. El golpe maestro. Me ha hecho parecer una empleada incompetente e inestable que culpa a todos menos a sí misma por sus fracasos.

Weatherly asiente. Kaplan murmura.

He perdido antes incluso de empezar a luchar.

—Ahora —dice Jeremy, recostándose en su silla como un rey en su trono—, te sugiero que te vayas a casa. Cálmate. Piensa si esta es realmente la carrera profesional adecuada para ti.

Recorro la sala con la mirada una vez más, buscando aunque sea un atisbo de apoyo, de humanidad. Pero estos hombres vendieron sus almas hace mucho tiempo, probablemente a cambio de opciones sobre acciones y plazas de aparcamiento en primera fila.

No queda nada a lo que recurrir.



Jeremy me encuentra horas más tarde, cuando estoy terminando mi ronda. El pasillo está en penumbra, la mayoría del personal diurno

se ha ido a casa con sus familias, a sus vidas normales, con la conciencia tranquila.

—Menuda actuación la de esta mañana, Dra. Fairfax.

No lo miro. No puedo confiar en mí misma para no hacer algo que acabe con mi carrera más rápido de lo que él ya tiene planeado.

—La única actuación ha sido la tuya —digo en voz baja—. Digna de un Óscar, la verdad. El administrador preocupado que solo intenta hacer su trabajo.

Se acerca y algo oscuro se refleja en sus rasgos perfectos. —Ten cuidado, Vesper. Estás caminando por una línea muy delgada.

El uso de mi nombre me pone los pelos de punta. —¿Es eso una amenaza?

—Es un consejo amistoso —sonríe—. De alguien que se preocupa por tu bienestar.

—Oh, sí, mi bienestar —me río, pero sin humor—. Porque destruir mi reputación y poner en peligro a mis pacientes es exactamente lo que me recetó el médico.

—Eso lo has hecho tú sola —ahora está cerca. Demasiado cerca. Quiero que se aleje o podría hacer algo imprudente—. Simplemente he sacado a la luz los hechos.

—Los *hechos* son que estás matando lentamente a este hospital por lucro.

Algo salvaje cruza su rostro, tan rápido que casi no lo veo. —Parece que no me entiendes. Así que lo diré claramente: si alguna vez, y digo alguna vez, interrumpes otra reunión de la junta como lo has hecho hoy, me aseguraré personalmente de que nunca vuelvas a ejercer la medicina en esta ciudad. En este estado, si es necesario.

—No tienes ese poder.

La risa que sigue es suave, íntima, aterradora. —Oh, cariño. No tienes ni idea del poder que tengo. Ni de quiénes son mis amigos.

Keres. El nombre es un susurro fantasmal en mi mente. No sé si es algo que me ha venido de repente o si mi sospecha tiene algún fundamento, pero solo pensarlo me deja un sabor desagradable en la boca. ¿Y si la corrupción de Jeremy va más allá del robo de presupuestos para equipamiento? ¿Y si está relacionada con algo más oscuro?

—Vete a casa, Dra. Fairfax —por fin se aleja, afortunadamente—. Y, cuando vuelvas mañana, *si* es que vuelves, recuerda cuál es tu lugar. Recuerda quién decide tu futuro aquí. No me molestaré en advertirte de nuevo.

Luego se aleja, dejándome sola en el pasillo con el persistente aroma de colonia barata y amenazas inestimables.

~

—Tengo que hacer algo, Charity.

Estoy en mi coche, con el teléfono conectado al Bluetooth, mientras las luces de la ciudad se difuminan tras el parabrisas como lágrimas brillantes. —Jeremy está convirtiendo St. Raphael en una trampa mortal corporativa. Mis pacientes van a morir y él se va a beneficiar de sus muertes.

—¿Qué ha pasado hoy? —su voz es suave, cautelosa. Sabe que estoy al límite.

—Lo mismo de siempre, solo que hoy ha sido un día diferente. Mi equipo de anestesia ha fallado durante la operación. El niño tenía ocho años, Charity. *Ocho*. Casi lo perdemos porque Jeremy no gasta dinero en nada que no le llene los bolsillos.

—Dios mío, Ves.

—Me enfrenté a él. A toda la junta. Salió tan bien como era de esperar —trago saliva con dificultad, saboreando el fracaso y la furia en partes iguales—. Básicamente, me acusó de ser una incompetente protegida.

—Vaya. Enfrentarlo puede no ser la mejor estrategia en este caso, cariño —dice con cautela—. Necesitas pruebas. Pruebas de mala gestión, corrupción, lo que sea. Pero tiene que ser algo demostrable.

—¿Con qué ejército? La mitad de los médicos de aquí están en su nómina ilícita y la otra mitad tiene demasiado miedo para hablar. Yo me estoy uniendo rápidamente a la mitad asustada.

—¿Sería tan terrible marcharse? —pregunta—. Quiero decir, St. Raphael ya no es el hospital de tu padre.

Me estremezco ante lo que eso implica. —Este lugar es mi hogar, Charity. Estos son mis pacientes, mi vocación, el legado de mi padre. No los abandonaré.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

Esa es la pregunta del millón, ¿no?

—Creo que esto va más allá de Jeremy y Shana —digo con cautela —. Aquí está pasando algo más. Algo más grande.

—¿A qué te refieres?

Keres. El nombre me quema en la lengua, pero no puedo decirlo en voz alta. Todavía no. No hasta que entienda lo que significa.

—Nada. Ni siquiera lo sé. He tenido un día muy largo y estoy agotada. Pero, oye, ya casi estoy en casa. ¿Te llamo más tarde?

—Cuando quieras.

Aparco frente a mi edificio, un modesto complejo que ha visto mejores décadas. El ascensor sube con un chirrido hasta el tercer piso y mis pies parecen de plomo mientras camino por el pasillo hacia el 402.

Introduzco la llave en la cerradura, empujo la puerta para abrirla... y me quedo paralizada.

Porque la ventana del salón está abierta. Nunca, jamás, la dejo abierta cuando me voy a trabajar.

Un escalofrío me recorre la espalda que no tiene nada que ver con el aire nocturno que entra en mi apartamento.

No estoy sola.

Hay alguien aquí.

Alguien me está esperando.

12

KOVAN

—Hola, Francis.

El abrigo que sostiene se le resbala de los dedos y cae al suelo de mármol del vestíbulo con un suave golpe sordo. El juez Francis Delgado se gira lentamente y veo cómo se le va la sangre de la cara al reconocerme entre las sombras de la escalera.

—¡Por Dios, Kovan! —sisea—. Casi me da un infarto. ¿Cómo has...?

—Entré por mi cuenta.

Sus ojos se dirigen rápidamente hacia lo alto de las escaleras, probablemente preguntándose si su esposa ha oído el alboroto. Si está cogiendo el teléfono para llamar al 911.

—Leticia está dormida —le digo, apartándome de donde estaba apoyado contra la barandilla—. Los perros también. Por cierto, se acuerdan de mí. Siguen queriendo a su tío Kovan.

Francis murmura algo entre dientes y se agacha para recoger su abrigo. Le tiemblan las manos mientras se endereza. —Podrías haber llamado. Haber concertado una cita.

—Esto no podía esperar.

Suspira como un hombre que lleva el peso del mundo sobre sus hombros y luego señala hacia su salón. Lo sigo a través de la puerta

arqueada hasta un espacio que realmente parece habitado, a diferencia del resto de su casa, llamativa y prístina. Sofás enormes en los que parece que te hundirías y nunca saldrías a la superficie. Juguetes para perros esparcidos por el suelo de madera. Fotos familiares cubriendo cada centímetro de la repisa de la chimenea.

Mis ojos se posan en las fotos de su hijo, Bradley. Fotos de graduación. Ceremonias de entrega de premios. Toda la vida del chico documentada en marcos brillantes, incluyendo un espacio vacío que claramente espera su foto de graduación de la Facultad de Derecho de Harvard.

—Siéntate —dice Francis, acomodándose en su sillón favorito.

En lugar de eso, me acerco a la repisa de la chimenea y cojo una de las fotos de Bradley. El chico tiene la barbilla inexistente de su padre, pero los ojos inteligentes de su madre.

—¿Cómo le va a Bradley?

—Es el primero de su clase —el orgullo se cuela en la voz de Francis a pesar de su evidente incomodidad—. Ya trabaja a tiempo parcial en Morrison & Associates.

Dejo la foto con cuidado. —Siguiendo los pasos de papá, por lo que veo.

—Ser juez no es tan maravilloso como parece —su tono se vuelve mordaz—. Especialmente, cuando alguien irrumpe en tu casa a medianoche.

—¿Irrumpir? Eso es muy duro, Francis. Creía que éramos amigos.

Él mira con tristeza su carrito de bebidas alcohólicas. —Esta conversación requiere whisky, ¿no?

—No diría que no.

Francis se levanta con evidente esfuerzo. El hombre ha engordado al menos quince kilos desde la última vez que lo vi, y su cojera está

empeorando. Sirve dos vasos y me entrega uno, con expresión sombría.

—¿Qué quieres, Kovan?

—Quiero la custodia de mi sobrino. Necesito que lo consigas.

Francis pone cara de decepción. —No es tan sencillo.

—Eres juez de la Corte Suprema. Este es precisamente el tipo de cosas en las que puedes influir.

—Me atribuyes más poder del que realmente tengo —mira fijamente su whisky como si hubiera una vía de escape allí—. Puedo influir en las decisiones, claro. Influir en los resultados. ¿Pero eludir completamente el sistema legal para satisfacer los intereses personales de un hombre? No. Así no es como funciona esto.

—Luka tiene un progenitor vivo...

—Exacto —Francis me interrumpe—. Su madre. Que se ha vuelto a casar, según tengo entendido.

Aprieto la mandíbula. —Con Ihor Makhov. El antiguo segundo al mando de mi padre.

—Supongo que no apruebas su elección.

—La lealtad de Ihor murió con mi padre. Pasó años socavando el liderazgo de mi hermano y ahora está haciendo lo mismo con el mío. Está utilizando a Luka como arma arrojadiza contra mí.

Francis se inclina ligeramente hacia delante. —Quieres alejar al niño de él.

—Quiero que esté a salvo —gruño. Luego, apaciguo mi ira—. Luka tiene ocho años. Es sensible. Necesita atención, estabilidad. Su madre apenas se molesta en recordar que existe, e Ihor lo ve como nada más que una herramienta.

Las mejillas de Francis tiemblan mientras niega con la cabeza con tristeza. Casi compadeciéndome, si no lo conociera bien. —Si realmente se trata de una cuestión de seguridad, puede que haya opciones. Pero necesitarías pruebas concretas de que el niño está en peligro con sus tutores actuales. Sin eso, no se le retirarán los derechos parentales.

Asiento, mi mente ya baraja posibilidades. —¿Y si puedo demostrarlo?

—Incluso entonces, si su madre o su padrastro impugnan tus afirmaciones, te espera una larga batalla legal. Los casos de custodia pueden prolongarse durante años.

—Luka no tiene años —aprieto los dientes con fuerza—. Hace una semana tuve que llevarlo urgentemente al hospital porque alguien le dio de comer piña. Es mortalmente alérgico.

Francis se endereza. —¿Dónde estaban sus padres?

—En Cancún. Lo dejaron con personal que claramente no estaba informado de sus necesidades médicas.

—Eso es algo con lo que podemos trabajar. Negligencia. Poner en peligro a un menor. Ahí hay un caso —Francis hace una pausa, pensativo—. Pero aun así no será fácil.

—¿Luka no tiene voz y voto en todo esto?

—Tiene ocho años, Kovan. Ha vivido con su madre toda su vida. Los tribunales no suelen separar a los niños de su cuidador principal para entregarlos a un tío soltero. Y menos aún a uno con un largo historial de delitos...

—Cuidado con lo que me dices, Francis.

Él se encoge instintivamente. —Escúchame, Kovan. Separar a un niño de su progenitor biológico requiere circunstancias extraordinarias. Lo más probable es que envíen primero a los Servicios Sociales para evaluar el entorno familiar.

—Los engañarán. Yana puede montar el espectáculo que sea necesario. ¿Y qué diablos tiene que ver el hecho de que yo sea soltero?

—Piénsalo desde la perspectiva de un tribunal. ¿Qué querría un soltero con un niño de ocho años? ¿Por qué elegiría ese tipo de responsabilidad en lugar de su libertad?

—Porque estaría mejor conmigo.

—Me temo que el tribunal no lo verá así.

Aprieto los puños. —Por eso estoy aquí. Para que lo vean así.

Francis traga saliva. —Si presentas un caso sólido, puedo influir en la decisión. Pero si te concedo la custodia sin una justificación adecuada, me retirarán del caso y asignarán a otro juez. Uno que no sea tan... comprensivo con tu situación.

—Claro —doy un largo trago al whisky y siento cómo me quema la garganta—. ¿Qué me sugieres?

Francis duda. —¿Sinceramente?

—No estoy aquí para escuchar tonterías endulzadas.

—No estaría mal que te presentaras como una unidad familiar ideal.

Frunzo el ceño. —¿Qué quieres decir?

—¿Tienes novia? ¿Alguien presentable? —su voz es cautelosa, mesurada—. Si es así, ahora podría ser el momento de hacer las cosas más permanentes.

Mi trago de whisky se queda suspendida en el aire. —No puedes hablar en serio.

—Los tribunales favorecen los entornos estables. A sus ojos, una pareja que se ama proporciona esa estabilidad mejor que un tutor soltero, independientemente de lo capaz que sea.

Dejo el vaso sobre la mesa. El cristal resuena contra la mesa auxiliar.

Una idea comienza a formarse en mi mente. Una idea loca, probablemente imposible, pero que podría funcionar.

El problema es que mi plan depende de convencer a una mujer muy obstinada y con principios para que me ayude. Y. después de todo lo que ha pasado entre nosotros, no estoy seguro de que me deje siquiera cruzar la puerta de su casa.

Pero, por la seguridad de Luka, encontraré la manera de que funcione.

Tengo que hacerlo.

13

VESPER

—Si te acercas más, gritaré.

Las palabras se me escapan en un susurro, pero podrían ser un grito, por lo que me sirven. La enorme silueta junto a mi ventana ni siquiera se inmuta.

Mi mano encuentra el pomo de la puerta detrás de mí y mis dedos lo agarran con tanta fuerza que me duelen los nudillos. Un movimiento en falso y estoy perdida.

—No tengo ninguna duda de que lo harías.

Esa voz. Profunda, áspera y completamente inolvidable. La misma voz que ha estado acechando mi sueño durante una semana entera, convirtiendo mis sueños en algo vergonzoso y depravado que no puedo admitir ante nadie.

—¿Kovan?

Busco a tientas por la pared hasta encontrar el interruptor de la luz y, de repente, lo veo allí, a plena vista. Mandíbula afilada, ojos verdes que parecen verlo todo, manos que podrían partirme por la mitad sin sudar ni una gota.

Manos grandes. Manos muy, muy grandes.

—Hola, Vesper. Qué casualidad encontrarte aquí.

—¿Se supone que eso es gracioso? —mi corazón late con fuerza contra mis costillas—. ¿Qué demonios haces en mi apartamento?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Y por eso has entrado sin permiso? —quiero parecer enfadada, pero sobre todo parezco sin aliento—. La mayoría de la gente llama primero a la puerta.

Una comisura de su boca se curva hacia arriba. —Es bueno saberlo.

Me alejo de él todo lo que puedo sin salir de la habitación. —He mantenido la boca cerrada, ¿vale? Nadie sabe que estaba allí cuando se produjo el tiroteo. No he dicho ni una palabra a nadie —dudo, y luego añado—: Aunque quizá debería haberlo hecho.

Levanta una ceja oscura. —¿Y por qué no lo hiciste?

—Sonya y Adelaide —mi voz se quiebra al pronunciar sus nombres —. Las enfermeras que nos vieron juntos. ¿Qué les hiciste?

Parece realmente confundido. Quizá incluso ofendido. —¿Perdón?

—Ya me has oído. Las dos estaban de guardia ese día. Las dos nos vieron. Ahora, las dos están convenientemente ausentes del trabajo.

—Y tú crees que yo las maté.

No es una pregunta. Lo dice con tono seco y sin emoción, y de alguna manera eso lo empeora.

—¿...No lo hiciste?

—Por Dios, Vesper —se toca la mandíbula—. ¿De verdad crees que mataría a dos mujeres inocentes para cubrir mis huellas?

—Parece algo que tú harías.

—Bueno, te estoy diciendo ahora mismo que no lo hice.

—Entonces, ¿dónde están? —pregunto, entre grito y súplica—. Porque siempre trabajan los viernes por la mañana y hoy no

aparecían por ninguna parte.

—Están de vacaciones —se limita a decir—. Sonya está en las Bahamas con su novia. Un resort de cinco estrellas, playa privada. Adelaide está en Suiza con su familia. Todos los gastos pagados.

—¿Pagados por quién?

Vuelve esa sonrisa peligrosa. —¿Crees que la amnesia es gratis?

Cuando empiezo a comprenderlo, el aire se me escapa de los pulmones. —Las sobornaste.

—Prefiero considerarlo una compensación por su discreción —se recuesta, completamente relajado en mi casa—. Ambas mujeres estaban más que felices de firmar los documentos que les presenté.

—¿A punta de pistola?

Él niega con la cabeza, consternado. —No necesito un arma para conseguir lo que quiero. Solo esto.

Entonces sonríe, con una sonrisa plena y devastadora, y todo mi cuerpo responde sin permiso. Siento un calor en la parte baja del vientre, mi pulso se acelera y entiendo perfectamente cómo consiguió que esas mujeres aceptaran todo lo que les pidió. Yo también firmaría en la línea punteada.

—Está bien —cruzo los brazos sobre el pecho, volviendo a la defensiva—. Así que no mataste a mis compañeras de trabajo. Felicidades por tu moderación.

—Gracias. Seguro que te enviarán postales desde sus hoteles cinco estrellas.

—¿Qué quieres de mí? —retrocedo hasta chocar con la puerta principal cerrada, tratando de mantener cierta distancia entre nosotros—. ¿Mis propias vacaciones con todos los gastos pagados a cambio de guardar silencio?

—Algo mejor que eso —se inclina hacia delante, y la distancia entre nosotros vuelve a reducirse hasta casi desaparecer—. Mucho mejor.

Se me revuelve el estómago. —¿Qué tipo de algo?

—Algo que no puedes rechazar —sus ojos se clavan en los míos—. Pero primero, necesito preguntarte algo.

—Por supuesto, dispara.

—¿Por qué has presentado tantas quejas contra la junta del hospital?

Todo ese calor, esa conciencia, se desvanece en un instante. —¿Cómo sabes eso?

—Investigo antes de cerrar acuerdos, Dra. Fairfax —se frota la barba incipiente—. Parece que Jeremy Fleming y tú tienen historia.

Sé que no debería enfadarme, que no debería mostrar ninguna debilidad ante este hombre. Sería como acercarme a un lobo, mostrarle mi garganta y decirle: *Toma, muérdeme, soy deliciosa*. Pero, después del día que he tenido, no puedo evitarlo.

Abro la boca para decirle que no me importa especialmente el Sr. Fleming. Lo que sale es—: Jeremy Fleming es un parásito engreído y psicótico que está destruyendo activamente un hospital que se supone que debe salvar vidas. Un bastardo codicioso que se preocupa más por su cuenta bancaria que por nuestros pacientes. Es un cáncer y una maldición, y el mundo sería mejor si estuviera muerto. Mejor aún si fuera de forma dolorosa.

Los ojos de Kovan brillan. —Dime cómo.

Una vez más, dudo. Lo más inteligente sería retirarme. Cerrar las escotillas.

Pero no he hecho lo más inteligente con este hombre desde el momento en que nos conocimos.

—¿Por qué? —me despego de la pared y me acerco medio paso a él —. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Con suerte, todo —su rostro es serio. Sereno. Decidido—. Pero primero necesito saber contra qué estoy luchando.

—¿Crees que puedes ayudarme? —la esperanza en mi voz es vergonzosa, pero no puedo evitarlo.

—Dime qué está haciendo Jeremy y lo averiguaremos.

Me siento en una silla y me acerco al borde, lo suficiente como para poder tocarlo si quisiera. Lo cual no quiero hacer en absoluto.

—Está robando dinero del presupuesto del hospital. Él y el resto de la junta. Se están enriqueciendo mientras mi equipo falla y mis pacientes sufren —tengo que hacer una pausa para respirar entre lágrimas y jadeos—. Ayer casi pierdo a un niño. El equipo de monitorización falló porque Jeremy no aprueba las reparaciones ni las sustituciones.

Una sombra se cierne sobre Kovan. Aprieta la mandíbula, cierra los puños y casi podría jurar que oigo el latido de su pulso.

—Así que hay que ocuparse de Jeremy y sus amigos.

—He intentado presentar quejas, pero lo controlan todo. Tienen todo el poder.

—No —niega con la cabeza—. No todo.

Ahora es mi corazón el que puedo oír latir. Miro hacia abajo por puro instinto, preguntándome si Kovan puede verlo latir a través de mi camisa. —¿Qué harías tú?

—Puedo hacer desaparecer a toda la junta directiva. Ponerte en una posición para hacer cambios reales. Incluso haré una donación lo suficientemente grande como para equipar tu sala de pediatría con todo lo que siempre has soñado.

—Yo...

No puedo. Es todo lo que siempre he soñado, y si hay alguien que creo que podría hacerlo realidad, es el hombre que tengo delante. Me está ofreciendo una bandeja de plata con la venganza y la justicia amontonadas encima. Solo tengo que decir que sí.

Pero...

Pero sé que no es así. Sé que nada en esta vida es gratis y que siempre, siempre hay condiciones. En este caso, son el tipo de condiciones que podrían acabar estrangulándome si no tengo cuidado.

—¿Qué quieres a cambio? —pregunto a regañadientes.

Él no duda. —Un favor.

—¿Qué tipo de favor?

—Te acuerdas de Luka.

Por supuesto que recuerdo a Luka. El dulce y valiente Luka, con sus ojos grises y su rostro demasiado serio. —Sí.

—Necesito obtener su custodia —dice Kovan con voz áspera—. Si se queda donde está, le harán daño. Quizás lo maten.

La sinceridad de su voz me pilla desprevenida. Por muy loco que parezca, creo que el corazón de Kovan es puro. Al menos en esta situación. ¿En el resto? No tanto.

—No estoy segura de cómo puedo ayudarte con eso —digo lentamente—. Podría escribir un informe médico sobre su reacción alérgica, documentar el abandono...

—Eso no será suficiente.

Su tono brusco me hace estremecer. —Entonces no sé qué...

—He hablado con... un asesor legal... y me han aconsejado que el sistema judicial favorece la estabilidad. Las unidades familiares tradicionales —hace una pausa y puedo ver que elige

cuidadosamente sus palabras. Lo que hace que la próxima parte sea aún más sorprendente por lo directa que es—. Así que necesito que finjas ser mi novia.

Lo miro fijamente. Parpadeo. Espero el remate.

—Estás bromeando.

—No.

—Eso es... —me levanto tan rápido que la silla se balancea hacia atrás—. ¡Es una locura!

—Es práctico —no se mueve, ni siquiera levanta la voz—. Un hombre soltero con mi historial no inspira confianza a los jueces de familia. Pero ¿un hombre con una relación estable? ¿Con una Dra. respetable? Eso lo cambia todo.

—Pero nosotros somos... Yo soy... Tú eres... ¡Somos *desconocidos*! —exclamo, casi grito—. ¡Hemos tenido una sola conversación y tenías una pistola en el bolsillo con una bala a mi nombre si decía algo fuera de lugar!

—Eso es irrelevante.

—¿Cómo que es irrelevante?

—Porque esto no será real. Solo tiene que *parecer* real —se pone de pie y, de repente, se vuelve enorme y aterrador sobre mí, tan cerca que puedo oler su colonia, que tengo que estirar el cuello hacia atrás para poder mirarlo a los ojos—. Esto nos beneficia a los dos. Tú consigues que limpien tu hospital; yo consigo que mi sobrino esté a salvo. Todos ganamos.

—¡Todos excepto Luka! —me alejo de él, con el corazón acelerado por razones completamente diferentes ahora—. ¿Cómo sé que eres bueno para él? Quizá su madre...

—Su madre es el problema.

El tono gélido de su voz me deja helada.

—No sé nada sobre *ella* —sigo discutiendo, pero con menos convicción que antes—. Lo que sí sé es que *tú eres* peligroso. Llevas armas, te metes en tiroteos en hospitales, sobornas a gente y entras en apartamentos. ¿Es ese realmente el tipo de entorno en el que debería estar un niño de ocho años?

—Luka es Bratva —lo dice con sencillez, como si eso lo explicara todo. Como si yo supiera qué significa esa palabra, más allá de los documentales nocturnos sobre la mafia y los ocasionales titulares salpicados de sangre en las noticias de las cinco—. Ha nacido en esta vida. La cuestión no es si estará expuesto al peligro, sino quién lo protegerá cuando lo esté.

—Eso no prueba que tú seas mejor para él.

Kovan mete la mano en la chaqueta y, por un instante, creo que va a sacar una pistola. En cambio, saca un sobre de manila.

—¿Qué te dice tu conciencia sobre esto? —pregunta. Arroja el sobre sobre mi mesa de centro. Aterriza con un golpe seco, como la cuchilla de una guillotina cayendo sobre su objetivo.

Me tiemblan las manos mientras lo recojo, rompo el sello y saco un montón de fotografías.

La primera me deja sin aliento.

Luka, con su pequeño rostro cubierto de moretones. Un ojo hinchado y cerrado. El labio partido y ensangrentado.

La segunda lo muestra en una cama de hospital, con el brazo enyesado y lágrimas corriendo por sus mejillas.

La tercera lo muestra aferrado a la camisa de Kovan, con sus ojos grises muy abiertos por el terror.

—Hay más —la voz de Kovan suena lejana. Atrapado en una rabia, una pesadilla o un recuerdo que desearía no tener—. Historiales médicos que muestran repetidas hospitalizaciones por deshidratación. Informes de los profesores que documentan que

llegaba al colegio hambriento, agotado. A veces, ni siquiera iba. Todo está ahí, si lo miras.

Hojeo las fotos con los dedos entumecidos. Cada una es peor que la anterior.

—Si ha estado hospitalizado tantas veces, se habría llamado a los Servicios Sociales —susurro—. Es obligatorio informar.

—Su padrastro soborna al personal —explica Kovan—. Igual que Jeremy soborna a la junta. El dinero manda y los niños sufren. Tú lo sabes tan bien como cualquiera.

Las fotos se vuelven borrosas cuando las lágrimas llenan mis ojos. —Podrían ser falsas. Retocadas con Photoshop.

—¿Qué te convencería de que son reales?

Levanto la vista hacia él, este hombre peligroso que de alguna manera tiene el poder de salvar tanto a Luka como a mi hospital. —Déjame hablar con él.

—Hecho —no duda—. Mañana por la noche. A Luka le encanta el museo de ciencias. Quedamos allí a las ocho.

—Cierra a las ocho.

Vuelve esa sonrisa peligrosa. —Para mí no.

Se dirige hacia la puerta y el pánico se apodera de mí. No quiero que se vaya. Lo cual es aterrador por una docena de razones diferentes.

—Después de hablar con Luka —dice, con la mano en el pomo de la puerta—, entenderás que soy su mejor oportunidad. Su única oportunidad.

Se da vuelta para marcharse de nuevo. Antes de que pueda irse, le susurro una pregunta.

Me mira y levanta una ceja. —Repite eso.

—¿Cuánto tiempo? —repito. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. Si acepto este plan descabellado, ¿cuánto tiempo tendremos que fingir?

—Cuarenta y cinco días.

—¿Eso es todo? —no sé por qué sueno decepcionada—. ¿Solo cuarenta y cinco días para ganar un caso de custodia?

—Tengo contactos. Recursos. Pero solo pueden llevarme hasta cierto punto —sus ojos verdes se encuentran con los míos—. El resto depende de ti.

Y ahí está. El pacto con el diablo al descubierto, con esa línea punteada brillando, vacía, esperando.

Cuarenta y cinco días fingiendo ser su novia.

Cuarenta y cinco días de jugar a las casitas con el hombre más peligroso que he conocido jamás.

Cuarenta y cinco días intentando no enamorarme de alguien que podría destruirme sin sudar ni una gota, que disfrutaría con la oportunidad de hacerlo.

Cuarenta y cinco días de cielo.

Cuarenta y cinco días de infierno.

—Mañana por la noche —me oigo decir—. A las ocho en punto.

Él asiente. Sin sonreír. Ya no. —Lo espero con ansias, Dra..

Luego, se marcha, dejándome solo con las fotos de un niño destrozado y la creciente certeza de que estoy a punto de tomar la mejor o la peor decisión de mi vida.

Solo el tiempo dirá cuál de las dos es.

14

VESPER

—Contrólate —me susurro a mí misma mientras camino hacia la entrada del museo de ciencias.

Llego cinco minutos tarde. No por el tráfico, ni por una emergencia en el hospital, sino porque me he cambiado cuatro veces de ropa y al final me he puesto el primer conjunto que me probé: unos vaqueros azul claro desgastados y una blusa blanca de lino estilo campesino. Lo único diferente es mi pelo, que llevo suelto y ligeramente rizado sobre los hombros en lugar de recogido.

Me he pasado media tarde preocupándome por mi aspecto para un hombre que me secuestró a punta de pistola.

¿Qué me pasa?

La entrada del museo está llena de seguridad. No son los guardias amables de siempre con uniforme azul, sino hombres enormes con trajes negros que parecen capaces de levantar un coche con una sola mano.

Antes de que pueda cuestionar mi decisión de venir aquí, una voz familiar me llama.

—¡Vesper! —Luka agita frenéticamente los brazos desde la entrada —. ¡Has venido!

Pasa corriendo junto a los guardias como si fueran muebles sin vida y se lanza hacia mí. Me rodea la cintura con los brazos y, a pesar de todas las razones lógicas para mantener la distancia, le devuelvo el abrazo.

—Hola, chico. Te veo bien.

Su sonrisa es tan brillante que me duele el pecho. —El tío Kovan dijo que vendrías al museo con nosotros esta noche.

Miro las ventanas oscuras. —Sabes que está cerrado, ¿verdad?

Él sonríe y, por un segundo, se parece exactamente a su tío. —Para nosotros no. Vamos, dentro es increíble.

Uno de los guardias se interpone entre nosotros. —Tengo que hacer un control de seguridad a su amiga, amo Luka.

Enderezo la espalda. —¿Perdón?

—Es el procedimiento habitual para el Sr. Krayev.

—Estoy segura de que el Sr. Krayev hará una excepción. Soy su invitada.

El guardia no se mueve. —Tengo instrucciones explícitas de registrarla.

—No es para tanto, Vesper —interviene Luka.

—Quizás para ti no, pero se trata de no dejarse intimidar —cruzo los brazos—. Por muy intimidante que sea el matón. Apártate o me voy.

—No te vayas —suplica Luka.

—Sí, Vesper —esa voz me calienta por dentro—. No te vayas.

Me giro y veo a Kovan mirándonos, y mi corazón hace algo vergonzoso en mi pecho. —¿Así es como tratas a los invitados? —pregunto con la boca seca—. ¿Los invitas a algún sitio y luego los sometes a cacheos?

Los ojos de Kovan se encuentran con los míos. —Entra, Luka. Vesper y yo tenemos que hablar.

En cuanto Luka desaparece, la expresión de Kovan cambia. —Es por precaución.

—Me niego a dejar que tu guardaespaldas me manosee.

—Retírate, Dima —el guardia se retira ante la orden de Kovan—. Si no dejas que él lo haga... —sus manos se posan en mis caderas antes de que pueda protestar—, entonces tendré que hacerlo yo mismo.

—Ni hablar.

—Me temo que no tienes voto —se acerca y extiende las manos, deslizándolas por mis costillas y mi cintura—. Date vuelta.

—Esto es ridículo...

—Date vuelta.

La autoridad en su voz me provoca un escalofrío desagradable. En contra de todo pensamiento racional en mi cabeza, obedezco.

—Es solo el procedimiento —dice en voz baja, con su aliento cálido en mi oído.

—Claro. El procedimiento.

Sus manos recorren mis costillas y luego bajan por la curva de mis caderas.

Intento apartarlo, pero mi cuerpo me traiciona. Cada terminación nerviosa se ilumina bajo su tacto. Hace tanto tiempo que nadie me toca que incluso esto me parece eléctrico. Mis pezones se endurecen y se ponen erectos por mucho que les diga que se calmen.

—Ahora solo estás jugando conmigo —susurro.

—Solo estoy siendo minucioso —sus manos bajan y yo contengo un gemido que me humillará en mis pesadillas durante el resto de mi vida.

Pero cuando su mano se aventura hacia la hebilla de mi cinturón, me aparto bruscamente y me giro para mirarlo. —Hemos terminado.

Me agarra del brazo y me atrae hacia su pecho. Desde tan cerca, puedo ver destellos dorados en sus ojos verdes, puedo oler su colonia. Mi cerebro se bloquea.

—Yo decidiré cuándo hemos terminado —murmura, mientras su mano recorre mi espina dorsal.

Durante un momento, ninguno de los dos se mueve. El aire entre nosotros crepita con algo peligroso, ardiente e inevitable.

Entonces, da un paso atrás. El hechizo se rompe. La pérdida de contacto es tan discordante que duele.

—Ya está. Estás limpia —me da una palmada en el hombro como si fuera un buen perro.

—Si así es como tratas a las mujeres —le espeto—, no me extraña que estés soltero.

Su sonrisa es afilada. —No te muestres tan emocionada por la oportunidad laboral.

—Ni lo sueñes —me giro hacia la entrada para que no vea cómo se me enrojecen las mejillas—. Vamos. Luka nos está esperando.



El museo luce diferente en la oscuridad. Vacío y vasto, nuestros pasos resuenan en las paredes. Incluso el enorme esqueleto de tiranosaurio rex del vestíbulo palidece en comparación con el hombre que camina a mi lado.

Luka se acerca saltando hacia nosotros. —¿Podemos ir al planetario?

—Empecemos por el acuario —sugiere Kovan, revolviendo el pelo del niño—. Deja el planetario para el final.

—Hace años que no vengo aquí —digo—. ¿Quizás puedas enseñarme el lugar?

Eso ilumina el rostro de Luka. Me coge de la mano. —¡Te presentaré a Goliat!

Nos guía por el museo, parloteando sobre las exposiciones. Estar aquí por la noche es una sensación sobrenatural. Los largos pasillos amplifican cada sonido, cada respiración. Es hermoso y misterioso, algo que nunca olvidaré.

—¡Ahí está! —dice Luka señalando el enorme esqueleto de ballena azul suspendido del techo.

—Vaya —la palabra sale sin aliento. He visto esta exposición antes, pero nunca así. Nunca en el silencio de la oscuridad, con solo nuestras voces resonando en la infinidad.

—Mide veintiséis metros de largo —dice Luka con orgullo—. Quiero ser tan grande como Goliat algún día. Entonces, nadie podría hacerme daño.

La naturalidad con la que lo dice me deja sin aliento. Miro hacia abajo y veo el moratón en su brazo, la fea cicatriz roja debajo.

—¿Dónde te hiciste esa cicatriz, Luka?

Todo su cuerpo se pone rígido. Sus ojos se dirigen rápidamente hacia Kovan.

—No pasa nada —dice Kovan en voz baja—. Puedes confiar en ella.

—Estaba atravesado —murmura con la mirada baja—. Mi padrastro se enfadó. Él me hizo la cicatriz —lo dice como si estuviera hablando del tiempo. Como si fuera normal que los adultos te hicieran cicatrices en la piel. Un día más en la vida.

—¿Cómo te la hizo?

Luka sacude mi mano de su hombro. —No quiero hablar de eso.

Corre hacia el otro extremo del acuario, dejándonos a Kovan y a mí solos con el peso de sus palabras.

—La cagué —digo—. Lo asusté.

—La cicatriz apareció después de ese día en el hospital —dice Kovan con voz cuidadosamente controlada—. Solo la descubrí cuando lo llevé a nadar. Insistió en llevar una camiseta en la piscina.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿quién? O, mierda, no sé qué quiero decir. Me pregunto por qué.

—Ihor, su padrastro, estaba enfadado por algo —responde Kovan—. Se desquitó con la única persona que no podía defenderse.

Estudio el rostro de Kovan. El dolor que veo en él no es fingido. Sin importar lo que él sea, lo que haya hecho, ocultado o enterrado, su amor por Luka es real.

—¿Y el moratón? Ese es más reciente.

—Su madre. Le molestó que jugara demasiado ruidosamente.

—Dios mío —me abrazo a mí misma para protegerme del repentino frío.

Luka se recuesta contra el cristal del acuario, con una manita apoyada en la superficie mientras los peces nadan a su alrededor. Parece tan solo que se me parte el corazón.

—¿Qué puede tener una madre en contra de su propio hijo? —murmuro, más para mí misma que para él.

—Es pequeño. Callado. Reflexivo. Ihor y Yana ven eso como debilidades en lugar de dones —Kovan aprieta la mandíbula—. Lo tratan como una carga en lugar de como un milagro.

—¿Y tú?

—Es mi sobrino —el orgullo en su voz es inconfundible. Es el mismo tono que usaba mi padre cuando hablaba de mí. Feroz, protector y lleno de amor. Kovan no necesita decir nada más para que yo lo entienda.

—Vamos —dice—. Confía fácilmente una vez que sabe que eres de fiar.

Nos reunimos con Luka en el acuario. El agua brilla con un azul sobrenatural en la oscuridad.

—¿Cómo nos has metido aquí? —le pregunto.

—Conozco al director ejecutivo —responde Kovan.

Lo miro boquiabierta. —Claro que lo conoces.

Luka se ríe. —El tío Kovan conoce a todo el mundo.

—Solo a la gente importante —dice Kovan, pero sus ojos están fijos en su sobrino—. A Luka le encanta este lugar, así que me aseguré de que siempre tuviera acceso. Tiene una membresía de por vida.

—No sabía que existían.

—No existen —Kovan guiña un ojo y Luka lo imita.

—Presumidos —les digo en tono burlón, apretándole el hombro a Luka.

—Esta ni siquiera es mi parte favorita —dice Luka—. El planetario es lo mejor. ¿Podemos ir ya?

—Si quieres —responde Kovan—. Tú primero.

Mientras caminamos, noto que los guardias se quedan atrás, como sombras acechantes en el borde de mi campo de visión.

—¿No te molesta? ¿Que te vigilen todo el tiempo?

—Mantienen a Luka a salvo. Y a ti.

Luka me coge de la mano otra vez y vuelvo a ver sus heridas. Son peores de lo que pensaba.

—¿Te duele?

Él se encoge de hombros. —Ya no. Me he acostumbrado.

La indiferencia en su voz casi me rompe el corazón. —¿"Acostumbrado"?

—Esto no es nada. El año pasado me rompí el brazo. Estuvo mal colocado durante una hora antes de que los médicos me lo arreglaran. Eso sí que dolió.

—¿Cómo te lo rompiste?

—Ihor me empujó por las escaleras.

Me quedo boquiabierta.

—¡Pero fue culpa mía! —añade rápidamente—. Yo lo hice enfadar.

Dejo de caminar y me arrodillo frente a él. —Escúchame, Luka. Nada de lo que puedas hacer justifica que un adulto te haga daño. Nada. ¿Lo entiendes?

Mira nervioso a Kovan. —No debería hablar de mi brazo. Al tío Kovan no le gusta.

—No le gusta oír que te han hecho daño —le explico con delicadeza —. Porque se preocupa por ti.

—Ahora estoy bien. Y pude quedarme con el tío Kovan durante cuatro semanas después. Así que valió la pena —se libera y echa a correr—. ¡Vamos! ¡Hora del planetario!

Kovan lo ve alejarse con expresión sombría. —Este es el único lugar donde se comporta así. Cuando estamos solos.

Me retuerzo las manos delante de la cintura, dividida en mil direcciones diferentes a la vez. —Gracias por dejarme ver esto. Sé que es especial para ustedes dos.

—Aún no me has dado tu respuesta.

Miro a Luka, que prácticamente vibra de emoción en la entrada del planetario. Luego. miro a Kovan, este hombre violento que de alguna manera hace que un niño de ocho años se sienta lo suficientemente seguro como para reír.

—Pregúntame de nuevo después del planetario.

Su sonrisa es suave y segura. —Vas a decir que sí.

—Ya veremos.

Pero ambos sabemos que tiene razón.

15

VESPER

Hay silencio, pero está bien. No es un silencio incómodo. He estado mirando las estrellas artificiales durante tanto tiempo que se me han quedado grabadas en la retina. Cuando parpadeo, las constelaciones bailan detrás de mis párpados.

Hemos dejado atrás los incómodos y picantes asientos del planetario para sentarnos en el fresco suelo del escenario. Sin público ni presentador, parece como si estuviéramos tumbados en un campo abierto bajo el cielo nocturno real, infinito y abrumador.

Pero, por mucho que la mitad de mi cerebro esté empeñada en intentar dar un mordisco a la Osa Menor, el resto de mí está demasiado concentrado en una pequeña distracción a mi izquierda.

Porque el espacio entre Kovan y yo se siente cargado, eléctrico. Soy muy consciente del calor que irradia su cuerpo, del ritmo constante de su respiración a pocos centímetros de distancia. Su mano está *ahí*, justo al lado de la mía.

—Esto es increíble, Luka —susurro, como una forma de distraerme de los pensamientos indebidos sobre su tío—. Entiendo por qué te encanta este lugar.

No hay respuesta.

—Lo perdimos hace unos diez minutos —murmura Kovan.

Giro la cabeza hacia la derecha y veo que Luka tiene los ojos cerrados y la respiración profunda y uniforme. Su cabello cae sobre su frente en suaves ondas.

Me apoyo en un codo y estudio su rostro dormido. Es entonces cuando lo veo: una marca de quemadura perfectamente redonda en su cuello, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos.

Kovan imita mi postura al otro lado de Luka, con la mandíbula ya apretada.

—¿Es eso de...?

—Un cigarrillo —su voz se vuelve grave—. Ihor lo hizo tres semanas después de que enterráramos a mi hermano. Dijo que estaba cansado de escuchar a Luka quejarse de que echaba de menos a su padre.

Siento un vuelco en el estómago. Sin pensarlo, estiro la mano y le aparto el pelo de los ojos con dedos temblorosos, con más suavidad de la que jamás tendría su propia madre. —Ese hombre es un monstruo.

—Entonces entiendes por qué necesito alejar a Luka de él —Kovan se inclina sobre mí para unirse, acariciando el pelo de su sobrino con una delicadeza imposible—. Puedo ir allí, montar una escena y llevarme a Luka durante unas semanas. Pero al final tendrá que volver. Esta vez, necesito una solución permanente.

Trago saliva. Me estremezco al pensar en cómo sería la "solución permanente" de Kovan si no le sigo el juego. Algo me dice que habría mucha sangre.

—¿Puedo preguntarte algo? Y quiero que seas sincero.

Él asiente. —Siempre.

Respiro hondo, temiendo lo que estoy a punto de decir. —¿Por qué no matas a Ihor?

Incluso antes de terminar la frase, no puedo creer que la haya dicho en voz alta.

La boca de Kovan se curva en algo que podría ser una sonrisa si no fuera tan afilado. —Dra. Fairfax, no deja de sorprenderme.

—No debería haber...

—¿Sabe cuántas veces he fantaseado con meterle una bala en la cabeza? —su rostro está completamente impasible, pero el sonido de su gruñido salvaje me provoca algo que no debería—. Cada vez que veo un nuevo moratón en Luka, cada vez que se estremece cuando alguien levanta la voz, sueño con ver cómo se apaga la luz de los ojos de Ihor.

—No es fácil matar a alguien.

—Para mí sí lo es —dice—. Especialmente a alguien que se lo merece. E Ihor se lo merece mil veces.

Me incorporo y me abrazo las rodillas. —Por Dios, Kovan. No deberíamos hablar de esto aquí.

—¿Qué mejor lugar para hablar de la seguridad de Luka que un lugar sagrado para él?

—Estamos hablando de asesinato. Yo me dedico a salvar vidas. Esto va en contra de todo lo que creo.

—Confía en mí —insiste—, matar a Ihor salvaría más vidas de las que imaginas. Empezando por la de Luka.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

—Política —escupe con disgusto—. Ihor tiene historia con mi familia. Lealtad inmerecida de hombres que lo conocieron antes que a mí. Si actúo contra él sin motivo, me arriesgo a una guerra. Y las guerras conllevan víctimas.

Se me hiela la sangre. —Hablas de esto como si realmente fuera una guerra.

—Porque es exactamente lo que es —sus ojos verdes encuentran los míos en la penumbra. Cuando me mira así, con intensidad, sin pestañear, se me corta la respiración—. La única diferencia es que yo estoy dispuesto a luchar sucio para proteger lo que importa. La pregunta es: ¿tú también?

Me muerdo las uñas, un hábito que no tenía desde la facultad de medicina. —Tu mundo me da miedo.

—Bien. El miedo te mantiene viva.

—¿Aceptar esto me convertiría en una tonta?

—Quizá. Pero también te convertiría en la mujer que ayudó a salvar la vida de un niño pequeño.

Las palabras me golpean directamente en el pecho. Pienso en todos los niños que he perdido, en todas las veces que falló el equipo, en todas las reuniones presupuestarias en las que Jeremy sonreía mientras recortaba fondos. ¿A cuántos niños he visto sufrir porque tenía demasiado miedo de luchar sucio? ¿Cuántas veces he deseado tener un poco más de poder, un poco más de fuerza, un poco más de voluntad para hacer lo que hay que hacer?

¿Y qué es Kovan sino un hombre que hace lo que hay que hacer? Lo vi en el hospital. No dudó ni un solo instante. Hizo lo que había que hacer. Salvó vidas. Salvó la mía.

Es la respuesta a una plegaria que nunca me atreví a pronunciar en voz alta. ¿Quién soy yo para decirle que no?

Como si pudiera sentir lo cerca que estoy de derrumbarme, se inclina hacia mí y roza mis caderas con las suyas. —No es caridad, Vesper —su voz se vuelve más grave—. Tú me ayudas a destruir mis demonios y yo te ayudo a destruir los tuyos. Así de simple.

La oferta queda suspendida entre nosotros, tentadora como el pecado original.

Llevo años luchando por una buena causa sin nada que mostrar a cambio. Quizá no exista tal cosa como una buena causa. Quizás todas las causas sean sucias por naturaleza.

—Quiero ayudarte —comienzo.

—Entonces, ayúdame.

—...pero no sé si puedo confiar en ti.

—Hacer de mi novia te dará mucho tiempo para averiguarlo.

Mi corazón da un vuelco. —¿Pasaremos tiempo juntos?

—Todos los días. Si queremos convencer al juez de que estamos enamorados, tenemos que ser creíbles —sus ojos se oscurecen mientras me miran fijamente—. Suficientemente convincentes como para que nadie cuestione lo que hacemos a puerta cerrada.

La insinuación, o si no eso, entonces la sugerencia de las posibilidades "a puerta cerrada", hace que me ardan las mejillas. —¿Cómo de convincentes?

—Tan convincentes como sea necesario —su mirada se posa en mi boca durante un segundo antes de volver a encontrarse con la mía —. ¿Crees que puedes con eso, Dra.?

Me río, pero sin humor. —Ni siquiera pude convencer a mi ex de que valía la pena quedarse conmigo cuando estábamos juntos.

Él niega con la cabeza, como si no aceptara mi cobardía como respuesta. —Eres perfecta para este trabajo, Vesper. Confía en mí.

Miro a Luka, tan tranquilo mientras duerme. Tan confiado en que su tío lo mantendrá a salvo.

—Necesito tiempo para pensar.

—Que así sea.

Chasquea los dedos y unas sombras emergen de la oscuridad: sus guardias, a quienes de alguna manera olvidé.

Me agarro el pecho. —Eso es aterrador.

—No tienes por qué tenerme miedo —su voz es ahora suave, casi tierna—. Nunca te haría daño.

Le creo. Eso es lo más aterrador de todo.

Kovan levanta a Luka con cuidado y lo acuna contra su pecho. La delicadeza de su tacto me oprime la garganta.

El camino hasta nuestros coches es silencioso. No dejo de mirar a Kovan, pero él está completamente concentrado en Luka, comprobando su respiración, ajustando su posición, moviéndose suave y lentamente para no despertar a su sobrino.

En el aparcamiento, le entrega a Luka a uno de sus hombres con una amenaza susurrada que hace palidecer al guardia. *Si te atreves a despertarlo*...

Y ahí está el recordatorio de lo que realmente es. Un tío cariñoso en un momento y un cabrón violento al siguiente.

Luego, se vuelve para mirarme. —Déjame llevarte a casa.

Niego con la cabeza. —No hace falta. Tengo mi coche.

—Uno de mis hombres puede seguirnos con él.

—Es muy amable, pero puedo arreglármelas. Estoy bien, lo prometo.

Me coge la mano y entrelaza sus dedos con los míos. Soy muy consciente de todo lo que es y de todo lo que me hace: los callos ásperos, los nudillos llenos de cicatrices, la calidez sorprendente, la suavidad de la palma de su mano. Y sobre todo la forma en que su pulgar encuentra mi pulso acelerado en la muñeca. —No soy el monstruo que crees que soy. Para el resto del mundo, solo soy un hombre de negocios.

—¿Es eso cierto?

—Palabra de scout.

No puedo evitar sonreír. —Es imposible que te hayan dejado ser boy scout.

—Solo por poco tiempo —admite—. No tardaron mucho en decidir que quizá no era el más adecuado —intensifica su mirada y la clava en mis ojos—. Ahora o nunca, Dra.. Dame tu respuesta.

Sé que me voy a arrepentir. Sé que es la peor idea que he tenido nunca. Pero cuando lo miro, cuando lo miro de verdad, no veo al hombre que me apuntó con una pistola en el armario de suministros.

Veo al hombre que salvó la vida de su sobrino. Que me abrazó mientras volaban las balas. Que trata a un niño de ocho años como si fuera lo más preciado del mundo.

Al final, todo se reduce a esto:

Quizá, a veces, hay que hacer un pacto con el diablo para salvar a los ángeles.

—Me has persuadido —susurro.

Él mantiene la sonrisa reprimida. Debería haber sabido que no aceptaría esa mierda insustancial. —Dilo. Quiero oírte decirlo.

Respiro hondo y me acerco a él bajo la luz de la luna.

—Acepto. Trato hecho, Kovan.

16

KOVAN

El vodka que bebí anoche al llegar a casa permanece en mi estómago como un ácido persistente. Pero no es nada comparado con la forma en que Osip y Pavel no dejan de mirarse el uno al otro desde los extremos opuestos de mi gimnasio.

Creen que son sutiles.

No lo son.

Cojo un juego de mancuernas de cien libras y me concentro en mi imagen en el espejo que ocupa toda la pared, tratando de ignorar el dolor de cabeza que siento con cada repetición. Tres tazas de café negro no han servido para nada para acabar con esta resaca.

La resaca ni siquiera es lo peor. Lo peor es que todavía puedo oler su perfume en mi camisa de anoche. Vainilla dulce, inocente, pero con un matiz irresistible de algo lujoso y floral que me hizo querer enterrar mi cara entre sus muslos y olvidar todas las razones por las que es una idea terrible.

—Pav —dice Osip—, ven a ayudarme un momento.

Se dirigen al banco de pesas y bajan la voz hasta convertirla en un susurro en cuanto creen que no puedo oírlos. Pavel se inclina sobre Osip, con las cabezas juntas como colegialas compartiendo secretos.

Dejo caer las mancuernas al suelo con un estruendo como un trueno. —Si tienen algo que decir, díganlo de una puta vez.

Osip pierde el agarre de la barra. Pavel le ayuda a colocar el peso y ambos se vuelven hacia mí con expresiones culpables a juego.

—Alguien está de mal humor —observa Pavel.

—No estoy de mal humor.

Miento descaradamente. *Estoy* de mal humor. Estoy de mal humor porque me pasé media noche con una erección dura como una roca, pensando en lo jodidamente apetecible que lucía Vesper tumbada en el suelo del planetario, con el escote de su camiseta ondeando con el aire acondicionado. Con un destello de pecho repentino que luego desaparecía de nuevo.

Estoy de mal humor porque me bebí una botella entera de vodka para intentar olvidarla y no funcionó.

En cualquier caso, solo empeoró las cosas.

—Podemos ver tu cara y dice lo contrario —dice Osip, todavía sonriendo como un idiota. Intercambian otra mirada. Pavel al menos tiene la decencia de parecer incómodo. Osip solo sonríe más ampliamente—. Queríamos saber cómo fue tu cita de anoche —admite Osip por fin.

—¿Quién te ha dicho que fue una cita?

—¿Entonces *sí* fue una cita? —pregunta Pavel con los ojos muy abiertos.

—No, no fue una maldita cita. ¿Estás drogado?

Pavel se desinfla. —¿Ves? Te dije que no...

—Está mintiendo —interrumpe Osip—. ¿Qué otra razón tendría para llevar a una mujer cualquiera al planetario? ¿Con Luka? ¿El cómplice perfecto?

—Tienes razón —admite Pavel, animándose de nuevo.

—Estoy a punto de usar esas pesas rusas para matarlos a golpes si siguen hablando de mí como si no estuviera aquí.

—No tendríamos que hacerlo si nos dijeras lo que está pasando —argumenta Osip—. Se supone que somos tus manos derechas. ¿Cómo es que Arseni y Dima saben más que nosotros?

Aprieto la mandíbula. —¿Están difundiendo rumores?

—No son rumores si son ciertos —dice Osip—. Y no fueron solo ellos.

Pavel se interpone entre nosotros antes de que pueda agarrar la pesa más cercana y lanzársela a Osip a la cabeza. —La cuestión es que todo el mundo está hablando de ti y de Vesper. Así que suelta la lengua.

—No hay nada que contar. Es una actuación. Un espectáculo —esbozo una sonrisa burlona—. ¿De verdad creyeron que perdería el tiempo con una mujer sin un motivo oculto?

—Supuse que sacarle la bata era el motivo oculto —dice Osip—. Está buena.

—Muy buena —coincide Pavel.

—Está que arde.

—Que quema.

—Electrizante.

—Encantadora.

Seguirían así todo el día si no los detuviera, así que los interrumpo —: ¿Pueden comportarse como personas de su edad durante cinco malditos segundos?

Los dos me miran con sonrisas amplias en sus rostros. —La cuestión es —dice Osip—, que ella es un buen partido y es justo tu tipo.

—No tengo un tipo. Y no me interesa tener una relación real con ella. Es un medio para alcanzar un fin.

—¿Y cuál es ese fin? —pregunta Pavel.

—Conseguir la custodia de Luka.

Eso llama su atención. Osip baja la mano y ambos me miran fijamente.

—No puedes conseguir la custodia de Luka —dice Pavel lentamente —. Tiene una madre.

—Una madre a la que le importa un comino. Yana prefiere darle de comer con cuchara a ese animal con el que se casó antes que ser su madre.

—Eso no importa —dice Osip—. Los tribunales casi nunca separan a los niños de sus padres biológicos para entregarlos a familiares. Créeme, lo sé. Mi abuela intentó durante años separarme de mi padre.

—Tu abuela tenía setenta años y no tenía ingresos. No es mi caso.

—¿Por qué serías más adecuado? —pregunta Pavel—. Eres soltero, tienes antecedentes penales y... —se detiene, y la comprensión se refleja en su rostro—. Ah. Ah. Ahí es donde entra ella. Vas a fingir que son la pareja perfecta.

Me siento en el banco. —Exactamente.

—¿Has hablado con Delgado sobre esto? —pregunta Osip.

—Por supuesto. Él cree que podría funcionar, pero la actuación tiene que ser convincente.

—¿Y ella accedió a seguirte el juego? —pregunta Pavel con escepticismo.

—Hasta anoche, sí.

—¿Qué saca ella con eso? —quiere saber Osip.

—Tú hiciste la investigación de antecedentes. Dímelo tú.

Osip chasquea los dedos. —Las quejas de la junta del hospital. Vas a acabar con ellas.

—Todas y cada una —confirmo. Pero hay más. El St. Raphael está conectado con los Keres.

La expresión de Pavel se ensombrece. —¿Estás seguro de que quieres encargarte de esto ahora mismo? Los Keres ya están molestos por tu cancelación del tráfico de órganos. Si se enteran de que vas a por su gente en el hospital...

—Me importa una mierda lo que hagan. Vesper no sabe hasta dónde llega esto, pero, mientras trabaje allí, estará en peligro. Y está trabajando para gente que lastima niños. No estaría de acuerdo con eso si lo supiera.

La cara de Pavel se suaviza en una sonrisa cómplice. —De verdad te gusta, ¿verdad?

—No seas ridículo. Respeto su ética de trabajo. Eso es diferente.

La expresión de Pavel vuelve a ponerse seria. —Pero, en serio, ¿lo has pensado bien? ¿Puedes confiar en ella? Es una completa desconocida.

—Salvó la vida de Luka sin dudarlo. Habría hecho cualquier cosa para ayudarlo.

—Eso no significa que no te vaya a traicionar cuando las cosas se compliquen —señala Osip.

Solo puedo reírme. —No lo hará.

Pero, incluso mientras lo digo, la duda se apodera de mí. Tienen razón en una cosa: apenas la conozco. ¿Y si cambia de opinión? ¿Y

si decide que Luka estaría mejor con su madre? ¿Y si decide que no vale la pena arriesgarse por mí?

—Vas a hacer que firme algo, ¿verdad? —pregunta Osip.

—Por supuesto.

La mentira me sale fácil, pero me sienta mal. Porque la verdad es que no quiero obligar a Vesper a nada. Quiero que ella *elija* esto. Que me elija.

Y, si no lo hace...

Bueno, hay más de una forma de conseguir lo que quiero.

KOVAN

—¿Cómo te atreves a irrumpir así en mi casa?

El chillido de Yana alcanza un tono que podría romper los cristales del suelo al techo si no baja el volumen. Sus ojos se mueven con rapidez entre mis hombres mientras registran metódicamente su enorme mansión, buscando en cada habitación, cada armario, cada maldito rincón donde podría esconder algo que pueda dañar a mi sobrino.

Cojo una manzana de su frutero y le doy un mordisco. El jugo me corre por la barbilla, pero no me molesto en limpiarlo.

—¡Diles que se detengan! —chilla de nuevo—. ¡Ahora mismo!

Lanzo la manzana al aire y la atrapo. —Hmm... No.

Su rostro se arruga en una mueca horrible. —No estarías haciendo esto si Ihor estuviera aquí.

El sonido de madera astillándose resuena desde algún lugar del pasillo. Yana se estremece.

—Me da igual si Ihor está aquí o no —le doy otro mordisco—. Me estoy asegurando de que mi sobrino viva en un lugar seguro. Acostúmbrate a estas visitas.

Se gira hacia el sonido de la destrucción. —Tengo antigüedades por toda la casa. Si rompen algo...

—Esas antigüedades se compraron con dinero de Bratva. *Mi* dinero. O sea que son mías y puedo llevármelas. Y romperlas.

Su labio se curva más, aún más desagradable. —¿Qué esperas encontrar exactamente?

—No lo sé. Quizá una habitación llena de piñas.

El color se le va de la cara. *Bien*. Sabe exactamente de lo que estoy hablando.

—¿Sigues obsesionado con ese estúpido pequeño altercado? —hace un gesto con la mano para restarle importancia—. Eso fue hace semanas. Luka está bien.

—No gracias a ti.

—Fue culpa de la niñera. La despedí.

—¿Por qué había piña en casa, Yana? —me acerco, lo suficiente como para ver el pánico que parpadea en sus ojos—. Sabes que tu hijo podría morir por esa mierda.

—¿Y porque él no puede comerla, yo tampoco puedo? ¿Ihor tampoco? —su voz vuelve a agudizarse—. Supuse que la niñera recordaría a qué es alérgico el niño.

—Es curioso lo de esa niñera —dejo caer el corazón de manzana en su impoluto suelo de mármol—. Hablé con ella ayer. La pobre mujer estaba destrozada. Se sentía muy culpable por lo que le había pasado a Luka.

Yana se queda muy quieta.

—...pero juró que nunca le habían dicho nada sobre su alergia.

—Miente —las palabras salen de su boca demasiado rápido como para creerlas—. Por supuesto que miente. ¿Qué otra cosa iba a decir

esa zorra sin carácter?

—Esa mujer tiene una reputación impecable. Venía con las mejores referencias que jamás había visto. Por eso la contraté.

Yana cambia de táctica. Levanta la nariz y sorbe con aire imperioso. —Bueno, está claro que te equivocaste al contratarla. Por tu decisión, mi hijo casi muere.

Me dan ganas de reír. O de escupirle en la cara. Quizá ambas.

—Sí, tu hijo casi muere —coincido—. Y te llevó dos días volver de Cancún cuando te enteraste.

Endereza la espalda. —De todos modos, estaba contigo.

Osip aparece en mi visión periférica, haciendo gestos desde la entrada del pasillo. Ignoro las continuas protestas de Yana y me acerco.

—Encontramos drogas en el ático —informa—. Y armas también. Todo apilado de forma ordenada —hace una pausa—. Justo al lado de una caja de piñas.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ojalá. Las drogas son de buena calidad. Cocaína, éxtasis, LSD. Suficientes para abastecer a la mitad de San Francisco.

Me paso la mano por la mandíbula. —Gracias. Yo me encargo a partir de aquí.

—¿Quieres que me quede a supervisar? La reina de hielo parece dispuesta a apuñalarte con uno de sus elegantes abrecartas.

—Me encantaría ver cómo lo intenta.

Osip asiente y desaparece. Me vuelvo hacia Yana, que me mira con ojos asesinos.

Hubo un tiempo, hace años, cuando Vitalii la trajo por primera vez, en que pensé que era hermosa. Esos ojos plateados eran impresionantes. Su sonrisa podía hacer que un hombre olvidara su propio nombre.

Entonces, abrió la boca.

El hechizo se rompió de inmediato.

—Se lo diré a Ihor —amenaza.

—Díselo. Me importa una mierda. Pero ¿sabes lo que va a cambiar? Tu asignación.

Ella arquea las cejas. —¿Qué?

—Ya me has oído. Si tienes dinero para gastar en drogas y armas, es que tienes demasiado dinero.

Se queda pálida. —¿Cómo lo has...? ¡Esa habitación estaba cerrada con llave!

—A mis hombres no los detendrán unas simples cerraduras —se abalanza sobre mí con el puño levantado. Solo Dios sabe en qué estaba pensando, porque le agarro la muñeca sin esfuerzo y le doy un giro hasta que grita—. Qué estupidez.

Intenta darme un rodillazo en los testículos, pero el ataque es tan predecible que ya me he apartado de su alcance.

—Lamentarás esto —sisea.

—Lo único que lamento es no haber convencido a mi hermano de que se divorciara de ti cuando tuvo la oportunidad.

—¿De verdad es eso lo único que lamentas? —se burla—. ¿No haberle impedido que se casara conmigo en primer lugar?

Niego con la cabeza. —Si no se hubiera casado contigo, Luka no existiría. Y no cambiaría a ese niño por nada. Ni siquiera por el placer de librarme de ti.

Ella grita frustrada, tratando de liberarse de mi agarre. Cuando eso no funciona, comienza a golpearme el pecho con su mano libre.

—Es más fácil meterse con un niño de ocho años, ¿no? —le digo.

—¡Amo a mi hijo!

—Claro que sí. Intenta decirlo con lágrimas la próxima vez. Quizá sea más convincente.

Otro grito. Esa mujer siempre ha sido muy dramática. He pasado innumerables noches preguntándome qué veía mi hermano en ella.

El "amor" nunca me pareció la respuesta correcta. ¿Cómo se puede amar a alguien con tanto veneno en las venas?

—¡No puedes quitarme la mesada! La necesito para cuidar de Luka.

—Excepto que tú no cuidas de Luka. Yo lo hago —le suelto la muñeca y su propio impulso la hace tambalearse hacia atrás—. Yo pago sus gastos escolares. Sus facturas médicas. Le compro la ropa. Lo único que tienes que hacer es darle de comer tres veces al día, comidas que no incluyan piña, y ni siquiera eres capaz de hacerlo.

Saco los papeles de mi chaqueta y los tiro sobre la mesa que nos separa.

—Fírmalos.

Ella mira los documentos con recelo. —¿Qué son?

—Los papeles de la custodia. La tutela temporal se transfiere a mí.

Sus fosas nasales se dilatan. —Ni hablar.

—No te lo estoy pidiendo —dejo mi pluma Mont Blanc encima de los papeles—. He venido a por una firma. No me iré sin ella.

—No voy a firmar nada.

—¿Por qué te resistes, Yana? —sueno cansado. Derrotado—. Cualquiera con dos ojos puede ver que no tienes ni pizca de instinto

maternal. Afróntalo: la única razón por la que tuviste a Luka fue para atrapar a mi hermano.

—Eso no es cierto. Vitalii y yo estábamos enamorados.

—Claro. Tan enamorados que, un mes después de su muerte, te casaste con otro hombre —me inclino hacia delante—. ¿Y qué hay del hecho de que te acostabas con medio San Francisco mientras él aún vivía?

—No puedes probar nada.

—No necesito demostrar nada, excepto que estás descuidando y maltratando a tu hijo.

Su rostro se descompone. La transformación es perfecta: de la ira al dolor en un abrir y cerrar de ojos. Si no la conociera tan bien, podría creerlo.

—Por favor, Kovan —las lágrimas comienzan a brotar, tal como sugerí —. No hagas esto. Es mi hijo. No siempre he sido perfecta, pero ¿quién lo es? Lo estoy intentando. Lo amo. No me lo quites.

No me conmueve. —Has desperdiciado tu vocación. Deberías haber sido actriz.

Ella lucha por mantener su expresión desconsolada mientras la furia arde en sus ojos. Es casi divertido ver cómo se enfrentan ambos sentimientos en su rostro. Como siempre, al final gana el odio.

—Firma los papeles y no te recortaré la pensión —le ofrezco—. Quedaremos en paz.

Sus ojos brillan. Huele la oportunidad. Pero firmar significa admitir que está dispuesta a vender a su hijo por dinero.

—Esto no es el final —dice lentamente—. Solo quieres la custodia temporal para poder demandarme por la custodia permanente. Estás intentando robarme a mi hijo.

—No es robar si te digo lo que estoy haciendo —cojo el bolígrafo y se lo tiendo—. Firma. No tienes otra opción.

Tras otro momento agonizante de vacilación, ella agarra el bolígrafo y garabatea su firma en el papel, con la tinta corriéndose por la fuerza. Luego, tira el bolígrafo a mis pies.

Lo recojo sin decir nada. —Buena chica.

—Que te jodan —cada palabra rezuma veneno—. No te saldrás con la tuya. Ningún tribunal te concederá la custodia total mientras yo viva.

—No me des ideas.

Sus ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas. —No te atreverías. Me odias, puede que incluso *quieras* matarme, pero nunca le harías eso a Luka.

Tiene razón. La zorra me ha pillado.

—Crees que tienes la sartén por el mango, pero te equivocas —se acerca—. Soy tu cuñada. Familia. Lo que significa que conozco tus secretos. Y no me refiero a los esqueletos metafóricos de tu armario.

Se me hiela la sangre, pero no lo demuestro.

—Todos tenemos esqueletos, Yana —digo en cambio—. Si no quieres que los tuyos salgan a la luz, ten cuidado con quién amenazas.

—No es una amenaza —su sonrisa se vuelve maliciosa—. Es una promesa.

—Entonces, no tengo nada de qué preocuparme —doblo los papeles firmados y los guardo en mi chaqueta—. Nunca se te dio muy bien cumplir promesas.

Me empuja con todas sus fuerzas. —Fuera de mi casa.

Esta vez, mi sonrisa es sincera. —Con mucho gusto.

VESPER

El sonido de una llave en la puerta me llena de temor. Solo una persona tiene esa llave.

A menos que...

—¡Café! —anuncia Charity, irrumpiendo en mi habitación con la energía de alguien que ya se ha tomado tres tazas—. Y antes de que digas que no lo necesitas, sí, lo necesitas. Tienes una pinta horrible.

Feliz de que sea mi mejor amiga y no el hombre en el que no puedo dejar de pensar, señalo débilmente hacia la cafetera francesa. —Ya he hecho un poco.

—Buena chica —deja caer una caja de panadería sobre la encimera con un golpe seco—. Croissants. De ayer, pero servirán. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo de verdad?

—Yo sí como.

—Los granos de café no cuentan como comida, V.

Se sirve una taza y se sienta frente a mí en la pequeña mesa de mi cocina. El silencio se extiende entre nosotras hasta que ella ya no puede soportarlo más. Así que nueve o diez segundos, más o menos.

—Vale, ¿qué pasa? Y no digas "nada", porque te sale una pequeña arruga entre las cejas cuando te pones nerviosa. Justo ahí.

Me toco la frente instintivamente. —No estoy en espiral.

—Entonces, ¿qué es eso? —señala el lugar exacto que acabo de tocar.

Dios, me conoce demasiado bien. Somos amigas desde la escuela primaria, cuando se mudó al otro lado de la calle y decidió que necesitaba ser salvada de mi propia introversión. Hay cosas que nunca cambian.

—Puede que haya hecho algo estúpido.

Sus ojos se iluminan. —¡Por fin! Llevo años esperando a que hagas algo estúpido. ¿Qué es? Por favor, dime que rayaste el coche de Jeremy.

—Peor.

—Mejor —corrige, inclinándose hacia delante—. Suéltalo.

Doy un largo sorbo al café para ganar tiempo. Pero ahora ya no hay marcha atrás. Si no le cuento a alguien este loco acuerdo con Kovan, voy a explotar.

—¿Recuerdas el tiroteo en el hospital hace unas semanas?

—Por supuesto. Gracias a Dios que no trabajaste ese día.

—En realidad... —carraspeo—. Yo estaba allí.

Charity parpadea. —¿Qué quieres decir con "estabas allí"?

—Quiero decir que estaba en medio de todo. Con un paciente. Y... —hago una pausa, sabiendo lo descabellado que va a sonar—. Puede que haya salvado al sobrino de un jefe mafioso.

La taza de café que está bebiendo se detiene en sus labios. —Perdona, ¿qué?

Así que se lo cuento todo. Toda la loca historia sale de mi boca: Kovan, Luka, el tiroteo, la cena, el museo. Cuando termino, Charity me mira como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—A ver si lo entiendo —dice lentamente—. ¿Realizaste una cirugía de emergencia durante un tiroteo?

—No fue exactamente una cirugía. Más bien...

—¿Y luego cenaste con un jefe de la mafia rusa?

—Técnicamente, primero me secuestró.

—Vesper —ahora su voz es muy seria—. ¿En qué demonios estabas pensando?

—No pensaba. Esa es la cuestión —me cubro la cara con las manos —. Es solo que... Cuando vi a ese niño luchando por respirar, todo lo demás desapareció. Tenía que ayudarlo.

—Vale, eso lo entiendo. Eres médico. Es lo que tienes que hacer — deja la taza con cuidado—. Pero lo que no entiendo es por qué sigues involucrada con ellos.

Esta es la parte que tanto temía. —Porque Kovan me hizo una oferta.

—¿Qué tipo de oferta?

Respiro hondo. —Quiere que finja ser su novia durante cuarenta y cinco días. Para ayudarlo a conseguir la custodia de Luka.

Charity se queda boquiabierta. —¿Estás loca?

—Quizás.

—No, no "quizás". Definitivamente —se levanta tan rápido que su silla raspa el suelo—. Vesper, este hombre es peligroso. Tú misma lo has dicho.

—No es peligroso para mí.

—¿Cómo puedes saberlo?

Por la forma en que miró a Luka. Por lo delicadas que fueron sus manos cuando me limpió la herida. Porque todos mis instintos me dicen que confíe en él, aunque, lógicamente, sé que no debería.

—Simplemente lo sé.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Charity empieza a dar vueltas por mi pequeña cocina. —¿Qué te ofrece a cambio?

—Va a acabar con Jeremy y la junta.

Se detiene en seco. —¿Puede hacer eso?

Lo único que puedo hacer es encogerme de hombros. —Al parecer, sí.

—¿Cómo?

—No lo sé. No le pedí detalles.

—Por Dios, Ves —se hunde en su silla—. Esto es tan estúpido que ni siquiera se puede comparar con la estupidez.

—Lo sé.

—¿De verdad? Porque yo creo que no —su voz se suaviza—. Podrías perderlo todo. Tu trabajo, tu licencia médica, toda tu carrera. ¿Vale la pena?

Pienso en los ojos grises de Luka. En mi mente, veo la marca arrugada de la quemadura en su cuello. Mi propia piel comienza a quemarse por dentro, justo en el mismo lugar, un dolor punzante de empatía que garantiza mi respuesta incluso antes de que salga de mis labios.

—Sí —digo—. Vale la pena.

—¿Incluso si te arruina?

—Incluso entonces.

Charity me estudia el rostro durante un largo momento. —Te preocupas por él. Por el niño.

—Por supuesto que me preocupo por él. Tiene ocho años y está siendo maltratado.

—¿Y su tío?

Mi teléfono vibra una vez sobre la mesa que nos separa, salvándome de tener que responder. El nombre de Kovan parpadea en la pantalla. Me pregunto si habrá sentido que le ardían las orejas.

—Es el hospital —miento, cogiendo el teléfono.

—¿En tu día libre?

—Es una emergencia.

No parece convencida, pero no insiste. Desbloqueo el teléfono y leo el mensaje de Kovan.

KOVAN: Es la hora. Acabo de recibir la noticia de que vendrá un trabajador social dentro de una hora. Te necesito aquí.

Se me revuelve el estómago. Esto está pasando de verdad. Esto está pasando de verdad, realmente, de verdad verdad.

—Tengo que irme —le digo a Charity, ya de pie.

Ni siquiera discute. Me conoce demasiado bien. —Ten cuidado, Ves. Por favor.

—Lo haré.

Pero, mientras cojo las llaves y salgo corriendo por la puerta, sé que nos estoy mintiendo a las dos. No hay nada de cuidado en lo que estoy haciendo.

Solo están Kovan y Luka, y la creciente certeza de que esto me supera.

VESPER: Llegaré pronto.

VESPER

—Es un juego, Vesper. El tío Kovan dice que es un juego de simulación.

Cruzo la mirada con Kovan por encima de la cabeza de Luka. El peso de lo que le estamos pidiendo a este niño es como una palma gigante que me aplasta contra la corteza terrestre, dejándome plana y sin vida.

Un juego. Eso es lo que Kovan quiere que llame a toda esta complicada farsa.

Pero he visto suficientes niños destrozados como para saber que estos juegos no siempre son divertidos.

Me arrodillo frente a Luka y le pongo las manos suavemente sobre las rodillas. —¿Qué te parece este juego, cariño?

Su rostro se arruga con confusión. —Me... me gustan los juegos. Creo.

No miro a Kovan. No puedo. No cuando estoy a punto de pedirle a su sobrino que elija entre las personas que se supone que más lo quieren. —Pero este juego significa que podrías vivir lejos de tu madre. Quizá durante mucho tiempo. Quizá para siempre.

Los ojos de Luka se dirigen rápidamente hacia su tío, y el pánico se refleja en su joven rostro.

—No pasa nada —le susurro, volviendo a atraer su atención hacia mí —. Puedes decirme la verdad. Solo quiero ayudarte. Solo quiero asegurarme de que vivas con la persona con la que quieres vivir.

Kovan se aleja de nosotros, sus pasos se retiran hasta que ya no siento su presencia. Es un hombre inteligente. Esta conversación debe tener lugar sin su sombra acechándonos.

—Yo... quiero a mi madre —dice Luka en voz baja, con voz débil y cautelosa—. Pero a veces... —su labio inferior tiembla mientras se queda en silencio por un momento. Cuando vuelve a hablar, apenas se lo oye—. A veces, no me gusta mucho.

Siento un dolor agudo que me atraviesa el corazón. Le aprieto las manos y le dedico a Luka la mejor sonrisa que puedo esbozar. —No pasa nada, ¿sabes? Es normal. Yo también solía sentir lo mismo por mi madre a veces.

Sus ojos se agrandan. —¿En serio? ¿Tu mamá era mala contigo?

—Sí y no. A veces era estricta. Tenía normas y quería que las siguiera a rajatabla. Por ejemplo, no quería que fuera médico.

Luka se estremece, como si la mera idea de que yo no lo hiciera no tuviera sentido. Casi me río por lo ingenuo que es. Se me ocurre, como un pensamiento fugaz e intrascendente, que nunca he estado más orgullosa de lo que hago que ahora, cuando este niño me mira como si estuviera destinada a esto.

—¿Pero por qué? —pregunta.

—Mi padre también era médico —le explico—. Y trabajaba muy duro. Trabajaba mucho y no le quedaba tiempo para hacer muchas otras cosas. Creo que mi madre quería que yo tuviera una vida más plena que la suya. Quería que algún día tuviera una familia y que pudiera estar en casa con ellos para cenar todas las noches.

—Ah. Vale —sin embargo, sigue sin estar seguro. Tiene las cejas juntas, la frente arrugada y los ojos grises nublados y confusos—. Pero ella... Ella nunca te hizo daño, ¿verdad?

Hago una pausa. Me duele el pecho con un dolor indescriptible. —No. Físicamente no.

—¿No te daba tirones de orejas cuando llorabas porque echabas de menos a tu papá?

Me agarro a los bordes de su asiento para no caerme. Ahora siento un rugido de sangre en los oídos. —No.

—¿No te encerró en el ático durante dos días y se olvidó de darte la cena?

No creía que fuera posible odiar a una persona a la que nunca había conocido, pero Yana Makhova acaba de demostrarme que estaba equivocada. Ni siquiera tengo una imagen de su rostro en la que enfocar mi rabia y, aun así, quiero escupirle.

—No, Luka —le digo con la mayor suavidad posible—. No lo hizo.

Él mira hacia sus pies, balanceándolos hacia adelante y hacia atrás. —Me pellizca cuando lloro porque echo de menos a papá.

Me cuesta mucho esfuerzo hablar con calma. —Eso no está bien, Luka —le digo, en lugar de soltar todas las maldiciones que conozco contra esta bruja que, por algún milagro divino, dio a luz a un ángel —. Las mamás no deben hacer daño a sus hijos. Nunca.

Él se encoge de hombros. —El tío Kovan no me hace daño. Se asegura de que coma. Me ayuda con los deberes. Y me ha construido mi propia galaxia.

—¿Tu... galaxia?

Su rostro se ilumina. —¿Quieres verla? ¿Por favor? La trabajadora social aún no ha llegado.

Miro hacia las ventanas que dan al camino de entrada. Probablemente tengamos unos minutos. —De acuerdo. Enséñamela.

Me agarra de la mano y me lleva hacia las escaleras, contagiándome su entusiasmo. —Te va a encantar. Te lo prometo. Es lo mejor que hay.

Corremos por la casa. Este lugar es impresionante, lo que me pilla por sorpresa. Esperaba lujo, el mundo de Kovan lo exige, por supuesto. Pero lo que no esperaba era calidez.

Sin embargo, aquí hay calidez. Hay mucha calidez. El color salpica todas las habitaciones. Los dibujos de Luka cuelgan en marcos reales de las paredes. Un mural de un paisaje natural recorre la escalera, pintado con tanto cuidado que tengo que detenerme y contemplarlo. El bosque se funde con el océano, que se vierte en el río y fluye hacia la selva.

—¿Ayudaste con esto? —pregunto, trazando con el dedo una mariposa pintada.

—Yo hice las hojas —se detiene y señala con orgullo las pequeñas huellas de pulgar esparcidas por los árboles—. Papá, el tío Kovan y el tío Pavel hicieron el resto. Les llevó una eternidad.

La imagen se forma en mi mente: tres hombres adultos pintando un mural para un niño pequeño. Me imagino las manchas de pintura en la nariz de Kovan, sus dedos manchados de verde, con sus ojos entrecerrados mientras se concentra, porque Dios no permita que ni una sola hoja quede mal o fuera de lugar. Se me hace un nudo inesperado en la garganta.

—Es precioso, Luka. Es realmente impresionante.

Él asiente y luego continúa la carrera. Luka me arrastra por las escaleras y por un pasillo con ventanas de suelo a techo, corriendo bajo modernas lámparas de araña puntiagudas que captan la luz del sol y brillan como un dosel de diamantes.

La segunda puerta se abre a la sala de juegos más elaborada que he visto nunca. Trenes de juguete, estanterías que llegan hasta el techo, cofres de juguetes pintados de colores vivos.

—Cierra los ojos —ordena Luka, corriendo hacia el asiento de la ventana. Hago lo que me dice, justo a tiempo para oír el clic de un interruptor.

Un clic suave, luego un zumbido. La oscuridad se apodera de la habitación cuando las cortinas opacas descienden sobre las ventanas de la pared del fondo. Poco a poco, la cálida y difusa profundidad roja que es todo lo que puedo ver a través de mis párpados cerrados se intensifica hasta convertirse en negro.

—Bien. Ya puedes abrirlos.

Cuando lo hago, la habitación se ha transformado. Ahora hay estrellas que florecen en el techo, constelaciones que se arremolinan sobre un fondo de color púrpura intenso y azul medianoche. La Vía Láctea se extiende por una esquina. La Osa Mayor brilla en otra. Mientras miro hacia arriba, un cometa atraviesa las profundidades de tinta.

Se me corta la respiración. —Luka...

—El tío Kovan lo construyó para mi séptimo cumpleaños —susurra, con admiración aún en su voz, a pesar de que debe de haberlo visto un millón de veces, mil millones, un billón—. Dijo que todos los niños deberían tener su propia galaxia.

Me hundo en la alfombra gruesa y contemplo el cielo artificial. Es perfecto. Demasiado perfecto. El tipo de cosa que lleva meses planificar e instalar, el tipo de gesto que habla de un amor desesperado.

—A veces dormimos aquí —dice Luka, acomodándose a mi lado—. El tío Kovan me cuenta historias sobre las constelaciones.

—¿Qué tipo de historias?

—Sobre extraterrestres y ángeles y cómo las estrellas nos protegen cuando tenemos miedo —me mira con seriedad—. ¿Crees que eso es cierto?

Me detengo un momento para reflexionar. —Creo que cualquiera que te quiera lo suficiente como para construirte una galaxia siempre te cuidará.

—Nos cuida a los dos —me corrige. Su sonrisa es imborrable—. Porque ya no tienes que irte, ¿sabes? El tío Kovan dice que ahora eres su novia.

Ante eso, hago todo lo posible por ocultarle mi mueca de dolor. —Es... es muy complicado, cariño.

Odio que mis palabras le hagan fruncir el ceño. —Los adultos siempre dicen eso cuando no quieren explicar algo —hace un puchero y le tiembla la barbilla.

Le rodeo los hombros con un brazo y lo atraigo hacia mí. —Tienes razón. Pero a veces, las cosas complicadas merecen la pena.

—¿Como el juego de fingir?

—*Especialmente* el juego de fingir.

Se oyen voces desde abajo, agudas y oficiales. Se me revuelve el estómago.

—Es ella —susurra Luka, repentinamente tenso y asustado a mi lado —. La trabajadora social.

Me asomo por la barandilla y veo a Kovan frente a una mujer alta con el pelo peinado hacia atrás y una carpeta en las manos. Incluso desde aquí arriba, irradia autoridad y escepticismo altivo.

—Tengo miedo —susurra Luka.

—Oye —giro su cara hacia la mía—. Mírame. Vamos a cuidar de ti, ¿de acuerdo? Tu tío y yo no dejaremos que te pase nada malo.

—¿Lo prometes?

Le tiendo mi meñique. —Lo juro.

20

VESPER

Bajamos las escaleras, con la mano de Luka apretada entre las mías. La trabajadora social nos da la espalda. Por detrás, su postura es rígida e implacable. Estoy segura, incluso sin verla de frente, de que tiene la cara arrugada y miserable de la señorita Tronchatoro de *Matilda*.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos tú y tu... *novia*? —pregunta.

Una oleada de pánico me sube por la garganta. Debería haberme preparado antes de esta reunión. ¿Y si me hubiera hecho esa pregunta a mí? ¿Y si hubiera titubeado para responder? ¿Y si hubiera echado todo por la borda antes de empezar, y Luka hubiera sido arrebatado por esta imitadora de Tronchatoro, arrastrado lejos de su galaxia y devuelto a un hogar cruel y frío, lleno de silbidos y pellizcos y áticos estrechos, oscuros y polvorientos?

—Casi un año —responde Kovan sin pestañear.

La mentira sale de su boca con tanta naturalidad que, por un segundo, casi me la creo. *¿Un año? ¿De verdad ha pasado tanto tiempo? El tiempo vuela cuando estás enamorado, ¿verdad?*

—Entonces, aún están en las primeras etapas —Tronchatoro garabatea una nota.

—No mido las relaciones por el tiempo —replica Kovan con voz cálida—. Vesper y yo conectamos de inmediato. Ella es una de las dos personas más importantes de mi vida.

Sé que eso también es mentira, pero eso no me impide creerlo como si fuera un abrazo robado. Lo más loco es que Kovan parece hablar en serio. Cada palabra suena auténtica.

Por un momento, me permito imaginar exactamente eso: ser una de las dos personas más importantes en la vida de Kovan. *Él, Luka y yo. Inmutables, irremplazables. Tres piezas de un rompecabezas que encajan sin dejar espacio ni necesidad para nadie más.*

Entonces él me mira y veo la máscara en su rostro, y recuerdo lo que es esto: un juego de simulación. Eso es todo lo que es. Eso es todo lo que puede ser.

—Ah —dice Kovan, volviéndose hacia nosotros—. Aquí están. Vesper, Luka, esta es la Sra. Eliza Murphy. Trabaja para los Servicios Sociales.

Luka se esconde detrás de mi muslo, pero consigue saludar con la mano tímidamente.

—Hola, Luka. Hola, Vesper —su mirada se dirige perezosamente hacia mí, me recorre de arriba abajo y vuelve a Luka—. El señor Krayev me acaba de contar cómo se conocieron.

Mi pulso se acelera. Definitivamente deberíamos haber ensayado esto. Le lanzo una mirada de pánico a Kovan, pero él no me la devuelve. Parece perfectamente tranquilo.

—Se conocieron en el hospital —interviene Luka—. En el St. Raphael, donde trabaja Vesper. ¡Yo estaba allí!

Sigo intentando comunicarme telepáticamente con Kovan, que sigue fingiendo que no existo, cuando oigo a la Sra. Murphy preguntar, con la desenvoltura de una abogada experimentada—: ¿Hace un año?

Mayday, mayday. Está indagando. Y va a encontrar enormes, enormes agujeros en nuestra historia.

Si Luka empieza a hablar de los hombres armados enmascarados de hace unas semanas, nuestro pequeño juego de fingir estará acabado.

—Sí, cuando tenía siete años —dice Luka con naturalidad.

Vaya, el chico miente como un bellaco. Tengo que mejorar mi juego si quiero seguirles el ritmo a estos dos.

Tronchatoro frunce el ceño. —¿Y por qué motivo estaban tu tío y tú en el hospital?

—Me rompí el brazo.

La Sra. Murphy mira a Kovan. —¿Luka estaba bajo su custodia en ese momento?

—Estaba en casa de su madre. Su padrastro lo empujó por las escaleras.

La cara de la Sra. Murphy no cambia. Dirige su mirada impasible hacia Luka. —¿Es eso cierto, Luka? ¿Tu padrastro te empujó?

—Sí —murmura, mirando hacia abajo.

—¿Por qué lo hizo?

—No lo recuerdo. A veces, Ihor se enfada mucho. Grita. Y si me interpongo en su camino... —se calla con un encogimiento de hombros que grita: *Por favor, no más preguntas.*

No puedo evitarlo. Me acerco a él y le pongo la mano en el hombro en señal de protección.

La Sra. Murphy observa el gesto con gran interés. —Luka, antes de que yo llegara, ¿tu tío te dijo qué decirme?

La pregunta surge de la nada, diseñada para pillarlo desprevenido, para desenmascararlo como un pequeño mentiroso, un títere de su tío. Luka abre mucho los ojos y mira rápidamente a Kovan antes de recuperarse.

—N-no —insiste, pero sus mejillas se sonrojan.

Tronchatoro es como un perro con un hueso, prácticamente saliva ante el indicio de una mentira. —Ya no pareces tan seguro.

—Lo estoy —un tartamudeo se asoma entre las grietas de su voz.

—Entonces, ¿tu tío no te ha enseñado? ¿Qué decirme? ¿Qué no decirme?

Luka se encoge sobre sí mismo, con la cabeza gacha hacia su regazo. —N-no. No, no lo ha hecho —pero ahora se niega a levantar la vista.

Ella se agacha a su altura. —Luka, sabes que está mal mentir a un trabajador social, ¿verdad?

—¡No estoy mintiendo! —exclama con un grito desesperado y asustado.

—Ya basta —la voz de Kovan atraviesa la habitación—. Lo está asustando.

Tronchatoro frunce los labios. —Estoy tratando de determinar qué es lo mejor para este niño. Eso requiere preguntas difíciles.

Kovan se acerca a ella, y su tamaño se vuelve de repente amenazador. —Hay una diferencia entre hacer preguntas difíciles y acosar a un niño de ocho años.

—¡Para! —grita Luka, con lágrimas brillando en su rostro. Se zafa de mi agarre y sale corriendo de la habitación antes de que pueda detenerlo.

La Sra. Murphy lo ve marcharse y luego se vuelve hacia Kovan. —¿Siempre manejas los conflictos mediante la intimidación? ¿Así es

como tratas a Luka cuando se porta mal?

Esto se está saliendo de control. Me acerco a Kovan y le acaricio el brazo con la mano. Sus músculos están rígidos por la furia que debe estar deseando descargar sobre esta mujer esquelética.

—Sra. Murphy —digo, con voz tranquila y profesional—, creo que ha habido un malentendido. Kovan protege a Luka porque ese niño ha pasado por un infierno. Si supiera lo que ha soportado...

—Todo el mundo quiere lo mejor para él —me interrumpe.

—Entonces, le sugiero que no le haga más daño en el proceso de ayudarle —mantengo la voz firme, recurriendo a toda mi formación médica—. Cuando conocí a Luka, estaba muy traumatizado. Se culpaba a sí mismo por haber sido empujado por las escaleras. Y si esa hubiera sido la única vez que lo hospitalizaron, sería diferente. Pero no es así. La última vez que Kovan lo llevó al St. Raphael, Luka casi muere. Una reacción alérgica a la piña. De la que su madre es consciente...

—Y, sin embargo, la sigue teniendo en casa —añade Kovan con voz tensa.

La Sra. Murphy levanta la barbilla. —La Sra. Makhova tiene sus propias preocupaciones sobre usted, Sr. Krayev.

—Estoy seguro de que sí. Los maltratadores siempre culpan a los demás.

Otro chasquido de dientes, desdeñoso, incrédulo. —No puedo hablar de lo que se dijo durante nuestra visita con ella.

—Es encantadora cuando quiere —dice Kovan con amargura—. No deje que la engañe.

Le aprieto el brazo más fuerte. Tenemos que calmar los ánimos, no empeorar las cosas.

—Sra. Murphy —repito—, soy pediatra. Conozco los signos del maltrato, y ese niño de arriba ha sido abandonado por el sistema que debería protegerlo. Aquí está a salvo. Aquí lo quieren. Deje que se quede aquí.

Cierra su cuaderno con un chasquido seco. Su rostro sigue siendo severo e implacable. —Eso está por verse. Tengo que hacer más visitas antes de dar mi recomendación.

—Claro. Por supuesto —digo, mientras Kovan hierve en silencio a mi lado.

—Sr. Krayev. Sra. Fairfax —asiente secamente y se dirige hacia la puerta.

—La acompaño —gruñe Kovan.

—Déjame a mí —digo rápidamente, con la mano aún sobre su brazo. Lo último que necesitamos es que él la intimide aún más. Está más que claro que ella ya detesta a Kovan.

La acompaño a su coche, con la mente acelerada buscando algo que salve este desastre. Pero ella se me adelanta.

—Es curioso —comenta mientras abre la puerta—. Cuando le hablé de usted a la señora Makhova, no tenía ni idea de quién era. De hecho, parecía bastante segura de que su cuñado era soltero. Que él lo prefería así. Y que en ninguna circunstancia podía imaginar que él trajera a una mujer a su casa. A menos, claro está, que hubiera algo que le interesara. Algún... motivo oculto.

Se me revuelve el estómago, pero mantengo la voz firme. —Está claro que se equivocaba. De lo contrario, ¿qué estaría haciendo yo aquí?

Su sonrisa, la primera que me ha dedicado, revela una hilera de dientes diminutos con caninos afilados como colmillos. —Evidentemente.

La veo alejarse en su coche, con el corazón latiéndome con fuerza y un sabor amargo en la boca. Cuando vuelvo a la casa, Kovan me espera junto a la puerta, con el rostro tormentoso.

—Ella lo sabe —dice sin preámbulos.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—¿No viste cómo entró aquí? Como si ya tuviera la decisión tomada. Alguien le avisó —se pasa la mano por el pelo—. Deberíamos haber tenido semanas para prepararnos. Para ensayar nuestra versión.

—Lo has hecho bien. Y Luka también.

—¿Ah, sí? Porque quería tirarla por la ventana —sus ojos están oscuros por la frustración—. A veces me pregunto si le estoy pidiendo demasiado. Todas estas mentiras, todo este fingimiento...

La duda en su voz me conmueve. Este hombre poderoso y peligroso reducido por preocuparse por los sentimientos de un niño de ocho años. Una grieta en su armadura y, a través de ella, su corazón palpitante, expuesto al mundo por primera vez en toda su vida, si tuviera que adivinar.

—Kovan —le vuelvo a tocar el brazo—. Quieres a ese niño. Cualquiera puede verlo.

—El amor no siempre es suficiente. De hecho, rara vez lo es.

—Lo es para Luka. ¿Esa casa de ahí? Es una carta de amor. Cada pared pintada, cada juguete cuidadosamente elegido, esa increíble galaxia arriba. Él pertenece aquí porque tú le construiste un hogar. No una casa. Un *hogar.*

Sus ojos se encuentran con los míos y algo pasa entre nosotros. Algo real, cálido y claramente aterrador.

—Gracias —dice en voz baja—. Por mantener la calma ahí dentro. Por apoyarme.

—Para eso estoy aquí.

—¿De verdad? —se acerca, lo suficiente como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrar su mirada—. ¿Ahora estás convencida? ¿De que soy la persona adecuada para criarlo?

—Yo... yo...

—Sé sincera. Antes no estabas segura.

—Quizás antes no estaba segura —susurro—. Pero ahora sí lo estoy. Tú lo quieres. Cualquiera con ojos puede ver lo mucho que lo quieres.

Levanta la mano lentamente, con los dedos suspendidos justo por encima de mi hombro. Toca mis marcas de nacimiento, las tres, una por una, una tras otra. *Toca. Toca. Toca*. Toques suaves, delicados, cariñosos.

—Precioso —es todo lo que dice. No le pido una explicación y él no me la da.

¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? ¿Con alguien? Nunca me interesó el romance ni el amor. Era médico, como mi padre. No había lugar para nada más en mi vida.

Ahora, me pregunto... *¿Debería hacer espacio?*

—Debería irme —logro decir, aunque cada célula de mi cuerpo me grita que me quede.

—¿Deberías?

La pregunta es poco más que un susurro, pero me deja sin aliento con todas las posibilidades que encierra. Porque, de repente, ya no estoy segura de nada. Ni de lo que quiero, ni de lo que temo, ni de qué demonios estoy haciendo con mi vida tan cuidadosamente ordenada.

Lo único que sé es que alejarme de Kovan Krayev podría ser lo más difícil que he hecho nunca. Pero, incluso cuando me separo de él, incluso cuando me subo al coche, incluso cuando me alejo y la

distancia entre nosotros crece y crece hasta que ya no puedo verlo, lo siento, como si estuviera a mi lado.

Ni siquiera la distancia puede alejarlo de mi mente.

KOVAN

—¿Esta es tu escuela? —pregunta Vesper boquiabierta, casi cayéndose por la ventanilla del copiloto como un golden retriever demasiado entusiasmado con la lengua fuera.

—Vuelve a meter la cabeza en el coche antes de que te caigas —le espeto, agarrándola por el dobladillo de su vestido blanco para tirar de ella hacia dentro—. Te vas a romper el cuello.

Ella no se mueve. —Parece sacada de un cuento de hadas.

—Es impresionante, ¿verdad? —dice Luka señalando la torre de piedra que se eleva desde el ala este—. Ahí es donde estudio astronomía.

—¿Estudias *astronomía*? —pregunta Vesper con un tono de voz tan alto que probablemente sus compañeros dorados estén ladrando a tres manzanas de distancia.

Dios. No me extraña que el chico estuviera tan emocionado esta mañana cuando le dije que Vesper vendría con nosotros a dejarlo. Ella actúa como si todo lo que él dice fuera lo más fascinante que ha oído en su vida.

Aunque incluso yo tengo que admitir que Cordingly Prep es impresionante.

—Normalmente, solo los alumnos de octavo curso pueden cursarla —explica Luka—, pero el tío Kovan habló con el decano Thomas y me dejó apuntarme.

—"Habló con él" —murmura Vesper entre dientes—. Ya lo creo.

—¿Qué has dicho? —le pregunto.

Ella esboza una sonrisa falsa. —¡Nada! —luego, volviéndose hacia Luka, que está sentado atrás, le guiña un ojo y le pregunta—: ¿Estás seguro de que esto no es Hogwarts?

—¡No! —se ríe Luka—. Aquí no nos enseñan magia.

—Pues deberían. La vida es demasiado corta para no creer en un poco de magia.

Algo se afloja en mi pecho al oír su risa mezclada con la de él. Podría pasarme todo el día escuchándolos charlar.

Después de aparcar, subimos los dieciocho escalones de mármol hasta la entrada. El pasillo se extiende ante nosotros, con su suelo de baldosas blancas y negras y sus techos altos.

—¿Qué tan grande es este lugar? —pregunta Vesper, con la cabeza inclinada hacia atrás para contemplar la arquitectura.

—Dos acres —le respondo—. Dos piscinas, cancha de baloncesto, pista de tenis, campo de fútbol, pista de atletismo.

Ella niega con la cabeza, asombrada. —Entonces, ¿no hay espacio para un campo de quidditch?

—¿Un qué?

Sus mejillas se sonrojan. —Lo siento. Otra referencia a Harry Potter.

—¿Eres muy fan?

—Lo era. Cuando tenía tiempo para leer —suspira, de repente melancólica—. Mi padre me regaló la colección completa por mi

undécimo cumpleaños. Incluso incluía una carta falsa de admisión en Hogwarts.

Arqueo una ceja. —¿Te emocionaba que te aceptaran en una escuela ficticia?

—De hecho, fue el mejor día de mi vida.

—¿Aunque no pudieras ir realmente?

—Para eso está la imaginación, Kovan.

Vesper y Luka se miran y ponen los ojos en blanco como si fuera más tonto que una piedra. Perfecto. Me he convertido oficialmente en el tercero en discordia en este grupo.

No es que pueda culpar al chico. Es evidente que ha heredado la debilidad de los hombres Krayev por enamorarse perdida y rápidamente de las mujeres guapas.

—Esta es mi clase —anuncia Luka, deteniéndose frente a una puerta decorada con colores vivos a la izquierda.

Vesper mira por la pequeña ventana. —Dios, es enorme. Esta habitación es más grande que todo mi apartamento.

—¿Quieres entrar y conocer a mi profesora? —pregunta Luka.

Vesper se vuelve hacia mí, jugueteando con su vestido y mordiéndose el labio inferior de una manera que resulta a la vez tímida e irresistiblemente sexy. —¿Te parece bien?

—Por supuesto. Deberías presentarte a las personas que forman parte de su vida —la observo mientras intenta ajustarse el escote—. Tienen que acostumbrarse a verte por aquí.

Ella tira de la tela y frunce el ceño. —Debería haberme puesto otra cosa. Este vestido es demasiado... —señala con gesto de impotencia su pecho—. Demasiado.

—Estás bien.

—Estoy exagerando, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Entras conmigo?

Hay un tono vulnerable en su voz que me hace querer decir que sí. En realidad, hay un tono vulnerable en su voz que me hace querer arrastrarla al armario del conserje y demostrarle que su vestido blanco no es ni mucho menos suficiente.

Pero tengo otros asuntos que atender.

—Tengo que ver al decano. Tú puedes encargarte de un profesor de secundaria.

—No te preocupes, Vesper —interrumpe Luka, tomándole la mano—. Estaré contigo.

Miro fijamente sus manos entrelazadas y algo desagradable se retuerce en mi estómago. No pueden ser celos. Es imposible que esté celoso de un niño de ocho años simplemente porque puede cogerle la mano cuando quiera.

Pero al verlos juntos, al ver lo natural que ella encaja en su mundo, lo fácil que le resulta confiar en ella...

Mierda, quizá celos sea la palabra adecuada después de todo.

Me obligo a alejarme, a recorrer el pasillo hasta la oficina del decano Thomas. Me espera fuera de su puerta con un traje de Hermès y la sonrisa aduladora que reserva para los grandes donantes.

—¡Sr. Krayev! Siempre es un placer.

El hombre está prácticamente babeando. No puedo culparlo. Cada vez que vengo aquí, le extiendo un cheque. Renovaciones de la biblioteca, nuevo equipo para el programa de astronomía, bonificaciones navideñas para el profesorado. A este ritmo, cambiarán el nombre del lugar a Krayev Prep.

No podría importarme menos. Luka se merece lo mejor.

—Kenneth —le estrecho la mano con la fuerza justa para recordarle quién manda aquí—. Seré breve. Voy a duplicar la seguridad de Luka. Los guardias permanecerán fuera de la vista, pero necesitarán acceso a tus sistemas de seguridad.

Se pone pálido. —No estoy seguro de poder autorizar...

La mirada que le lanzo lo detiene a mitad de la frase.

—Por supuesto, señor Krayev. Informaré personalmente a nuestro jefe de seguridad.

—Una cosa más. Necesito añadir a alguien a los contactos de emergencia de Luka.

—Por supuesto. ¿El nombre?

—Vesper Fairfax. Ella estará en la rotación de recogida junto conmigo, Osip y Pavel.

—¿Y cuál es su relación con el niño?

—Es mi novia.

Las palabras me salen con más facilidad de la que esperaba. Demasiada facilidad, quizá.

El decano Thomas, hay que reconocerlo, no muestra ningún signo de sorpresa. —Entiendo. Actualizaré su expediente de inmediato.

Le doy una palmada en el hombro. —Buen trabajo. Avísame si ves algo raro.

Una vez resuelto esto, vuelvo por el pasillo de mármol hacia el aula de Luka. A través de la ventana, puedo verlo arrastrando a Vesper por la clase, mostrándole el rincón de ciencias, el hámster de la clase, una especie de jardín de rocas junto a las ventanas.

Su rostro se ilumina con cada cosa nueva que le muestra. Alegría pura y desenfrenada. No es fingida, no es un padre montando un espectáculo para su hijo.

Es real.

Puedo imaginarme a Yana en esta misma situación. Sería una letanía de suspiros aburridos, gestos poco sutiles con los ojos y comentarios hirientes disfrazados de cumplidos. Tiene un don para hacer que la gente se sienta pequeña sin que se den cuenta de lo que está haciendo. Su propio hijo es su objetivo favorito, aunque solo sea porque su anterior favorito ahora está muerto.

Vitalii solía contarme cómo ella lo destrozaba poco a poco y luego se sorprendía cuando él se sentía fatal. Ella lo llamaba honestidad. Yo lo llamaba crueldad. Vitalii no lo llamaba nada hasta que fue demasiado tarde para empezar.

Finalmente, Luka le da un abrazo a Vesper y le indica que se dirija a la puerta. Ella sale al pasillo y da un salto de susto cuando me ve esperando.

—¡Jesús! Me vas a dar un infarto.

—No hasta que consiga la custodia. Entonces podrás morirte.

Me mira con ira. —Qué romántico.

Casi sonrío. —Parecía feliz de enseñarte todo.

—Es un chico increíble, Kovan. De verdad.

—Lo ha heredado de su padre —me sorprende haber conseguido mantener la calma en mi rostro y el tono de mi voz. Los pensamientos sobre Vitalii suelen hacer que se me haga un nudo en la garganta por una ira silenciosa, una ira enconada, una ira que aún no ha encontrado una salida después de todo este tiempo.

—Luka me ha enseñado algunas pinturas de Vitalii esta mañana en casa —dice con cautela.

Dejo de caminar. —¿En serio?

—Sí. Dijo que quería que las viera.

Esas pinturas son sagradas para Luka. Nunca se las ha mostrado a nadie fuera de la familia. Ni siquiera Yana puede verlas ya.

—Debe confiar en ti —digo en voz baja.

—Está deseando tener una figura materna —dice—. Me parte el corazón.

Hay algo en su voz, algo suave y melancólico que no logro descifrar. Pero a mí también me afecta oírla hablar así de Luka. Como si realmente se preocupara por él.

—Gracias por venir esta mañana. Sé que estás ocupada.

Hace un gesto con la mano para que no le dé más vueltas. —Era parte de nuestro trato.

Ese recordatorio me golpea con fuerza, como una bofetada cuando esperaba algo más suave. Reprimo ese sentimiento y la conduzco hacia el todoterreno.

El coche es alto, así que la ayudo a subir. Se le sube el vestido al sentarse, dejando al descubierto un trozo de muslo pálido que me seca la boca.

Sin pensar, dejo que el dorso de mi mano roce su piel. Ella se estremece y el sonido va directo a mi polla.

Retiro los nudillos de inmediato. Luego, sin mirarla a los ojos, cierro la puerta de un golpe y corro hacia el lado del conductor.

Me maldigo a mí mismo con cada paso que doy. No puedo permitirme desear a esta mujer. No puedo permitirme tocarla así, pensar en lo que se sentiría tener esas piernas envueltas alrededor de mi cintura o en el sabor de esos labios, suaves y flexibles bajo los míos.

Pero quizá por eso precisamente necesito sacarla de mi sistema. Porque la forma en que he estado pensando en ella, la forma en que me ha estado distrayendo de todo lo demás...

No puedo permitirme no hacerlo.

KOVAN

Vesper tiene los ojos desorbitados, la boca abierta y las mejillas sonrosadas por la sorpresa. Se diría que la acabo de empujar fuera de un avión sin paracaídas.

—¿A qué oficina vamos? ¿La oficina de quién? ¿*Tu* oficina? —la voz de Vesper se vuelve más aguda con cada palabra, como si estuviera a punto de hiperventilar.

—A mi oficina —confirmo. Mantengo un tono informal, pero veo que se está descontrolando—. Es hora de que conozcas a mi personal. Necesitan saber quién eres.

—¡No me has preparado para esto! —mira su vestido como si la hubiera traicionado personalmente. Apuñalada por la espalda una vez más por lo mejor de Saks Fifth—. Estoy completamente inapropiada.

—Es una simple presentación. No hay nada para lo que prepararse.

—Me habría puesto otra cosa. Algo profesional. Este vestido es... —tira de la tela—. Dios, parece demasiado. Soy una mujerzuela.

Suelto una carcajada cuando el semáforo se pone en verde y avanzo lentamente por el cruce. —¿Eres una virgen victoriana? ¿"Mujerzuela"? ¿Qué círculo del infierno viene después de eso: "mujeres plagadas de pestilencia"?

Sus mejillas se sonrojan aún más. —No tiene gracia. No sé en qué estaba pensando con este vestido. Nunca llevo vestidos. Jamás.

—¿Y por qué hoy sí?

Lucha con el dobladillo, tratando de bajarlo por encima de las rodillas. —No lo sé. Supongo que quería estar guapa para... —se detiene de repente—. Para Luka. Obviamente.

—Obviamente.

Se esconde detrás de su cabello. Me molesta lo pequeña que intenta hacerse. —He tenido esta cosa colgada en mi armario durante dos años. Un peso muerto. Pensé que era hora de ponérmelo, pero claramente me equivoqué. Estoy hecha para batas, no para... —vuelve a señalarse a sí misma, impotente.

—Te equivocas —gruño en voz baja—. ¿Tú en ese vestido? Te ves jodidamente perfecta.

Parpadea y el rosa de sus mejillas se intensifica hasta volverse rojo. —¿No crees que tu gente se preguntará qué haces con una rubia tonta que no pertenece a tu mundo?

—Sabes —le digo—, la mayoría de las mujeres se ponen un vestido bonito para sentirse seguras. Tú estás haciendo lo contrario.

Empieza a mordisquearse las cutículas, un hábito nervioso que ya había notado antes. —Aprendí a definirme por mi cerebro.

—O a esconderte detrás de él.

—¿Perdón?

—Puedes ser ambas cosas, ¿sabes? Inteligente *y* guapa.

—Yo... Eso es... Yo no soy... —se queda callada, sin terminar la frase, con la respiración entrecortada—. No es tan sencillo.

—Debe haber sido difícil —le digo con simpatía—. Que te tomaran en serio con ese aspecto.

La tensión abandona sus hombros de golpe. —No era solo mi aspecto. Si la gente no asumía que era una cabeza hueca de tutoriales de maquillaje, asumía que solo había llegado donde estaba gracias a la reputación de mi padre —mira fijamente a través del parabrisas—. Probablemente, elegir hacer mi residencia en St. Raphael empeoró las cosas. Allí todos conocían al Dr. Fairfax, excepto yo.

—Entonces, ¿por qué elegiste ese lugar?

—Por sentimentalismo, supongo —se sumerge en una inquietud nerviosa—. Prácticamente crecí en ese hospital. Era mi patio de recreo. Y es donde tengo los recuerdos más claros de mi padre. Era pura magia con los pacientes. Podía entrar en una habitación con un niño llorando y salir con él sonriendo.

Ahora está en otro lugar, perdida en esos recuerdos. Sus dedos se frotan la zona en carne viva de las uñas. Mira fijamente el parabrisas como si su vida estuviera salpicada contra él.

—Lo echo de menos todos los días —susurra.

Me acerco y cubro su mano, impidiéndole seguir pellizcándola. Se queda paralizada bajo mi tacto y, por un segundo, nuestras miradas se cruzan. Sus ojos están vidriosos por las lágrimas contenidas.

Hay más en la historia. Lo noto en su postura, como si llevara un peso precioso que no quiere soltar ni compartir.

—¡Bueno! —exclama dando una palmada y forzando un tono alegre en su voz—. ¿Dónde está esa oficina tuya tan intimidante?

—A la vuelta de la esquina —giro la esquina y aparece la sede de Krayev: cincuenta pisos de acero y cristal diseñados para empequeñecer a cualquiera que se acerque, para empezar a hacerles sentir pequeños antes de que entren en mi oficina y yo termine el trabajo—. Ahí está.

Vesper abre la boca y echa la cabeza hacia atrás para contemplarlo todo. —¿Esta es tu oficina?

Entro en el aparcamiento privado reservado para ejecutivos y personalidades importantes. —Bienvenida.

No parece oírme. Su atención se centra en los detalles arquitectónicos: la forma en que la luz incide y se refleja en la fachada metálica, su altura imposible.

—Esto es irreal.

—Me halagas.

—Estoy acostumbrada a edificios estériles que carecen de imaginación y huelen a ácido sulfúrico. Esto es precioso.

Me río entre dientes. —Bueno, haz un esfuerzo por cerrar la boca. Hay más cosas que ver dentro.

—No prometo nada —advierte ella, sacudiendo la cabeza.

En cuanto salimos por las puertas de cristal, la gente se endereza. Las conversaciones se detienen a mitad de frase. La energía perezosa de la tarde se evapora cuando se corre la voz de que estoy en el edificio.

Incluso Vesper nota el cambio. —Dios —murmura entre dientes—. ¿De verdad te tienen tanto miedo?

—Un poco de miedo es saludable para la circulación sanguínea.

—Ah, sí, creo que lo leí en el Atlas de Anatomía de Grant —me da un codazo en las costillas mientras la guío hacia los seis ascensores plateados que se alinean a la derecha.

Me acerco al ascensor ejecutivo y tecleo mi código de acceso. —Este está restringido al personal superior. Haré que alguien te haga una tarjeta de acceso.

El pánico se refleja en su rostro. —¿La necesitaré?

—Eres mi novia. Se supone que nuestra relación es seria, ¿recuerdas?

—Claro —traga saliva—. De acuerdo. Pero ¿qué pondrá en mi tarjeta de acceso? ¿"Novia extraordinaria"?

—"Mujerzuela".

Ella niega con la cabeza y me da un puñetazo en el hombro, pero está luchando por no sonreír. —Es un milagro que haya aceptado esto.

De repente, algo posesivo y primitivo se apodera de mí. Actúo antes de pensar, la agarro por la cadera y la atraigo hacia mí en el ascensor, con la mano peligrosamente cerca de un territorio que no me corresponde explorar. —Es un milagro que te haya dejado creer que tenías otra opción.

Su sonrisa se desvanece y la incertidumbre nubla sus ojos. —Todo esto es parte de la actuación, ¿verdad? —su voz es apenas un susurro—. ¿La forma en que coqueteas conmigo? ¿La forma en que me tocas?

Las puertas se cierran. El ascensor está vacío. No hay nadie para quien actuar. No hay razón para tener mis manos sobre ella, excepto que quiero tenerlas ahí.

—Tenemos que hacerlo creíble —recito, porque es más fácil que la verdad.

Ella baja la mirada y, cuando vuelve a encontrarse con mis ojos, su sonrisa es forzada. —Por supuesto —presiona su palma contra mi pecho y me empuja suavemente—. Pero aquí no hay nadie a quien convencer.

Mis manos piden a gritos volver a atraerla hacia mí, pero la dejo ir. Algo ha cambiado entre nosotros, y no estoy seguro de si es el edificio, la situación o yo lo que la ha asustado.

Sea cual sea la causa, tengo que recomponerme. Porque ahora mismo estoy luchando por ocultar la evidencia física de lo mucho que la deseo, y no es una conversación que esté preparado para tener.

El ascensor se abre para revelar la planta ejecutiva: mármol negro veteado de blanco, paredes de fieltro texturizado y suficiente espacio abierto para que los visitantes se sientan insignificantes. Solo hay tres oficinas aquí arriba: la mía, la de Pavel y la de Osip.

Ihor solía tener la cuarta, pero ahora está vacía. Algunos puentes se queman por completo.

—¡Sr. Krayev! —mis asistentes, Henry y Maggie, se ponen firmes en sus escritorios.

Osip y Pavel salen de la oficina de Pavel, ambos sonriendo como zorros en un gallinero. La sonrisa de Pavel es genuina. Osip parece a punto de estallar con cualquier comentario sarcástico que se esté conteniendo.

Un puñado de altos cargos se queda cerca, miembros de la junta que acaban de terminar sus informes matutinos. El momento no es casual. El mensaje de Pavel confirmaba que seguirían aquí cuando llegáramos. Cuantos más ojos vean lo que va a pasar, mejor.

—¡Kovan! —llama uno de ellos, enderezándose el traje de Burberry —. Te has perdido la reunión de la junta. No es propio de ti.

—Estaba ocupado —rodeo con el brazo la cintura de Vesper para dejar claro mi argumento—. Caballeros, me gustaría presentarles a la Dra. Vesper Fairfax. Mi novia.

Un murmullo recorre el grupo. Vesper se acerca más a mí, como si quisiera desaparecer en mi sombra.

—¿Novia? —uno de los miembros de la junta se anima y le lanza a Vesper una mirada que me hace apretar los dientes—. Qué maravilloso que hayas encontrado a alguien.

—En realidad, llevamos juntos bastante tiempo —digo, sabiendo que esta información se habrá difundido por todo el edificio al caer la noche—. Pensé que ya era hora de que viera dónde trabajo.

Se la presento a la media docena de miembros de la junta, todos ellos educados y deferentes, sobre todo porque saben que los destriparía yo mismo si se pasaran de la raya.

Se acercan más personas que quieren que las presente. Mientras Vesper charla con las dos únicas mujeres de la junta, me aparto para observarla trabajar. Está nerviosa, tiene la frente brillante por el sudor, pero se maneja bien.

—Parece tensa —observa Osip, deslizándose a mi lado.

—Muy tensa —coincide Pavel.

—Entonces, quizá ustedes dos deberían ayudarla a relajarse en lugar de quedarse ahí haciendo observaciones —sugiero.

—Esa mujer no me parece de las que "van con la corriente" —dice Osip.

—Quizá no —coincide Pavel—, pero hay algo en ella...

—Si vas a hacer algún comentario sobre su cuerpo, te voy a romper los dientes.

Pavel entrecierra los ojos. —Mis dientes están perfectos tal y como están, muchas gracias. Y baja la voz. Lo que iba a decir es que tiene presencia.

—Y un buen culo —añade Osip, sin ayudar en nada.

—¿Quieres callarte? —sisea Pavel—. No le estaba mirando el culo.

—Alguien sí —dice Osip, señalando con la cabeza a Eric Lawrence, el asistente de Osip, que está mirando abiertamente a Vesper con la cabeza inclinada y los labios curvados en señal de aprecio. Prácticamente tiene corazones de dibujos animados en los ojos.

Una ira ardiente me invade, espinosa y posesiva. —Controla a tu chico, Osip.

Pero antes de que Osip pueda decir nada, Vesper empieza a caminar hacia nosotros, y la mirada de Lawrence sigue el balanceo de sus caderas con evidente interés.

—¡Lawrence! —mi voz atraviesa todas las conversaciones a mi alrededor—. Ven aquí. Ahora mismo.

A pesar de ser empleado de Osip, Lawrence se apresura a acercarse como un cachorro que cree que va a recibir una golosina.

—Buenos días, jefe —dice con esa sonrisa despistada.

—Recoge tus cosas. Estás despedido.

Su rostro palidece y se deforma. —¿Qué? Estás bromeando.

—¿Te parece que estoy bromeando?

—Pero... pero ¿por qué? —sus ojos se mueven frenéticamente entre Osip y yo.

—Porque no contrato a hombres que faltan al respeto a lo que es mío.

La comprensión se refleja en su rostro cuando mira a Vesper. —Yo no... Solo estaba... ¡No la estaba mirando!

—Sí, lo estabas haciendo.

—Señor, por favor, no era mi intención...

—¿Qué no era tu intención?

La nuez de Adán de Lawrence se mueve mientras traga saliva con dificultad. Se vuelve hacia Osip con desesperación. —Sr. Pikalov, por favor...

—Deberías haber sido más sutil —Osip se encoge de hombros—. Regla número uno: nunca mires a la mujer del jefe.

Cuando Lawrence se da cuenta de que no va a recibir ayuda por ese lado, se vuelve hacia mí. —Juro que no volveré a mirarla nunca más.

—Tienes razón. No lo harás —señalo la salida—. Ahora, coge tus cosas y vete.

Se aleja tambaleándose sin decir nada más, lo suficientemente inteligente como para mantener la mirada fija en el suelo.

En cuanto se marcha, me encuentro con las sonrisas coincidentes de Osip y Pavel.

—¿Qué? —gruño.

—Alguien está celoso —observa Osip, dándome un codazo en las costillas—. Es bonito verte celoso. Tan bonito que incluso te perdonaré por despedir a mi asistente.

Le aparto la mano de un manotazo. —Estoy interpretando un papel. Lawrence le dirá a todo el mundo por qué lo han despedido. Añade autenticidad.

—Claro —dice Pavel, sin creérselo ni por un segundo—. Todo fue para aparentar. Mmmm. Claro.

—Por supuesto que lo fue.

—Aunque lo creyera —continúa Pavel—, lo cual, para que conste, no es el caso, se necesitará algo más que despedir a un tipo para convencer a Ihor y Yana de que vas en serio con ella.

—No te preocupes. Aún no he terminado.

Los dejo y vuelvo con Vesper, que está enfrascada en una conversación con Matvey Gregovich, el miembro más antiguo de la junta.

—...treinta años este septiembre —dice—. Yo...

Antes de que pueda pensarlo bien, me inclino y la beso. Allí mismo, delante de todos.

Empieza como un beso rápido para aparentar, pero en el momento en que nuestros labios se tocan, todo cambia. Ella es suave y cálida y sabe a café y a algo dulce que no puedo nombrar. Un pequeño gemido se escapa de su garganta y, de repente, me siento abrumado.

Profundizo el beso, olvidando dónde estamos, olvidando por qué empecé esto. Lo único que sé es que ella se siente perfecta contra mí y que nunca quiero dejarla ir.

Entonces alguien silba, probablemente Osip, y la realidad vuelve a golpearme. Vesper se separa primero, con la mano presionada contra mi pecho, las mejillas sonrojadas y los ojos evitando cuidadosamente los míos.

—Ah, el amor juvenil —suspira Matvey, con las manos juntas sobre el corazón—. Me alegro mucho de que el joven Kovan haya encontrado a alguien especial. Ya era hora.

Los ojos de Vesper se posan en los míos y vuelvo a ver esa incertidumbre. Esa cautelosa distancia que me hace querer sacudirla, besarla y exigirle que deje de mirarme como si fuera a hacerle daño.

Pero no hago nada de eso. En cambio, paso el resto de su visita buscando excusas para tocarla. Cada roce de piel con piel es solo otro recordatorio de lo jodido que estoy.

Porque lo que comenzó como una actuación se está convirtiendo en algo completamente diferente.

Y no estoy seguro de querer detenerlo.

KOVAN

—Ese beso fue algo más, hermano —la sonrisa de Pavel es tan amplia que casi le parte la cara—. Por un momento casi me convences.

—Ese es el objetivo, idiota.

—El *objetivo* —interrumpe Osip, dejando su café sobre la mesa—, es hacer creer a la gente que llevan juntos un año. No cinco minutos.

Me recuesto en mi silla de escritorio y estudio sus caras. —¿No lo hemos conseguido?

Pavel y Osip intercambian una mirada que me hace apretar la mandíbula.

—Parecen enamorados el uno del otro —explica Pavel con cautela—. Pero es el tipo de enamoramiento que grita "relación nueva".

—Ella te mira como una adolescente enamorada —subraya Osip—. Con ojos de cachorro. Y tú la miras como si quisieras devorarla entera. Lo cual, no me malinterpretes, es muy excitante de ver, para aquellos con inclinaciones voyeuristas. Pero no es exactamente el ambiente de una pareja que lleva casi un año junta.

Apretando los dientes, cojo los dardos del tablero y me uno a ellos en el otro extremo de la sala. La punta metálica se siente fría y

afilada contra mi palma. —¿Qué quieres decir?

—Estoy diciendo que ella necesita saber más que solo tu nombre y la alergia de tu sobrino —responde Osip—. Necesita saber qué tipo de café tomas por la mañana. Cómo te gustan los huevos. Si duermes en el lado izquierdo o derecho de la cama.

—Necesita un curso intensivo para ser tu novia —resume Pavel.

—Pobre chica —murmura Osip.

La palabra suena diferente de lo que debería. *Novia*. Como si significara algo real.

—Hoy no ha sido suficiente —digo con el ceño fruncido—. Si hubiéramos tenido ojos más perspicaces sobre nosotros, habríamos fracasado y este acuerdo de custodia se habría ido al traste. Ella tiene que mejorar. Los dos tenemos que mejorar.

—Ko, sé realista. ¿Cómo demonios esperas vender una relación de un año cuando la conociste hace tres semanas? —pregunta Osip sin rodeos.

Alineo mi tiro y lanzo. El dardo da en el blanco.

—Otro tiro al blanco.

—Mierda —Osip busca su cartera—. ¿Cuánto te debo ahora?

—Once mil. Pero hoy me siento generoso, así que lo dejaremos así.

Me alejo de la mesa y saco mi teléfono. Mis dedos se detienen sobre su contacto por un momento antes de pulsar llamar.

Contesta al segundo tono. Solo han pasado unas horas desde que la dejé en su apartamento y, aun así, el sonido de su voz me llena de un alivio que no logro definir.

—¿Kovan? ¿Va todo bien? ¿Luka está bien?

—Luka está bien. Está a salvo en casa con su niñera.

—Gracias a Dios —su suspiro se oye a través del teléfono—. ¿Qué pasa entonces?

—Tenemos un problema.

Se produce un silencio entre nosotros. Puedo oír movimiento a su lado, el roce de la tela. No puedo evitar preguntarme qué lleva puesto.

—¿Qué tipo de problema?

—Tenemos que desempeñar bien nuestros papeles, Vesper. No podemos permitirnos que nadie sospeche. Y seamos sinceros: esa zorra de la trabajadora social ya sospechaba mucho antes incluso de conocerte.

—Pensé que hoy lo habíamos hecho bien en tu oficina. ¿No?

—Bien no es suficiente, Vesper. No cuando el futuro de Luka está en juego —me acerco a la ventana y observo las luces de la ciudad parpadear abajo—. Tienes que conocerme. Conocerme de verdad. Mis hábitos, mis preferencias, todo.

Su risa es suave. —Podría hacer fichas. Estudiarte como si estuviera preparándome para los exámenes.

—Puedes estudiar todo lo que quieras, siempre y cuando lo hagas desde mi casa.

La línea se queda en silencio. Cuando vuelve a hablar, su voz es diferente. Cautelosa. —¿Qué quieres decir?

—Que te mudes conmigo.

—¿*Que me mude contigo*? —pregunta con la voz entrecortada—. Kovan, no puedo...

—Puedes y lo harás. Tenemos cuarenta y cinco días para convencer a un juez de que vamos en serio. Vivir juntos es la forma más rápida de...

—No.

Me detengo en seco. —¿Perdón?

—He dicho que no. No voy a mudarme contigo.

Siento cómo me hierve la sangre. —¿Y por qué no?

—Porque necesito estar cerca del hospital. Porque tengo mi propia vida, mi propio espacio. Pero sobre todo porque no quiero.

—Vesper...

—Tengo que irme. Me están llamando del hospital.

La llamada se corta.

Miro fijamente mi teléfono, con la mandíbula tan apretada que casi me rompo los dientes. Me ha colgado. Me ha colgado, maldición.

Cuando vuelvo a la sala de juegos, Pavel y Osip interrumpen su conversación a mitad de frase.

—¿Va todo bien? —pregunta Pavel, mirando mis manos.

Bajo la mirada y veo que tengo los puños tan apretados que se me han puesto blancos. —Tráiganme unas cajas de mudanza —les digo —. Y un camión. Mañana a primera hora nos reuniremos con ellos en el apartamento de Vesper.

Pavel arquea las cejas. —¿Ha aceptado mudarse?

—Lo hará.

Osip silba en voz baja. —Esto va a ser interesante.

Dejo el teléfono sobre la mesa con un golpe. *Porque no quiero*. Como si lo que ella quiere importara más que lo que Luka necesita. Como si su comodidad fuera más importante que la seguridad de mi sobrino.

Pero, aunque me digo a mí mismo que me da igual lo que ella quiera, una voz en mi cabeza me susurra la verdad que no estoy preparado para afrontar.

Quizás sí me importa.

Quizás me importa demasiado.

VESPER

Voy a matar a Jeremy Fleming.

No en sentido figurado. No en una fantasía lejana en la que el karma finalmente lo alcanza. Me refiero a un asesinato real y premeditado.

Si lo piensas bien, sinceramente es algo bueno. Salvaría innumerables vidas al quitarle la suya. Es muy pragmático, *por el bien común* de mí misma, ¿sabes?

Además, no pienso disfrutarlo.

(Eso es mentira. Disfrutaría cada segundo).

Pero mi vieja amiga, Culpa Paralizante™, no me deja apretar el gatillo, literal o metafóricamente. Hice un juramento de no hacer daño. Pero mientras subo las escaleras hacia mi apartamento después de un turno infernal de veintiocho horas, solo puedo pensar en rodear con mis manos el cuello de Jeremy y apretar hasta que esa sonrisa de satisfacción desaparezca para siempre.

Me doy una palmada en la frente para alejar más pensamientos de ejecución. El movimiento hace que mi mundo dé vueltas y tengo que agarrarme a la barandilla para no caerme de espaldas por las escaleras.

Esas veintiocho horas incluyeron comunicar un diagnóstico de cáncer a los atónitos padres de un niño de diez años, una cirugía de cuatro horas que casi termina en desastre porque el desfibrilador comenzó a fallar, y un mal funcionamiento de uno de los ventiladores de la sala seis que dejó a uno de mis pacientes comatosos jadeando en busca de aire al borde de la muerte.

Eso solo ya habría sido la guinda del pastel de mierda que fue mi día. Pero no, el universo tuvo que enviar a Jeremy Fleming directamente a mi camino.

Y no, no podía simplemente pasar de largo junto a ese imbécil. Ni siquiera cuando me dedicó esa sonrisa de satisfacción con un extraño movimiento de cabeza que hizo que mi vagina intentara cerrarse en un ataque de antiexcitación.

Así que el turno infernal culminó con una pelea a gritos con Jeremy en medio de la sala de pediatría. El punto más bajo fue cuando lo llamé "cabeza de sopa", porque así había llamado antes a su padre un paciente de cinco años y, al parecer, mi cerebro agotado pensó que era el insulto perfecto.

La cara de Jeremy se puso tan blanca como su pelo decolorado. —¡No puedes hablarme así! ¡Soy el director de este hospital!

—¡Eres un ser humano patético! —le grité, lo suficientemente alto como para que la mitad de la sala me oyera—. Dime, Jeremy, ¿cuándo vendiste tu alma y cuánto te dieron por ella?

Se dio la vuelta y se marchó furioso, mientras las enfermeras me miraban como si hubiera perdido la cabeza.

Quizás tienen razón. Quizás sí la perdí.

Ahora solo quiero café y mi cama. El colchón es lo único en lo que me di un capricho cuando me mudé a este apartamento del tamaño de una caja de zapatos. Cuarenta y cinco centímetros de paraíso de espuma viscoelástica que se llevó todo mi primer sueldo como

residente. El resto de los muebles son de IKEA o Goodwill, pero ¿ese colchón? Vale cada céntimo.

Busco a tientas las llaves en la puerta y me quedo paralizada.

Las luces están encendidas dentro.

—No —susurro, invadida por un frío temor mientras empujo la puerta para abrirla—. Hoy no. Hoy no puedo hacerlo.

Pero a él nunca le han importado mucho mis preferencias. Y, efectivamente, el principal sospechoso ha vuelto a irrumpir en mi casa. Mi temor se convierte en irritación cuando veo a Kovan de pie en mi salón, mirando a su alrededor con el aspecto de un tigre enjaulado en una casa de muñecas.

—¿Qué diablos haces aquí? —le pregunto a modo de saludo.

—Hola a ti también.

—En serio, Kovan, no estoy de humor. He tenido un día horrible y no estoy en condiciones de...

Una nueva voz procedente de mi dormitorio me interrumpe. —...no puedo creer que la gente viva en sitios como este. ¡No hay espacio ni para mover un dedo!

Un hombre que reconozco como el hermano de Kovan sale de mi dormitorio. Pavel, creo. Es casi tan alto como Kovan, pero más suave en sus rasgos, con ese tipo de rostro de chico guapo que probablemente le consiguía todo lo que quería cuando era niño.

Se detiene al verme. —Oh. Estás aquí.

—Esta es mi casa —le espeto—. Se supone que yo debo estar aquí. Ustedes no —dirijo mi mirada furiosa hacia Kovan—. ¿Qué te da derecho, a ti y a todos ustedes, a estar aquí?

Kovan no parece en absoluto molesto por mi enfado. Se acerca a mi estantería y pasa el dedo por los lomos de los libros como si fuera el dueño del lugar. —Te negaste a mudarte conmigo...

—Por supuesto que sí.

—...así que me voy a mudar contigo.

Me quedo boquiabierta. —Estás bromeando.

—Hablo tan en serio como un infarto —hace una pausa y luego se ríe—. Espero que no sea insensible decirle eso a un médico.

Piso con fuerza alrededor de la mesa de café. —Te digo que quiero mi propio espacio y ¿esta es tu solución?

Su voz sigue siendo exasperantemente tranquila. —Te dije que nuestro acuerdo depende de muchas cosas. Necesitamos conocernos, y la única forma de hacerlo es viviendo juntos. No me has dejado otra opción.

La idea de vivir con Kovan hace que mi cabeza, que ya daba vueltas, me duela aún más. Si quiero sobrevivir a esta relación falsa con mi cordura intacta, necesito distancia. Espacio. Paredes gruesas y resistentes entre él y su presencia, que parece absorber todo el oxígeno de cada habitación.

Me interpongo en su camino. —Necesito que...

—¡Vesper!

Las palabras *"te vayas a la mierda para siempre"* mueren en mi lengua cuando la voz de Luka atraviesa mi ira. Aparece desde el pasillo y su rostro se ilumina al ver que realmente soy yo.

—¡Estás en casa! Tu apartamento es genial. ¿Dónde está tu televisor?

Mi corazón hace algo complicado en mi pecho al ver su sonrisa con huecos entre los dientes. —No tengo televisor, cariño.

Se apresura a darme un rápido abrazo. —Tampoco tienes cama en la segunda habitación.

—No recibo muchas visitas —le explico—. Cuando las recibo, uso el sofá cama.

Se da una palmada en las mejillas, como si el concepto de un futón fuera algo que le cambió la vida. —¿Este sofá se convierte en cama? ¡Qué divertido! ¿Puedo dormir aquí esta noche?

—No te preocupes, chico —dice Kovan—. Puedo pedir a los chicos que traigan una cama de verdad.

—Tendrá que ser pequeña —advierte otra voz desde la puerta de mi dormitorio.

Me giro y veo a Osip asomándose, y levanto las manos. —¿Tú también estás aquí? Dios, ¿cuántos son?

—Solo somos cuatro —dice Kovan, como si yo fuera la que está siendo irrazonable—. Necesitaba ayuda para trasladar nuestras cosas.

Si Luka no estuviera allí con esa enorme sonrisa, le habría tirado algo a Kovan a la cabeza. Preferiblemente algo pesado y afilado. Ese manipulador sabe exactamente lo que está haciendo, acorralándome en una esquina de la que no puedo escapar sin herir los sentimientos de un niño de ocho años.

Pavel entra en mi cocina y abre la nevera sin preguntar. —Van a necesitar algo más que una cama. Aquí no hay nada —se vuelve hacia mí—. ¿No comes?

—No tengo tiempo para comer —le espeto—. Cierra la puerta.

Lo hace y luego se dirige rápidamente a mis armarios. —Cada vez es peor. Hay café suficiente aquí para alimentar a un ejército, pero no hay comida de verdad. Ni siquiera una maldita galleta salada.

Entro en la cocina y cierro el armario de un portazo. Pavel retira los dedos como si temiera que se los aplastara.

—Tranquila, tigresa.

Lo miro fijamente. —Fuera. Y llévate al Calvo contigo.

Pavel resopla, pero Osip parece como si le hubiera dado una bofetada. —¿Calvo? —se pasa la mano por la cabeza rapada—. Vaya. Golpe bajo, Doc.

—Es muy sensible con su pelo —Pavel sonríe—. O con su falta.

—¿Sí? Bueno, yo soy sensible con mi privacidad. Y sin embargo, aquí estamos.

Los dos hombres intercambian miradas. —Vale, vale —Osip levanta las manos—. Sabemos cuándo no somos bienvenidos. Volveremos mañana con el resto de las cosas.

Miro las tres cajas que ya abarrotan mi pequeña sala de estar. —¿Más cosas? No hay espacio suficiente para más cosas.

—Por eso habría sido inteligente que te mudaras con Luka y conmigo —dice Kovan con un perfecto tono de *te lo dije*—. Pero querías estar más cerca del hospital.

—Yo trabajo allí, por si lo has olvidado.

Él levanta las manos. —No estoy discutiendo. Solo señalo por qué estamos aquí.

Esbozo una sonrisa forzada que parece que me va a partir la cara. —Luka, se está haciendo tarde. ¿No deberías prepararte para irte a la cama?

Él asiente. —¿Dónde está el segundo baño?

—Solo hay un baño. Tendremos que compartirlo. Está al otro lado de esa puerta.

—¿Solo hay un baño? —Abre mucho los ojos—. ¡No puede ser!

Coge su mochila y corre hacia el baño, emocionado ante la perspectiva de que los tres compartamos un baño del tamaño de un armario para escobas.

—¡Adiós, Osip! ¡Adiós, tío Pavel! ¡Hasta pronto! —les da un choque de manos a ambos antes de desaparecer tras la puerta del baño—. ¡Vaya! ¡Es muy pequeño!

Pavel y Osip se ríen mientras salen, dejándome sola con Kovan. En cuanto se cierra la puerta, le doy un golpe en el pecho con el dedo.

—Esto es jugar sucio y lo sabes.

—No sé de qué estás hablando —se dirige a mi cocina y abre la nevera, igual que hizo su hermano—. Pavel tenía razón. Necesitamos comida.

—No vas a estar cómodo aquí.

—Nos las arreglaremos. Ya has visto a Luka. El niño se lo está pasando en grande.

—Porque esto es nuevo para él. Pero está acostumbrado a casas grandes, criadas y...

—Se adaptará.

—Kovan, no me estás escuchando.

Cierra la nevera y se vuelve hacia mí. —Estás confundida. Tú eres la que no me está escuchando —baja la voz y mira hacia el cuarto de baño—. Esta actuación que estamos vendiendo tiene que ser convincente.

—Lo sé...

—¿Cómo voy a convencer al tribunal de que me conceda la custodia si ni siquiera vivo con la novia que se supone que debe ejercer la influencia maternal?

Odio que tenga razón. —Podemos fingir que vivimos juntos —intento —. Me llamas cuando me necesites y yo apareceré en tu casa...

Me interrumpe. —No. Tenemos que conocernos. Vivir juntos es la forma más rápida de conseguirlo.

Busco a toda prisa algún argumento, cualquier argumento, que me saque de esta situación sin admitir lo mucho que me aterra pasar tanto tiempo con él.

Solo han pasado cinco minutos y ya me inclino hacia él, atraída por su calidez, mirando fijamente cómo se estira su camisa sobre su pecho. Se podría pensar que obtener un título en medicina te curaría de las estúpidas fantasías románticas. Se podría pensar que convertirte en la cirujana adjunta más joven en la historia del hospital te haría inmune a un rostro bonito y unos hombros anchos.

Al parecer, no. Al menos, no cuando se trata de Kovan Krayev.

—¡Vesper! —llama Luka desde el baño, asomando la cabeza por una rendija de la puerta—. ¿Dónde está tu bañera?

Me obligo a apartar la mirada de Kovan. —¿Mi bañera?

—Sí. Solo hay una ducha. ¿Qué haces cuando quieres darte un baño de burbujas?

No puedo evitar sonreírle. —Mientras estés aquí, solo habrá duchas, chico.

Él sonríe feliz. —Me gusta tu apartamento —declara Luka—. Es muy divertido.

—Échale un buen vistazo. Así es como viven los mortales normales.

Arruga la nariz, confundido. —¿Qué mortales?

Kovan chasquea los dedos. —Hora de dormir. Mañana tienes colegio.

—¿Puedo dormir en el sofá cama? ¿Por favor? ¿Por favorcito? —Luka junta las manos como si estuviera rezando.

Miro al mayor y al pequeño y me doy cuenta de que la decisión ya está tomada. No voy a echar a un niño de ocho años somnoliento de mi apartamento a las nueve y media de la noche.

—Está bien —murmuro—. Voy a buscar sábanas limpias.

Me escapo a mi dormitorio con la excusa de ir a por sábanas, pero en realidad estoy metiendo cosas embarazosas en los cajones. Ropa interior colgada en mi sillón de lectura. El oso de peluche que tengo desde que era niña. Una foto mía con tres años corriendo desnuda por el jardín de mis padres. Todo eso desaparece de mi vista.

Cuando vuelvo con las sábanas, el sofá cama ya está desplegado y Luka está tumbado en él.

—No he aspirado eso últimamente —le advierto—. Déjame poner las sábanas primero.

Luka me ayuda a hacer la cama y luego se vuelve a tumbar de inmediato. —Buenas noches, Vesper.

—Si necesitas algo, dímelo —le acaricio la cabeza, sorprendida por lo natural que me resulta ese gesto.

Me dirijo hacia mi dormitorio mientras Kovan se agacha y besa la cabeza de Luka. Ahí está de nuevo, ese lado amable que no concuerda con el hombre obstinado y peligroso que yo conozco. Esa ternura contradictoria que me hace sentir un dolor en el pecho que no quiero analizar.

—Estaré en la habitación de al lado —le dice a Luka.

Espera. ¿En qué habitación estará?

Responde caminando directamente hacia mi dormitorio.

Me interpongo en su camino. —Ni hablar —susurro—. Ni se te ocurra.

Su sonrisa es puramente diabólica mientras me rodea con sus brazos y me levanta del suelo como si no pesara nada. Me lleva hacia atrás, a mi habitación, y cierra la puerta de una patada detrás de nosotros antes de que pueda articular una sola palabra de protesta.

—Por supuesto que sí —dice, con un gruñido hambriento—. Tú y yo tenemos muchas cosas divertidas que discutir.

25

VESPER

—¿"Divertidas"? —grazno, ronca y nerviosa—. ¿Qué "divertidas"? Aquí no habrá nada divertido. Déjame dejarlo claro —señalo con el dedo entre nosotros y luego lo muevo para abarcar el resto de la habitación—. Esta es una zona estrictamente libre de diversión.

Él inclina la cabeza, estudiándome. —¿Por qué te sonrojas?

—No me estoy sonrojando, estoy enfadada —me alejo de él, pero mi voz me traiciona con su tono entrecortado—. ¿No te basta con haberme secuestrado? ¿También tienes que retenerme como rehén en mi propio apartamento?

Siento la garganta seca. Mientras tanto, la voz de Kovan sigue siendo la misma voz grave, tranquila y aterciopelada de siempre.

—Nadie te tiene como rehén. Puedes irte cuando quieras.

Me pellizco el puente de la nariz con dos dedos. —Necesito dormir, Kovan. Acabo de trabajar un turno de veintiocho horas y estoy como un puto zombi.

—Pues duerme —se encoge de hombros—. Nadie te lo impide.

—En realidad, tú sí. Al estar aquí.

—No hay cama en la segunda habitación —señala—. Y Luka necesita su espacio.

—¿Sí? Bueno, ¿y mi espacio? Ya sabes, *¿la persona a la que pertenece este apartamento?*

—¿Por qué querrías espacio de tu querido novio? —la risa baila justo debajo de la superficie lacada de su tono.

Casi no puedo creer lo que escucho. El muy cabrón se está divirtiendo con esto.

Y sí, tal vez haya una pequeña, *muy* pequeña parte de mí que también lo está disfrutando. Por eso precisamente necesito que se vaya de mi habitación, ya.

—El sillón es lo suficientemente grande para tu cuerpo y tu ego —arranco la pila de ropa que hay encima y la tiro al suelo—. Puedes dormir aquí si quieres.

—¿Eso es un sillón? —sus ojos se abren con fingida sorpresa—. Pensaba que era un cesto de la ropa sucia.

—Muy gracioso. De verdad, me parto de risa. Se me saltan las lágrimas. Eres un cómico sin igual.

Me guiña un ojo. —Gracias por darte cuenta. Deberíamos establecer nuestros lados de la cama, ¿no crees?

—Gran idea —señalo la cama—. Ese es mi lado —luego señalo el sillón—. Ese es el tuyo. ¡Que duermas bien, buenas noches!

Una vez dejado esto claro, me doy la vuelta y me pongo a hacer la cama, alisando sábanas que no necesitan alisarse y ahuecando almohadas que no necesitan ahuecarse. ¿Qué estoy haciendo? ¿Por qué estoy haciendo esto? ¿Cuándo hago yo la cama? Me levanto y me acuesto. Y vuelta a empezar. Lo máximo que hago es cambiar las sábanas cada dos semanas. Lo sé, lo sé, soy repugnante.

Se me ocurre una idea. Me vuelvo hacia Kovan. —Sin embargo, en lo que respecta a la señorita Tronchatoro...

—¿Quién?

—...diremos que mi lado es el derecho —termino—. Por si acaso lo pregunta, por extraño que sea. Y para que quede claro, estas conversaciones son lo más familiar que vamos a tener en este departamento. ¿Entendido?

Su sonrisa es tenue, pero devastadora. —¿Me lo estás preguntando o me lo estás diciendo?

Por un momento, yo misma no estoy segura. —Te lo digo —decido —. Definitivamente te lo digo.

—Muy bien —inclina la cabeza—. Respetaré tus deseos, Dra. Fairfax. Nada de charlas en la cama, a menos que tú misma me invites a meterme bajo las sábanas.

—Lo cual nunca, jamás sucederá.

—Espero que no. Después del espectáculo que has montado esta noche, tendrías que suplicarme que me metiera en la cama —sus ojos brillan con una risa burlona—. Probablemente, a cuatro patas. E incluso entonces... Bueno, no te prometo nada.

—Parece que tienes la impresión extremadamente errónea de que te deseo —levanto la barbilla—. Nada más lejos de la realidad.

—Ya veo. ¿Y sigues mirándome los antebrazos porque estás tratando de averiguar cómo conseguir unos brazos como estos...?

Él flexiona los músculos y se me seca la boca.

Le doy la espalda para que no pueda ver el calor que inunda mis mejillas. —Sin duda tienes una imaginación muy activa, señor Krayev. Por no hablar de un sentido poco saludable del derecho sexual. Lamento desilusionarte, pero no todas las mujeres que te ven quieren acostarse contigo.

—Esa no ha sido mi experiencia.

Mis ojos se fijan en él involuntariamente. Su tono es juguetón, pero sus ojos esconden pecado y muchas promesas oscuras que no

debería querer que cumpliera. Si viviéramos en la época de Jane Austen, Kovan Krayev sería considerado un libertino, y se ganaría con creces ese título.

Por sí sola, una presentación imaginaria comienza a reproducirse en mi cabeza. *Kovan acompañando a una morena de piernas largas y de la alta sociedad por una alfombra roja. Kovan sirviendo champán a una rubia pechugona en la proa de un yate. Kovan, sin camisa, con los pantalones alrededor de los tobillos, mientras una pelirroja pecosa sin una pizca de ropa se arrodilla ante él y...*

Tiemblo hasta que las imágenes desaparecen. ¿Y qué? ¿A quién le importa si ha tenido innumerables mujeres? ¿Tantas que probablemente ni siquiera recuerde sus nombres? No es mi problema, ¿verdad?

Pero sí lo es. Porque debería desanimarme, pero no es así. Intento convencerme de que lo desprecio, de que me repugna él y todas las cosas que puedo imaginar fácilmente que hace. Quiero decir, ¿quién quiere productos de segunda, tercera o milésima mano? ¿Quién desea algo que ya ha sido manoseado por todas las niñas ricas y las supermodelos de Victoria's Secret desde aquí hasta la Semana de la Moda de París y de vuelta?

Yo, aparentemente.

Lo deseo mucho.

Como si pudiera leer mis pensamientos obscenos, Kovan sonríe.

—Sí, sí. Eres un casanova y todos tenemos la suerte de estar al alcance de tus feromonas —pongo los ojos en blanco—. Lo que te ayude a dormir por la noche.

No se ha movido. Sigue de pie frente a mi cama, dominando la habitación, recordándome con cada respiración lo mucho más grande que yo que es. Si decide ignorarme y ocupar el lado vacío, no sé muy bien qué puedo hacer al respecto. Y con el estado actual

de mi cuerpo febril, en el que incluso la bata que se desliza sobre mi piel me parece provocativa, prefiero no tocarlo en absoluto.

—¿Sueles dormir completamente vestida? —pregunta.

Lo miro parpadeando. —¿Eh?

Él mira mi bata. —Tu ropa. No parece cómoda. Ni especialmente higiénica.

—No te preocupes por lo que llevo puesto para dormir —le respondo bruscamente—. Ponte cómodo en ese sillón y cállate. Estoy agotada, he tenido un día horrible y no necesito que nadie me esté sacando conversación. Y menos alguien como tú.

—Lo que tú quieras, cariño —el término cariñoso suena lujosamente incorrecto en sus labios, incluso cuando está impregnado de tanto sarcasmo—. A la cama, entonces.

Sin previo aviso, se quita la camiseta y me encuentro contemplando los abdominales más definidos que he visto en mi vida.

Dios mío, dame fuerzas.

Esos músculos hacen que mi corazón lata tan rápido que podría implosionar. —¿Qué demonios estás haciendo?

—Irme a dormir. Tal y como me dijiste —tira la camiseta sobre el respaldo del sillón—. Por respeto a tus límites, no dormiré desnudo como de costumbre.

Eso debería sonar bien, pero mi corazón se ralentiza y late con un ritmo débil y decepcionado. —Qué generoso.

Me da la espalda y se quita los pantalones. Tengo una vista perfecta y no solicitada de su trasero enfundado en unos calzoncillos negros.

Charity siempre habla de lo mucho que le gustan los traseros firmes y bonitos en los hombres. Nunca le vi el atractivo. Debería enviarle un mensaje y decirle que ahora me doy cuenta de mi error. El *derrièrror*, por así decirlo.

Dios, puede que esté peligrosamente agotada si estoy haciendo malos juegos de palabras en francés. Debería irme a la cama ahora, antes de que mi capacidad mental se deteriore aún más.

—Deja de mirarme y vete a dormir, Dra..

Girando furiosamente y avergonzada, cojo una toalla limpia y huyo al baño. Luka ya está profundamente dormido en el sofá cama. Parece más joven cuando duerme, cuando esos ojos grises no están absorbiendo todos los rincones y recovecos de un mundo que le mostró su lado más feo demasiado pronto.

Me encierro en el baño e intento calmarme con una ducha fría.

A pesar de mi agotamiento, no tengo sueño. No hace falta ser un genio para adivinar por qué. Tampoco hace falta ser un genio para adivinar por qué me quedo en la ducha hasta que se me arrugan los dedos. Pero por más que sea el tiempo que permanezca allí, ya sea con agua caliente o fría, abierta o cerrada, nada disipa el calor obstinado que surge justo debajo de la superficie de mi piel. Cada gota es una caricia que no quiero y que nunca pedí.

Hago una pausa cuando finalmente me rindo y salgo de la ducha. La pregunta es... ¿Y *ahora qué?*

Normalmente, duermo con una camiseta grande y nada más. Pero con mi inquilino no deseado, opto por el pijama de seda azul marino que Charity me compró el año pasado. Unos pantalones cortos y una camisola a juego con un atrevido escote en V.

No es tan sexy como para sentirme expuesta, pero lo suficiente como para darle a Kovan una dosis de su propia medicina.

Igualo tus abdominales y apuesto mi escote y muslos, maldito creído.

Después de peinarme con un peine que no había tocado en semanas, vuelvo al dormitorio. Kovan está tumbado en el sillón, con las piernas apoyadas en el alféizar de la ventana y los abdominales a

la vista, en una pose nada inocente. Pero reconozco que son un arma.

Evito mirarlo mientras camino hacia mi cama, agradecida de que haya ocupado el sillón.

Pero también lucho contra la culpa por mi victoria mezquina. Ambos somos adultos. ¿Qué hay de malo en compartir la cama? No tiene por qué pasar nada.

Sin embargo, incluso mientras pienso eso, la idea de compartir la cama con Kovan y que no pase *nada* me llena de una decepción amarga.

Me hundo en la cama y me cubro con las sábanas hasta el pecho.

—¿Apago la luz? —pregunta Kovan sin abrir los ojos.

A pesar de mi buen juicio, lo miro. Hace que mi destartalado sillón parezca bonito, pero es demasiado grande para él. No tengo ni idea de cómo va a pasar toda la noche. No cómodamente, eso está claro.

No es tu problema, mujer. Ignóralo. Olvídalo. Mantente alejada de él.

Pero la culpa sigue creciendo en mi pecho.

Debe interpretar mi silencio como un sí, porque al pulsar el interruptor, la oscuridad nos envuelve. Pero las cortinas siguen abiertas y las luces de la calle iluminan la habitación. El cuerpo de Kovan brilla con un blanco etéreo. Sin embargo, su rostro está sumido en las sombras.

Me obligo a mirar al techo en lugar de a él. Me pregunto si puede oír los latidos acelerados de mi corazón.

—¿Qué ha pasado hoy?

Su voz en la oscuridad adquiere nuevos matices y texturas. Es más tranquila, menos amenazante, pero aún más peligrosa por lo confiable que parece.

—Solo un mal día —susurro hacia la nada que hay sobre mí—. Tuve que dar un mal diagnóstico. Luego, un equipo defectuoso casi me arruina la cirugía. Y me encontré con Jeremy en el pasillo. No me hice ningún favor con la forma en que le hablé —suspiro, pero apenas ayuda a mis pulmones tensos—. Ahora va a buscar razones para despedirme.

—No es un problema con el que tendrás que lidiar mucho más tiempo.

Siento que mi determinación se debilita mientras me giro hacia un lado para mirar a Kovan. —¿De verdad crees que puedes sacarlo de la junta?

—Puedo hacer eso y más.

No me molesto en preguntar qué podría significar "y más". Me bastará con saber que Jeremy ya no toma las decisiones en St. Raphael. Si además implica unos zapatos de cemento hasta el fondo de la bahía... Bueno, mientras yo no lo sepa, no es mi problema.

—Era uno de los residentes de mi padre, ¿sabes? —digo—. Estudió con papá durante años antes de convertirse él mismo en médico adjunto. Hubo un tiempo en el que incluso me caía bien ese bastardo, aunque te cueste creerlo.

—La gente cambia cuando entra en juego el dinero. Cuanto más dinero, más rápido cambia.

—¿Vale la pena vender el alma?

Kovan se encoge de hombros. —Es más fácil si no crees en las almas. Ni en todo lo que conllevan: la vida después de la muerte, el cielo, el infierno. Si el único mundo en el que crees es este, es más fácil vivir sin miedo a las consecuencias.

Me apoyo en un codo. —Profundo. ¿Quién dijo eso? ¿Rumi? ¿Gandhi?

—Vitalii Krayev —Kovan se ríe, pero su sonrisa no llega a sus ojos—. Mi hermano.

—Ah, claro —dejo de fingir y me incorporo, dejando que la sábana se deslice por mi pecho—. Él creía en las estrellas.

Kovan resopla—. Las estrellas. Las malditas estrellas. Dios.

—¿Qué tiene eso de gracioso?

—Es ridículo, eso es lo gracioso. Mi hermano mayor, *pakhan* de la Bratva Krayev, un astuto hombre de negocios, estaba metido en la puta *astrología*. Se pasaba el día estudiando cartas astrales. Sabía todo sobre cada signo. Creía que nuestras vidas, nuestros futuros, estaban escritos en los cielos. Tonto. Un completo y absoluto tonto.

—Supongo que no estás de acuerdo.

—No creo en nada más que en mí mismo —su voz se vuelve dura—. Nada está escrito en las estrellas. Nada está escrito en ningún sitio a menos que lo escribas tú mismo. La vida es lo que tú haces de ella. Nada más. Nada menos.

Sus palabras resuenan en mi pecho, llenándome de calor y escalofríos a la vez.

—Debes pensar que soy una bestia fría e insensible —dice cuando no respondo nada.

—En realidad, estoy de acuerdo con todo lo que acabas de decir.

Kovan levanta las cejas. —Una compañera pragmática. Somos una especie rara.

—Cada vez más rara —mi mirada se posa en el tatuaje de una constelación en su antebrazo. No lo había notado antes, pero ahora, con la luz de la luna reflejándose en él, me parece demasiado delicado y hermoso para estar en un hombre como él—. Pero a veces, desearía creer en algo. Incluso en algo tan estúpido como una estrella.

No sé muy bien por qué lo digo. Quizá porque Kovan podría entenderlo.

—Porque creer significa que lo volverías a ver —dice en voz baja, comprendiendo sin esfuerzo—. A tu padre.

Me muerdo el labio y asiento. —Creo que por eso su muerte me afectó tanto. No fue solo por lo repentino, sino también por lo definitivo. Era saber que nunca volvería a verlo. Él se había ido y yo estaba sola. Y nada cambiaría eso jamás.

—Tienes una madre. Y un hermano.

—Y los quiero a los dos —admito—. Pero mi padre era mi mentor, mi héroe, mi mejor amigo, mi protector. Él es la razón por la que me hice médico. La ironía de convertirme en médico solo para ver morir a mi padre... —niego con la cabeza, sin querer llegar al final de esa frase.

—¿Crees que podrías haberlo salvado?

—Sé que podría haberlo hecho, pero no habría importado. Rechazó el trasplante de hígado que le ofrecieron.

—¿Rechazó un hígado?

—¿Te lo puedes creer? —toda esa vieja ira familiar resurge, tan fresca como siempre, como si nunca hubiera desaparecido, solo esperando, a la espera de encontrar un pequeño hueco para volver a asomar la cabeza—. Hay gente que espera años para conseguir el órgano adecuado. Ni siquiera todo el mundo entra en la lista de trasplantes. Y ahí estaba mi padre, medio muerto, pero aún así rechazando un órgano en perfecto estado por una idea sobre no cumplir su juramento como médico.

No sé si es la luz de la luna que se cuela en la habitación o solo un efecto óptico, pero Kovan parece preocupado. —¿Él creía eso?

—Al menos, eso es lo que decía cuando aún podía hablar. No lo sé. Era un buen hombre y un gran médico. Se tomaba cada pérdida

como algo personal. Creo que eso lo desgastó hacia el final y simplemente nos abandonó.

Kovan me observa en silencio. —Estás enfadada con él.

Oculto mi rostro detrás de mi cabello por un momento. Me siento demasiado expuesta, demasiado visible. —Lo amo. Lo extraño terriblemente. Pero sí, lo odio por haberme abandonado. Por no haber luchado por seguir vivo. Por no haber aceptado la oportunidad de pasar unos años más con todos los que lo amábamos.

—Es extraño, ¿verdad? —murmura Kovan—. Cómo encontramos la manera de culparlos por sus propias muertes.

—No es tan extraño, no. Estar enfadado es más fácil que estar triste.

Algo brilla en sus ojos. Incluso en la oscuridad, brillan con un tenue color verde. Me aterroriza, pero no por las razones que antes habría pensado.

—¿Cómo está el sillón? —pregunto antes de poder evitarlo.

—Incómodo y pequeño.

Retiro las mantas, con el corazón acelerado y confuso. —Ven aquí. Puedo compartir. Siempre y cuando te quedes en tu lado.

—¿Ayudaría si construyéramos un muro de almohadas? —bromea, poniéndose de pie—. ¿Para asegurarnos de que mantengo las manos quietas?

—Supongo que tendré que confiar en ti.

Con una sonrisa que me hace curvar los dedos de los pies, se mete a mi lado. ¿Cuándo fue la última vez que compartí la cama con un hombre? ¿Hace una década? ¿Más?

—Mucho mejor —Kovan se recuesta, entrelazando los dedos detrás de la cabeza—. Sabía que te morías por acostarte conmigo.

Me burlo, ocultando mi diversión. —Ya te gustaría. Buenas noches, Kovan.

—Buenas noches, Vesper.

Paso treinta minutos intentando conciliar el sueño, hiperconsciente de su calor a mi lado. Me lleva un rato averiguar exactamente por qué.

Estoy esperando a que cruce mis límites.

Estoy esperando a que me toque.

Me quedo dormida esperando.

VESPER

Tres son multitud, y esta mañana en mi cuarto de baño lo demuestra.

Estoy haciendo cola, como si estuviéramos en el puto Disney World, detrás de dos hombres que han invadido mi espacio, mi rutina, mi soledad cuidadosamente construida y, sobre todo, mi cordura. Quiero gritar, pero estoy demasiado cansada tras una noche de insomnio en la que no he dejado de dar vueltas en la cama para no rozar accidentalmente a mi invitado no deseado.

El cual, hay que decirlo, es absolutamente gigantesco.

Al menos duerme sin moverse. La verdad es que era un poco espeluznante. Ni un solo movimiento en toda la noche. Era como dormir al lado de Drácula.

Mientras los chicos acaparan mi ducha, voy al pasillo de mi edificio de apartamentos para asaltar la cocina de Charity. No está en casa, así que entro y cojo copos de maíz, pan, mantequilla, huevos y zumo de naranja, del bueno, sin pulpa. Me tiemblan un poco las manos mientras lo recojo todo. ¿Cuándo se ha vuelto tan aterrador dar de comer a la gente?

—¿Acabas de robarle eso a tu vecina? —la voz de Luka me detiene en seco mientras hago malabarismos con la compra de camino a mi apartamento.

Acaba de salir del baño y huele a mi jabón de fresia, y la visión de este niño pequeño tratado injustamente, limpio, seguro, feliz, usando mis cosas como si fuera de aquí, hace algo incomprensible en mis ovarios.

—Tengo la llave —levanto la prueba.

—¿Tu vecina lo sabe? —Kovan sale de mi dormitorio secándose el pelo con una toalla. Parece un anuncio de champú. O un anuncio de juguetes sexuales. Una especie de oferta dos en uno.

—Ja, ja, ja —me río falsamente—. Sí, claro. Es mi mejor amiga. Compartimos todo.

—Hum. Así que sí comes —Kovan se sienta a mi mesa con la tranquila confianza de un hombre que nunca ha cuestionado su lugar en ningún sitio.

—Cuando tengo tiempo —me concentro en romper los huevos, pero mis manos no dejan de temblar—. ¿Qué tal huevos con tostadas?

—Depende. Sabes cómo hacer huevos, ¿no?

Lo miro con el ceño fruncido. —Los rompes y los pones en una sartén con mantequilla. Cocinar no es ciencia espacial.

—Me encanta cocinar —anuncia Luka, con el rostro radiante y orgulloso—. El tío Kovan y yo hicimos una vez un pastel de chocolate. Estaba buenísimo.

Miro boquiabierta a Kovan. ¿Este hombre que mata gente en tiroteos en hospitales también hornea con su sobrino los fines de semana? ¿Cómo es posible que un hombre pueda tener unos abdominales en los que se podrían rallar zanahorias y la habilidad de cocinar dichas zanahorias?

—¿Cocinas? —le pregunto, tratando de que mi voz suene casual, conversacional, totalmente indiferente.

Él se encoge de hombros como si no fuera nada. —El niño tiene que comer, ¿no? Y, con sus alergias, lo casero es más seguro.

¿Qué será lo siguiente? ¿Que este hombre es un masajista sueco titulado? ¿Instructor certificado de Kama Sutra? ¿También talla madera, canta en un coro y ayuda a las ancianas a cruzar la calle?

—Tendrás que enseñarme —le digo a Luka con voz chillona—. Hacer un pastel de chocolate suena divertido.

—¡Podríamos hornearlo este fin de semana! ¿Qué te parece, tío Kovan?

—El pastel de chocolate será más tarde —Kovan se levanta y me quita los huevos de las manos, que aún tiemblan—. Ahora toca desayunar.

Lo observo moverse con elegancia por mi cocina. Prepara mejores huevos en dos minutos que yo en toda mi vida.

—Es genial que vivas al lado de tu mejor amiga —comenta Luka, balanceando las piernas.

—También lo pienso —coincido.

—¿Cómo se llama tu amiga?

—Charity.

—¿Es médico como tú?

—No exactamente. Es técnico de emergencias médicas.

—¡Ah! El tío Kovan los llamó una vez cuando tuve una reacción alérgica.

El orgullo en su voz cuando habla de Kovan me duele físicamente. Así es el amor. Esa cosa desordenada, feroz y protectora que hace que un hombre reorganice toda su vida en torno a las necesidades de un niño. He olvidado lo que se siente ser la prioridad de alguien.

Luka asiente feliz mientras el olor de los huevos cocinándose nos llega desde la cocina. No recuerdo la última vez que se usó esa sartén. Demonios, no recuerdo la última vez que hubo comida en este apartamento que no fuera comprada en un restaurante de comida para llevar.

Un momento después, Kovan desliza por la mesa platos con huevos perfectos y tostadas con mantequilla. La domesticidad de todo, el desayuno, la conversación, los tres alrededor de mi mesa, parece un juego de las casitas.

Pero, con cada segundo que pasa, cada vez se parece menos a un juego.

Me levanto, necesito distancia. —¿Alguien quiere café?

—Siéntate. Ya está listo —Kovan coloca una taza humeante delante de mí. Sus dedos rozan los míos durante medio segundo.

Eso es todo lo que hace falta. Medio segundo de contacto con la piel y recuerdo la noche anterior. El calor de su cuerpo a mi lado en la cama. Las horas que esperé a que cruzara los límites que yo había marcado, pero que en realidad no quería.

—Oh. Gracias.

Kovan mira a Luka, que observa su plato con incomodidad. —¿Qué pasa, Luka?

Se encoge de hombros con esa tristeza reveladora de los niños que *no quieren hablar del tema*. —No sé. No tengo hambre.

Algo en su tono me hace mirarlo más de cerca. El brillo de hace unos momentos se ha apagado. —¿Por qué no?

Luka mira a Kovan. —Yo... acabo de recordar que tengo que ver a mamá más tarde.

Kovan aprieta la mandíbula, pero su voz sigue siendo suave. —Hasta que se resuelva la custodia, no puedo impedir las visitas por

completo —me explica.

—Ella no quiere verme —Luka se encoge con cada palabra, tanto su voz como su postura—. Siempre dice cosas malas sobre ti.

La rabia me invade tan rápido que me mareo. —Eso no está bien. No deberías estar en medio de esto.

La mirada de Kovan sugiere que he dicho algo obvio, pero no me importa. Alguien tiene que indignarse en nombre de este niño, ¿no?

—Si quieres que esté a tu lado, cancelaré mis reuniones —se ofrece Kovan—. El cliente de Francia puede esperar. Tú eres más importante.

La absoluta certeza en su voz me hace estremecer. Así es como suena un padre. Así es como se siente la protección. Lo que una vez tuve y perdí y pensé que nunca volvería a ver.

—No, está bien —Luka empuja los huevos por el plato—. No tienes que hacerlo.

La resignación en su voz, como si ya hubiera aprendido a no esperar demasiado de los adultos en su vida, me hace querer llorar.

—Yo también podría estar allí —digo antes de poder evitarlo.

¿Y por qué no? Todos los niños necesitan saber que sus padres atravesarían el fuego por ellos. Puede que Luka no tenga eso, pero al menos tiene un tío dispuesto a mover montañas por él. Cuanto más veo hacer a Kovan, más dispuesta estoy a asumir parte del peso.

—¿De verdad? —la esperanza brilla en sus ojos, pero luego se apaga —. Bueno... quizá no. A mamá no le gustaría.

—Olvídala —gruñe Kovan—. ¿Qué quieres *tú*?

—No quiero que nadie pelee.

Cojo la mirada de Kovan antes de que pueda responder. *Ahora no. No cuando el chico ya está sufriendo.*

—Está bien, cariño —le digo—. Solo cómete los huevos. Quizá esta noche podamos hacer algo divertido. ¿Ver una película, tal vez?

—¿En el sofá cama? —su emoción es conmovedora por su sencillez.

—No tienes televisión —me recuerda Kovan.

—Tengo el proyector de mi padre. Lo haremos a la antigua usanza. ¿Qué te parece, Luka?

Me mira. Por un segundo, me pregunto si he cruzado la línea. Al fin y al cabo, no soy su madre. Tampoco soy la novia de su tío, en realidad. No soy nada.

Pero entonces sonríe y siento que tal vez pueda ser algo para él. Se merece todo el amor que pueda recibir, y si me lo permite, le daré todo lo que tengo para ofrecer. —Sí —dice en voz baja—. Suena genial.

Por encima de la cabeza de Luka, Kovan me mira a los ojos. —Gracias —articula con los labios.

Me siento más ligera de lo que me he sentido en meses.



La madre del niño se seca las lágrimas antes de agacharse junto a su hijo, que grita tan fuerte que no puedo oírla por encima de sus llantos. Pero ella sigue hablando con esa voz tranquila y melodiosa hasta que él finalmente se calma.

—...la Dra. te curará, cariño. No te preocupes por nada. Ella está contigo. Yo estoy contigo. Todos estamos contigo...

Le aprieta la mano, con una sonrisa temblorosa pero decidida. Eso es lo que es una madre. La calma en la tormenta. La roca en la que

te apoyas. La persona que se mantiene imperturbable ante tu propia incertidumbre.

No es que sea intrépida o invencible, pero eso es exactamente lo que parece.

Por enésima vez ese día, la cara de Luka aparece en mi mente. La forma en que su rostro se desmoronó en el momento en que pensó en su madre.

Ella no es la calma en su vida.

Ella es la tormenta.

—¡Vesper, despierta! ¡Llamando a la Dra. *Space Cadet*! ¿Estás bien? —Charity aparece a mi lado, vestida con su uniforme de técnico de emergencias médicas.

—Claro —insisto, alejándome del servicio de urgencias y dirigiéndome hacia triaje—. Estoy bien.

Pero no estoy bien. No estoy nada bien. No he estado bien desde que me dormí anhelando que un hombre peligroso me tocara y me desperté anhelando que un chico asustado me dejara amarlo.

Charity me estudia el rostro con la mirada experta de alguien que me conoce desde hace mucho tiempo. —¿Seguro que estás bien?

—Por supuesto —sacudo mi cuello cansado y agarrotado—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un par de minutos. Trajimos a un anciano con el fémur roto. Ahora lo están atendiendo. Voy a tomarme un descanso para almorzar. ¿Te apetece acompañarme?

—Todavía tengo que hacer unas rondas. ¿Quizá la próxima?

Charity me mira entrecerrando los ojos, con una ceja arqueada por la preocupación. —Algo te pasa —insiste—. Más vale que me lo digas, V.

Suspirando, abro la puerta de un almacén cercano y le hago un gesto para que entre. La sigo al interior del espacio fresco y oscuro. Me doy cuenta de que el estante de máscaras de oxígeno está casi vacío. Claro que se nos están acabando. ¿Las repondrán? Mientras Jeremy Fleming esté al mando, es muy poco probable.

—Es que llevo todo el día preocupada por Luka. Esta noche tiene una reunión con su madre y... —me detengo al ver la expresión de Charity, una mezcla de lástima y compasión—. ¿Qué?

—Te estás enamorando de él.

Se me para el corazón. —No es eso...

—No del hombre. Del chico.

La distinción no mejora las cosas. —Es un buen chico que se merece algo mejor.

—¿Y? ¿Cuál es el plan? ¿Vas a ser su madre ahora?

—Nunca he dicho...

—Vive contigo, ¿no? ¿Él y su tío guapo? Es solo cuestión de tiempo, ¿no crees?

Me giro y rebusco entre las pocas máscaras de oxígeno que quedan, necesitando algo que hacer con las manos, y me engancho el dedo en un clavo que sobresale. —¡Maldita sea!

Charity me tiende la mano. —Déjame ver.

—No pasa nada. Estoy bien —insisto una vez más. Pero, de nuevo, es mentira. No pasa nada bien. Ni esta conversación, ni el hecho de que mi vida haya dado un vuelco, ni el hecho de que esté empezando a preocuparme por personas de las que se supone que debo alejarme.

Suspirando, me entrega una tira de gasa. —Te estás encariñando demasiado.

—Soy una mujer adulta. Puedo controlar mis emociones.

—¿De verdad? Es guapísimo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —le respondo con malicia—. No estoy en el mercado. Y no creo que él lo esté tampoco.

—Si lo estuviera, ¿importaría?

—¡No!

Charity abre mucho los ojos. —Vaya. Solo preguntaba.

Bajo la voz. —Mira, me preocupo por Luka y quiero ayudarle. Pero yo también saco algo de esto, ¿recuerdas?

—Oh, sí, cariño —dice con tristeza—. Lo recuerdo.

—Y en cuanto a Kovan —continúo por encima de su evidente duda —, creo que podemos ser amigos. Al menos en lo que respecta a esta artimaña.

—Amigos —repite ella con escepticismo—. *Amigos*. Con un tipo como *ese*. Cariño...

—Tenemos cosas en común —me concentro en vendarme el dedo con la gasa y, lo que es más importante, en evitar su mirada—. Los dos hemos perdido a personas queridas. A ninguno de los dos se nos dan bien los sentimientos. Se han construido amistades con menos.

—Claro, vale, eso es válido. Y cuando hayas cerrado el trato, ¿qué pasará entonces? ¿Les darás la espalda a los dos? ¿Te lavarás las manos de todo este lío? ¿Podrás vivir con eso?

Su pregunta permanece en el aire mucho después de que la haya formulado. Sopeso cómo sería eso. Alejarme de la sonrisa con huecos de Luka y de la furia protectora de Kovan. Alejarme del café de la mañana y de las conversaciones antes de acostarnos y de la sensación de ser necesaria por algo más que el bisturí que tengo en la mano, por una vez.

—Ese es el trato —digo por fin—. Tengo mi carrera. No tengo tiempo para nada más.

La expresión de Charity lo dice todo sin necesidad de palabras.

—Si tú lo dices, Ves. Si tú lo dices.

VESPER

He tenido inquilinos durante dos segundos y, aun así, el apartamento ahora se siente desolado y vacío cuando entro en él.

Sin embargo, ver las zapatillas Nike de Luka me ayuda mucho a mejorar mi mal humor. Incluso ver la taza vacía de Kovan en el fregadero de la cocina me produce un cosquilleo agradable en la espalda.

¿Cómo es posible que hayan logrado invadir mi vida sin que yo resienta la intrusión? Desafía toda lógica.

Especialmente, teniendo en cuenta que soy una ermitaña que ha anhelado la soledad toda su vida. Quizá sea la naturaleza de mi trabajo. Quizá sea simplemente *mi* naturaleza. Papá solía llamarme su pequeña reclusa. *Eres la única niña que conozco que prefiere jugar con esqueletos que con niños de verdad.*

Y no bromeaba. Hay un esqueleto en la biblioteca médica de St. Raphael al que consideraba mi amigo. Incluso le puse nombre. Tony. Porque rimaba con "Bony" y me pareció gracioso. Si le preguntas a cualquiera por el esqueleto de las estanterías, todos se refieren a Tony por su nombre.

No mucha gente sabe de dónde sacó ese nombre.

Me sirvo café con las manos inexplicablemente temblorosas y me siento a la mesa de la cocina, sumida en el silencio, perdida en pensamientos que realmente no empiezan ni terminan en ningún sitio en particular.

Pero estar sentada es como una lenta tortura, así que me obligo a levantarme. Ir a algún sitio. Hacer algo. Limpiar, si no hay nada más que hacer.

Voy en busca de algo que organizar. No tengo ni idea de cuándo volverán Kovan y Luka esta noche. Pero supongo que lo harán, teniendo en cuenta que sus cosas están esparcidas por todo mi apartamento.

La camisa de Kovan sigue donde la dejó, tirada descuidadamente sobre el respaldo del sillón en el que no durmió. Dejo mi taza en el alféizar de la ventana, la recojo y la huelo con culpa.

Un vergonzoso "Oh, Dios" se me escapa de los labios antes de que pueda contenerlo. Vuelvo a colocar la camisa en su sitio.

Él ni siquiera me tocó. Y, sin embargo, fui muy consciente de él durante toda la noche. La fuerza que irradiaba su cuerpo. El calor que se filtraba en mi piel hasta que me veía obligada a quitarme las mantas o empezar a sudar como un cerdo. Como el sol de primavera, ese calor abrió pequeñas partes de mí. Partes que no habían visto la luz del día en mucho, mucho tiempo.

La parte sexual de mí que he descuidado.

La parte emocional de mí que he reprimido.

La parte romántica de mí que he negado.

El sonido de la llave en la cerradura me llena de terror. Mi corazón da un pequeño y estúpido vuelco. Cogiendo mi taza de café, vuelvo tranquilamente al salón y finjo que no he pasado la última media hora esperando impaciente a que regresaran.

—Hola —digo—, ¿cómo ha ido todo...?

Las palabras se me atragantan en la garganta cuando veo la cara de Luka.

Su habitual alegría se ha apagado como una vela. Sus hombros se encogen hacia dentro, como si intentara desaparecer dentro de sí mismo y casi lo consiguiera.

—¿Puedo ir a jugar a la otra habitación? —pregunta con voz débil y derrotada. Ni siquiera me mira.

—Por supuesto, si eso es lo que quieres —me arrodillo a su altura—. Pero ¿no íbamos a ver esa película esta noche?

Arrastra los pies, con los hombros pesados. —Ya no quiero.

—Vale. Claro. Lo que tú quieras. ¿Y la cena? Podría intentar hacer...

—No tengo hambre.

Cada palabra es otra puerta que se cierra de golpe entre nosotros. Me trago todas las demás sugerencias que tenía, todos los estúpidos intentos de arreglar lo que su madre ha estropeado hoy.

—Está bien. No te entretengo más.

Coge su mochila y desaparece en la segunda habitación, y de repente, el apartamento se siente más frío.

Me vuelvo hacia Kovan, que se ha trasladado a la cocina. Me da la espalda, pero sé que puede verme con el rabillo del ojo. Espero una explicación, pero no parece que vaya a darla.

—¿Quieres contarme qué ha pasado? —le pregunto por fin, frustrada y preocupada.

—Lo mismo que siempre pasa cuando ve a esa mujer —cuando se gira hacia mí, sus ojos están oscuros como el invierno y furiosos. Retrocedo instintivamente—. Es una plaga. Todo lo que toca muere.

—¿Qué le ha dicho?

—No importa —me empuja al pasar y percibo el olor sudoroso de su ira, agudo y metálico—. Especialmente, no a ti.

Sus palabras me duelen. Este no es el hombre que me preparó el desayuno esta mañana. Este no es el hombre que compartió sus secretos en la oscuridad anoche.

Sabía que era peligroso, claro. Pero, como íbamos a estar del mismo lado, pensé que no importaba.

Ahora me doy cuenta de lo estúpida, ingenua y miope que estaba siendo. Porque la verdad es que no somos un equipo.

Solo soy una marioneta cuyos hilos maneja un maestro.

—Sé que estás molesto, pero...

—¿"Molesto"? —se vuelve hacia mí y, por un segundo, veo algo salvaje pasar por su rostro—. No estoy *molesto*, Dra. Fairfax. Estoy listo para quemar este maldito mundo.

—Sabes, curiosamente, puedo verlo.

—Entonces, quizá deberías cerrar la boca antes de que diga algo de lo que ambos nos arrepentiremos.

Entra en mi dormitorio y yo me quedo allí mirándolo como una idiota. Como alguien que pensaba que le importaba.

Tardo mucho en terminar mi café mientras estoy de pie junto al fregadero, viendo cómo la lluvia resbala por la ventana. Cuando me atrevo a aventurarme en el dormitorio, Kovan ya está en la cama, con el teléfono en la mano, ignorándome a mí y al resto del mundo.

No se disculpa.

No da explicaciones.

Ni siquiera reconoce que existo.

Me preparo para acostarme en silencio. Todo el tiempo estoy esperando a que diga algo. Cualquier cosa, maldita sea. Pero él sigue mirando fijamente la pantalla, con la mandíbula tan apretada que parece que se le van a romper los dientes.

Me rindo. Me meto en la cama y me acurruco en el extremo más alejado del colchón, lo más lejos posible de él sin caerme.

Apaga la luz sin preguntar. Ninguno de los dos se da las buenas noches.

Sus dedos vuelan por el teléfono en la oscuridad, el resplandor azul proyecta sombras duras en su rostro.

Quiero arrancarle ese teléfono de las manos. Quiero exigirle que me hable como si fuera una persona en lugar de un accesorio en su pequeña actuación. Quiero preguntarle por la noche anterior, por la tranquila intimidad que compartimos, por si algo de eso fue real.

Pero no lo hago.

Porque esta es mi realidad. Así es Kovan Krayev cuando deja de lado su encanto. Frío. Distante. Completamente indiferente a todo lo que no le conviene.

No soy su pareja. No soy su amiga.

Soy una conveniencia. Un medio para alcanzar un fin. No le importo a Kovan Krayev y nunca le importaré.

Y cuanto antes lo recuerde, mejor me sentiré.

Aunque olvidar me resulte imposible cuando él yace a treinta centímetros de mí. Lo suficientemente cerca como para tocarlo, pero más lejos que nunca.

KOVAN

TRES DÍAS DESPUÉS

—¿Dónde coño está? —grito.

—¿Quién? —la voz nasal de Osip me irrita los nervios como el papel de lija.

—No te hagas el tonto conmigo —golpeo con el puño la encimera de la cocina—. Vesper. Han pasado tres días, Osip. Tres malditos días sin volver a casa.

—Ha estado haciendo turnos dobles en el hospital —dice encogiéndose de hombros—. Te lo dije...

—Tiene que dormir en algún momento, ¿no?

—Claro —asiente—, pero tienen habitaciones para eso. Si quieres, puedo comprobar en qué sala de guardia está acurrucada...

Qué puta parodia tener que acudir a Osip solo para comprobar dónde está mi maldita novia.

Falsa novia, me corrijo rápidamente.

—No —respondo secamente—. En realidad, no me importa dónde esté. Pero necesito dejar claras algunas de las reglas de nuestro pequeño acuerdo.

—Eh... claro —Osip parpadea lentamente—. ¿Has intentado llamarla?

A veces me pregunto qué pecados cometí en mi vida pasada para merecer a Osip Pikalov en esta. Me dan ganas de dar un puñetazo a la pared. O a su calva.

—Que sugerencia tan jodidamente brillante —escupo—. ¿Qué haría sin tu genio?

—Mierda, esta chica realmente te tiene en vilo, ¿eh?

Cuelgo antes de darle la orden oficial de irse a dar un largo paseo por un acantilado. Afortunadamente, Luka sale del baño un segundo después, así que me veo obligado a recuperar la apariencia de calma.

Pero mi compostura, ganada con tanto esfuerzo, se ve empujada al límite con la primera pregunta de Luka. —¿Dónde está Vesper?

Me giro para mirarlo. Está de pie en la puerta del baño, con el pelo aún húmedo, y parece más pequeño y delgado de lo habitual.

—Trabajando —gruño. Sus ojos se agrandan, y me obligo a respirar y a elegir un tono de voz más apropiado—. Volverá esta noche.

Creo.

—Ha estado trabajando mucho —se desploma en el sofá, con los hombros encogidos—. Ya casi no la vemos.

—Lo sé, chico.

Él mira fijamente el espacio vacío donde debería estar la televisión. —¿Crees que está enfadada conmigo?

Todo mi interior se paraliza. —¿Qué te hace pensar eso?

—No quise ver la película con ella esa noche. Fui malo —su voz se quiebra—. Ni siquiera le di las buenas noches.

—Luka...

—Probablemente ahora me odie.

Me estremezco de una forma que me duele tanto física como espiritualmente. Este chico carga con la culpa como si fuera su trabajo. Pero no lo es. Es mía.

Soy yo quien la molestó con mi mal genio y mi lengua afilada. Cuando me desperté a la mañana siguiente con una disculpa en los labios, ella ya se había ido.

Lo cual, para ser sincero, no me había preocupado. Al fin y al cabo, ella es médico. Pero cuando mis llamadas fueron ignoradas y mis mensajes quedaron sin respuesta, empecé a darme cuenta.

Quizá la presioné demasiado.

—Ella no te odia —me siento a su lado, con una voz más suave de lo que ha sido en días—. No es por eso por lo que se mantiene alejada.

Es mi culpa. Mis errores. Mis asperezas.

Él no dice nada, así que pruebo con otra táctica. Empiezo a quitar la tirita ahora, antes de que sea demasiado tarde. —Escucha, Luka, sé que te gusta Vesper...

—Es muy divertida.

Dios. Esto no va a acabar bien.

—Sí. Pero probablemente sea mejor que no te encariñes demasiado con ella.

La confusión nubla su rostro. —Pero es tu novia.

Cada vez que oigo esa palabra, me parece una mentira más grande e imperdonable. Y lo es. Pero ¿de quién es la culpa? No es de Luka. Una vez más, la culpa es mía y solo mía. Sentí que ya tenía suficientes mentiras como para añadir una más a la mezcla. Pensé

que, si creía que realmente éramos pareja, sería una cosa menos por la que preocuparse.

—Las novias van y vienen, Luka. No es como el matrimonio.

—Entonces, cásate con ella.

Maldición. —No es tan sencillo.

—Me gusta, tío Kovan —su voz se vuelve obstinada, protectora—. Es amable, simpática y guapa.

El chico tiene buen gusto. Ha salido a su tío.

—Esas son buenas razones para que te guste alguien —coincido—. Pero no son razones suficientes para casarte con ella.

—¿No te gusta Vesper?

—Claro que sí —aprieto los dientes y dejo escapar un largo suspiro —. Pero Vesper no forma parte de nuestro círculo íntimo, ¿vale? Somos tú, yo, Pavel y Osip. Eso es todo. Y algún día, vas a vivir conmigo para siempre.

Normalmente, esa promesa le arranca una sonrisa. Hoy, solo frunce el ceño. —¿Y qué hay de Vesper?

—Vesper tiene su propia vida a la que volver. Como te he dicho, no te encariñes.

Coge una almohada y la abraza con fuerza contra su pecho. —La echo de menos. Ojalá estuviera aquí.

No me queda más remedio que revolverle el pelo. Me duele demasiado pensar en sus palabras. Me duele como el infierno, de hecho. Exactamente como la herida abierta y sangrante que Vitalii dejó en mi corazón. Esa nunca ha dejado de doler. Si también arruino la vida del hijo de Vitalii, ¿cuánto más dolerá la nueva herida? ¿Y durante cuánto tiempo?

~

Una hora más tarde, Luka ronca suavemente en el sofá cama. Yo camino furiosamente por la cocina, mirando mi teléfono cada treinta segundos.

Pero es inútil. No suena. No vibra. Acabo durmiéndome en ese maldito sillón, con el cuello gritando de dolor, esperando un teléfono que se mantiene obstinadamente en silencio.

Sueño con el rostro de mi hermano.

~

Mi teléfono finalmente vibra a las 3:00 a.m. Me abalanzo sobre él, pero no es exactamente el mensaje que esperaba, aunque podría ser peor, considerando todas las circunstancias.

OSIP: La buena Dra. acaba de salir del hospital. Te aviso: tiene muy mal aspecto.

Veinte minutos más tarde, oigo su llave en la cerradura. Me quedo completamente quieto en la mesa de la cocina, con las piernas estiradas, esperando.

Entra de puntillas, con el pelo recogido en una coleta apresurada. Al verla, siento una punzada entre las piernas, pero aparto ese impulso. No es el momento ni el lugar adecuados. Con esta mujer, nunca es el momento adecuado.

Se da vuelta, me ve y deja caer su bolso con un grito de sorpresa. — ¡Dios mío! Kovan.

Pavel no bromeaba: parece destrozada. Con los ojos hundidos y pálida, hermosa como solo pueden serlo las cosas rotas. No, no solo rota, derrotada. Sus ojos se han hundido en su rostro. Parecen enormes y atormentados. El fantasma más hermoso que he visto nunca.

—¿Dónde has estado?

Su boca se tuerce como si estuviera tragándose palabras que prefiere no dejarme oír. —En una fiesta. ¿Dónde crees?

—¿Así que estabas trabajando? ¿Eso es todo?

—No sé a qué te refieres.

—¿No me has estado evitando?

—¿Por qué iba a molestarme en evitarte?

—¿Quizá porque estás enfadada conmigo?

—¿Por qué iba a estar enfadada contigo por recordarme cuál es mi lugar en todo esto? —su mirada podía congelar el fuego—. Pero no te preocupes, he entendido el mensaje. No volverá a pasar.

Eso debería satisfacerme. En cambio, me dan ganas de golpear algo. No sé qué quiero de ella; solo sé que no es esto.

Se dirige hacia el dormitorio, evitando acercarse a mí, pero yo me interpongo en su camino. No me he quedado despierto hasta las tres de la madrugada para tener una conversación a medias.

—Apártate, Kovan. No estoy de humor —su estómago gruñe, ruidoso en el silencio. Sus mejillas se sonrojan.

—Déjame adivinar —digo—. Has vuelto a sobrevivir a base de café.

—No es asunto tuyo.

Paso junto a ella y me dirijo a la cocina. Diez minutos más tarde, vuelvo al dormitorio con un plato humeante de fideos udon bañados en salsa de cacahuete y verduras. Ella está sentada en la cama con ese pijama azul medianoche que ha protagonizado todas mis fantasías durante los últimos tres días y tres noches.

—Toma —le pongo el plato en las manos antes de que pueda negarse—. Come.

Ella mira fijamente la comida, con el vapor elevándose alrededor de su rostro. Luego, sus ojos se posan en los míos.

—Y, antes de que preguntes —añado—, no, no está envenenado.

Sus ojos brillan. —Eso me hace sentir mucho mejor.

—Guárdate esa actitud para después de comer.

Puedo ver la guerra que se libra en su rostro. El orgullo contra el hambre. El hambre gana.

—No tenías por qué hacer esto —dice.

—Lo sé. Pero lo hice de todos modos.

Carga el tenedor y da un bocado. Observo cómo sus labios se cierran alrededor del tenedor y, por primera vez en mi vida, siento envidia de los cubiertos.

—Dios, odio lo bien que cocinas —murmura con la boca llena—. ¿Dónde aprendiste a hacer esto?

—Los veranos en Rusia con mis hermanos —respondo, desviando la mirada para centrar mi atención en un trozo de pared desnudo—. Nos íbamos a una cabaña en las montañas de Siberia durante semanas, solo nosotros tres. Sin tiendas de comestibles, sin electrodomésticos modernos. Cocinábamos lo que cazábamos.

—Suena idílico. Yo pasaba los veranos en laboratorios de cadáveres —da otro bocado—. En lugar de ollas y sartenes, tenía bisturís y pinzas.

—¿Y eso te divertía?

Da otro bocado a los fideos. —Estaba con mi padre —dice simplemente, como si esa fuera toda la explicación necesaria.

Nos quedamos en silencio durante un momento. Por alguna razón, me pone nervioso. Nunca he sido de los que se inquietan con los

largos silencios, pero este se repliega sobre sí mismo, me envuelve la garganta, me estrangula, me molesta.

—Luka te echa de menos —digo cuando ya no puedo soportarlo más. Vesper se estremece y mira fijamente su plato—. Ha estado preguntando por ti esta noche. Cree que estás enfadada con él.

—¿Qué? —pregunta, mirándome fijamente a los ojos—. ¿Por qué pensaría eso?

—Porque es un niño sensible al que le han enseñado a pensar que todo lo que sale mal es culpa suya, gracias a una madre que lo castiga con su ausencia y su negligencia.

—¡Yo no hago eso! —exclama con voz airosa—. ¿Le has dicho eso?

—Lo intenté. No estoy seguro de que me creyera.

Su tenedor golpea el plato. Lo abandona en la mesita de noche. —No fue mi decisión trabajar turnos seguidos. Es la forma que tiene Jeremy de castigarme.

—¿Él es la razón por la que has estado desaparecida?

—¿Quién si no? —se echa el pelo hacia atrás—. Aunque me vino bien, teniendo en cuenta lo que pasó la última vez que intentamos hablar.

Es hora de pedir perdón. Sin embargo, las palabras se me atascan en la garganta. Terco, siempre terco. Mi terquedad será mi perdición.

Pero no me equivoqué al ponerla en su sitio. Necesitaba que le recordaran lo que realmente somos. No una gran familia feliz. Solo piezas de un juego, todos nosotros.

—Sobre eso...

—Fuiste un imbécil.

—Te lo concedo —admito—. Pero...

—Descargaste tu mal humor conmigo y yo no me lo merezco.

Suspiro. —¿Puedo hablar ahora?

Ella cruza los brazos. —Vale. Adelante.

—Luka ha pasado por un infierno. No quiero que se encariñe contigo cuando ambos sabemos cómo va a terminar esto.

Una auténtica confusión se refleja en su rostro. —¿Cómo va a terminar?

—En realidad no estamos juntos —le recuerdo—. Una vez que obtenga la custodia, tú y yo no nos iremos juntos hacia el atardecer. Cada uno seguirá su camino. Podemos manejarlo; somos adultos; firmamos un acuerdo. Pero Luka es diferente. Ya ha perdido demasiado. No quiero que siga perdiendo. Así que creo que le resultaría más fácil dejarte atrás si no empezara a verte como una figura materna desde el principio.

Ella arquea una ceja, escéptica. —Entonces, traerlo a mi casa parece contraproducente, ¿no?

—Ningún plan es perfecto. Pero tengo las manos atadas.

Ella exhala, con el cansancio reflejado en cada línea de su cuerpo. —¿Qué quieres de mí, Kovan? ¿Debo rechazarlo cada vez que venga a mí?

—No.

—Entonces, ¿qué?

—Sé su compañera. Su amiga. Pero nunca su madre. Esa es una línea que no puedes cruzar.

—Es una línea muy fina.

—En realidad no. Yo soy su padre. Yo me encargo de criarlo. Tú solo proporcionas...

—¿Decoración?

Me froto los ojos doloridos con la palma de la mano. —Si así es como quieres verlo.

—Bien —vuelve a coger su plato y pincha los fideos con tanta fuerza que parecería que quiere cometer un asesinato. Me doy cuenta de que está imaginando mi cara en ese plato—. Pero tengo una condición.

Es extraño encontrarme con una mujer que se atreva a ponerme condiciones. La mayoría de las mujeres me ofrecen todo lo que quiero. Normalmente, basta con una sonrisa aquí, un cumplido allá, y las tengo comiendo de mi mano. Puedo hacer con ellas lo que me plazca.

Ya no. Al menos, no con esta.

—No siempre voy a acertar —continúa—. Cometeré errores con tus límites. Cuando eso ocurra, solo tienes que hablar conmigo. Sin gritos. Sin comentarios sarcásticos.

Dudo un momento antes de darle la única respuesta posible. —Puedo hacerlo.

Ella asiente y vuelve a comer sus fideos. Cuando levanta la vista, hay algo diferente en sus ojos.

—Tienes muy mal aspecto, ¿sabes?

Me río. —Es gracioso, viniendo de ti. Parece que fueras tú la que estuvo hoy en la mesa de operaciones.

Ella frunce el ceño. —Llevo solo dos horas de sueño intermitente. Jeremy cree que si me mata trabajando, empezaré a cometer errores y podrá despedirme por ellos.

—Una estrategia inteligente.

—No conmigo —su voz está llena de rencor—. Solía pasar horas en la biblioteca estudiando revistas médicas y luego me presentaba a

mis prácticas a la mañana siguiente. Puedo funcionar sin dormir y seguir concentrándome. Si cree que puede doblegarme, está muy equivocado. Está *muy* equivocado.

La admiración y la lujuria me invaden por igual. Mi polla se pone firme, siempre agradecida a una mujer fuerte que no se echa atrás.

No ayuda que su camiseta se haya deslizado hacia abajo, dejándome entrever la parte superior de sus pechos. Cualquier mujer que lleve bata es un potencial desperdiciado, pero especialmente esta. Ella pertenece a un escenario, a la portada de una revista.

A mi brazo.

A mi cama.

—No apostaría en tu contra —digo con voz ronca y tranquila.

Eso casi le arranca una sonrisa. Casi. Deja el plato a un lado. —Gracias. Estaba delicioso.

—Estaré encantado de ser tu chef personal mientras vivamos aquí.

Ella se retuerce, llevándose las rodillas al pecho y rodeándolas con los brazos. —Pero estás eludiendo la pregunta. Yo sé por qué tengo tan mal aspecto. ¿Y tú?

Ni loco admitiría que ella es la razón por la que no he dormido. No es que la haya echado de menos. Es simplemente una preocupación práctica. ¿Cómo podemos mantener esta farsa si estamos constantemente peleándonos? Eso es todo.

—Quiero a Luka, pero tenerlo conmigo estos últimos días ha trastocado mi agenda —no es del todo mentira.

—Creía que tenía niñera.

—Renunció la semana pasada. Necesito a alguien nuevo. Alguien que no haya sido aterrorizado por la diabla que Luka llama madre.

Vesper se endereza. —De hecho, quizá tenga una sugerencia.

—No.

Su rostro se ensombrece. —¿Por qué demonios no? Este hombre pasará cualquier verificación de antecedentes que le hagas.

—¿Hombre? —mi presión arterial se dispara.

—Sí, es un hombre. ¿Tienes algún problema con eso?

—Solo que no lo conozco de nada.

Pone los ojos en blanco. —Pues ponlo a prueba. Haz tus comprobaciones de antecedentes. Investígalo. Entrevístalo. Este tipo es honesto. Además, es genial con los niños.

—¿Cuál es su historial?

—Es un profesor titulado. Acaba de dejar su puesto...

—¿Por qué?

Ella levanta las manos. —No conozco los detalles. Básicamente, por cuestiones internas, además de que ser profesor es el trabajo más ingrato del mundo. Y a él no le gustan los dramas. Está pensando en dar clases particulares y creo que esto podría ser un cambio perfecto. A Luka le encantará, te lo prometo.

Aprieto los dientes. —Realmente vas a defender a este *mudak*.

—Solo hay dos personas en este mundo por las que respondería completamente —dice —. Waylen es una de ellas.

Estoy a punto de preguntarle qué relación tiene con él, pero me detengo. No importa. No debería importar. Y, si es un exnovio, no quiero saberlo.

—¿Confías en él?

No duda. —Con mi vida.

Nunca he deseado tanto matar a un hombre al que no conozco como en este momento. Pero esbozo una sonrisa, aunque solo sea

para mantener esta frágil paz entre nosotros.

—Muy bien, entonces. Llámalo.

KOVAN

Brrr.

Brrr.

Clic.

—¿H... hola...?

Empiezo a hablar de inmediato. —Busca en su expediente otra vez. Quiero nombres, nombres de hombres que aparezcan en su historial. Exnovios, examantes, ex prometidos, cualquier cosa que pueda sugerir intimidad.

Se oye una respiración pesada al otro lado del teléfono. —Kovan —gruñe Osip—, son las *cuatro y media* de la puta madrugada. ¿Te has vuelto loco?

—Me importa una mierda qué hora es. ¿Has oído lo que acabo de decir?

—Necesitas que investigue a Yana...

—¡Vesper! —gruño—. ¡Necesito que indagues en el pasado de *Vesper*!

—¿No es eso lo que he dicho?

Aprieto el teléfono con más fuerza. —No creas que no voy a ir ahora mismo a tu casa solo para partirte el cráneo. No estoy de humor para tonterías, Osip. Abre el expediente de Vesper y dime lo que ves.

—¿Quieres que lo haga ahora?

—Inmediatamente.

—¿...Te he dicho que son las cuatro y media de la madrugada?

—Eso no era una petición.

—Maldito seas, bastardo malhumorado —oigo el clic-clac de las teclas al pulsarlas—. Estoy abriendo su expediente ahora mismo.

—¿Y?

—Y... no veo nada. No hay información aquí sobre antiguos amantes de ningún tipo. De hecho, viendo este expediente, diría que la mujer es prácticamente una monja. Ha estado estudiando y trabajando demasiado como para divertirse.

Debería sentirme aliviado, pero no me fío de lo que estoy oyendo. Falta algo. Alguien se ha escapado por las rendijas.

—¿Hay alguna razón por la que quieres que investigue la vida amorosa de tu novia falsa? —pregunta Osip después de unos minutos de silencio en los que yo no dejo de dar vueltas.

—Eso es asunto mío —respondo—. Si encuentras algo más, avísame inmediatamente.

Cuelgo antes de que pueda fastidiarme por alterarme por una mujer.

Quizá llamar a Osip a las cuatro y media de la mañana no fue muy inteligente, sobre todo con Vesper durmiendo en la habitación de al lado. Pero mi sangre hierve y mi corazón late con fuerza contra mis costillas. Necesito algo: respuestas. Control. *A ella.*

Me meto en la cama junto a Vesper y estudio su rostro en la oscuridad. Parece tranquila e inocente. Pero mi mente está llena de preguntas que no me dejan descansar.

¿Quién es ese otro hombre?

¿Y por qué coño ella le confía su vida?



A LA MAÑANA SIGUIENTE, observo a Vesper desde el otro lado de la cocina. Está tan concentrada en Luka que no se da cuenta de mi estado de ánimo. O eso, o lo está ignorando.

Luka apenas me habla porque está encantado de volver a reunirse con Vesper. Los dos charlan sin parar durante el trayecto al colegio, y su fácil compenetración es como una burla en mi cara.

Después de dejarlo, el coche se queda en silencio. Vesper mira por la ventana, sospechosamente callada.

—¿Has llamado a tu amigo? —le pregunto—. ¿El que tiene ese nombre tan estúpido?

Se gira bruscamente para mirarme con ira. —En realidad, sí, ya he hablado con él.

—¿Cuándo?

—Cuando te duchabas esta mañana. No está dispuesto a aceptar el puesto hasta que te conozca.

Increíble. Este hijo de puta ya está intentando mandar. —¿Le has insistido en la necesidad de discreción?

—Por supuesto. Le expliqué lo de Luka y...

—¿Y nosotros? —la interrumpo—. ¿Qué sabe él de nosotros?

—Pensé que sería más sencillo si nos ceñíamos a la línea oficial —se aclara la garganta—. Por lo que a él respecta, tú y yo estamos saliendo.

Tengo que reprimir una sonrisa. —Bien. ¿Qué le pareció?

Ella frunce el ceño. —Lo admito, no lo entusiasmó la idea.

Casi me paso la salida. —¿Por qué no?

—Siempre ha sido muy protector conmigo.

Esas palabras me sientan mal, muy mal. No quiero a este tipo en mi nómina, independientemente de lo cualificado que pueda estar o no. Pero tengo que conocerlo. Tengo que ver con qué estoy lidiando.

—Almuerzo hoy a las doce. Prepáralo —me detengo frente a St. Raphael.

—¿Hoy?

—No tiene trabajo, ¿verdad? Seguro que puede hacer tiempo.

Su rostro se arruga con incertidumbre. Ahora parece nerviosa, como si se hubiera metido en algo de lo que no está segura de querer formar parte. —De acuerdo, lo organizaré.

—Bien. Haré la reserva en La Luna.

—Nos vemos allí —ella alcanza la manilla de la puerta.

Aprieto el pestillo antes de que pueda escapar. —¿Irás con nosotros?

Tira del pomo de la puerta como una niña frustrada. —Dios mío, ¿me acabas de encerrar?

—¿Irás?

Se gira para mirarme, con los ojos encendidos. —Sí, iré. Yo hice la sugerencia, así que debería estar allí para hacer la presentación.

—¿Es esa la única razón por la que quieres estar allí?

—No, de hecho, no lo es. Quiero estar allí para asegurarme de que no le leas la cartilla a Waylen. Sé cómo eres. Él es importante para mí y no voy a permitir que lo trates como una mierda o que intentes intimidarlo como haces con todos los que tienen la mala suerte de cruzarse en tu camino —cruza los brazos sobre el pecho y me clava una mirada desafiante.

Mi presión arterial se dispara. Una parte de mí quiere decirle que cancele la maldita cita. No tengo ningún deseo de conocer a su juguete si va a ponerse tan a la defensiva con él.

—Es importante para ti, ¿verdad? Sin embargo, es la primera vez que oigo hablar de él.

—Quizá porque no comparto todos los aspectos de mi vida contigo, Kovan —dice—. Seamos realistas: no es que seamos amigos ni nada por el estilo. No somos íntimos. No compartimos confidencias. Tú me ayudas con mi problema y yo te ayudo con el tuyo, y eso es todo. Esa es la naturaleza de nuestro acuerdo, ¿recuerdas?

—La naturaleza de nuestro trato —gruño—, es poder vender la mentira de que somos pareja. ¿Cómo coño se supone que voy a hacerlo si no conozco a la gente de tu vida?

Ella se ríe sin humor. —Eres increíble, ¿lo sabes? Quieres vender esta gran conexión que tenemos, pero te alejas cada vez que me acerco demasiado. No es una imagen muy convincente, Kovan. ¿Puedes culparme por querer protegerme también?

—Te culparé si tus acciones perjudican a Luka de alguna manera.

—Entonces, contrata a Waylen —sugiere—. Él solo ayudará a Luka. Y Dios sabe que el chico necesita un modelo masculino fuerte. Le falta mucho en ese aspecto.

Las palabras están diseñadas para herir, y dan en el blanco. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele.

—Ahora —continúa—, abre este maldito coche y déjame salir.

Abro la cerradura con toda la fuerza que puedo. Ella sale disparada del coche y entra furiosa en el hospital sin mirar atrás.

Me quedo allí sentado, preguntándome: *¿Qué es esta extraña y desagradable sensación que tengo en el estómago?*

Es como fuego. Del tipo que arde sin descanso. Del tipo que puede consumirme por completo si no tengo cuidado.

Y si no tengo cuidado, si la cago, si me aventuro demasiado en la dirección equivocada... esta mujer puede ser mi fin.

En este momento, ni siquiera la culparía por ello.

30

KOVAN

Lo odio nada más verlo.

El cabrón parece un muñeco Ken que se ha acostado con la modelo de portada de un catálogo de J. Crew. Guapo al estilo estadounidense, pantalones caqui aburridos y una camisa azul claro a juego con sus ojos azul claro.

Pero lo más irritante de ver al hombre al que he odiado en secreto durante las catorce horas que llevo sabiendo de su existencia es el hecho de que tiene el brazo alrededor de Vesper.

Y a ella no parece importarle lo más mínimo.

Se inclina hacia él y le susurra algo al oído. Ambos se ríen, y el sonido me golpea como un puñetazo en el estómago.

Quiero pelear con alguien. Con cualquiera. Necesito descargar esta rabia que me quema las venas antes de hacer alguna estupidez.

En lugar de eso, me la trago y entro en La Luna, pasando junto a los camareros sin saludarlos.

Ninguno de los dos se da cuenta de que me acerco hasta que estoy justo al lado de su mesa. Él está estudiando el menú mientras ella le aparta el pelo de la frente como si fuera un niño. Esa intimidad casual me da ganas de romper cosas.

Borra mi primer pensamiento: lo más irritante de esto no es la forma en que él la toca.

Es la forma en que *ella* lo toca a *él*.

Es obvio que son íntimos. Y el hecho de que no sepa nada más que eso es suficiente para volverme loco de distracción. Hace horas llamé a ese cabrón de Osip para pedirle más información sobre este imbécil. Dijo que me respondería *enseguida*, y luego me envió un mensaje ambiguo hace unos minutos que solo decía: ***Son más íntimos de lo que pensé posible***.

Quién sabe qué significa.

La próxima vez que lo vea, le voy a arrancar la piel a ese cabrón calvo.

—¡Kovan! —Vesper levanta la vista—. Este es Waylen. Waylen, te presento a Kovan.

La sonrisa del chico guapo se desvanece. Se pone de pie, igualando mi altura, con el pecho hinchado en señal de desafío. —Encantado de conocerte —su apretón de manos está diseñado para enviar un mensaje: firme, más largo de lo necesario.

Bien. Mensaje recibido.

Los ojos de Vesper se mueven nerviosamente entre nosotros. Tira de Waylen para que vuelva a sentarse, con la mano posada en su brazo.

Mal movimiento, cariño.

—Vesper me ha dicho que tienes un trabajo que te gustaría que considerara —dice Waylen con cautela.

Levanto una ceja hacia ella. —Entonces ha tergiversado la situación. Ella es la que ha insistido en esta reunión porque le preocupaba que no encontraras trabajo. He aceptado por cortesía, nada más.

Vesper se queda boquiabierta. —Eso no es...

—Vesper mencionó que quieres la custodia de tu sobrino —la interrumpe Waylen—. ¿De verdad crees que es prudente si no tienes tiempo para él?

—¡Waylen! —Vesper le da un manotazo en la mano.

—Es una pregunta justa —insiste él.

Lo miro a los ojos. El tipo no parece intimidado por mí en absoluto. De hecho, parece empeñado en caerme mal. Teniendo en cuenta que yo intento lo mismo, siento una admiración a regañadientes por él.

—No, no pasa nada. El hecho es que, a diferencia de otras personas, tengo un trabajo a tiempo completo —digo con calma—. Pero aún así saco tiempo para Luka. Lo que necesito es alguien que pueda cuidar de él y enseñarle. Es inteligente, pero se aburre fácilmente. Necesita la atención individualizada de alguien que pueda adaptarse a su personalidad en lugar de obligarle a conformarse.

Waylen arquea las cejas y puedo ver cómo empieza a aparecer el respeto en su expresión.

—¿Listos para pedir? —pregunta la camarera, mirándonos a ambos como si percibiera la tensión.

Miro a Vesper. —Déjame adivinar. ¿Café de prensa francesa?

Se sonroja y una tímida sonrisa se dibuja en su rostro. —En realidad...

—Ella tomará el affogato —interrumpe Waylen, entregándole el menú—. Triple espresso con un chorrito extra de caramelo. Y yo tomaré un americano.

Espero a que Vesper le diga que puede pedir ella misma.

...Pero no lo hace.

En cambio, le sonríe, radiante. —Me has leído el pensamiento.

¿Cómo coño me he convertido en el tercero en discordia en una cita con mi propia novia?

—¿Y para usted, señor? —la camarera se vuelve hacia mí.

—Nada.

—¿No vas a tomar nada? —pregunta Vesper frunciendo el ceño.

—No.

Me mira fijamente y luego sonríe dulcemente a la camarera. —Tomará café solo. Quizá eso le mejore el humor.

La camarera se aleja apresuradamente, sin duda intuyendo la tormenta que se avecina.

—¿Te gusta el café solo, eh? —Waylen intenta entablar conversación.

Lo ignoro y me concentro en Vesper. —¿Desde cuándo bebes affogatos?

—Desde que era adolescente —responde Waylen por ella.

Una vez más, espero a que ella lo calle.

Una vez más, no lo hace.

—Siempre ha sido mi bebida para celebrar —explica en voz baja—. La graduación del instituto, la universidad, entrar en la facultad de medicina.

—¿Recuerdas ese affogato de chocolate que te preparé después de los exámenes finales? —pregunta Waylen con una sonrisa irónica.

—Dios mío, eso fue pecaminoso. Lo más lujoso que he probado en mi vida.

—Seguro que hay excepciones —murmuro.

Sus mejillas se sonrojan, y el color se extiende hasta sus orejas. En su estado de nerviosismo, casi tira el salero. Luego, forzando una sonrisa, me da una patada rápida en las espinillas debajo de la mesa.

—Centrémonos en Luka —sugiere rápidamente—. ¿Tenías alguna pregunta, Waylen?

—Sí —dice él. —Las tengo.

Durante los siguientes veinte minutos, me interroga. Sobre las necesidades de Luka, su personalidad, sus traumas. Y, a pesar de mi irritación, me doy cuenta de que este imbécil podría saber realmente lo que está haciendo.

—Creo en el aprendizaje a través del juego —explica Waylen—. Excursiones, actividades al aire libre, experiencias prácticas.

—Cualquier excursión necesita mi aprobación.

—Es un niño —replica él—. Los niños necesitan libertad.

—Este niño necesita protección.

—Eso podría hacerle más daño que bien.

—Ni siquiera lo conoces. ¿Cómo puedes saber qué es lo mejor?

—Porque Vesper me cuenta todo. Ella ha notado cosas sobre el chico.

Aprieto con fuerza el tenedor. Me dan ganas de clavárselo en su cara de satisfacción. —Qué curioso. ¿Cuándo tiene tiempo Vesper para contarte nada? O está trabajando o está con Luka y conmigo.

Él se encoge de hombros. —Vesper siempre saca tiempo para las personas que le importan.

—Vale, ya basta —Vesper levanta las manos—. Paren con el concurso de meadas, ¿vale? Todos queremos lo mejor para Luka. Kovan, Waylen es un profesor increíble. Luka tendría suerte de

tenerlo —se vuelve hacia Waylen—. Y Way, Kovan es un tío estupendo que no se merece tu desprecio.

Waylen no parece convencido, pero vuelve a encogerse de hombros. —Si Vesper responde por ti y me ofreces el trabajo, acepto. Pero no por ti. Por el niño. Por ella. No por ti.

Vesper me mira con ojos suplicantes. Ella lo desea más que él.

—Si te contrato —digo entre dientes—, recibirás formación en seguridad. Necesito saber que puedes proteger a Luka.

—Si es necesario, por supuesto que estoy de acuerdo —parpadea, imperturbable.

—Que así sea —dejo el contrato sobre la mesa—. Acuerdo preliminar y acuerdo de confidencialidad. Fírmalo.

Waylen coge los papeles y se levanta, sin prisa, sin preocuparse. —Me llevaré el café para poder leerlos —besa la cabeza de Vesper y tengo que agarrarme a la silla para no abalanzarme sobre él—. ¿Hablamos más tarde?

—Por supuesto.

En cuanto se marcha, ella explota. —Mierda, ¿tenías que ser tan agresivo? Prácticamente has levantado la pierna y has meado para marcar tu territorio.

—No estuve lejos de hacerlo —gruño—. ¿De qué lo conoces?

—Increíble —empieza a decirme, pero se detiene y niega con la cabeza—. En realidad, ¿no eres tú el gran y malvado jefe de la mafia que lo sabe todo sobre todo el mundo? Averígualo tú mismo, idiota.

Con eso, se marcha, dejándome solo en la mesa con nada más que mis pensamientos y los restos manchados de una taza de affogato.

Uno de estos días voy a estallar. Y cuando lo haga, sucederá una de dos cosas.

O la destruiré.

O la reclamaré.

Estoy deseando averiguar cuál de las dos.

VESPER

Vesper, él es un problema.

La advertencia de Waylen resuena en mi cabeza mientras me acurruco en el ridículamente grande sofá blanco de Kovan, contemplando el cerezo en flor que deja caer pétalos como confeti sobre su césped perfectamente cuidado.

Anoche, durante nuestra llamada por FaceTime, intenté defender a Kovan. Le dije a Waylen que realmente no conocía a ese hombre. Pero mi hermano me lanzó esa mirada, la que es mitad la decepción de papá y mitad la preocupación de mamá, y que es cien por cien eficaz para callarme.

—Vamos, V. ¿En qué piensas al involucrarte con un hombre como él? Si tienes suerte, te romperá el corazón. Si no la tienes, te romperá el espíritu.

Lo único que impide a Waylen descartar por completo a Kovan es Luka. Esa es la única salvación. Incluso mi hermano sobreprotector puede ver que este niño necesita a alguien que luche por él.

Pero no entiende por qué esa persona tengo que ser yo.

Estoy tan absorta en mis pensamientos que tardo un minuto en darme cuenta de que Luka se ha quedado completamente en silencio. Está tumbado en la alfombra delante de mí, rodeado de una

explosión de Legos que empezó siendo un tren, luego se convirtió en una nave espacial y ahora parece una carnicería de plástico de colores.

—¿Qué le ha pasado a la nave espacial? —le pregunto, deslizándome para sentarme con las piernas cruzadas a su lado.

Luka lanza un bloque rojo al otro lado de la habitación, con el labio inferior hacia fuera. —Era una tontería.

—Oye —le doy un golpecito en el hombro con el mío—. ¿Quieres contarme qué te preocupa realmente?

Se encoge de hombros sin querer hablar.

—Vamos —insisto—. Cuéntame uno de tus pensamientos. Dos, ya que eres tan especial para mí.

Me mira de reojo, como diciendo que estoy exagerando un poco. —No me preocupa nada.

—Luka —le toco suavemente la barbilla para que me mire—. Yo también tuve ocho años. Conozco esa mirada. Tienes pensamientos en esa gran cabeza tuya. Vamos, suéltalo. Te escucho. Este es un lugar seguro.

Esos ojos grises estudian mi rostro como si estuviera decidiendo si confiar en mí. Al final, traga saliva. —Estoy nervioso —admite finalmente.

—¿Por conocer a Waylen?

Asiente, tirando de un hilo suelto de sus vaqueros. —Los tutores que contrata mamá siempre son malos. O aburridos. O ambas cosas.

Se me encoge el pecho. —Esto es diferente —le digo—. El tío Kovan ha elegido a Waylen personalmente. ¿Y sabes qué? *Yo* soy quien lo ha recomendado.

Luka abre mucho los ojos. —¿De verdad?

—De verdad, de verdad. Te doy mi palabra: Waylen no se parece en nada a los otros tutores. De hecho, hace que aprender sea divertido.

—¿Y si no le caigo bien?

La pregunta sale tan débil, tan insegura, que tengo que tragar saliva para contener el repentino nudo en la garganta.

—Eso es imposible —digo con firmeza—. Eres el chico más simpático del mundo. Pero oye, si por alguna extraña razón no conectas con él, solo dímelo. Yo mismo lo echaré.

Luka se queda boquiabierto. —¿Harías eso?

—Sin dudarlo. Sin preguntas.

Por primera vez en todo el día, sonríe. Sonríe de verdad. —Vale. Genial —vuelve a jugar con los Legos.

Me levanto y me acerco a las puertas francesas, saliendo al jardín, donde las flores de cerezo bailan con la brisa como pequeñas bailarinas rosas. Este lugar es increíblemente hermoso.

Sin embargo, frunzo el ceño, preguntándome si tal vez nos he llevado por mal camino. ¿Acabo de prometer despedir a mi propio hermano si a Luka no le gusta? ¿Es eso sobrepasarse? Porque parece algo que haría un padre. Algo que traspasa los cuidadosos límites de Kovan. Y él dejó muy claro lo firmes que son esos límites.

Al menos no está aquí para pillarme meditando con ansiedad. Ha enviado a su hermano pequeño en su lugar. Pavel Krayev no sabe cuándo dejar de hablar, pero, afortunadamente, hace un rato se ha esfumado a algún lugar de la casa para ocuparse de algo.

Lo que significa que tengo unos minutos de paz y tranquilidad para mí misma para ordenar mis...

—¿Pensamientos profundos?

Me giro y veo a Pavel acercándose desde el jardín lateral. Al parecer, aquí no hay paz ni tranquilidad.

Lo observo mientras se acerca. La luz del sol refleja las motas verdes de sus ojos color avellana. Tiene el mismo pelo oscuro que Kovan, pero, mientras que su hermano mayor es todo bordes afilados y violencia latente, Pavel tiene un encanto natural y una labia que probablemente le saca de tantos problemas como le mete en ellos.

—Me pregunto si lo estoy estropeando todo —admito.

—¿La mayor parte tiene que ver con mi hermano?

No sé si está bromeando o si realmente siente curiosidad. Al menos conoce toda la situación, así que puedo ser sincera con él. —Quiere que convenzamos a todo el mundo de que somos la pareja perfecta, pero no me deja acercarme lo suficiente como para llegar a conocerlo. ¿Cómo se supone que vamos a vender una conexión increíble cuando somos prácticamente unos desconocidos?

Pavel sonríe. —¿Has intentado colarte en su cama por la noche?

—No me refería a eso en absoluto.

—Sin embargo, es la forma más rápida de acercarse a un hombre. Eso y a través de su estómago, por supuesto, pero basándome en mi inspección inicial de tu despensa, supongo que no es tu fuerte.

Me sonrojo. —¡Yo como!

—Mmmm.

—...cuando me acuerdo.

Me guiña un ojo. —Incluso los superhéroes necesitan combustible, Dra..

—No soy una superheroína. Solo intento hacer lo correcto por mis pacientes. Y por Luka.

—Hablando de eso... —la expresión de Pavel se vuelve astuta—. ¿Cuál es el verdadero propósito de Waylen aquí? ¿Además de poner a mi hermano locamente celoso? No me malinterpretes, me encanta

ese aspecto de su participación. Solo me pregunto si hay un plan más grande en juego.

Me cuesta contener la risa. —Aunque no lo creas, solo pensaba en Luka cuando lo sugerí.

—Si tú lo dices... —se encoge de hombros y empieza a silbar—. Pero más vale que tenga buenos reflejos. Habrá una competencia de meadas cuando Kovan vuelva y empiece el entrenamiento de seguridad.

—¿Podemos no hablar de mi hermano, mi novio falso y cualquier cosa relacionada con penes en la misma frase?

Pavel arquea las cejas. —¿"Hermano"? ¿Waylen es tu *hermano*?

Mierda. Se ha destapado la torta. Hago un gesto como si me cerrara la boca con cremallera y tirara la llave.

—Oh. Oh. Dios, esto es genial —Pavel parece absolutamente encantado—. ¿Lo sabe Kovan?

—Eso es entre Kovan y yo.

—Eso es un no rotundo —decide al instante, sin parecer menos emocionado por la perspectiva de que Kovan siga sin saber nada—. ¿Vas a dejar que siga pensando que Waylen es su competencia?

Escondo la cara cuando mi teléfono vibra. Es un mensaje de Waylen diciendo que ya casi llega. —Así es más divertido.

Pavel echa la cabeza hacia atrás y se ríe. —Eres diabólica. Me gustas.

Sigo sonrojada cuando vuelvo al salón. —Vamos —le digo a Luka—. Es hora de conocer a tu nuevo mejor amigo.

Abandona sus Legos y me coge de la mano, con la palma ligeramente húmeda por los nervios, a pesar de nuestra pequeña charla motivadora. Caminamos hacia la entrada circular justo cuando el Volkswagen Beetle plateado de Waylen atraviesa la verja.

—¿*Ese* es mi tutor? —pregunta Luka con asombro mientras Waylen saca su alta figura del pequeño coche—. Parece un jugador de baloncesto.

—Díselo. Le encantará.

Waylen se acerca a nosotros con una sonrisa que le arruga toda la cara y le hace desaparecer los ojos. La misma sonrisa que solía calmarme durante los peores días de papá en el hospital.

—Tú debes ser el famoso Luka —dice, agachándose hasta la altura de los ojos del niño—. He oído cosas increíbles sobre ti.

La expresión de Luka se vuelve escéptica. —¿Qué tipo de cosas?

Observo la cara de mi hermano, curiosa por saber cómo va a manejar esto. A Luka le han mentido demasiados adultos. Ha aprendido a ponerlos a prueba. Quiere saber: *¿Eres el tipo de adulto que dice cosas porque es lo que se supone que debes decir? ¿O solo dices la verdad?*

Way se toca la barbilla como si se tomara la pregunta muy en serio. —Mmm, déjame pensar. He oído que eres inteligente y amable. He oído que eres brillante en ciencias, pero que las matemáticas te dan ganas de tirar cosas. He oído que te encanta la astronomía y que el planetario del museo de ciencias es tu lugar favorito de toda la ciudad. He oído que eres callado porque piensas mucho, no porque no tengas nada que decir.

Los ojos de Luka se agrandan cada vez más con cada descripción acertada. —Has oído hablar de mí.

—Nunca te mentiría, Luka. Y espero que tú tampoco me mientas nunca.

—Vale —Luka asiente y parte de su recelo abandona sus pequeños hombros.

—Entonces —continúa Way—, si te aburres durante nuestras clases, o te sientes confundido o cansado, me lo dirás, ¿verdad? Podemos

tomar descansos o probar algo completamente diferente.

La sorpresa en el rostro de Luka me rompe un poco el corazón. Cosas tan simples. Un impacto tan mágico. —¿De verdad? —susurra.

—De verdad.

Luka me mira con una expresión que dice claramente: *¿Este tipo habla en serio?*

—Te dije que era genial —le susurro con una sonrisa—. Ahora, entremos y le enseñamos a Waylen dónde tendrás tus clases.

Mientras nos dirigimos hacia la casa, Waylen se pone a mi lado y baja la voz. —¿Aquí es donde vive el jefe? Es un poco excesivo para un soltero, ¿no crees? ¿Qué está compensando algo?

—Ya no está soltero —le recuerdo con insistencia—. Y está tratando de crear un hogar para Luka.

—Eso sigue sin explicar por qué pasan la mayoría de las noches apretujados en tu pequeño apartamento como sardinas sudorosas.

—Eso es porque necesito estar cerca del hospital —puedo notar cómo mi voz se vuelve más aguda—. Prometiste mantener la mente abierta.

—Estoy siendo comprensivo.

—¿Criticando todo lo que ves?

—Estoy siendo cauteloso. Hay una diferencia.

Le agarro del brazo y bajo la voz mientras subimos las escaleras. —El hermano de Kovan, Pavel, está por aquí. ¿Podrías no buscar pelea delante de la familia de ese hombre?

Waylen suspira. —Está bien. Te concedo una cosa: me gusta el chico.

—Kovan también te gustará. Con el tiempo.

Él niega con la cabeza, dubitativo. —No te prometo nada. Es un problema, V. Con P-R-O-B-L-E-M-A en mayúsculas.



La magia no tarda en florecer.

—¡Me encanta! —grita Luka, entrando corriendo en la cocina donde estoy sentada con Pavel. A través de la puerta, puedo ver a Waylen encorvado sobre su robot improvisado, tratando de que dé unos pasos tambaleantes.

—Tu hermano tiene talento —admite Pavel, observando cómo Luka vuelve corriendo y Waylen le enseña a ajustar el equilibrio del robot —. ¿Robótica el primer día? Buena jugada.

—Le dije a Kovan que era bueno —doy otro bocado al pastel que estamos compartiendo, sorprendida por lo sabroso que está—. Dios, está delicioso.

La expresión de Pavel cambia.

—¿No te gusta? —le pregunto—. No me digas que eres vegano.

—Dios, no. Y no es eso —Se aclara la garganta—. Es que... Vitalii solía hacerlos para Luka. Ahora, Kovan los tiene a mano para cuando el niño echa de menos a su padre.

El pastel se convierte en serrín en mi boca. —Oh. Lo siento, no sabía...

—No te disculpes —Pavel esboza una sonrisa—. Kovan se entrega por completo al cuidado de ese niño. La mayoría de los padres se avergonzarían. Yo me avergüenzo, eso es seguro. Pero eso no me impide engordar y disfrutar de estas delicias —para demostrarlo, da un bocado enorme y me sonríe con migas cayéndole de los labios.

Lo observo masticar durante un minuto. —Realmente está mejor aquí que en cualquier otro lugar del mundo, ¿no?

Pavel asiente y traga saliva. —Si no lo creyera, tampoco estaría aquí.

Antes de que pueda responder, Luka vuelve a entrar saltando en la cocina, esta vez acunando al robot como si fuera un bebé precioso.

—¡Mira! ¡Puede rodar hacia delante y hacia atrás! —Luka coloca el robot con cuidado sobre la encimera, frente a mí—. Se llama Vikingo.

Por segunda vez en pocos minutos, la sonrisa se desvanece del rostro de Pavel.

—Vikingo es un nombre estupendo —digo rápidamente, pero sigo intentando descifrar la reacción de Pavel. Algo va mal.

—Voy a buscarle una chaquetita —anuncia Luka, y sube corriendo las escaleras.

En cuanto se marcha, me vuelvo hacia Pavel. —¿Qué pasa?

Aprieta la mandíbula. —Después de la muerte de Vitalii, Yana le compró un cachorro a Luka para que dejara de llorar. El niño estaba encantado. Lo llamó Vikingo.

Se me revuelve el estómago. —Oh, no —ya sé que esta historia va a tener un final repugnante.

—El perro no dejaba de ladrar. Yana no podía soportarlo. Así que una noche, mientras Luka dormía, le pidió a Ihor que se deshiciera de él —la voz de Pavel se vuelve amarga—. Cuando Luka se despertó llorando por Vikingo, ella le dijo que el perro se había ido para hacer compañía a su papá y que, si los quería a los dos, no estaría llorando.

—Dios mío —suspira Waylen desde la puerta.

—Es una auténtica joya —murmuro, apretando los puños.

—Hace que nuestra madre parezca una santa, ¿eh? —bromea Waylen mientras se acerca a mí.

Pavel mira a mi hermano. —¿Tan mal lo pasaron de pequeños? Bueno, supongo que el vínculo traumático es bueno para la cercanía entre hermanos.

Le doy un golpe. —¡Cállate! No debías haberlo contado.

Waylen me mira con el ceño fruncido. —¿A qué estás jugando, hermanita?

—¡Tú eres el que no quería que dijera que eras mi hermano cuando conocimos a todos! —exclamo.

—No quería que lo dijeras, sí, pero eso era porque no quería que me compadecieran ni nada por el estilo —su ceño se frunce aún más—. Además, eso era antes de que me contratara. ¿Qué sentido tiene mantenerlo en secreto ahora?

—Eso es asunto mío.

Pavel se echa a reír, y el sonido resuena en las encimeras de mármol. —Debería haberlo visto mucho antes de que ella me lo dijera, sinceramente. Los dos discuten exactamente de la misma manera.

Mientras Luka baja ruidosamente las escaleras con una pequeña chaqueta de muñeco para Vikingo, me inclino hacia Pavel. —Tu hermano puede ser... difícil a veces. Como seguro que ya sabes. Quería sacarlo un poco de quicio.

—Misión cumplida —Pavel sonríe y hace un gesto como si cerrara los labios—. Como te dije antes: tu secreto está a salvo conmigo.

Observo a Waylen ayudar a Luka a vestir al robot con su nueva chaqueta, y se me calienta el corazón al ver la paciencia y la amabilidad de mi hermano.

Quizás esto funcione después de todo.

Supongo que lo veremos cuando Kovan llegue a casa.

VESPER

Kovan entra pavoneándose como si fuera el dueño del lugar.

Técnicamente, es cierto. Pero aun así, no tiene por qué pavonearse de esa manera.

Sin embargo, en el momento en que Luka lo ve, todo cambia. El intimidante jefe de la mafia se desvanece, sustituido por un tío sonriente que se arrodilla en el suelo de mármol para ver cómo un pequeño robot llamado Vikingo da vueltas tambaleándose.

—¡Mira lo rápido que va! —dice Luka, con el rostro radiante de orgullo.

La mirada de Kovan se suaviza de una forma que me oprime el pecho. —Es increíble, *malysh*. ¿Lo has construido tú mismo?

—Waylen me ayudó, pero yo hice la mayor parte —dice Luka con una sonrisa radiante, y saca una pila de papeles—. ¡Y mira! He terminado tres páginas enteras de matemáticas.

—¿Tres páginas? —Kovan examina cada problema con aire solemne —. Esto merece una ovación.

Y lo hace. Se levanta y aplaude como si Luka acabara de actuar en el Carnegie Hall.

Pero noto los sutiles cambios tan pronto como Waylen vuelve a entrar en la habitación. Kovan aprieta la mandíbula y frunce el ceño cuando Luka corre hacia Waylen y los dos tienen una conversación entre risas y susurros.

—Luka —dice Kovan, interrumpiendo la conversación secreta—, ¿por qué no te duchas y preparas tus cosas para irte a dormir?

Luka se vuelve hacia Waylen y pone los ojos en blanco. —Es su forma de deshacerse de mí.

Waylen se ríe. —Los adultos a veces necesitamos tener conversaciones aburridas.

Chocan los puños y Luka sube corriendo las escaleras, pero no sin antes lanzarnos una mirada que dice que sabe exactamente lo que está pasando.

La cocina se queda en silencio. Los dedos de Kovan tamborilean sobre la encimera. Waylen le devuelve la mirada, sin pestañear.

Estoy sudando a través de mi camisa mientras observo este enfrentamiento de testosterona.

—Bueno —intervengo como la cobarde que soy—, hoy ha sido un día increíble. A Luka le encanta Waylen.

—Luka es educado —dice Kovan con voz monótona.

—Hay cosas que no se pueden fingir —insisto—. Ni siquiera el niño de ocho años más educado del mundo.

Kovan deja de tamborilear con los dedos. —Lo has hecho bien hoy —le dice a Waylen secamente, como si le costara mucho esfuerzo pronunciar esas palabras.

Waylen asiente. —Luka me lo ha puesto fácil. Es brillante. Eso hará que mi trabajo sea mucho más sencillo.

—Sobre ese trabajo —Kovan se recuesta en su silla—. Tendré el contrato definitivo listo esta noche.

—Perfecto. Nos vemos...

—Una cosa más —Kovan levanta un dedo para detener a Waylen—. La trabajadora social de Luka hará visitas sorpresa. Evaluará a todas las personas que forman parte de su vida ahora. Eso te incluye.

Mi hermano se encoge de hombros. —Puedo manejar a una trabajadora social.

La mandíbula de Kovan se vuelve de piedra. —No puede parecer que estoy eludiendo mis responsabilidades. Ella tiene que entender que tú eres personal de apoyo. Nada más.

—¿Y qué es exactamente Vesper? —pregunta Waylen sin rodeos.

Se me corta la respiración. Waylen se está haciendo el rebelde, y lo sabe. Ni siquiera me mira. Y como está demasiado lejos de mí para darle una patada en las espinillas, me quedo aquí abandonada, atrapada entre Kovan y Waylen, tratando de recordar cuál era nuestra palabra clave de la infancia para "peligro".

—Vesper... —dice Kovan, pasando la lengua por su labio inferior como si estuviera saboreando mi nombre—. Mi relación con Vesper está por encima de tu nivel salarial.

—Waylen... —espero que mi voz transmita suficiente advertencia.

Me ignora por completo. —Vesper tiene un corazón gigante. Es su mejor cualidad y su mayor debilidad. Aguanta cosas que no debería aguantar.

—Way, para...

—No quiero que la utilicen.

—¿Crees que Vesper permitiría que la utilizaran? —le replica Kovan, ignorándome tan completamente como Waylen.

—¿Si eso significa ayudar a otra persona? Por supuesto. Y creo que lo sabes, Kovan.

Kovan arquea una ceja. —Prefiero que mis empleados me llamen "Sr. Krayev".

—¡Basta! —golpeo la mesa con las manos y me levanto de un salto —. Sinceramente, ¿pueden dejarlo ya? Hay tanta testosterona en esta habitación que casi no puedo respirar.

Antes de que ninguno de los dos pueda responder, Luka vuelve saltando con un globo terráqueo que recuerdo haber visto en su sala de juegos. —Este es mi planeta, Waylen. —pasa por alto a Kovan y se sube a la silla junto a mi hermano—. Quiero aprender sobre... —lo gira y señala—. Aquí.

—¡África! —la cara de Waylen se ilumina—. Curiosamente, pasé un año enseñando en Mozambique.

—¿En serio? —Luka parece como si nunca hubiera oído nada más genial en toda su vida—. ¿Viste leones? ¿Y jirafas? ¿Y rinocerontes?

—A todos. Una vez, durante un safari, un guepardo incluso utilizó el capó de mi jeep como lugar para echarse la siesta.

—¡No puede ser!

—La próxima vez traeré fotos.

Recojo las tazas de café de la mesa, con la esperanza de que el entusiasmo genuino de Luka suavice la actitud de Kovan. Pero cuando me doy la vuelta desde el fregadero, él está allí, a menos de treinta centímetros. E irradia energía enfadada.

Se apoya en la encimera, con los brazos cruzados, mirando a Waylen y Luka con una irritación que no se molesta en ocultar.

—George de la selva sí que sabe cómo presumir —murmura.

Contengo una sonrisa. —Ha hecho cosas increíbles. ¿Sabías que estuvo en el Cuerpo de Paz?

—Dios mío —Kovan se pasa la mano por la cara.

—Y fue voluntario en la Escuela para Ciegos de California durante un año.

—¿También camina sobre el agua?

No puedo reprimir la risita que se me escapa de los labios. Tanto Waylen como Luka se vuelven hacia mí. Me escondo detrás de mi taza. —Es bonito que estés celoso.

—¿Celoso? —casi se atraganta con la palabra—. Nunca he estado celoso de nadie en mi vida. Y mucho menos de un chico guapo y arrogante.

—Entonces, ¿por qué contrataste al chico guapo y arrogante?

—Porque tú dijiste que te harías responsable por él.

—Tonterías. Tú no haces nada que no quieras hacer.

Me mira con ira. —Está bien. Parece que sabe cómo manejar a Luka.

—Porque es bueno en lo que hace.

—O porque su encanto idiota atrae a los niños de ocho años —hace una pausa—. ¿Me cuentas otra vez cómo se conocieron?

—¡Vesper! —Luka me salva de tener que responder—. ¡Waylen dice que puedes tocarte la nariz con la lengua!

Capto la expresión de Kovan. Parece ofendido personalmente porque Waylen sepa algo sobre mi lengua. Tengo que morderme el interior de la mejilla para que no me vea sonreír.

Él dice que no está celoso. Yo no estoy de acuerdo. Creo que se está poniendo verde de envidia.

—Es verdad —lo demuestro y Luka estalla en aplausos como si hubiera hecho magia.

—¡Qué genial! —exclama—. Lo he intentado durante mucho tiempo, pero mi lengua no es suficientemente larga.

—Seguro que tienes otros talentos —lo anima Waylen.

—No —Luka pone cara de decepción—. Soy aburrido.

Waylen le da un codazo en las costillas. —Vesper solía decir lo mismo a tu edad. Créeme, todo el mundo piensa eso cuando tiene ocho años.

—Yo todavía lo pienso a veces —admito, deslizándome en el asiento junto a Waylen.

—Solo porque te niegas a divertirte —Waylen pasa su brazo por mis hombros.

Kovan se pone rígido. Aprieta los puños y siento un nudo de pánico en el estómago. ¿Estoy yendo demasiado lejos? ¿O no lo suficiente?

—¿Cómo? —intento mantener la conversación ignorando al señor Malhumorado.

—Las cosas que solíamos hacer de niños. ¿Te acuerdas de cuando...?

—¡Espectáculos de sombras! —interrumpe Luka—. ¡Como los que hacía Waylen cuando te colabas en su habitación por la noche! Él me lo contó.

Si antes Kovan parecía enfadado, ahora parece asesino. Estoy bastante segura de que, si le rompiera un huevo en la cabeza, se cocería.

—No lo hacía tan a menudo —murmuro.

—Por favor. Al menos dos veces por semana —declara Waylen—. Era una lucha sacarte de mi cama por las mañanas.

La mirada de Kovan podría convertirme en piedra. Estoy reconsiderando todas las decisiones de mi vida que me han llevado a este momento.

Por otro lado, también estoy disfrutando mucho del peligro.

—Ojalá tuviera un hermano —suspira Luka, ajeno al peligro—. O una hermana. Entonces, podríamos colarnos en la habitación del otro y hacer espectáculos de sombras como hacían ustedes dos.

Kovan se queda paralizado.

Yo me quedo paralizada.

Creo que el término técnico para esta situación es "pillada".

—¿Le has enseñado ya a Waylen el estanque de carpas? —pregunto desesperadamente.

—¡Todavía no! —Luka agarra a Waylen del brazo y lo pone de pie—. ¡Vamos!

—Tranquilo, tranquilo, no hace falta tirar. Ya voy —Waylen lanza una mirada cautelosa a Kovan antes de seguir a Luka fuera.

Empiezo a volver a limpiar la mesa, que ya está limpia, lo cual es un mecanismo de defensa patéticamente transparente, pero necesito algo que hacer con las manos.

—Quizás deberíamos pedir pizza para cenar —sugiero, con una voz anormalmente aguda—. O podríamos comer comida chi...

—Me mentiste.

La voz de Kovan es mortalmente silenciosa. Sus ojos verdes prometen venganza, del tipo larga y dolorosa.

—No te mentí —respondo con voz chillona—. Omití información. Hay una diferencia.

—Me hiciste creer que era tu ex.

—Yo no hice nada. Tú sacaste tus propias conclusiones.

—¿Y cuál era el objetivo exactamente?

Me encojo de hombros e intento rodearlo. —¿Satisfacción personal?

Él me sigue, su sombra cayendo sobre mí como un depredador acechando a su presa. Se me eriza la piel, pero siento un cosquilleo emocionante en lo más profundo de mi vientre. Este siempre fue el resultado final de este juego. Fingí lo contrario, me dije a mí misma que tenía otras razones, pero lo sabía. Siempre supe adónde nos llevaría.

Y ahora, Kovan también lo sabe.

—Disfrutaste viéndome retorcerme.

—¿Así que admites que te retorcías?

Sus ojos brillan. —No eres la dulce Dra. que todos creen que eres. Eres una pequeña alborotadora a la que le gusta jugar. Pero lo que pasa con ser una alborotadora, Vesper... es que termina con un castigo.

Pongo los ojos en blanco e intento alejarme, intento fingir que cada palabra que me gruñe al oído no está provocando cosas atroces y deliciosas entre mis piernas.

—Piensa lo que quieras, Kovan.

Su mano golpea la encimera, atrapándome entre la nevera y la isla. —No puedes jugar conmigo y luego marcharte sin más. No, no. Creo que yo también quiero jugar contigo.

A pesar del miedo que me invade, me obligo a mirarlo a los ojos. —¿Y qué vas a hacer al respecto?

En retrospectiva, desafiar a un hombre como Kovan Krayev probablemente no fue mi decisión más inteligente. Se inclina hasta que su cuerpo queda a apenas unos centímetros del mío. Un poco más y estaríamos completamente pegados. Mi ropa nunca me ha parecido tan endeble. Ninguna habitación me ha parecido tan pequeña.

—¿Así es como intimidas a todos tus empleados? —le pregunto con voz ronca, desesperada por decir cualquier cosa que impida lo que

sea que esté planeando hacer a continuación.

—No eres una empleada, ¿recuerdas? —dice con esa voz pecaminosa y aterciopelada que me hace estremecer—. Eres mi novia.

—Solo de nombre.

—¿Es eso lo que te repites a ti misma? —su aliento me hace cosquillas en la oreja mientras enrosca un mechón de mi pelo en su dedo.

—Es la verdad. Es lo que tú querías, ¿*recuerdas*?

Sonríe y sus ojos se iluminan con destellos verdes, dorados y azul grisáceos. Tantos colores y promesas arremolinándose en ellos. —Oh, lo recuerdo todo. Recuerdo que dijiste que nunca me suplicarías que me acostara contigo, por ejemplo. Pero eso me hace preguntarme algo... Si te tocara ahora mismo, Vesper... ¿me detendrías?

Abro mucho los ojos. Mi corazón late tan fuerte que lo siento en todas partes: en el pecho, en la garganta y, sobre todo, entre las piernas.

—Sí —digo con voz chillona.

Su sonrisa se amplía. —No ha sido muy convincente.

—Déjame ir.

—No te estoy reteniendo —sus labios están tan cerca que siento su calor—. Si quieres irte, vete.

—Estás en mi camino.

Ahora compartimos el mismo aire. Está tan cerca que podría hacerme respiración boca a boca. Empiezo a pensar que quizá lo necesite.

—Si esto va a funcionar, tenemos que ser sinceros el uno con el otro —me susurra con voz ronca contra mis labios—. Necesitamos confianza.

—¿Tú confías en mí?

Inclina la cabeza. —Confío en ti con Luka. Es más confianza de la que he depositado en personas que conozco desde hace años.

—Eso no es lo mismo.

—¿Quieres más?

—No, eso no es lo que yo...

Las palabras se desvanecen cuando sus labios se posan sobre los míos. Puedo oler su piel, esa mezcla embriagadora de jabón y sudor, colonia y detergente, el aire filtrado de su mansión y el dulce calor de la primavera en el exterior.

Jadeo cuando su mano se posa en mi cadera. Su peso, firme y seguro, me hace contraer el estómago. No sé si estoy preparada para esto. Para él. Mejor dicho, sé que no lo estoy.

—Kovan...

—¿Sí, Vesper?

Tiene que dejar de decir mi nombre. Me está matando. Mi nombre, susurrado con esa voz, es la receta para mi perdición. Se desliza sobre mí como aceite caliente, despertando cada terminación nerviosa, haciéndome sentir como si hubiera estado sonámbula toda mi vida hasta este momento. Una vida a medias, una sombra de vida... hasta ahora.

—Yo... yo...

¿Qué demonios estoy tratando de decir? Algo importante, sin duda. Hay mucho en juego. Pero al mirar esos imposibles ojos verdes, todo lo demás se desvanece.

Sus manos se deslizan hasta mis muslos. Mis piernas se abren sin permiso de mi cerebro.

—¿Estás de acuerdo en que debemos ser sinceros el uno con el otro? —pregunta.

Solo puedo asentir.

Sus labios recorren mi mandíbula. Un grito ahogado de sorpresa se me escapa cuando siento su dureza contra mi muslo.

—¿Estás de acuerdo en que debemos confiar el uno en el otro?

Otro asentimiento. Soy como una muñeca rota con solo dos estados: conmocionada y desesperada.

—¿Estás de acuerdo en que querías ponerme celoso?

Las alarmas deberían estar sonando en mi cabeza. Pero lo único que puedo procesar es el calor de su cuerpo contra el mío, la forma en que su erección me inmoviliza, el completo cortocircuito de mi pensamiento racional.

—Dime —murmura cuando no respondo a su pregunta—. ¿Estás de acuerdo en que querías ponerme celoso?

—Quizás —susurro.

Él se presiona contra mí y la presión contra mi centro me hace gemir. Estoy peligrosamente cerca de derrumbarme aquí mismo, completamente vestida y a su merced.

—Podría darte el orgasmo más increíble de tu vida —me susurra al oído—. Quieres eso, ¿verdad? ¿Quieres derrumbarte en mis manos?

—S-sí.

No me reconozco.

—¿Me deseas?

—Sí.

—Podría hacer que te corras aquí y ahora mismo —se aparta lo justo para que pueda verle los ojos—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Bien —sus labios rozan mi oreja—. Podría lamerte. Saborearte. Aplastarte. Poseerte. Podría hacerte sentir cosas que nunca has sentido antes. Podría hacer todo eso...

Entonces, da un paso atrás, dejando un metro de aire frío entre nosotros. Una sonrisa maliciosa se dibuja en su rostro.

—...Pero no lo haré.

La repentina ausencia de su calor es el peor dolor que he sentido jamás. Toda esa necesidad desesperada se estrella contra la nada, y es una agonía.

Inclina la cabeza en una reverencia burlona. —Que pases una buena noche, Dra..

Luego se aleja y me deja temblando, furiosa y anhelando algo que tendré que suplicar si alguna vez quiero conseguirlo.

KOVAN

UNA SEMANA DESPUÉS

—Deja de mirar la hora —le digo.

El suspiro de Vesper es extremadamente melodramático. —¿Cómo hemos vuelto a acabar en tu casa esta noche? —pregunta—. Tengo que irme a casa si quiero dormir algo antes de mi turno.

—Pasa la noche aquí. Mañana le diré a Pavel que te lleve.

Se está masajeando el muslo con tanta fuerza que me sorprende que no se haya hecho moratones. Es imposible ignorar la energía nerviosa que irradia. —No me voy a mudar contigo, Kovan.

—No te lo he pedido. Solo te he sugerido que pases la noche aquí.

—*Si* finalmente me quedo, y eso es un gran "si", quiero mi propia habitación.

Todos mis instintos me gritan que rechace su petición. Pero después de lo que pasó la semana pasada, quizá distancia sea justo lo que ambos necesitamos.

El castigo en la cocina se suponía que era para ella. En cambio, he pasado siete días caminando como un poseso. Esa noche, me di la ducha más fría de mi vida y aún así terminé masturbándome hasta que mis nudillos quedaron en carne viva. La liberación, cuando

finalmente llegó, se sintió hueca. Vacía. Nada que ver con lo que sé que se sentiría dentro de ella.

Desde entonces, cada interacción ha sido una tortura. La forma en que se mueve. La forma en que respira. La forma en que ocupa mi espacio como si fuera suyo.

O la forma en que se ve ahora mismo. Lleva unos pantalones cortos que deberían ser ilegales y una camiseta blanca sin mangas que se ciñe a cada curva. Nunca había visto este conjunto antes, lo que me hace pensar que se lo ha puesto específicamente para volverme loco.

Misión jodidamente cumplida.

—Está bien —digo con esfuerzo—. La habitación contigua a la mía.

Ella sonríe. —Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo.

Se levanta del puf y camina hacia las puertas francesas, estirándose de una manera que deja al descubierto la franja de piel entre los pantalones cortos y la camiseta. Su cabello dorado cae en cascada por su espalda en ondas que hacen que mis dedos se mueran por tocarlo.

Quiero agarrar ese cabello con el puño. Inclinarla. Empujarla hasta que se arrodille y hacer que...

Interrumpo el pensamiento antes de que se forme por completo. Seguir por ese camino no lleva a nada bueno. Solo acabaré con una erección que no podré controlar y un nudo en el estómago que ninguna distracción podrá calmar.

—Waylen y Luka se llevan de maravilla, ¿eh? —ella mira por encima del hombro con una mirada de puro triunfo.

La forma en que se ha girado me ofrece una vista perfecta de todo lo que apenas contiene la camiseta sin mangas. Sus pezones se ven a través de la fina tela del sujetador, y tengo que moverme para ocultar lo que me provoca esa imagen.

—¿Qué?

Ella sabe exactamente lo que me distrae. La pequeña sonrisa que se dibuja en sus labios la delata. —Waylen y Luka. Ya son como mejores amigos.

Vuelvo a cambiar de postura, agradecido por el cojín que de repente tengo en el regazo. —Los métodos de tu hermano son... poco convencionales.

Es la forma más diplomática que se me ocurre para decir que no me gusta su cara. Ni su actitud. Ni la forma en que Luka se ilumina cuando está con él.

Pero no puedo negar que todo está funcionando.

Sin embargo, eso no me impedirá cumplir mi juramento. Ambos sabemos que estoy siendo quisquilloso, pero que me parta un rayo si voy a parar pronto. Este rencor morirá conmigo y ni un momento antes.

—Lo poco convencional funciona. No puedes negar que Luka está disfrutando como nunca.

—Tardó tres días en devolver el contrato firmado.

—Primero lo leyó. Sorprendente, lo sé.

—Parece que alguien tiene problemas de confianza.

Vesper cruza los brazos y el movimiento le eleva los pechos de una forma que pone a prueba cada gramo de mi autocontrol. —¿Por qué estás tan decidido a odiarlo?

—¿Por qué estás tan decidida a que seamos amigos? Esto es un acuerdo comercial. Nada más.

Ella se estremece como si le hubiera dado una bofetada, y enseguida me invade la culpa. Se vuelve hacia la ventana que da al jardín, donde Waylen y Luka están construyendo cometas.

—Claro —dice en voz baja.

Hago una mueca. Antes de conocernos, estos silencios gélidos no me habrían molestado en absoluto. Ahora, cada uno de ellos me pone de los nervios. —¿Qué le has contado exactamente sobre nosotros?

—Que estamos saliendo. Que llevamos juntos alrededor de un año. Que estamos en proceso de irnos a vivir juntos. Y que nuestra relación es medio seria —enumera cada punto con los dedos—. ¿Por qué?

—Porque me mira como si fuera a robarte tu virtud y atarte a las vías del tren.

Se encoge de hombros. —¿Qué puedo decir? Quizá tú des esa impresión.

Dejo el sofá y me uno a ella en la puerta. Tan cerca, puedo oler su champú. En este momento, es un afrodisíaco para mí. Todo mi cuerpo se ilumina con el aroma como un maldito árbol de Navidad.

—Me sorprende que no le hayas contado todo el asunto.

—No lo sé —vuelve a estar callada y solemne—. Me pareció más fácil así.

Afuera, la cometa de Waylen vuela sobre nuestras cabezas. Tiene forma de dragón con las fauces abiertas y la cola ondeando al viento. —Uno pensaría que se esforzaría más con el novio de su hermana.

Me mira con escepticismo. —Lo mismo podría decirse de ti, ¿te das cuenta? ¿Por qué no te esfuerzas más por llevarte bien con el hermano de tu novia?

—Porque lleva pantalones bombachos, para empezar.

—¡Kovan!

Sonriendo maliciosamente, me acerco y la atrapo contra el marco de la puerta. Sus ojos se agrandan, las pupilas se dilatan y se le corta la respiración.

—¿Qué cree que está haciendo, señor? —pregunta.

—Es importante que él siga sin darse cuenta de nuestro pequeño engaño —le digo con mirada solemne—. Necesita creer que somos pareja. Igual que Luka. Igual que la trabajadora social. Igual que Yana e Ihor. Igual que todos los demás que tienen algo que ver en este juego.

Está visiblemente tensa, pero no se aparta. —Él guardaría nuestro secreto aunque lo supiera.

—Claro. El boy scout de allí se mantendría callado.

—¿Pensaba que tú eras el boy scout? —se ríe y luego niega con la cabeza—. De todos modos, lo has entendido todo mal. Él no te odia y no quiere molestarte.

—Me vigila como si fuera un maldito depredador.

—Bueno, que no te odie no significa que le caigas bien —me corrige con brutal honestidad.

Entrecierro los ojos. —¿Qué motivo podría tener? Soy encantador como la mierda.

Su boca se contrae como si estuviera luchando por no sonreír. —Quizá no le gustan tus pantalones, listillo —me empuja en el pecho —. En cualquier caso, es inteligente. Y observador. Al final lo descubrirá, te guste o no.

—No si sabemos venderlo —me inclino hasta que mis labios rozan su oreja—. Tienes que parecer más convincente.

Ella empuja con más fuerza, escabulléndose de debajo de mi brazo. —Lo siento, no soy tan buena actriz.

—Entonces, nos ceñiremos a la verdad. Frunce los labios y muéstrame "deseo desenfrenado".

—Ya te gustaría.

—Pero ya lo estás haciendo muy bien —le digo con voz melosa, sonriendo mientras acerco mi frente a la suya—. Solo estoy observando los frutos de tu trabajo.

Un destello de calor ilumina sus ojos, una mezcla indescifrable de lujuria e irritación. —Quizá deberías observar a Luka. Él es la razón por la que estamos haciendo esto, ¿recuerdas?

—Él es la razón por la que yo estoy haciendo esto —le respondo—. Tú tienes motivaciones completamente diferentes.

Ella abre la boca para discutir, pero el estruendo de la puerta principal la interrumpe. Incluso Waylen y Luka se vuelven hacia el ruido que viene del exterior.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Vesper.

El revelador aroma de Chanel n.º 5 me llega antes de verla. Quiero advertir a Vesper, pero ya es demasiado tarde.

Yana está aquí.

KOVAN

Yana se planta sobre mi alfombra persa como un ángel vengador salido del infierno. Su mirada rebota entre Vesper y yo con puro veneno, mostrando los dientes como la perra rabiosa que es.

—¿Así que esta es la puta?

—Hay gente que empieza con un hola —digo con calma—. Vesper, te presento a Yana. La madre de Luka.

—Oh, ¿te acuerdas de eso, verdad? —los ojos de buitre de Yana son finas rendijas furiosas—. Qué generoso por tu parte.

—Lo recuerdo todo, Yana. Todas las veces que lo dejaste en la escuela, con la niñera, en áticos y coches cerrados con llave y en bancos de parque. Todas las veces que tú o tu marido lo enviaron al hospital. Lo recuerdo todo. Hasta el último detalle.

—¿Te crees tan perfecto? ¿Con tus armas, tus negocios turbios y tu desfile de mujeres? —se vuelve hacia Vesper y frunce los labios—. Espero que no te creas especial, cariño. Para él, no eres más que otro cuerpo caliente con las piernas abiertas. En cuanto se aburra, te echará como la basura blanca que eres.

Vesper se queda mirando con la boca abierta, palideciendo.

Me interpongo entre ellas. —¿Qué haces aquí, Yana?

—Vengo a ver a mi hijo. Hoy tenía visita. Algo más que tú convenientemente olvidaste.

—¡No lo olvidó! —la vocecita de Luka atraviesa su ira mientras él y Waylen entran por las puertas francesas—. El tío Kovan me llevó a verte esta mañana, mamá.

Los ojos de Yana se posan en Luka, y él inmediatamente se encoge, escondiéndose detrás de Waylen, que la mira con sorprendente intensidad.

—¿Quién demonios es este *mudak*? —grita.

Él extiende una mano. —Waylen Fairfax. El tutor de Luka.

La mueca de desprecio de Yana se acentúa mientras mira su mano como si tuviera hongos. —No necesita un tutor.

—Entonces no has prestado atención —intervengo—. Le cuesta mucho el colegio. Necesita ayuda individualizada.

—Y déjame adivinar: tú "necesitas" pasar tiempo a solas con tu último juguete, así que le endosas al chico a este maldito *hui s'gory*.

Vesper empieza a hablar, pero me interpongo de nuevo entre ella y Luka y la coloco detrás de mí. —Waylen, lleva a Luka arriba para su clase de matemáticas, por favor.

—Por supuesto —por una vez, Waylen no discute. Coge a Luka de la mano y desaparecen por las escaleras.

En cuanto se han ido, Yana se vuelve hacia mí. —¡Lo estás poniendo en mi contra! —grita, agitando una uña bien cuidada en mi cara.

—¿Por qué iba a tener que intervenir? Lo estás haciendo muy bien tú sola.

—¡Cabrón! —se inclina hacia delante, levantando los puños.

Antes de que pueda reaccionar, Vesper se interpone entre nosotros, agarra a Yana de la mano y la empuja hacia atrás.

—¿Estás loca? —le espeta Vesper a mi cuñada—. Kovan está cuidando de tu hijo. Se merece respeto. Deberías besarle los pies en señal de gratitud.

Yana se centra en Vesper. No me gusta cómo hace una pausa y se lame los labios. —Vaya, vaya. Habla.

Vesper no parece intimidada en absoluto. Le hace un gesto de desprecio a Yana. —Deja las tonterías de colegio para las chicas treinta años más jóvenes que tú, ¿vale? Las dos somos adultas y queremos lo mejor para Luka. Tengamos una conversación de verdad. ¿Crees que puedes hacerlo?

Yana parece como si la hubiera atropellado un camión. Está acostumbrada a las confrontaciones. Al dramatismo. Está acostumbrada a las peleas a puñetazos y a las mesas volando por los aires. Está acostumbrada a las discusiones a gritos en Bergdorf Goodman's y a los enfrentamientos en jets privados.

Enfrentarse a una madurez tranquila e imperturbable es territorio desconocido para ella.

Como era de esperar, no lo maneja bien.

—¿"Conversación"? ¿Qué le diría a una puta barata e interesada que...?

—Ya basta —gruño, y mi tono grave corta por la mitad su chillido agudo—. No le hablarás así.

Una risa furiosa brota de sus labios rojo rubí. —Oh, muy bien, Kovan. Muy bien. Casi me hace creer que te importa esta zorra pobretona.

—¿Te importa siquiera lo que le estás haciendo a tu hijo? —pregunta Vesper con voz temblorosa por la furia contenida—. Ya has visto su cara. Estaba aterrorizado. Los niños no deberían tener miedo de sus padres.

—¿Qué sabes tú de ser padre?

—Yo tuve uno estupendo, así que sé más de lo que crees. No estoy segura de que Luka pueda decir lo mismo.

—¡Puta zorra!

—Yo no soy la que ha irrumpido aquí buscando pelea. ¿Quieres recuperar a tu hijo? Empieza a comportarte como una adulta. Mejor aún, empieza a comportarte como su madre.

La cara de Yana se pone morada. Dos venas de su frente se vuelven visiblemente azules, palpitando como si fueran a estallar.

—¿Cómo te atreves...?

—Yana, cálmate —la interrumpo—. Llevé a Luka a tu casa a la hora acordada. Esperamos treinta minutos. No apareciste. Es culpa tuya.

Ella no me oye o no le importa. —¡No dejaré que me robes a mi hijo, hijo de puta! ¡Soy su madre, ¿me oyes? ¡Su puta madre!

Levanto una mano y señalo hacia la puerta. —Tienes que irte. Ahora mismo.

—Me iré cuando esté lista —sus ojos se dirigen rápidamente hacia Vesper—. ¿Por qué esta zorra pasa más tiempo con mi hijo que yo?

Para mi sorpresa, Vesper da un paso adelante, con los hombros rectos como un boxeador. —Llámame zorra una vez más, maldita drogadicta.

—Te llamaré cosas peores, zorra. ¡Te destruiré!

Vesper resopla—. ¿Cómo? Apenas me llegas a la cintura.

Yana se abalanza sobre ella. Por un instante, considero dar un paso atrás y ver cómo se desarrolla la escena.

El momento pasa. Agarro a Yana por la cintura y la empujo hacia atrás antes de que pueda ponerle la mano encima a Vesper. Tropieza, pero consigue no caerse, con los ojos ardientes y las uñas extendidas como garras.

—Ya te he dicho una vez que te vayas —repito—. No lo diré por tercera vez.

—No puedes seguir así para siempre, Kovan. Luka me pertenece. Solo lo estás utilizando para castigarme.

—¿Por qué me iba a importar castigarte?

—Por volver a casarme tan rápido. Por no llorar la muerte de Vitalii como tú querías.

Niego lentamente con la cabeza. —No me importan tus decisiones, Yana. Me importa cómo tratas a mi sobrino.

—Mírate, con tu aire de superioridad —vuelve a burlarse. Su rostro nunca ha sido tan repugnante—. Los dos sabemos que no tienes tiempo para nadie más que para ti mismo. Vitalii lo decía todo el tiempo.

No dejo que vea lo mucho que me duele eso. Conozco demasiado bien sus tácticas como para caer en ellas.

Pero Vesper no.

—¿Cómo te atreves a convertir a Kovan en el villano para excusar tus fracasos? —el rostro de Vesper arde de indignación—. Ha hecho todo lo posible para que Luka se sienta como en casa. Todo. ¿Y sabes qué? Luka se siente como en casa aquí. Nadie lo empuja por las escaleras. Nadie apaga sus cigarrillos en su maldito cuello.

—¡No finjas que conoces a mi hijo!

—Lo conozco más que tú. ¿Sabes qué juegos le gustan? ¿Qué países quiere visitar? ¿Qué quiere ser cuando sea mayor? ¿Te importa siquiera? ¿Eres capaz de *preocuparte*?

Siento una especie de brillo inusual en mi pecho. Orgullo, tal vez. Nadie fuera de mi familia me ha defendido así nunca. La feroz protección en su voz me provoca cosas que no quiero examinar.

Pero esta no es su lucha.

—Vesper —mi voz es aguda, innegable. Ella se vuelve hacia mí, con los ojos muy abiertos, y le digo—: Ya basta.

Su rostro se descompone. Aprieta los labios y se aleja de nosotros.

—Así es, Kovan —se burla Yana—. Pon a esa zorra en su sitio antes de que se le ocurran ideas. Una mujer como ella solo quiere...

—No conoces a ninguna mujer como ella. Vete antes de que te eche yo mismo.

—Que te jodan, Kovan Krayev —me hace un gesto obsceno y se dirige furiosa hacia la puerta—. ¡Esto no ha terminado! ¡Recuperaré a mi hijo de una forma u otra!

La puerta principal se cierra de un portazo con tanta fuerza que hacen vibrar las ventanas.

Por desgracia, eso es lo único que ha dicho que me creo.

Esto definitivamente no ha terminado.

VESPER

El silencio tras la marcha de Yana es insoportable. Todavía siento un escalofrío por sus palabras; un sabor ácido permanece en mi boca.

Me he enfrentado a familiares hostiles en salas de espera de hospitales; he visto cosas horribles en urgencias que desafían la lógica, pero nada podría haberme preparado para ese nivel de puro veneno.

Esa es la única palabra para describirlo. *Veneno*. Que corroe todo lo que toca.

De una forma extraña, me transportó a la noche en que Kovan y yo cerramos nuestro trato. Cuando estábamos sentados bajo las estrellas en el planetario y le pregunté por qué no mataba a Ihor. Me horrorizó haber sido capaz de formular esa pregunta.

Después de conocer a Yana, ahora creo que el hecho de que Kovan no la haya estrangulado él mismo es nada menos que un milagro divino. Contra todo pronóstico, puede que sea el hombre más paciente y compasivo que existe.

Yo la habría matado hace mucho tiempo.

—¿Tío Kovan? —el pequeño gemido de Luka llega desde lo alto de las escaleras—. ¿Se ha ido?

Por supuesto que estaba escuchando. Los niños siempre lo hacen. También en los peores momentos.

La actitud de Kovan cambia por completo. Las duras líneas de su rostro se suavizan mientras mira a su sobrino. —Se ha ido, *malysh*. Todo está bien.

—Parecía muy enfadada —dice Luka con el labio inferior tembloroso.

—Tu madre se enfada a veces. Se calmará.

—¿Te ha gritado, Vesper? —pregunta Luka, como si él fuera personalmente responsable del comportamiento de su madre.

La pregunta me duele físicamente. Me dan ganas de abrazarlo y prometerle, *jurarle,* que nada de esto es culpa suya. Que se merece algo mejor que una madre que lo utiliza como arma contundente contra las personas a las que odia.

—Puedo manejar a tu madre, Luka —le digo—. No te preocupes por mí.

Waylen aparece en la puerta, con la mandíbula apretada mientras me estudia el rostro. —¿Estás bien, V?

—Estoy bien —me agacho hasta la altura de los ojos de Luka—. Mira, amigo: nada de lo que dijo me molestó, ¿de acuerdo? Excepto cuando habló de ti y del tío Kovan.

—¿Te ha molestado porque te preocupas por nosotros? —una pequeña sonrisa incierta se dibuja en la boca de Luka.

—¿Cómo no iba a hacerlo?

Se lanza a mis brazos y me abraza con tanta fuerza que casi no puedo respirar. —Me alegro de que estés aquí, Vesper. A veces... —se inclina para susurrarme al oído—. A veces, finjo que eres mi mamá.

Tengo que morderme la lengua para evitar que se me salten las lágrimas. No puedo llorar. No puedo llorar bajo ningún concepto.

Ahora mismo necesita que sea fuerte.

—Oye, jefe —interviene Waylen, reconociendo claramente que mi fea cara de niña está a punto de hacer una aparición inoportuna—, ¿qué tal si nos saltamos el resto de las clases de hoy y vamos a comer un helado?

—¿Helado? —Luka se anima, todavía aferrado a mí.

—Gran idea —dice Kovan—. Waylen, elige cualquier coche que te guste del garaje y llévate a Luka. Necesito hablar con Vesper.

Tragándome el sollozo que se me ha atragantado en la garganta, esbozo una sonrisa y le hago un gesto con la cabeza a Luka. —Pídete una bola extra grande por mí, ¿vale?

Kovan busca su cartera, pero Waylen le lanza una mirada fulminante. —Yo puedo comprarle el helado al niño.

Se miran fijamente durante un instante antes de que Kovan ceda y retroceda, para mi sorpresa. Waylen coge a Luka de la mano y salen por la puerta principal.

Entonces, nos quedamos solos.

Kovan se desplaza al otro lado de la habitación, poniendo tanta distancia entre nosotros como le es posible. El cambio en él es desconcertante. Es como si estuviera absorbiendo toda la luz y el calor y enterrándolos. Afuera, el cielo se oscurece con una tormenta.

—Has cruzado una línea —gruñe.

Me estremezco. De todas las cosas que esperaba que dijera, esta no era una de ellas. —Yo... ¿yo qué?

—No deberías haberte involucrado.

—¡Ella nos estaba gritando a los dos!

—Así es como Yana se presenta. Te provocó y tú picaste. Le seguiste el juego. La regla número uno es no hacer eso nunca, jamás.

El calor inunda mis mejillas. —No sabía que hubiera reglas en este juego.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —su tono es despiadado y frío—. No entiendes la dinámica aquí. Hay políticas en juego que no puedes manejar.

Lo escucho. Pero no lo entiendo, maldición.

—¿Esperabas que me quedara ahí parada mientras ella te llamaba tutor incompetente?

—Sí.

—¿Mientras ella siseaba, gritaba, maldecía y te señalaba con el dedo?

—Sí.

—¿Mientras te amenazaba a ti? ¿A mí? ¿A nosotros? ¿A Luka?

—Sí, todo eso, Vesper.

Niego con la cabeza, con la barbilla levantada obstinadamente. —Yo no soy así.

—Me importa una mierda cómo seas —responde con frialdad, girándose para mirarme—. Esto no formaba parte de nuestro acuerdo.

—Entonces, tienes que explicarme cuál es nuestro acuerdo —le espeto—. Porque, qué tonta soy, pensé que estábamos en el mismo equipo.

Aprieta la mandíbula. —No estamos en el mismo equipo, Vesper. De hecho, no hay equipos. Estoy yo, está Luka y luego están las personas que trabajan para nosotros —se gira hacia la ventana, con el perfil anguloso y cruel, y aún más hermoso por lo distante que está—. Luka y yo no somos tuyos para que nos defiendas.

Trago saliva para contener las lágrimas de ira y frustración. —No lo hice por eso —digo con voz ronca—. Te defendí porque me importas.

No es arrepentimiento lo que siento después de decir esas palabras. Quizá debería serlo. Quizás debería retractarme, fingir que no lo decía en serio.

Pero estoy tan cansada de fingir. Estamos demasiado involucrados como para seguir jugando a las adivinanzas.

—Ese es el problema —dice en voz baja mientras me da la espalda una vez más—. Cuando te emocionas, te descuidas. Cuando te descuidas, la gente sale herida. Quizás no eras la opción adecuada para esta situación después de todo.

Mi mundo se derrumba.

Siento ese familiar dolor punzante en todo el cuerpo, igual que el día en que mi padre me contó su diagnóstico. La forma en que todo mi interior se volvió rígido y luego frío. Como si mi cuerpo se protegiera de un golpe al que sabía que no podría sobrevivir de frente. Ahora está haciendo lo mismo.

—A partir de ahora —continúa Kovan, con la voz desprovista de emoción—, necesito que formes parte de nuestras vidas sin *involucrarte* en ellas. Cuida lo que dices o corres el riesgo de complicarle las cosas a Luka. ¿Me he explicado bien?

Asiento porque no confío en mi voz. Porque si hablo, me derrumbaré por completo.

—Respóndeme —ordena—. Necesito saber que lo entiendes.

Trago saliva de nuevo. Me duele. —No volverá a pasar —digo con voz ronca.

—Bien.

Me abrazo a mí misma, sintiendo de repente un frío intenso en su enorme casa. —¿Le das las buenas noches a Luka de mi parte? Creo

que me voy a casa.

No discute. No se disculpa. No se retracta de ninguna de las palabras que ha dicho.

—De acuerdo —dice finalmente—. Buenas noches.

KOVAN

Los días que siguen a la maldita visita desastrosa de Yana son cada vez peores.

Osip y Pavel me lanzan miradas asesinas, Vesper me ignora por completo y su molesto hermano me muestra una hostilidad abierta.

Incluso Luka se ha vuelto en mi contra, al parecer.

—¿Qué has hecho? —me preguntó anoche, con esos grandes ojos grises llenos de acusación.

—Nada.

La mirada que me lanzó rezumaba sospecha. —Si pides perdón, quizá todos dejen de estar enfadados contigo.

—¿Quién está enfadado conmigo?

Se mordió el labio, se encogió de hombros y se alejó sin decir nada más. Tiene ocho años y ya domina el arte de hacerme sentir como una mierda. En su defensa, hay que decir que tiene buenos maestros.

¿Cómo demonios me he convertido en el villano aquí? Lo único que hice fue establecer límites. Cumplir con nuestro acuerdo. Intentar protegerlo de encariñarse con personas que no estarán en su vida para siempre.

¿Y qué si todos piensan que soy el malo? Nunca me había importado.

¿El hecho de que ahora me importe? Ese es el verdadero problema.

—¿Va a llegar pronto Vesper? —Luka entra saltando en mi oficina, con la mochila ya colgada al hombro.

—Debería. Vamos, salgamos.

Salimos a la rotonda justo cuando el Toyota de Vesper se detiene. Waylen ya está allí, asomado por la ventanilla abierta como si estuvieran compartiendo secretos de Estado.

Verlos con las cabezas juntas me hace apretar los dientes.

Vesper nos ve primero. Toca el brazo de Waylen y él se endereza, dejando paso a Luka para que se dirija directamente a su ventana.

—¡Me alegro mucho de verte! —Luka salta sobre sus pies—. Últimamente no te he visto por aquí.

Pienso exactamente lo mismo. Pero cuando lo digo yo, sueno exigente y controlador. Cuando lo dice el niño, es adorable. Jodidos dobles estándares en todo su esplendor.

—Ahora estoy aquí, ¿no? —mantiene la mirada fija en Luka, evitando cuidadosamente incluso una sola mirada en mi dirección—. Y vamos a pasar toda la noche juntos, solo tú y yo.

—¿Por qué no puedes pasar la noche aquí con nosotros? —insiste Luka.

—Estoy muy ocupada en el trabajo estos días. Tiene más sentido que me quede en mi apartamento.

—¿Entonces quizá el tío Kovan y yo podamos volver a pasar la noche contigo?

Me mira con esperanza y tengo que apartar la mirada. El niño desea tanto que seamos una familia que se le nota en la cara.

—Ni siquiera estaré en casa esta noche, Luka —dice Vesper rápidamente—. Tengo un turno justo después de dejarte.

Sus hombros se encogen. —Oh.

—Oye, no estés triste. Tenemos toda una noche de diversión por delante. ¿Y adivina adónde vamos?

—¿A comer un helado?

—Claro... si no te importa que lo compremos en la cafetería del museo de ciencias.

Luka casi levita. —¿En serio? ¿Vamos allí ahora?

—Es hora de que experimentes el museo de ciencias como debe ser: con multitudes, caos y niños corriendo por todas partes.

Me arrebata la mochila de las manos, olvidándose de repente de convencer a Vesper para que se quede aquí con nosotros. —¡Vamos!

Waylen abre la puerta trasera y Luka se mete dentro, olvidándose por completo de mí en cuanto le hablan de dinosaurios.

Traidor.

Me inclino hacia la ventana de Vesper para que no pueda escapar sin mirarme. Ella se aparta inmediatamente, con todo el cuerpo rígido.

—Deberías pasar el fin de semana aquí —le digo en voz baja, asegurándome de que Waylen no pueda oírme—. Por las apariencias.

Su respuesta es seca, sin emoción. —Déjame comprobar mi agenda.

—No es una petición, Vesper.

Sus ojos se clavan en los míos durante un segundo antes de apartar la mirada. —Soy médico, Kovan, y hay otras personas que también requieren mi tiempo, además de ti. Ahora, si nos disculpas, tenemos una cita con unos huesos de dinosaurio muy grandes.

Empieza a subir la ventanilla antes de que pueda mover las manos. No tengo ninguna duda de que seguiría subiéndola si las dejara ahí, aunque me las cortara por los nudillos. Mierda, quizá lo preferiría.

Doy un paso atrás y la veo alejarse con mi sobrino riendo en el asiento trasero.

Increíble. El niño de ocho años se va con la mujer guapa. Y yo me quedo aquí atrapado con su hermano ceñudo.

—El entrenamiento empieza ahora —le digo a Waylen—. Osip y Pavel están esperando en el gimnasio.

—¿Es realmente necesario? —me sigue de vuelta a la casa, irradiando renuencia.

—Vas a estar solo con mi sobrino. Tienes que ser capaz de protegerlo cuando las cosas se pongan feas.

—Creo que puedo encargarme de proteger a un niño de ocho años.

—¿De una bala? ¿De una emboscada de diez hombres? ¿De una persecución a alta velocidad por la ciudad?

Se queda boquiabierto. —Dios mío. ¿En qué demonios estaba pensando Vesper?

Empujo la puerta del gimnasio y entramos.

Osip y Pavel están levantando pesas junto al espejo, ambos sin camiseta y sudorosos. Ninguno de los dos parece muy entusiasmado con esta sesión de entrenamiento obligatoria, pero saben por mi expresión que no deben discutir.

—Empecemos con lo básico —digo, pero Waylen ya me ha adelantado y se ha quedado mirando el cuadrilátero de boxeo que hay en el centro de la sala.

Todos nos unimos a él junto a las cuerdas.

—¿Tienes experiencia en boxeo? —pregunta Osip.

—Un poco. En la universidad.

Osip arquea las cejas y una sonrisa de satisfacción se dibuja en su rostro. —Entonces, tenemos por dónde empezar. Primero, estiramientos.

Le indica a Waylen que lo siga mientras Pavel coge una botella de agua. —¿Te quedas para esto? —me pregunta Pav con naturalidad.

—¿Por qué no iba a quedarme?

Mi hermano me lanza una mirada que dice que soy un idiota. —Vamos, hombre. Es obvio que Waylen y tú se odian.

—No tenemos por qué ser amigos. Esto es trabajo.

—Estás saliendo con su hermana.

Lo miro fijamente. —No te hagas el listo, Pavel. Sabes muy bien que Vesper y yo no estamos saliendo de verdad. Nunca ha sido así y nunca lo será. Todo esto es para conseguir la custodia de Luka. Una vez que la consigamos, ella y su hermano desaparecerán de nuestras vidas para siempre.

—¿De verdad crees que eso es lo mejor para Luka?

—No recuerdo haberte pedido tu opinión.

—Claro que no. Si lo hubieras hecho, los cerdos volarían por los aires. Pero ahora mismo no soy uno de tus soldados, soy tu hermano. Y no necesito permiso para decirte cuando estás siendo un idiota.

—Se acabó esta conversación —llamo a Waylen—. Veamos con lo qué estarás trabajando.

Waylen se acerca con demasiada confianza, con una actitud superior escrita en su rostro.

Osip empieza a subir al cuadrilátero, pero lo detengo. —No. Yo me encargo de esto.

Veo la mirada que Pavel y Osip intercambian a mis espaldas. Eso solo hace que esté más decidido a dejar a este chico guapo con el culo en el suelo.

—Cuando estés con mi sobrino, tienes que estar alerta —le digo a Waylen mientras subimos al cuadrilátero—. Siempre. Ya has visto a su madre. Esa mujer está completamente desquiciada. Su marido es peor. No se sabe lo que pueden llegar a hacer. Luka necesita protección en todo momento, sin importar con quién esté.

—¿Y mi hermana?

Mis manos se congelan sobre los guantes. —¿Qué pasa con ella?

—Tú mismo lo has dicho. Tu cuñada y su marido son peligrosos. Ya viste cómo atacó a Vesper el otro día. Ya la odia. Entonces, ¿quién protege a mi hermana?

—Tu hermana no corre peligro.

—No estoy de acuerdo —su voz es firme, inquebrantable. Como si hubiera ensayado este discurso—. Ha estado en peligro cada segundo desde que te conoció.

Ni siquiera hemos empezado a boxear, pero de alguna manera Waylen ha conseguido dar el primer golpe.

Pavel y Osip se apoyan en las cuerdas, observando como si estuvieran tratando de decidir a quién apostar. Si los conozco bien, eso es exactamente lo que están haciendo.

—¿De verdad quieres tener esta conversación aquí? —digo con tono burlón.

Él se encoge de hombros. —No hay mejor momento que el presente. Luka no está aquí. Vesper no está aquí. Y, sorpresa, en realidad no te tengo miedo, Kovan.

—Deberías tenerlo.

Él niega con la cabeza. —He conocido a tipos como tú toda mi vida. Todo se reduce al poder y al control. Se trata de a quién puedes manipular y cómo. Bueno, mi hermana no es un peón que puedas usar y tirar cuando hayas terminado. Yo tampoco.

Estudio su rostro, tratando de averiguar exactamente cuánto sabe. —¿A dónde quieres llegar, Waylen?

—A la verdad.

—La verdad es que tu hermana es una mujer adulta que toma sus propias decisiones. Y me eligió a mí.

—Entonces eligió mal —espeta—. No eres bueno para ella, Kovan. La vas a arruinar.

—Subestimas a tu hermana.

—No, la conozco. Es fuerte, pero tiene un punto de ruptura. Si la hieres lo suficiente, se cerrará por completo. Se esconderá en sí misma y nunca volverás a llegar a ella.

Empieza a dar vueltas a mi alrededor lentamente, sin apartar los ojos de mi rostro. Es curioso que alguna vez pensara que se parecía a un muñeco Ken. Tiene verdadera determinación en los ojos, un apretón decidido en la mandíbula.

Parece un *Bratva*.

—Siempre hemos sido muy unidos. Nos lo contamos todo. Hasta ahora. Hasta que apareciste tú. Ahora, mantiene sus sentimientos ocultos.

—Quizás no confía en ti.

—Oh, confía en mí —dice con absoluta certeza—. Solo tiene miedo de lo que le diré. Sabe que no apruebo ni a ti ni esta relación. Normalmente, eso sería suficiente. Pero, por alguna razón, está decidida a quedarse. Aunque le duela.

Estoy harto de sus tonterías pasivo-agresivas. Harto de dar vueltas alrededor de lo que realmente quiere saber. —Bien. ¿Quieres la verdad? Pregúntame lo que realmente quieres preguntarme.

Waylen ni siquiera parpadea. Su respiración se mantiene estable, pero sus manos se cierran en puños. —Vesper y tú. ¿Es real?

No lo dudo. —No. No lo es.

Él asiente, como si fuera exactamente lo que esperaba oír.

Luego, me da un puñetazo en la cara.

KOVAN

Me tambaleo hacia atrás y veo estrellas explotando ante mis ojos.

Por una fracción de segundo, veo tres pequeños puntos alineados perfectamente. No es la constelación que hay sobre mi cabeza, sino la que vive en la mejilla de Vesper. Las marcas de nacimiento que he memorizado en la oscuridad.

Oigo murmullos y susurros, pero levanto la mano para ahuyentarlos. —No —niego con la cabeza, despejando la niebla, mientras Pavel y Osip ya están a medio camino del cuadrilátero—. Atrás. Esto es entre nosotros.

De pie frente a mí, Waylen flexiona los dedos y mueve los hombros como si estuviera a punto de empezar. Su rostro está tormentoso y furioso. —¿A qué demonios estás jugando, Kovan? ¿Qué ganas con esto?

—A mi sobrino —muevo la mandíbula y noto un sabor metálico en la boca—. Necesito que Vesper me ayude a conseguir la custodia.

—Claro. Ya veo. Porque una relación estable te hace parecer un buen padre ante la ley. Es tan transparente y manipulador que lo llamaría descarado si no fuera tan repugnante al mismo tiempo —su voz rezuma acidez—. ¿Sabe ella que eso es todo lo que es para ti? ¿Un accesorio?

—Lo sabe todo —escupo sangre. Uno de mis dientes está ligeramente aflojado. En general, fue un buen puñetazo—. No la engañé para que se metiera en esto.

—Le pusiste delante a un niño maltratado, bastardo —Waylen aprieta los puños—. Claro que dijo que sí.

—Ella también saca algo.

—Lo que obtiene es *apego*. Lo veo cada vez que la miro, y tiene que acabar.

Cierro los ojos por un momento mientras una ola de emociones indescriptibles me invade. Porque tiene razón. Lo he visto suceder. Ella mira a Luka como si ya fuera suyo. Me defendió de Yana como si tuviera derecho a luchar a mi lado.

Siente que pertenece a ese lugar.

—Ese es su problema —digo con esfuerzo—. He dejado clara mi postura.

—Jodido...

Le doy un puñetazo en el estómago a Waylen antes de que pueda terminar la frase. Se dobla por la mitad, pero no cae al suelo, con la mirada fija en la mía.

—Cuida tu lenguaje cuando hables con tu jefe —le gruño.

Ahora es él quien escupe sobre la lona a nuestros pies. —La única razón por la que acepté este trabajo fue para vigilar a Vesper, ya lo sabes.

—¿Y cómo te está yendo?

Waylen ruge y carga contra mí. Lo esquivo fácilmente, anticipando su siguiente movimiento antes de que lo haga.

—¿Deberíamos parar? —grita Pavel desde las cuerdas.

—Todavía no —responde Osip, con tono divertido.

—No se metan en esto —ordeno. Me vuelvo hacia el Fairfax mayor y adopto mi postura—. Adelante, entonces. Dime lo que realmente sientes.

—Por el amor de Dios, idiota, esto no se trata de ti y de mí. Deja de intentar que lo sea —Waylen da vueltas, respirando con dificultad—. A decir verdad, me importa un comino lo que pienses de mí. Lo único que me importa es mi hermana.

Tengo que reconocerlo: estoy empezando a respetar a este chico. Eso no significa que no vaya a darle una paliza, pero ahora lo tengo en más alta estima que cuando nos conocimos.

Mientras intenta abrirse paso a la fuerza a través de mi defensa, le doy un fuerte codazo en el hombro. Cae de bruces sobre la lona, pero se levanta inmediatamente y se aleja bailando.

—Buen golpe —ahora se apoya en su lado derecho—. Lástima que sigas siendo un cobarde.

Parpadeo. —¿Qué acabas de decir?

—Ya me has oído. Cuando las cosas se pusieron serias con Vesper, elegiste el camino fácil. La alejaste antes de que pudiera acercarse demasiado —finta a la izquierda, luego a la derecha—. Tenía muchas opiniones sobre ti desde el principio, Kovan, pero nunca pensé que le tuvieras miedo a una Dra. de metro setenta y cinco.

Algo se rompe. Un hilo de autocontrol, o tal vez de autoengaño.

Me abalanzo sobre él. Ya no me molesto en dar puñetazos, eso ya pasó. En cambio, utilizando todo mi peso, aparto sus puños y voy a por su garganta. En el calor de mi ira, me resulta muy fácil rodearle la cabeza con un brazo. Mientras empiezo a apretar, gruño—: No sabes nada de mí.

—Sé lo suficiente —dice con voz estrangulada—. Sé que le estás haciendo daño.

—Kovan —Pavel rompe la neblina roja—. Se está poniendo azul.

—Cobarde —gruñe Waylen—. P-puto c-cobarde...

Debería soltarlo. Sé que debería soltarlo.

Pero cada palabra que sale de su boca es un puñal entre mis costillas, y quiero que se calle, que se calle, *que se calle de una puta vez*. Quiero que deje de decir cosas que son ciertas.

Porque nada de lo que ha dicho es mentira.

Y, por primera vez en mi vida, no tengo defensa.

Antes de que pueda decidirme, unas manos fuertes me empujan hacia atrás. Suelto a Waylen, pero reacciono instintivamente ante los demás, dando un cabezazo a Osip con tanta fuerza que rompo su agarre, y luego girando sobre mí mismo, listo para hacer daño a Pavel.

Pero me quedo paralizado cuando veo a Pavel arrodillado junto a Waylen, que jadea y tose en el centro del cuadrilátero, escupiendo más sangre.

¿Qué demonios estoy haciendo?

Si mato a su hermano, Vesper nunca me lo perdonará.

Me obligo a dar un paso atrás, a caminar alrededor del cuadrilátero hasta que mi respiración se estabiliza. Para cuando doy la décima vuelta, la rabia se ha convertido en cenizas frías y muertas. Me siento jodidamente miserable.

Waylen parece necesitar oxígeno. Pavel le ayuda a sentarse. En la otra esquina, Osip se pellizca la nariz sangrante y frunce el ceño.

—No es la primera vez que me la rompe —murmura Osip para sí mismo.

—Es una mejora, créeme —le dice Pavel.

Los ignoro a ambos y me acerco a Waylen, que sigue tosiendo. —No estás en forma. Tienes que entrenar más duro si quieres proteger a mi sobrino.

Se golpea el pecho, luchando por respirar. —¿Esto significa que no estoy despedido? —pregunta con sarcasmo.

—No me gustas —le digo con sinceridad—. Y no te quiero aquí. Pero... Luka sí. Ya ha perdido a demasiada gente. No voy a ser responsable de que pierda a otra más.

Waylen se inclina hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas. Cada inspiración parece causarle dolor, pero tiene la mandíbula apretada con tanta fuerza que parece que moriría antes de admitirlo en voz alta. —Respeto que quieras protegerlo. Eso es lo mismo que intento hacer por mi hermana.

Con eso, se me acaba la última pizca de fuerza para seguir discutiendo. Me siento enfrente de él y me quito los guantes. —Luka es un niño. Vesper es una mujer adulta.

—No importa. Se ama a quien se ama, sin importar la edad que tenga —me mira a los ojos—. Cuando Luka tenga treinta años y mida dos metros, sentirás exactamente lo mismo por él que sientes ahora.

Tiene razón, y lo odio por ello.

Alargo la mano entre las cuerdas para coger una botella de agua del banco y se la entrego. La examina como si estuviera envenenada antes de cogerla. Se bebe la mitad de la botella antes de volver a hablar. —Vesper se merece algo mejor.

—¿Que yo?

—Que todo esto —señala a nuestro alrededor—. Puede parecer que lo tiene todo bajo control, pero al final del día, sigue siendo la misma chica que perdió a su padre y nunca lo superó.

—¿Y por eso te nombraste su guardaespaldas?

—Le hice una promesa a mi padre antes de que muriera. Le dije que siempre la cuidaría —se queda en silencio—. Lo habría hecho de todos modos, pero la promesa lo convierte en algo sagrado.

Lo miro con otros ojos. En voz baja, le pregunto—: ¿Qué quieres de mí, Waylen?

No duda. —Quiero que te mantengas alejado de ella. Necesita a alguien que la convierta en el centro de su mundo, y tú tienes demasiadas otras prioridades —levanta una mano cuando empiezo a protestar—. Pero sé que no vas a hacerme caso. Y sé que ella tampoco. Vesper es muy terca cuando quiere algo. Así que, si vas a formar parte de su vida, trátala bien. Si la quieres, tendrás que ganártela.

Me aclaro la garganta. —No la quiero.

Waylen se pone de pie, todavía con la botella de agua en la mano. Me mira con algo que podría ser lástima.

—Sí. Sigue diciéndote eso.

38

VESPER

—¿Por qué luces como si alguien te acabara de decir que Papá Noel no existe?

Meto el teléfono en el bolsillo trasero y trato de recomponer mi rostro para que parezca normal. —Nada. Kovan me ha enviado un mensaje diciendo que él y Luka pasarán la noche en mi casa.

Waylen se detiene en seco en el camino del Golden Gate Park, con las cejas arqueadas hacia la línea del cabello. —¿No debería hacerte bailar de alegría la perspectiva de pasar tiempo a solas con tu novio? ¿No debería llenarte de alegría y deleite femenino?

Le doy un puñetazo en el brazo. —¿Cuándo me has visto bailar de alegría? ¿O hacer algo propio de una niña?

—Tienes razón —me estudia el rostro con esos molestos y perspicaces ojos azules que ambos heredamos de papá—. ¿Va todo bien entre tú y el conde Drácula?

Pongo los ojos en blanco para ocultar la preocupación de mi rostro. —Todo va bien.

—Porque has estado evitando su casa como si estuviera contaminada con la peste.

—He estado trabajando turnos dobles. Jeremy me ha castigado, ¿recuerdas? Eso es todo. Entre Kovan y yo todo va bien.

—¿Entonces están, qué, locamente enamorados y planeando su boda?

Hay algo en su tono que me revuelve el estómago. —Claro. Locamente enamorados. Obviamente.

Vuelve a detenerse. —¿Recuerdas nuestra promesa, verdad? ¿La que hicimos después de que muriera papá? ¿Que siempre seríamos sinceros el uno con el otro?

Mi corazón comienza a latir más rápido. —Waylen, si tienes algo que decir...

—Sé lo tuyo con Kovan.

Lo miro fijamente, esperando a que dé más detalles, pero él solo señala el moretón morado que adorna su pómulo izquierdo. —¿Recuerdas cómo me hice esto?

—Dijiste que fue durante el entrenamiento.

—Así fue. También coincidió con una conversación que tuve con tu "novio" —hace comillas con los dedos al decir la palabra "novio", y eso es todo lo que necesito saber.

—¿Te lo contó él?

—Sí. Aunque hubiera preferido que me lo dijeras tú primero —señala un banco bajo uno de los cipreses—. Siéntate conmigo.

—No quiero sentarme.

—V...

—No —le aparto el brazo cuando intenta cogerme—. Ya no tengo doce años, Waylen. Deja de tratarme como si los tuviera.

—Te estás poniendo a la defensiva.

—Porque sé exactamente lo que vas a decir.

—No, no lo sabes.

Pongo las manos en las caderas. —P-R-O-B-L-E-M-A-S.

Una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. —Vale, quizá sí lo sabes.

—Sé lo que estoy haciendo.

—Es peligroso, Vesper. Muy peligroso. He investigado un poco sobre él y...

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá yo sé más sobre él que Google? —una oleada de ira me sube a la cara—. ¿Que quizá tu hermanita no es la idiota descerebrada que todos creen que es?

Way pone los ojos en blanco. —Eres cirujana pediátrica. Nadie piensa que seas una cabeza hueca.

—También soy rubia y joven, y mi padre era Thomas Fairfax —le recuerdo—. La mitad de la comunidad médica cree que he llegado donde estoy por nepotismo, no porque me lo haya ganado.

Levanta las cejas. —¿Y salir con un jefe del crimen es tu forma de demostrar que eres brillante?

Empiezo a alejarme de él. —Si vas a ser un idiota condescendiente, esta conversación ha terminado.

—V, espera —me alcanza con dos largas zancadas—. No intento molestarte. Intento...

—Protegerme. Lo sé. Eso es exactamente lo que me está molestando —me giro para mirarlo—. Como he dicho, ya no necesito que cuides de mí, Waylen. Puedo valerme por mí misma.

Se frota las sienes como si estuviera luchando contra un dolor de cabeza. —No necesito conocer los detalles de tu acuerdo. Solo prométeme una cosa.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —Depende de qué sea.

—Prométeme que no te enamorarás de él.

Las palabras me dejan sin aliento. *Amor*. Qué locura siquiera sugerirlo. Por un momento, no puedo hablar debido a la repentina opresión en mi garganta.

—No estoy... Dios, no es eso. Tenemos un plan, Waylen. Son negocios.

—Papá también tenía un plan —su voz se vuelve más tranquila—. Y ambos sabemos cómo acabó eso.

Me obligo a mirarlo a los ojos, a mantener la calma y la compostura. —No me voy a enamorar de Kovan Krayev.

Él sonríe, pero es una sonrisa triste y cómplice. —De acuerdo, entonces. Se acabó la conversación.

Me rodea los hombros con el brazo y seguimos caminando. Pero durante todo el trayecto no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que acabo de mentir a la única persona a la que nunca le había mentido.



Luka irrumpe en mi apartamento como un rayo de sol que atraviesa las nubes de tormenta. Por muy bonito que sea el espectáculo, sigo estirando el cuello para ver al hombre que va a atravesar la puerta tras él.

Sin embargo, cuando un hombre Krayev asoma la cabeza por la esquina, la decepción que siento en el estómago es innegable. Porque es el hombre Krayev equivocado.

—Hola, Pavel —digo tan alegremente como puedo.

—¿Dónde está Kovan? —Waylen se me adelanta con la pregunta, salvándome de la vergüenza de tener que preguntarlo yo misma.

—Cosas del trabajo —Pavel se encoge de hombros—. Se supone que debo dejar al mocoso y largarme.

—¡Oye! —protesta Luka—. ¡No soy un mocoso!

Pavel le revuelve el pelo. —Hasta mañana, chico. Ve a la cama cuando te lo digan, ¿vale?

Luka le hace el pulgar hacia arriba menos convincente del mundo. Pavel se ríe y sale por la puerta, dejándonos solos.

—¿Podemos ver una película esta noche? —me pregunta Luka con ojos de cachorro—. ¿Por favor?

Le acaricio las mejillas con las manos. —¿Cómo podría decirte que no con esa carita?

Después de que Waylen se despide, estoy preparando la película cuando me doy cuenta de que Luka me mira de reojo cada pocos segundos.

—¿Todo bien, cariño? —le pregunto mientras juego con el mando a distancia.

Él asiente, pero todo su cuerpo se tensa. Cuando nos sentamos en el sofá, se apoya en mí y me coge la mano.

Casi me aparto automáticamente. Las advertencias de Kovan suenan en mi cabeza como un disco rayado.

No te involucres. No lo trates como a un hijo. No te encariñes.

Ahora, la voz de Waylen se une al coro, advirtiéndome que no me enamore.

Estoy tan paralizada por todo ello que ya no sé cómo comportarme con este niño.

—¿Vesper? —su voz es débil e insegura.

—¿Sí, cariño?

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡Por supuesto que no! —digo, volviéndome hacia él—. ¿Qué te hace pensar eso?

Su labio inferior tiembla. —Por lo que pasó. Porque mi madre te gritó.

Me levanto del sofá y me arrodillo frente a él. —Nunca me enfadaría contigo por algo que haya hecho tu madre. Nunca. Te lo prometo.

Se muerde el labio. —Pero últimamente no has estado por aquí. No te he visto nada.

La culpa me invade en oleadas. —He estado trabajando turnos dobles, ¿recuerdas? No tiene nada que ver contigo. Ni siquiera pensé que te darías cuenta.

—Claro que me di cuenta. Me gusta mucho pasar tiempo contigo.

Olas y olas, implacables, interminables, la culpa amenazando con ahogarme. —Lo siento, Luka. Nunca quise hacerte sentir que estaba enfadada contigo.

—¿Entonces no te vas?

La pregunta es un campo minado. Sé que debo tener cuidado, que debo pensar en los límites de Kovan. Pero al mirar a este niño asustado, no puedo evitar preocuparme.

—¿A dónde iría?

—No lo sé —baja la voz hasta convertirla en un susurro—. A algún lugar lejano. A algún lugar donde no pudiera verte ni hablar contigo nunca más —sus ojos se llenan de lágrimas.

Le dejo sentarse y sollozar durante unos segundos. —Echas mucho de menos a tu padre, ¿verdad?

Me mira nervioso y luego asiente. —Mi madre odia que hable de él.

—Yo no soy como tu madre —le cojo la mano y se la aprieto—. Creo que hablar de las personas que hemos perdido es saludable. Sabes, yo también perdí a mi padre. Hace unos años.

Sus ojos se agrandan. —¿Fue horrible?

—Fue lo peor que he vivido nunca. Había días en los que lo echaba tanto de menos que me dolía todo el cuerpo.

—A mí también me pasa.

—Claro que sí. Es completamente normal.

Él traga un sollozo. —Sin embargo, el tío Kovan dice que papá no está realmente muerto. Dice que el cuerpo de papá ya no está, pero que su espíritu sigue ahí fuera, en las estrellas.

Se me encoge el corazón. Eso explica la obsesión de Luka por la astronomía. —Es una forma muy bonita de verlo.

—¿Crees que tu padre también está ahí arriba, en las estrellas? —insiste.

—Yo... Me cuesta creer en cosas que no puedo ver —admito, sin querer mentirle—. Pero a veces desearía que fuera cierto. Que él estuviera en algún lugar, cuidándome.

—Creo que lo está —Luka sonríe con los ojos vidriosos—. Creo que nuestros padres lo están. Y tengo pruebas.

—¿De verdad? Cuéntame.

Se encoge de hombros como si fuera lo más obvio del mundo. —Nos enviaron el uno al otro.

No sé si podré hablar sin romper a llorar. Así que, en lugar de eso, abrazo a este ángel huérfano de padre y lo estrecho contra mí con todas mis fuerzas.

En parte para consolarlo.

En parte para ocultar mis lágrimas.

VESPER

Luka se queda dormido a mitad de nuestra segunda película.

Debería haberlo acostado hace horas, pero después de nuestra conversación sobre los padres fallecidos, la hora de acostarse me pareció menos importante que hacerlo sentir seguro. Ahora está tumbado en el sofá cama como una estrella de mar, con un brazo sobre los ojos y la boca ligeramente abierta. Me quedo sentada, mirando la luz azul parpadeante del proyector, pensando en todo y en nada a la vez.

Al final, no puedo seguir dándole vueltas al asunto. Estoy recogiendo nuestros tazones de palomitas vacíos cuando oigo la llave en la cerradura.

Mis manos se congelan alrededor de la cerámica. Mi pulso se acelera como si me hubieran pillado haciendo algo que no debía.

Es ridículo. Este es mi apartamento. Estos son mis platos. Tengo todo el derecho a limpiar después de una noche de cine con un niño de ocho años.

Pero mi cuerpo no parece importarle la lógica. Un calor nervioso me recorre el cuello mientras los pasos se alejan por el salón hacia la cocina.

Entonces—: Menudo montaje hay ahí.

Su voz me atraviesa, oscura como la miel y el humo. Le doy la espalda y me concentro en enjuagar la mantequilla de los cuencos.

—Hemos construido un fuerte con almohadas. Se suponía que iba a ser acogedor.

—¿Y lo fue?

—El techo no dejaba de derrumbarse sobre nosotros —me esfuerzo por mantener un tono de voz ligero—. Pero a Luka le pareció muy divertido.

Dejo los cuencos en el escurridor y me doy la vuelta. Kovan está apoyado en la encimera de enfrente, con los brazos cruzados, mirándome con esos ojos verdes indescifrables.

Ahora solo hay un pensamiento en mi cabeza.

Lo extrañaba.

Ojalá no fuera así. Pero eso no cambia nada. A pesar de haber trabajado tres días seguidos en turnos dobles para evitarlo, en cuanto entra por la puerta, vuelvo a desear lo que no puedo tener.

—Es tarde —digo, dirigiéndome ya hacia la puerta—. Debería irme a la cama...

Su mano me agarra la muñeca cuando intento pasar. —Quédate — no es exactamente una pregunta, ni tampoco una orden.

—¿Por qué?

—Entre otras cosas, te debo una explicación. Sobre lo que pasó con Yana.

Libero mi muñeca, pero no me alejo. —De acuerdo.

Se queda callado durante un largo rato. Esa mirada penetrante e inquebrantable me hace sentir como si estuviera atrapada en unas tenazas. Es como si todavía me estuviera sujetando, aunque tenga las manos en los bolsillos.

—Te observo con Luka —dice finalmente—. La forma en que están juntos. Me asusta.

—¿Porque me estoy encariñando?

—Porque él lo está haciendo —Kovan aprieta la mandíbula—. Estás sustituyendo a Yana en su mente. Y, cuando esto termine, cuando te vayas, perderá a otra madre.

Madre. ¿Es eso en lo que me he convertido para él?

—Lo entiendo, Kovan. Pero ¿qué se supone que debo hacer? —pregunto—. ¿Alejarlo cuando necesitan consuelo? ¿Ser fría cuando sufre?

—No.

—Entonces, ¿cuál es tu solución?

Su silencio es respuesta suficiente.

—No puedes tenerlo todo —le digo—. Quieres que finjamos ser una familia feliz ante el juez de custodia, pero no quieres que nos sintamos realmente como una familia. Así no funciona.

—Lo sé. Te he puesto en una situación imposible.

—¿Ah, sí? —digo con sarcasmo. Cruzo los brazos, sintiéndome de repente agotada—. Porque parece que acabas de darte cuenta de eso, cuando todos los demás lo sabían desde el principio.

Algo se refleja en su rostro. Arrepentimiento, tal vez. —Le pedí perdón a Luka.

—¿Sí? ¿Has pensado en pedir perdón a alguien más?

Su boca se curva en algo que no es exactamente una sonrisa. —No es lo mío.

—No me digas —me recuesto contra la encimera, aumentando la distancia entre nosotros—. Déjame adivinar: te preocupas por tu

familia, tu negocio y tu organización. En ese orden. Todos los demás pueden irse al infierno.

—Así es.

Sabía lo que iba a decir y aún así me duele cuando lo dice. Pero al menos ahora sé con certeza, en blanco y negro, cuál es mi lugar. Firmemente fuera de su círculo.

Estoy yo, está Luka y luego están las personas que trabajan para nosotros.

Tú, Vesper Fairfax, eres de los segundos.

Tú, Vesper Fairfax, no importas.

—Entendido —siento un vacío en el pecho—. Pero necesito que sepas algo. No soy una pieza de ajedrez que puedas mover a tu antojo. No soy una empleada desventurada a la que puedas gritar cuando tienes un mal día. Soy una persona y merezco un respeto básico.

Él asiente. —En eso también tienes razón.

Eso es todo. No hay una disculpa de verdad. No reconoce lo mucho que me han dolido sus palabras. Solo un simple asentimiento, como si le hubiera señalado que el cielo es azul.

Supongo que eso es todo lo que puedo esperar de alguien como Kovan Krayev.

—¿Puedo preguntarte algo? —digo—. ¿Algo inapropiado?

Él levanta las cejas. —Esas son mis preguntas favoritas.

—Una vez me dijiste que Ihor tenía seguidores leales que lo protegerían si intentabas eliminarlo. Pero ¿por qué no has matado a Yana?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. Por un segundo, creo que he ido demasiado lejos.

—Menuda pregunta —dice finalmente.

—¿Me equivoco sobre lo que haces? ¿Sobre quién eres?

—No. No te equivocas.

—¿Entonces matarla era una opción?

—A veces lo he pensado —su voz es natural, como si estuviéramos hablando del tiempo. —Pero Luka nunca me perdonaría si se enterara. E incluso si nunca lo hiciera, Ihor lo utilizaría en mi contra. Traería al FBI a mi puerta y eso pondría a Luka en peligro.

Asiento con tristeza. —Lo entiendo.

—Me llevó mucho tiempo sacar a Luka de su caparazón, Vesper —continúa Kovan. Su rostro se ensombrece—. No habló durante semanas. Dejó de comer. Lo llevé a media docena de terapeutas, pero ninguno de ellos pudo llegar a él. Llegó un momento en el que pensé... —se detiene y traga saliva—. Temía que pudiera hacerse daño.

Un hielo horroroso recorre mis venas. La imagen de Luka, el brillante, divertido y dulce Luka, queriendo hacer daño a su propio y precioso cuerpo me repugna. La idea de que Kovan soportara ese peso solo es casi tan angustiosa.

—¿Dónde estaba Yana durante todo esto?

—Se fue —esa única palabra está impregnada de disgusto—. Justo después de enterrar a mi hermano, desapareció durante un mes. Cuando volvió, se había casado con Ihor.

—Dios mío.

—Tiene la edad de mi padre. Le era leal de una forma que nunca me será a mí, y despiadado de una forma que yo nunca seré. Y completamente sin honor. Le molesta tener que seguir mis órdenes. Siempre le ha molestado y siempre lo hará.

—Pero no puedes tocarlo —supongo.

—No sin consecuencias que no estoy dispuesto a pagar.

Nos quedamos allí en silencio. No se trata solo de batallas por la custodia, relaciones falsas o corrupción hospitalaria. Quizás antes se trataba de esas cosas, de esas guerras a gran escala, pero ahora se ha condensado en algo más pequeño y aún más trágico.

Se trata de un niño pequeño que ya lo ha perdido todo y del hombre que intenta salvarlo.

Y yo, preguntándome dónde demonios encajo yo en todo esto.

—Luka tiene suerte de tenerte —digo en voz baja.

Kovan tarda un momento en reaccionar. Cuando lo hace, parpadea, despejando una neblina lejana de sus ojos. —También tiene suerte de tenerte a ti.

El momento se alarga demasiado, se vuelve demasiado tenso. Carraspeo. —Bueno, me alegro de que hayamos hablado, supongo. Probablemente deberíamos dormir un poco.

Él asiente, pero ninguno de los dos se mueve. El reloj hace tictac. El fregadero gotea. Afuera, los coches rugen al pasar por la calle.

Finalmente, me obligo a pasar junto a él hacia el dormitorio. Nos rozamos, piel con piel, calor con calor, aliento con aliento. Me pregunto si volverá a detenerme y qué pasará si lo hace.

No lo hace.

Pero siento su mirada sobre mí mientras me alejo.



Cuando salgo del baño después de cepillarme los dientes, él está allí. Me meto bajo las sábanas y me giro para mirarlo. Me da la espalda, con los hombros anchos y desnudos en la penumbra.

Es tan fácil, demasiado fácil, mirar ese volumen y preguntarse cosas. ¿Cómo sería pertenecerle? ¿Pertenecerle de verdad, no solo fingir? ¿Ser alguien por quien lucharía, alguien a quien elegiría?

El anhelo me golpea con tanta fuerza que tengo que morderme el labio para no emitir ningún sonido.

Pero desear algo no lo hace posible. El mundo de Kovan es violencia y peligro y un círculo formado por dos. Yo solo soy una solución temporal a un problema temporal.

Tengo que recordar eso. Tengo que centrarme en mis propios objetivos: salvar mi trabajo, ayudar a mis pacientes, volver a encarrilar mi vida.

El amor no forma parte de esta ecuación.

Y aunque lo fuera, le hice una promesa a Waylen. No me enamoraré de Kovan Krayev.

Cierro los ojos e intento olvidar lo bien que me siento cuando él está en mi cama. Intento ignorar la forma en que su presencia me hace sentir más segura e inquieta al mismo tiempo.

Pero no es fácil conciliar el sueño cuando tu corazón desea algo que tu cabeza sabe que nunca podrás tener.

40

VESPER

—¡Dios mío, no puede respirar!

El grito de una madre atraviesa la sala de pediatría, agudo y desesperado. Me giro y veo a su hija de siete años retorciéndose en la cama, con los labios ya azulados.

Mi formación se activa antes de que mi mente se dé cuenta. —Desfibrilador. Ahora —corro las cortinas que nos rodean, con las manos ya moviéndose para colocar el pequeño cuerpo de la niña.

La madre se queda paralizada detrás de mí, sollozando. Oigo a una de mis enfermeras, Miranda, tratando de consolarla, pero no puedo concentrarme en nada más que en la niña que tengo delante.

—¿Dónde está el desfibrilador? —le grito a otra enfermera que se queda al margen.

Su rostro se pone pálido. —Dra. Fairfax, nosotros... no tenemos uno.

—¿Cómo que no tenemos?

—El almacén está vacío.

No tengo tiempo para procesar esto. Los ojos de la niña se vuelven hacia atrás. Me subo a la cama, a horcajadas sobre su pequeño cuerpo, y comienzo las compresiones torácicas.

—Uno, dos, tres —mi respiración es constante, aunque mi corazón late con fuerza. Le inclino la cabeza hacia atrás, le doy aire en los pulmones y vuelvo a las compresiones—. Busquen un desfibrilador en otra sala. Ahora mismo.

Las dos enfermeras salen corriendo. Los sollozos de la madre se despliegan detrás de mí mientras trabajo. *Comprimir. Respirar. Comprimir. Respirar.*

—Vamos, cariño —el sudor me gotea en los ojos—. Vamos, pequeña.

En la quinta ronda de RCP, su cuerpo se sacude. El aire entra en sus pulmones. El color vuelve a sus mejillas.

Respira.

Me deslizo fuera de la cama, con las piernas temblorosas. —Lo has conseguido, pequeña. Estás bien.

Los ojos de la niña se mueven frenéticamente hasta que encuentra a su madre. La mujer se apresura a acercarse, pero yo la detengo suavemente por el brazo.

—Deja que respire un poco primero.

Ella asiente, con lágrimas corriendo por su rostro mientras toma la mano de su pequeña. —¿Está... ¿Se pondrá bien?

—Ahora está estable. La vigilaremos de cerca —me obligo a mantener la calma y la profesionalidad, aunque la rabia se acumula en mi pecho como un maremoto.

Dejo instrucciones detalladas a las enfermeras y salgo de la sala. En cuanto me quedo sola, la furia me invade.

¿Dónde demonios estaba el desfibrilador?

Corro por el pasillo hacia el armario de suministros. La puerta se estrella contra la pared cuando la abro de un empujón.

Las estanterías están prácticamente vacías. No hay desfibriladores. No hay nebulizadores. Incluso los suministros básicos, como las jeringuillas, están a punto de agotarse.

—¿Qué demonios? —susurro.

—¿Dra. Fairfax?

Me giro y veo a Miranda detrás de mí, con el rostro pálido.

—¿Dónde están todos nuestros suministros? —le pregunto.

—He llamado al jefe de departamento. Está subiendo.

Adrián Vásquez aparece unos instantes después, con cara de preocupación. Siempre me ha caído bien Adrián. Es uno de los buenos.

—Tenemos un problema —le digo, señalando las estanterías vacías.

Él revisa su tableta, frunciendo el ceño. —Según mis registros, esta sala se reabasteció por completo hace dos días —me muestra la pantalla, que coincide con lo que dice—. Todo debería estar aquí.

—Pero no está —se me revuelve el estómago—. ¿Quién se encargó de la distribución?

—Parece que... Eric Chapelle.

Me siento mal. Eric es el lacayo de Jeremy. Lo que significa que esto no es un accidente.

—Cuarta planta —dice Adrián en voz baja, respondiendo a la pregunta que aún no he formulado—. Departamento administrativo.

No le doy las gracias. No puedo hablar con la furia que me ahoga la garganta.

El trayecto en ascensor se me hace eterno. Cuando se abren las puertas, me dirijo directamente a la oficina de Eric y entro sin llamar.

—¿Eric Chapelle?

El hombre con cara de rata que está detrás del escritorio levanta la vista. Sus ojos inmediatamente bajan para escanear mi cuerpo de una manera que me pone la piel de gallina.

—¿Quién lo pregunta? —su voz tiene un tono tan repugnante que me dan ganas de ducharme y frotarme la piel hasta dejarla en carne viva.

—La Dra. que casi pierde a la hija de alguien porque tú me robaste los suministros —respondo—. Ella pregunta.

Se levanta, sin dejar de mirarme lascivamente, pero su garganta se mueve con un trago nervioso. El sonido es repugnante. —O-oiga, yo solo sigo órdenes.

—¿Dónde están mis suministros, Eric?

—J-J-Jeremy me dijo que los redistribuyera a otras salas.

No pierdo ni un segundo más con él. Me doy vuelta y salgo, con la mente ya elaborando un plan*. Si no me dan lo que necesito para salvar la vida de los niños, lo cogeré yo misma.*

Cojo un carrito de Radiología y empiezo a saquear todos los almacenes del hospital. Las enfermeras me miran fijamente. Mis colegas intentan detenerme y me preguntan si estoy bien. —Todo está perfecto —les digo a todos y cada uno de ellos, con una voz demasiado alegre, demasiado maníaca—. Solo estoy cogiendo lo que mis pacientes necesitan para sobrevivir.

Cuando regreso a la sala de pediatría, mi carrito está rebosante. Al llegar a mi planta, se abren las puertas del ascensor y me encuentro cara a cara con...

...Jeremy Fleming.

—Hola —le digo con dulzura, empujándole el carrito contra las piernas.

Él salta a un lado justo a tiempo. —Dra. Fairfax, ¿qué demonios cree que está haciendo?

—Reponiendo suministros. Ya sabe, esas cosas que los médicos necesitan para mantener vivos a los niños —sigo empujando el carrito hacia adelante, obligándolo a caminar a mi lado.

—Está robando propiedad del hospital.

—Las estoy guardando en el hospital —hago una pausa y reflexiono en voz alta—: ¿Acaso crees que los niños enfermos no merecen atención médica?

—Esta sala tiene lo que necesita.

Dejo de caminar y me giro para mirarlo, señalándolo con el dedo tembloroso. —Una niña de siete años casi muere hace veinte minutos porque no tenía un desfibrilador. Una madre vio cómo su hija se ponía azul. Si hubiera muerto, habría sido culpa tuya.

—Pero no murió.

La indiferencia con la que lo dice me enfurece. —No, no murió. Y no gracias a ti.

Se acerca, lo suficiente como para que pueda oler su colonia. Me da náuseas. —Estoy harto de tu actitud, Vesper —tan cerca, sus dientes son grises, pequeños y deformes, como pequeños TicTacs derretidos —. Tengo abogados que estarían encantados de destruirte.

—¿Me estás amenazando en serio? ¿Con abogados? ¿No eres lo suficientemente hombre para lidiar con los problemas tú mismo? ¿Eres...?

Levanta las cejas. Me agarra la muñeca y me la tuerce detrás de la espalda. El dolor me recorre el brazo. —Este es mi hospital, zorra engreída. O sigues mis reglas o...

—¿Hay algún problema aquí?

Ambos nos giramos. Para mi sorpresa, Pavel está al final del pasillo, con su habitual encanto juvenil sustituido por un aura de fría competencia.

—¿Quién demonios eres tú? —pregunta Jeremy, pero afloja el agarre de mi muñeca.

—Alguien que cuida de Vesper —Pavel se cruje los nudillos deliberadamente—. Así que te lo volveré a preguntar: ¿hay algún problema?

Jeremy suelta mi mano por completo y vuelve a adoptar una actitud de falsa profesionalidad. —No hay ningún problema. La Dra. Fairfax y yo solo estábamos discutiendo.

—A mí me ha parecido más que una simple discusión.

Jeremy aprieta la mandíbula, pero esboza una sonrisa forzada. —Hemos terminado aquí —se da la vuelta y se aleja rápidamente, con el abrigo ondeando detrás de él.

Me quedo allí, con la muñeca palpitando, viéndolo desaparecer tras la esquina. Me pregunto cuánto tiempo más podrá continuar este juego antes de que la tragedia nos alcance a todos.

VESPER

Cuando Jeremy se marcha, miro en la otra dirección. —¿Cuánto tiempo llevas siguiéndome?

Pavel suspira mientras se acerca. —Hola a ti también.

—No te desvíes del tema. ¿Por qué me sigues?

—Porque estoy pensando en cambiar de profesión. Siempre quise ser médico —la broma pierde gracia cuando ve mi expresión—. Mira, no es nada importante. Solo quiero asegurarme de que estás a salvo.

—Me estás espiando.

—Prefiero llamarlo "vigilancia protectora". Es muy amable de mi parte, ¿no crees? —me agarra de la muñeca—. Déjame ver esto.

Retiro la mano bruscamente. —No. Y dile a tu hermano que la próxima vez que me asigne un niñero, al menos tenga la cortesía de avisarme primero.

—Vamos, admítelo. Te he sido útil hace un momento.

Quiero seguir enfadada, pero el ridículo encanto de Pavel ya está minando mis defensas. Odio cómo los hermanos Krayev me hacen sentir cosas que no quiero sentir.

—¿A dónde vas? —pregunta, poniéndose a mi lado cuando empiezo a alejarme de él.

—A reponer el almacén. ¿A dónde crees?

—Al menos déjame empujar ese carrito. Parezco un idiota dejando que la dama haga todo el trabajo.

—Soy perfectamente capaz de manejarlo yo sola —le espeto mientras lo empujo por el pasillo —No necesito que un hombre me rescate. Al contrario de lo que tú y tu hermano parecen pensar.

—Él solo intenta protegerte.

—Aquí estoy a salvo.

Pavel arquea una ceja. —¿De verdad? Acaban de maltratarte en un pasillo bien iluminado. Además, este es el mismo hospital en el que hubo un tiroteo hace unas semanas, por si se te ha olvidado ese pequeño detalle.

—Cierto —me estremezco—. Lo había olvidado.

—¿Te olvidaste de los hombres armados en tu lugar de trabajo? —la risa de Pavel es incrédula—. Dios, tal vez seas perfecta para Kovan.

Eso es lo peor que podría haberme dicho en este momento. *Perfecta para Kovan*... como si eso fuera siquiera una posibilidad. Como si fuera algo que yo quisiera.

Sí, claro.

—Por favor. No hay mujer viva que pueda hacer feliz a ese hombre. Y mucho menos yo —me detengo frente al almacén y señalo la puerta con la cabeza—. ¿Podrías abrirla, ya que eres tan caballeroso?

Él la abre y yo empujo el carrito hacia dentro. Las estanterías vacías me vuelven a revolver el estómago.

—Hijo de puta —murmuro.

—Oye, no soy tan malo.

A pesar de todo, casi sonrío. —Por una vez, no me refería a ti.

—Lo sé —Pavel bloquea el carrito con su cuerpo y extiende la mano —. Déjame ver tu muñeca antes de que empieces a reponer.

—Está bien.

—No me hagas ser el malo aquí, Vesper. De verdad que odio desempeñar ese papel.

Algo en su voz me hace detenerme. A pesar de sus bromas, Pavel Krayev no es alguien con quien quieras meterte. Extiendo la mano sin decir nada más.

Examina mi muñeca con atención y su expresión se ensombrece. —Ese cabrón.

—Es solo un moretón superficial. Desaparecerá en unos días.

—Unos días es mucho tiempo para ocultárselo a Kovan.

—¿Ocultarlo? ¿Por qué iba a ocultarlo?

Pavel me mira como si hubiera perdido la cabeza. —Porque si lo ve, se va a enfadar muchísimo. Entrará aquí como un toro desbocado y destrozará a Jeremy Fleming con sus propias manos.

La imagen de Kovan irrumpiendo en Urgencias para defender mi honor es irritantemente atractiva. Lo cual es ridículamente molesto. Lo he dicho una y otra vez: no necesito a un hombre que luche por mí.

Pero si ese hombre fuera Kovan...

—Creo que estás sobreestimando su apego por mí —digo, retirando mi mano—. Dejó claro cuál es mi lugar. Solo soy una empleada. No le importo.

—Confía en mí, Vesper. Le importas.

—Tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en eso.

Me doy la vuelta antes de que Pavel pueda ver lo mucho que me está afectando la conversación. —Si vas a quedarte por aquí, haz algo útil. Esas mascarillas quirúrgicas van en el estante de la izquierda. Apílalas ordenadamente.

—Abastecer estantes —reflexiona Pavel, cogiendo puñados de mascarillas—. ¿Esto es lo que te enseñaron en la facultad de medicina? ¿De verdad te llevó cuatro años, más la residencia? Debes de ser un poco lenta aprendiendo.

Ignoro sus burlas y me concentro en organizar los suministros, pero mi mente sigue volviendo a Jeremy. —Lo está haciendo a propósito —murmuro—. Está intentando hacerme imposible el trabajo para que renuncie.

—¿El imbécil con el pelo de Draco Malfoy? —frunce los labios—. ¿Por qué no te despide y ya está?

—No puede. No sin una causa justificada. Tiene miedo de la demanda y de la mala prensa —niego con la cabeza—. No entiendo cómo ha conseguido mantenerse en el poder tanto tiempo. Ha llevado este hospital a la ruina. Cualquier otra junta lo habría destituido hace años.

Pavel se queda muy quieto, concentrándose intensamente en una caja de monitores de frecuencia cardíaca. Demasiado intensamente. Esas cosas no son tan interesantes.

Cuando me doy cuenta, le doy un codazo en las costillas. —¿Qué me estás ocultando?

Con un estremecimiento, vuelve a apilar. —¿A qué te refieres?

—Sabes algo que yo no sé.

—Sé muchas cosas que tú no sabes. Estaríamos aquí toda la noche si empezara a enumerarlas.

—Dios —pongo los ojos en blanco—. Eres como el hermano pequeño molesto que nunca quise tener.

—Qué gracioso. Kovan dice lo mismo.

Me doy la vuelta para ocultar mi sonrisa. Trabajamos en un cómodo silencio durante los siguientes treinta minutos, reponiendo los estantes que Jeremy había saqueado y destrozado. Pero en lugar de sentirme mejor, la angustia se instala en mi estómago como una piedra.

Pavel parece percibir mi inquietud. —¿Estás bien?

—No. Sí. No lo sé —niego con la cabeza—. No va a dejarlo pasar. Me hará pagar por esto. Lo presiento.

—Yo no me preocuparía demasiado. Nos tienes a nosotros de tu lado.

—Jeremy también tiene gente poderosa que lo respalda.

Pavel resopla—. Nosotros somos los poderosos, Vesper. Jeremy y sus titiriteros están a punto de aprenderlo por las malas.

La forma en que dice "titiriteros" me hace estudiar su rostro, pero él ya se ha dado la vuelta, evitando cuidadosamente mi mirada.

—¿Podemos salir de aquí? —pregunta, mirando a su alrededor en el estrecho armario—. Este lugar me da claustrofobia.

Lo sigo fuera del almacén, muy consciente de que todas las enfermeras nos están mirando. —Ya puedes irte, ¿sabes? Mi turno ha terminado. Voy a darme una ducha y a casa. No tiene sentido que te quedes aquí.

—Excepto que tengo órdenes estrictas de acompañarte a casa.

Me quedo boquiabierta. —Estás bromeando.

Pero Pavel se limita a encogerse de hombros y empieza a silbar. —No veo cuál es el problema. No te importó las otras veces que te

acompañé a casa.

—Eso es porque no sabía... ¡Espera, ¿qué?!

Pavel se ríe como si todo esto fuera perfectamente normal. Para él, quizá lo sea. Pero para mí es una novedad. Una novedad intrusiva, además. —Esperaré fuera del vestuario mientras te cambias. Oye, ¿hay algo para picar en la sala de médicos? ¿Algo dulce, quizá? Me conformaré con un zumo si es lo único que hay.

—¿No se supone que los guardaespaldas deben ser vistos y no oídos?

—Soy un guardaespaldas especial.

—Eres especial, sí. Eso está claro.

Hace un puchero con el labio inferior. —Alguien está de mal humor cuando está cansada.

Empujo la puerta de la sala de médicos, bloqueando el paso a Pavel. —Quédate aquí. Solo tardaré unos minutos.

—Siéntate, Pavel. Quédate aquí, Pavel. Hazte el muerto, Pavel —murmura para sí mismo—. Aquí nadie me aprecia —justo antes de cerrar la puerta, me grita—: ¡No te olvides del zumo!

—Idiota —murmuro, aunque estoy luchando contra un afecto que no quiero sentir.



Quince minutos más tarde, duchada pero aún agotada e irritable, salgo con la esperanza de que Pavel se haya aburrido y se haya ido.

No tengo tanta suerte. Está apoyado en el escritorio de la sala de enfermeras, coqueteando con Meg, una de las enfermeras pediátricas. Es joven, rubia y con curvas, exactamente el tipo de

mujer que hace que los padres se queden más tiempo durante las horas de visita.

Paso junto a él sin saludarlo.

—¡Eh! —me llama, interrumpiendo la frase—. ¡Espera! ¡Hasta luego, Meg! ¡Te echo de menos! ¡Te quiero! —corre para alcanzarme, refunfuñando entre dientes—. ¿Te habría matado esperar a que me diera su número?

—Es demasiado joven e inocente para ti. Déjala en paz.

—Aguafiestas.

No puedo evitar sonreír mientras lo conduzco hacia el estacionamiento del personal. Pero antes de llegar a mi coche, Pavel de repente me agarra del brazo y me tira hacia atrás.

—¿Qué demonios? —tropiezo con él—. ¿Qué pasa?

—Alguien ha pinchado tus neumáticos.

Estiro el cuello por encima de Pavel para ver cuán grave es el daño. Pero antes de que pueda verlo bien, alguien sale de su coche cercano y camina hacia nosotros. —Las cuatro ruedas —confirma una mujer con tristeza—. Definitivamente, no fue un accidente.

Eliza Murphy, la trabajadora social de Luka, la mismísima señorita Tronchatoro, se acerca a nosotros con esos ojos penetrantes que ya están catalogando cada detalle y juzgando con dureza. De todas las personas con las que me podía encontrar ahora mismo...

Esos ojos de águila se fijan en mí, buscando debilidades en mi historia. Buscando pruebas de que no soy quien pretendo ser.

Y lo único en lo que puedo pensar es que, a pesar de todo lo que me he dicho a mí misma, solo hay una persona a la que quiero llamar.

Kovan, te necesito.

Ahora.

42

KOVAN

Hay reuniones que me dan ganas de pegarme un tiro en la cabeza.

Especialmente cuando Ihor se sienta frente a mí con esa sonrisa de satisfacción, actuando como si supiera algo que el resto de nosotros no sabemos. Estoy ocupado calculando lo satisfactorio que sería borrar esa expresión de su rostro para siempre.

Quizás debería apuntarlo *a él* con una pistola.

Mi teléfono vibra sobre la mesa de conferencias. El nombre de Vesper parpadea en la pantalla. Cuando lo veo, no lo dudo. No tengo en cuenta la docena de pares de ojos que me observan. Cojo el teléfono y contesto sin prestar atención a nadie más en la sala.

—¿Qué pasa?

Su voz es débil. Asustada. —Kovan...

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. ¿Otro tiroteo? ¿Los Keres han vuelto para la segunda ronda?

—¿Estás herida?

—No, no. Pero... alguien ha pinchado mis neumáticos. Los cuatro.

El alivio y la rabia se disputan en mi pecho. Ella está a salvo, pero alguien la ha atacado. Nadie la ha tocado, pero alguien la ha

asustado.

Ya estoy de pie, ya me dirijo hacia la puerta. —Se acabó la reunión.

La sonrisa de Ihor se amplía tras sus dedos entrelazados. Su rostro podría ser un teleprónter, diciéndome exactamente lo que pasa por su cabeza. Cree que esto me hace parecer débil. Cree que mi preocupación por ella es una desventaja que puede explotar.

Le reto a que lo intente.

—¿Está Pavel contigo? —le grito al teléfono.

—Sí, pero Kovan... —hace una pausa y puedo oír la preocupación en su voz—. La trabajadora social de Luka también está aquí. Eliza.

Maldita sea.

—Estaré allí en diez minutos.

Cuelgo, le doy la espalda a Ihor y corro hacia mi coche.



El trayecto de veinticinco minutos hasta St. Raphael me lleva nueve minutos y me cuesta seis peatones horrorizados, tres palomas muertas y probablemente unos cuantos años de mi vida. Pero cuando veo a Vesper de pie en el aparcamiento con el brazo de Pavel alrededor de sus hombros, cada segundo imprudente ha valido la pena.

Está a salvo. Está bien. Está...

Apoyada en el pecho de mi hermano como si él fuera su refugio contra la tormenta.

Conozco a Pavel. Le confío mi vida, y la de ella. Pero eso no detiene el impulso primitivo de arrancarle el brazo de encima y recordar a todos los que están en este estacionamiento a quién pertenece ella exactamente.

Aunque todo sea fingido.

—Vesper.

Levanta la vista al oír mi voz y, por un instante, su rostro se transforma. Alivio. Felicidad. Y...

Entonces, recuerda dónde estamos, quién nos observa, y sus muros vuelven a cerrarse.

Se aleja de Pavel y se acerca a mí. No puedo evitarlo: mis manos buscan su rostro, mis pulgares trazan la delicada línea de su mandíbula. Necesito tocarla, necesito confirmar que realmente está bien.

—¿Estás herida?

—No. Nunca estuve en peligro.

—Podrías haberlo estado si hubieras interrumpido a quienquiera que haya hecho esto —interviene Eliza Murphy desde su posición cerca de la escena del crimen.

Acerco a Vesper hacia mí y le rodeo la cintura con el brazo. Encaja perfectamente contra mí, y tengo que recordarme a mí mismo que todo esto es solo para aparentar.

—Ha sido algo aleatorio —le digo a Eliza con una seguridad que no siento del todo—. Vesper es una Dra. respetada. Es una de las personas más amables que jamás hayas conocido —Vesper se pone rígida contra mí y me pregunto si mis elogios le suenan tan huecos como a mí—. Nadie tiene nada personal contra ella. El lugar equivocado, el momento equivocado. Eso es todo.

Eliza no parece convencida. Toma nota en su bloc. —He llamado a la policía. Ellos determinarán si se trata de un ataque selectivo.

—Buena idea —no podemos parecer sospechosos ante las fuerzas del orden, pero lo último que necesito es que la policía husmee en nuestros asuntos—. ¿Qué la trae por aquí, señora Murphy?

—He venido a hablar con el supervisor de Vesper. Referencias personales para la evaluación de la custodia —mira hacia el coche de policía que se acerca—. Pero parece que no es un buen momento. Volveré otro día —no espera una respuesta. Solo sorbe por la nariz con aire recatado, se sube al coche y se marcha.

En cuanto su Beetle rojo desaparece del aparcamiento, me pongo en marcha. —Pavel, ocúpate de los policías. Yo voy a llevar a Vesper a casa.

—¿A casa? —pregunta Vesper, plantándose—. ¿No tenemos que prestar declaración? ¿Seguir el procedimiento?

—No tenemos que hacer nada que no queramos hacer.

Sus ojos se abren como platos mientras la guío hacia mi todoterreno. —El mundo no funciona así. Hay reglas...

—Soy el puto Kovan Krayev —abro la puerta y espero a que me mire —. Las reglas no se aplican a mí. Y, por extensión, tampoco se aplican a ti.

Ella duda por un momento y puedo ver la guerra que se libra detrás de sus ojos. La chica buena que sigue las reglas contra la mujer que está cansada de que la maltraten.

Finalmente, se sube al coche.

Y, por primera vez desde que recibí la llamada, me permito respirar.

KOVAN

Lleva más de una hora jugando con Luka y puedo ver cómo el cansancio la atrae como la gravedad.

Sus sonrisas han pasado de ser sinceras a algo que tiene que fingir. Sus reacciones son medio segundo más lentas de lo normal. Pero sigue adelante, sigue intentando hacerle reír, porque así es Vesper. Se quemaría a sí misma para mantener a todos los demás calientes.

Waylen intentó sobornar a Luka con videojuegos hace veinte minutos. Yo le ofrecí una visita al museo este fin de semana. Nada funciona. El niño está pegado a ella, completamente ajeno a cómo se está marchitando delante de nosotros.

Por fin, no puedo permitir que siga sacrificándose en aras de la felicidad de él. —Luka, ya basta. Vesper está cansada y tú tienes que irte a la cama.

—¡Diez minutos más! —protesta.

—Te di diez minutos hace diez minutos.

—Y luego me diste un sermón sobre la televisión durante ocho minutos, así que eso no cuenta.

Dios. El niño debería llevar mis negociaciones. Es despiadado.

—Luka, no discutas con tu tío —dice Vesper con voz suave pero firme—. Tiene razón sobre la hora de acostarse. Y la televisión realmente te pudrirá el cerebro. Te saldrá por las orejas como mermelada de fresa.

Normalmente, eso lo habría hecho reír. Pero Luka saca el labio inferior. —Pero ya nunca paso tiempo contigo.

Y ahí está. La culpa golpea a Vesper justo en el pecho. Puedo verlo en tiempo real: cómo se le caen los hombros, cómo se desmorona su determinación.

—Lo siento, cariño. ¿Qué tal si me cojo un par de días libres pronto? Podemos hacer lo que tú quieras.

Su cara se ilumina como en la mañana de Navidad. —¿De verdad?

—De verdad, de verdad —dice, con la misma respuesta que siempre le da. Cada vez es más bonito.

Él salta y corre hacia Waylen, repentinamente lleno de energía ahora que ha conseguido lo que quería. —¿Podemos leer un cuento antes de dormir?

—No. Primero recoge los Legos —le ordena Waylen—. Esta sala parece una tienda de juguetes que ha explotado.

Luka junta las manos en una tímida posición de oración. —¿Me ayudas?

—Si te hubieras ido a la cama cuando te lo pedí hace treinta minutos, te habría ayudado. Ahora, estás solo en esto, amigo.

Tengo que reconocerlo: Waylen no cede ante la manipulación del niño. Quizá por eso Luka lo respeta. Si Waylen dejara de mirarme como si fuera a arrastrar a su hermana a las profundidades del infierno, puede que empezara a caerme bien.

Aunque, pensándolo bien, quizá no.

Mientras Luka limpia el desastre que ha montado, lleno un plato con el pollo asado y las verduras que he preparado antes y se lo llevo a Vesper. Está acurrucada en el sofá, con las rodillas pegadas al pecho, como si quisiera desaparecer felizmente entre los cojines para no volver a aparecer jamás.

—Esto es lo que va a pasar —le digo antes de que pueda articular palabra—. Te voy a decir que comas y tú vas a decir que no. Te lo voy a repetir: *come*, y tú vas a inventarte alguna mentira sobre que no tienes hambre. Entonces vamos a discutir, nos vamos a enfadar los dos y, al final, como tú estás más agotada que yo, voy a ganar, pero tú vas a estar aún más cansada y molesta por haber montado todo este numerito. Así que, en lugar de todo eso, te voy a recordar que no has comido en todo el día, luego te voy a dar este plato, me voy a sentar a tu lado y te voy a ver comer cada bocado.

Vesper me observa todo el tiempo. Cuando por fin termino, suspira. —¿Cuánto tiempo has estado ensayando ese discurso?

—Desde que empecé a cocinar. ¿Vas a obligarme a luchar de todos modos?

Me mira entrecerrando los ojos. —Tienes un fetiche muy raro, ¿sabes? Todo esto de Hansel y Gretel, engordarme.

—¿Estás tratando de hacerme avergonzar por mis fetiches? —le entrego el plato—. Ahora, come. ¿No debería un médico saber que no hay que saltarse las comidas?

—Ha sido un día largo, ¿vale? —me quita el plato de las manos, así que algo es algo—. ¿Y cómo sabes que no he comido? —las piezas encajan y sus ojos brillan con ira al recordar—. Ah, claro. Tu espía.

Luka levanta la vista de su montón de Legos. —¿Un espía? ¡Qué genial!

—No, no lo es —espeta Vesper—. Es una violación de mi privacidad.

—Es protección —intervengo—. Y es temporal.

Ella se vuelve hacia Waylen, buscando apoyo. —¿Estás oyendo esto? Está intentando hacer que el acoso parezca razonable.

Espero que Waylen se suba al tren de "Kovan es controlador". En cambio, empieza a recoger Legos a pesar de que acaba de decirle a Luka que se las arreglara solo. —Quiero decir, teniendo en cuenta lo que está en juego, no es la peor idea.

—¡Waylen!

Él le dedica una sonrisa avergonzada. —Dormiré mejor sabiendo que alguien te cuida en el trabajo. Eso es todo.

Ella gira la cabeza entre nosotros. —Ustedes dos están trabajando juntos.

—Sí claro —decimos irónicamente Waylen y yo al mismo tiempo.

—Nunca trabajaremos juntos —aclara Waylen—. Pero en este caso, estoy de acuerdo con él. Necesitas protección. Y necesitas comer.

Vesper niega con la cabeza, consternada. —No sé por qué te recomendé para este trabajo.

Luka pone cara de tristeza. —¿De verdad estás enfadada con Waylen?

La culpa invade a Vesper de inmediato. —No, cariño. En realidad no. Ahora ven, dame un abrazo y vete a la cama.

Él lo hace, y veo una sonrisa sincera en su rostro cuando Luka esconde la cabeza contra su pecho. Sin embargo, después de que Waylen se lleva al niño arriba, esa sonrisa desaparece.

Pincha un trozo de pollo y se lo mete en la boca. Veo cómo el color vuelve a sus mejillas casi de inmediato.

—Maldita sea —murmura, mirando el plato—. Está demasiado bueno.

—Creo que he descubierto por qué estás siempre de mal humor. Es que tienes hambre todo el tiempo.

—Te voy a tirar este pollo a la cara.

—Come primero y luego lánzalo. Mejorará tu puntería.

Ella resopla. Pero come. Devora todo lo que hay en el plato como si se hubiera estado muriendo de hambre, lo que seguramente es así. El agotamiento sigue presente en sus ojos, pero al menos ha recuperado algunos signos de vida.

—Fue Jeremy —murmura de repente mientras raspa las últimas zanahorias.

—¿Qué fue Jeremy?

—Los neumáticos. Fue Jeremy. Está intentando asustarme. Enviarme un mensaje.

Jeremy pasó por mi mente durante unos cinco segundos antes de que se me ocurriera un sospechoso más probable. Alguien que se dedica a intimidar y a jugar con la mente como si fuera lo más normal del mundo.

Pero Vesper no necesita más razones para tener miedo.

—Sea quien sea —le aseguro—, yo me encargaré.

—¿Cómo?

Ignoro la pregunta—. Estás agotada. Es hora de irse a la cama.

—¿Perdón? No soy una niña de ocho años que... —deja de hablar cuando le paso los dedos por el pelo y empiezo a masajearle el cuero cabelludo—. Uf, Dios, qué bien se siente.

Se derrite en mis brazos como un helado en el calor del verano, con la cabeza hundida en mi regazo y el cuerpo relajado y flexible. Debería parar. Debería moverla. Debería mantener cierta distancia.

Sin embargo, no hago nada de eso. Sigo acariciándole el pelo con los dedos, incluso después de que se haya quedado dormida de tal modo que no se despertaría ni aunque se nos derrumbara el techo encima.



UNA HORA MÁS TARDE, Vesper está durmiendo plácidamente en mi regazo. Estoy estudiando las tres pequeñas marcas de nacimiento en su mejilla, su cinturón de Orión, cuando siento que alguien me observa.

Levanto la vista. Waylen está de pie en la puerta, con una expresión difícil de descifrar. Preocupada, tal vez. O sospechosa.

Retiro las manos. Vesper se mueve, frunce el ceño y emite un pequeño sonido de queja.

—¿Luka está dormido? —le pregunto en voz baja.

Él asiente. —Sí.

—Entonces no hay razón para que te quedes, ¿verdad?

Waylen arquea una ceja. —Puedo llevarla arriba.

Debería dejarlo. Eso nos demostraría a ambos que esto no significa nada. Que ella solo es un medio para alcanzar un fin.

Pero la idea de entregarla a otra persona, incluso a su propio hermano, hace que algo violento se agite en mi pecho.

—No —me levanto y la cojo en brazos—. Yo me encargo. Puedes marcharte.

No espero su respuesta. Cuando llego al rellano de arriba, oigo cerrarse la puerta principal.

Sería muy fácil llevarla a mi habitación, a mi cama. Ella nunca lo sabría y podría tenerla cerca de mí toda la noche.

Pero ella pidió su propio espacio cuando nos quedamos aquí. Y mi autocontrol ya pende de un hilo.

En lugar de eso, la llevo a la habitación de invitados. La acuesto en la cama e intento no pensar en lo bien que queda aquí, en mi casa, bajo mi protección.

Me digo a mí mismo que estoy siendo práctico mientras la desnudo. Me digo a mí mismo que es por su comodidad mientras le quito la bata y me deleito con las braguitas de flores y el sujetador negro con pequeños lazos en los tirantes. No estoy mirando fijamente las curvas de su cuerpo, ni cómo su piel parece seda a la luz de la luna, simplemente la estoy preparando para irse a la cama, eso es todo.

Me tiemblan las manos mientras le pongo una de mis camisetas por la cabeza. Algodón blanco, suave y gastado. Tengo tantas ganas de verla con mi ropa, de marcarla como mía de esta pequeña manera.

Cuando se gira somnolienta hacia un lado, con la pierna enganchada en una almohada, la camiseta se le sube y puedo ver su piel perfecta. Mi cuerpo responde de inmediato, con violencia.

Salgo de la habitación antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepentiríamos.

~

Pavel me espera en el pasillo, de vuelta tras investigar el incidente del pinchazo de los neumáticos. Caminamos en silencio hasta mi despacho y luego salimos al patio iluminado por la luna, donde enciendo dos puros.

—La policía tomó mi declaración —comienza—. Creen que fueron unos adolescentes haciendo una broma.

Asiento con satisfacción. —Bien. Cuanto antes crean que lo han resuelto, antes se apartarán de nuestro camino y me dejarán empezar con el trabajo de verdad.

—¿Cómo está Vesper?

—Conmocionada —aprieto la mandíbula—. No está hecha para esta vida, Pavel. Me pregunto si tomé la decisión correcta.

Pavel emite un sonido de desacuerdo. —Eso es muy duro, ¿no crees? Es más fuerte de lo que crees. Es médico, maneja la presión todos los días.

—Ser médico no es nada comparado con estar involucrado con la Bratva.

—¿De verdad se trata de Vesper? —pregunta—. ¿O estás desviando la atención?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que sientes algo por ella y harías cualquier cosa menos admitirlo.

Doy una larga calada a mi cigarro. —Soy un hombre y ella es hermosa. ¿Qué quieres decir?

—Es más que atracción y lo sabes. Te preocupas por ella.

—Pavel...

—Admítelo, hombre. Basta ya de dártelas de malote.

Apago el cigarro. —No seas ridículo.

—No sería una debilidad si lo hicieras.

—De cualquier manera, no es un problema, porque no siento nada por ella —dudo y luego añado—: Pero si lo hiciera, sin duda sería una debilidad. Mira lo que le pasó a Vitalii.

Pavel niega con la cabeza antes de que termine la frase. —No puedes compararte con Vitalii. Y desde luego no puedes comparar a Vesper con Yana.

Vuelvo a dar una calada al cigarro, dejando que el humo se lleve todas mis dudas, todos los *y si...* que me vuelven cada día más loco.

—No importa. Ahora es un objetivo. Siempre lo será porque está relacionada conmigo. Lo que ha pasado hoy lo demuestra.

—Una broma estúpida de su jefe...

—No fue Jeremy.

Pavel se detiene. —¿Qué quieres decir?

—Sé quién lo hizo —gruño—. Y va a responder por ello —apago el cigarro—. Esta noche.

KOVAN

El humo me golpea en cuanto entro en *Gossip*. Marihuana, cigarrillos y desesperación se mezclan en una nube tóxica que se adhiere a todo: las paredes, los muebles, los sueños rotos de todos los idiotas que creen que este lugar es su reino.

Encuentro a Ihor exactamente donde sabía que estaría. En la mesa del fondo. La que debería pertenecerme.

Está tumbado en el reservado, con los brazos extendidos y un porro colgando de los dedos. La imagen me hace hervir la sangre.

Esta solía ser la mesa de mi padre. Cuando Vitalii se hizo cargo, le pregunté una vez por qué nunca venía aquí.

—Siempre será *suyo* —me respondió, señalando con la cabeza la foto enmarcada que había detrás de la barra: el joven Ihor y nuestro padre, ambos sonriendo como si fueran los dueños del mundo—. No importa el título que tenga —explicó Vitalii—, para ellos, siempre seré el hijo que heredó el poder en lugar de ganárselo.

Incluso después de la muerte de Vitalii, dejé que sus palabras me guiaran. Me mantuve alejado. Dejé que Ihor jugara a ser rey en su pequeño rincón de nuestro imperio.

Qué puto error ha resultado ser.

Dos gorilas con trajes baratos lo flanquean, con cuellos tan gruesos como troncos de árbol. No cambio el paso. —Apártense.

No lo hacen.

—Parecen confundidos sobre quién firma sus cheques —saco mi cuchillo, de acero suizo, grabado con el escudo de los Krayev—. Déjenme aclararles eso.

Mi hoja se hunde en la mano del primer hombre antes de que pueda pestañear. Su grito atraviesa el bar como una alarma de incendios y, de repente, todo el mundo presta atención.

Perfecto.

Giro el cuchillo. Solo un poco. —Cuando tu *pakhan* te dice que te muevas, mueves el maldito culo.

El segundo de los guardias de Ihor se aleja tan rápido que tira una silla. El primero le sigue, agarrándose la mano ensangrentada y gimiendo como un perro apaleado.

—Recuerda este momento cuando mires la cicatriz —le grito—. Considéralo una experiencia de aprendizaje.

El bar se ha quedado en silencio. Incluso la música de mierda se ha detenido. Todos los ojos del local están puestos en mí y puedo sentir el cambio en la sala. El recordatorio de quién realmente dirige este espectáculo.

Ihor, sin embargo, ni siquiera se inmuta. —¿Te sientes dramático esta noche? —se burla mientras me acerco.

—Me siento territorial —me deslizo en el asiento frente a él, limpiando la sangre de mi cuchillo con una servilleta de cóctel—. Es una pena que sea tan difícil encontrar buenos ayudantes hoy en día.

—¿Qué quieres, Kovan?

—Creo que lo sabes.

Él sonríe, mostrando maliciosamente sus brillantes fundas dentales. —Ah, sí. Tu pequeña Dra —se recuesta en su asiento y me estudia —. Es guapa. No parece que pertenezca a tu mundo.

Me encuentro al otro lado de la mesa antes de darme cuenta de que me he movido, con la mano alrededor de su garganta. —Se llama Vesper. Y tú vas a mantenerte malditamente alejado de ella.

—Qué susceptible —no se resiste a mi agarre. Ni siquiera parece preocupado—. Ella ya está metida en esto, chico. En el momento en que la trajiste a nuestra familia, se convirtió en presa legítima.

—Ella no forma parte de este negocio.

—Díselo a sus neumáticos rajados.

Aprieto más fuerte. —Has sido tú.

—Por supuesto que fui yo —el sonido de su risa me pone los pelos de punta—. ¿Qué creías que iba a pasar? ¿Que podrías pasear a una inocente por ahí y esperar que nadie se diera cuenta? ¿Que podrías utilizarla?

Quiero aplastarle la tráquea. Quiero ver cómo se le apaga la vida en los ojos. Pero eso me convertiría exactamente en lo que él cree que soy: débil. Emocional. Un hombre que no puede controlarse.

Lo suelto y vuelvo a sentarme.

—Dejémonos de tonterías —digo—. Quieres que se vaya para poder sabotear el caso de la custodia. Excepto que ambos sabemos que te importa un comino Luka.

—Tienes razón. No me importa —coge otro porro y lo enciende con manos firmes—. Pero sí me importa lo que ese chico significa para ti.

Hago todo lo posible por ocultar mi mueca de disgusto.

—Harías cualquier cosa por él —continúa Ihor, con el humo enroscándose alrededor de su rostro—. Matarías por él. Morirías por

él. Es patético, la verdad. Un hombre adulto doblegado por un niño de ocho años.

—Cuida tu lenguaje.

—¿Por qué? ¿Porque me harás daño? —da una larga calada, sin apartar los ojos de los míos—. No puedes tocarme, Kovan. No mientras tenga influencia sobre el niño. Y ambos sabemos que Yana ahora me hace caso.

Aprieto los puños bajo la mesa. —Di tu precio. ¿Qué quieres a cambio de Luka?

—Una pregunta tan sencilla. Una respuesta tan complicada —estudia la punta brillante de su porro como si contuviera todos los secretos del universo—. Verás, si te entrego al niño, ya no tendrás motivos para mantenerme a tu lado. Ningún motivo para incluirme en los negocios rentables. Ningún motivo para fingir que somos familia.

—Tienes mi palabra...

—¿Tu palabra? —echa la cabeza hacia atrás y se ríe a carcajadas—. Tu palabra no vale nada. Necesito un seguro. Luka es mi seguro.

—No es un maldito peón.

—Te equivocas. Eso es exactamente lo que es —Ihor señala la foto detrás de la barra—. ¿Quieres saber por qué nunca te respeté a ti ni a tus hermanos? ¿Por qué mi lealtad murió con tu padre?

No respondo, pero él continúa de todos modos.

—Porque todos son débiles. Todos y cada uno de ustedes. Tú, Vitalii, Pavel... repugnantes. Su padre era fuerte. Despiadado. Gobernaba con la cabeza, no con el corazón. ¿Pero ustedes? —sus labios se curvan con disgusto—. Son esclavos de sus emociones. Se enamoran, se encariñan y luego les sorprende cuando alguien lo utiliza en su contra —se levanta y se alisa la chaqueta—. Un verdadero líder no puede permitirse amar, Kovan. El amor es una

debilidad. Un punto ciego. Un cuchillo esperando para clavarse entre tus costillas.

—¿Es eso lo que le pasó a Vitalii?

—Vitalii murió porque amó a la mujer equivocada. Porque antepuso su corazón a su cerebro. Porque era débil —los ojos de Ihor brillan con satisfacción—. Igual que tú —empieza a alejarse, pero se detiene—. Gracias por la charla. Deberías venir a visitarnos más a menudo. Es bueno para los hombres ver a su *pakhan* de vez en cuando.

Una vez más, apenas consigo reprimir el impulso de ejecutarlo aquí y ahora. Si no fuera por Luka, eso es exactamente lo que haría.

Pero él lo sabe. Ihor sabe exactamente lo que está haciendo: socavar mi autoridad, cuestionar mi fuerza, hacerme parecer el mismo niño asustado que solía esconderse detrás de su hermano mayor.

Pero mientras lo veo alejarse, algo frío y duro se instala en mi pecho.

Tiene razón en una cosa: el amor es un cuchillo.

La pregunta es: ¿cuánta sangre estoy dispuesto a derramar con él?

VESPER

Llevo diez minutos de pie al margen, observando cómo Luka mira fijamente a Waylen. Mi hermano no deja de animarlo a "intentarlo" y a "no tener miedo", pero Luka no se ha movido ni un centímetro hacia la colchoneta de entrenamiento.

A medida que se acerca el final de la hora, espero que Waylen acepte el hecho de que tal vez las artes marciales mixtas no sean lo suyo.

—¿No crees que ya es suficiente por esta noche? —le pregunto finalmente.

Waylen me lanza una mirada frustrada. —La defensa personal es importante, V. Necesita aprender estas cosas. Especialmente, teniendo en cuenta la familia a la que pertenece.

Luka me mira con esos grandes ojos grises, con aire indefenso, y mi corazón hace lo que siempre hace cuando está cerca de él: protegerlo.

—Luka, ven aquí un momento.

Prácticamente corre hacia mí, claramente aliviado de escapar de la rutina de sargento instructor de Waylen.

—Escucha —le susurro—, ¿quieres que termine esta lección?

Asiente tan rápido que me preocupa que se haga daño en el cuello.

—Eso es lo que pensaba. Esto es lo que vamos a hacer. Apunta a su plexo solar. Justo aquí —señalo el punto entre su pecho y su estómago—. Un buen golpe y se quedará sin aliento para continuar.

—¿Y si le hago daño?

—Es un chico grande. Sobrevivirá. Y, lo más importante, podremos ir a comer un helado.

Eso zanja la cuestión. Luka vuelve junto a Waylen con una determinación renovada.

—Muy bien, chico —dice Waylen dando una palmada—, veamos qué sabes hacer. Necesito un buen intento o, si no... ¡*Uf*!

El puño de Luka impacta perfectamente, justo donde le dije que apuntara. Waylen se tambalea hacia atrás, doblado y jadeando.

—¡Madre mía! —exclama Luka mirando su mano con asombro.

No puedo evitarlo, empiezo a aplaudir. Ovación de pie para mi pequeño guerrero. —¡Lo has conseguido! ¡De verdad lo has conseguido!

Waylen se endereza, todavía recuperando el aliento, pero sonriendo. —Eso estuvo bien, Luka. Muy bien. ¿Dónde aprendiste eso?

Luka me sonríe radiante. —¡Me lo enseñó Vesper! Ella sabe todo tipo de secretos sobre el cuerpo humano.

—Soy médico —le explico—. Es parte de mi trabajo.

—¿Puedes enseñarme más secretos? —pregunta Luka, prácticamente saltando de emoción.

Algo en su entusiasmo me recuerda a mí misma a su edad, molestando a mi padre con un sinfín de preguntas sobre medicina y anatomía. El recuerdo es muy intenso.

—De hecho —digo, sacando mi teléfono—, tengo una idea. Pero primero tengo que hacer una llamada.

Camino hasta el rincón más alejado del gimnasio y marco el número de Kovan. Mi pulso se acelera cuando contesta al primer tono.

—¿Vesper? ¿Va todo bien?

La genuina preocupación en su voz es un bálsamo para mi ansiedad. —Todo va bien. Solo llamaba porque quiero llevar a Luka al museo de ciencias. A la exposición sobre el cuerpo humano.

—¿Hoy?

—Ahora mismo, en realidad.

—¿No tiene clase con Waylen?

—Por eso te llamo. No quiero sobrepasar los límites.

El silencio se prolonga tanto que empiezo a preguntarme si ha colgado. —Está bien —dice finalmente—. Pero Pavel va contigo.

—Iba a llevar a Waylen...

—O va Pavel o no va nadie.

Frunzo el ceño. —¿Cuál es tu problema?

—No fue casualidad que te pincharan las ruedas, Vesper. Alguien te está persiguiendo y no voy a correr ningún riesgo con Luka involucrado. ¿Quieres ir al museo? Llévate a Pavel. Y no hay más que hablar.

Me trago mis tres primeras respuestas, todas ellas sugerencias creativas sobre dónde puede meterse su actitud sobreprotectora. —Está bien. ¿Algo más, su majestad?

—Quiero que me informes a cada hora.

—¿En serio?

—¿Quieres llevarlo o no?

—Dictador.

Él se ríe, y el sonido me produce algo en mi interior que me niego a reconocer. —Diviértete.

Cuelgo y me vuelvo hacia Luka, esbozando una sonrisa forzada. —Buenas noticias. Vamos al museo de ciencias.

Luka salta de alegría y levanta el puño en señal de victoria.

Miro a Pavel y Waylen junto al dispensador de agua. —Chicos, les toca hacer de guardaespaldas. Vamos.



—¿Está genial, verdad? —le pregunto mientras nos quedamos delante del esqueleto humano que hay expuesto ante nosotros.

Luka mira fijamente la caja torácica, con su pequeña mano apretada entre las mías. —¿Genial? —pregunta con tono inseguro.

—¿No te parece?

Se encoge de hombros. —Supongo. Pero sigo prefiriendo a Goliat.

Claro. ¿Cómo podría un esqueleto humano competir con una ballena azul de veintiséis metros?

Me arrodillo a su altura. —Tienes toda la razón, Goliat es increíble. Pero los humanos también somos extraordinarios —señalo el esqueleto—. ¿Sabías que nuestros huesos son más fuertes que el acero?

Sus ojos se agrandan. —¿En serio?

—Te lo juro. Un fémur puede soportar más de 900 kilos.

—Vaya.

—Y los dientes humanos son tan fuertes como los de un tiburón.

—¡No puede ser!

—Además... —le doy un golpecito suave en el estómago—, el ácido de nuestro estómago puede disolver el metal.

—¡Qué increíble!

—¿Ves? Somos tan impresionantes como Goliat. Solo que de otra manera.

Él asiente con entusiasmo, con el pelo castaño cayéndole sobre los ojos. —¿Aprendiste todo esto en la facultad de medicina?

Empezamos a recorrer la exposición y me doy cuenta de que Pavel y Waylen mantienen la distancia, profesionales pero discretos.

—En realidad, mi padre me enseñó estos datos cuando tenía tu edad. Él también era médico. A veces me llevaba al trabajo y yo tenía una pequeña insignia que decía: "La pequeña ayudante del Dr.".

Se me hace un nudo en la garganta al recordar. Todavía tengo esa insignia en algún lugar, guardada en una caja que no me atrevo a abrir.

—Mi padre nunca me llevó al trabajo —dice Luka en voz baja—. Decía que quería que tuviera una infancia de verdad. Nunca entendí lo que eso significaba.

Le toco el hombro. —Creo que significa que te quería mucho.

El rostro de Luka se ilumina. —Sé que me quería. No me llevaba al trabajo, pero íbamos al planetario todo el tiempo. Nos sentábamos bajo las estrellas y papá me contaba cosas. A veces las entendía y a veces no.

—¿Qué tipo de cosas?

Su expresión se vuelve seria. —Decía que podía ver el futuro en las estrellas. Me decía que sería grande y fuerte como el tío Kovan. Decía que lo haría sentir orgulloso.

Me duele el pecho por este niño que lleva cargando con unas expectativas tan pesadas desde el día en que nació. —Bueno, parece que al final sí que podía ver el futuro.

Luka niega con la cabeza. —No lo creo. Creo que solo mentía. No soy grande ni fuerte. No me parezco en nada al tío Kovan.

—Te pareces más a tu tío de lo que crees. Y tienes mucho tiempo para crecer.

Su labio inferior tiembla. —Pero no puedo luchar como el tío Kovan. Y a veces... —deja la frase en el aire.

—Puedes contarme lo que quieras, Luka.

Respira temblorosamente. —A veces, no quiero luchar en absoluto.

—Entonces no tienes por qué luchar —le digo con firmeza—. Si prefieres leer, pintar o estudiar las estrellas, eso es exactamente lo que debes hacer.

Me mira con esos ojos demasiado serios. —¿Echas de menos a tu papá?

—Todos los días. Cuando menos me lo espero.

—Yo también —mira a su alrededor y luego baja la voz—. Pero me siento mal.

—¿Por qué?

—Quiero ser como el tío Kovan. A veces, siento que él es mi padre.

La culpa en su voz es inconfundible. La reconozco porque yo también la he sentido, esa extraña vergüenza que acompaña al hecho de seguir adelante después de una pérdida.

—No tienes por qué sentirte mal por eso —le tranquilizo—. El tío Kovan te cuida. Es natural que te sientas así.

—Pero ¿y si mi padre me está observando desde las estrellas? ¿Y si se siente mal porque pienso así del tío Kovan?

Mi corazón se rompe una vez más. Una y otra vez con este niño, me encuentro tratando de recomponer los pedazos de mi propio dolor, mi propio amor, solo para darle un ejemplo de cómo es.

—Te apuesto un millón, un billón de dólares a que él simplemente está feliz de que alguien te quiera y te cuide. Cuando tienes buenos padres, lo único que quieren es que sus hijos sean felices —dejo de caminar y me agacho para mirarlo a los ojos—. ¿Eres feliz, Luka?

Lo piensa seriamente. Luego me mira y asiente. —Lo soy cuando estoy contigo, con el tío Kovan, el tío Pavel y Waylen.

Lo abrazo y respiro su aroma a champú y zumo de uva. —Entonces, tendremos que asegurarnos de que eso siga siendo así.

VESPER

—¿...y sabías que el ácido de mi estómago puede derretir el metal? —grita Luka prácticamente con alegría, con el tenedor suspendido a medio camino de su boca.

Kovan se sienta a la cabecera de la mesa, con Luka y yo a ambos lados. Para cualquiera que nos observe a través de la ventana, pareceríamos la familia perfecta cenando junta.

Y a mí también me lo parece.

Hay momentos, breves y sobrecogedores, en los que me sorprendo pensando eso. Olvido que no somos una familia real, y mucho menos una familia perfecta, ni siquiera nos acercamos a ello. Momentos en los que me dejo llevar por la belleza de todo ello. La brillante y cristalina fantasía de fingir que podemos tener esto, solo *esto*, para siempre.

Nada duele más que cuando esos momentos terminan.

Pero mientras duran, mientras esa burbuja de felicidad sigue flotando.

Dios, no hay nada mejor.

—Es increíble —responde Kovan a su sobrino con una sonrisa irónica.

—¡Lo sé! —Luka abandona por completo su plato de pasta para poder gesticular con ambas manos—. Ah, y la mayoría de la gente se tira suficientes pedos en un día como para llenar un globo de fiesta.

Kovan se ríe a carcajadas. —Es bueno saberlo. La próxima vez que te organicemos una fiesta de cumpleaños, pondré a Osip a cargo de los globos. Estoy seguro de que podría llenar una docena en una hora.

Ambos se echan a reír entre lágrimas. Yo también me río, pero más que eso, observo su fácil intercambio y trato de no dejar que las malas voces hagan estallar la burbuja de felicidad.

Sin embargo, lo hacen. Siempre lo hacen. Hay una voz de bruja malvada en mi cabeza, fría e insistente, que no me deja disfrutar completamente.

Esta no es tu familia.

Luka no es tu hijo. Kovan no es tu marido.

Esto nunca ha sido para ti.

—Vesper, ¿puedes acostarme esta noche? —pregunta Luka, devolviéndome al presente.

—¿Yo? —mis ojos se dirigen automáticamente hacia Kovan—. Bueno, yo...

—Yo te acostaré, Luka —interviene Kovan—. Vesper debe estar agotada después de su aventura en el museo.

La cara de Luka se descompone. —¡Pero yo quiero a Vesper!

Kovan aprieta la mandíbula. —Termina tu cena.

El rechazo es definitivo, absoluto. Me quedo allí sentada, masticando cerdo que de repente sabe a cartón mojado y blando, con un nudo en el estómago que se parece sospechosamente a un dolor.

No debería sorprenderme. Kovan ha dejado muy claro cuál es mi lugar: novia falsa, no madre falsa. La voz maléfica en mi cabeza tiene razón al advertirme.

Me concentro en mi plato, obligándome a tragar los últimos bocados mientras Luka mira a su tío con toda la indignación que un niño de ocho años puede reunir.

En cuanto terminamos, recojo los platos y me escapo a la cocina. Necesito alejarme de la tensión que he creado sin querer. Debería haber invitado a Waylen a quedarse a cenar. Estar sola con ellos me parece cada vez más peligroso.

Estoy con los codos sumergidos en agua jabonosa cuando aparecen en la puerta, ya inmersos en sus negociaciones nocturnas.

—¿Quince minutos de Mario Kart antes de acostarme? —intenta Luka.

—Ni hablar. Ayer tuviste treinta minutos.

—¡Eso fue ayer!

—Puedes sobrevivir una noche sin videojuegos —dice Kovan con firmeza—. Especialmente si quieres jugar este fin de semana.

Luka me mira y reconozco inmediatamente esa mirada calculadora. —Vale, no jugaré a Mario Kart —acepta con demasiada facilidad.

—Estupendo.

—...si Vesper me acuesta.

Veo que Kovan lucha por contener una sonrisa, claramente impresionado a pesar de su enfado. —Luka...

—¡Por favor, tío Kovan! Esta noche quiero estar con Vesper.

Me preparo para la inevitable negativa de Kovan. Pero, en cambio, suspira. —Está bien. Como quieras.

Luka levanta el puño en señal de victoria. —¡Sí!

Miro a Kovan con sorpresa. —No puedo creer que hayas cedido.

Él niega con la cabeza, casi sonriendo. —A veces hay que elegir bien las batallas.

—No todo tiene que ser una batalla —murmuro en voz baja.

Kovan se acerca, deteniéndose a solo unos centímetros de mí. Sus ojos verdes se clavan en los míos y siento cómo el calor me sube por el cuello. —No tiene por qué serlo —admite—. Pero normalmente lo es. Así es la vida.

Antes de que pueda responder, Luka me agarra de la mano. —Vamos, Vesper. ¡Hora de dormir!

Me arrastra antes de que pueda volver a mirar a Kovan.

Probablemente sea lo mejor. Últimamente tengo la mente dispersa. ¿Y mi fuerza de voluntad? Empiezo a pensar que no existe.

Pasé la mayor parte de la noche anterior tratando de no pensar en Kovan mientras usaba el costoso vibrador que compré hace dos años y que solo he usado dos veces. Ambas veces en mi cumpleaños.

"Patético" no es suficiente para describirlo.

Arriba, hago que Luka se cepille los dientes y luego le dejo convencerme para que le lea tres cuentos antes de dormir, en lugar del habitual. Cuando sus párpados comienzan a cerrarse, le subo las mantas y empiezo a masajearle el cuero cabelludo, tal y como Kovan hacía conmigo no hace mucho.

Apenas estaba consciente esa noche, pero aún así era plenamente consciente de él. Nunca había dormido tan profundamente ni me había despertado tan descansada. Por supuesto, también me desperté con su camisa puesta, de suave algodón blanco que se sentía mejor que la seda, en una cama que bien podría haber estado hecha de nubes.

—¿Vesper? —murmura Luka, con la voz pesada por el sueño que se avecina.

—¿Sí, cariño?

—Ojalá vivieras con nosotros todo el tiempo.

—Prácticamente lo hago —le señalo—. Cuando no estoy en el hospital, estoy aquí contigo.

—Pero tus cosas siguen en tu apartamento.

—Porque ese es mi hogar.

—Pero este podría ser tu hogar.

Sigo acariciándole el pelo, con un nudo en la garganta. —Es hora de dormir, Luka. Estás cansado.

—Me gusta imaginar que el tío Kovan es mi padre —susurra, cerrando los ojos.

—Lo sé. Me lo has dicho.

Se gira hacia un lado y me agarra la mano contra su pecho como si fuera una manta de seguridad. Algo se agita dentro de mí, una especie de anhelo punzante que no sabía que era capaz de sentir.

—También imagino que tú eres mi mamá.

Mi mano se queda inmóvil en su pelo. Pero Luka no se da cuenta: ya se ha dormido, y su agarre sobre mi mano se afloja a medida que su respiración se vuelve más regular.

Mamá. No es una palabra que jamás pensé que se aplicaría a mí. Ni siquiera es una palabra que quisiera.

No era como las otras niñas cuando era pequeña. Diablos, tampoco era como los niños. No jugaba a las casitas ni hacía fiestas de té con peluches. Nunca soñé con ser madre porque tenía la mirada puesta en algo más grande.

No iba a ser una esposa o madre más, iba a ser médico. Si eso significaba sacrificar mi vida personal, que así fuera. Estaba más que dispuesta a hacer ese sacrificio.

Pero aquí sentada, mirando el rostro tranquilo de Luka mientras duerme, no puedo evitar preguntarme si elegí mal.

Quizás sacrifiqué demasiado.

Quizás no pensé lo suficiente en lo que estaba dejando de lado.

Quizá, quizá, quizá.

Las preguntas se multiplican, dando vueltas en mi cabeza hasta marearme. Durante mucho tiempo, siempre supe exactamente hacia dónde iba. Siempre supe exactamente lo que quería ser.

¿Pero ahora? Ya nada me parece seguro.

He tenido una pequeña muestra de lo que podría ser tener una familia. Una pareja. Un hijo.

Y, de repente, la vida que creía que quería me parece que nunca será suficiente.

VESPER

—La respuesta es no.

Waylen se queda paralizado en la puerta, con la mano aún en el pomo. —Acabo de entrar. Ni siquiera te he dado los buenos días.

—Buenos días, querido hermano —no levanto la vista mientras echo Fruit Loops en un bol para el desayuno de Luka—. La respuesta sigue siendo no.

—¿Qué demonios, V? No te he preguntado nada.

—Pero estás a punto de hacerlo —cojo los Cheerios y los añado al colorido desastre—. Lo veo escrito en tu cara. Esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada que dice que quieres que haga algo que no voy a hacer bajo ningún concepto —le enseño la caja de cereales como si fuera un arma—. Así que saltémonos la parte en la que me lo pides y vayamos directamente al no. Canta conmigo: ¡Tú dices "¡*la respuesta es*!", yo digo "¡*no*!".

Waylen pone los ojos en blanco y se desliza en un taburete. —Estás siendo ridícula.

—*Tú* estás siendo ridículo —le respondo con mi voz más aguda y malcriada.

—Por Dios, V. Pareces una mujer adulta. Intenta comportarte como tal.

—Depende de la situación.

Coge el cuenco que acabo de preparar para Luka y toma una cucharada.

—¡Oye! —le arrebato el cuenco—. Eso es para Luka.

—Luka está pegado a la televisión viendo un documental sobre agujeros negros. No se dará cuenta si le das de comer cartón —Waylen persigue el cuenco mientras lo alejo de su alcance—. ¿Hay más leche?

—Si tocas esa leche, te echaré el cartón entero por la cabeza.

—Dios mío. ¿Quién te ha amargado el café esta mañana?

No puedo decirle exactamente que me desperté a las 3:00 a.m. con el cuerpo vibrando e insatisfecho. Que pasé una hora tratando de solucionar el problema yo misma, solo para salir de mi habitación y casi chocar con Kovan sin camisa.

Una mirada a sus abdominales y todos los nervios de mi cuerpo se encendieron de nuevo.

—No he dormido bien —digo en su lugar.

—Probablemente sea la culpa lo que te mantiene despierta —comenta.

Entrecierro los ojos. —¿Qué culpa?

—La culpa de no haber llamado a mamá en más de un mes.

—¡Mierda! —golpeo el cartón de leche con tanta fuerza que se derrama sobre la encimera—. Debería haberlo visto venir.

—Solo es una llamada —me regaña—. Diez minutos.

—Ojalá fuera tan sencillo.

Intenta coger la leche otra vez, pero la aparto a la otra punta de la encimera. —Te echa de menos, V.

—No mientas para hacerme sentir mejor. Mamá no me echa de menos. Te tiene a ti. A su hijo perfecto que nunca la decepciona.

—V.

—Está bien, la llamaré… —murmuro sin convicción—. Algún día. Es solo que últimamente no he tenido tiempo.

—Claro. Porque tu novio falso te tiene muy ocupada.

Se me revuelve el estómago. —No le has hablado de Kovan, ¿verdad?

—¿Qué clase de persona crees que soy? —arruga la nariz—. Independientemente de si apruebo o no toda esta mierda, no voy a traicionarte así.

Abrumada, le ofrezco a regañadientes el cartón de leche. —Lo siento. Es que... no sé cómo explicárselo.

—No tienes que explicarle nada. Tienes novio. Él tiene un sobrino al que ayudas a cuidar. Fin de la historia.

—Hará un millón de preguntas.

—Siempre hace un millón de preguntas y solo tú tienes la culpa. Porque nunca le cuentas nada sobre tu vida.

Lo miro furiosa. —Eso no es justo.

—¿No lo es?

—Yo no la excluyo. Es solo que... no le intereso. No le he interesado desde que murió papá.

Waylen suaviza el rostro y desvía la mirada.

—¿Lo ves? —insisto—. Ni siquiera puedes negarlo.

—V... —se pasa la mano por el pelo—. Es porque le recuerdas a él. Tu empuje, tu forma de hablar de medicina, tu dedicación. No puede mirarte sin ver a papá.

—Yo también lo quería.

—Lo sé. Pero es diferente. Tú y yo teníamos nuestras propias vidas. La escuela, los amigos, las carreras profesionales. Para ella era diferente. Todo el mundo de mamá giraba en torno a papá.

Intento imaginar nuestra infancia, pero Waylen tiene razón. La mayoría de mis recuerdos son solo de papá y yo. Mamá estaba allí, por supuesto, pero flotando en segundo plano, asegurándose de que tuviéramos ropa limpia y comidas calientes. Era más una elfa doméstica que una figura materna.

—Tenía su club de lectura —digo sin convicción.

—Durante un año, como mucho. Y su grupo de punto se reunía una vez al mes, cuando se acordaban —Waylen suspira—. Era ante todo una esposa, V. Cocinaba todas las comidas, planchaba todas las camisas. Todas sus amigas eran esposas de los colegas de papá.

Tiene razón. Una dolorosa razón.

—La muerte de papá te destrozó, pero a ella la borró —Waylen se inclina sobre la encimera y me toca la mano—. Ella perdió su identidad cuando lo perdió a él.

—Estaba tan absorta en mi propio dolor que nunca... —dejo la frase en el aire, con la vergüenza ardiéndome en el pecho.

—Hay algo más.

Lo miro. —¿Qué?

—Siempre pensé que sabías lo difícil que era para ella. Pensé que por eso te alejaste de las relaciones.

—¿Qué quieres decir?

Me lanza una mirada que dice que no puede creer que sea tan despistada. —V, la primera relación que has tenido en años es falsa. Eso no es una coincidencia.

Me encojo y escondo la cara. Siento un dolor que no es ni físico ni emocional. —La llamaré hoy —murmuro rápidamente, desesperada por cambiar de tema, aunque solo sea para detener ese extraño dolor en el pecho.

Waylen saca su teléfono y lo desliza por la encimera. —No hay mejor momento que el presente.

Miro el teléfono como si fuera a morderme. —No vas a dejarlo pasar, ¿verdad?

—¿Para qué están los hermanos mayores?

Cojo el teléfono, ya planeando mi venganza. Quizás mañana le eche sal en el café. O le esconda las llaves del coche.

O tal vez finalmente le diga la verdad sobre lo aterrada que estoy de que tenga razón en todo.



Waylen sale de la habitación para darme espacio sin decir mucho. Sabe que esto es difícil para mí. Que prefiero mantener mi equipaje enterrado en lo más profundo, fuera de la vista.

El problema es que ese pasado está vivo y coleando, vive en esta ciudad y se llama *mamá*. No puedo ignorarla para siempre.

Marco su número antes de perder el valor. Responde con pánico en su voz. —¿Vesper? ¿Va todo bien?

Su voz suena exactamente igual que siempre desde que perdimos a papá. Débil. Cansada. Como si estuviera hablando a través de espuma de poliestireno.

—Todo va bien, mamá. Solo quería llamarte para saber cómo estabas.

—Ah —hay una pausa y casi puedo oír cómo intenta pensar qué decir a continuación—. Eso... eso está muy bien, cariño.

Se abre un incómodo silencio entre nosotras, lleno de todas las cosas que ya no sabemos cómo decirnos. Solía pensar que era porque ambas estábamos de duelo. Ahora me pregunto si es que nunca aprendimos a hablar sin papá como traductor.

—¿Cómo va el trabajo? —pregunta finalmente.

—Ajetreado. Como siempre —enrollo un mechón de pelo alrededor de mi dedo—. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Ocupada.

Bien. Eso no es una respuesta. Quiero preguntarle qué hace todo el día en esa casa vacía. Si sigue poniendo la mesa para dos por costumbre. Si come lo suficiente.

Si me echa de menos.

—Waylen dice que has estado trabajando demasiado —continúa.

—Se preocupa demasiado.

—Lo ha heredado de tu padre.

Me estremezco. Lo dice con una alegría fingida, como si fuera totalmente normal mencionar a papá, como si su pérdida no nos hubiera destrozado a las dos.

—Mamá...

—Deberías venir a comer el próximo fin de semana —me interrumpe —. Los dos. Haré esa ensalada de pollo que tanto te gustaba.

—Yo... —miro a Waylen, que ha vuelto a la cocina y ahora escucha descaradamente mientras finge leer el periódico—. Claro. Sí, me

parece bien.

—Maravilloso. ¿El sábado al mediodía?

—El sábado al mediodía —repito.

—Y ¿Vesper? Deberías traer a tu novio.

Se me hiela la sangre. —¿Mi qué?

—Waylen mencionó que estás saliendo con alguien. Me gustaría conocerlo.

Voy a matar a mi hermano. Lentamente. Con una cuchara oxidada.

—No es necesario, mamá. La relación es muy nueva todavía y...

—Tonterías. Si es lo tan importante como para que pases tiempo con él, es lo suficientemente importante como para conocer a tu madre.

Hay algo en su voz que no había oído en años. Una chispa de interés. De vida.

—Se lo preguntaré —miento—. Pero puede que esté ocupado.

—Bueno, pregúntale. Seguro que puede dedicarte una tarde.

—Claro. Por supuesto.

Nos despedimos y cuelgo, con las manos ligeramente temblorosas. Waylen me sonríe con aire de suficiencia, como el estúpido que es.

—¿Cómo ha ido? —pregunta inocentemente.

—Le has hablado de Kovan.

—Le he dicho que salías con alguien. Eso es diferente.

—Quiere conocerlo.

—¿Y?

—Y no puedo llevar a mi novio falso a una comida familiar, ¿no?

Waylen se encoge de hombros. —¿Por qué no? Lo llevas a todas partes.

Lo pienso durante exactamente dos segundos. Kovan conociendo a mi madre. Mi frágil y destrozada madre, que todavía lleva su anillo de boda y mantiene la taza de café de papá en el mismo lugar de la encimera.

La mujer que quizá por fin tenga un motivo para volver a sonreír si cree que soy feliz.

La mujer que quedará devastada cuando todo esto inevitablemente se derrumbe.

—No —digo con firmeza—. Por supuesto que no.

—Tú te lo pierdes.

—Le diré que tenía que trabajar. Que no ha podido venir.

—¿Vas a mentirle a tu propia madre?

—La estoy protegiendo.

Waylen me lanza una mirada que dice que sabe perfectamente lo que estoy protegiendo en realidad. —Claro. Seguro que sí.

Cojo un paño de cocina y se lo lanzo a la cabeza. Él se agacha, riendo.

—Hoy parecía estar mejor —comenta—. Más como ella misma.

—Sonaba exactamente igual que siempre.

—V...

—Sigue sonando como si se estuviera ahogando, Waylen. Como si hubiera estado conteniendo la respiración desde el momento en que el ataúd tocó la tierra y aún no recordara cómo exhalar.

Su sonrisa se desvanece. —Dale tiempo.

—¿Cuánto tiempo necesita? Porque se me están acabando las formas de fingir que todo va bien. Con cualquiera de las dos.

—Quizás ese sea el problema. Quizás deberías dejar de fingir.

Lo miro fijamente. —¿Qué quieres decir con eso?

—Quizá deberías decirle lo que realmente sientes. Sobre papá. Sobre ella. Sobre todo.

La sugerencia me aterroriza más que enfrentarme a Jeremy Fleming. —No puedo.

—¿Por qué no?

—¿Y si no puede soportarlo? ¿Y si saber lo enfadada que estoy empeora su estado?

—¿Y si la hace mejorar?

No tengo respuesta para eso. En cambio, paso junto a él hacia la sala de estar, sacando deliberadamente el pie para hacerle tropezar mientras paso.

Él tropieza, pero se recupera y se ríe. —Muy madura, V.

—He aprendido del mejor, hermano mayor.

Pero mientras veo a Luka absorto en su documental sobre los agujeros negros, solo puedo pensar en el brillo en la voz de mamá cuando me preguntó por mi novio.

Y lo mucho que le va a doler cuando aparezca sola.

48

VESPER

Miro a Miranda como si me acabara de decir que el hospital está en llamas. —¿Qué quieres decir con que "la cirugía se ha pospuesto"?

Sus dedos bailan nerviosamente sobre el teclado. —Está aquí mismo, en el sistema, Dra. Fairfax. La cirugía de Drayton Jones se ha reprogramado para el miércoles a las... 3:00 a.m.

—¿Las 3:00 a.m.? ¿Las 3:00 de la madrugada? —mi voz se quiebra —. ¿Quién programa una cirugía a las tres de la puta madrugada?

Miranda encoge los hombros. No me mira a los ojos. —Lo siento, Vesper. Solo introduzco lo que me dice Administración.

La empujo para entrar en la sala de enfermeras, con las manos temblorosas mientras reviso el sistema de programación. Tiene que haber un error. Tiene que haber alguna forma de arreglar esto.

Pero todas las modificaciones que intento son denegadas. Cada código que introduzco me devuelve el mismo mensaje: ***Acceso restringido.***

Se me oprime el pecho. Esto no es un accidente.

Es Jeremy.

Es una venganza.

—¡Vesper!

Me giro y veo a una de mis colegas, la Dra. Hastings, corriendo hacia mí. Frunzo el ceño cuando se acerca lo suficiente como para ver que su cabello, normalmente perfecto, se ha soltado del moño y le cae en mechones rebeldes y encrespados.

—Gracias a Dios que estás aquí —balbucea—. Necesito tu ayuda con una paciente.

Me obligo a respirar. A concentrarme. —¿Qué le pasa?

—Eso es precisamente lo que pasa, que no lo sé —la frustración de Jane se refleja en cada exhalación—. Está teniendo convulsiones, pero no consigo averiguar por qué. Nada de lo que he probado funciona.

—¿Daño neurológico?

—Ninguno. Está muy lúcida. Alerta, habladora. No tiene antecedentes de epilepsia, ni infecciones, ni traumatismos evidentes —Jane se peina el cabello revuelto con las manos—. No se me ocurre nada más.

—¿Qué edad tiene?

—Setenta y nueve.

Mi mente empieza a trabajar. —¿Un derrame cerebral?

—Ya lo he comprobado. Su salud cardiovascular es increíble. Mejor que la de la mayoría de los cuarentones.

Algo hace clic en mi cabeza. —Quiero conocerla.

Jane asiente y me lleva hacia el ascensor. —Está en la octava planta.

Mientras caminamos, me surgen más preguntas. —¿Alguna lesión en la cabeza? ¿Coágulos de sangre? ¿Cuándo comenzaron las convulsiones?

—No hay lesiones ni coágulos. Las convulsiones comenzaron cuando tenía más de cincuenta años y han empeorado con el tiempo.

—¿Alrededor de la menopausia?

Jane se detiene. —Yo... Sí, en realidad. ¿Por qué?

Pero yo ya estoy avanzando más rápido, con ese familiar y emocionante zumbido del descubrimiento resonando bajo mi piel. La sensación que tengo cuando las piezas del rompecabezas empiezan a encajar.

Cuando llegamos a su habitación, Carmen Monroe es exactamente como esperaba: ojos azules penetrantes, cabello plateado peinado cuidadosamente hacia atrás y una actitud severa a juego.

—¿Otro médico? —me mira de arriba abajo—. Déjame adivinar. Estás aquí porque la Dra. Hastings no sabe qué me pasa.

—Algo así —acerco una silla—. ¿Te importa si te hago algunas preguntas?

Me mira entrecerrando los ojos. —Eres demasiado joven para ser médico. ¿Eres un prodigio o una trepadora?

—Ninguna de las dos cosas —le prometo—. Solo soy una trabajadora incansable con una segunda opinión.

Ella hace un gesto con la mano, como de desprecio. —Ya he tenido una tercera, cuarta, décima y vigésima opinión. Si te soy sincera, estoy bastante harta de ellas. Quizás debería irme a casa y dejar que las convulsiones hagan lo que quieran conmigo.

—Vamos, Carmen —la regaño suavemente, sacudiendo la cabeza—. No me parece que seas una persona que se rinde fácilmente.

Esboza una leve sonrisa. —No es rendirse si has vivido una vida larga y plena y no tienes nada que lamentar. No le temo a la muerte, Dra.. De hecho, la acojo con agrado.

—Por muy valiente que seas, señora Monroe, mi trabajo no es enviarte al encuentro con tu creador. Mi trabajo es curarte y posponer ese encuentro todo lo que pueda. No vas a convertirme en alguien que se rinde, ¿verdad?

Ella sonríe con aire burlón. —Eres muy descarada. Me gustas.

Sonrío. —Entonces, ¿puedo continuar con mis preguntas?

—Oh, supongo que sí. Adelante. No tengo ningún otro sitio al que ir —apaga la televisión y se vuelve hacia mí con las manos cruzadas recatadamente en el regazo.

Le tomo el pulso: constante, fuerte. Pero su piel está caliente. No tiene fiebre, solo está... caliente.

—Tienes calor —le digo.

Carmen se encoge de hombros. —Desde la menopausia. Mi termostato interno se ha vuelto loco.

Las piezas encajan con tanta fuerza que casi me quedo sin aliento. —Carmen, creo que tiene convulsiones febriles.

—¿Convulsiones febriles? —pregunta Jane acercándose—. Pero su temperatura es normal.

—No todas las fiebres se presentan de forma tradicional —me vuelvo hacia Carmen, cada vez más emocionada—. El cuerpo de algunas personas no muestra los síntomas típicos de la fiebre. La única forma en que se manifiesta la fiebre es a través de...

Mientras hablo, los ojos de Carmen pierden de repente el foco. Se vuelven hacia atrás, blancos y aterradores.

—¡Jane! —le grito a la Dra. Hastings, pero el cuerpo de Carmen ya está convulsionando, de forma violenta y rítmica.

Jane pulsa el botón de emergencia. Un ejército de enfermeras entra en la sala con el equipo. Me apresuro a retroceder contra la pared,

con el corazón latiéndome con fuerza, mientras Jane se hace cargo de su paciente.

—Está entrando en parada cardíaca. Carga a doscientos.

El desfibrilador emite un chirrido. El cuerpo de Carmen se sacude.

Nada.

—Carga a cuatrocientos.

Aprieto los puños. *Vamos, Carmen. Me dijiste que no eras una cobarde*.

—No funciona. Sube la carga a ochocientos.

No. Ochocientos es demasiado para alguien de su edad. Quiero gritar, decirle a Jane que pare, pero no es mi paciente. No es mi decisión.

La máquina se pone en marcha. El cuerpo de Carmen se arquea.

Entonces, el sonido de la línea plana llena la habitación, largo e implacable. Luego:

—...Hora de la muerte, 2:37 a.m.

Me muevo antes de que Jane termine de hablar, salgo tambaleándome de la habitación y recorro el pasillo. Mi visión se vuelve borrosa. Siento el pecho oprimido.

Ella estaba preparada para morir. Ella misma lo dijo. Pero eso no lo hace más fácil.

Eso no significa que yo no haya fallado.

Encuentro la sala de médicos vacía, gracias a Dios, y me hundo en una silla junto a la ventana. El silencio me envuelve como una manta que no quiero y que nunca pedí. Me siento mientras mis ojos se llenan de lágrimas ardientes. Salpican mis manos, dobladas en mi

regazo, igual que las de Carmen. Siento la vergüenza líquida gotear entre mis nudillos.



Un rato después, treinta segundos o treinta minutos, no estoy muy segura, la puerta se abre detrás de mí.

—Dra. Fairfax.

La voz de Jeremy me pone los pelos de punta. No me doy vuelta.

—¿Qué quiere?

—¿Es esa forma de hablarle a su superior?

Por fin lo miro. Está de pie en la puerta, engreído, condescendiente. Lo odio tanto que me duele. —Solo eres mi superior en el papel. Éticamente, ni siquiera te acercas.

Su sonrisa me revuelve el estómago. —Parece que crees que aquí eres intocable, Dra. Fairfax. Que la reputación de tu padre te protege. Parece que crees que puede salirte con la tuya, literalmente, por ser quien era tu padre.

Eso me hace mirar dos veces. —¿De qué estás hablando?

—Me enteré de lo que pasó en la octava planta —se acerca con aire despreocupado y se sienta frente a mí, con las piernas abiertas—. Tu interferencia mató a esa mujer.

Debería haberlo visto venir. Debería estar preparada. No hay ningún límite que Jeremy Fleming no esté dispuesto a traspasar.

Es culpa mía por pensar que ni siquiera él sería capaz de caer tan bajo.

—Estás loco —le espeto.

—No tenías por qué asesorar a un paciente fuera de tu departamento.

—¿Desde cuándo ayudar a un colega va en contra de las normas? —no quiero llorar, pero es difícil no hacerlo cuando hay tantas emociones desbordándose dentro de mí—. Solías pedirle ayuda a mi padre todo el tiempo. ¿Te acuerdas de Rachel Meyerson? La diagnosticaste mal. Papá le salvó la vida después de que tú casi la mataras.

La pierna de Jeremy comienza a temblar, pero su expresión no cambia.

—Seamos sinceros, Jeremy —continúo—. Quieres que me vaya porque no te beso los pies. Todo esto es por el poder.

—¿Que te vayas? No, no, no. Nadie quiere que te vayas, Vesper —dice con voz melosa—. Aquí, en St. Raphael, creemos en las segundas oportunidades, incluso cuando no se merecen. Pero he notado que pareces... sobrecargada de trabajo. Cansada. Estás cometiendo errores, y eso es algo que no nos podemos permitir. Aquí, en St. Raphael, no creemos en cometer errores.

Siento frío, ya tiemblo ante algo horrible que sé que está por venir. —¿Qué estás diciendo? —le pregunto.

—Voy a reducir tus horas. Mitad de turno, con efecto inmediato.

Me levanto de un salto. —No puedes hacer eso.

—En realidad, como director de este hospital, verás que sí puedo —me sonríe serenamente—. Y, como trabajarás medias jornadas en un futuro próximo, tu salario también se reducirá en consecuencia. Creo que estarás de acuerdo en que es lo justo.

—¿La junta lo ha aprobado?

—Por unanimidad.

—Qué rápido.

Se encoge de hombros. —En St. Raphael somos eficientes.

—Entonces, ¿seguro que han revisado mi solicitud de la nueva incubadora para pediatría?

Jeremy se alisa la corbata. —Denegada. Me temo que no hay fondos.

—¡Acabas de recortarme el sueldo! —exclamo, incrédula—. Usa ese dinero para comprar equipos que salven la vida de los niños.

—Ese dinero ya está asignado a otra cosa.

—¿Dónde? ¿A tu fondo para vacaciones? ¿A una maldita casa en la playa en Cabo?

Entrecierra los ojos. —De verdad, Dra. Fairfax. Qué lenguaje tan soez. Tu padre estaría decepcionado.

Se levanta y se dirige hacia la puerta, pero no puedo contenerme.

—¡Mi padre fue tu mentor! Se avergonzaría de en lo que te has convertido.

Jeremy se detiene en el umbral. Cuando se da la vuelta, su sonrisa se ha convertido en una mueca inhumana. —Tu padre pasó más tiempo conmigo que contigo. ¿Alguna vez has pensado que quizá yo lo conozca mejor que tú?

—No, la verdad es que no.

—Sigue contándote las historias que quieras, Vesper —su voz se reduce a un susurro—. Pero medita sobre esto: tal vez, solo tal vez... Thomas Fairfax no era el hombre que creías que era.

VESPER

No era el hombre que creías que era.

Las palabras de Jeremy dan vueltas en mi mente como buitres sobre un animal atropellado. Odio que me esté afectando, que se entrometa en mi cabeza y en mis pensamientos. Pero ahí está, vertiendo su veneno en mis oídos hasta que se arraiga, negándose a dejarme descansar incluso después de haber dejado atrás el peso del hospital y este horrible día.

Considero la posibilidad de conducir hasta mi apartamento y esconderme allí sola. Pero gracias a mi nueva reducción de horas, mañana no tengo que estar en el hospital. La idea de enfrentarme a cuatro paredes vacías me revuelve el estómago.

Lo cual es extraño, porque hace unos meses, la idea de volver a casa, a una casa llena de gente, llena de los chicos Krayev, me habría llevado directamente al botiquín en busca de ansiolíticos.

Es curioso cómo cambian las cosas. Qué rápido y qué profundamente.

La mansión está a oscuras cuando entro en el camino de acceso detrás de uno de los coches de Kovan. La capota del descapotable sigue bajada, lo que significa que probablemente haya llevado a Luka a dar una vuelta esta noche. Puedo imaginármelos: el pelo

revuelto por el viento, las bocas abiertas en amplias sonrisas idénticas, y mi corazón da un doloroso vuelco.

Entro sigilosamente, me quito los zapatos junto a la puerta para poder moverme en silencio descalza. Me invade una sensación de alivio mientras me dirijo a la cocina, al oler las sobras de Kovan y Luka y ver sus cosas por todas partes, pequeñas muestras de que siguen donde los dejé, aunque el resto del mundo se esté desmoronando.

Por lo agitado y melodramático que se está volviendo mi pensamiento, sé que tengo hambre. Necesito comida de verdad después de sobrevivir veinticuatro horas a base de galletas saladas y café negro.

La nevera está llena de sobras: rosbif, patatas salteadas, remolacha con miel. Pero cuando abro los recipientes, se me revuelve el estómago. No puedo comer. Esta noche no.

Así que preparo café. Café negro como la noche con leche y azúcar, porque esa es mi versión de ahogar mis penas en helado directamente del envase.

Estoy terminando el último sorbo cuando una sombra llena la puerta. Aparece Kovan, completamente despierto a pesar de que son casi las cuatro de la madrugada.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

No responde, pero lo averiguo inmediatamente. —Claro. Pavel —me llevo la mano a la frente—. Hay que reconocerlo, hoy no lo he visto ni una sola vez.

—Es bueno manteniéndose invisible cuando lo necesita —explica Kovan—. Pensó que ya tenías bastante con lo que lidiar hoy.

No estoy segura de cómo me siento al respecto. Decido procesar ese sentimiento más tarde, cuando esté menos agotada.

—Es cierto que ya he tenido bastante —me levanto—. Así que, si me disculpas, me voy a la cama.

Él no se mueve. Su enorme corpulencia bloquea completamente la puerta. Considero la posibilidad de intentar pasar a su lado, pero me parece una idea terrible por múltiples razones.

—Por favor, Kovan.

Su mano se posa en mi cadera. El contacto es tan inesperado que, por un segundo, olvido cómo respirar. Me resulta familiar de una forma que debería aterrorizarme.

—Dime qué pasa.

Levanto la vista hacia él, lo cual es un error. Esos ojos verdes me atrapan al instante.

—Ya sabes lo que pasa. Pavel te lo habrá contado todo.

—Pavel me da información general, no detalles —dice—. Quiero oírlo de ti.

Aparto su mano. —Déjame ir.

Él no se mueve. —Dime qué ha pasado.

—¡No! —grito—. No quiero hablar. Es demasiado reciente. Demasiado doloroso. Lo que realmente quiero es...

Me detengo antes de terminar la frase, en gran parte porque Kovan está tan cerca ahora que puedo contar cada una de las pestañas oscuras que enmarcan esos ojos.

—Dímelo —repite en voz baja—. Dime lo que necesitas. Quizá pueda ayudarte.

Sus labios parecen carnosos y suaves a la tenue luz de la luna que se cuela por las ventanas del rincón del desayuno. El tatuaje de la constelación en su antebrazo asoma por la manga remangada,

recordándome que hay profundidades en este hombre que apenas he vislumbrado.

Si esta noche me permito hacer lo que sé que no debería hacer bajo ningún concepto, me arrepentiré. Sé que lo haré.

Acercarme tanto a Kovan Krayev es buscar el desamor.

Él saldrá ileso.

Yo no.

Pero no puedo evitar inclinarme hacia él, respirar su aroma, ansiar su sólida calidez. —No puedes ayudarme —murmuro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque... —mi cerebro se bloquea cuando él está tan cerca—. Porque es una mala idea.

—¿Qué es una mala idea?

Él sabe exactamente a qué me refiero. Solo quiere oírme decirlo.

Y, Dios me ayude, estoy a punto de ceder.

—Para —le pongo la mano en el pecho, intentando apartarlo—. No pienso con claridad. Estoy cansada y sensible y...

—Necesitas distraerte.

Sí. Eso es exactamente lo que necesito. Necesito olvidar quién soy y qué hago. Necesito olvidar a Jeremy Fleming y a Carmen Monroe. Necesito dejar de ser la Dra. Vesper Fairfax durante unas horas y simplemente... existir.

Quiero dejar de pensar. Quiero entrar en caída libre. Quiero saltar desde el borde de la montaña sin preocuparme por las consecuencias que me esperan abajo.

—Di la palabra —murmura Kovan, como si pudiera leer mis pensamientos—. Di la palabra y haré que olvides que hoy ha pasado

algo.

El deseo se despliega en mi estómago. ¿No es eso exactamente lo que necesito? He pasado tanto tiempo siendo solo cerebro, solo ambición. Quizás he olvidado lo que se siente al ser mujer.

—De acuerdo —me oigo susurrar—. Distráeme.

No lo duda. Su sonrisa es leve y enigmática mientras me levanta en brazos y me lleva hacia las escaleras.

—Será un placer.

50

KOVAN

Su respiración se entrecorta mientras subimos. Un pequeño sonido de pánico en la oscuridad. —¿Qué estás haciendo?

—Si te lo digo, no será una buena distracción.

Llego a lo alto de las escaleras y entro en mi dormitorio. La dejo en el suelo, aunque no la suelto. No del todo. Todavía no. Tengo un puñado de su bata en la cintura y me cuesta todo el esfuerzo posible no quitársela.

Pero ella hace el trabajo por mí cuando se zafa. La estoy sujetando con tanta fuerza que su movimiento hace que los pantalones se deslicen por sus muslos y se enreden alrededor de sus tobillos. Ella se libera de todo el lío, bragas incluidas, y tropieza hacia atrás.

—No podemos empezar así.

Arqueo una ceja. —¿Por qué coño no?

—Porque necesitamos... Primero, necesitamos *reglas*. Límites. Esto tiene que seguir siendo casual y práctico. Práctico sobre todo.

—Práctico —repito.

—Sí. Los dos somos adultos con necesidades. Esto no tiene por qué ser complicado. Puede ser sencillo.

Me alejo de la puerta y camino lentamente hacia ella. —¿Qué te hace pensar que yo quiero que sea sencillo?

Ella da otro paso atrás. —Porque eso es lo que es. Tiene que serlo. No somos... No sentimos nada el uno por el otro. Esto es solo físico.

—¿Lo es?

—Sí —pero su respuesta sale demasiado rápido como para abarcar toda la historia—. Y necesito que sepas que yo no suelo... Quiero decir, no suelo hacer este tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Sexo casual. Cosas de una noche —se sonroja—. ¿Tú... tú sí?

Oculto mi sonrisa. Sé exactamente lo que quiere saber, pero el temblor, la esperanza que lucha contra la desesperanza... todo eso es parte de los preliminares a mis ojos. Será mucho mejor cuando le dé todo lo que nunca supo que necesitaba.

—¿Yo sí qué?

Se mantiene desafiante. Sin ropa interior, lo que debilita su fuego. No me importa. La provocación es un juego previo. El fuego es un juego previo. Las sombras que se agrupan donde se unen sus muslos también son un juego previo.

Todo es juego previo. Todo ha sido juego previo desde el maldito principio.

—¿Con cuántas mujeres has estado? —pregunta.

—¿Importa eso?

—Me gustaría saber en qué me estoy metiendo.

Dejo de caminar y cruzo los brazos. —No llevo la cuenta.

—Entonces, da una cifra aproximada.

—Demasiadas como para recordarlas.

Ella se estremece y veo el dolor reflejado en su rostro antes de que lo oculte.

—Bien —dice—. Perfecto. Entonces entiendes que esto no tiene... importancia.

—No tiene importancia.

—Exacto. Sin emociones. Sin complicaciones —alza la barbilla—. ¿Puedes con eso?

La miro fijamente durante un largo momento. Se esfuerza mucho por controlar esto, por hacerlo seguro. Por protegerse para no salir herida.

No voy a dejar que lo haga.

—Quítate la parte de arriba.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Sus manos se posan en el dobladillo de la bata, pero no se mueve. —Quizás deberíamos hablarlo primero.

—Ya hemos hablado —doy otro paso hacia ella—. Quítatela o lo haré yo por ti.

Su respiración se acelera. —Kovan.

—Cinco segundos.

—Se supone que esto es informal...

—Cuatro.

—No puedes darme órdenes...

—Tres.

Le tiemblan las manos mientras se agarra la parte inferior de la camisa.

—Dos.

Se la quita por la cabeza y me la lanza.

La atrapo y dejo que mis ojos recorran su cuerpo. Lleva un sujetador blanco liso, nada especial, pero no importa. Es perfecta.

—Kovan, espera...

Recorro la distancia que nos separa en dos zancadas y la empujo contra la ventana. Coloco las manos sobre sus caderas y acaricio con los pulgares las puntas de sus caderas.

—¿Quieres que esto no signifique nada? —me inclino, con la boca a pocos centímetros de su oído—. ¿Quieres que te trate como a todas las demás?

—Sí.

—Mentirosa.

Deslizo la punta de un dedo por su humedad. Ella se derrumba contra mí, jadeando, con las manos agarrándose a mis hombros para no caerse.

—Sé cuándo me mientes, Vesper. Tu voz se vuelve más aguda. Tus manos tiemblan —recorro con un dedo el borde de su sujetador—. Tus pezones se endurecen.

Ella cierra los ojos. —Para.

—¿Que pare qué? ¿Que pare de tocarte? —le desabrocho el sujetador con una mano y lo dejo caer al suelo—. ¿Que pare de hacerte sentir bien?

—Esto no es lo que quería.

—Esto es *exactamente* lo que querías —le acaricio el pecho con la palma de la mano, rozándole el pezón con el pulgar—. Solo que no quieres admitirlo.

Ella se arquea ante mi caricia. Un suave gemido se escapa de sus labios.

—Eso es —murmuro—. Deja de pensar tanto.

Mi boca encuentra su cuello y lo muerdo suavemente. Ella gime y clava sus uñas en mis hombros. Empiezo a bajar por su cuerpo porque creo que voy a explotar si no la saboreo ahora mismo. Pero antes de llegar muy lejos, ella me toca la cara para detenerme.

—No... Necesito que sepas que realmente no disfruto... —se calla, avergonzada.

—¿No disfrutas qué?

—El sexo oral. Quiero decir, está bien, pero realmente no... ya sabes.

Me aparto para mirarla. —No te corres con eso.

Su cara se sonroja. —No es gran cosa. No todas lo hacen.

—Cariño, solo has estado con aficionados.

Antes de que pueda responder, me arrodillo frente a ella.

—Kovan, no tienes por qué...

—Pasa tu pierna por encima de mi hombro.

—¿Qué?

Le agarro el muslo y lo coloco sobre mi hombro, abriéndola hacia mí. —Agárrate a algo.

—De verdad que no creo que...

Acerco mi boca a sus labios y sus palabras se disuelven en un jadeo.

—Oh, Dios.

La abro con mis dedos. —Mírate. Eres jodidamente perfecta —paso mi lengua por sus pliegues, lenta y deliberadamente, y ella grita.

—Demasiado —jadea—. Es demasiado.

—Acabamos de empezar.

La trabajo con mi boca, con mi lengua, buscando cada punto que la hace temblar. Ella intenta contenerse, intenta mantener el control, pero no se lo permito.

—Déjate llevar —le ordeno contra su piel—. Deja de resistirte.

—No puedo... No puedo...

Deslizo dos dedos dentro de ella mientras mi boca se concentra en su clítoris, y ella se derrumba por completo.

—Kovan, por favor...

Sus palabras se convierten en sonidos incoherentes mientras la llevo más alto. Puedo sentir que se acerca, su cuerpo se tensa, su respiración se vuelve entrecortada.

—Córrete para mí —le digo—. Ahora mismo.

Ella se derrumba, gritando mientras el orgasmo la invade. No me detengo, sigo estimulándola hasta que se queda temblando y sollozando sobre mí.

Cuando finalmente se queda sin fuerzas, la cojo antes de que se caiga, la levanto en mis brazos y la llevo a la cama.

—Dos minutos —digo al mirar el reloj de la mesita de noche. La acuesto sobre las almohadas—. Y eso solo con mi boca.

Ella me mira, aturdida y respirando con dificultad. —No lo entiendo.

—¿Entender qué?

—Cómo lo has hecho tan rápido.

Me inclino sobre ella, apoyando las manos a ambos lados de su cabeza. —Porque sé lo que hago. Y porque tu cuerpo está hecho para el mío.

—Eso no es... No puede ser... Se supone que esto es algo casual.

—No hay nada casual en la forma en que acabas de correrte por mí —le aparto el pelo de la cara—. Y no hay nada casual en lo que voy a hacerte a continuación.

Sus ojos se abren como platos. —¿A continuación? ¿Te refieres a...?

—Vesper... —bajo la voz, dejándola ver el deseo en mis ojos—. No hemos terminado ni mucho menos.

KOVAN

Ella sigue temblando debajo de mí, su respiración se siente entrecortada contra mi hombro. Las réplicas de su orgasmo recorren su cuerpo. A través de mis dedos, puedo sentir cómo la tensión abandona lentamente sus músculos mientras se recupera del éxtasis que le acabo de proporcionar.

Debería apartarme. Darle espacio para que se recupere. Pero la forma en que se aferra a mí, con las uñas aún clavadas en mis hombros, me hace querer quedarme exactamente donde estoy.

—Mierda —susurra, con la voz completamente destrozada.

Levanto la cabeza para mirarla. Su cabello está esparcido sobre la almohada, sus labios hinchados por mis besos, sus ojos aún vidriosos de satisfacción. Parece una mujer que ha sido adorada por completo, y esa imagen me provoca una nueva oleada de posesividad.

—¿Estás bien? —le pregunto, apartándole un mechón de pelo de la cara.

Ella asiente, pero hay culpa en su rostro. Vergüenza. Como si acabara de darse cuenta de que me ha mostrado más de sí misma de lo que jamás había pretendido.

—Yo no... —empieza a decir, pero se detiene y se muerde el labio.

—¿No qué?

—Normalmente no pierdo el control así.

—Lo sé —le recorro el contorno de la mejilla con el pulgar—. Eso es lo que lo ha hecho tan jodidamente hermoso.

Sus mejillas se sonrojan y ella aparta la mirada. —Esto no cambia nada —dice, pero le falta convicción—. Mañana volveremos a...

—¿A las tonterías? —la interrumpo, deslizando mi mano hacia arriba para acariciar su rostro y obligarla a mirarme a los ojos—. ¿A fingir que no sé cómo sabes? ¿Cómo suenas cuando te derrites en mi lengua?

—Tenemos un trato...

—Que se joda el trato —digo secamente—. ¿Crees que puedes volver a mirarme al otro lado de la mesa del desayuno, sabiendo lo bien que puedo hacerte sentir? ¿Sabiendo cómo me suplicabas más?

Ella traga saliva con dificultad, su respiración ya comienza a acelerarse de nuevo. —Kovan...

—¿Crees que puedo verte acostar a Luka, tan doméstica y dulce, y no recordar cómo me agarrabas del pelo cuando te corrías? —me inclino y le rozo la oreja con los labios—. ¿Cómo cabalgaste sobre mi cara y te derramaste en mí?

—¡Para! Eso fue solo... en ese momento.

—¿De verdad? —me aparto para estudiar su rostro, acariciándole el labio inferior con el pulgar—. Porque a mí no me pareció *cualquier cosa.*

Ella se aparta, como si viera algo en mis ojos que la asusta. —¿Qué estás diciendo?

No tengo respuesta para eso. La verdad es que no sé qué demonios estoy diciendo. Lo único que sé es que la idea de volver a como eran las cosas antes de esta noche me da ganas de romper algo.

En lugar de responder, vuelvo a deslizar mi mano entre sus piernas y la encuentro aún húmeda y sensible por el orgasmo. Ella jadea y se arquea debajo de mí.

—Kovan, no podemos...

—Esto no es solo una distracción, Vesper —le acaricio el clítoris con movimientos lentos, observando cómo se esfuerza por formar pensamientos coherentes—. Lo sabes tan bien como yo.

—Tiene que serlo —susurra, pero su cuerpo responde a mi tacto, levantando las caderas para encontrarse con mi mano—. No puedo... No me permitiré...

—¿Permitirte qué? ¿Sentir algo? —aumento la presión, observando cómo cierra los ojos—. Demasiado tarde. Ya lo estás haciendo.

Ella emite un sonido que es mitad gemido, mitad sollozo. Un intento balbuceante, jadeante y desesperado de negación. —No puedo...

—Dime qué es lo que realmente te asusta —le exijo, sin detener mis dedos en su suave tortura—. No se trata solo de Jeremy y el hospital. Hay algo más.

Sus ojos se llenan de lágrimas y, por un momento, creo que realmente me lo va a contar.

Pero entonces niega con la cabeza. —Por favor, Kovan. Solo necesito no pensar esta noche. ¿Puedes hacer eso por mí?

La súplica en su voz me desarma por completo. —Sí —susurro, presionando mi frente contra la suya—. Puedo hacerlo.

Me coloco en su entrada, con la punta de mi pene presionando contra su humedad. Está tan preparada para mí, tan perfecta, que necesito todo mi autocontrol para no penetrarla.

—Mírame —le ordeno suavemente.

Ella abre los ojos y los clava en los míos. Hay confianza en ellos, y deseo, y algo que podría ser amor si alguno de los dos fuera lo

suficientemente valiente como para nombrarlo.

Cuando sé que la tengo, que la tengo toda, me deslizo lentamente, saboreando cada centímetro. La sensación de tenerla envuelta alrededor de mí es indescriptible: caliente, apretada y perfecta. Es como volver a casa, a un lugar que nunca supe que estaba buscando.

—Eres tan hermosa —le digo, sintiendo cada palabra—. Tan jodidamente perfecta.

Una lágrima resbala por su mejilla y la beso para secarla. El sabor salado se mezcla con la dulzura de su piel.

—Tengo miedo —admite con una voz tan baja que casi no la oigo.

—¿De qué?

—De esto. De ti —su pulgar recorre mi labio inferior—. De lo mucho que quiero que te quedes.

Blyat'. Yo también quiero quedarme. Quiero despertarme con ella en mis brazos, prepararle el café y ver cómo acuesta a Luka cada noche.

Pero soy un hombre peligroso en un mundo peligroso, y ella es demasiado buena para la oscuridad que llevo dentro. Se merece a alguien que pueda darle una vida normal. Alguien que no la ponga en peligro solo por amarla.

No es que yo sea capaz de amar.

Ya no.

—Ahora estoy aquí —le digo en su lugar, empezando a moverme dentro de ella con lentas y deliberadas embestidas—. Déjame cuidar de ti esta noche.

Ella asiente y yo me pierdo en sus sensaciones. Ella responde a cada caricia, cada beso, cada palabra susurrada. Hago el amor con ella,

porque eso es lo que es, aunque ninguno de los dos esté dispuesto a admitirlo, hasta que queda exhausta y saciada debajo de mí.

Cuando finalmente me permito seguirla al límite, lo hago con su nombre en los labios.



Después, yacemos enredados en la oscuridad, con su cabeza sobre mi pecho y mis dedos peinando su cabello.

—Jeremy ha dicho algo más hoy —dice en voz baja.

—¿Qué?

—Que mi padre no era el hombre que yo creía —su voz es firme, pero puedo sentir la tensión en su cuerpo—. Que quizá no lo conocía en absoluto.

—Y te preocupa que pueda tener razón.

No es una pregunta. Puedo oír la duda en su voz, verla en la forma en que evita mirarme a los ojos.

—Papá siempre parecía tan moral. Tan comprometido con ayudar a la gente. Pero cuando enfermó, cuando necesitó ese hígado... —se calla y niega con la cabeza—. Simplemente se rindió. Rechazó el trasplante. Dijo que había vivido una vida plena y que no quería quitarle un órgano a alguien más joven.

—A mí me parece muy moral.

—¿De verdad? ¿O te parece más bien alguien con secretos con los que ya no quería vivir?

Le levanto la barbilla, obligándola a mirarme. —Tu padre era un buen hombre, Vesper. Lo sé con solo mirarte. Eres la mejor persona que conozco, y eso no se consigue por casualidad.

Nuevas lágrimas resbalan por sus mejillas. —¿Y si te equivocas? ¿Y si todo lo que creía sobre él fuera mentira?

—Entonces, lo afrontaremos. Juntos.

Ambos nos quedamos paralizados. "Juntos" implica un futuro que no hemos discutido. Una relación que va más allá de nuestro falso acuerdo.

—Kovan...

—No —digo rápidamente—. No le des más vueltas. Vamos a tomárnoslo día a día.

Ella asiente, pero puedo ver las preguntas en sus ojos. Las mismas preguntas que me atormentan a mí.

¿Qué pasará cuando esto termine? ¿Cuando obtenga la custodia de Luka y ella vuelva a su vida? ¿De verdad puedo dejarla marchar?

Y lo que es más importante, ¿debería hacerlo?

La atraigo hacia mí y respiro el aroma de su cabello. Por ahora, está aquí. En mis brazos. A salvo.

Todo lo demás puede esperar hasta mañana.

—Duerme un poco —le susurro al oído.

—¿Te quedarás?

La vulnerabilidad de la pregunta me rompe el corazón. —Sí. Me quedaré.

Al menos esta noche.

VESPER

Siento como si me hubiera atropellado un tren de mercancías.

Cuatro. Horas. Eso es lo que ha pasado desde que nos despertamos y empezamos de nuevo. Llevamos cuatro horas seguidas con esto, y estoy bastante segura de que he olvidado cómo formar pensamientos coherentes que no incluyan las manos de Kovan sobre mi piel o su lengua entre mis piernas.

Me tiemblan los muslos. Mi corazón no deja de latir con fuerza. Y seguro que mañana voy a andar de forma extraña, pero no me importa.

Porque esto, sea lo que sea, ha cambiado por completo mi concepción de lo que puede ser el sexo.

He pasado años sin sexo, sin ningún tipo de intimidad seria, y de repente, en una noche, estoy teniendo un atracón como si fuera la última comida que fuera a tomar.

Me aparto de él, con las piernas temblorosas, y me estiro a su lado sobre las sábanas arrugadas. El dolor que se apodera de mis huesos me parece merecido. Incluso justificado.

No se equivocaba: ese hombre sabe cómo manejar el cuerpo de una mujer. Cada vez que creo que he terminado, se las arregla para sacarme otro orgasmo que me hace curvar los dedos de los pies.

Me come de todas las formas imaginables. Me toma en una docena de posiciones diferentes, contra una docena de superficies diferentes. Me domina con su atención hasta que cumple su promesa: en algún momento, alrededor de mi quinto orgasmo, me olvido de Jeremy Fleming y Carmen Monroe.

Mierda, me olvido hasta de mi propio nombre.

Ha llegado tan profundo dentro de mí que lo está reconfigurando todo: lo físico, lo emocional, lo espiritual. No estoy segura de que ningún hombre haya llegado nunca tan profundo. No estoy segura de haber querido nunca a un hombre tan profundo.

Pero con Kovan, todas las cosas con las que pensaba que me sentiría incómoda dejan de importar en el momento en que me toca.

—Dios, me alegro de no tener que ir a trabajar mañana —mis ojos se abren como platos en cuanto oigo lo que acabo de decir—. Jesús. Creo que es la primera vez que me siento así.

La risa de Kovan es áspera, satisfecha. —No me sorprende. Así es como se sienten la mayoría de las mujeres después de pasar una noche conmigo.

Agarro la almohada más cercana y se la lanzo a su cara engreída. —¿Podemos dejar de hablar de todas las mujeres con las que te has acostado antes que conmigo?

—No me digas que ya estás celosa.

—No estoy celosa. Es solo que no me interesa contraer alguna horrible ETS de una de las... —me interrumpo, y un grito ahogado se traga el resto de mis palabras—. ¡Dios mío! ¡No usamos protección! —salto de la cama y me paso las manos por el pelo—. Y no estoy tomando la píldora.

Se le va todo el color de la cara. —¿Qué?

—No tomo la píldora —repito, con el pánico apoderándose de mi pecho—. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

No hay nada más aleccionador que la realidad justo después de una noche de sexo tántrico con alguien completamente inapropiado.

Debería haber sabido que no podía hacer lo que me diera la gana sin sufrir consecuencias inmediatas.

¿Quién me creo que soy, Jeremy Fleming?

Él me mira y siento la necesidad de defenderme. —Deja de mirarme así. No he tenido sexo en dos años. No tenía motivos para usarla —camino de un lado a otro, con las manos temblando por mucho que intente mantenerlas quietas—. Esto es malo. Esto es muy, muy malo.

Kovan se incorpora y, a pesar de todo, no puedo evitar fijarme en cómo la luz de la luna atraviesa su pecho, resaltando cada cicatriz, cada tatuaje, cada imperfección perfecta.

—¿Qué es exactamente lo que te preocupa? —pregunta—. ¿Contraer una ETS o quedarte embarazada?

—¡Ambas cosas! ¡Cualquiera de las dos! ¡Elige la que quieras!

—Estoy limpio —dice simplemente—. Me hago pruebas regularmente y siempre uso protección.

Hago un gesto exagerado entre nosotros. —¡Excepto esta noche, por lo que parece!

—Sí. Esta noche ha sido diferente.

Algo en su voz me hace dejar de dar vueltas. —¿Cómo diferente?

Se pasa la mano por el pelo oscuro, pareciendo genuinamente nervioso por primera vez desde que lo conozco. —No lo sé. Simplemente lo fue.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora mismo.

El tenso silencio se prolonga entre nosotros, cargado de cosas que ninguno de los dos se atreve a decir.

—¿Cuántas? —pregunto finalmente.

—¿Cuántas qué?

—Mujeres. Dijiste que eran demasiadas para contarlas.

Él desvía la mirada. —Así era, hace tiempo. Pero últimamente no. Tú eres la primera mujer con la que he estado desde que murió Vitalii.

—Eso fue hace más de un año.

—Sí.

—Entonces no has...

—No.

Esa confesión me sorprende. No sé qué hacer con ella, así que me centro en el problema práctico.

—Necesito conseguir una píldora de emergencia —digo.

—La compraremos al amanecer.

—Vale —respiro temblorosamente—. Vale, eso es algo.

Me hundo en el borde de la cama, sintiéndome de repente agotada. La adrenalina está desapareciendo, dejándome vacía y confundida.

—Gracias —digo en voz baja—. Por esta noche. Por escucharme sobre todo. Solo necesitaba...

—Necesitabas algo más que una distracción —me interrumpe—. Necesitabas a alguien que te recordara que no estás sola en esto.

La dulzura de su voz casi me derrite. —No tienes que hacer ninguna locura por mí, Kovan. Sé que esto es solo parte de nuestro trato.

Su rostro se ensombrece. —Claro. Nuestro trato.

Y, de repente, la calidez entre nosotros se evapora.

Porque eso es lo que es, ¿no? Un acuerdo comercial. Yo lo ayudo a conseguir la custodia de Luka y él me ayuda a lidiar con Jeremy. Todo lo demás, la forma en que me abrazó, la forma en que susurró mi nombre, la forma en que mi cuerpo respondió al suyo como si estuviéramos hechos el uno para el otro, no es más que daño colateral.

Me arropo más con la sábana, sintiendo de repente frío. —Probablemente debería dormir un poco —digo.

—Sí. Deberías.

Pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos allí sentados, tras algo que parecía real pero que, al parecer, no lo era.

Al menos, no para él.

—Vesper... —empieza a decir, pero lo interrumpo.

—No pasa nada. De verdad. Los dos hemos obtenido lo que necesitábamos de esto.

Es una mentira amarga y vacía, pero es más fácil que admitir la verdad: que en algún momento de esas cuatro horas olvidé que se suponía que esto no tenía sentido. Olvidé que se suponía que esto no iba a cambiar nada.

Pero lo ha hecho.

Todo ha cambiado.

Y me aterra ser la única que lo siente así.

KOVAN

Deslizo la pequeña caja de la píldora de emergencia por la encimera de la cocina hacia ella. —Toma. Es para ti.

El surco entre las cejas de Vesper se hace más profundo. Coge la caja como si fuera a explotar. —Te das cuenta de que soy médico, ¿verdad? Puedo recetarme lo que necesite.

—No se trata de lo que tú puedas hacer. Se trata de lo que yo debo hacer —me apoyo en la encimera y observo cómo procesa la información—. Yo soy el que se ha metido dentro de ti, así que soy yo quien debe asumir las consecuencias.

Su rostro se enrojece. Mira hacia las escaleras, atenta a cualquier señal de Luka. Luego se vuelve hacia mí y me dice entre dientes—: ¿Podrías no decir cosas así donde él pueda oírte?

—Sigue durmiendo. ¿Y por qué debería preocuparme? Anoche no estabas muy preocupada por bajar la voz.

El rubor se extiende por su cuello. Abre la caja con manos temblorosas. —Anoche fue un error. Acordamos que no significaba nada.

—¿Lo acordamos? —me acerco, atrapándola contra la encimera—. Porque yo no recuerdo haber acordado nada por el estilo.

Se traga la pastilla sin agua y luego me mira a los ojos. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que las reglas cambiaron en el momento en que te derrumbaste en mi lengua —se le corta la respiración—. Los dos somos adultos. Los dos tenemos necesidades. No hay razón para que no nos ayudemos mutuamente mientras dure este acuerdo.

—Eso complicará las cosas.

—¿Cómo? Ambos sabemos que esto terminará cuando obtenga la custodia y tú salves tu hospital. Nada tiene que cambiar, excepto que tendremos sexo increíble hasta entonces.

Me mira fijamente durante un largo momento. Puedo ver la guerra que se libra detrás de sus ojos: la Dra. cautelosa y controlada luchando contra la mujer que gritó mi nombre cuatro veces anoche.

—Solo sexo —dice finalmente—. Nada más cambia.

—Nada más cambia —confirmo, cogiendo mis llaves de la encimera —. Nos vemos esta noche.

—¿Vas a trabajar?

Debería decirle la verdad: que estoy a punto de entrar en la oficina de Jeremy Fleming y destrozar todo su maldito mundo. Si me molesta, también le destrozaré las extremidades.

Pero ella no necesita saber eso todavía.

—Sí. Reuniones todo el día. Volveré esta noche.

Casi me inclino para darle un beso de despedida. El impulso es tan fuerte que tengo que agarrarme a la encimera para contenerme. ¿Qué demonios me pasa? Eso es lo que hace un novio, y yo definitivamente no soy su novio.

En lugar de eso, le doy una palmada en el trasero al pasar. —Hasta luego, Dra..

Así me siento más seguro. Es algo casual. Como lo que haría un hombre con una mujer con la que solo se acuesta.

Puedo aceptarlo.



La recepcionista de St. Raphael tiene edad suficiente para ser mi madre, pero me mira como si fuera su próxima comida.

—¿Tiene cita? —pregunta, pasando la lengua por su labio inferior.

—No la necesito. Dile al Sr. Fleming que Kovan Krayev está aquí para verlo. Créame, querrá tener esta reunión.

Desaparece en su despacho, dejándome solo con la pared llena de certificados y premios. El nombre del padre de Vesper aparece en la mitad de ellos. El Dr. Thomas Fairfax parecía un hombre muy ocupado. Cuanto más sé sobre la familia de Vesper, más curiosidad siento.

Pero ese es un problema para otro día.

—¿Sr. Krayev? —la recepcionista mantiene la puerta abierta—. El Sr. Fleming está encantado de atenderlo.

La oficina de Jeremy Fleming parece decorada por alguien que cree que el dinero es sinónimo de buen gusto. Todo es beige, marrón o negro, coordinado de forma psicótica y completamente desalmado. El hombre es más atractivo de lo que sugerían sus fotos: menos asesino en serie, más político.

—Esto es inesperado —Fleming se levanta y le tiende la mano—. Sr. Krayev, ¿verdad?

—En carne y hueso.

—Por favor, siéntate —señala a una mujer que está de pie cerca de su escritorio—. Esta es mi colega, la Dra. Shana Reed.

Ignoro la silla que me ofrece y apenas la saludo. —Espero no interrumpir.

—En absoluto. ¿En qué puedo ayudarte? ¿Tienes algún familiar ingresado aquí?

Por supuesto, da por hecho que estoy aquí para pedirle un favor. Probablemente piensa que quiero un trato especial para algún familiar, y eso es solo un día más de trabajo para él. Estoy seguro de que se pasa la mayor parte del tiempo desviando dinero a las salas donde se recuperan los pacientes "importantes". ¿Por qué malgastar dinero en equipos que salvan vidas para pacientes pediátricos cuando la esposa del alcalde necesita un nuevo relleno labial para acompañar su abdominoplastia y rinoplastia?

—No vengo a pedirte nada, Fleming —le digo—. De hecho, vengo a darte algo muy importante.

Sus ojos se iluminan. —¿Una donación? Sería maravilloso...

—No es una donación —cruzo los brazos—. Es un consejo.

La sonrisa se desvanece. —¿Un consejo?

—Del tipo que podría salvar tu carrera. Deberías escuchar con atención.

Fleming intercambia una mirada con la rubia. —No estoy seguro de entenderte.

—Es sencillo. Cuida tus activos. Los buenos médicos que trabajan aquí. Deja de desperdiciar su talento y quizá puedas ayudar a la gente en lugar de solo llenarte los bolsillos.

Su sonrisa falsa se desvanece. —Lo siento, ¿qué es exactamente...?

—Vesper Fairfax es la mejor cirujana que tienes. Marginarla es la decisión empresarial más estúpida que has tomado nunca.

—¿Esto es por *Vesper*? —el color desaparece de su rostro. Está pálido como la cera y le brota sudor en la frente.

—Ella está pidiendo equipamiento médico básico. Fondos para máquinas que salvan vidas de niños. No son peticiones descabelladas.

—Esto es muy inapropiado...

—¿Quieres hablar de algo inapropiado? —saco mi teléfono, busco una foto y le enseño la pantalla—. ¿Esto es apropiado? ¿La Dra. Reed y tú aquí, tan a gusto en tu despacho mientras tu mujer visita a su madre enferma?

Shana se queda sin aliento. Las manos de Fleming comienzan a temblar.

—Ya se lo he dicho a Vesper. No tengo los fondos...

—Tonterías. Sé exactamente cuánto ganó este hospital el último trimestre. Tienes suficiente dinero para financiar diez alas pediátricas. Simplemente no quieres compartirlo.

—Tengo las manos atadas.

—Pues desátalas —me inclino hacia delante—. Dale lo que necesita.

—No puedo creerlo —sisea—. ¿Ha contratado a un... a un gánster glorificado... para que entre en mi lugar de trabajo y me amenace?

—¿Contratarme? —me echo a reír—. Dios, no. Jeremy, lo hago gratis. Porque me cae bien. Y tú realmente no me caes bien.

El sudor comienza a correr por su frente. —No entiendes las complejidades...

—Entiendo que estás involucrado con los Keres. Entiendo que has estado vendiendo equipos y suministros médicos al mejor postor mientras los niños mueren en tu sala de pediatría —sus ojos se abren como platos con cada acusación sucesiva—. Sí, sé lo de tu pequeño negocio paralelo —saco un papel doblado de mi chaqueta —. Esta es una lista de los cambios que vas a hacer. Con efecto inmediato. Si no se implementan antes del viernes, volveré. Con

amigos. Eso sería... desagradable. Te sugiero que tomes todas las medidas posibles para evitarlo.

Dejo caer el papel sobre su escritorio. Luego, silbando, me dirijo hacia la puerta.

Pero, a mitad de camino, me detengo y miro hacia atrás. —Ah, y Jeremy, si le pasa algo a la Dra. Fairfax, si la hieren, la despiden o incluso se ve triste por algo que tú hayas hecho, volveré incluso antes del viernes. Y nuestra próxima charla no será tan divertida como esta.

Los dejo sentados allí, en su oficina cara y sin alma, y salgo al sol de California sintiéndome mejor que en semanas.

Estoy esperando a que Osip traiga el coche cuando veo una furgoneta de mantenimiento parada en una esquina del aparcamiento. Seis hombres con uniformes a juego se agrupan a su alrededor, todos con gorras caladas sobre la cara.

Algo no me cuadra. Cuando uno de ellos se gira, veo el tatuaje en forma de lágrima bajo su ojo izquierdo.

Keres.

Sacamos nuestras armas al mismo tiempo.

Entonces, el mundo estalla en una lluvia de disparos.

VESPER

Me han despedido.

Me han recortado las horas. Me han recortado el sueldo. Tengo un jefe que me odia y probablemente desearía que desapareciera por completo.

Y, sin embargo, lo único que ocupa mis pensamientos es la pequeña pastilla blanca que tengo en la palma de la mano y el hombre de ojos verdes que me la dio.

¿Cómo me he convertido en esta persona? ¿La chica que antepone los problemas con los chicos a la implosión de su carrera? ¿La chica que se pasa el día obsesionada con un hombre?

Susan B. Anthony se está revolviendo en su tumba.

Las preguntas que no debería hacerme no dejan de dar vueltas en mi cabeza: *¿Qué significó para él lo de anoche? ¿Tiene realmente potencial esta relación falsa y enrevesada que tenemos? ¿Es real? ¿Hay algo real?*

Cada vez que aparto esas preguntas, vuelven a inundarme, unidas a los recuerdos: sus manos sobre mi piel, su boca contra la mía, el gruñido febril con el que susurró mi nombre en la oscuridad.

La emoción me resulta familiar, como aquellas primeras veces en el quirófano. La emoción de tener una vida en tus manos. La indescriptible euforia de saber que tienes el poder de salvar o destruir.

Excepto que esta vez soy yo la que está en la mesa de operaciones. Tengo el pecho abierto, las costillas rotas, el corazón al descubierto... y el pronóstico no es bueno.

Si tuviera que dar la noticia a mi familia, tendría que ser sincera: *Lo siento. Hicimos todo lo que pudimos, pero no pudimos salvarla. Ha perdido su corazón. Ahora le pertenece a Kovan Krayev*.

Sigo mirando la pastilla cuando Waylen entra en la cocina.

—Buenos días, querida hermana.

Doy un respingo y bajo la mano rápidamente para ocultar las pruebas. —Eh, buenos días.

Se detiene y me mira a la cara. —¿Qué pasa?

—Nada.

—Pareces culpable. ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada —escondo la mano detrás de la espalda, intentando parecer despreocupada, pero sin conseguirlo en absoluto —. Anoche fue duro, eso es todo.

Muy duro. Y también muy tierno. Y muy largo, y muy intenso, y muy multi-orga...

—¿Cómo duro?

Oculto mi rostro para que no vea cómo me sonrojo ante esos recuerdos sexuales no deseados. —Jeremy básicamente me ha despedido. Me ha recortado las horas y el sueldo. Dice que trabajo demasiado y que cometo errores.

El rostro de Waylen se ensombrece. —Ese maldito bastardo.

Intento meter la pastilla en el bolsillo, pero fallo por completo. Se cae, rueda por el suelo y desaparece debajo del armario.

Maravilloso.

—¿Buscas algo? —Waylen rodea el mostrador y mira el punto del suelo que yo estoy observando con horror.

—No. Solo... comprobando si el suelo está limpio.

Me mira con esa expresión preocupada que conozco tan bien. —Estás actuando de forma extraña. ¿Qué pasa?

—Estoy bien. Solo molesta por el trabajo.

—No puede salirse con la suya —gruñe Waylen—. Debería ir allí y romperle los dientes postizos de un puñetazo.

—Por favor, no lo hagas. Está buscando cualquier excusa para despedirme definitivamente, y estoy bastante segura de que una agresión física sería suficiente.

Con la mandíbula aún apretada, Waylen alcanza la cafetera. —¿Recuerdas cuando solía venir a nuestras cenas familiares? Papá lo trataba como a un hijo. Es una mierda que hayamos acabado así.

Me encojo de hombros. Nunca he estado tan agradecida por la oportunidad de discutir los muchos defectos de Jeremy Fleming. —Papá veía potencial en él. Como cirujano y como persona. No habría sido mentor de Jeremy si no hubiera creído en él.

—La gente cambia —murmura Way—. Normalmente para peor.

Decido dejar la pastilla donde cayó. Más tarde buscaré otra. —Luka bajará enseguida —digo—. Estaba cepillándose los dientes cuando bajé.

Waylen asiente. —¿Qué piensas hacer hoy?

Probablemente revivir cada momento de anoche.

—Aún no lo he decidido.

—Mentirosa. Vas a ir al hospital a ver a tus pacientes, ¿verdad?

Me avergüenzo, con la cara roja y culpable. —Quizá. Solo para ver cómo están. No va contra las normas.

—No voy a molestarme en decirte que no lo hagas, porque sé que no me harás caso —me mira por encima del borde de su taza—. Pero solo... ten cuidado, ¿vale? No dejes que Jeremy te pille.

—Ese hospital fue mi segundo hogar mientras crecía. Si no quiero que me vean, no me verán.



—¿V?

Meto la bolsa de la farmacia más al fondo de mi bolso cuando Charity se acerca con su uniforme de técnico de emergencias médicas. —Hola, Char. ¿Acabas de terminar tu turno?

—Han traído a un paciente —responde—. Pregunté por ti, pero las enfermeras me han dicho que hoy no trabajabas.

Solo tardo un minuto en explicarle todos los detalles sobre la última jugada de Jeremy. Cuando termino, ella está tan furiosa como lo estaba Waylen.

—Qué pedazo de mierda. Deberías demandarlo.

—¿Por qué?

—Por daños emocionales, para empezar —señala el letrero de la farmacia detrás de mí—. ¿Por qué otra razón necesitarías una farmacia a primera hora de la mañana? ¿Para abastecerte de antidepresivos?

—Solo necesitaba...

Antes de que pueda terminar, agarra la bolsa de papel de la farmacia que sobresale de mi bolso.

—¡Charity! Eso es privado.

Sus ojos se agrandan al sacar un paquete rosa de píldoras anticonceptivas. Afortunadamente, no se ha dado cuenta de la píldora de emergencia, que probablemente se ha hundido en el fondo de mi bolso. Pero esto no es mucho mejor.

—¿Vas a tomar la píldora? —pregunta sorprendida.

Se la arrebato y la meto en lo más profundo de mi bolso. —No es asunto tuyo.

—¿Hola? Somos mejores amigas. Almas gemelas. Todo lo que haces es asunto mío. Tu vida es mía para examinarla a mi antojo —me sigue cuando intento retirarme por el pasillo y adentrarme en las profundidades del hospital—. Hablando de antojos, por favor, dime que por fin has terminado tu sequía. Y, *por favor*, dime que fue con...

Me detengo tan bruscamente que ella choca conmigo. —Está bien. Sí. Fue con Kovan. No, no significa nada. Solo es sexo.

Me agarra del brazo. —¿Cómo fue?

—Dijiste que no preguntarías por los detalles.

—Mentí.

—No es el momento ni...

—Oh, mierda —la cara de Charity cambia, toda su alegría desaparece.

Me giro y veo a Jeremy caminando hacia nosotros. Aún no me ha visto, así que todavía podría escapar. Pero mi orgullo no me deja huir.

Cuando levanta la vista y me ve, espero enfado. La habitual mueca de disgusto y la cara roja que significan que he cruzado otra línea.

En cambio, se pone pálido. Casi verde, como si estuviera a punto de vomitar.

—Jeremy —mantengo mi voz neutra—. Solo estoy revisando a mis pacientes. No voy a...

—Dra. Fairfax. Sobre lo de ayer... —sus ojos se mueven rápidamente, como si pensara que nos están observando—. Olvida lo que te dije, ¿de acuerdo?

Me quedo boquiabierta. También miro a mi alrededor, aunque no tengo ni idea de qué se supone que debo encontrar. —Eh... ¿perdón?

Él mira a Charity, que hace un pésimo trabajo fingiendo estudiar el horario de cirugías fijado en la pared. —Tuve un mal día. Me expresé mal —no me mira a los ojos—. No habrá ningún cambio en tus horas ni en tu salario. Ahora, si me disculpas...

Se aleja tan rápido que prácticamente está corriendo.

—¿Has oído eso? —lo sigo con la mirada.

—Puta mierda —murmura Charity, tan confundida como yo—. Se ha retractado por completo.

—Pero ¿por qué? A menos que... —se me ocurre una idea. —Kovan dijo que se encargaría. Pero no puede haberlo hecho ya...

—¡Qué romántico! Definitivamente, esto no es solo sexo casual...

¡BANG!

Las dos nos quedamos paralizadas, con la mirada fija la una en la otra.

—¿Ha sido eso...?

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Los gritos confirman mi peor temor. Agarro a Charity y la tiro al suelo mientras se oyen más disparos. Mi teléfono vibra. El nombre de Pavel aparece en la pantalla.

—Vesper, ¿dónde estás? —grita cuando contesto—. ¿Estás a salvo?

—Estoy en el hospital...

—Lo sé. Tenemos a alguien vigilándote. Kovan también está en el hospital. ¿Está contigo?

Debería haberlo sabido. Donde hay disparos, está Kovan.

—El tiroteo...

—No tenía que haber pasado esto. ¡Maldición!

El pánico de Pavel lo hace real. Kovan está aquí. Ha venido por mí. Por eso Jeremy se retractó, la única explicación posible: Kovan lo amenazó.

¿Estos disparos significan que Jeremy lo está amenazando a él también?

—Tengo que irme —agarro a Charity del brazo—. Quédate aquí. Ponte a salvo.

Luego, agachándome lo más posible, empiezo a avanzar por el pasillo.

—¡Vesper! —me susurra—. ¿Qué estás haciendo?

Es una buena pregunta. No tengo respuesta. Sé que es una estupidez. Sé que es una imprudencia. Sé que, aunque llegue hasta él, no hay nada que pueda hacer para ayudarlo.

Pero no importa. Tengo que llegar hasta él. Tengo que asegurarme de que está vivo. Porque si no lo está...

El miedo que me oprime el pecho es exactamente igual al que sentí el día que nos dieron el diagnóstico de papá.

Tiene que estar bien.

Tiene que estar bien.

Tiene que estar bien.

La oración se repite en mi cabeza mientras empujo las puertas de salida. Soy una mujer de ciencia. No creo en Dios.

Pero, por primera vez en mi vida, me encuentro rezando de todos modos.

VESPER

Irrumpo por las puertas de emergencia y me estrello contra lo que parece una pared de ladrillos.

Excepto que esta pared de ladrillos huele a colonia cara y al sirope del desayuno de Luka.

—Kovan —el alivio me invade tan rápidamente que creo que voy a desmayarme—. Estás vivo.

Esos ojos verdes encuentran los míos y me guiña un ojo. —Se necesitan más que unas cuantas balas para acabar conmigo.

Me agarra del brazo con fuerza, demasiada fuerza, mientras intenta llevarme de vuelta al edificio. Me resisto, necesito mirarlo, necesito confirmar que realmente está bien.

—¿Te han dicho alguna vez que cuando se producen disparos, lo que hay que hacer es huir? —pregunta.

—Pavel llamó. Dijo que estabas aquí. Tenía que...

—¿Tenías que *qué*? —gruñe—. ¿Correr hacia los disparos?

No tengo respuesta para eso. Al menos, ninguna que tenga sentido.

Intenta guiarnos a través de las puertas, pero no se mueven. Ni siquiera cuando agarra el pomo con la mano y tira con tanta fuerza

que los tendones de su antebrazo se tensan como cables.

—Protocolo de cierre —le explico—. No se permite el movimiento entre unidades hasta que la situación esté controlada.

Murmura algo entre dientes y me guía hacia un quirófano vacío. —Siéntate. Respira.

—Estoy bien.

—Estás temblando.

Miro mis manos. Tiene razón. Tiemblan tanto que no podría sostener un bisturí aunque lo intentara.

Kovan se da la vuelta y empieza a hablar rápidamente en ruso por teléfono. Entiendo el nombre de Pavel, pero nada más. Cuando cuelga y vuelve a mirarme, por fin me fijo en la mancha oscura que se extiende por su camisa blanca.

—Dios mío, Kovan, estás sangrando.

Él mira hacia abajo como si también se acabara de dar cuenta. —No es nada grave.

—Déjame ver.

—Vesper...

—¡Soy médico! —grito, con una voz aguda que nunca tengo cuando estoy en el trabajo—. Y tú estás herido. Déjame verlo.

Suspira y se quita la chaqueta. La sangre ha empapado su camisa. Al verlo, mi corazón se acelera sin control.

—Siéntate en la mesa y quítate la camisa —le ordeno, mientras me dirijo hacia el armario de suministros.

—Estás haciendo todo lo posible para volver a desnudarme —bromea.

—¿De verdad estás bromeando ahora? —le digo con voz chillona—. ¿Tienes una herida de bala y estás *bromeando*?

—Solo es un rasguño.

—Yo seré quien lo juzgue —respondo, dejo mis herramientas a su lado y empiezo a desabrocharle la camisa con las manos que no dejan de temblar.

Sigo esperando a que mi cabeza de médico entre en acción. Espero a que el frío entumecimiento del trabajo se apodere de mí para poder hacer lo que mejor sé hacer: salvar a las personas que necesitan ser salvadas.

Pero parece que no consigo encontrar mi lado médico. El frío entumecimiento en el que he aprendido a confiar no parece tener intención de aparecer.

—Necesitas puntos —le digo, examinando la herida. Es más profunda de lo que él deja entrever.

—Pues cóseme, Dra.. Y que quede bonito, ya que estamos. Ya tengo suficientes cicatrices.

La forma despreocupada en que lo dice, como si fuera algo normal, como si le dispararan todos los martes y después se fuera a tomar un maldito café con leche, hace que algo se rompa dentro de mí.

—Para —le espeto, enfadada—. Deja de actuar como si no fuera gran cosa. Deja de fingir que esto es normal.

—Es normal, Vesper. Para mí, esto no es nada.

Su simple honestidad me duele. De repente, empiezo a temblar, me pongo pálida, sudorosa y con náuseas. Me doy la vuelta justo a tiempo, llegando a duras penas a la esquina antes de vomitar en el suelo.

Vomito hasta que no me queda nada, luego me limpio la boca con la manga y me obligo a ponerme derecha.

Cuando me doy la vuelta, Kovan ha cogido la aguja de sutura.

—¿Qué estás haciendo? —protesto.

—No estás en condiciones de...

—Ni de coña te voy a dejar hacer esto —le arrebato la aguja de las manos—. No puedes coserte tú mismo.

—Eso también es normal, Vesper. Todo esto es normal.

La idea de él solo en algún lugar, sangrando y curándose sus propias heridas, me oprime el pecho. —Aún no he anestesiado la zona —le advierto.

Se encoge de hombros. —Estoy bien. De todos modos, la adrenalina es mejor que la lidocaína.

Mi mano se cierne sobre la herida. —Kovan...

—Adelante —ahora suena más amable—. Confío en ti.

Esas tres palabras me dan más seguridad que cualquier formación médica.

Me va indicando lo que tengo que hacer, aunque podría hacerlo con los ojos cerrados. Su voz es tranquila, tranquilizadora, como si fuera él quien me estuviera cuidando a mí y no al revés.

Esto es un trabajo de novatos. Debería poder hacerlo con los ojos cerrados. Mierda, probablemente *podría* hacerlo con los ojos cerrados.

Entonces, ¿por qué demonios no puedo concentrarme ahora mismo?

La respuesta me llega como si mi padre estuviera a mi lado, susurrándome al oído.

Por eso los médicos no operan a sus seres queridos, Vezzy. Estás demasiado involucrada en la situación. Estás demasiado cerca.

Cuando termino la última sutura, doy un paso atrás y me doy cuenta de la realidad.

Podría haber muerto hoy.

Si esa bala hubiera estado cinco centímetros más a la izquierda, o si hubiera perdido demasiada sangre, o si hubieran salido mal otras muchas cosas, podría haber muerto.

Y yo habría tenido que velar otro cadáver. Despedirme de otra persona a la que...

El pensamiento me paraliza.

Otra persona a la que quiero.

Eso es lo que es. Lo que he estado luchando y negando y fingiendo que no estaba pasando.

Estoy enamorada de Kovan Krayev.

Estoy enamorada de un hombre al que le disparan y actúa como si no fuera gran cosa. Un hombre cuyo mundo es tan violento que las balas son normales y la sangre es algo habitual.

Sé que soy fuerte. Lo he demostrado una y otra vez.

Pero no soy lo suficientemente fuerte para esto.

No soy lo suficientemente fuerte para amar a alguien a quien podría perder.

No otra vez.

VESPER

OCHO DÍAS DESPUÉS

—¿Cómo está Luka? —pregunto antes incluso de cerrar bien la puerta del coche.

Waylen ajusta el espejo retrovisor, evitando mirarme a los ojos. Lleva el jersey burdeos que mamá le tejió para su trigésimo cumpleaños. Siempre saca los regalos de cumpleaños en las ocasiones familiares.

Ya sabes, solo para recordarles a todos que es un buen hijo.

Y yo soy la zorra sin corazón.

—Lo has llamado por FaceTime esta mañana —me recuerda Waylen, alejándose de la acera—. Y ayer pasaste todo el tiempo con él. Estoy seguro de que sabes cómo está.

—Anoche estaba congestionado —juego con la cremallera de mi chaqueta—. Le di esas gotas salinas antes de acostarse. ¿Te aseguraste de que las usara?

—Vesper, por el amor de Dios, me enviaste un mensaje de texto tan largo como una novela sobre las gotas nasales. Con diagramas incluidos. Por supuesto que me acordé.

Ignoro su sarcasmo. —¿Y lo ayudaron?

—Sí. Durmió toda la noche sin toser ni una sola vez.

—Bien —me abrocho la chaqueta con más fuerza, a pesar de que la calefacción está a toda potencia—. Eso está bien.

Waylen toma la ruta panorámica hacia el barrio de mamá. El camino largo. Lo que significa que me está dando tiempo para prepararme mentalmente para esto: mi primera visita a casa en seis meses.

—Por cierto, Kovan también está bien —añade.

Mis uñas encuentran un hilo suelto en la manga. —No te pregunté por él.

—No hacía falta —da unos golpecitos con los dedos en el volante—. Te conozco desde que naciste, ¿recuerdas? Sé cuándo te gusta alguien. Y sé perfectamente cuándo estás huyendo.

—No estoy huyendo de nada —le espeto.

—Han pasado ocho días desde el tiroteo en St. Raphael. Solo lo has visto una vez.

Me aparto de él y empiezo a pellizcarme las cutículas. —He estado ocupada.

—Lo que has estado haciendo es *esconderte*.

Me giro bruscamente para mirarlo. —¿Puedes dejar de psicoanalizarme durante cinco minutos? Por Dios.

—Alguien tiene que hacerlo. Tú no lo haces —reduce la velocidad ante un semáforo en amarillo que podría haber pasado fácilmente—. Es bastante obvio para todos, ¿sabes?

Se me oprime el pecho. —¿Qué es obvio?

—Que estás enamorada de él y eso te aterroriza.

—No estoy...

—Y que estás haciendo lo que siempre haces cuando tienes miedo de perder a alguien.

—¿Qué cosa?

—Desapareces tú primero.

Me estremezco instintivamente. —No es eso lo que estoy haciendo.

—¿No? —me mira y ahora su expresión es amable. Triste—. Hiciste lo mismo con papá después de su diagnóstico.

—Eso fue completamente diferente —insisto.

—¿En qué?

—Porque papá eligió morir, Waylen —respondo—. No solo rechazó un hígado, rechazó mi hígado. Me miró a los ojos y eligió la muerte antes que dejarme ayudarlo.

—Eligió protegerte en lugar de...

—No —niego con la cabeza enérgicamente—. Se rindió. Nos abandonó a todos. No valía la pena luchar por nosotros.

Waylen se queda en silencio durante un largo rato. Cuando vuelve a hablar, su voz es cautelosa. —Kovan preguntó por ti.

—¿En serio?

—Sí. De esa forma extraña e indirecta que usan los chicos cuando intentan actuar como si no les importara, pero es obvio que les importa.

—¿Qué le dijiste?

—Que eres buena con la muerte, pero terrible con la pérdida.

Lo miro fijamente. —¿Qué diablos significa eso?

—Significa que puedes soportar ver morir a desconocidos. Puedes cogerlos de la mano y luchar por ellos hasta su último aliento, pero cuando llega ese aliento, está bien. ¿La posibilidad de perder a alguien a quien quieres? Eso siempre te hace salir corriendo.

—Eso no es cierto.

—Vesper —es la imagen de la paciencia, de la calma razonable, como si estuviera hablando con uno de sus alumnos—. Evitaste a papá durante meses después de que rechazara el trasplante. Dejaste de visitarlo. Dejaste de llamarlo. Básicamente, lo lloraste mientras aún estaba vivo.

Me pican los ojos. —No podía ver cómo elegía dejarnos.

—Y ahora, no puedes ver a Kovan elegir quedarse.

Me giro para mirar por la ventanilla del copiloto. Las casas se difuminan al pasar, cada una de ellas parecida a la casa en la que crecí. Estilo colonial. Valla blanca. El sueño americano envuelto en revestimiento de vinilo, ocultando tanta tristeza en su interior.

—¿Cuándo te volviste tan sabio? —murmuro con crueldad.

—La terapia ayuda.

—¿Desde cuándo vas a terapia?

—Desde que murió papá —se detiene en la entrada de la casa de mamá y aparca el coche—. Seis meses. Dos veces por semana. Nunca falto.

Me quedo con la boca abierta. —Nunca me lo dijiste.

—No es que estuvieras precisamente atendiendo llamadas, V.

La culpa me golpea con fuerza. —Waylen, lo siento...

—No te disculpes —se inclina y me coge la mano—. Solo estate aquí ahora. Eso es todo lo que mamá quiere. Eso es todo lo que todos queremos.

Miro la casa donde aprendí a montar en bicicleta, donde di mi primer beso y donde descubrí lo que quería ser cuando fuera mayor. Papá colocó él mismo las tejas del tejado el verano en que murió nuestro gato. El verano en que Waylen se enamoró de Daphne Prescott y

talló sus iniciales en el viejo castaño, el árbol donde enterramos a nuestro perro Scout, justo debajo de su declaración de amor eterno.

—Lo veo por todas partes aquí —susurro—. En el hospital, era el Dr. Fairfax. Era más grande que la vida. Intocable. Pero aquí... Aquí, solo era papá. Aquí, era mortal.

Waylen asiente. —Eso es lo que pasa cuando amas a alguien. Se vuelven humanos. Frágiles. Y eso es aterrador cuando ya has perdido demasiado.

Cierro los ojos y pienso en la sangre de Kovan en mis manos. Todo mi mundo se tambaleó cuando pensé en el simple concepto de que algún día podría morir.

—No sé cómo hacer esto —admito.

Waylen no tiene que preguntar a quién me refiero. —¿Amarlo, quieres decir?

—Amarlo y sobrevivir a su pérdida.

—Quizá esa decisión no te corresponda a ti.

Miro a mi hermano, lo miro de verdad. ¿Cuándo se volvió tan sabio? ¿Cuándo el niño que solía ponerme chicle en el pelo se convirtió en el hombre reflexivo que me da consejos sobre la vida?

—¿Y si no soy lo suficientemente fuerte? No lo suficientemente fuerte para su mundo, la violencia, el miedo constante a que cada día sea el último.

Él se encoge de hombros. —¿Y si lo eres?

Me río, pero sin verdadero humor. —Suenas como papá.

—Bien. Normalmente tenía razón en las cosas importantes.

—Excepto en lo del hígado.

—Quizás incluso en lo del hígado —sugiere.

Quiero discutir, pero estoy cansada de luchar contra fantasmas. Cansada de huir de los vivos porque tengo miedo de perderlos también.

Tras un largo y pensativo silencio, Waylen pregunta—: ¿Lista?

Sinceramente, no lo estoy. No estoy ni remotamente preparada para entrar en esa casa llena de recuerdos. No estoy preparada para enfrentarme a mamá y fingir que todo va bien. No estoy preparada para dejar de esconderme de las personas que más quiero.

Pero tal vez ese sea el punto. Tal vez nunca se está listo para las cosas que importan.

—Sí —miento—. Estoy lista.

Por supuesto, no lo estoy. No existe tal cosa como "estar lista" para algo así. Pero mientras caminamos hacia la puerta principal, pienso que tal vez sea hora de dejar de huir.

Quizás sea hora de ser lo suficientemente valiente como para quedarme.

VESPER

—Vesper se está tirando a un gánster.

El café sale disparado de mi boca, salpicando la impoluta blusa blanca de mi madre con gotas marrones. Mi hermano se sienta allí riéndose como una maldita hiena mientras yo busco servilletas, con la cara ardiendo de vergüenza.

—Lo siento, lo siento, lo siento —jadeo, lanzándole una servilleta a mamá.

Ella seca las manchas de café con una calma imposible. —¿Por el baño de café o por tirarte a un gánster?

—¡Mamá!

En treinta y un años, nunca había oído a mi madre decir palabrotas. Ni una sola vez. Ni siquiera cuando se pilló el dedo con la puerta del coche y se le hinchó como en los dibujos animados de los sábados por la mañana.

Waylen se agarra al borde de la mesa, con las orejas enrojecidas al no poder contener la risa.

—Te voy a matar —le susurro.

—El juramento hipocrático —dice entre dientes—. Lo primero es no hacer daño.

—Hay excepciones —le tiro una servilleta arrugada a la cara—. Haré una para ti.

—Ya basta —Mamá pone fin a nuestra discusión—. No perdamos los nervios. Waylen, eso ha sido cruel. Vesper debería haber podido decírmelo ella misma, y de una forma mucho más agradable, por cierto —se vuelve hacia mí con mirada pensativa—. Pero ya que estamos aquí, me gustaría saber más sobre este hombre.

No tengo tiempo para concentrarme en el hecho de que Waylen acaba de ser regañado, ligeramente, pero regañado al fin y al cabo, probablemente por primera vez en toda su encantadora vida. Por lo general, Waylen no hace nada mal. A los ojos de mamá, mi hermano caga rosas.

—Ejem —Mamá se aclara la garganta—. Soy toda oídos, querida. Oídos sin prejuicios.

Se me revuelve el estómago. —Es complicado.

—La mayoría de las cosas que merecen la pena lo son —hace un gesto con la mano—. Adelante, entonces. No seas tímida.

—Solo nos estamos... ayudando mutuamente. Es algo temporal.

—Pero te acuestas con él.

Un rubor de vergüenza me sube por el cuello. —¿Cuándo te has vuelto tan directa?

—Cuando me di cuenta de que la vida era demasiado corta para fingir que mi hija no me estaba evitando, o que prefería pasar el tiempo serrando cadáveres antes que compartir una comida con su propia madre.

Me estremezco como si me hubiera abofeteado. Luego, tratando de aliviar la tensión en la habitación, insisto—: Mamá, eso no es cierto. Si hago bien mi trabajo, no terminan como cadáveres.

Ella ni siquiera se molesta en fingir una sonrisa. —No intento hacerte sentir culpable, querida, pero han pasado seis meses. Seis meses desde que te sentaste en esta cocina, Vesper. Y apostaría lo que fuera a que solo estás aquí porque Waylen te ha arrastrado hasta aquí agarrándote por el cuello. ¿Me equivoco?

La culpa me oprime el pecho. Tiene razón. Me he estado escondiendo de todos los que me recuerdan lo que he perdido.

—Esto parece una emboscada —murmuro.

—Se llama conversación. No estoy aquí para juzgarte por salir con un criminal.

Waylen protesta desde el otro lado de la cocina, pero mamá lo silencia con una mirada.

—Se llama Kovan —digo en voz baja. No lo miro directamente, pero puedo sentir la mirada de Waylen clavada en mi rostro—. Y es más que un simple gánster, mamá. Tiene un sobrino al que quiere y está tratando de obtener su custodia. Es un tío increíble, un gran tutor. Claro, su vida es... diferente a la mía. Pero no es tan malo.

—Nadie es del todo malo, cariño.

—No estoy tan segura —ahora estoy pensando en Jeremy—. Hay gente que me parece realmente malvada.

Ella arquea las cejas. —¿Pero no este hombre con el que estás involucrada?

Suspiro. —No. Él no.

—Bueno, ¿cuándo voy a conocer a este hombre tan polifacético? —pregunta.

—¡Mamá! —interviene Waylen, indignado—. ¿En serio? ¡Te digo que está saliendo con un auténtico gánster y tú le preguntas cuándo podrás conocerlo!

Mamá se gira en su asiento para mirar a Waylen. Solo puedo ver su perfil, pero luce similar a lo feroz. —Eres un hombre adulto, Waylen James. Delatar a tu hermana no debería estar a tu altura.

Él se queda boquiabierto. —Te lo dije porque...

—¿Querías que desapruebe su elección y la convenza de que se aleje de este hombre?

Waylen se frota la nuca. —Bueno... sí. Sí, más o menos. Suena un poco tonto cuando lo dices así.

Mamá chasquea la lengua. —El amor no es sencillo, Waylen. Te enamoras de quien te enamoras y, cuando lo haces, te enamoras de *todo*. No puedes elegir las partes que te gustan, aunque luego descubras que el hombre con el que creías haberte casado era, al final, una persona completamente diferente.

Mis ojos se fijan en el rostro de mamá.

Ha envejecido muy rápido tras la muerte de papá. Ahora tiene el doble de arrugas en la cara que antes. Parece frágil, casi como si se estuviera consumiendo.

Quizás esa sea otra razón por la que decidí centrarme en mi carrera en lugar de en mi vida personal. Toda mi experiencia con el amor me ha enseñado que te mata más rápido que cualquier enfermedad.

Siempre he sabido que mis padres se querían. Papá de una forma normal, mamá de una forma apasionada, del tipo *estoy dedicada a mi marido*.

Esta es la primera vez que siento que puede haber más en su historia de amor de lo que se ve a simple vista.

—Mamá, ¿qué quieres decir?

Ella mira sus manos en lugar de mirarnos a nosotros. —Solo que las personas son complicadas, cariño. Las relaciones son complicadas. Y a veces, amar a alguien requiere compromisos personales —suspira

y encoge los hombros con cansancio—. Waylen, necesitamos helado para el pastel de melocotón que hice. Ve a comprar, por favor.

Waylen se levanta de la encimera, con la mirada saltando entre nosotras. Sorprendentemente, parece aliviado de que lo hayamos despedido.

Pero al pasar detrás de mí, me pone una mano en el hombro y me da un pequeño apretón. —Siento haberte delatado. Es solo que... estoy preocupado.

—Lo sé —murmuro agotada—. Tráeme un litro de helado de chocolate espresso y quedaremos en paz.

Con una sonrisa y un gesto de asentimiento, nos deja solas en la cocina.

Curiosamente, ya no me siento ansiosa ni nerviosa. Una tímida sonrisa baila en el rostro de mamá. —Cuéntame sobre él —dice.

Y eso hago. Le cuento sobre la batalla por la custodia, sobre el abuso de Yana, sobre cómo le tiemblan las manos a Kovan cuando ve las cicatrices de Luka. Le cuento cómo le lee cuentos antes de dormir con diferentes voces y cómo deja que Luka le gane en todos los juegos de mesa.

Cuando por fin dejo de hablar, los ojos de mamá se llenan de comprensión. —Lo amas.

—*No puedo* amarlo —digo con voz ronca—. No es adecuado para mí. Su mundo es peligroso y violento y...

—Pero no es por eso por lo que tienes miedo.

Me levanto bruscamente, haciendo que la silla raspe el suelo. —Por supuesto que es por eso por lo que tengo miedo. Cualquiera estaría aterrorizado por las cosas malas.

—Siéntate, cariño.

Algo en su tono me hace obedecer.

—No te da miedo su *mundo* —dice con suavidad—. Te da miedo amar a alguien a quien podrías perder.

Se me oprime el pecho hasta que apenas puedo respirar. —Soy médico —susurro—. Mi carrera lo es todo. No tengo tiempo para...

—Para —Mamá se inclina sobre la mesa y me coge la mano—. Tienes tiempo. Mucho tiempo. Solo que tienes miedo de utilizarlo.

—¿Puedes culparme? —le pregunto—. Mira lo que te hizo perder a papá. Apenas sobreviviste.

Mamá se queda callada durante un largo rato. —Al principio no quería sobrevivir —admite—. Pero tu padre fue el amor de mi vida. ¿Éramos perfectos? Dios, no. Discutíamos por el dinero y sus horas en el hospital y si pintar la habitación de invitados de azul o de amarillo —sonríe, pero sus ojos están distantes—. Y, sin embargo, si pudiera volver atrás sabiendo cómo acabaría, lo volvería a elegir. Siempre.

—¿Lo verías morir otra vez?

—Su muerte fue un solo día, Vesper. Un día terrible, horrible. Pero antes de eso tuve treinta y tres años. Treinta y tres años de café por las mañanas, chistes malos de papá y él quedándose dormido durante todas las películas que veíamos —me aprieta la mano con más fuerza—. No desperdicies tus años huyendo del amor por miedo a un solo día de pérdida.

Las lágrimas me queman los ojos. Afuera, oigo el coche de Waylen entrando en el camino de acceso, el portazo de su puerta, sus pasos en el porche delantero.

—Vino al hospital cuando estaba en apuros —susurro—. Le dispararon mientras me protegía, y cuando vi su sangre... —cierro los ojos—. Nunca había tenido tanto miedo en mi vida. Ni siquiera cuando papá enfermó.

Mamá se levanta y me abraza, y por primera vez en meses, me permito llorar. Llorar de verdad. Por papá, por el tiempo que he perdido, por el amor que me da demasiado miedo reclamar.

—Oh, cariño —murmura en mi pelo—. El amor no es una garantía. Es una elección. Cada mañana, eliges amar a alguien a pesar de saber que puedes perderlo. ¿Y esa elección? Es lo más valiente que cualquiera de nosotros puede hacer.

Waylen gira la llave en la cerradura y yo me aparto, secándome los ojos.

—¿Has comprado el helado? —pregunta mamá con voz alegre y normal, como si no acabara de poner mi mundo patas arriba.

—Chocolate espresso —anuncia él, apareciendo en la puerta con una bolsa de compra—. Tal y como alguien lo pidió —nos mira a las dos, fijándose en mis ojos rojos y en la expresión amable de mamá—. ¿Todo bien?

Asiento, sin atreverme aún a hablar.

Mamá me acaricia el hombro. —Todo perfecto.

Pero, mientras la veo moverse por la cocina, preparando el postre como si fuera una cena familiar normal, me doy cuenta de que se equivoca. No todo *está* perfecto.

Pero tal vez, solo tal vez, *podría* estarlo.

KOVAN

Soy el maldito Kovan Krayev.

No espero a que sucedan las cosas. No le doy a los demás el poder de afectar mi estado de ánimo. Y definitivamente no me quedo sentado todo el día mirando mi teléfono, esperando un mensaje de una mujer.

Excepto que eso es exactamente lo que he estado haciendo durante la última hora.

El mensaje que envié hace tres horas se me queda grabado en la retina cada vez que miro la pantalla: ***¿Vas a venir a casa esta noche o sigues evitándome?***

Tres marcas azules. Sin respuesta.

Me ha dejado en *visto.*

—Tienes muy mal aspecto —anuncia Osip al entrar en el gimnasio con Pavel siguiéndole los pasos.

Luka entra saltando por la puerta detrás de ellos, con el rostro iluminado por la alegría más pura. —¡Tío Kovan! ¡Mira lo que me ha enseñado Waylen!

Se lanza a lo que solo puede describirse generosamente como una patada circular. Es más un movimiento descoordinado que un arte

marcial, pero su entusiasmo es contagioso.

—Ha sido increíble —miento, forzando el entusiasmo en mi voz.

—Waylen dice que tengo que fingir que no peso nada. Como si flotara en el aire —Luka vuelve a hacer una demostración, esta vez consiguiendo mantenerse en pie al aterrizar.

—¿Waylen también cree en el polvo de hadas?

Pavel carraspea de forma significativa. Me doy cuenta y modero mi sarcasmo.

—Enséñame una vez más, *malysh*.

Mientras Luka practica sus patadas con Osip animándolo, Pavel se acerca a mí. —Bueno. ¿Quieres hablar de por qué te has comportado como un completo idiota toda la semana?

—No he hecho eso.

—Claro —Pavel arquea las cejas con esa actitud superior tan molesta que siempre he detestado—. Y yo soy el puto Papa.

—No me molestes, Pavel.

—Va a volver, ya lo sabes —dice, dándome una palmada en la espalda—. Probablemente solo esté ocupada salvando vidas o haciendo lo que sea que haga.

Aprieto la mandíbula. —Me importa una mierda dónde esté.

—Claro —la voz de Pavel es exasperantemente tranquila—. Por eso has mirado el móvil seis veces desde que entré aquí.

—La única razón por la que me importa es por Luka. El niño está muy unido a ella y ella le prometió pasar más tiempo con él.

—Ayer pasó todo el día con él —me recuerda.

Pongo los ojos en blanco. —Se marchó antes de que yo llegara a casa.

La mirada cómplice de Pavel me da ganas de golpear algo. —¿Has intentado hablar con ella? —pregunta.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que realmente quieres de ella. Quizás ayudaría que supiera cómo te sientes.

—¿*Como me siento*? —escupo las palabras—. Esto no tiene que ver con sentimientos sino con cumplir nuestro acuerdo.

—¿Qué acuerdo? —Luka aparece a mi lado, ligeramente sin aliento, pero sonriendo.

Osip se queda detrás de él, claramente escuchando a escondidas.

—Solo negocios, pequeño —le digo—. No es nada que te incumba.

—La otra parte puede ser bastante terca —añade Pavel, solícito.

Le lanzo una mirada fulminante. —¿Qué planes tienes para el fin de semana, Luka?

—¿Podemos hacer algo con Vesper? —todo su cuerpo vibra de emoción—. ¿Quizás ir al parque? ¿O a comer un helado? ¿O volver al museo de ciencias?

—¿Otra vez? Fuiste dos veces la semana pasada.

—¡Pero las dos veces solo pudimos ver la exposición sobre el cuerpo humano! —Luka salta—. ¿Sabías que los humanos tienen suficiente grasa para hacer siete pastillas de jabón?

Pavel arruga la nariz. —Eso significa que Osip probablemente podría hacer catorce pastillas.

Luka se echa a reír mientras Osip agarra a Pavel por el cuello. Luchan por el gimnasio mientras yo vuelvo a centrar mi atención en mi sobrino.

—No estoy seguro sobre este fin de semana, amigo. Vesper ha estado muy ocupada últimamente.

—Ella sacará tiempo para mí —dice Luka con total confianza.

Su certeza me hace suspirar. Este niño de ocho años tiene más fe en la devoción de Vesper que yo. La misma mujer que reorganiza su agenda por él no se molesta en responderme los mensajes.

—Ya veremos, ¿vale?

Luka ya no me está escuchando. Está mirando fijamente la cicatriz reciente que recorre mi torso, la que Vesper cosió con manos temblorosas. —¿Te duele? —pregunta.

—Por favor —respondo con desdén—. No es nada.

—Los puntos son muy pequeños —murmura, trazando la línea con el dedo—. Vesper es muy buena en su trabajo.

Luka nunca ha sido un niño normal. Dada la familia en la que nació, no había posibilidad de que fuera como cualquier otro niño. Creció con tatuajes y cicatrices tan comunes que apenas los notaba. Es curioso que ahora le interesen.

—Le dije a Vesper que quería una cicatriz como la tuya y se enfadó mucho —me cuenta—. Se le abrieron mucho los ojos y su voz se volvió extraña. Dijo que esperaba que nunca necesitara puntos. Creo que se asustó el día que te hiciste daño.

Osip y Pavel han dejado de luchar. Ahora ambos escuchan, observando mi rostro con atención.

—No está acostumbrada a esta vida —le digo a Luka, revolviéndole el pelo—. No es tan dura como tú.

—Yo creo que Vesper es bastante dura, pero de otra manera.

—Estoy de acuerdo —interviene Pavel.

No puedo evitar soltar una risa amarga. Los tres me miran fijamente. —¿Por eso me ha estado evitando toda la semana? —les pregunto con amargura—. ¿Porque es tan dura?

—Tiene miedo, tío Kovan —interviene Luka con sencillez.

—¿Miedo de qué?

Luka me mira a los ojos con esa inquietante sabiduría que a veces tienen los niños. —Por ti —luego se encoge de hombros y se vuelve hacia Osip—. ¿Podemos practicar boxeo ahora?

Se dirigen al cuadrilátero, dejándome solo con Pavel.

—Un niño de ocho años te acaba de dar una lección —dice Pavel en voz baja.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Significa que Luka ve lo que tú te niegas a ver. Esa mujer no le tiene miedo a tu mundo. Le tiene miedo a perderte.

De repente, el gimnasio se vuelve sofocante. ¿Se ha estropeado el puto aire acondicionado? Juro que no puedo respirar.

—¿No lo ves? —continúa Pavel, ajeno a todo—. ¿Por qué crees que se centra en el trabajo en lugar de en las relaciones? ¿Por qué crees que aceptó esta falsa relación en primer lugar? Mantiene a la gente a distancia. Igual que tú.

—Yo no...

—Déjate de tonterías, Kovan. Tratas el amor como si fuera una sentencia de muerte. No lo evitas porque no lo quieras, lo evitas porque te aterroriza lo que podrías perder. *Igual que ella.*

Todo lo que dice Pavel tiene demasiado sentido. Así que hago lo que siempre hago cuando salen a la luz verdades incómodas.

Las ignoro.

—Ahórrame la maldita sesión de terapia. No soy complicado. Necesito a Vesper para el caso de la custodia de Luka. Eso es todo.

Él se muestra claramente escéptico. —¿Entonces no te molesta que te haya estado evitando?

—Estoy molesto por el bien de Luka. El niño está muy apegado a ella. No la necesito cerca a menos que haya una visita de la trabajadora social.

Pavel levanta las manos en señal de rendición. —Lo que tú digas, hombre.

—Tengo que preparar una reunión —cojo mi teléfono del banco y me dirijo a mi oficina. A mitad de camino, suena.

VESPER: Voy a ir esta noche. Nos vemos entonces.

La gratitud que me invade es instantánea y abrumadora. Y, a pesar de todo lo que le acabo de decir a Pavel, no tiene nada que ver con Luka.

Tiene que ver con ella.

KOVAN

Vesper entra por la puerta a las once menos cuarto de la noche con aspecto de cadáver resucitado.

Su bata está arrugada y manchada. Su cabello cuelga en mechones lacios alrededor de su rostro. Las ojeras ensombrecen sus ojos y su piel tiene esa palidez grisácea que he visto en los cadáveres.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Siento haberme perdido la hora de acostar a Luka —ni siquiera responde a mi pregunta—. Ha habido una operación de urgencia. He intentado llegar antes, pero...

—¿Cómo ha ido?

El color desaparece por completo de su rostro. —Mal. Muy mal. Una niña pequeña, de siete años. Llevo tres años tratando su tumor cerebral —su voz se quiebra—. Esta noche íbamos a extirpárselo. La operación tenía sus riesgos, pero... —deja de hablar. Todo su cuerpo tiembla—. La perdí en la mesa de operaciones.

—Dios mío, Vesper...

Me acerco a ella, pero da un paso atrás como si tuviera una enfermedad. Ambos nos quedamos paralizados.

Sus ojos se encuentran con los míos, y no hay nada detrás de ellos. Como si alguien hubiera apagado todas las luces dentro de su cabeza. Como si ella no estuviera realmente aquí. Como si no fuera realmente ella misma.

—Necesito ducharme —apenas puede susurrar—. Discúlpame.

Se arrastra por las escaleras. Cada paso parece costarle todas las fuerzas que le quedan.

Quiero seguirla. Quiero rodearla con mis brazos y decirle que no es culpa suya. La necesidad de tocarla, de consolarla, me quema en el pecho.

Pero no me muevo.

No puedo.

Porque querer consolarla significa que me importa. Y preocuparme por Vesper Fairfax es lo más peligroso que he hecho nunca.

Pasan quince minutos. Luego veinte. Camino por el vestíbulo hasta que ya no puedo más. Y entonces...

A la mierda.

Subo corriendo las escaleras y abro su puerta sin llamar. Está acurrucada en la cama con una de mis camisetas blancas puesta, con el pelo mojado empapando la almohada. Tiene las rodillas pegadas al pecho y no me mira.

Pero sus ojos siguen teniendo ese aire triste y atormentado. Y en cuanto lo veo, sé que no puedo dar media vuelta.

—Vesper —cierro la puerta detrás de mí—. Mírame.

Ella niega con la cabeza. —No puedo hacer esto esta noche, Kovan. Sea lo que sea de lo que quieras hablar, ¿podemos dejarlo?

—¿Dejar de qué?

—De hablar. Pelear. Fingir —traga saliva—. Apenas puedo pensar con claridad ahora mismo.

Me acerco a los pies de la cama. —Háblame de ella.

Levanta la cabeza de golpe, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. No esperaba que le tocara esa fibra sensible. Pero tengo experiencia en este tema. Ignorar el dolor rara vez ayuda a que desaparezca.

—Hablar de ello ayuda —le digo—. Confía en mí.

Me mira fijamente durante un largo rato. Entonces, las palabras comienzan a brotar.

—Coleccionaba monedas. ¿Qué niña de siete años colecciona monedas? Le encantaba Alicia en el País de las Maravillas y rezaba todas las noches para que sus padres tuvieran otro bebé. No porque quisiera un hermano, sino porque quería que tuvieran a alguien cuando ella ya no estuviera.

Su voz se va apagando con cada palabra.

—Sabía que iba a morir, Kovan. No importaba lo que le dijera, no importaba lo positiva que intentara ser, ella siempre lo supo. Hablaba como si tuviera setenta años en lugar de siete. Ningún niño debería tener que ser tan sabio.

—Lo siento.

—No sientas pena por mí —las lágrimas le corren por la cara—. Siente pena por Mark y Beverly. Acaban de perder a su única hija y yo... yo no pude salvarla. Les prometí que podría salvarla y fallé.

Se derrumba por completo, sollozando entre sus manos.

Me subo a la cama y la atraigo hacia mi pecho. Esta vez no se resiste. Solo llora hasta que se queda sin lágrimas.

Cuando por fin dejan de brotar las lágrimas, se aparta y agarra una almohada, apretándola entre nosotros.

—Hiciste todo lo que pudiste —le digo.

—Lo sé —se limpia la nariz con el dorso de la mano—. Pero nunca se hace más fácil. Perder a alguien —baja la mirada hacia la almohada en su regazo—. Perder a mi padre fue lo peor que me ha pasado nunca.

—Lo sé.

—Después de su muerte, me convertí en alguien que no reconocía. Enfadada. Amargada. Débil. Odiaba a todo el mundo, incluido él. Dejé de contestar al teléfono. Cuando alguien venía a mi apartamento, apagaba las luces y fingía que no estaba en casa. No hablé con mi madre durante meses.

Respira temblorosamente.

—Casi dejé la facultad de medicina. De hecho, llamé al decano para darme de baja. Si no hubiera sido amigo de mi padre, si no me hubiera convencido de tomarme un semestre sabático... —niega con la cabeza—. Habría echado por la borda toda mi vida.

—Ahora eres más fuerte.

—Creía que lo era —por fin me mira a los ojos—. Hasta que te conocí.

Siento una punzada desconocida en el pecho. —Sé que te asusté la semana pasada —comienzo—. El tiroteo...

—Soy médico, Kovan. He visto heridas de bala antes. He visto morir a gente de formas que no te puedes imaginar. No me asusto fácilmente —se encoge sobre sí misma—. Pero la semana pasada estaba aterrorizada. Porque, a pesar de todo lo que he hecho para evitarlo, me preocupo por ti. Me preocupo por Luka. Y esa bala...

No puede terminar la frase.

—Pero no alcanzó ningún órgano vital.

—Medio centímetro más a la izquierda y te habría perforado el pulmón.

—No lo hizo.

—Tuviste suerte —sus manos aprietan la almohada con más fuerza —. ¿No lo entiendes? Que vivas o mueras depende de la suerte. Eso es todo.

—No soy tan fácil de matar.

Me lanza una mirada que es pura angustia. —Todo el mundo es fácil de matar, Kovan. Lo veo todos los días. Nadie es invencible. Los cuerpos son frágiles. La muerte siempre gana.

—Te demostraré que te equivocas.

Ella sonríe con tristeza, incrédula. —Tenía un plan cuando acepté este trato —murmura—. Iba a mantener la distancia. Ser profesional. Pero ese plan se ha arruinado porque no puedo dejar de preocuparme por ti. Y no puedo soportar la idea de perderte.

Hace un año, esas palabras me habrían hecho salir corriendo.

Ahora, hacen eso mismo. Pero corriendo hacia ella. No lejos de ella.

—He salido con vida —le digo—. Estoy bien. No tengo intención de morir pronto.

—No puedes prometer eso.

Exhalo y le cojo las manos entre las mías. —Ya te he dicho antes que mi hermano creía en el destino. Solía leer el horóscopo y hablar de cómo nuestro futuro estaba escrito en las estrellas. Siempre pensé que era una tontería, pero... —me subo la camiseta y le enseño el tatuaje en sánscrito que tengo en las costillas—. ¿Sabes lo que significa?

Ella niega con la cabeza.

—*Ananta*. Infinito. Me lo hice con Vitalii después de que muriera nuestro padre —guío su dedo para que recorra las letras—. Puede que no crea en el destino, pero creo en mí mismo. No voy a morir mientras Luka me necesite. Tampoco voy a morir mientras tú me necesites.

Su barbilla tiembla. —¿Y si nunca dejo de necesitarte?

Ahí está. El futuro que he pasado toda mi vida adulta evitando.

El amor siempre me ha parecido una debilidad. Algo que te mata.

Pero al mirarla ahora, con lágrimas en los ojos y mi camisa colgando de sus hombros, *quiero* ese futuro. Quiero los anillos, los votos y la vida que vendrá después de este lío.

—Entonces, supongo que tendré que quedarme.

Ella vuelve a llorar, pero estas lágrimas son diferentes. Más suaves.

Las seco con mis pulgares. —¿Mejor?

Ella asiente y se recuesta contra las almohadas. —¿Te quedarás conmigo?

—No voy a ir a ninguna parte.

Se duerme en cuestión de minutos, con los dedos entrelazados con los míos, respirando lenta y uniformemente. Me quedo tumbado mirando al techo, memorizando el peso de su cuerpo contra el mío...

...mientras me odio a mí mismo por hacer promesas que quizá no pueda cumplir.

60

VESPER

Mentir se está volviendo fácil.

Demasiado fácil.

Cuando Kovan me atrae hacia él y me besa hasta que mis rodillas olvidan cómo funcionar, no parece una actuación. Cuando sus dedos encuentran mi cabello mientras estamos sentados juntos, enrollando los mechones alrededor de su pulgar, parece real. Cuando sus ojos siguen cada uno de mis movimientos por la habitación, hambrientos y posesivos, mi cuerpo cree cada segundo ardiente, silencioso y escalofriante.

Y sí, claro, Eliza Murphy está aquí para verlo todo. Al fin y al cabo, ella es el público al que va dirigido. Se supone que debe ver los toques prolongados y las miradas lujuriosas. Se *supone* que debe creerse nuestra rutina de pareja perfecta.

Pero nadie es tan buen actor...

¿...verdad?

Eliza se aclara la garganta y se pone de pie, alisándose la severa falda gris. —Gracias por su tiempo, señor Krayev. Señora Fairfax —sus agudos ojos nos miran con recelo—. Estaré en contacto.

—La acompaño a la salida —me libero de los brazos de Kovan, aunque enseguida echo de menos su calor.

Eliza no es de las que charlan, pero cuando llegamos a la puerta principal, se detiene. Sus rasgos duros se suavizan poco a poco bajo la brumosa luz de la tarde. —Tengo que admitir que no esperaba que esta relación durara. Pero al verlos juntos... —niega con la cabeza con una leve sonrisa—. Ahora tiene sentido.

Todo mi ser quiere agarrarla del brazo. ¿Cómo *tiene sentido? ¿Qué ves tú que yo no veo? Porque me estoy ahogando aquí y ya no sé qué es real y qué es falso.*

En cambio, hago lo único razonable: sonrío y asiento. —Gracias, Eliza. Ha sido un placer tenerte en nuestra casa.

En cuanto su coche desaparece por el camino de entrada, Luka corre hacia mí. —¿Sabes qué? ¡El tío Kovan dice que podemos ir al parque!

Kovan lo sigue, haciendo alarde de sus largas extremidades y su confianza desenfadada. Intento no pensar en esta mañana, cuando entré en el baño y lo encontré desnudo en la ducha, con el agua corriendo por cada relieve y cada valle de sus músculos. Corrí de vuelta al dormitorio y me escondí bajo las sábanas, con los muslos tan apretados que me dieron calambres.

No puedo permitir eso. Unos cuantos incidentes más como ese y me convertiré en un montón de carne cachonda, incapaz de hacer mi trabajo falso, mi trabajo real o cualquier otra cosa.

Por lo tanto, he ideado un plan. Mi nueva estrategia de supervivencia es sencilla: superar esta relación falsa con el mínimo daño posible.

Para ello, he establecido tres reglas esenciales.

Regla nº 1: No coquetear con Kovan.

Regla nº 2: No besar a Kovan.

Regla nº 3: Bajo ningún concepto, ni por asomo, *acostarme* con Kovan.

Acostarme con él una vez fue un error. Sí, un error trascendental, que cambió mi vida y me proporcionó el mejor orgasmo de mi vida, pero sigue siendo un error. Sí, un error que hace que todos los demás hombres a los que he mirado siquiera parezcan grotescos y sexualmente incompetentes en comparación, pero sin duda, innegablemente, un error al fin y al cabo.

Demasiados errores de esos podrían matarme.

—¿Qué me dices, Vesper? —pregunta Kovan. La forma en que susurra mi nombre me provoca algo en mi interior que debería ser ilegal—. Pasaremos por Carino's. Sé que te encanta su espresso con chocolate.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto, sorprendida—. Lo mencioné una vez.

—Te presto atención —se pasa la mano por su espeso cabello negro y se encoge de hombros, como si fuera algo totalmente normal y razonable. No estoy de acuerdo, pero antes de que pueda discutir, me agarra de la mano y dice—: Vamos.

Así que nos vamos. Y si le dejo que me coja de la mano hasta que llegamos al coche, bueno...

No hay ninguna regla que lo prohíba, ¿verdad?



A MITAD de camino del parque, Kovan gira bruscamente el volante hacia la izquierda y da un giro en U que me hace sentir un nudo en el estómago.

—Eh, Kovan, ¿a dónde vamos?

—A probar una teoría.

Sus ojos no dejan de mirar por el espejo retrovisor, donde Luka está absorto en su GameBoy, ajeno a la tensión que irradia su tío.

Pero yo sí me doy cuenta. Ahora me doy cuenta de todo lo que hace este hombre, igual que él se da cuenta de todo lo que hago yo, y ahí radica el quid de la cuestión.

—¿Ves ese Lexus blanco dos coches más atrás? —murmura.

Miro por el espejo. —Sí.

—Nos sigue desde que salimos de casa. Estoy bastante seguro de que el pasajero tiene un teleobjetivo.

Diviso el Lexus blanco zigzagueando entre los coches, intentando parecer normal y fracasando. El destello del equipo fotográfico en la ventanilla del copiloto confirma las sospechas de Kovan.

—Lo veo —susurro con voz ronca, con el miedo atascándome la garganta.

—Mira lo que pasa —Kovan da otra vuelta en U y se dirige de nuevo hacia el parque. El Lexus nos adelanta y, treinta segundos después, da su propia vuelta en U—. Parece que tenemos compañía.

—¿Yana?

Su mandíbula se vuelve de granito. —Tiene que ser ella. Espera pillarnos desprevenidos. Peleando, tal vez. O pareciendo aburridos el uno del otro. Lo que sea necesario para pintar un mal panorama.

—¿Qué hacemos?

Su sonrisa me asusta. —Actuamos, *krasivyy*. Es hora del espectáculo de nuestras vidas.

Me coge la mano una vez más y, a pesar del calor de su palma, el hielo inunda mis venas.



Después de una hora de preliminares en público, estoy a punto de explotar.

Nos hemos cogido de la mano, hemos reído, hablado, besado y coqueteado hasta que me he mareado de deseo. Lo único que no hemos hecho es desnudarnos y hacerlo en los columpios.

No es que me oponga a la idea.

Simplemente prefiero mi exhibicionismo sin una audiencia de investigadores privados.

Pero Kovan se crece bajo el escrutinio. Los detectives privados que contrató Yana nos han seguido fielmente y nos han obligado a convertir nuestra visita al parque en una actuación digna de un Óscar. Mientras acechan entre los arbustos, Kovan me limpia el helado de la barbilla con el pulgar y luego lo chupa hasta dejarlo limpio mientras mantiene el contacto visual. Me besa la nariz cuando me río. Me empuja en los columpios mientras Luka conquista el tobogán, con las manos posadas en mi espalda baja cada vez que me da impulso.

Es empalagoso, romántico y absolutamente perfecto.

Y me está matando porque nada de eso es real.

Anoche, cuando me abrazó mientras lloraba, cuando me prometió quedarse todo el tiempo que lo necesitara, estaba siendo amable. Un amigo ayudando a otro amigo en una crisis. No lo decía en serio.

¿Cómo podría? Todo nuestro acuerdo tiene fecha de caducidad.

Pero esto me parece cruel e inusual. Sé por qué lo hacemos, sé que tenemos que hacerlo, sé que el motivo es puro, pero ¿tiene que doler tanto mientras ocurre?

—Oye —murmuro—, necesito hablar contigo sobre algo.

Luka se ha ido a los columpios y Kovan y yo nos hemos refugiado bajo un enorme roble. En cuanto me giro para mirarlo, me agarra

por la cintura y me atrae hacia él. La sólida pared de músculos bajo mis palmas hace que mi cerebro entre en cortocircuito.

—¿Qué pasa? —gruñe. Siento su voz más que la oigo, y todo mi cuerpo vibra junto con el suyo.

—¿Podrías...? —me retuerzo entre sus brazos—. ¿Te importa? Estoy intentando mantener una conversación.

—Pues habla.

Lo miro con ira. —Estás demasiado cerca.

—¿Desde cuándo eso es un problema?

Maldito sea él y esos hipnóticos ojos verdes. ¿Cómo se supone que alguien puede pensar con claridad en estas circunstancias? —Desde ahora mismo. ¿Podemos hablar con una distancia razonable entre nosotros?

Él sonríe con aire burlón y me acaricia la mejilla con los nudillos. —Todavía nos están observando. Tenemos que parecer la pareja perfecta.

Tragándome un suspiro de frustración, deslizo mis manos por sus brazos. Por el espectáculo, claro. Definitivamente no por mi propia satisfacción personal. Definitivamente no porque sus bíceps sean duros y definidos bajo los puños de su camiseta blanca y limpia.

—Bien. Jeremy me envió un mensaje esta mañana. La sala de pediatría va a recibir tres incubadoras nuevas y dos calentadores radiantes.

—Bien.

Entrecierro los ojos. —¿Eso es todo? ¿"Bien"? ¿Esa es toda tu respuesta?

—¿Qué quieres que te diga?

—Esto es por ti, ¿verdad? —aprieto las manos alrededor de su nuca —. Fuiste a ver a Jeremy. Por eso estabas en el hospital cuando ocurrió el tiroteo.

Se encoge de hombros, lo que ya sé que es la única confirmación que voy a obtener. —Necesitabas equipo nuevo y necesitabas que ese pedazo de mierda dejara de acosarte. Yo logré ambas cosas.

—¿Qué le dijiste?

—¿La versión corta? Si se mete contigo, se mete conmigo.

Me cuesta ocultar mi sorpresa. —No pensaba que fuera a responder bien a las amenazas.

Kovan se ríe, con un sonido rico y cálido y totalmente fuera de lugar, dado el tema que estamos discutiendo. —Jeremy Fleming es un matón. Y como todos los matones, es un cobarde que lleva una máscara de tipo duro. Podría destruirlo con los ojos cerrados y las manos atadas a la espalda.

—Gracias —susurro con gratitud temblorosa—. Esto marcará una gran diferencia para mis pacientes.

—Solo estoy haciendo lo que acordamos.

Retiro las manos de él. —Claro. Por supuesto. Pero aun así... gracias.

Me sujeta la barbilla con un dedo, obligándome a mirarle a los ojos. —Pero, para que conste, aunque no hubiéramos acordado nada, lo habría hecho de todos modos.

Mi corazón se detiene. Empieza a latir. Se detiene de nuevo. —¿Por qué?

Parece genuinamente sorprendido por la pregunta, como si simplemente no la entendiera. —Porque necesitabas esas máquinas y yo quiero darte todo lo que necesites.

Lo dice como si fuera muy fácil. Y cuando lo hace, cuando dice cosas así y me toca así y me mira de esa manera, nada más parece

importar.

El parque se desvanece. El ruido desaparece. Olvido que nos están observando, olvido que todo esto es fingido, olvido todo excepto la forma en que me mira.

—No tienes ni idea de lo que esto significa para mí —susurro.

—En realidad —dice, inclinándose hacia mí—, creo que sí lo sé.

Cuando me besa, al principio es suave. Casi vacilante. Luego sus labios se separan de los míos y se convierte en algo completamente diferente. Algo desesperado y real e imposible de fingir.

Al menos, para mí.

Con ese beso, borra todas las reglas que me impuse esta mañana. ¿Quiere coquetear? Soy suya. ¿Quiere besarme? Puede tener mi boca cuando quiera. ¿Quiere hacerme el amor? Mi cuerpo ya es plastilina en sus manos, y siempre que los detectives privados no fotografíen las partes íntimas demasiado de cerca, seré lo que él quiera que sea, durante el tiempo que él quiera.

¿No hacer daño? Ja. Eso es una broma. Amar a Kovan es lo más dañino que he hecho nunca.

Y, sin embargo, no puedo arrepentirme.

KOVAN

—¡Luka! —grito—. Luka, no pasa nada. Estás a salvo. Soy yo. Soy el tío Kovan.

Mi sobrino se revuelve entre las sábanas, atrapado en el infierno que ha creado su mente de ocho años. Da patadas y se retuerce, luchando contra demonios invisibles con todas sus fuerzas.

—¡No...! —gime con los ojos cerrados y el pecho agitado—. Por favor, no... Déjame en paz...

Lo agarro por los hombros y lo sacudo suavemente. Por fin, abre los ojos de golpe. La pesadilla se desvanece al volver la realidad. El sudor le perla la frente.

—¿Tío Kovan? —dice con voz somnolienta y aterrorizada—. ¿Qué... qué...?

—Solo ha sido una pesadilla, *malysh*. Eso es todo.

Se lanza contra mi pecho. Su pequeño cuerpo tiembla tan violentamente que siento que mi propio corazón se acelera.

—¿Estás bien? —le pregunto después de que su respiración se haya calmado—. ¿Qué ha pasado en el sueño?

—Nada —murmura contra mi camisa—. No fue nada.

Considero insistir en el tema, pero luego decido dejarlo ir. —Está bien. Ahora estoy aquí. Todo está bien. Absolutamente todo está bien.

—¿De verdad? —levanta la cabeza bruscamente, con los ojos enormes y desesperados—. La señora trabajadora social todavía va a volver. Ayer me dijo que aún no lo había decidido. ¿Y si me obliga a volver con mamá?

Tengo que cerrar los ojos ante la oleada de dolor y furia que esa simple pregunta despierta en mí. Cuando los vuelvo a abrir, él me está mirando. Esperando. —Tú tienes voz y voto en esto, Luka. Es tu vida.

—No quiero volver a vivir con mamá —dice, con la cabeza gacha—. Es mala. Y me hace sentir triste todo el tiempo. Y nunca puedo hablar de papá cuando ella está cerca porque se enfada.

Lo acerco a mí. Sus hombros delgados como los de un pájaro encajan perfectamente bajo mi brazo. Me pregunto distraídamente: *¿Fui creado para él o él fue creado para mí?* Vitalii lo habría sabido. Vitalii habría podido ver la respuesta en las estrellas.

Pero Vitalii ya no está aquí para decírmelo.

—No te preocupes. Estoy haciendo todo lo posible para asegurarme de que te quedes aquí conmigo.

—Contigo y con Vesper —me corrige, agarrándose a mi manga con los dedos—. ¿Puede ella...? —me mira tímidamente—. ¿Puede venir a volver a dormirme?

Me estremezco. —Vesper está durmiendo. La verás mañana.

—La quiero ahora.

Sería fácil. Está a seis metros de distancia, con solo una delgada pared entre nosotros. Solo tendría que cruzar el pasillo y despertarla. Vendría corriendo sin protestar. Abrazaría a Luka hasta

que su respiración se estabilizara. Probablemente se quedaría dormida aquí mismo, a su lado.

La imagen es tan perfecta que me duele el pecho.

Y precisamente por eso no puedo permitir que suceda.

He estado tan centrado en ganar la custodia que me he olvidado de tener en cuenta los daños colaterales. Luka ya está demasiado apegado a Vesper. Maldición, yo también.

Y como hombres Krayev, no podemos permitirnos apegos. Son demasiado peligrosos.

Así que tengo que volver a centrarme en el juego. Recordar por qué estoy haciendo esto. Tengo que recordar que Vesper nunca será algo permanente.

No puede serlo.

Ignoro su petición y empiezo a tararear las nanas rusas que solía cantar mi padre. Lo abrazo hasta que finalmente se olvida de Vesper, hasta que el sueño lo vuelve a reclamar.

Por desgracia, a mí no me resulta tan fácil olvidar.



—Pensábamos dar un paseo por el jardín —dice Vesper, lanzando al aire una de las pelotas de goma de Luka y atrapándola. —¿Quieres venir con nosotros?

—Estoy ocupado —no levanto la vista del móvil.

Waylen gira la cabeza hacia mí. Sus hombros se tensan con esa actitud protectora de hermano mayor que adopta cada vez que respiro mal en dirección a Vesper.

—Está bien —dice Vesper—. Como quieras.

En cuanto ella y Luka desaparecen fuera, Waylen empieza a meter sus materiales didácticos en una carpeta. Cada movimiento brusco grita su desaprobación.

Dejo el teléfono con un suspiro. —¿Quieres decir algo, Waylen?

—Eres un puto caso de estudio.

—¿Perdón?

—Has estado toda la mañana siendo frío con Vesper. Ella está intentando ayudar y tú la tratas como una mierda.

—Tengo muchas cosas entre manos ahora mismo...

—Me importa una mierda lo que tengas entre manos —abandona cualquier pretensión de ordenar y se enfrenta a mí directamente—. Has metido a mi hermana en tu lío. Lo menos que puedes hacer es ser educado.

—Confía en mí —me pongo de pie y sostengo su mirada—. Es mejor así.

—¿Qué demonios significa eso?

—No importa.

Waylen suelta una risa áspera y entrecierra los ojos. —Por Dios. Sientes algo por ella, ¿verdad? Por eso estás jugando a estos estúpidos juegos mentales. Porque, a pesar de tu forma de hablar y de andar, ni siquiera sabes decir dos palabritas. Te ayudaré, repite conmigo: *Me gustas*. No es tan difícil, ¿verdad?

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. No es que pueda pegarle a Waylen, pero mierda, a veces me encantaría hacerlo. —Esta conversación ha terminado.

Se interpone en mi camino, bloqueando mi huida. —Mi hermana no es un juguete desechable con el que puedas jugar cuando te convenga. Es brillante, amable y divertidísima, pero también es

vulnerable. Demasiado confiada para su propio bien. Si crees que puedes simplemente...

—No estoy jugando con ella —gruño, señalándole con el dedo—. Lo último que quiero es hacerle daño.

Waylen se queda callado, estudiando mi rostro. —¿Y cuál es el plan? ¿Ser un imbécil hasta que tus sentimientos desaparezcan? ¿Tratarla como basura para que sea más fácil alejarte?

—Te das cuenta de que soy tu jefe, ¿verdad?

—Entonces, despídeme —se encoge de hombros—. Estoy seguro de que Luka tendrá algo que decir al respecto.

—Que te jodan —lo empujo y me dirijo pesadamente hacia el carrito de bebidas que hay en la esquina.

El whisky me quema al tragarlo, pero no borra la mirada acusadora de Waylen cuando me doy la vuelta.

—¿Quieres mi consejo? —pregunta.

—No.

—Qué pena. Te lo voy a dar de todos modos —cruza los brazos—. Si no haces nada, Vesper acabará marchándose. Volverá a sus noventa horas semanales de trabajo y a su apartamento vacío. Y, como es guapa y maravillosa, conocerá a otra persona. A algún chico agradable y aburrido que la tratará bien.

—Bien —miento.

—¿De verdad? Porque una vez que la dejes ir, no habrá vuelta atrás. Así que pregúntate esto: ¿podrás soportar verla casarse con otro? ¿Tener hijos de otro hombre? ¿Envejecer con él mientras tú sigues masturbándote con los recuerdos de una noche juntos?

Las imágenes rebotan en mi cerebro antes de que pueda detenerlas.

Vesper vestida de blanco, caminando hacia otro hombre.

Vesper embarazada del hijo de otro.

Vesper en los brazos de otro hombre mientras yo me pudro solo.

Aprieto los puños.

—Sí —Waylen asiente cuando se da cuenta—. Eso es lo que pensaba.

Me alejo de él y miro por la ventana, donde Vesper y Luka están jugando a lanzarse una pelota en el césped. —¿Qué me sugieres que haga exactamente?

—Toma una decisión. O le dices directamente que, cuando termine este asunto de la custodia, se acabó. Desaparece por completo de su vida y deja que encuentre a alguien que la merezca.

—¿Y si no puedo hacerlo?

—Entonces, tu única otra opción es decirle lo que sientes. Sé su persona. Protégela y hazla feliz. Deja de ser un cobarde y da un maldito paso al frente.

Me paso la mano por el pelo, sintiéndome de repente agotado. —Creía que me odiabas.

—Sí lo hago.

—Entonces, ¿por qué me empujas hacia tu hermana?

La expresión de Waylen se suaviza ligeramente. Parece mayor de lo que es, cansado hasta lo más profundo. —Porque conozco a Vesper. No se conformará con lo normal. Es cirujana, ansía la adrenalina, los retos. Tú eres lo suficientemente fuerte como para manejar su carrera y su personalidad. También eres lo suficientemente poderoso como para protegerla —hace una pausa—. Y si existe la posibilidad de que realmente te importe tanto como creo que te importa... entonces su felicidad importa más que mis sentimientos personales.

—¿Me estás dando tu bendición?

Su sonrisa desaparece. —No te pases, idiota.

No puedo evitar sonreír. —Trabajas para mí y quieres que me case con tu hermana. Quizás te caigo mejor de lo que admites.

—Nadie ha dicho nada sobre casarse —espeta—. Solo digo lo que veo —se frota la cara. Luego, añade—: No le hagas daño, ¿vale? Es lo único que te pido. Es lo único que me importa.

Sí, pienso para mis adentros. *A mí también*.

Pero ¿y si el daño ya está hecho?

VESPER

Según el reloj del pasillo, llevo doce largos minutos delante de la puerta de la oficina de Kovan.

Doce minutos mirando la madera de caoba y las manijas de latón mientras mis palmas sudan y mi corazón late con fuerza contra mis costillas como si intentara escapar.

Esto es ridículo. Soy cirujana pediátrica. He operado a bebés prematuros con corazones más pequeños que pelotas de golf. He dado diagnósticos de vida o muerte a padres que me miraban como si tuviera todo su mundo en mis manos.

Entonces, ¿por qué no puedo llamar a una maldita puerta?

Sé la respuesta. Es porque esto no tiene que ver con la medicina. Si así fuera, sería fácil. Se trata de pedirle a Kovan Krayev que sea mi acompañante en la gala benéfica anual de St. Raphael, y nunca en mi vida he invitado a salir a un hombre.

He acudido sola los últimos siete años seguidos. Solo por esta vez, pensé que estaría bien llegar del brazo de un hombre guapo. Aunque solo fuera para evitar los incesantes cuchicheos que me persiguen como una nube de mosquitos.

...Ahí está la pobre Dra. Fairfax... sola otra vez...

...Casada con su carrera...

...Incapaz de mantener a un hombre a su lado...

Mi mano se cierne sobre la puerta. Vuelve a caer a mi lado. Vuelve a levantarse.

Toca, cobarde. Levanta la mano y llama a la maldita puerta. No te va a morder. No te va a...

Antes de que pierda completamente el valor, la puerta se abre.

Kovan ocupa todo el marco de la puerta, con su metro noventa y tres de estatura. Sus ojos verdes se encuentran con los míos y una ceja oscura se arquea en señal de interrogación.

—Vesper.

Se me seca la boca. —Hola.

—¿Pensabas llamar a la puerta o ibas a quedarte ahí fuera hasta que muriera de viejo?

La vergüenza me enrojece las mejillas. —¿Cómo sabías que estaba...?

—Te oí dar vueltas —sus labios se crispan—. Además, Pavel me ha enviado un mensaje diciendo que llevabas diez minutos merodeando por el pasillo.

—No han sido... *exactamente* diez minutos —me gustaría desaparecer—. Tenía algo que preguntarte.

Da un paso atrás y abre más la puerta. —Entra.

—En realidad, te lo preguntaré desde aquí. No es nada importante. Si estás ocupado o no te interesa, no pasa nada. Puedo arreglármelas sola...

—Vesper.

Dejo de divagar.

—¿Cuál es la pregunta?

Respiro hondo y empiezo una cuenta atrás mental. *Arranco la tirita en tres, dos, uno*—: ¿Quieresvenirconmigoalhospitalestanoche?

Las palabras salen de mi boca como si fueran una sola, sin pausa entre ellas. No se parece en nada al discurso que ensayé cuidadosamente frente al espejo del baño. No soy tan malota como esperaba.

Kovan parpadea. Vuelve a parpadear. Luego, dice—: ¿Qué?

Estoy dividida entre reír y llorar, así que hago un poco de ambas cosas. Luego, lo intento de nuevo, obligándome a hacer una pausa entre cada palabra. Pero como estoy terriblemente nerviosa, las pausas son demasiado largas y la pregunta resulta tan incómoda como la primera vez, aunque de otra manera.

—¿Quieres. Salir. Conmigo. Esta. Noche?

Sueno como un robot. Un robot que nunca ha visto ni interactuado con una persona del sexo opuesto.

O un cyborg del sexo opuesto, o lo que sea. No lo sé. Mi cerebro es puré de patatas.

Él se queda muy quieto. —Quieres que salga contigo.

—A la gala de St. Raphael. Es una recaudación de fondos que organiza el hospital cada año. Traje de etiqueta. Discursos aburridos. Vino excesivamente caro. A veces vienen famosos locales, pero normalmente son bastante sosos, como el hombre del clima del Canal 2 o algo así. Es simpático, pero... bueno, da igual, solo lo comento... —estoy divagando otra vez, pero no puedo evitarlo—. Como he dicho, si no te interesa...

Kovan levanta una mano para hacerme callar. —¿Me está invitando a salir, Dra. Fairfax?

La forma en que lo dice, con voz grave y ronca, me hace temblar las rodillas. —Te estoy pidiendo que seas mi cita. Hay una diferencia.

—¿La hay?

—Sí —respondo con firmeza—. Una implica... implicaciones. La otra es solo dos personas que asisten juntas a un evento. Es una distinción clave, en realidad. Muy fácil de pasar por alto. Pero importante.

Su sonrisa se extiende por su rostro, lenta y devastadora. Me estoy dando cuenta de que se está burlando de mí. Ese pensamiento hace que mi interior se caliente y se retuerza. —¿Y cuál es esta?

Lo miro fijamente, atrapada entre la honestidad y la autoconservación, retorciéndome como un gusano en un anzuelo. —Es... No lo sé.

—Entonces, déjame ponértelo fácil —se acerca, lo suficiente como para que pueda oler su colonia y ver las motas doradas de sus ojos verdes—. Sería un honor para mí ser tu cita esta noche, Vesper. *Del tipo con implicaciones*.

Mi corazón se acelera. —...Oh.

—¿Es demasiado tarde a las ocho?

—A las ocho es perfecto. Necesito tiempo para prepararme.

—Bien —me acaricia la mejilla con la mano y me roza el labio inferior con el pulgar—. Entonces, nos vemos abajo a las ocho.

Asiento, sin fiarme de mi voz.

Baja la mano y vuelve a entrar en su despacho, pero sus ojos siguen fijos en los míos. —Ah, ¿y Vesper?

—¿Sí?

—Lo espero con ansias.

La puerta se cierra con un suave clic, dejándome sola en el pasillo con el pulso acelerado y la repentina y desesperada necesidad de llamar a Charity para poder gritar, llorar, reír y decidir qué demonios me voy a poner.



—No tengo nada que ponerme —le digo en cuanto Charity contesta al teléfono.

—Hola a ti también, cariño. ¿Qué pasa?

—Kovan ha dicho que sí. A la gala. Esta noche. Y todos los vestidos que tengo me hacen parecer una monja que ha renunciado a la vida y cree que Versace suena como el nombre de una ETS.

La risa de Charity es pura alegría. —Oh, esto está pasando. Por fin. ¿Dónde estás?

—En casa. Entrando en pánico.

—Deja de entrar en pánico. Ponte en marcha. Nos vemos en Dolce & Gabbana en veinte minutos.

—¿En dónde? Charity, no puedo...

—En realidad, sí puedes —se oye un ruido a su alrededor, como si estuviera rebuscando en su bolso—. Es curioso. Hace unos diez minutos, un hombre calvo muy guapo se presentó en mi puerta con una brillante tarjeta American Express negra y unas instrucciones muy específicas.

Me quedo boquiabierta. —No puede ser.

—Sí puede ser. Al parecer, Kovan Krayev te conoce mejor que tú misma.

—¡No puedo usar su tarjeta de crédito!

—Puedes y lo harás —insiste—. Esto es lo que hacen los hombres cuando se preocupan por las mujeres, Vesper. Quieren mimarlas. Deja que te mime. Dios sabe que te lo mereces.

—Pero...

—Sin peros. Ni uno solo. Vamos a buscarte un vestido que haga que ese hombre se arrodille ante ti. Luego buscaremos lencería a juego, para que cuando esté arrodillado, al menos tenga claro cuál es su trabajo ahí abajo.

—¡Charity...!

—Veinte minutos, Vesper. No me obligues a ir a sacarte de ese apartamento. Y sí, eso es una amenaza. Kovan no es el único violento por estos lares.

La línea se corta.

Miro mi teléfono, dividida entre la mortificación y algo que se parece peligrosamente a la emoción de una niña.

Kovan sabía que necesitaría un vestido. Hizo planes. Quiso encargarse de ello. De *mí*.

Quizás Charity tenga razón.

Quizás es hora de permitírselo.

VESPER

Miro mi reflejo y quiero esconderme debajo de la cama.

—No puedo ponerme este vestido —le susurro al teléfono.

—Vesper Antoinette Fairfax —la voz de Charity tiene ese tono de advertencia que significa que está a punto de darme un sermón—. Te pondrás ese maldito vestido esta noche o no volveré a hablarte nunca más.

—¡Todo esto es culpa tuya! ¡Tú me convenciste de comprarlo! —me giro de lado frente al espejo y enseguida me arrepiento. El vestido se ciñe a cada una de mis curvas y a otras que ni siquiera sabía que tenía—. Pues quizá sea yo quien no vuelva a hablarte nunca más.

—Te perseguiré hasta el fin de tus días si repites eso.

A pesar de mi pánico, suelto una risa burlona. —En serio, Char. Es demasiado.

Y lo es. La tela es de seda esmeralda oscura que fluye como el agua sobre mi cuerpo. La parte superior se frunce en un patrón entrecruzado que de alguna manera hace que mi cintura parezca pequeña, mientras enfatiza exactamente lo grande que es todo lo demás. La falda cae hasta mis tobillos en elegantes pliegues que *serían* perfectamente modestos, siempre y cuando ignoraras todo lo que pasa por encima de mis caderas.

Lo cual es imposible. Porque el escote se hunde hacia mi ombligo como si fuera una misión suicida. Los tirantes que sostienen todo el corpiño son básicamente hilo dental disfrazado de moda. ¿Y la espalda? La espalda está completamente abierta, tan baja que tuve que comprar ropa interior nueva solo para evitar un escándalo por mostrar el trasero.

Estoy guapa. Demasiado guapa. Peligrosamente guapa.

Pero soy cirujana pediátrica, no modelo de Victoria's Secret. "Demasiado buena" no entra en la descripción del puesto.

—Estás espectacular con ese vestido —declara Charity, como si supiera exactamente lo que estoy pensando—. Pareces sexo andante. Pareces un orgasmo con piernas. Ese es precisamente el vestido que deberías llevar esta noche. Kovan no sabrá qué lo ha golpeado.

—El problema es que nadie más sabrá qué lo ha golpeado —aprieto el teléfono con más fuerza—. Voy a entrar en un salón de baile lleno de mis colegas. Mi jefe, que ya quiere despedirme, echará un vistazo a este vestido y empezará a redactar mi carta de despido. No puedo aparecer con este aspecto...

—¿Cuál aspecto?

—Como... como si estuviera anunciando servicios que no presto.

—Luces como una mujer fuerte, segura y hermosa que por fin ha recordado que tiene un cuerpo —Charity se pone seria—. Hemos gastado mucho dinero en ese vestido y no lo podemos devolver, así que más te vale ponértelo esta noche.

Se me revuelve el estómago. —¿Cómo que no lo podemos devolver? Me dijiste que estaba en oferta. ¡Dijiste que costaba trescientos dólares!

Silencio.

—...Charity.

—Vale, no te enfades —suplica—, pero puede que haya mentido o puede que no.

—¿Qué?

—Vale mucho más que eso. Mucho más.

El teléfono casi se me resbala de la palma de la mano, que de repente está sudorosa. —¿Cuánto más?

—No te asustes. ¿Me prometes que no te asustarás? ¿Lo prometes?

Mis palabras salen en un gruñido entre dientes. —¿Cuánto más?

—Diez mil dólares.

Me hundo en la cama. —Diez mil... ¡Charity, le dijiste a la dependienta que me mintiera!

—Sí, pero escúchame...

—¡La has convertido en cómplice de un fraude!

—El vestido te queda perfecto, Ves. Resalta tus ojos. Hace que tu piel brille. Y Kovan lo pagó, lo que significa que quiere que estés así de guapa esta noche.

Me tapo la cara con la mano libre. Diez mil dólares. Por un vestido que me pondré una sola vez. Un vestido que me hace parecer como si debiera estar recostada y contoneándome sobre el capó de un coche deportivo en un videoclip de MTV en lugar de operando a niños.

Pero cuando me miro de nuevo en el espejo, tengo que admitir que Charity no se equivoca. La seda esmeralda hace que mis ojos parezcan más azules. El corte acentúa mi cintura y hace que mis piernas parezcan infinitas. A pesar de su escote escandaloso, el vestido consigue ser elegante en lugar de vulgar.

Lo que no sé es si soy lo suficientemente valiente como para lucirlo.

—Ponte tu mejor cara y ve por tu hombre —dice Charity—. ¡Ciao ciao! —luego, cuelga antes de que pueda discutir, probablemente porque sabe que odio cuando hace eso.

Miro el teléfono, y luego mi reflejo. La mujer del espejo parece segura de sí misma. Sofisticada. Como si realmente perteneciera al brazo de un hombre que domina las salas y detiene las conversaciones.

Como si Kovan Krayev y yo fuéramos el uno para el otro.

¿Es eso siquiera posible?

Me pongo mis tacones negros y me dirijo a la puerta antes de perder el valor.

La escalera desciende en curva desde el segundo piso, ofreciendo una vista perfecta del salón de abajo. Llego a la mitad cuando lo oigo: una brusca inspiración.

Miro hacia abajo y me encuentro con un público. Osip está junto a la chimenea, Pavel se apoya contra la pared y Waylen se queda cerca de la puerta de la cocina con los brazos cruzados. Luka está sentado en el sofá, balanceando las piernas.

Y luego está Kovan.

Kovan está en el centro de todo, vestido con un esmoquin azul marino que le queda como si él hubiera inventado el concepto de la ropa formal. Lleva el pelo peinado hacia atrás y la camisa abierta por el cuello, dejando ver lo justo de su pecho tatuado y marcado por cicatrices como para dejarme la boca seca.

Fue él quien se quedó sin aliento cuando aparecí. Me mira como si yo fuera la respuesta a una pregunta que se ha estado haciendo toda su vida.

—¡Vaya! —Luka se pone de pie rápidamente—. ¡Vesper, pareces una princesa!

—Una princesa que muestra demasiada piel —murmura Waylen.

Osip le da un codazo en las costillas. —No seas idiota. Está increíble.

—Todos —la voz de Kovan atraviesa el murmullo como una espada —. Háganme un favor y cállense.

La sala se queda en silencio.

Me quedo paralizada en las escaleras mientras Kovan me mira. El aire entre nosotros crepita. Mis dudas sobre el vestido se evaporan bajo el calor de su mirada.

Si puedo hacer que me mire así, como si fuera lo más hermoso que ha visto en su vida, entonces cada centavo de esos diez mil dólares habrá valido la pena.

Kovan me indica con un gesto que continúe bajando. Mis tacones resuenan contra el suelo de madera mientras desciendo, hiperconsciente de todas las miradas que siguen mis movimientos. Cuando llego abajo, tengo las mejillas en llamas.

—Estás muy guapa —dice Luka, saltando sobre sus pies—. ¡Muy, muy guapa!

—Está bien, *malysh* —Kovan le revuelve el pelo a Luka sin apartar los ojos de mí—. Deja de coquetear con mi cita.

Luka se ríe. Me inclino para besarle la frente, evitando cuidadosamente la mirada de desaprobación de Waylen.

Kovan me ofrece su brazo y me conduce hacia la puerta. —¿Lista?

—Lo más lista que puedo llegar a estar.

Abre la puerta principal, pero antes de que pueda salir, su mano se aplana contra el marco de la puerta, bloqueándome el paso. Está tan cerca que puedo oler su colonia. Me hace sentir delirante, eufórica.

—Estás impresionante —murmura, rozándome la mandíbula con los nudillos.

—¿No crees que es demasiado? —pregunto nerviosa antes de poder evitarlo—. El vestido, quiero decir.

—¿Demasiado? —pregunta mientras desliza la mano hacia mi cadera y sus dedos me queman a través de la seda—. El vestido es perfecto. Tú eres perfecta.

Me inclino hacia él sin pensar. —Kovan...

—Cállate y déjame besarte —susurra contra mis labios.

No espera a que le diga que sí. Simplemente viene a tomar lo que es suyo. Puedo saborear el whisky en su aliento, puedo ver las motas doradas en sus ojos verdes. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas mientras se inclina hacia mí.

Entonces, su boca toca la mía y el resto del mundo desaparece.

64

VESPER

El salón de baile parece como si alguien hubiera vomitado dinero y lo hubiera llamado elegante.

—Tienes que estar bromeando —murmuro, señalando la ridícula fuente de champán que domina el centro de la sala—. Esa monstruosidad tiene el nombre de Jeremy escrito por todas partes en letras doradas brillantes —aún no he visto al hombre, pero probablemente esté en algún lugar de este circo resplandeciente, besando culos como si no hubiera un mañana—. Dios mío, ¿eso es realmente una escultura de hielo...?

—Vesper —la mano de Kovan me agarra del codo y me gira para que lo mire—. Respira.

—¡No voy a respirar! —grito—. Mira este espectáculo obsceno. Ese cabrón podría haber financiado la unidad de pediatría durante la próxima década con lo que se ha gastado solo esta noche. Está quemando montones de dinero mientras los niños sufren con equipos rotos, y todo el mundo actúa como si esto fuera normal.

—Te acostumbras a estas cosas.

—¿Quién? ¡Yo no! ¡Nadie debería hacerlo! —dejo de gritar y lo miro entrecerrando los ojos—. No me digas que esto no te molesta.

—No me molesta. No puedo permitirme que me moleste —el pulgar de Kovan traza un círculo sobre mi piel—. Tu mundo no es tan diferente del mío. Todo es política y juegos de poder, mires donde mires. Siempre hay alguien en las sombras moviendo los hilos.

La palabra *Keres* me viene a la mente antes de que pueda evitarlo. Se supone que debo olvidarme de ellos. Se lo prometí a Kovan. Pero últimamente, ese nombre sigue apareciendo en los peores momentos.

Esta noche se suponía que iba a ser diferente. Esta noche se suponía que iba a ser sobre *nosotros*, sea lo que sea lo que eso signifique ahora.

Me gustaría que tanto los Keres como Jeremy Fleming se mantuvieran al margen.

—Lo siento —me obligo a exhalar. —Es que no soporto ver tanto exceso cuando hay niños muriendo porque no tenemos el equipo adecuado.

—Lo sé.

Mi mirada se desvía hacia las copas de cristal, los brillantes cubiertos, los platos con bordes dorados. —Solo con el alquiler de este salón de baile del hotel podríamos haber comprado una nueva máquina de tomografía computada.

En lugar de responder, Kovan me coge de la mano y me lleva hacia la mesa de donativos que hay en la esquina. Su agarre es firme, decidido.

—¿Kovan? ¿Qué estás haciendo?

No responde, solo me guía hasta donde se encuentra Isabel Avery, miembro de la junta directiva, sentada detrás de una mesa cubierta de folletos brillantes. Lleva un vestido negro de lentejuelas con un escote tan conservador que le oculta todo, desde las clavículas hasta la barbilla.

Intento esconderme detrás de los anchos hombros de Kovan, sintiéndome de repente cohibida por mi escote pronunciado. Al menos, con él como distracción, quizá nadie se fije en lo mucho que enseño.

—Buenas noches —dice Kovan, dedicándole a Isabel una sonrisa que me hace querer bufar como una gata celosa en celo.

Sus mejillas se sonrojan. —H-hola —le responde. Debe tener más de sesenta años, pero mira a Kovan como si quisiera montarse en esa montaña rusa, por favor y gracias. Finjo no sentir una punzada de celos ardientes.

—Me gustaría hacer una donación.

—¡Oh! Maravilloso —ella rebusca entre sus formularios de donación mientras Kovan busca su chequera—. Cualquier cantidad es bienvenida.

—Pero ¿a dónde va realmente el dinero? —interrumpo antes de poder evitarlo.

Isabel finalmente se fija en mí. Sus ojos se abren poco a poco mientras recorren mi escote. —Dra. Fairfax. Se ve... diferente.

Me sonrojo, pero no me dejo distraer. —Debería haber transparencia en la asignación de fondos, ¿no crees?

Su mirada se dirige nerviosamente hacia Kovan. —Eso lo decide la junta.

—Eso es una excusa...

—Cariño, por favor —la voz de Kovan interrumpe mi creciente enfado. Sigue sonriéndole a Isabel—. Sra. Avery, estoy seguro de que estará encantada de ayudarme con mi petición especial.

Isabel parpadea rápidamente. —¿Una petición especial?

Kovan saca su pluma Mont Blanc. Escribe en el cheque con trazos deliberados, luego lo arranca y se lo desliza hacia ella. —Esta

donación está destinada específicamente al ala pediátrica.

Veo la cifra y casi me atraganto. —¡Kovan!

—Dios mío —Isabel mira el cheque como si fuera a morderla—. Es muy generoso, pero... me temo que las donaciones las procesa la junta. Ellos deciden la asignación.

Kovan se inclina hacia delante. Cuando habla, su voz es suave, pero tiene un tono que hace que Isabel se eche hacia atrás. —Estos diez millones vienen con condiciones no negociables. Si no van directamente a pediatría, los cobraré con intereses.

Ella traga saliva con dificultad. Por un momento, me pregunto si irá a buscar a Jeremy. Luego, asiente y guarda el cheque en su sobre. —Estoy segura de que la junta hará una excepción para una donación tan generosa.

—Pensé que lo harían —se levanta y guarda el bolígrafo—. Gracias por tu cooperación.

Le dedico una sonrisa de satisfacción a Isabel antes de que Kovan me lleve rápidamente hacia la barra.

—Diez... millones... de dólares —todavía estoy aturdida—. No puedo creer que acabes de...

—Nada es demasiado bueno para ti. Seguiré demostrándotelo hasta que decidas creerme.

Nos sentamos en dos taburetes vacíos con una vista perfecta de la mesa de la junta. La mitad de la sala nos está mirando y casi puedo oír los susurros.

Sin embargo, sigo tartamudeando. —Pero... pero... ya has hecho tanto...

—Te mereces todo lo que puedo darte —llama al camarero—. Dos copas de champán.

La certeza en su voz me oprime el pecho. Como si no fuera su opinión, sino un simple hecho: *Te mereces todo lo que puedo darte*. ¿De verdad?

Observo el perfil de Kovan mientras pide, tratando de descifrar qué significa todo esto. ¿Es parte de nuestro acuerdo? ¿O es algo completamente diferente? ¿Algo nuevo?

Al otro lado de la sala, tres cardiólogos nos observan con expresiones que nunca me habían dirigido. Normalmente, me miran con lástima mezclada con desdén profesional.

Esta noche, parecen *envidiosos.*

—¿Son amigos tuyos? —pregunta Kovan siguiendo mi mirada.

—No tengo amigos aquí. Solo a Charity.

—Claro. Charity —sus dedos encuentran un mechón de mi cabello y rozan mi hombro desnudo—. Recuérdame que le dé las gracias por hacerte elegir este vestido.

Frunzo el ceño. —¿Cómo sabes que no lo elegí yo misma?

—Porque odias ser el centro de atención, y este vestido está diseñado para detener el tráfico.

La precisión de su observación me inquieta. —¿Cómo es que siempre me entiendes tan fácilmente? Es un poco molesto.

—Eres mi novia —su pulgar se desliza por mi clavícula—. Mi trabajo es conocerte.

La palabra *novia* me afecta de forma diferente a como solía hacerlo. No sé si se refiere a nuestra relación falsa o a la verdadera que ha surgido entre nosotros.

—Ahí está Jeremy —lo veo cerca de la mesa de la subasta silenciosa, luciendo lo que parece un Rolex nuevo—. El muy cabrón.

En cuanto Jeremy me ve, la sonrisa desaparece de su rostro. Asiente con torpeza y luego se vuelve para forzar la conversación con la mujer que está a su lado.

—Le has hecho mucho daño —le comento—. Parece que se va a cagar en los pantalones cada vez que nos mira a los ojos.

La sonrisa de Kovan tiene un toque depredador. —Es lo que mejor se me da —la sonrisa se desvanece cuando su mirada se desplaza—. ¿Quién es el tipo detrás de él?

—Michael. Trabaja conmigo en pediatría.

—Si sigue mirándote así, va a necesitar cirugía reconstructiva.

—Kovan.

—Lo digo en serio. Le daré tres segundos al *mudak* para que mire a otra parte, o voy a ir allí.

Le acaricio la cara, obligándolo a volver a prestarme atención. —Mírame a mí.

Su expresión se suaviza cuando me deja girar su rostro hacia el mío. Poco a poco, la posesividad desaparece de él. —Es difícil mirar a otra parte cuando eres tan hermosa —murmura.

Mi corazón se encoge dentro de mi pecho. La necesidad que se ha ido acumulando durante días se acerca cada vez más a un punto de ruptura. Solo Dios sabe lo que pasará cuando lleguemos allí.

—¿Bailarías conmigo? —le pregunto.

Se levanta inmediatamente y me ofrece su mano. —Pensé que nunca me lo pedirías.

La pista de baile se abre a nuestro alrededor mientras Kovan me atrae hacia su pecho. Su mano se posa en mi espalda, posesiva y cálida.

—Todo el mundo nos está mirando —observo.

—Te están mirando a ti —dice con un susurro que me hace cosquillas en la oreja—. No puedo culparlos.

—Usted tampoco es precisamente invisible, señor.

Me hace girar y luego me atrae hacia él. Por un momento, el abarrotado salón de baile se desvanece. Solo estamos nosotros, moviéndonos juntos como si lo hubiéramos hecho mil veces antes.

El recuerdo de su beso anterior arde en mis labios. Suave al principio, luego más profundo, más desesperado. Un beso sin público, sin necesidad de actuar. Solo para él. Para mí. Para nosotros.

Eso es lo que me da valor.

—Me besaste antes de salir esta noche —le recuerdo.

—Sí —sus ojos brillan con diversión.

—Nadie nos estaba mirando.

—Soy consciente.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

—Porque quería. Porque luces increíble. Y, sobre todo, porque solo soy humano.

Su respuesta no me satisface del todo, pero ahora estoy envalentonada. —Cuando ayudaste a Jeremy, dijiste que me darías lo que necesitaba.

—Sí.

Mis palmas sudan contra sus hombros. —Pero ¿qué hay de lo que *quiero*? ¿También me darás eso?

Frunce el ceño con curiosidad. —¿Qué quieres, Vesper? Dímelo y será tuyo.

Este es el momento. El momento en el que o me salvo a mí misma o destruyo todo lo que hemos construido.

—Te quiero a *ti*.

—Me tienes.

—Tengo tu cuerpo cuando me conviene. Cuando sirve a nuestros intereses —mi voz se reduce a poco más que un susurro—. Pero yo quiero más que eso, Kovan.

La música sigue sonando a nuestro alrededor, pero nosotros nos hemos detenido. Él me mira con una intensidad que hace que me tiemblen las manos.

—Quiero que seamos reales. No solo para aparentar y no solo por el caso de custodia —respiro temblorosamente—. Quiero que me desees de la misma manera que yo te deseo a ti. Completamente —trago saliva y sigo adelante, porque ya no hay vuelta atrás—. Sé que esto rompe nuestro acuerdo. Sé que es complicado y probablemente estúpido —mis dedos se aferran a la chaqueta de su esmoquin—. Pero no puedo seguir fingiendo. Te quiero todo, Kovan. Completamente. No solo las partes que ya estás dispuesto a compartir.

Se queda callado tanto tiempo que me pregunto si lo he arruinado todo.

Entonces, su mano se eleva para acariciar mi rostro. —Vesper...

—No tienes que responder ahora —digo sin pensar—. Solo piénsalo. Por favor.

Pero incluso mientras lo digo, sé que he cruzado una línea que nunca podremos volver a trazar. Pase lo que pase a continuación, nada volverá a ser igual.

VESPER

Me mira fijamente con ojos oscuros e inquisitivos, con la boca ligeramente entreabierta. Por un momento, me pregunto si me ha oído bien o si la música ha ahogado mi confesión.

Entonces, me doy cuenta de lo que realmente ha pasado.

He dejado sin palabras a Kovan Krayev.

La idea me embriaga de poder. Si puedo hacerle esto, ¿de qué más soy capaz?

—No sabes lo que estás pidiendo —dice finalmente.

—Confía en que sé lo que quiero —levanto la barbilla y le sostengo la mirada—. Sé lo que quiero. Te quiero a ti. Todo lo que eres.

—Ten cuidado con lo que deseas, Vesper —su pulgar toca mi labio inferior—. Incluso en mi mejor día, no soy un hombre fácil. Y no vivo una vida fácil.

—Nos conocimos durante un tiroteo en un hospital, Kovan. Lo supe desde el primer día.

—¿Y aún así quieres ser parte de esto?

A nuestro alrededor, las parejas siguen bailando, ajenas al hecho de que todo mi futuro pende de este momento.

—He estado sola la mayor parte de mi vida adulta —le digo en voz baja. —Pensaba que eso era lo que quería. Pero después de conocerte a ti y a Luka, me di cuenta de lo vacío que estaba todo antes. No estaba soltera por las razones correctas.

Él entrecierra los ojos. —¿Qué quieres decir?

—Me estaba escondiendo. De la posibilidad de perder, de volver a sufrir —trago saliva—. Sospecho que tú podrías estar haciendo lo mismo.

Él no sonríe. —Hay cosas que no sabes sobre mi vida, mi trabajo. Cosas que quizá no seas capaz de aceptar.

—Estoy segura de que lo mismo ocurre conmigo —me acerco lo suficiente como para sentir el calor que irradia su pecho—. Escucha, no me estoy metiendo en esto a ciegas. Sé que no será fácil. Eres terco, arrogante y posesivo. Vas a desafiarme cada día que estemos juntos...

—¿Es esta tu forma de cortejarme? —una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios—. No estoy seguro de que sea la estrategia adecuada.

A pesar de mis nervios, me río. —Bueno, pues mala suerte, porque hay más de donde vino eso. ¿Quieres saber qué más? Yo también soy terca. Trabajo mucho, no como lo suficiente y bebo demasiado café. Soy un trabajo en progreso, Kovan. ¿Y sabes qué? Tú también —respiro temblorosamente—. Lo único que digo es que quizá podríamos progresar juntos.

—Menudo discurso.

—Gracias. Lo he ensayado. Ahora, ¿vas a dejarme en ascuas?

Su mano se desliza hasta mi espalda, acercándome a él. —¿Hay algo más que quieras decir antes de que te dé mi respuesta?

Me siento mareada, aturdida, eufórica y feliz, todo al mismo tiempo. ¿Es esto lo que se siente cuando te importa alguien?

—En realidad, sí. Amo a Luka —susurro—. Y hay una buena y creciente posibilidad de que también pueda amarte a ti. Creo que podríamos ser increíbles juntos si lo intentamos —meto los dedos debajo de la solapa de su chaqueta de esmoquin para ocultar lo mucho que tiemblan—. Así que creo que deberías decir que sí. A mí. A nosotros.

—Tu argumento es convincente —su voz se convierte en un gruñido mientras me atrae hacia él. Puedo sentir su excitación a través de las capas de tela que nos separan.

—Si no fuera médico, sería abogado.

Él se ríe, y el sonido vibra a través de su pecho y llega hasta mí, donde lo estoy tocando. —¿Estás segura de esto, Vesper? ¿Realmente segura?

No tengo que dudar. —Nunca he deseado nada más.

Me estudia el rostro durante lo que parece una eternidad. Puedo ver la guerra que se libra detrás de sus ojos: el deseo luchando contra la precaución, el anhelo luchando contra el miedo.

Entonces, algo cambia. Aprieta más fuerte mi cintura.

—Vamos —me saca de la pista de baile, con la mano firme en mi espalda, y me guía hacia una de las puertas de salida del salón de baile.

—¿A dónde vamos?

—Acabamos de renegociar nuestros términos —su aliento es cálido contra mi oreja—. Ahora es el momento de sellar el trato.

Pasamos junto a un grupo de internos de cirugía que nos miran salir con la boca abierta. Capto fragmentos de sus susurros al pasar.

—...no puedo creer ese vestido...

—...la trata como un cavernícola...

—¿...has visto cómo la miraba?

Por una vez en mi vida, no me importa lo que digan. Que hablen. Ya no me importa una mierda.

Kovan me empuja al ascensor y pulsa el botón del ático. Las puertas se cierran, envolviéndonos en un silencio repentino.

—¿Cuál es tu plan? —le pregunto sin aliento—. ¿Irrumpir en una de las habitaciones y garabatear un nuevo contrato en una servilleta de cóctel?

Me empuja contra la pared del ascensor, con las manos a ambos lados de mi cabeza. —Esa siempre es una opción. Pero tengo una idea mejor.

Entonces, su boca se estrella contra la mía.

Me derrito contra él, mis manos se aferran a su camisa mientras él devora mi boca. Hemos pasado de lo dulce a lo salvaje en un abrir y cerrar de ojos. Es un beso desordenado, un beso torpe, un beso tan lleno de amor y pedazos rotos que nos estamos cortando con todos los bordes afilados, y se siente tan jodidamente bien. No quiero que termine nunca.

El ascensor sube hacia la última planta, pero apenas soy consciente de nuestro ascenso. Toda mi atención se ha reducido al calor de su boca, al agarre posesivo de sus manos en mi cintura.

Rompe el beso para recorrer con sus labios mi cuello y aferrarse al punto sensible donde mi cuello se une con mi hombro. Jadeo, dejando caer la cabeza contra la pared.

—Kovan —susurro.

—He estado pensando en esto toda la noche —murmura contra mi piel—. Cómo sabrías. Cómo te sentirías. Creo que aún así lo subestimé.

Sus palabras hacen que el calor me recorra el cuerpo. Estoy a punto de responder cuando el ascensor suena suavemente.

Nos separamos justo cuando se abren las puertas. Una pareja de ancianos vestidos de gala espera allí: ella luce un collar de perlas; él lleva una pajarita que parece sacada de un museo.

En cualquier otra noche, habría sonreído educadamente y habría entablado una pequeña conversación. En cambio, bajo la mirada y paso rápidamente junto a ellos tras Kovan, con las mejillas ardiendo.

—Dios mío —susurro en cuanto nos quedamos solos en el pasillo—. Ha sido humillante. Sabían exactamente lo que estábamos haciendo.

—Lo sospechan —me corrige Kovan, atrayéndome hacia él—. Pero no vieron nada incriminatorio. A menos que quieran revisar las cámaras de seguridad.

Me tapo la boca con la mano. —¡Las cámaras de seguridad! Se me había olvidado por completo...

—Tranquila —dice riendo mientras me lleva por el lujoso pasillo alfombrado—. Nadie va a revisar las imágenes del ascensor.

Se detiene frente a una puerta ornamentada con el letrero "***Suite Diamante***". Espero a que abra la cerradura o fuerce la manija, pero en lugar de eso, saca una elegante tarjeta plateada.

—Tienes una llave —digo confundida.

—Quién lo habría pensado —su sonrisa es contagiosa.

—¿Has reservado una habitación aquí?

—Tengo suites en varios hoteles de la ciudad —desliza la tarjeta por el lector—. Suelen ser muy útiles. Ahora más que nunca, diría yo.

La puerta se abre con un clic y él me empuja hacia dentro. La suite es preciosa, con lujosas telas y muebles antiguos hasta donde alcanza la vista, pero apenas me fijo en los detalles. Mi atención se

centra por completo en el hombre que tengo delante, que se quita la chaqueta del esmoquin.

—Ven aquí —me ordena.

La orden hace que una descarga eléctrica recorra mis venas. Me quito los tacones y me acerco a él con paso vacilante.

Es increíblemente alto, ancho, intimidante y hermoso. La camisa blanca se estira sobre su pecho y puedo ver el contorno de sus tatuajes bajo la fina tela.

Sin pensarlo, me arrodillo frente a él.

Su brusca inhalación me indica que no se lo esperaba. Yo tampoco, sinceramente. Nunca había disfrutado especialmente de este aspecto de la intimidad. Siempre me había parecido más una obligación que un deseo. Las listas de tareas pendientes no son sexys.

Pero con Kovan, todo es diferente. Quiero saborearlo, hacerle perder el control como él me hace perder el control a mí.

Mis dedos se afanan desesperadamente con su cinturón. Cuando lo libero de las ataduras de sus pantalones, ya está duro y listo para mí.

Lo introduzco lentamente en mi boca, saboreando su peso en mi lengua. El gemido que retumba en su pecho me envalentona. Experimento con la profundidad y la presión, aprendiendo sobre la marcha qué es lo que le hace jadear y qué es lo que hace que sus manos se aferren a mi cabello.

—Maldición, nena —gruñe, con las caderas sacudiéndose involuntariamente.

Tarareo alrededor de él con satisfacción y lo tomo más profundamente. El sonido que emite en respuesta es casi salvaje.

Justo cuando creo que estoy tomando la delantera, él me tira del pelo hacia atrás. Gimo por la pérdida.

—No había terminado —protesto, limpiándome la boca con el dorso de la mano.

—Créeme, yo tampoco —su sonrisa es maliciosa mientras me pone de pie—. Pero, si vamos a hacer esto, lo haremos como es debido.

Me empuja hacia la mesa con superficie de mármol que domina una de las paredes de la suite. La piedra está fría contra mis muslos desnudos cuando me levanta y me coloca sobre ella.

—Eres extremadamente sexy, ¿lo sabes? —sus manos recorren mis piernas, subiendo la seda de mi vestido—. Sexy y valiente, y completamente inconsciente de tu propio poder.

Inclino la cabeza. —¿Es eso un problema?

—Todo lo contrario —sus dedos coquetean con el borde de mi ropa interior—. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti, Vesper. Es jodidamente aterrador.

Antes de que pueda responder, aparta el encaje y me toca donde más lo necesito.

El gemido que se me escapa es vergonzoso por su intensidad, pero hace tiempo que dejé de preocuparme por la dignidad. Sus dedos saben exactamente lo que hacen y, en cuestión de segundos, estoy temblando al borde del clímax.

—Eso es —murmura, con la boca contra mi cuello—. Déjate llevar por mí.

Me derrumbo alrededor de sus dedos y me arqueo sobre el frío mármol. Pero antes de que el orgasmo haya llegado siquiera a la mitad, él me da la vuelta, me inclina sobre la superficie de la mesa y me presiona contra ella.

Lo siento detrás de mí, caliente y listo. Cuando me penetra con una suave embestida mientras aún estoy corriéndome, ambos gemimos ante la sensación.

—Sí —jadeo mientras él marca un ritmo que me hace ver las estrellas—. Kovan, por favor...

Ni siquiera sé qué le estoy suplicando. Más, más fuerte, para siempre... nada parece suficiente para expresar lo que necesito de él.

De todos modos, él me lo da todo.

Todo, todo él, hasta la última gota... lo vierte en mí. Sus caderas se mueven hacia adelante con un ritmo implacable que envía chispas de placer a través de mi ser. El frío mármol se clava en mis palmas mientras me apoyo contra la mesa. Es caliente donde yo estoy fría, dura donde yo estoy blanda.

Gracias a Dios, necesito el contraste para mantenerme centrada, o de lo contrario explotaría en todas direcciones.

Cada embestida me empuja más fuerte contra ella. Estoy atrapada entre la mesa y Kovan, con su pecho resbaladizo por el sudor moldeándose a mi espalda. Estoy exactamente donde quiero estar.

—Mierda, Vesper —gruñe en mi oído—. Te sientes tan malditamente bien, tan apretada a mi alrededor. Dime que quieres esto, dime que lo necesitas tanto como yo.

—Sí —aspiro con avidez. El aire está cargado con la mezcla de los aromas de su colonia y el ligero olor salado de nuestra excitación—. Más fuerte, Kovan. No pares. Te necesito más profundo.

Él obedece, con una mano agarrándome la cadera con fuerza hasta dejarme moretones y la otra deslizándose por mi costado para acariciar mi pecho a través de la fina seda de mi vestido. Sus dedos pellizcan y provocan el sensible pezón, arrancándome un grito agudo que resuena suavemente en la habitación vacía.

Los sonidos de nuestros cuerpos conectándose llenan el espacio: golpes húmedos y rítmicos que se mezclan con nuestra respiración entrecortada. Creciendo, llegando al clímax, alcanzando la cima.

Me empujo contra él con toda la fuerza que puedo. Su mano libre se enreda en mi cabello, tirando lo suficiente como para hacer que mi cuello se curve, exponiéndolo al roce de sus dientes. Me muerde la piel allí, luego besa donde duele.

—Esta noche eres mía —murmura—. Dilo. Di que eres mía, Vesper.

—Soy tuya —gimo—. Toda tuya. Fóllame como si te perteneciera.

Con un sonido gutural, se retira de repente, dejándome dolorida y vacía. Un gemido se escapa de mis labios antes de que pueda evitarlo. Me da la vuelta de nuevo, con los ojos oscuros y salvajes cuando se encuentran con los míos. El mármol está frío contra mi trasero ahora que me levanta y me coloca en el borde de la mesa.

Sus manos me buscan, ásperas en mis muslos, tiernas al trazar la línea de mi cuello, antes de volver a penetrarme, llenándome por completo con un movimiento rápido.

Ambos gemimos. El ángulo es ahora más profundo, tocando puntos que nublan mi visión. Me aferro a sus hombros y cierro los ojos. Se balancea dentro de mí, lento al principio, luego cada vez más rápido.

—Mírate —dice, con la frente apoyada en la mía—. Tan hermosa, derritiéndote por mí. Podría mirarte así para siempre. Tócate, muéstrame cómo te gusta.

Mi mano se desliza entre nosotros. Grito cuando toco mi clítoris, pero el grito pronto se transforma en otro gemido. Kovan me besa para absorber cada sílaba.

—Mierda, qué excitante —susurra, reclamando mi boca en un beso apasionado, nuestras lenguas entrelazándose con el sabor del champán que aún perdura de la gala de abajo—. Vas a correrte otra vez, ¿verdad? Lo noto, apretándome con tanta fuerza. Hazlo. Córrete para mí, nena.

Grito su nombre, —¡Kovan! —mientras me consume. Las estrellas estallan detrás de mis párpados, todos los músculos tiemblan con la

fuerza del orgasmo, el mundo se reduce al pulso de la liberación y al calor de él enterrado profundamente dentro de mí.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

No deja de follarme en todo momento. —*Blyat'*, Vesper, me estás matando —murmura. Su ritmo se tambalea a medida que se acerca a su propio clímax.

Momentos después, él también se corre. Entierra su cara en el hueco de mi cuello, un leve estremecimiento recorre su cuerpo mientras se derrama dentro de mí.

Parece que dura una eternidad. Nos aferramos el uno al otro mientras las réplicas nos recorren.

Pero incluso cuando desaparecen, seguimos abrazados así, con mis piernas aún envueltas alrededor de él y su peso presionándome contra la mesa. Tengo la piel de gallina; su sudor se enfría. Juntos, nuestros latidos y nuestra respiración vuelven gradualmente a la normalidad.

Me baja hasta que estoy completamente sentada en la mesa, aunque él sigue entre mis muslos. —Dios, ha sido increíble —me acaricia el cuello con la nariz, sus labios ahora suaves donde antes eran exigente—. Me vuelves loco, ¿lo sabes? No me canso de ti.

Me río suavemente, sin aliento, pasando mis dedos por su cabello revuelto con los mechones húmedos y sedosos bajo mi tacto. —Bien, porque yo quiero más. Dame la vuelta otra vez, a ver si esta mesa puede soportarlo.

Sus ojos brillan con renovado deseo. Me da vuelta una vez más. Esta vez me penetra lentamente, saboreando el deslizamiento, haciendo que mi gemido se convierta en algo largo y angustioso.

—¿Así? —pregunta—. Dime lo que quieres, Vesper. Usa tus palabras.

—Más rápido —le suplico. Apoyo la mejilla en la mesa y arqueo la espalda para él—. Hazme gritar tu nombre otra vez.

Su risa es oscura, acelera el ritmo, desliza una mano debajo de mí para provocarme donde estamos unidos. Las sensaciones duales me hacen gemir fuerte, el sonido resonando en las paredes, mezclándose con sus susurros obscenos—: Eso es, tómalo todo. Estás tan húmeda para mí, tan perfecta —hasta que el orgasmo vuelve a crecer.

Cuando estoy a punto, me tira al suelo. La alfombra es mullida bajo mis rodillas mientras me siento a horcajadas sobre él. Lo cabalgo con fuerza, sus manos guían mis caderas, el aroma de nuestra pasión impregna el aire.

—Mierda, sí —gime, mirándome con los ojos entrecerrados—. Úsame, nena. Córrete con mi polla.

Esas son las palabras mágicas, aparentemente, porque con dos saltos más, vuelvo a correrme. —Kovan... ¡Oh, Dios, Kovan!

Él se levanta momentos después, dándonos la vuelta para quedar encima, follándome con fuerza hasta correrse con mis piernas en alto alrededor de él.

Cuando termina, quedamos enredados en el suelo, con los miembros cansados. El zumbido lejano de la gala se filtra desde abajo como un sueño olvidado. Durante varios minutos, permanecemos así.

Finalmente, me ayuda a levantarme. Sus manos son suaves mientras me arregla el vestido.

—Nos hemos vuelto a olvidar el condón —dice en voz baja.

—No pasa nada —le acaricio la cara con las manos—. Empecé a tomar anticonceptivos después de la última vez. Por si acaso.

—¿Así que planeabas seducirme otra vez?

—No es que *no* lo estuviera planeando —digo con una sonrisa tímida.

—Me gustan las mujeres que saben lo que quieren —me da un beso suave en los labios, tan diferente del frenético apetito de unos minutos antes—. Y por si no me he expresado con claridad antes, me tienes, Vesper. Como tú quieras.

Tiemblo. Esto es lo que quería, lo que pedí en aquella pista de baile. Pero oírselo decir lo hace real.

—¿Estás seguro? —susurro—. Porque no hay vuelta atrás. Se acabó fingir que es solo por la custodia o por sexo conveniente. Si hacemos esto, lo hacemos de verdad.

Su respuesta llega sin vacilar.

—Nunca he estado más seguro de nada.

KOVAN

—Hermano —murmura Osip—, no me gusta esa mirada en tus ojos.

Aprieto el volante con más fuerza y tomo la curva tan rápido que tanto él como Pavel se deslizan por el asiento trasero. Una bandada de palomas se dispersa desde la calle, batiendo frenéticamente las alas contra el parabrisas antes de desaparecer.

—¡Por Dios, Ko! —Osip se agarra al salpicadero—. ¿Ahora eres el puto *Schumacher*? ¿A dónde coño vamos?

No respondo. No puedo responder. La rabia que se acumula en mi pecho me impide articular palabras que no sean amenazas.

Pavel se inclina hacia delante y observa los edificios industriales por los que pasamos con creciente reconocimiento. —Espera. ¿Nos estás llevando a...? No, no me digas que realmente estamos... Kovan...

Osip espeta—: Odio cuando haces eso. No empieces frases que no piensas terminar. ¿*A dónde* nos lleva?

La respuesta de Pavel es sombría. —A la Clínica 120.

La voz de Osip sube una octava. —¿Clínica 120? ¿Por qué iríamos a...? —se detiene a mitad de la frase y palidece—. Oh, maldición.

Esta mañana he pasado tres horas revisando todos los archivos relacionados con nuestra operación de tráfico de órganos. Eso ha

supuesto revisar cientos de hojas de cálculo, facturas y manifiestos de envío, todo lo cual debería haber supuesto una salida limpia del negocio.

Pero no fue así.

En lugar de cortar los lazos, encontré agujeros. Muchísimos agujeros. Nombres sin órganos asociados. Órganos sin nombres. Dinero moviéndose en direcciones en las que no debería moverse.

Alguien está jugando con el sistema.

Alguien está socavando mis órdenes.

Alguien ha estado jugando a mis espaldas.

Les explico todo esto de forma concisa. Pero, incluso cuando termino, ambos parecen recelosos.

—Podría ser cualquiera —sugiere Osip con cautela—. La mitad de la hermandad cree que estás cometiendo un error al cerrar el comercio de órganos. Hay muchos descontentos por ahí.

—Ninguno de ellos actuaría solo —piso el freno con tanta fuerza en un semáforo en rojo que las ruedas chirrían—. Necesitarían un líder. Protección.

La imagen de Pavel en el espejo retrovisor me llama la atención. Tiene la mandíbula apretada y los nudillos blancos por agarrarse al asiento. —Necesitarían a Ihor.

Asiento. Es la misma conclusión a la que llegué esta mañana en mi escritorio. —Tiene que ser él.

—Si se está moviendo abiertamente contra ti... —Pavel deja la frase en el aire, pero sé lo que está pensando.

—Entonces, estamos hablando de una guerra civil —termino la frase por él—. Sí. Lo sé.

El semáforo se pone en verde. Piso el acelerador y nos lanzamos hacia el enorme edificio blanco que alberga la clínica privada del Dr. Benjamín Lambert. Desde la calle, parece impecable. Profesional. Es el tipo de lugar en el que confiarías tu vida.

Lo que hace que lo que ocurre dentro sea aún más obsceno.

Aparco justo delante de una señal de *No Aparcar* y apago el motor. El silencio que sigue se siente cargado. Pólvora esperando una cerilla encendida.

Salgo del coche y cierro la puerta con tanta fuerza que las ventanillas vibran. La mujer que está detrás del mostrador de recepción levanta la vista cuando entramos, y sus gafas con estampado de leopardo se deslizan por su nariz. —Disculpe, señor, no puede aparcar...

—Necesito ver al Dr. Lambert. Ahora mismo.

Se levanta apresuradamente, haciendo girar su silla detrás de ella. —Lo siento, pero el Dr. Lambert no está disponible...

—Su Aston Martin está aparcado en la plaza del director médico, fuera —me acerco al mostrador—. Inténtalo de nuevo.

Su mano se mueve hacia lo que supongo que es un botón de pánico. Qué astuta. Lástima que no le sirva de nada. —Está en una reunión. Una muy importante...

Saco mi Glock y le apunto a la frente. Se queda inmóvil, el color se le va de la cara tan rápido que me sorprende que no se desmaye.

—Déjame reformularlo —digo—. Necesito ver al Dr. Lambert —quito el seguro con un *clic* audible—. Ahora mismo.

—S-sí, por supuesto —balbucea—. Lo acompañaré a su despacho.

—Perfecto —digo, enfundando mi arma—. Sabía que podía contar contigo.

Nos guía a través de un laberinto de pasillos llenos de puertas sin letreros. Algunas tienen ventanas. Otras no.

No me gusta pensar demasiado en lo que ocurre detrás de las que no las tienen.

El pasillo parece no tener fin, con paredes blancas y estériles que nos rodean. El olor a antiséptico me quema las fosas nasales, mezclándose con algo más. Algo metálico.

Sangre.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Pavel en voz baja.

—Averiguar quién ha estado interfiriendo en mi operación. Luego, me aseguraré de que no vuelva a suceder.

La recepcionista se detiene ante una puerta al final del pasillo y llama. La empujo antes de que pueda anunciarnos y la abro de un empujón.

El Dr. Benjamín Lambert es exactamente lo que parece: un hombre pequeño y miserable que se hace pasar por alguien importante. Mide metro sesenta y cinco en un buen día, tiene los ojos pequeños y muy juntos y una barba rala y cuidadosamente cuidada que grita compensación excesiva. Reloj Rolex, traje Burberry, corbata Hermès, zapatos Loro Piana...

Todo pagado con órganos robados.

—¡Sr. Krayev! —Esboza una sonrisa forzada—. Qué agradable...

Le doy un puñetazo en la cara.

El satisfactorio crujido del cartílago rompiéndose llena la habitación. Lambert se estrella contra su escritorio, esparciendo los papeles. La sangre le brota de la nariz, manchando su costosa camisa.

—Por Dios, Kovan —Osip da un paso adelante y luego se detiene. Incluso él sabe que no debe interferir cuando estoy así.

—¿Qué coño? —Lambert se presiona la nariz con la mano y se mancha los dedos de sangre—. ¡Me la has roto!

—Te romperé muchas más cosas si no empiezas a hablar —lo agarro por el cuello y lo empujo contra la pared. Sus pies comienzan a pedalear en el aire—. Saca nuestros archivos. Ahora.

—Ya los tienes...

—Sabes, eso es lo que yo pensaba también —aprieto más fuerte, disfrutando de ver cómo su cara se pone roja como un tomate—. Pero mis archivos tienen agujeros. Grandes.

—No hay agujeros... por favor... no puedo respirar...

Por el momento, me es más útil vivo que muerto. Esa es la única razón por la que lo suelto.

Jadea mientras se derrumba de rodillas, aspirando aire como un hombre que se ahoga, y gime mientras se frota las marcas rojas que le han dejado mis manos.

Le doy un empujón con la punta del zapato. —Inténtalo de nuevo, hijo de puta. No estoy de humor para juegos.

—Te lo juro, ya lo tienes todo...

Me acerco al armario de suministros médicos que hay en la esquina y abro la puerta de un tirón. En su interior, los instrumentos quirúrgicos brillan bajo las luces fluorescentes. Elijo un bisturí y lo giro entre mis manos, comprobando su peso.

—Quizá mi puño no fue lo suficientemente persuasivo —reflexiono—. Quizá esto sea más efectivo.

Lambert intenta huir. Osip lo atrapa antes de que dé tres pasos, lo envuelve y lo golpea contra el escritorio.

—Sujétalo —ordeno.

Pavel agarra el brazo izquierdo de Lambert. Osip coge el derecho. Lo presionan con la cara contra la superficie de madera mientras yo me acerco con el bisturí.

—¿Hasta dónde crees que puedo cortar antes de llegar al hueso? —paso la parte plana de la hoja por su mejilla sin romper la piel—. Dame tu opinión profesional, Dr..

—Por favor, por favor, por favor...

Giro el cuchillo y aplico una ligera presión. Una fina línea de sangre roja aparece bajo la hoja, aún más colorida debido a lo pálida y húmeda que está su piel. Lambert grita alto y agudo, y el sonido rebota en las paredes.

—Patético —levanto el bisturí y examino la gota de sangre en su filo —. De verdad, Dr.. Sé valiente.

—¡Vale! —sale como un sollozo aterrorizado—. ¡Vale, hablaré!

—Hombre inteligente —dejo el bisturí a un lado y lo levanto—. Al fin y al cabo, esos títulos no fueron en vano.

Se apoya en el borde del escritorio, con las piernas colgando y la cabeza gacha sobre el pecho. La sangre sigue goteando de su nariz y mejilla.

—No sé muchos detalles —balbucea—. Solo... susurros. Mensajes.

—¿Qué tipo de mensajes?

—Correos electrónicos cifrados. Empezaron a llegar hace unas semanas —se toca la mejilla con cautela—. Alguien decía que una sección de tu organización seguiría operando en el mercado de órganos. Que seguías haciendo negocios de forma clandestina.

Se me hiela la sangre. —¿Quién los envió?

—¡No lo sé! Lo juro, no lo sé —levanta las manos con las palmas hacia arriba—. ¡Pensé que eran tuyos!

—Si fueran míos, pondría mi nombre, maldito idiota —me acerco, lo suficiente como para oler su miedo—. Yo no hago negocios en la sombra.

—No lo sabía. Yo solo... hago lo que me dicen, ¿vale? Siempre hago lo que me dicen.

—¿Haces lo que te dicen? —me río en su cara. No es un sonido agradable—. Nadie te obliga a robar órganos, Lambert. Nadie te obliga a violar tu juramento por dinero. Lo haces por tu propio interés. No finjas ser una maldita víctima.

Solo puede negar con la cabeza mecánicamente. —Todos hacemos lo que tenemos que hacer para sobrevivir.

Le agarro la muñeca y se la agito delante de él. —Este Rolex no me parece mera "supervivencia", Dr.. Me parece *codicia*. Me parece que te *gusta* pisotear cadáveres para conseguir las mierdas brillantes que quieres.

Saca el mentón, desafiante. —¿Y tu reloj no dice lo mismo?

Pavel da un paso adelante, pero lo detengo con un gesto de la mano.

—Tienes razón —le digo a Lambert—. He hecho la vista gorda ante esta operación durante demasiado tiempo. Soy cómplice de cada muerte, cada órgano robado, cada familia destruida. Pero ahora voy a acabar con todo esto. Junto con todos los que se benefician del sufrimiento humano.

—Por favor, señor Krayev, lo siento...

—Deja de humillarte. Es vergonzoso —me alejo y le doy la espalda —. Estoy harto de ver su puta cara llorosa. A partir de ahora, trabajas para mí. Directamente. Sin intermediarios.

Traga saliva. —¿Qué quieres que haga?

—Nada diferente —me vuelvo de nuevo para que vea lo serio que soy—. Seguirás haciendo exactamente lo que has estado haciendo. Respondiendo a los correos electrónicos. Manteniendo la operación en marcha —me apoyo contra la pared del fondo, cruzando los brazos—. Pero todos los mensajes me serán reenviados. Todas las transacciones. Todas las comunicaciones. Si me ocultas tan solo una puta coma, lo sabré y te rebanaré la piel yo mismo.

De alguna manera, está aún más pálido que cuando irrumpí aquí por primera vez. —¿Qué les digo?

—Lo que dirías normalmente. Por ahora, mantenemos el statu quo —me aparto de la pared y me acerco a él una vez más—. Pero escúchame, Benjamín... Si intentas engañarme, si siquiera *piensas* en traicionarme, haré que lo que ha pasado aquí hoy parezca una caricia. ¿Queda claro?

—S-sí. Quiero decir, sí, señor.

—Bien.

Hemos terminado. Me doy la vuelta y me dirijo hacia la puerta. Pavel y Osip me siguen.

No hablamos hasta que salimos, con la luz del sol cegándonos la cara después de la nauseabunda iluminación artificial de la clínica.

—Dios —murmura Osip, buscando sus cigarrillos—. Esta mañana estabas haciendo tostadas francesas. Sonreías. *Tarareabas*. Y ahora... Ahora eres... *esto*.

Tiene razón. Hace cuatro horas, estaba en mi cocina, dando la vuelta al pan mientras Vesper estaba sentada en la encimera leyendo los expedientes de sus pacientes. Luka estaba construyendo algo con Legos en la mesa, levantando la vista de vez en cuando para preguntar cuándo podríamos volver a ver la exposición de dinosaurios.

Era feliz. Estaba contento de una forma que nunca había experimentado.

Sin embargo, es curioso, en un sentido oscuro y retorcido: hace tiempo, pensaba que eso me haría vulnerable. Creía que tener personas a las que querer me debilitaría, daría ventaja a mis enemigos. Por eso siempre lo evitaba.

Estaba equivocado. No me hace débil.

Me hace jodidamente *letal.*

Porque ahora tengo algo por lo que vale la pena luchar. Algo por lo que vale la pena matar.

Y cualquiera que lo amenace aprenderá exactamente lo peligroso que puede ser un hombre enamorado.

VESPER

No tengo una buena razón para estar aquí.

Bueno, sí la tengo. Lo echo de menos. Pero ese no es el tipo de razón que puedo decir en voz alta sin parecer patética.

Llevo cinco minutos delante de la oficina de Kovan, intentando pensar en algo mejor. *Quería hablar sobre la audiencia para la custodia de Luka*. No, demasiado formal. *Estaba por el vecindario*. Mentira total: su casa está a cuarenta minutos del hospital. *Te he traído la cena*. Excepto que vengo con las manos vacías, sin burritos ni sushi a la vista.

La verdad es más simple y humillante: solo quería ver su cara. Quería oír su voz decir mi nombre. Quería estar en el mismo espacio que él durante unos minutos antes de volver a mi apartamento vacío y fingir que no estaba contando las horas que faltaban para volver a verlo.

Dios, soy un desastre.

Un desastre tan enorme, de hecho, que en contra de mi mejor juicio, abro la puerta y me cuelo en su oficina. Me escabullo alrededor de su escritorio y me hundo en su silla y, —Ahhh —digo en voz alta, la última y más grande de mis vergonzosas decisiones desde que vine aquí a buscarlo.

Es solo que huele a él. Está fría al tacto, así que debe de llevar un rato fuera, pero juraría que la silla aún conserva algún recuerdo de su cuerpo. Me envuelve, el aroma y la huella de su silueta, no es tan bueno como un abrazo real suyo, pero quizá sea lo mejor después de eso.

Cierro los ojos y me deleito en ello. Sé que no hay remedio, que no hay salvación. Eso ha sido obvio desde hace tiempo, aunque yo sea la última en darme cuenta.

Pero por ahora, sin nadie mirando, me permito ser tonta. Me permito estar enamorada. Me permito sentarme en la silla de Kovan y fingir que está aquí conmigo.

Y, mientras lo hago, parte del dolor de echarlo de menos desaparece.

Sin embargo, al final, la vergüenza de mi tontería supera la calidez. Abro los ojos y me doy cuenta de algo que no había visto al principio.

Su ordenador portátil está abierto.

No solo está abierto, sino desbloqueado. La pantalla está encendida y en ella, con una fuente inconfundible, se lee...

Shana Reed.

No estoy tratando de fisgonear. De verdad que no. Pero en el momento en que leo ese nombre, mi corazón comienza a latir con fuerza en mi pecho como un pájaro atrapado.

¿Por qué aparece el nombre de Shana en el ordenador de Kovan?

Aguzó el oído hacia la puerta. La oficina está vacía. No se oyen pasos en el pasillo. No se oyen voces en la zona de recepción. Estoy completamente sola.

Me inclino hacia delante y empiezo a desplazarme por la pantalla.

La información que aparece bajo el nombre de Shana parece bastante inocente al principio: nombre, edad, credenciales médicas, cargo en la junta directiva. Datos profesionales básicos que se pueden encontrar en LinkedIn o en el directorio del hospital.

Pero luego se vuelve personal. El nombre completo y la empresa de su marido. Los nombres y edades de sus hijos. La dirección de su casa. Los números de la seguridad social.

También... información de la cuenta bancaria.

Suelto un grito ahogado al ver el saldo de la cuenta personal de Shana. Con esa cantidad de dinero podría comprar un país pequeño. Quizá uno grande.

Como miembro de la junta directiva y médica en ejercicio, Shana gana mucho dinero. Incluso, una fortuna. Pero no tanto. No lo suficiente como para justificar el obsceno saldo que me mira desde la pantalla.

Sé que debería dejar de mirar. Cerrar el portátil. Fingir que nunca vi nada de esto.

En cambio, sigo bajando.

Cuanto más profundizo, peor se pone. Shana no solo ha estado desviando fondos del presupuesto del hospital, sino que ha estado desangrándolo. Pero según estos registros, el hospital no genera suficientes beneficios como para justificar lo que ella ha estado sustrayendo.

Lo que significa que el dinero proviene de otra parte.

Al final de la página, encuentro un punto que me hace estremecer.

Beneficio X: 3,4 millones de dólares

Tres millones cuatrocientos mil dólares de ganancias. ¿De qué? ¿Qué diablos es "Beneficio X"?

—Vesper.

Mi mano se queda paralizada sobre el ratón. No levanto la vista. No necesito ver su cara para saber que me ha pillado in fraganti.

—Hola —digo débilmente—. Solo estaba... admirando el fondo de pantalla.

—Estás fisgoneando.

No es una pregunta. La voz de Kovan es tranquila, casi divertida, lo que de alguna manera empeora las cosas. Preferiría que se enfadara. La ira es algo que podría manejar.

—No era mi intención —finalmente levanto la vista por encima de la pantalla para mirarlo, que está de pie en la puerta—. Vi el nombre de Shana y...

—Y no pudiste evitarlo —atraviesa la habitación lentamente. Cuando llega al escritorio, coloca una mano en el respaldo de la silla y se inclina sobre mi hombro para mirar la pantalla—. La curiosidad mató al gato, Dra. Fairfax.

El calor de su cuerpo me calienta la espalda. Puedo oler su colonia. En circunstancias normales, tenerlo tan cerca me haría olvidar mi propio nombre.

Pero estas no son circunstancias normales.

—No debería haber mirado —admito—. Pero ahora que lo he hecho, necesito saber qué significa esto.

Para mi sorpresa, él se ríe. —Por supuesto que lo necesitas —se endereza y se sienta en el borde del escritorio, mirándome directamente—. ¿Qué quieres saber?

—¿Estás investigando a Shana?

—Estoy investigando a todos los miembros de la junta. Haciendo la diligencia debida.

Señalo las ridículas cifras que aparecen en la pantalla. —¿Todos tienen cuentas bancarias como esta?

—Jeremy y Shana son los que más ganan. Los demás se llevan cantidades menores.

—¿Cómo es que el hospital sigue funcionando? ¿Cómo es que no estamos completamente en bancarrota? —puedo oír cómo mi voz se eleva como una tetera hirviendo, pero no puedo evitarlo—. ¿De dónde viene este dinero?

Kovan aprieta la mandíbula de forma casi imperceptible. Un músculo se le contrae cerca de la sien.

—Kovan... —me inclino hacia delante en la silla—. ¿Qué me estás ocultando?

Sus ojos verdes estudian mi rostro durante un largo momento. Cuando habla, su voz es cuidadosamente neutra. —Hay más de una forma de ganar dinero en un hospital, Vesper. Salvar vidas es un trabajo noble, pero no es el negocio más rentable. Si estás dispuesta a abandonar tu ética, hay... otras formas.

Siento un nudo en el estómago. —¿Qué significa eso?

—Significa que los miembros corruptos de tu junta directiva han sido muy creativos a la hora de generar fuentes de ingresos.

—Kovan, eso no es una respuesta —me levanto y me acerco a él—. Dime qué están haciendo. En lenguaje sencillo, sin jerga corporativa.

—No quieres saberlo.

—Sí, quiero saberlo. Por supuesto que quiero saberlo —aprieto los puños a los lados—. Esta gente ha estado robando a niños enfermos. Han antepuesto los beneficios a los pacientes mientras yo les suplicaba que me proporcionaran el equipo básico. Deben rendir cuentas.

Él asiente, un gesto sombrío que me produce un escalofrío. —Y lo harán.

—¿Cómo?

En lugar de responder, extiende la mano y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Sus dedos se detienen en mi mejilla. —¿No confías en que me encargaré de esto?

—Confío en ti —le cojo la mano y le presiono la palma contra mi cara—. Pero también quiero ayudar. *Necesito* ayudar. Estos cabrones llevan demasiado tiempo saliéndose con la suya y estoy harta de sentirme impotente.

Sus ojos se oscurecen. —No tienes ni idea de lo que me estás pidiendo.

—Entonces, explícamelo —me levanto y me acerco aún más, hasta quedar entre sus rodillas, con las manos apoyadas en su pecho—. No soy una flor delicada que necesita que la protejan de las verdades desagradables, Kovan. Soy cirujana. He visto muchas cosas desagradables.

—No como esto.

—Kovan —cierro los ojos y me concentro en el latido constante de su corazón bajo mis palmas—. Lo que dije en la gala lo dije en serio. Te quiero todo. Eso incluye las partes que crees que me asustarán.

Durante un momento, ninguno de los dos habla. La oficina está tan silenciosa que puedo oír cómo se enciende y se apaga el aire acondicionado.

Finalmente, cubre mis manos con las suyas. —Si te lo cuento, no habrá vuelta atrás. No podrás olvidar lo que estoy a punto de decirte.

—No quiero volver atrás.

Vuelve a estudiar mi rostro, buscando algo. Lo que sea que encuentre allí debe satisfacerlo, porque asiente lentamente.

—Tu junta no solo está malversando fondos del hospital —dice en voz baja—. Están facilitando la venta de órganos extraídos en el mercado negro.

Creía que estaba preparada para lo que iba a decirme. No podía estar más equivocada. Oír esas palabras es como meter un tenedor en un enchufe: en cuanto las procesa mi cerebro, me sacude una fuerza invisible. No es doloroso, pero doy un paso atrás.

—Eso es... —sacudo la cabeza—. Eso es imposible.

—¿Lo es? —frunce el ceño—. Piénsalo, Vesper. ¿No has visto cosas sospechosas? Pacientes que mueren inesperadamente. Autopsias que se omiten. Familias a las que se presiona para que hagan los preparativos del entierro rápidamente. Has visto todo eso, ¿no?

Mi mente comienza a acelerarse, catalogando cada muerte sospechosa que he presenciado durante el último año. Todas las pequeñas señales de alarma. Una por una, son fáciles de olvidar. Pero cuando las juntas, ves que la señal no es solo grande, es enorme, como una marea.

Un océano rojo.

De sangre.

De miseria.

De muerte.

—Oh, Dios —me hundo en la silla, sin confiar ya en que mis piernas puedan sostenerme—. ¿Cuánto tiempo?

—Al menos tres años. Posiblemente más.

—¿Cuántas víctimas?

—Todavía lo estamos determinando.

La habitación empieza a dar vueltas. Me presiono las sienes con los puños, tratando de dar sentido a lo que me está diciendo. —Tengo que denunciarlo. A la policía, al colegio de médicos...

—No.

Cuando levanto la vista, el rostro de Kovan se ha endurecido hasta convertirse en algo que nunca había visto antes. Me asusta. —¿Cómo que no?

—Quiero decir que esto va más allá de unos pocos miembros corruptos de la junta. Las personas involucradas tienen conexiones, protección. Si acudes ahora a las autoridades, los verdaderos responsables desaparecerán. Las pruebas se esfumarán. Y te tacharán de empleada descontenta que lanza acusaciones descabelladas.

—¿Entonces no hacemos... nada?

Él niega con la cabeza. —Haremos algo. Pero no a través de los canales oficiales.

—Quieres decir que vas a manejar esto a tu manera.

Kovan asiente, aún más sombrío que antes. —Sí.

—Pronto.

—No solo pronto. *Esta noche.*

Pienso en Shana Reed, con su sonrisa falsa y su voz condescendiente. Pienso en Jeremy Fleming, que se ha pasado meses convirtiendo mi vida en un infierno mientras se enriquecía con la muerte. Pienso en todos los pacientes que no pude salvar porque no teníamos el equipo adecuado, mientras estos monstruos amasaban dinero vendiendo órganos humanos.

Y todo ello me lleva a la siguiente decisión inevitable.

—Quiero ir contigo.

Kovan arquea las cejas. —Ni hablar.

—Dijiste que podía confiar en ti para manejar esto. Bueno, te pido que confíes en mí para ayudar.

—Vesper...

—No quiero empuñar tu arma ni romperle las rodillas a nadie —me levanto de nuevo y enderezo los hombros—. Pero conozco a esta gente. Sé cómo piensan, cómo actúan. Necesitas a alguien que pueda hablar con ellos de una forma que ellos entiendan.

—Lo que necesito es que te mantengas a salvo.

—Lo que yo necesito es mirar a Jeremy y Shana a los ojos cuando se den cuenta de que su mundo se está desmoronando —digo—. Han estado jugando a ser Dios con vidas humanas. Se han enriquecido mientras los niños morían. Quiero verlos arder.

Algo cambia en los ojos de Kovan. La preocupación protectora sigue ahí, pero junto a ella hay algo que se parece casi a... ¿orgullo?

Suspira, y es entonces cuando sé que casi he ganado. —Puede que esta noche veas un lado mío que no te guste —me advierte—. Puede que tenga que hacer cosas que...

—Puedo soportarlo.

—¿De verdad? —se desliza del escritorio y se acerca, hasta que casi nos tocamos, él elevándose sobre mí, oscuro y hermoso—. Esto no es un programa de televisión, Vesper. Esto es real. Y se va a poner feo.

Levanto la barbilla para mirarle directamente a los ojos. —Lo feo es mi trabajo, Kovan. He visto morir a gente. Les he cogido la mano mientras exhalaban su último aliento. He dicho a padres que sus hijos no volverían a casa —mi voz se reduce a poco más que un susurro—. ¿Crees que ver cómo los miembros corruptos de la junta directiva reciben su merecido va a destrozarme?

Sus manos se elevan para enmarcar mi rostro. —Mientras estés conmigo, me aseguraré de que no te pase nada.

—No necesito que me protejas de ellos —me inclino hacia él—. Necesito que me dejes ayudarte a destruirlos.

Durante un largo momento, se limita a mirarme. Luego, lentamente, su boca se curva en una sonrisa maliciosa. —¿Cómo puedo decir que no a eso?

VESPER

La mansión se alza ante nosotros con toda su gloria de nuevo rico. Es como si Shana hubiera mirado un libro de texto de "Estilos Arquitectónicos" y hubiera pedido "uno de cada, por favor". Incluso en la oscuridad, puedo distinguir las pretenciosas columnas griegas que flanquean la entrada, los setos recortados de forma extraña y una fuente de arte moderno que burbujea con lo que solo puedo suponer que es champán de valor incalculable y las lágrimas de los huérfanos.

—¿Esta es su casa? —pregunto, disgustada.

Los ojos verdes de Kovan se encuentran con los míos en la penumbra. —¿Dónde creías que íbamos a tener esta conversación? ¿En algún sótano húmedo?

—Bueno... sí —respondo—. ¿No es así como suelen funcionar estas cosas?

—Solo si primero quieres hacer un secuestro innecesario —dice con tono de quien sabe de lo que habla—. Es mucho más sencillo hacer visitas a domicilio.

Miro fijamente la imponente verja que nos bloquea el paso. Debe de medir unos cuatro metros de altura y está coronada por púas decorativas que parecen más funcionales que puramente estéticas.

—¿Cómo vamos a pasar por ahí? Supongo que tendrá cámaras de seguridad por todas partes, ¿no?

—Las tiene —Kovan se acerca con paso elegante al teclado de la verja—. O, mejor dicho, las tenía. Por desgracia para la Dra. Reed, todo su sistema estará apagado durante las próximas dos horas.

Empieza a teclear. Diez dígitos después, la puerta se abre con un suave zumbido mecánico.

—Mierda —me apresuro a seguirlo por el camino de entrada curvo—. ¿Cómo has...?

—Preparación, Dra. —dice con un guiño—. Mis hombres son muy meticulosos.

—¿Estamos armados? —echo un vistazo a los cuidados jardines y de repente me doy cuenta de lo expuestos que estamos—. Por favor, dime que has traído armas de repuesto.

—Esta noche no hay armas.

Me detengo. —¿Perdón?

Se da la vuelta, con esa peligrosa media sonrisa en los labios. —A veces, menos es más. Además, no confío en que no le dispares si te hace enojar.

—No le dispararía. —pero la protesta me parece débil incluso a mí —... Probablemente.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —introduce otro código en el teclado y la puerta principal se abre con la misma facilidad que la verja—. Nos es más útil viva.

—¿Útil cómo?

—Ya lo verás.

El interior de la casa coincide con el exterior: caro, de mal gusto y sin alma. Subimos la escalera de mármol en la penumbra, guiados

únicamente por la luz de la luna que entra por las enormes ventanas. Todas las superficies brillan con una limpieza agresiva. Casi puedo oír los sollozos del personal de limpieza aterrorizado.

—¿Y su familia? —susurro al llegar al segundo piso.

Kovan no se molesta en bajar la voz. —El marido está en Las Vegas en una despedida de soltero. Los niños están con sus abuelos. Y la ama de llaves duerme como un tronco hasta las seis de la mañana.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Porque hago mis deberes —se detiene frente a lo que obviamente es la suite principal—. Conoce a tu enemigo, ¿no es eso lo que dicen?

Mi corazón late a toda velocidad mientras él prueba el pomo de la puerta. Por un segundo, considero la posibilidad de echarme atrás. Esto es una locura. Soy cirujana pediátrica, no una matona de la mafia que irrumpe en casas en mitad de la noche.

Entonces, recuerdo el saldo de la cuenta bancaria. Shana tiene millones de dólares ganados con la extracción de órganos de pacientes desprevenidos, mientras que, en los pisos inferiores, los niños mueren por falta de equipamiento.

Aprieto los dientes y sigo a Kovan al interior.

La habitación de Shana está completamente a oscuras. Apenas puedo distinguir las formas borrosas de una cómoda, dos mesitas de noche y una cama enorme.

Con solo pulsar un interruptor, Kovan inunda la habitación de luz.

Shana se levanta con dificultad de debajo de las sábanas y se tapa la cara con un brazo, gimiendo. —¿Michael? ¿Qué...? Se supone que no volverías hasta...

—Michael sigue en Las Vegas.

Se incorpora de un salto, apretando la sábana contra su pecho. La fina camisola que lleva puesta deja poco a la imaginación: seda color nude que complementa su piel bronceada artificialmente. Me siento repelida por ella. La falsedad. El camuflaje del maquillaje y las cosas llamativas.

—Tengo seguridad —balbucea—. Y perros...

—No, no los tienes —la voz de Kovan transmite esa calma particular que es más aterradora que los gritos—. Odias a los perros y tu sistema de vigilancia no funciona. Tu empresa de seguridad cree que todo va bien. Solo estamos nosotros aquí.

Está tan concentrada en él que aún no me ha visto. Le tiemblan las manos mientras intenta mantener el control sobre la sábana.

Debería sentir lástima por ella: una mujer sola, acorralada, vulnerable en su propio dormitorio. Pero cada vez que la compasión amenaza con aflorar, pienso en por qué estamos aquí.

Y la sed de sangre vuelve a apoderarse de mí.

—¿Sabes quién soy, Shana? —Kovan se coloca completamente a la luz, dejándola ver bien.

El reconocimiento se refleja en sus ojos. —Kovan Krayev —su garganta se mueve con un trago nervioso—. ¿Qué... qué quieres?

—Solo una conversación. Quizá un pequeño favor.

—No puedo ayudarte en nada.

—En realidad, creo que sí puedes —se acerca, con las manos entrelazadas detrás de la espalda de una manera deliberada que incluso a mí me asusta—. Eres miembro de la junta, ¿verdad? Eso conlleva poder de voto. Influencia.

—No entiendes lo que estás pidiendo...

—Oh, pero sí lo entendemos —salgo de las sombras, incapaz de permanecer callada por más tiempo—. Lo entendemos

perfectamente.

Ella gira la cabeza hacia mí. La sábana cae olvidada mientras abre la boca, sorprendida. —¿Vesper?

Me acerco a Kovan, sacando fuerzas de su presencia. —Buenas noches, Shana. Me encanta lo que has hecho con la casa. Es muy... amplia.

—¡Cómo te atreves a entrar en mi casa! —parece más indignada por mi presencia que por la de Kovan. —Pequeña...

—Elegiría mis siguientes palabras con mucho cuidado —la interrumpe Kovan—. No me gusta que nadie le falte al respeto a mi mujer.

Mi mujer. Esas dos palabritas me atraviesan como un trago de whisky. Siento cada centímetro de mi piel, cada nervio en ebullición. Estoy más viva que nunca.

¿Qué me está haciendo este hombre?

Sacudo la cabeza para volver a centrar mi atención en la tarea que tengo entre manos. *Concéntrate, Vesper. Concéntrate.*

—Esto es allanamiento de morada —continúa Shana, apresurándose a cubrirse de nuevo—. Es ilegal. No puedes simplemente...

—¿Sabes qué más es ilegal? —la interrumpo—. Malversar fondos del hospital. Lucrar con el sufrimiento ajeno. Dejar morir a niños mientras te llenas los bolsillos. Eso está muy mal visto, Shana. A los jueces y jurados no les gusta ese tipo de cosas.

Se endereza, recuperando parte de su antigua arrogancia. —¿Tienes pruebas?

Solo puedo parpadear. Tener el descaro de negarlo, cuando estamos tan seguros de lo que está pasando, es asombroso. —¿Qué?

—Pruebas —repite—. De esas acusaciones descabelladas que estás haciendo.

Kovan me rodea los hombros con el brazo. —Es curioso que lo preguntes —su tono es coloquial, casi amistoso—. Tenemos pruebas. Muchas pruebas, de todo tipo. Pruebas de ADN, por ejemplo, que confirman que tu hijo menor no es realmente de tu marido.

Me giro para mirarlo. —¿Eh?

Él no deja de mirar a Shana, que se ha puesto pálida como el papel. —También tenemos fotografías. Muchas. Tú y tu... ¿Cuál es el término adecuado? ¿Amante? ¿Amigo con derecho a roce? Es realmente impresionante cómo Jeremy y tú han manejado todo esto. No estaba seguro de poder pillarte a solas esta noche, dada la apretada agenda social que tienes cuando Michael está fuera de la ciudad.

—Mientes —pero su voz tiembla.

—No miento sobre negocios —dice Kovan con suavidad—. Hablando de negocios, también tengo una copia de tu acuerdo prenupcial. Excelentemente redactado, por cierto. Muy minucioso. En caso de adulterio, el cónyuge agraviado se queda con todo. La casa, los coches, los niños, la casa en la playa de Malibú que tanto te gusta. Dime, Shana: ¿estás preparada para perderlo todo?

Ella se levanta de la cama con paso inestable, envolviéndose en la sábana. De pie, parece más mayor. Más pequeña.

Más humana.

—¿Quieres que renuncie a la junta directiva?

Kovan me mira, con las cejas levantadas expectantes. Al cabo de un momento, me doy cuenta de que está esperando a que yo tome la iniciativa.

Se me seca la boca. Este es el momento: o doy un paso adelante o me echo atrás.

Cierro los ojos e imagino filas y filas de camas de hospital llenando una sala blanca que se extiende hasta el infinito. Un cielo lleno de

niños que no merecían acabar allí tan pronto. Veo sangre manchando esas sábanas blancas y puras, y veo dinero sucio pasando de mano en mano.

Cuando abro los ojos, veo a Shana.

Y sé lo que tengo que hacer.

—No —le digo—. Vas a seguir en la junta. Vas a seguir fingiendo ser la colega leal de Jeremy. Y no vas a decir ni una palabra sobre lo de esta noche a nadie.

De pie aquí, en su dormitorio ridículamente caro, mirando a esta mujer que solía intimidarme con nada más que su mirada fría y sus comentarios hirientes, siento que algo cambia dentro de mí.

Nunca fue la figura poderosa que yo había imaginado. Es solo otra persona que eligió la codicia por encima de la conciencia, las ganancias por encima de las personas.

Y ahora me pertenece.

—Esto es lo que va a pasar —le digo—. A partir de ahora, cuando te digamos que saltes, preguntarás cuánto. Votarás como queramos que votes. Dirás lo que queramos que digas. Harás lo que queramos que hagas —hago una pausa para que asimile las palabras—. Ahora eres nuestra, Shana.

Le aparecen nuevas arrugas alrededor de los ojos. Parece que ha envejecido una década en los últimos diez minutos. —No es tan sencillo...

—Me importa una mierda lo sencillo —las palabras provienen de algún lugar profundo dentro de mí, un lugar que no sabía que existía hasta esta noche—. Me importa arreglar lo que has roto. Me importa salvar el hospital que has ayudado a destruir. Me importan los pacientes cuyas vidas has puesto en peligro por dinero.

Doy un paso hacia ella y ella se estremece.

—¿Y si eso significa arruinar tu cómoda vida para hacerlo? —me encojo de hombros—. Bueno, supongo que estoy aprendiendo que, a veces, hay que destruir una cosa para salvar otra.

Shana está atónita. Abre y cierra la boca, pero no le sale ningún sonido.

Kovan me coge de la mano, sus dedos cálidos y tranquilizadores contra los míos. —Deberíamos irnos. Dejemos que la Dra. Reed descanse. Parece que lo necesita.



—¡Mierda! —las palabras salen disparadas de mi boca en cuanto volvemos al coche—. Eso ha sido... ¡No puedo creer que lo haya hecho!

Kovan me mira, con una sonrisa divertida en los labios. —¿Te lo has pasado bien?

—Esa mujer me ha hecho la vida imposible durante meses y yo simplemente... —me río, embriagada por la adrenalina—. La he *arruinado*.

La euforia es embriagadora. Nunca había sentido un poder así, puro, inmediato y completamente adictivo. Sin pensarlo, me inclino sobre la consola central y le beso el cuello.

—Por Dios, Vesper —el coche da un bandazo antes de que él corrija el rumbo—. Estoy conduciendo.

—Entonces, detente —le exijo—. Te deseo. Ahora.

Me lanza una mirada que sugiere que cree que estoy bromeando. Para demostrarle que no es así, deslizo mi mano sobre su regazo. Ya está duro bajo sus vaqueros.

—Mierda —gira bruscamente el volante hacia la derecha y los neumáticos chirrían mientras nos detenemos derrapando en el

arcén.

Durante el día, Baker Street suele estar muy transitada, pero a las dos de la madrugada está desierta. No es que me importe: el poder y la pura euforia de lo que acabamos de hacer han quemado todas las inhibiciones que podrían haberme detenido.

Para cuando aparca el coche, ya estoy trepando por la consola, a horcajadas sobre su regazo en el asiento del conductor. Mi falda se sube cuando me acomodo contra él, y la forma en que aspira aire me dice que le gusta.

—Has estado increíble ahí dentro —le beso la mandíbula mientras mis manos se afanan con los botones de su camisa—. Tan controlado. Tan peligroso.

—¿Esto te excita? —su gruñido es áspero mientras me froto contra su erección—. ¿La intimidación? ¿El chantaje?

—Tú me excitas —le muerdo suavemente el lóbulo de la oreja—. La forma en que la manejaste. La forma en que me dejaste tomar el control —me aparto para mirarlo a los ojos—. Me haces sentir poderosa.

Sus manos encuentran mis caderas, guiando mis movimientos. —Eres poderosa. Solo necesitabas darte cuenta.

Esa afirmación me hace sentir un calor intenso. He pasado toda mi carrera sintiéndome impotente, viendo cómo la corrupción y la incompetencia destruían todo lo que me importaba.

Pero esta noche tomé el control.

Esta noche gané.

—Quiero hacer esto más —confieso mientras su boca encuentra mi cuello—. Quiero ayudarte a arreglar las cosas. *Arreglarlas* de verdad.

—Es un terreno peligroso, *krasavitsa* —pero sus manos ya se deslizan bajo mi camisa y su advertencia carece de convicción.

—No me importa el peligro —le desabrocho el cinturón, desesperada por sentir más de él—. Me importa esto. Que paguen por lo que han hecho.

Captura mi boca en un beso. Cuando nos separamos, ambos respirando con dificultad, estudia mi rostro.

—¿Estás segura de esto? Porque una vez que crucemos esta línea, no habrá vuelta atrás para ser solo una Dra.. Serás parte de mi mundo de verdad.

—Nunca he estado más segura de nada —estiro la mano entre nosotros y lo libero de sus vaqueros—. Quiero formar parte de tu mundo, Kovan. Quiero formar parte de esto.

Su respuesta es un gruñido sin palabras contra mi garganta mientras me hundo sobre él, tomándolo todo dentro de mí con un movimiento suave. El ángulo es perfecto. La sensación es exquisita.

—Eres mía —murmura mientras nos movemos juntos en el estrecho espacio—. Mi compañera. Mi igual.

—Tuya —asiento—. Siempre tuya.

Nos separamos y volvemos a unirnos en la oscuridad, sellando nuestro pacto con sudor y promesas susurradas y la certeza de que todo ha cambiado entre nosotros.

Ya no soy solo Vesper Fairfax: la Dra. dedicada, la que sigue las reglas, la mujer que juega sobre seguro.

Para bien o para mal...

Ahora soy la mujer de Kovan Krayev.

VESPER

UNOS DÍAS MÁS TARDE

—¡Deberíamos haber dicho algo! —golpeo con la palma de la mano la encimera de la cocina con tanta fuerza que las tazas de café traquetean—. Protestado, o luchado, o... algo.

Kovan se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados, observándome mientras pierdo poco a poco la cabeza. —Ponerte nerviosa no va a hacer que Luka vuelva a casa más rápido.

—Han pasado cuatro horas —empiezo a dar vueltas de nuevo, reanudando el proyecto artístico y artesanal de hoy, que consiste en hacer el surco más profundo posible en la madera entre la isla y el fregadero—. ¡Cuatro horas, Kovan! ¿Qué pueden estar haciendo con él durante tanto tiempo?

—Quizás lo llevaron a un parque. O a almorzar. O quizá lo están engordando para convertirlo en una maldita pared.

—Eso no tiene gracia —le espeto.

Kovan suspira. Lleva mucho tiempo calmando mi ira, desde que Yana e Ihor aparecieron esta mañana para recoger a Luka para su visita ordenada por el tribunal, así que es lógico que se esté irritando. —Es su cumpleaños y ella es su madre e Ihor es su... bueno, lo que sea que sea, los tribunales dicen que tienen derecho.

Me giro bruscamente para mirarlo. —No te atrevas a defenderlos.

—No estoy defendiendo a nadie —su voz se mantiene irritantemente tranquila—. Estoy tratando de evitar que tengas un ataque de nervios en mi cocina.

—Bueno, quizá quiera tener un ataque —le respondo—. Quizá tenga derecho a perder los nervios cuando nuestro hijo está pasando su cumpleaños con gente que lo trata como una pieza de ajedrez.

Nuestro hijo.

Mierda. No quería decir eso. Se me escapó, tan natural como respirar.

La expresión de Kovan no cambia, pero algo parpadea en sus ojos. Sin embargo, me adelanto a él, porque nada duele tanto como hacerse daño a uno mismo, ¿verdad? Es mejor que me lo haga yo misma. Así le ahorro el trabajo.

—No debería haber dicho eso. Estoy olvidando mi lugar, ¿verdad? Eso es lo que estás pensando. Sé que es así, lo veo en tu cara. Es *tu* sobrino. Yo solo soy la novia falsa jugando a las casitas y que se toma muchas, muchas más atribuciones de las que le corresponden.

—Eso no es lo que iba a decir.

—¿No? —dejo de dar vueltas y me giro hacia él—. Porque eso es lo que parece ahora mismo. Como si me importara más lo que le pasa que a ti.

Kovan se aleja del marco de la puerta, apretando la mandíbula. —¿Crees que a mí no me importa?

—Creo que estás ahí tan tranquilo, mientras Luka está con dos personas que llevan meses haciéndole la vida imposible.

—¿Crees que estar tranquilo significa que no me importa? —gruñe —. ¿Crees que no estoy imaginando todas las formas posibles en las que podrían estar haciéndole daño ahora mismo? ¿Todas las palabras crueles que Yana podría estar susurrándole al oído?

Abro la boca para responderle, pero él sigue hablando.

—¿Crees que no estoy luchando contra el impulso de conducir hasta su casa y sacarlo de allí yo mismo? —da un paso más hacia mí—. Llevo meses lidiando con esta situación, Vesper. Mucho antes de que tú aparecieras. Así que no te atrevas a quedarte ahí y darme lecciones sobre cómo preocuparme. No tienes ni puta idea de lo mucho que me importa.

La ira se desvanece de mí de golpe. Me hundo en uno de los taburetes, repentinamente agotada. —Lo siento. Es solo que... odio esto. Odio que hayamos tenido que dejar que se lo llevaran hoy.

—Yo lo odio tanto como tú —Kovan se acerca a la cafetera y me sirve una taza sin preguntar—. La orden judicial era específica. Yana solicitó una visita de cumpleaños hace semanas y el juez la aprobó.

—Es una puta trampa.

—Por supuesto que lo es —desliza la taza hacia mí por la encimera —. Está jugando la carta de la madre devota para la evaluación de la custodia. Pero eso también significa que hoy no hará nada que le haga daño.

Envuelvo mis manos alrededor de la cerámica caliente, tratando de absorber algo de su calor para tranquilizarme. —¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque Yana es muchas cosas, pero no es estúpida. Sabe que Eliza Murphy le preguntará a Luka sobre hoy. Se asegurará de que no tenga nada malo que contar.

La lógica tiene sentido, pero no alivia el nudo que tengo en el pecho. —Ni siquiera quería ir. ¿Viste su cara cuando Pavel lo recogió esta mañana?

—Lo vi —Kovan se muestra solemne—. Pero a veces tenemos que hacer cosas que no queremos hacer. Él lo entiende.

—Tiene ocho años. No debería tener que entenderlo.

—No, no debería. Pero estas son las cartas que nos han tocado.

Doy un sorbo al café y lo dejo reposar en la lengua. El ardor, el amargor... está bueno. Me ancla al presente. —No dejo de pensar en todos los cumpleaños que ya ha tenido que soportar. Todas las veces que ella no estuvo ahí cuando él la necesitaba. Y ahora, ella puede actuar como la madre del año durante un estúpido día y se supone que debemos aceptarlo.

Kovan rodea la isla y se sienta en el taburete a mi lado. Tan cerca que puedo oler su colonia, sentir el calor que irradia su cuerpo.

—Ella puede desempeñar el papel que quiera hoy —dice—. Eso no cambia el hecho de que, cuando necesita consuelo, acude a nosotros. Cuando tiene pesadillas, te llama a ti. Cuando tiene miedo, me busca a mí.

Nosotros. No "tú y yo por separado", sino nosotros. Como si fuéramos una unidad. Un equipo.

Quizás incluso una familia.

—Nunca pensé que sentiría esto por un niño —admito—. Quiero decir, quiero a mis pacientes, pero esto es diferente. Esto es...

—Aterrador —termina Kovan.

—Sí —lo miro de reojo—. ¿Es raro que esté más nerviosa por esta audiencia de custodia que por cualquier cirugía?

—No es raro en absoluto —se inclina y juega con un mechón suelto de mi pelo—. Significa que te importa. Significa que esto ya no es solo un trabajo para ti.

—Dejó de ser "solo un trabajo" hace semanas.

Nos quedamos sentados en un cómodo silencio durante un momento. Afuera, el sol de la tarde se cuela por las ventanas de la cocina, proyectando largas sombras en el suelo. Pronto, Luka estará en casa y la casa se llenará de nuevo con su voz.

Pero ahora mismo, el silencio duele.

—¿Qué quieres, Vesper? —pregunta Kovan de repente—. Quiero decir, ¿qué es lo que realmente quieres? No para el caso de la custodia ni para la situación del hospital. Para ti.

—Yo... no sé a qué te refieres.

—Creo que sí lo sabes —gira su taburete para mirarme de frente—. Has pasado toda tu vida adulta centrada en el trabajo. En salvar a otras personas. Pero ¿qué quieres para tu propia vida?

Miro fijamente mi café, observando cómo se ondula la superficie mientras me tiemblan las manos. —Solía pensar que lo tenía todo claro. Trabajar hasta que ya no pudiera más. Dedicar mi vida a la medicina. No apegarme nunca demasiado a nada ni a nadie, porque el apego implica vulnerabilidad.

—¿Y ahora?

—Ahora... esto —hago un gesto con la mano para abarcar la habitación en la que estamos—. Ahora estoy sentada en una cocina extraña, preocupada por un niño que ni siquiera es mío, enamorándome de un hombre que casi con toda seguridad me romperá el corazón —me río con tristeza—. Menudo plan tan perfecto.

Kovan se acerca y cubre mi mano con la suya. —¿Quién dice que te voy a romper el corazón?

—Vamos —retiro mi mano y me levanto. Necesito distancia—. Eres Kovan Krayev. No te gustan las relaciones. No te gustan los sentimientos. Y puedes prometerme la luna, como ya has hecho, pero no puedo evitar creer que, al final, cuando llegue el momento, solo seré la novia falsa conveniente que se ha involucrado demasiado en el papel.

—¿Es eso lo que crees que es esto?

Algo en su voz me hace darme vuelta. Sigue sentado en la barra, pero su postura ha cambiado. Está tenso. Alerta.

—¿No lo es? —dejo mi café y cruzo los brazos a la defensiva—. Cuando termine esto de la custodia, cuando consigas a Luka de forma permanente, ¿qué pasará conmigo? ¿Volveré a mi antigua vida como si nada de esto hubiera pasado?

Se levanta lentamente, sin apartar la mirada. —Depende. ¿Es eso lo que quieres?

—Me encantaría saber qué es lo que tú quieres —digo, sonando un poco más desesperada de lo que me gustaría—. Porque no puedo seguir haciendo esto si al final voy a tener que verlos a los dos marcharse.

Kovan acorta la distancia entre nosotros con un largo paso. Sin embargo, cuando llega a mi lado, no me toca, solo se queda lo suficientemente cerca como para que tenga que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—¿Crees que no me pregunto cómo terminará esto? —pregunta con voz ronca—. ¿Crees que no he pensado en lo que pasará cuando termine el juicio y no haya ninguna razón oficial para que te quedes?

—¿Lo has hecho? Entonces dime. ¿Cómo terminará?

—Eso es precisamente lo que pasa: no lo sé —suspira y se frota la nuca—. Nunca había querido nada permanente. Nunca había querido planear un futuro con nadie. Pero tú... —se detiene y aprieta la mandíbula, como si estuviera conteniendo físicamente las palabras.

—Pero yo qué.

—Pero tú me haces desear cosas que no sabía que podía tener. Cosas que no creía merecer.

Se me corta la respiración. —Kovan...

El ruido de un coche en la entrada me interrumpe. Ambos nos quedamos paralizados, y luego corremos hacia la ventana delantera.

El Audi de Pavel se detiene fuera. A través del parabrisas, puedo ver la pequeña figura de Luka acurrucada en el asiento trasero.

Pero no sale del coche.

—Algo va mal —digo de inmediato.

Kovan ya se dirige hacia la puerta. —¿Pavel?

Su hermano aparece por delante del coche, con expresión sombría. —No quiere salir. He intentado hablar con él, pero se limita a mirar por la ventana.

Se me encoge el corazón. Sea lo que sea lo que haya pasado hoy, no ha sido nada bueno.

—Déjame intentarlo —le digo a Kovan, pero él ya se ha adelantado y está a medio camino del coche. Lo sigo y me detengo a unos metros de distancia.

—¿Luka? —se agacha junto a la ventana abierta—. ¿Estás bien, *malysh*?

No hay respuesta. Puedo ver a Luka desde aquí: los hombros encogidos, las manos apretadas en el regazo, esa cara ausente que pone cuando intenta no llorar.

Kovan se gira y me mira por encima del hombro durante un largo momento, luego mueve la cabeza para llamarme. —Inténtalo tú.

Se retira para dejarme espacio. Me acerco al coche lentamente, como si Luka fuera un animal herido que podría salir corriendo si lo asustara. Cuando llego a la ventana, no hablo inmediatamente. Solo me apoyo en la puerta del coche entreabierta y espero.

Después de unos minutos, me mira de reojo. —¿Vas a obligarme a entrar?

—No. Estoy perfectamente feliz aquí hasta que estés listo.

—¿Y si nunca estoy listo?

—Entonces, supongo que los dos estaremos aquí fuera durante mucho tiempo. Espero que no te moleste mi compañía.

Por primera vez en todo el día, la comisura de sus labios se eleva. No es exactamente una sonrisa, pero casi.

—¿Puedo preguntarte qué pasó o prefieres mantenerlo en privado?

Él lo piensa seriamente antes de responder. —Ella tenía regalos.

—Qué bonito.

—No eran los adecuados —su voz es débil—. Eran juguetes para niños pequeños. Y me compró un guante de béisbol, pero ni siquiera me gusta el béisbol. Ella no lo sabía.

Mi corazón se rompe un poco más con cada palabra. —¿Se lo dijiste?

—No. Le dije que me gustaba todo porque se enfadó cuando no sonreía para las fotos —por fin me mira directamente—. Hubo muchas fotos.

Por supuesto que las hubo. Documentación para el juicio.

—Me obligó a comer pastel, aunque yo no quería. Y dijo que teníamos que sacarme una foto apagando las velas —sus manos se retuercen en su regazo—. Tenía un sabor raro.

—¿De qué era?

—No lo sé. Llevaba cerezas. Odio las cerezas.

Otra cosa que su propia madre no sabe sobre él.

—Parece que fue un cumpleaños bastante duro —digo con cautela.

Él asiente. —Lo peor fue cuando no paraba de hacerme preguntas sobre ti y el tío Kovan. Por ejemplo, si se pelean, si él es malo

conmigo o si son felices juntos —mira por la ventana de enfrente—. No sabía qué decir.

—Podrías haberle dicho la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

Me quedo callada durante un largo rato, pensando. ¿Cuál *es* la verdad? ¿Que Kovan y yo empezamos siendo dos desconocidos unidos por un plan estúpido y descabellado? ¿Que en algún momento, al menos para mí, se convirtió en algo real? ¿Que quiero a este niño y a su tío más que a nadie en mi vida, pero me aterra que todo eso desaparezca?

—La verdad es que nos importas —digo finalmente—. A los dos. Más que nada.

—¿Aunque no sea realmente su hijo?

Eso me da ganas de llorar. —Luka, mírame.

Se gira a regañadientes.

—La biología no hace una familia. El amor sí. Y yo te quiero más de lo que podría querer a cualquier niño que compartiera mi ADN.

Sus ojos se llenan de lágrimas que ha estado conteniendo todo el día. —¿De verdad?

—De verdad, de verdad —me asomo por la ventana y le aprieto el hombro—. Ahora, ¿qué te parece si entramos y salvamos lo que queda de tu cumpleaños? Puede que haya preparado una pequeña sorpresa.

Levanta ligeramente las cejas. —¿Qué tipo de sorpresa?

—Del tipo en el que tienes que confiar en mí y no hacer preguntas.

Por primera vez desde que llegó a casa, Luka sonríe. —De acuerdo. Pero si es horrible, volvemos directamente al coche. Y más vale que no lleve cerezas.

Le tiendo la mano para estrechársela. —Trato hecho, amigo mío.

KOVAN

Una fiesta de cumpleaños.

Para Luka.

En la casa donde creció Vesper.

La idea me parecía una locura hasta que llegamos a la entrada de la modesta casa suburbana, donde una docena de globos de helio se balanceaban contra la barandilla del porche delantero con la brisa de la tarde.

Al parecer, cuando Vesper desapareció ayer durante dos horas para "hacer algunas llamadas", estaba movilizando a toda una red de apoyo. Su madre, Waylen y Charity habían transformado el lugar en algo salido de un sueño febril infantil.

Hay serpentinas colgando de todos los marcos de las puertas. Globos flotan sobre todas las mesas. Una casa hinchable domina el patio trasero, junto a un viejo columpio de neumático que cuelga del roble.

Pero es la tarta lo que acapara toda la atención de Luka.

Tres capas de glaseado de chocolate se elevan sobre la mesa del comedor, decoradas con nueve velas de colores que parpadean bajo

la cálida luz y sin una sola cereza a la vista. Lleva sonriendo de oreja a oreja desde que entramos por la puerta.

Tengo que darle crédito a Vesper, nunca se me habría ocurrido nada de esto.

Mi versión de una fiesta de cumpleaños infantil consistía en llevarlo al restaurante que quisiera, seguido de la actividad que él eligiera. Parque de atracciones. Museo de ciencias. Laser tag. Él decidía, era su día.

Pero al verlo ahora, me doy cuenta de que, a veces, Luka no sabe lo que quiere hasta que alguien le muestra lo que es posible.

Y esto, el caos acogedor de la casa donde creció Vesper, los ridículos gorros de fiesta, los cuencos de caramelos esparcidos por todas partes, es exactamente lo que él no sabía que necesitaba.

—La fiesta es un éxito —comenta Osip, apareciendo a mi lado con una cerveza en la mano.

Lleva toda la noche intercambiando miradas significativas con Charity. Incluso los pillé a los dos antes en el castillo hinchable, riéndose como adolescentes mientras Pavel los empujaba a ambos contra las paredes de malla.

Asiento. —Vesper sabía exactamente lo que hacía.

—Hacen un equipo increíble —dice Osip con una sonrisa pícara—. Solo digo.

—Sutil como un ladrillo en la cara, como siempre, *moy brat*.

Él se ríe, pero su expresión se vuelve más seria. —El chico se merece esta felicidad.

—Sí —observo a Luka intentar clavar otra vela en la tarta mientras Vesper intenta detenerlo—. Ojalá se me hubiera ocurrido a mí.

—Hay algunas cosas que requieren el toque femenino —dice Osip—. Como las fiestas. Y criar a los hijos. Lo has hecho bien con Luka,

pero seamos sinceros: faltaba algo en la ecuación —asiente hacia Vesper, que ahora está ayudando a Luka a encender las velas sin quemarse las cejas—. Y creo que lo has encontrado.

Antes de que pueda decirle que está sacando conclusiones precipitadas, me agarra del hombro.

—En realidad, quería hablar contigo. Tengo una idea. Algo que podría mantener a Luka a salvo para siempre.

—¿Qué tipo de idea?

—Ahora mismo no puedo entrar en detalles —sus ojos se desvían de nuevo hacia Charity, que se está riendo de algo que ha dicho Pavel —. Y podría ser un plan completamente jodido...

—No me lo cuentes. Solo hazlo.

Osip me mira fijamente. —¿En serio? ¿Así sin más?

—¿Dijiste que mantendría a Luka a salvo?

—Creo que sí. Sí.

—Entonces, hazlo. Ya resolveremos los detalles más tarde.

Me da una palmada en la espalda y se dirige hacia la puerta, pero no sin antes lanzar una última mirada a Charity. Su rostro se ensombrece en cuanto se despide, lo que confirma lo que he sospechado toda la noche.

Como dije: tan sutil como un ladrillo en la cara.

Aunque puede que haya encontrado a su media naranja en ese aspecto.

Vesper me mira desde el otro lado de la sala. Sonríe mientras mira alternativamente a Charity y a la puerta por la que acaba de salir Osip. Veo que no soy el único que se ha dado cuenta de la química que hay entre ellos.

—Vesper, ¿podemos volver al castillo hinchable? —Luka tira de su camiseta.

—Por supuesto, cumpleañero. Lo que tú quieras.

—Entonces, ¡quiero que el tío Pavel y Waylen también vengan!

Pavel, que de alguna manera ha conseguido mancharse el pelo con glaseado de chocolate, sonríe. —Ya voy.

—¿Por qué no te unes a ellos, Charity? —dice la madre de Vesper, que aparece con un plato de tarta y me ofrece un trozo—. El aire fresco te sentará bien.

Charity me guiña un ojo, coge un zumo de la mesa y sigue a los demás fuera.

—Gracias —acepto el pastel de Annabelle—. Y no solo por el postre. Sino por todo esto.

—Me sorprendió que Vesper llamara, pero me alegro de que lo hiciera —se sienta en la silla a mi lado—. Significa que por fin puedo conocerte a ti y a Luka. Los famosos chicos Krayev.

—¿Te ha hablado de nosotros?

Annabelle sonríe con picardía. —Waylen la obligó, por lo que tengo entendido.

—Suena lógico. Es muy protector.

Ella se ríe, aunque hay un toque de melancolía en su voz. —Todos los hermanos mayores lo son. Es parte del trabajo.

Doy un mordisco al pastel y casi gimo de placer. —Está increíble. ¿De dónde lo has sacado?

—Lo hice yo misma.

El segundo bocado es tan bueno como el primero. —Esto podría arruinar a las pastelerías.

Su sonrisa se ilumina. —Era mi pastel estrella cada vez que los niños cumplían años. Les encantaba. Y a todos sus amigos. Y los cumpleaños eran el único momento en el que Thomas se tomaba libre en el trabajo. Sin llamadas, sin cirugías de urgencia. Solo la familia.

—Lo echas de menos.

La luz de sus ojos se apaga. —Lo era todo para mí. Treinta y tres años juntos, y aún así no fue suficiente —mira por la ventana hacia el patio trasero, donde se oye la risa de Luka a través de la puerta mosquitera—. Mucha gente no entendía nuestro matrimonio. Pensaban que trabajaba demasiado, que anteponía su carrera a la familia. Pero yo sabía a lo que me comprometía cuando me casé con él. Thomas era médico ante todo. Nunca esperé que fuera otra cosa.

—Vesper habla de él constantemente. Es su héroe.

—Él es la razón por la que ella estudió medicina —Annabelle se queda en silencio—. A veces pienso que ella acabará siendo mejor que él.

Algo en su tono me hace mirarla con más atención. Mira fijamente su taza de té, evita mis ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Niega con la cabeza, como si intentara disipar cualquier pensamiento que acabara de cruzar su mente. —Nada, nada. Todo lo que quiero para mis hijos es lo que yo tuve con Thomas. Quiero que encuentren el amor de sus vidas. Quiero que experimenten ese tipo de relación.

—Y estás tratando de averiguar si soy el hombre adecuado para tu hija.

—Oh, no, no seas tonto —vuelve a sonreír—. Supe que eras el hombre adecuado en cuanto entraste por la puerta.

—¿Cómo?

—Por la forma en que Vesper te mira, sobre todo. —Annabelle deja la taza de té sobre la mesa—. Nunca la había visto mirar a nadie así. Ni una sola vez en sus treinta y un años en este planeta —hace una pausa—. Lo único que necesito saber es si vas a cuidar su corazón.

Me tomo mi tiempo para responder. Podría mentir, darle la seguridad que quiere oír. Sería fácil. Pero hay algo en Annabelle Fairfax que exige honestidad.

—Voy a hacer todo lo posible.

Ella asiente, como si esa respuesta fuera suficiente, más que cualquier promesa grandilocuente y falsa. —Necesita a alguien fuerte, Kovan. Alguien que no se sienta intimidado por su inteligencia o su ambición.

—Tengo muchos defectos. Pero "intimidarme fácilmente" no es uno de ellos.

—Me lo imaginaba —Annabelle vuelve a coger su té y me estudia por encima del borde—. Creo que Thomas te habría aprobado.

A través de la ventana, puedo ver a Vesper ayudando a Luka a entrar en el castillo hinchable mientras Pavel y Waylen se enzarzan en lo que parece ser una pelea de lucha libre. Su risa se propaga en el aire de la tarde, brillante y despreocupada como pocas veces he oído.

—¿Puedo preguntarte algo? —me vuelvo hacia Annabelle.

—Por supuesto.

—Hace un momento, cuando mencionaste que Vesper era mejor médico que su padre, ¿qué querías decir?

Annabelle se queda con la taza a medio camino de los labios. Durante un largo momento, no dice nada. —Thomas era brillante —dice finalmente—. Pero al final tomó decisiones que todavía no entiendo del todo.

—¿Qué tipo de decisiones?

—Del tipo que toman los hombres buenos cuando intentan proteger a las personas que aman —mira por la ventana la misma escena que yo acabo de contemplar. La felicidad doméstica en su patio trasero. La felicidad pura de un niño y de todos los que lo quieren—. Proteger puede parecer alejar a las personas. Pueden ser decisiones que parecen egoístas en apariencia, pero que provienen del amor.

Pienso en mis propias decisiones: los muros que he construido, la distancia que he intentado mantener tanto con Vesper como con Luka. La constante batalla entre querer protegerlos y querer tenerlos cerca.

—¿Crees que intentaba proteger a Vesper cuando rechazó su ayuda?

—Creo que Thomas sabía cosas sobre sí mismo que no quería que fueran una carga para sus hijos —Annabelle me mira a los ojos—. Igual que creo que tú sabes cosas sobre tu mundo que no quieres que sean una carga para Vesper.

Le doy la única respuesta que puedo, que es un silencio sepulcral.

—La diferencia —continúa—, es que Vesper ya no es una niña. Es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones sobre los riesgos que está dispuesta a correr.

En ese momento, la puerta trasera se abre de golpe y Luka entra corriendo, con las mejillas sonrojadas y el pelo revuelto. —¡Tío Kovan! ¡Tienes que venir a ver esto! ¡Waylen me ha enseñado a dar un salto mortal hacia atrás!

—¿Un salto mortal hacia atrás? —le pregunto a Waylen, que aparece en la puerta con aire ligeramente culpable.

—Un mortal hacia atrás muy pequeño —aclara—. Más bien una pequeña voltereta, en realidad. Totalmente segura.

Vesper empuja a su hermano, sacudiendo la cabeza. —Me doy vuelta cinco minutos y le enseñas a mi hijo acrobacias peligrosas.

Mi hijo.

Ella no se da cuenta del desliz, es la segunda vez que lo dice, pero yo sí. También su madre, cuya sonrisa pícara se amplía.

—¡Vamos! —dice Luka, agarrándome de la mano y tirando de mí hacia la puerta—. Quiero enseñártelo antes de que se me olvide cómo se hace.

Mientras salimos, oigo la voz de Annabelle detrás de mí. Es suave, pero me llega como si estuviera destinada solo a mis oídos. —Vale la pena luchar por ella, ¿sabes?

Me giro y la veo mirándonos a través de la ventana abierta, con los ojos suaves, llenos de algo que podría ser esperanza.

—Lo sé —le digo—. Lo sé.

VESPER

El sándwich de queso fundido descansa en mis manos, una carta de amor de lactosa y centeno. Las cebollas caramelizadas asoman entre el pan perfectamente dorado, y hay un pequeño recipiente con pepinillos junto a él, de los buenos, los de eneldo que mencioné que me gustaban exactamente una vez, de pasada, hace tres semanas.

—Me has traído el almuerzo —alzo la vista hacia Kovan—. ¿Me. Has. Traído. El. Almuerzo…?

Kovan se apoya en el marco de la puerta de la sala de descanso. Mide 1,93 m, es ruso, guapo y misterioso. Desentona completamente entre las paredes beige institucionales y las luces fluorescentes parpadeantes del hospital, pero no parece importarle. Por mi parte, podría acostumbrarme a verlo aquí más a menudo.

Especialmente, cuando viene a darme de comer.

—Llevas dieciocho horas trabajando —dice simplemente—. Por si acaso lo has perdido de vista. Y te quedan al menos seis más. Así que sí, te he traído el almuerzo. Dios sabe que lo necesitas.

Quiero discutir, pero ambos sabemos que tiene razón. La sala de pediatría está completamente abarrotada desde ayer por la mañana. Es como si todas las personas menores de dieciocho años de toda la maldita ciudad hubieran decidido enfermarse o lesionarse a la vez.

Pero no puedo evitar ponerme agresiva con él. Es solo un instinto. —¿Quién dice que no he comido ya?

—Oh, seguro que sí —asiente Kovan, con una sonrisa en los labios —. Una tostada quemada y diez tazas de café. ¿Me equivoco?

Me sonrojo. —En mi defensa, eran tazas pequeñas de café.

—¿Cuántas "tazas pequeñas"?

—Puede que diez. Puede que nueve u once. Nadie las estaba contando.

Él niega con la cabeza mientras se ríe. —Va a darte un ataque al corazón.

Desenvuelvo el sándwich y le doy un mordisco. Los sabores explotan en mi lengua: queso cheddar picante, cebolla dulce, pan crujiente con mantequilla. Es perfecto. Por supuesto que es perfecto. Kovan no hace nada a medias.

Trago saliva y lo miro. —¿A quién mataste para conseguir esto?

—Lo hice yo mismo, en realidad.

Levanto las cejas. —¿Lo has hecho *tú*?

—No te sorprendas tanto. Sé hacer más cosas que intimidar a la gente y estar guapo.

Sin embargo, sin duda sabe hacer esas dos cosas tan bien como cualquiera. La prueba está a simple vista: las enfermeras de la estación detrás de nosotros están prácticamente babeando. Veo a Rebecca, de oncología pediátrica, estirando el cuello para ver mejor, y Sandra, de la UCI neonatal, ha abandonado toda pretensión de trabajar para quedarse boquiabierta.

No puedo culparlas. Kovan Krayev en el pasillo de un hospital es como un Ferrari aparcado en una parada de autobús. Solo una mujer ciega podría ignorarlo.

—Estás causando un gran revuelo —le susurro, señalando con la cabeza al público cada vez más numeroso.

Él sigue mi mirada y se encoge de hombros. —Que hablen.

Hay algo posesivo en su forma de decirlo, algo que me revuelve el estómago. Como si quisiera que supieran exactamente a quién pertenece.

Cierro la fiambrera y me levanto. —Solo tengo treinta minutos antes de mi próxima operación.

—Entonces come. Necesitas...

—El problema es —le interrumpo—, que ahora mismo no tengo hambre de comida.

La mirada de Kovan se oscurece. —Vesper...

Le cojo la mano. —Ven conmigo.

Caminamos juntos por el pasillo, cada vez más rápido. Puedo sentir todas las miradas fijas en nosotros. Mañana, todo el hospital estará alborotado con especulaciones sobre la Dra. Fairfax y su misterioso visitante.

Citando a Kovan: *que hablen*.

Lo empujo hacia la primera sala de guardia que encuentro y cierro la puerta tras nosotros. El espacio es reducido: solo hay una cama estrecha, un pequeño escritorio y un armario apenas lo suficientemente grande para guardar la ropa de trabajo.

Pero es privado. Lo suficientemente privado para lo que tengo en mente, al menos.

—Vesper... —me advierte de nuevo—. ¿Estás segura de que es una buena idea?

Lo empujo contra la puerta, con las manos ya desabrochándole los botones de la camisa. —No me digas que de repente te has vuelto

tímido.

—Te estoy diciendo que tienes una operación en veintisiete minutos y que probablemente deberías concentrarte en eso en lugar de...

Lo callo con mi boca, besándolo con tanta fuerza que le dejo un moretón. Sabe a café y whisky. Cuando me aparto, ambos respiramos con dificultad.

—Me concentro mejor después —le susurro al oído—. Tú me relajas.

—¿Eso es lo que hago? —sus manos se posan en mis caderas—. ¿Relajarte?

—Después de ponerme nerviosa, claro.

Nos da la vuelta y me empuja contra la puerta que estaba a sus espaldas. El metal está frío contra mi espalda, en marcado contraste con el calor que irradia su cuerpo.

—¿Qué otras cosas? —Su boca encuentra el punto sensible justo debajo de mi oreja. Tengo que morderme el labio para no reírme, gemir o ambas cosas.

—Me haces sentir poderosa —susurro—. Como si pudiera hacer cualquier cosa.

—Puedes hacer cualquier cosa —sus manos se cuelan bajo mi bata. Tiemblo y susurro al sentir su contacto—. Vas a salvar a esa niña que está ahí dentro. Vas a darle un futuro.

A pesar de estar muy ocupada con lo que hacen mis manos y mi boca, no puedo evitar repasar su expediente en mi cabeza. Mia Callum. Ocho años. Tumor cerebral del tamaño de una pelota de golf que presiona su lóbulo temporal. Sus padres llevan tres días acampados en la sala de espera, turnándose para dormir en sillas de plástico y sobreviviendo a base de patatas fritas de la máquina expendedora.

—¿Y si no puedo? —el miedo se apodera de mí antes de que pueda tragármelo—. ¿Y si lo estropeo?

Kovan se echa hacia atrás para mirarme, con sus ojos verdes llenos de seriedad. —No lo harás.

—No lo sabes.

—Te conozco —su pulgar roza mi pómulo—. Sé que preferirías morir antes que dejar sufrir a un niño. Sé que has dedicado cada minuto libre de la última semana a estudiar esa resonancia magnética, planificando todos los ángulos de enfoque posibles.

Tiene razón. Me he memorizado la resonancia, cada milímetro del tumor está grabado en mi mente.

—También sé —continúa—, que eres la mejor cirujana pediátrica de este edificio. Quizás de la ciudad. Quizás del mundo.

—Kovan...

—Y sé que, cuando entres en ese quirófano, vas a estar brillante. Porque así eres tú, Vesper. Eso es lo que haces.

La confianza en su voz calma mis nervios. El nudo de ansiedad en mi pecho se afloja, sustituido por algo más estable.

Determinación.

Confianza.

Amor.

—Gracias —alargo la mano para acariciarle la cara—. Necesitaba oír eso.

—Bien —se inclina para besarme de nuevo, esta vez con más suavidad—. Ahora, quítate la ropa y déjame "relajarte", Dra..



UNAS HORAS MÁS TARDE, estoy viviendo el mejor momento de mi carrera.

La cirugía fue impecable. Perfecta, como en los libros. Extirpé hasta la última célula del tumor, y Mia Callum despertará con un futuro brillante por delante.

Me siento como una superheroína.

Sigo llena de adrenalina mientras me cambio la bata quirúrgica. Por esto me hice médico. Por esta sensación, por saber que acabo de devolverle la vida a una niña.

Cojo mi teléfono para enviarle a Kovan la buena noticia, pero me quedo paralizada al ver que ya tengo mensajes suyos.

KOVAN: ¿Cómo ha ido?

KOVAN: ¿La niña está bien?

KOVAN: Llámame cuando termines.

Estoy a punto de responder cuando oigo voces en el pasillo fuera del vestuario. Una de ellas me hiela la sangre.

La risa untuosa de Jeremy Fleming resuena en las paredes, pero es la voz que le responde la que me hace soltar el teléfono.

Acento ruso. Grave y ronca.

Ihor.

Abro la puerta del vestuario y miro hacia fuera. Efectivamente, Jeremy está de pie cerca de la sala de enfermeras, gesticulando violentamente mientras Ihor escucha con esa expresión fría y calculadora que recuerdo muy bien de cuando llegó con Yana a recoger a Luka para su visita de cumpleaños.

¿Qué demonios hace aquí el padrastro de Luka?

Cojo mi teléfono y le envío un mensaje a Kovan inmediatamente.

VESPER: La operación ha salido perfectamente. Mia se va a poner bien. Pero tenemos un problema. Ihor está aquí hablando con Jeremy. Esto no puede ser bueno.

La respuesta llega más rápido de lo que esperaba.

KOVAN: No te preocupes.

Miro fijamente la pantalla. ¿Eso es todo? *¿Que no me preocupe?*

VESPER: Kovan, esto es serio. ¿Qué hacen aquí? ¿Cómo se conocen?

KOVAN: Te he dicho que no te preocupes. Yo me encargo.

Hay algo extraño en sus respuestas. Demasiado informal. Demasiado desdeñoso. Casi como si...

VESPER: ¿Sabes algo que yo no sé?

Esta vez, no hay respuesta inmediata. Veo cómo aparece y desaparece el indicador de escritura varias veces antes de que finalmente responda.

KOVAN: Confía en mí.

Tres palabras que deberían tranquilizarme, pero que, en cambio, de alguna manera empeoran las cosas.

Vuelvo a asomarme por la puerta. Ihor y Jeremy siguen absortos en su conversación, con las cabezas juntas. Mientras observo, Jeremy saca su teléfono y le muestra algo a Ihor en la pantalla. Sea lo que sea, hace sonreír a Ihor, y esa sonrisa me revuelve el estómago.

Las personas como Ihor no sonríen a menos que alguien más esté a punto de sufrir.

Salgo del vestuario por la puerta trasera, dando un rodeo para evitarlos. Pero no puedo quitarme de la cabeza la sensación de que algo va muy, muy mal.

~

La sensación me persigue hasta el ascensor, donde casi choco con el Dr. Preston Smith.

—Dra. Fairfax —su habitual sonrisa cálida ha desaparecido—. Necesito hablar contigo.

Se me revuelve el estómago. —¿Se trata de la operación de Callum? Porque todo salió perfectamente...

—No se trata de la operación —se pasa la mano por el cabello canoso—. Solo quería avisarte... Han presentado una queja contra ti.

Me quedo atónito. —¿Una queja?

—Una denuncia anónima —aclara—. Pero es lo suficientemente grave como para que la administración quiera investigarla.

El ascensor suena, pero ninguno de los dos se mueve para entrar. A nuestro alrededor, el hospital continúa con su ritmo interminable: médicos corriendo de una habitación a otra, enfermeras revisando historiales, el zumbido constante de las máquinas que mantienen con vida a los pacientes.

Siento como si estuviera teniendo una pesadilla.

—¿Qué tipo de denuncia?

—Mala conducta profesional. En concreto, acusaciones de que has estado abusando de tu posición para mantener relaciones inapropiadas con donantes del hospital.

Al principio, las palabras no tienen sentido. Luego, lo tienen y el mundo se inclina hacia un lado.

—¿Donantes del hospital? —repito estúpidamente.

—Grandes donantes —confirma el Dr. Smith—. La denuncia sugiere que has estado intercambiando favores sexuales por financiación.

Abro la boca para responder, pero al principio no me sale nada. Esto es una locura. Una completa locura. —Dr. Smith, yo nunca...

—Lo sé —su ceño se suaviza ligeramente—. He trabajado contigo durante años, Vesper. Sé el tipo de médico que eres, el tipo de persona que eres. Pero la denuncia era detallada. Específica. Y se produjo tan poco después de la importante donación del Sr. Krayev...

Las piezas encajan con horrible claridad. La donación de diez millones de dólares de Kovan al ala pediátrica. Nuestra relación tan pública. Hace solo unas horas, cuando corríamos por el pasillo cogidos de la mano, riéndonos como colegialas, para tener sexo sudoroso en una sala de guardia...

Alguien ha utilizado nuestra relación como arma contra mí.

—Esto es ridículo —digo finalmente—. Completamente ridículo.

—Estoy de acuerdo. Pero, hasta que se complete la investigación, quedas suspendida de cirugía.

Si la primera bomba me impactó, esta me deja con la boca abierta. —¿Suspendida?

—A la espera de la investigación. Puedes seguir viendo pacientes y atendiendo consultas, pero nada de intervenciones quirúrgicas hasta que esto se resuelva.

Pienso en Mia Callum, durmiendo plácidamente en la sala de recuperación. En todos los demás niños que necesitan cirugía, que necesitan a alguien que luche por ellos.

Se supone que *yo soy* esa persona. Se supone que *soy* su superheroína.

—¿Cuánto tiempo? —pregunto.

—No lo sé. Podrían ser semanas. Podrían ser meses.

El ascensor vuelve a sonar. Esta vez, el Dr. Smith entra. —Por si sirve de algo —dice, mientras las puertas comienzan a cerrarse—, creo

que esto es una mierda. Pero tengo las manos atadas.

Las puertas se cierran, dejándome sola en el pasillo.

La superheroína acaba de estrellarse contra la Tierra.

KOVAN

—Han cambiado la fecha de tu juicio.

Mi abogado, Derek Augustine, se recuesta en su sillón de cuero y me dedica una sonrisa llena de dientes dignos de un anuncio de Crest. Supongo que pretende tranquilizarme, pero estoy demasiado ocupado preguntándome cuánto habrán costado esas carillas, porque estoy a punto de romperlas todas.

—¿Qué coño quieres decir con cambiado? —espeto.

—No te preocupes, señor Krayev, es normal. Las fechas de los juicios cambian constantemente. Es decisión del juez, decisión de los abogados...

—Nosotros no hemos pedido un aplazamiento —le interrumpo—. Lo que significa que lo ha hecho la otra parte.

—Bingo —Derek se ajusta la corbata Armani, sin darse cuenta de que estoy imaginando cómo se la enrollo alrededor del cuello como una soga—. Están ganando tiempo. Es una estrategia legal habitual.

Elegí a este abogado tan astuto porque tiene un historial perfecto. Casos de custodia, divorcios de alto perfil, batallas por la pensión alimenticia... El hombre no ha perdido ni una sola vez en quince años. Su tasa de éxito es la única razón por la que estoy sentado en

esta oficina pretenciosa en lugar de ocuparme de Yana e Ihor a mi manera.

Lo cual implicaría mucho menos papeleo y mucha más sangre.

Pero confiar en él no es lo mismo que contratarlo. Ni de coña. Tengo a dos de mis hombres siguiéndolo día y noche, por si acaso. No voy a dejar el futuro de Luka al azar.

—¿Cuánto tiempo pueden alargar esto?

—No indefinidamente. El juez no permitirá retrasos interminables —Derek se recuesta en su silla, con los dedos entrelazados—. Han solicitado dos semanas. Eso nos favorece, nos da más tiempo para consolidar tu caso.

—Mi caso ya es sólido.

—¿De verdad? —Derek arquea las cejas—. Porque la defensa va a atacar el punto más débil de tu armadura. Creo que todos sabemos cuál es.

Sé a qué quiere llegar, pero lo dejo decirlo de todos modos.

—Tu relación con la Dra. Fairfax.

Aprieto los dientes. —¿Qué pasa con eso?

Levanta las cejas. —No es mi primera vez, señor Krayev. Me gano la vida haciendo de abogado del diablo. Literalmente —acerca su silla y me mira con seriedad—. Esto es lo que va a pasar: van a alegar que es falsa. Que es una estratagema publicitaria, una estafa cínica y calculada para que parezcas más estable en la evaluación de la custodia. Por suerte para ti, he estado anticipando este escenario exacto desde el día en que entraste en mi oficina.

Aprieto las manos sobre mi regazo. —¿Qué estás insinuando exactamente?

—No estoy insinuando nada, estoy exponiendo hechos —Derek abre una carpeta de cartón y esparce fotos por su escritorio. Fotos de mí

y Vesper en la gala médica, en la escuela de Luka, paseando por el Golden Gate Park—. La historia para el jurado es sencilla: la Dra. Fairfax trató a tu sobrino; te enamoraste de ella durante una de esas visitas. Amor a primera vista, eso es todo. Una historia tan antigua como el tiempo. Así que la invitaste a salir, pero al principio mantuvieron la relación en secreto porque no querían que Luka se encariñara demasiado rápido. Ese es el tipo de figura paterna que eres. Sobrio, responsable, considerado.

Me pasa otra foto: Vesper y yo, cada uno cogiendo una mano de Luka, riendo mientras lo balanceamos entre nosotros.

—Una vez que estuviste seguro de que iba en serio, finalmente se la presentaste a tu sobrino. Una progresión natural que cualquier juez encontrará creíble.

No me gusta su actitud engreída. —Crees que todo esto es una farsa.

—¿Quién, yo? —la sonrisa de Derek se ensancha—. Creo que eres un hombre muy inteligente que entiende lo que está en juego. ¿Conseguir una novia seria justo antes de una batalla por la custodia? Bien jugado, señor.

Las ganas de cruzar el escritorio y romperle la nariz siguen siendo casi irresistibles. —Te equivocas.

—Oh, sin duda. A menudo lo hago —su tono sugiere que no cree estar ni un poco equivocado—. Pero incluso si la relación es genuina, tenemos que prepararnos para sus ataques, porque ellos no se lo creen ni por asomo. Intentarán presentar a la Dra. Fairfax como inestable, inadecuada y peligrosa para un niño.

—Es una cirujana pediátrica que se dedica a salvar la vida de niños.

—También ha sido suspendida de cirugía en espera de una investigación por mala praxis profesional.

Eso me deja helado. —¿Qué?

Derek mantiene una expresión cuidadosamente tranquila. —¿No lo sabías? La denuncia se presentó esta mañana. Una acusación anónima de que ha estado intercambiando favores sexuales por donaciones al hospital.

Mi visión se vuelve roja por los bordes. —¿Quién la presentó?

—Anónimo significa anónimo, señor Krayev. Pero el momento es bastante oportuno, ¿no crees? Justo después de tu generosa donación al ala pediátrica.

—Anónimo —en este caso, solo puede significar Ihor. Esa puta serpiente estaba hoy en el hospital, casi con toda seguridad coordinando este mismo ataque con Jeremy Fleming. Mientras yo jugaba a las casitas con Vesper y Luka, mis enemigos tramaban destruirlo todo.

—Esto no cambia nada —continúa Derek—. De hecho, podría jugar a nuestro favor. Demuestra que la parte contraria está desesperada, dispuesta a hacer acusaciones falsas y desagradables. Al juez no le gustará eso.

A mí tampoco. Pero...

Respira, Kovan.

Inhala. Exhala. Concéntrate. Planifica.

Abro los ojos. —¿Y si la investigación descubre algo?

Derek se encoge de hombros. —Entonces, nos ocuparemos. Pero he pedido a mi gente que investigue los antecedentes de la Dra. Fairfax. Esa mujer es prácticamente una santa. Ni siquiera tiene una multa de aparcamiento —se inclina hacia delante y baja la voz en tono conspirador—. Hablando de la relación, ¿hay alguna posibilidad de que haya un anillo en un futuro próximo? Porque un compromiso garantizaría esencialmente la custodia a tu favor.

Un anillo.

Matrimonio.

Hace seis meses, solo con pensar en ello habría sacado mi pistola para dispararle a quien fuera tan tonto como para sugerirlo. Pero aquí sentado, pensando en Vesper, la idea no me parece una sentencia de muerte.

Me parece jodidamente *tangible*.

Puedo imaginarlo: Vesper con un vestido blanco, con lágrimas en los ojos mientras le deslizo un diamante en el dedo. Luka como nuestro portador de anillos, sonriendo como en la mañana de Navidad. Una familia de verdad. Un futuro de verdad.

La fantasía es tan vívida que me deja sin aliento.

—Hemos terminado —me levanto bruscamente, y la silla raspa contra el suelo de madera.

—Sr. Krayev, deberíamos discutir...

—He dicho que hemos terminado.

Salgo por la puerta antes de que Derek pueda terminar la frase, dejándolo sentado detrás de su costoso escritorio con su costosa sonrisa y sus costosos consejos que no valen absolutamente nada.

Porque se equivoca en una cosa.

Mi relación con Vesper no es una estrategia de relaciones públicas. No es un truco calculado ni una mentira conveniente.

Es lo único real en mi vida.

Y quemaré el mundo entero antes de dejar que alguien me lo quite.



—Ihor ha estado hoy en el hospital —me derrumbo en el sofá de cuero de mi despacho, con el cansancio calándome los huesos. La

reunión con Derek me ha dejado como si me hubieran metido en una licuadora, y el día ni siquiera ha terminado.

Osip levanta la vista. —¿Lo has visto?

—Vesper lo ha visto.

La lata de cerveza que Osip tiene en la mano se le resbala y la espuma le salpica la camisa al atraparla. —Maldición. ¿Te ha hecho preguntas?

Me paso las manos por la cara, sintiendo cada uno de mis treinta y cinco años. —Por supuesto que me hizo preguntas. No es tonta. Sabe que algo va mal.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Le dije que me encargaría y que no se metiera.

Osip deja la cerveza y se gira para mirarme de frente. —¿Y se ha quedado con eso?

—Por ahora —me pellizco el puente de la nariz, donde se está formando un dolor de cabeza como una tormenta—. Pero al final lo descubrirá. Vesper es demasiado inteligente, demasiado curiosa. Seguirá indagando hasta descubrir la verdad.

—Quizá no tenga que descubrir nada.

Lo miro con dureza. —¿Qué quieres decir con eso?

—Digo que quizá la verdad siga oculta. Estás acabando con el tráfico de órganos, ¿no? Llevando a la organización por otro camino. Lo que Vesper no sabe no puede hacerle daño.

—Pero ¿y si es demasiado tarde? —reflexiono en voz alta—. ¿Y si no lo cierro lo suficientemente rápido? ¿Tienes idea de a cuántas personas hemos hecho daño mientras yo estaba ocupado enfrentándome a Ihor?

—Kovan...

—¿Cuántos pacientes hay ahora mismo por ahí con órganos que les faltan y ni siquiera lo saben? ¿Cuántas personas murieron en la mesa de operaciones mientras les extraían los riñones para el mercado negro? —me levanto de un salto y me acerco a la ventana que da al jardín.

—No puedes culparte por las decisiones de tu padre —protesta Osip —. Ni por las de Vitalii.

—Puedo culparme por no haberlo detenido en el momento en que tomé el control —golpeo con los nudillos el marco de la ventana—. Cada día que esperé, cada concesión que hice a Ihor... hubo gente que sufrió por ello.

—¿Y cuál es el plan?

Me vuelvo hacia él. —Actuamos rápido. Cortamos la cabeza de la serpiente y derribamos toda la red antes de que Ihor pueda reconstruirla.

—Eso va a ser complicado, Ko. ¿Estás seguro de que queremos iniciar una guerra justo antes de la audiencia de custodia?

Tiene razón, por supuesto. Cualquier indicio de violencia, cualquier sugerencia de que Luka podría estar en peligro, y el juez lo devolverá con Yana más rápido de lo que puedo pestañear.

—Entonces estoy atrapado —incluso decirlo en voz alta me repugna —. Si actúo contra Ihor ahora, corro el riesgo de perder a Luka. Si espero, el tráfico de órganos continuará bajo mis narices y morirán más personas inocentes.

—Siempre hay una tercera opción.

—¿La hay? Porque desde mi punto de vista, todas las opciones conducen al desastre.

Osip se levanta y se dirige al minibar que hay en la esquina de la oficina. Sirve dos vasos de whisky solo y me da uno. —¿Y si pudiéramos acabar con la operación sin que se remontara a ti?

—Imposible. Ihor sabe que estoy detrás de cualquier movimiento en su contra.

—No si es otra persona la que da el paso.

Doy un sorbo al whisky, dejando que se lleve parte de la frustración. —¿En qué estás pensando?

—Estoy pensando que conozco a algunas personas que me deben favores. Personas sin conexión con la Bratva, sin motivo para que Ihor sospeche que tú estás involucrado.

No es una idea tan mala. Osip tiene contactos por toda la ciudad: exmilitares, operadores independientes, hombres que trabajan por dinero y no hacen preguntas.

—Tendría que ser perfecto. Un error y...

—Y Luka volverá con Yana. Lo sé —Osip asiente, solemne y comprensivo—. Pero esta podría ser nuestra única oportunidad de conseguirlo todo. Obtener la custodia de Luka y detener el tráfico de órganos.

—¿Y Vesper?

—¿Qué pasa con ella?

Dejo mi copa y lo miro a los ojos. —No puede saberlo. Nada de nada. El tráfico de órganos, nuestros planes para detenerlo, el hecho de que yo haya permitido que continuara.

—¿Crees que te juzgaría?

—Creo que se iría.

Si se enterara, la verdad no solo la haría sufrir, la mataría. Si llegara a vislumbrar siquiera el tipo de depravación que he permitido que continúe bajo mi supervisión, se iría para siempre.

Levanto la vista hacia Osip. —Nunca me lo perdonaría.

Él asiente lentamente. —Entonces, no se enterará.

—¿Puedes garantizarlo?

—Puedo garantizar que haré todo lo que esté en mi mano para mantenerla en la ignorancia. Pero Kovan, los secretos siempre acaban saliendo a la luz. Especialmente en las familias.

Pienso en esa palabra durante un rato, dándole vueltas y vueltas en mi cabeza. *Familia*. Pienso en todo lo que significaba antes. En todo lo que aún podría significar, si logramos salir de este pozo sin fondo.

—Ella seguirá protegida —digo finalmente—. Hagamos lo que hagamos, sea cual sea nuestra decisión sobre Ihor, Vesper no se verá involucrada. Seguirá sin saber nada.

Él asiente y saluda. —Entendido.

Vuelvo a la ventana. El césped está cortado. Líneas perfectas y ordenadas, limpias y puras, como si pertenecieran a la vida de otra persona.

Quizá Osip tenga razón. Quizá los secretos sean la única forma de proteger a las personas que amamos.

Pero mientras estoy allí, observando cómo las sombras se alargan sobre el césped recortado, no puedo evitar la sensación de que estoy cometiendo el mayor error de mi vida.

Porque, según mi experiencia, los secretos no permanecen ocultos, sino que explotan.

Y cuando lo hacen, destruyen todo a su paso.

VESPER

—¡Anímate, V! —Charity me saluda con su mimosa como si fuera una varita mágica que de alguna manera mejorará mi mal humor—. Míranos, tomando el brunch en una cafetería bonita, actuando como personas normales con vidas normales por una vez. Es encantador. Deberías sonreír.

Contorsiono la boca en algo parecido a una media sonrisa nauseabunda, como si tuviera mareo. —¿Mejor?

—Oh, mucho mejor —pone los ojos en blanco—. En serio, ¿qué te pasa hoy? ¿Sigues obsesionada con que el psicópata padrastro de Luka tiene reuniones secretas con tu jefe de pesadilla?

—Eso fue la crisis de ayer —empujo los huevos Benedict sin tocar por el plato—. Hoy estoy esperando a un amigo que me ha dejado plantada.

—¡Ja! No tienes amigos. Excepto yo, obviamente. Y yo estoy aquí. Obviamente.

—Me refiero a mi amigo Andrés.

El tenedor de Charity se detiene a medio camino de su boca. —Oh. Oh, mierda. ¿Cuánto se ha retrasado?

—Una semana —murmuro entre mis huevos—. Pero probablemente me estoy estresando por nada. Estoy tomando la píldora, por el amor de Dios. Mi ciclo siempre ha sido raro, de todos modos.

—Hipotéticamente hablando... —Charity se inclina hacia delante, con ese brillo travieso en los ojos que anuncia problemas—. ¿Cómo te sentirías si estuvieras realmente embarazada?

—Furiosa.

—¿En serio?

Me escondo detrás de mi vaso de agua, pero Charity lo ve todo. Siempre lo ha hecho.

—No lo sé —admito finalmente—. Nunca pensé que tendría hijos. Nunca los quise realmente.

—Antes de ahora, quieres decir.

—No.

—Está bien cambiar de opinión, V. Está bien querer algo normal por una vez. Especialmente, con un hombre al que amas.

—Él no es de los que se casan, Char.

—Tú tampoco lo eras. Antes de conocerlo. Y ahora... bueno, ¿quién sabe?

Juego con los saleros y pimenteros. Tienen la forma de los símbolos del yin y el yang: dos mitades curvas que encajan perfectamente a pesar de ser completamente diferentes. Solía pensar que eso era lo que éramos Kovan y yo. Ahora, no estoy segura de si eso era solo una ilusión.

O tal vez solo estoy encontrando metáforas exageradas en la vajilla.

—Aunque quisiera casarse, no quiere tener hijos. Lo ha dejado muy claro.

Charity hace un gesto de desprecio. —A veces, los hombres necesitan que les mostremos lo que realmente quieren. Solo tienes que verlo con Luka y, no sé, es obvio.

—¿Qué es obvio?

—Que ya es padre. Solo que aún no lo sabe.

Mi teléfono empieza a vibrar sobre la mesa. Lo miro entrecerrando los ojos y me quedo paralizada. —Dios mío, es el colegio de Luka —contesto antes del segundo tono—. ¿Hola?

—¿Dra. Fairfax? —la recepcionista suena enérgica y profesional, pero juraría que hay un ligero pánico bajo esa fachada—. Intentamos contactar primero con el señor Krayev, pero usted figura como contacto de emergencia secundario, así que...

La interrumpo —¿Luka está herido?

—Ha habido un... incidente. No está herido, pero...

—¿Qué tipo de incidente? —al levantarme, tiro el vaso de agua, pero no me importa lo más mínimo el charco que se extiende por la mesa.

—No estamos del todo seguros. No dice mucho, pero lo encontramos en una de las taquillas.

—¿Estaba *dentro* de una taquilla?

—Pregunta por su tío. Y por usted. Sería mejor que alguien viniera a recogerlo.

Charity empieza a protestar, a preguntar qué está pasando. Pero yo ya me he ido.

~

Encuentro a Luka sentado en la sala de espera del director, balanceando las piernas porque sus pies apenas tocan el suelo. Está

mirando por la ventana los cuidados jardines: pistas de tenis, piscinas, todas las extravagantes ventajas de la vida en un colegio privado para el uno por ciento.

Luce completamente desdichado.

—¿Luka?

Se gira y el alivio que lo invade me dan ganas de llorar. —Vesper — Todo su cuerpo se relaja—. ¿Puedes llevarme a casa?

Me siento a su lado, con cuidado de no agobiarlo. —Por supuesto. Pero ¿podemos hablar primero?

Empieza a dar golpecitos con el talón contra la pata de la silla. — Quiero irme a casa —repite, esta vez en voz más baja.

Le acaricio el pelo con la mano. —¿Cómo acabaste atrapado en ese armario, cariño?

Se estremece como si lo hubiera golpeado. Entrelaza las manos hasta que se le ponen blancos los nudillos. —No me quedé atrapado. Alguien me empujó.

Un escalofrío me recorre la espalda. —¿Qué?

—Hay un grupo de chicos —no me mira—. No les caigo bien.

—¿Te metieron en la taquilla?

—Primero me dijeron cosas. Cosas desagradables. Luego, me empujaron dentro y mantuvieron la puerta cerrada.

—¿Qué tipo de cosas?

Su voz se reduce a un susurro —Sobre mi padre muerto.

La ira brota de mi pecho, ardiente y violenta. Quiero encontrar a esos pequeños bastardos y hacerles comprender exactamente lo que han hecho y cuáles serán las consecuencias. Quiero llamar a Kovan y dejar que él se encargue de esto a su manera.

Sin embargo, en lugar de eso, beso la cabeza de Luka. —Espérame junto a la fuente, ¿vale? Tengo que hablar con el director.

—¿Qué vas a hacer?

—Solo tener una conversación —mantengo mi sonrisa amable aunque mi sangre hierva—. Seré rápida, lo prometo.

—¿Entonces podemos irnos a casa?

—Mejor que eso. Al museo de ciencias y a comer un helado en el parque.

Su rostro se ilumina. —¿De verdad?

—De verdad, de verdad —me llevo la mano al corazón—. Ve. Yo iré enseguida.

Coge su mochila y se aleja corriendo, mirando por encima del hombro como si esperara que aparecieran sus torturadores.

En cuanto desaparece de mi vista, entro furiosa en el despacho del director.

El decano Kenneth Thomas está hablando por teléfono y, al verme, levanta las cejas con fastidio. Levanta un dedo para indicarme que espere.

Me inclino sobre su enorme escritorio e interrumpo su llamada.

Se queda boquiabierto. —Disculpa, señorita Fairfax, pero eso fue...

—Es Dra. Fairfax —lo corrijo, con una voz tan fría que podría congelar el infierno—. Vengo por Luka Krayev. El niño que quedó atrapado en una puta taquilla mientras ustedes lo perdían de vista. ¿Lo recuerda?

Thomas se pone de pie y se alisa la corbata. —Hablé con el niño. Está bien. Solo fueron unas peleas de niños, ya sabe cómo son los niños.

—¿Esa es tu opinión profesional, decano Thomas?

—Los niños a veces pueden ser bruscos. Hablaré con todos los chicos involucrados, me aseguraré de que entiendan...

—No. Una charla no va a servir. Quiero consecuencias reales. Esos niños son matones, y los matones deben aprender que sus acciones tienen repercusiones.

Se le enrojece el rostro. —Dra. Fairfax, no creo que...

—Creo que tienes miedo de castigar a los verdaderos culpables porque sus padres hacen grandes donaciones —me acerco y lo señalo con el dedo—. Pero hay algo que debes entender: ni siquiera todos esos padres ricos juntos podrían protegerte del infierno que estoy dispuesta a desatar si esta situación no se maneja adecuadamente.

Se aclara la garganta. —¿Qué es lo que sugieres exactamente?

—Un mes de suspensión para todos los niños involucrados. Servicio comunitario en las instalaciones de la escuela después del horario escolar. Disculpas por escrito a Luka de parte de cada uno de ellos. Y si me entero de un incidente más, aunque sea una mirada desagradable en su dirección, me aseguraré de que la reputación de esta escuela se convierta en mi proyecto personal.

—¿Algo más?

—Si se me ocurre algo adecuado, te lo haré saber —me dirijo hacia la puerta y luego me doy vuelta—. Burlarse del padre fallecido de un niño no es "cosas de niños", decano Thomas. Es una crueldad abyecta. Y, si no ve la diferencia, quizá no debería dirigir una escuela.

Cierro la puerta con tanta fuerza que las ventanas tiemblan.

Y entonces, me tropiezo con un muro de músculos.

—¡Kovan!

Está allí de pie, con su traje perfectamente entallado, los ojos verdes ardiendo con algo entre orgullo y deseo. Esa sonrisa lenta y seductora se extiende por su rostro.

—Ha sido magnífico —murmura.

Me pongo roja como un tomate. —¿Lo has oído todo?

—Cada hermosa y aterradora palabra —su palma acaricia mi mejilla —. Yo mismo no lo habría hecho mejor.

—Ni siquiera sé lo que dije allí dentro —mis manos tiemblan por la adrenalina residual—. Estaba tan enfadada porque alguien trató a Luka de esa manera...

Me interrumpe con un beso. Aquí mismo, en el pasillo de la costosa escuela privada de Luka, Kovan me besa como si estuviéramos solos en su dormitorio.

Cuando nos separamos, estoy mareada.

—¿Por qué has hecho eso?

—Por protegerlo cuando yo no podía estar aquí. Por luchar por él. Por ser exactamente quien él necesita que seas —su pulgar recorre mi pómulo—. Eres feroz cuando te enfadas, señorita... perdón, Dra. Fairfax.

Me río, y parte de la tensión finalmente abandona mis hombros. —¿Te estás burlando de mí?

Kovan sonríe. —Ni se me ocurriría.

KOVAN

—¿A qué se debe este maldito retraso? —miro mi reloj por décima vez en cinco minutos—. Llevamos más de una hora sentados en este pasillo abandonado.

Estoy harto de este lugar. La sala del tribunal es austera y vieja. Luces que parpadean mal, tejas del techo que faltan en el pasillo y las sillas de sala de espera más incómodas que la sociedad humana haya producido jamás. Estoy medio tentado de romperlas en pedazos y usar los escombros para abrirme paso a golpes hasta la sala del juez.

Derek se ajusta la corbata por centésima vez. —Voy a preguntarle otra vez al secretario.

Me levanto y empiezo a dar vueltas. Vesper eligió este traje de Armani, dijo que tenía que parecer respetable ante el juez. En este momento, me daría igual aparecer vestido con un saco de patatas. Lo único que importa es la decisión sobre la custodia que determinará si Luka viene a casa conmigo o vuelve al infierno.

Mi teléfono suena con otro mensaje de Vesper.

VESPER: Acabamos de construir el mejor fuerte de almohadas del mundo. Luka dice que es "estructuralmente sólido" gracias a sus clases de robótica con Waylen. ¿Cómo va todo?

Le respondo rápidamente: ***Sigo esperando. Dile que llegaré pronto a casa***.

Las puertas de la sala del tribunal se abren y Derek sale con un aire extrañamente satisfecho. —Vamos a empezar. ¿Y Kovan? Te va a interesar oír esto.

Lo sigo al interior de la sala. Está extrañamente vacía. Normalmente, estas batallas por la custodia atraen a toda la familia, a testigos de carácter, a todo el maldito circo. Hoy solo estamos Derek, Yana y su abogado escuálido, que parece a punto de vomitar sobre su traje barato.

—¿Dónde está su equipo? —le pregunto a Derek en voz baja.

Él sonríe. —Ha habido un avance esta mañana. Uno importante.

El alguacil pide a todos que se pongan de pie cuando entra el juez Latimer. Es un hombre severo de unos sesenta años, adusto, del tipo honesto, que probablemente ha escuchado todas las historias lacrimógenas y tácticas de manipulación que existen. Hoy parece especialmente irritado.

Las puertas de la sala se abren de golpe de nuevo e Ihor entra solo. Su rostro está tranquilo, pero lo conozco lo suficiente como para leer las señales. El músculo de su mandíbula se contrae. Sus manos están apretadas en puños. Sea lo que sea lo que acaba de pasar, no formaba parte de su plan.

—Señor Makhova —dice el juez Latimer con frialdad—. Qué generoso de su parte honrarnos con su presencia.

—Mis más sinceras disculpas por el retraso, Su Señoría.

Incluso el juez se da cuenta de que Ihor está siendo condescendiente. Frunce el ceño, pero por ahora no dice nada.

Latimer revisa los papeles de su escritorio, tomándose su tiempo. —Esta audiencia estaba programada para comenzar hace una hora.

Desafortunadamente, tuvimos que posponerla debido al inconveniente arresto de su esposa.

Mantengo una expresión neutra, pero por dentro siento una cálida satisfacción en mi pecho. Derek prácticamente salta de emoción a mi lado.

—Mi esposa es inocente de cualquier delito —interrumpe Ihor con frialdad—. Estamos seguros de que su nombre quedará limpio una vez que se conozcan los hechos.

—¿Los hechos? —pregunta el juez Latimer levantando las cejas—. ¿Se refiere a los hechos que incluyen una cantidad considerable de cocaína encontrada escondida en la habitación de su hijastro de ocho años?

Las piezas encajan. El descabellado plan de Osip, la forma en que él y Pavel evitaron trabajar esta mañana... ¡¿Todo para hacer *esto*?! Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

También es jodidamente brillante.

—Las drogas fueron colocadas allí —afirma Ihor con los dientes apretados. Su mirada se desliza hacia mí, fría y asesina—. Estoy seguro.

—¿Está haciendo una acusación, señor Makhova? Porque si es así, necesitaré muchas más pruebas que miradas cargadas de significado en mi sala. Y, si no tiene ninguna prueba, le sugiero que mantenga la mirada baja.

Ihor mueve la mandíbula en silencio. —No hay acusación en este momento, Su Señoría.

El juez Latimer asiente secamente. —Muy bien, entonces. Dadas las circunstancias que rodean el arresto de la Sra. Makhova, y teniendo en cuenta la evaluación exhaustiva proporcionada por los Servicios Sociales, este tribunal otorga la custodia total del menor Luka Krayev a su tío, Kovan Krayev.

El martillo golpea con firmeza.

Ya está. He ganado.

Derek me da una palmada en el hombro. —Felicitaciones, Kovan. Ha sido incluso más fácil de lo que esperaba.

El juez Latimer me mira con seriedad. —Sr. Krayev, los casos de custodia que implican la separación de un niño de sus padres biológicos nunca se toman a la ligera. Sin embargo, las pruebas presentadas, incluidos los elogiosos informes de la Sra. Murphy y la clara estabilidad de su entorno familiar, hacen que esta decisión sea inequívoca.

Le hago una media reverencia, todavía aturdido por la sorpresa. —Gracias, Su Señoría.

—A la Sra. Makhova se le permitirán visitas supervisadas en lugares públicos, a la espera de que se resuelvan sus problemas legales, por supuesto. Le recomiendo encarecidamente que busque rehabilitación y se distancie de cualquier persona que pueda comprometer el bienestar de su hijo.

Su mirada incisiva a Ihor deja claro a quién se refiere.

—Entendido, Su Señoría.

—Sr. Makhova, le recomiendo que vuelva a casa y reconsidere sus prioridades. Se levanta la sesión.

El martillo vuelve a golpear y se acabó.

Ihor empuja a su inútil abogado sin decir palabra y me lanza una última mirada de puro odio antes de desaparecer por las puertas del juzgado. Sabe que le han ganado la partida, pero esto no ha terminado entre nosotros.

Los hombres como Ihor no aceptan la derrota con elegancia.

Sin embargo, me ocuparé de ese problema más adelante. Ahora mismo tengo cosas más importantes en las que centrarme.

~

Encuentro a Osip y Pavel esperando junto a mi coche en el aparcamiento del juzgado, ambos intentando parecer despreocupados y fracasando estrepitosamente.

—Bastardos hermosos e idiotas —abrazo a Osip con fuerza, dándole una palmada en la espalda lo suficientemente fuerte como para dejarle un moretón.

—Las drogas ya estaban en la casa —explica Osip, claramente orgulloso de sí mismo—. Solo necesitábamos trasladarlas a algún lugar que garantizara el arresto de Yana.

—¿Cómo?

—La nueva novia de Pavel —dice Osip con una sonrisa burlona—. Emelda, el ama de llaves. Le prometimos un trabajo mejor con nosotros si trasladaba unos paquetes del dormitorio principal a la habitación de Luka antes de la visita sorpresa de la trabajadora social.

Miro fijamente a mi hermano. —¿Sedujiste a la criada para ganar la batalla por la custodia?

—Prefiero decir "encanté" —dice Pavel con inocencia—. Y para que no pienses que no soy un hombre de palabra, voy a cumplir con esa oferta de trabajo. Se merece algo mejor que trabajar para esos animales rabiosos. También voy a cumplir con la cita, aunque eso tiene un motivo un poco más egoísta. Tiene unas curvas que no se pueden ignorar.

Solo puedo negar con la cabeza, asombrado por su ingenio. —¿Y la trabajadora social hizo una inspección sorpresa por casualidad?

—Recibió un aviso anónimo sobre actividades relacionadas con las drogas en la casa y estaba ansiosa por investigar —Pavel se encoge de hombros—. Es curioso cómo se resuelven estas cosas, ¿no?

Por primera vez en meses, el nudo de tensión en mis hombros se afloja. Luka está a salvo. Yana no puede tocarlo. La principal fuente de poder de Ihor sobre nosotros se ha roto.

Empiezo a caminar hacia mi coche, pero me detengo cuando me doy cuenta de que mi hermano y Osip no me siguen. —¿No vuelven a casa? —les pregunto.

Ambos sonríen. —Es momento de estar en familia —responde Pavel por los dos—. Ve a darle la buena noticia a tu hijo y a tu chica.

Tu hijo. Tu chica.

Me encanta cómo suena eso.



Los encuentro en la sala de estar. O más bien, en lo que solía ser la sala de estar. Han transformado todo el espacio en un elaborado fuerte construido con cojines del sofá, almohadas y sábanas. Solo se ven sus pies, que sobresalen por debajo de una sábana que sirve de techo.

—Ingeniería en su máxima expresión —exclamo.

—¡Kovan! —la voz de Vesper se ve amortiguada por la tela. El techo de sábanas se derrumba cuando ella y Luka salen a toda prisa de su escondite.

Luka tiene el rostro sonrojado por la emoción y la ansiedad. —¿Qué ha pasado? ¿Ha decidido el juez? ¿Puedo quedarme?

Hago una pausa, dejando que el momento se prolongue. Esta es la noticia más importante que jamás daré y quiero recordar cada detalle: las manos de Luka jugando con el dobladillo de su camisa, Vesper conteniendo la respiración, la luz del sol de la tarde convirtiendo las puertas francesas en una docena de pequeños cuadrados de oro brillante.

—Te tengo, *malysh*. Ahora eres mío. Oficialmente.

—¡SÍ! —Luka se lanza hacia mí y me rodea la cintura con los brazos con tanta fuerza que me hace caer hacia atrás—. ¿De verdad soy tuyo? ¿Para siempre?

—Para siempre —le confirmo, levantándolo del suelo en un abrazo aplastante.

Vesper llega un segundo después, rodeándome el cuello con los brazos mientras se aprieta contra mí. Puedo sentir cómo tiembla contra mí. Cuando miro hacia abajo, veo que le corren lágrimas por la cara.

—Son lágrimas de felicidad —confirma antes de que tenga que preguntarle—. Las más felices.

Los abrazo a los dos, a estas dos personas que, sin darme cuenta, se han convertido en todo mi mundo. La charla emocionada de Luka llena el aire mientras hace una docena de preguntas sobre lo que pasará después, si tendrá que cambiar de colegio, si Yana podrá volver a llevárselo.

Ambos se aferran a mí como si fuera un salvavidas en medio de una tormenta. Pero lo han entendido al revés.

Porque estoy empezando a darme cuenta de que yo no soy su salvavidas.

Ellos son el mío.

VESPER

—Kovan Krayev, ¡no me he puesto esta faja y unos tacones de diez centímetros para que te pases toda la noche mirando el móvil! Déjalo antes de que lo tire por la ventana.

Me he pasado tres horas preparándome: peinado, maquillaje, lencería absurdamente complicada con demasiados corchetes y hebillas. ¿Y todo para sentarme aquí y ver cómo mi novio envía mensajes a su equipo de seguridad?

Ni hablar. No mientras yo esté aquí.

Lo miro con el ceño fruncido desde el otro lado de la mesa iluminada por velas. Kovan levanta la vista de la pantalla y veo cómo se le dilatan las pupilas al recorrer con la mirada el escote de mi vestido sin tirantes. El calor de su mirada me hace sonrojar, pero no voy a dejarlo en paz tan fácilmente.

—Solo estoy comprobando cómo está Luka —dice.

—Lo has hecho cuatro veces en la última media hora —las cuento con los dedos—. Una vez con Waylen. Dos veces con Osip. Y ahora, ¿a quién le estás enviando un mensaje?

—A Pavel. Esta noche se encarga de la seguridad perimetral.

Mis ojos se abren como platos. —¿Para qué, un lanzamiento nuclear? Estamos cenando, Kovan. En un restaurante. Con otros seres humanos, comiendo y manteniendo conversaciones normales. No necesitamos un ejército vigilando cada salida.

Deja el teléfono boca abajo sobre el mantel blanco, pero sus dedos tamborilean sobre la superficie. Irradia energía inquieta en oleadas.

—Estoy siendo prudente.

—Estás loco —lo corrijo—. La audiencia de custodia fue hace una semana. Ganaste. Luka está a salvo. Yana está en la cárcel. ¿Podemos tener una noche normal, por favor?

—Lo normal no existe en mi mundo, Vesper. Lo sabes.

—Entonces, quizá tengamos que ampliar tu mundo.

Kovan aprieta la mandíbula. —Ihor no va a aceptar la derrota y desaparecer sin más. No perdonará ni olvidará. Planeará. Esperará. Atacará cuando menos lo esperemos.

Alargo la mano sobre la mesa y cubro la suya con la mía. Su piel está caliente, pero sus músculos están tensos. —Has tomado todas las precauciones. Osip, Pavel y Waylen están trabajando para mantenernos a salvo. Tu casa tiene más seguridad que Fort Knox. ¿Qué crees que va a pasar exactamente entre ahora y el postre?

—No lo sé. Ese es el problema —gira la mano con la palma hacia arriba y entrelaza nuestros dedos—. Las variables desconocidas son las que me mantienen despierto por la noche.

—Bueno, a mí también me mantienen despierta. Porque no has dejado de caminar por el dormitorio como un tigre enjaulado desde la audiencia.

Se le tuerce una comisura de la boca. —¿Yo he estado caminando?

—¿Que si no? —le digo riéndome en su cara—. Sí, lo has estado haciendo. Compruebas las cerraduras. Miras por las ventanas.

Incluso cuando estás acostado, das vueltas en la cama y murmuras mientras duermes.

—La seguridad es...

—La seguridad es importante. Sí, lo entiendo. Pero también lo es vivir tu vida —lo miro con severidad—. Y también lo es dejar que Luka viva la suya. Ese chico ha pasado casi nueve años andando con pies de plomo con su madre. ¿De verdad quieres que sienta lo mismo contigo?

Mis palabras surten el efecto deseado. Lo veo en la forma en que Kovan baja los hombros y afloja el agarre de mi mano.

—Mierda. Lo he estado asfixiando, ¿verdad?

—No lo has asfixiado. Lo has protegido. Pero hay una línea muy fina entre ambas cosas —le aprieto los dedos—. Luka necesita normalidad, Kovan. Necesita ir al cine, jugar en los parques y comer helado que le gotee sobre la camiseta. Necesita ser un niño.

—Después de ocuparme de Ihor...

—¿Cuándo será eso? ¿La semana que viene? ¿El mes que viene? ¿El año que viene? —niego con la cabeza—. No puedes poner toda tu vida en suspenso esperando una amenaza que quizá nunca llegue.

Kovan me mira fijamente durante un largo rato y casi puedo ver cómo le da vueltas a la cabeza. Finalmente, coge su vaso de whisky y se lo bebe de un trago.

—Tienes razón —llama al camarero para pedir otro trago—. Esta noche es para nosotros. Sin teléfonos, sin actualizaciones de seguridad, sin negocios.

—¿De verdad?

—De verdad, de verdad —bromea, imitando la forma en que Luka y yo hablamos. Acerca su silla a la mía hasta que nuestras rodillas se

tocan bajo la mesa—. Además, aún no he podido apreciar como es debido este vestido que llevas puesto.

El deseo recorre mi piel mientras sus ojos me recorren con evidente aprecio. Esa mirada suya nunca deja de acelerar mi corazón.

—Es nuevo —digo tímidamente.

—Me he dado cuenta —su mano se desliza bajo la abertura hasta la cadera y se posa en mi muslo desnudo—. También me he dado cuenta de que no llevas sujetador.

Frunzo los labios. —Eso lo arruinaría con las costuras.

—Mm. ¿Y qué hay debajo?

Me arden las mejillas, pero mantengo su mirada. —¿Por qué no lo averiguas?

Sin apartar la mirada, sube poco a poco. Sus dedos recorren el borde de mis bragas, apenas tocándolas, pero lo suficiente como para hacerme retorcer en mi asiento.

—¿Aquí mismo? —pregunta—. ¿Delante de toda esta gente tan agradable?

—No nos están prestando atención.

—Lo harán si sigues haciendo esos ruiditos tan sexys.

Aprieto los labios, consciente de repente de que he estado dejando escapar suaves jadeos cada vez que me toca. A nuestro alrededor, el restaurante sigue con su tranquilo murmullo de conversaciones y tintineo de copas, pero lo único en lo que puedo concentrarme es en la presión de la mano de Kovan y el brillo malicioso de sus ojos.

—Eres preciosa cuando intentas no derrumbarte —susurra.

—Kovan...

—Dime lo que quieres.

—A ti, obviamente. Te quiero a ti —miro a mi alrededor y luego vuelvo a mirarlo—. Ahora mismo.

Desliza un dedo bajo el encaje, rozando apenas donde más lo necesito. —¿Aquí?

—No me importa dónde. Solo... necesito...

—Sé lo que necesitas —retira la mano, dejándome dolorida y vacía —. Vamos a casa.

—No —le agarro la muñeca antes de que pueda alejarse por completo—. Quiero decir que sí, a casa, pero primero...

—¿Primero qué?

Vuelvo a mirar alrededor del restaurante y encuentro lo que busco. —Al baño. Ahora.

Los ojos de Kovan se oscurecen hasta volverse verde bosque. —Vesper...

—Por favor —ya estoy de pie, alisándome el vestido con manos temblorosas—. No puedo esperar hasta llegar a casa. Estoy temblando, literalmente.

Un segundo después, él también se pone de pie y deja caer los billetes sobre la mesa sin contarlos. Su mano se posa en mi espalda y me guía a través del laberinto de mesas hacia la parte trasera del restaurante.

El baño de mujeres está vacío, gracias a Dios. Me da pena lo que haría Kovan si alguna desafortunada estuviera aquí intentando hacer pis. Me sigue al interior y cierra la puerta con un clic decidido.

—Esto es una locura —susurro. Toda la bravuconería de hace dos segundos me ha abandonado.

—Tú empezaste —me empuja contra el tocador, con las manos enmarcando mis caderas—. ¿Te estás arrepintiendo?

—Ni hablar.

Me levanta sobre el mostrador con un movimiento fluido y se coloca entre mis muslos abiertos. Mi vestido se me sube. No me molesto en bajármelo.

—Me matas cuando te ves así —gruñe contra mi garganta—. Devastación absoluta.

—Bien. Quiero arruinarte para otras mujeres.

—Ya lo has hecho.

Su boca encuentra la mía. Paso mis dedos por su cabello, sosteniéndolo cerca mientras me devora con sus labios, dientes y lengua. Esto es lo que he estado anhelando toda la semana: esta conexión, este fuego entre nosotros que hace que todo lo demás se desvanezca.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

—Te amo —susurro.

Él se queda muy quieto. —¿Qué?

—Te amo —la confesión es aterradora y liberadora al mismo tiempo —. Sé que no lo hemos hablado y sé que probablemente no sea el momento ni el lugar adecuado, pero necesitaba que lo supieras. No tienes que decirlo tú también ni nada por el estilo. No espero que lo hagas y no estoy intentando obligarte a...

—Cállate —Kovan me toma el rostro entre las manos—. Repítelo.

Trago saliva, con la boca repentinamente seca. —Te amo, Kovan Krayev. Todo de ti. Lo bueno, lo malo y lo completamente loco y sobreprotector. Creo que te amo desde hace mucho tiempo. Y, para ser totalmente sincera, sí, intenté luchar contra ello. Todo lo que pude y durante todo el tiempo que pude. Pero no funcionó. Nunca. En absoluto.

Sus ojos brillan como esmeraldas. —Yo también te amo, Vesper Fairfax. Más de lo que creía posible. Más de lo que probablemente sea seguro para cualquiera de los dos.

—Bueno, por suerte para mí, no quiero seguridad. Te quiero a ti.

Me besa de nuevo, esta vez con más suavidad. Cuando alguien llama a la puerta del baño, nos separamos como adolescentes culpables.

—Vale, quizá tenías razón la primera vez. Deberíamos irnos —susurro—. A algún sitio donde podamos hacerlo como es debido.

—¿A casa?

—A casa.



El viaje de vuelta a casa de Kovan está cargado de expectación. Esta vez mantengo las manos quietas, pero es muy difícil cuando la tensión entre nosotros es tan palpable. No hablamos: las palabras parecen innecesarias cuando el aire mismo vibra de deseo.

De vez en cuando, Kovan me lanza una mirada y el calor de su mirada me hace revolver el estómago.

Estamos a cinco minutos de casa cuando la veo. —Kovan, para.

—¿Qué?

—Para el coche. Hay alguien...

Una mujer se tambalea ante los faros, con el pelo oscuro empapado en sangre. Aprieta algo contra el pecho y se mueve con el paso desesperado e inestable de alguien en estado de shock. Kovan pisa el freno y nos detenemos con un chirrido a pocos metros de atropellarla.

—Dios mío —estiro la mano hacia la manilla de la puerta antes de que Kovan pueda responder—. Está herida. Y tiene un bebé...

—No —la voz de Kovan corta mi pánico—. Vesper, no salgas del coche.

—¿Qué? ¿Por qué? Necesita ayuda.

—Mira a tu alrededor. ¿Ves algún coche accidentado? ¿Algún otro vehículo?

Recorro con la mirada la calle vacía, con una mezcla de confusión y adrenalina. Tiene razón. No hay nada aquí excepto nosotros y la mujer. Pero aun así...

—Eso no importa. Está sangrando y hay un niño...

—Es una trampa —la mano de Kovan se cierra alrededor de mi muñeca—. Esto es exactamente lo que me preocupaba. De lo que he estado tratando de protegerte.

—Estás siendo paranoico.

—Estoy siendo inteligente. Por favor, Vesper. Confía en mí.

Pero no puedo. Todos mis instintos como médico me gritan que la ayude. Para esto me formé, a esto he dedicado mi vida. No puedo quedarme aquí sentada viendo cómo alguien sufre.

Me libero del agarre de Kovan y abro la puerta de un empujón.

—¡Vesper, no!

Ya estoy corriendo hacia la mujer, con mis tacones resonando con fuerza y entrecortadamente contra el asfalto. Detrás de mí, oigo a Kovan maldecir y el portazo de la puerta de su coche.

—No pasa nada —le digo a la mujer—. Soy médico. Déjame ayudarte.

Ella me mira con ojos salvajes y desesperados. La sangre le gotea por un corte en la frente y su ropa está rota y sucia.

—Por favor —jadea—. Mi bebé...

Me acerco a ella. Esto es lo que importa. Esto es lo que hago. Salvar vidas. Ayudar a la gente. Marcar la diferencia.

La mujer cambia la manta enrollada que lleva en brazos y veo... ¿tela?

No es piel.

No es un bebé.

Solo tela envuelta alrededor de algo duro y metálico.

Lo comprendo una fracción de segundo antes de que ella levante la pistola.

Me mira por el cañón y suspira. —Lo siento mucho —susurra—. Esto va a doler.

KOVAN

Por supuesto que es una maldita trampa.

Lo supe en cuanto vi a esa mujer tambaleándose ante los faros de nuestro coche. No había ningún coche accidentado. No había ninguna explicación de cómo había llegado allí. Solo una mujer sangrando con un bulto, aparecida en el tramo más desierto de la carretera entre el restaurante y casa.

¿Pero Vesper me hizo caso cuando le dije que se quedara en el coche?

Ni hablar.

Ahora está a tres metros de mí, paralizada por el terror, con una pistola apuntándole a la cara.

—Da un paso más y le pongo una bala en la cabeza —me gruñe la mujer, dejando caer al bebé falso y apartándolo de una patada.

El muñeco rueda por la calle y se detiene a mis pies, con sus ojos de plástico mirando fijamente a la nada. Vacíos. Sin vida.

—Es un muñeco —susurra Vesper, con la voz hueca por la conmoción—. El bebé... Es solo un muñeco.

La mujer con la pistola es joven. Quizás veinticinco años. Ojos oscuros y separados, una marca de nacimiento debajo del ojo

izquierdo, una cicatriz que le recorre el cuello. No la reconozco, lo que significa que no es Bratva. Probablemente sea una mercenaria a sueldo. El tipo de herramienta desechable que Ihor utiliza cuando quiere una negación plausible.

Su mano armada ya empieza a temblar. Una aficionada.

Doy un paso adelante deliberadamente, poniendo a prueba su determinación.

—¡Le voy a meter una bala en la maldita cabeza! —grita, apretando el cañón contra la sien de Vesper—. ¡No te atrevas a moverte!

Sus ojos miran a la izquierda, luego a la derecha. Está esperando refuerzos que ya deberían haber llegado.

Bien. Eso me da una oportunidad.

—Adelante —le sugiero con voz monótona—. Aprieta el gatillo.

La cara de la mujer se pone pálida. —Tú... no lo dices en serio. Me dijeron que harías cualquier cosa para mantenerla a salvo.

Le brotan gotas de sudor en la frente a pesar del aire fresco de la noche. Su brazo tiembla lo suficiente como para hacerme ver que nunca ha matado a nadie. Probablemente ni siquiera haya disparado un arma fuera de un campo de tiro.

—Te mintieron —le digo.

Su boca se abre. El arma se le cae unos milímetros mientras la duda se apodera de su rostro.

Es todo lo que necesito.

Me arrodillo, saco mi pistola y disparo.

Mi bala le da en el hombro y la aleja de Vesper. En el mismo movimiento, me lanzo hacia delante y derribo a Vesper al suelo, mientras otro disparo resuena detrás de nosotros.

—¡Quédate abajo! —le grito, cubriendo su cuerpo con el mío mientras nos arrastro a ambos hacia el todoterreno.

—Le has disparado —jadea Vesper, con la voz temblorosa—. Dios mío, le has disparado.

—Iba a dispararte si no lo hacía.

Dos faros gemelos barren la calle cuando dos todoterrenos negros se detienen rugiendo detrás de la mujer herida, que se retuerce en la acera y grita obscenidades.

—Sube al coche —le ordeno—. ¡Ahora!

Vesper se apresura a subir al asiento del copiloto, pero antes de que yo pueda seguirla, un tercer vehículo bloquea nuestra salida trasera. Estamos acorralados. Perfecto.

—Maldición —murmuro, buscando mi arma de repuesto en la consola.

Los ojos de Vesper se abren como platos cuando ve la segunda pistola. —Kovan, ¿qué vas a hacer?

—Mantenerte con vida —me agacho detrás del volante y bajo la ventanilla—. Súbete al asiento trasero. Agáchate en el hueco de la rueda. Mantente agachada.

—Son tantos...

—¡Por eso precisamente tienes que agacharte, maldita sea!

Los hombres salen en tropel de los todoterrenos, al menos ocho, todos armados. Empiezo a disparar, apuntando al centro mientras intento seguir la pista de la ubicación de Vesper. Se supone que está en el asiento trasero, pero puedo ver su cabello rubio con mi visión periférica.

No me está haciendo caso. Otra vez.

Las balas acribillan el lateral de nuestro vehículo. El todoterreno está blindado, pero no aguantará eternamente bajo este tipo de ataque.

Efectivamente, una bala atraviesa el parabrisas, rompiendo el cristal en mil pedazos. Vesper grita.

—¡Te dije que te sentaras atrás! —le grito, tirando de ella hacia abajo mientras piso el acelerador y giro bruscamente a la derecha, tratando de conseguir un mejor ángulo sobre los tiradores que nos persiguen.

Finalmente se mete en el asiento trasero, pero no se agacha lo suficiente. Puedo oír su respiración entrecortada por el pánico por encima de los disparos.

—¿Qué hacemos? —grita—. ¿Qué hacemos?

—No puedo disparar con precisión desde aquí —expulso el cargador vacío e inserto uno nuevo—. Pero no te voy a abandonar. Mantendremos la posición hasta que lleguen los refuerzos.

Otra bala silba junto a mi oreja y rompe la ventana trasera. Los cristales caen sobre Vesper como confeti afilado.

El tiroteo es demasiado intenso. Mi cargador se vuelve a quedar vacío y estoy buscando mi último cargador cuando oigo el sonido más hermoso del mundo: el chirrido de los neumáticos y el rugido característico del motor de Pavel.

Me tiro al asiento trasero, cubriendo el cuerpo de Vesper con el mío mientras estalla más fuego cruzado. Esta vez, no todo está dirigido hacia nosotros.

Me quedo encima de ella hasta que los disparos cesan y el silencio vuelve a apoderarse de la noche.

—¡Kovan! ¡Vesper!

La voz de Pavel atraviesa el zumbido de mis oídos. La puerta del copiloto se abre de golpe y entra aire fresco.

—Estamos bien —logro decir, apartándome de Vesper y sentándola en mi regazo. El cristal cruje bajo mi peso—. Estás bien, ¿verdad?

Tiembla tanto que puedo sentirlo a través de mi pecho. —Dios mío. Maldición. Oh, Dios, Kovan, lo siento mucho. Debería haberte hecho caso.

La sangre le gotea por los cortes de los brazos. Tiene el labio partido, probablemente por cuando la derribé. Ya se le está formando un moratón en el pómulo.

—Vesper...

—No, no estoy bien. Es culpa mía. No debería haber salido del coche.

Tiene razón. Las palabras están ahí, listas para salir. *Casi nos matas a los dos. Te pusiste en peligro. No confiaste en mí cuando te dije que era una trampa.*

Pero al mirar su rostro, al ver el terror y la culpa reflejados en sus rasgos, no me atrevo a decir nada de eso.

—Estás sangrando —susurra, acercándose a mí.

Me aparto de su tacto y salgo del todoterreno. —Estoy bien. Pavel, limpia a Vesper y llévala a casa. Ahora mismo.

Siento que me mira fijamente, pero no la miro. No puedo.

No cuando he fracasado tan estrepitosamente en protegerla. No cuando bajé la guardia y casi la matan. No cuando la mujer que amo casi muere porque fui tan estúpido como para creer que podríamos tener una noche normal.

Sabía que Ihor acabaría vengándose. Sabía que vendría a por lo que más me importaba.

Pero me dejé convencer de que tal vez, solo tal vez, podríamos robar unas horas de felicidad. Que tal vez Vesper tenía razón sobre vivir nuestras vidas en lugar de solo sobrevivirlas.

Resulta que se equivocaba.

Y ahora sé exactamente cuál será el próximo movimiento de Ihor. Ha descubierto mi punto débil y lo seguirá utilizando en mi contra hasta que uno de los dos muera.

La pregunta es: ¿podré vivir conmigo mismo si resulta ser ella?

77

VESPER

—No estás comiendo.

La voz de Osip atraviesa la niebla de mis pensamientos. Miro mi sándwich de atún sin tocar, con el pan ya empapado por haber estado demasiado tiempo fuera del horno. Su aspecto me revuelve el estómago.

—Necesito más café —murmuro.

—Te has tomado cuatro tazas en dos horas —da otro bocado a su sándwich de pastrami, masticando lentamente mientras me observa con esos agudos ojos color avellana—. A este paso, vas a salir disparada de la silla.

—¿Qué eres, la policía de la cafeína?

—¿Cómo puedes beber esa porquería? —señala con evidente disgusto la cafetería del hospital—. Sabe a aceite de motor usado.

Alejo mi plato. El chirrido de la cerámica contra la formica hizo que varios médicos cercanos levantaran la vista de sus almuerzos alarmados. —No tienes por qué estar aquí, ¿sabes? Yo trabajo aquí. Tú puedes tomar tu preciado café artesanal donde te dé la gana.

Osip se recuesta en su silla, sin inmutarse en absoluto por mi hostilidad. —En realidad, me gusta estar aquí. La cafetería del

hospital es un lugar ideal para observar a la gente. Te sorprendería lo que pasa entre las máquinas expendedoras y los dispensadores de desinfectante de manos.

—Estás loco.

—Clínicamente. Además —añade, con un tono más serio—, técnicamente, ahora este es mi trabajo.

Claro. Porque necesito un guardaespaldas. Ya no se puede confiar en mí para tomar decisiones inteligentes cuando la vida de alguien está en juego.

—Debería haber pedido a Pavel —murmuro—. Al menos, él no me obliga a comer como si fuera una ternera.

Osip coge su taza de café, da un sorbo e inmediatamente pone una cara como si lo hubieran envenenado. —Alguien está de mal humor hoy.

No le falta razón. Llevo tres días seguidos comportándome como una auténtica bruja, respondiendo mal a las enfermeras, discutiendo con los residentes y, en general, haciendo que todos a mi alrededor se sientan miserables. No es justo desquitarme con Osip cuando la persona con la que realmente estoy enfadada es conmigo misma.

—Lo siento —me froto las sienes, sintiendo el dolor familiar de haber tomado demasiada cafeína y dormir muy poco—. Ha sido una semana muy dura.

—¿Ah, sí? Porque desde donde yo estoy, has hecho perfectamente todas y cada una de las operaciones que has realizado desde...

—Kovan me está evitando.

Osip se queda inmóvil de inmediato, con el sándwich a medio camino de la boca. Finalmente, suspira y lo vuelve a dejar sobre la mesa. —Estoy seguro de que eso no es...

—No —levanto una mano—. No lo hagas. Ambos sabemos que es verdad. Me ha estado evitando desde aquella noche, y ambos sabemos por qué.

—Vesper...

—Está enfadado conmigo. ¿Y sinceramente? No lo culpo —tengo que respirar profundamente antes de continuar—. Fui una idiota. Vi a una mujer cubierta de sangre, sosteniendo lo que pensé que era un bebé, y me olvidé de todo. Me olvidé de Ihor y Yana y de todas las advertencias. Entré en modo médico y dejé de escuchar al hombre que intentaba mantenerme con vida.

—Eso no es...

—Debería haberme quedado en el coche —me froto los ojos cansados—. Debería haber confiado en él. Y como no lo hice, porque creí saber más que él, Kovan anda ahora con puntos y otra cicatriz que añadir a su colección.

Osip se inclina sobre la mesa, pero aparto las manos antes de que pueda tocarlas. —Escúchame —dice, con suavidad pero con firmeza —. A Kovan le importan un comino unos cuantos cortes y moretones. Ha pasado por cosas peores. Lo que le pasó esa noche no fue nada, y aunque lo fuera, él nunca te culparía por ello.

—Entonces, ¿por qué? —susurro—. ¿Por qué no ha sido capaz de mirarme a los ojos en tres días? ¿Por qué busca una excusa para salir de cada habitación en la que entro? ¿Por qué duerme en la habitación de invitados en lugar de en nuestra cama?

Osip se mueve incómodo y desvía la mirada. —Ha estado ocupado.

—Tonterías.

—Lo digo en serio. Estamos tratando de averiguar cómo vengarnos de Ihor. Lo que pasó esa noche volverá a pasar, y la próxima vez tenemos que estar preparados. Kovan y tú estuvieron solos ahí fuera demasiado tiempo. Si él no hubiera sido tan rápido, si los refuerzos

hubieran tardado otros cinco minutos en llegar... —deja la frase en el aire, pero no hace falta que termine para que yo lo entienda.

Me levanto bruscamente, sintiendo náuseas. —Tengo rondas.

—Vesper, espera...

Pero ya me estoy alejando, dejando atrás mi sándwich sin tocar. Por una vez, Osip no me detiene.



ESTOY ATRAVESANDO la séptima planta cuando veo una figura familiar caminando hacia la habitación diecisiete: Camille Sawyer, la madre de Leo. Leo era un antiguo paciente mío. Pero eso es imposible. Leo fue dado de alta hace semanas tras una apendicectomía rutinaria.

Llamo a la enfermera más cercana. —¿Qué hace aquí la señora Sawyer?

La enfermera abre el expediente de Leo en su tableta y me lo lee. —Leo Sawyer ha vuelto a ingresar esta mañana con fuertes dolores abdominales. Parece que ha desarrollado una infección posquirúrgica.

—¿Por qué no me han avisado? —pregunto irritada—. Soy su médico de cabecera. Deberían haberme llamado en cuanto entró por la puerta.

La enfermera abre mucho los ojos. —Lo siento, Dra. Fairfax. Me dijeron que ya no estabas a cargo de su caso.

Una sensación de pavor se apodera de mí. —¿Quién te ha dicho eso?

—Su caso fue transferido a... —Hojea el expediente—. Al Dr. Fleming.

—¿*Fleming*? —la miro con incredulidad—. ¿Jeremy Fleming se ha hecho cargo de un caso de apendicectomía pediátrica? Jeremy no es cirujano pediátrico. Jeremy no atiende a pacientes. Jeremy no puede... Mira, ¿qué demonios está pasando?

La enfermera hace una mueca de dolor, cada vez más incómoda. —Solo puedo decir lo que pone en el historial.

Algo va muy, muy mal aquí. Leo no debería estar aquí; todo en su tratamiento fue normal y sin complicaciones. Y Jeremy Fleming no tiene nada que hacer cerca de mis pacientes, y menos aún de un niño con una complicación postoperatoria rutinaria.

—Gracias —le digo a la enfermera, girándome ya hacia la habitación de Leo. Llamo a la puerta antes de entrar—. ¿Sra. Sawyer? ¿Puedo pasar?

Camille Sawyer se pone de pie de un salto. Miro más allá de ella y veo que Leo está dormido en la cama, con el rostro pálido y demacrado. Una vía intravenosa le administra un medicamento que yo no receté en su pequeño brazo.

—Dra. Fairfax —está tensa por la ansiedad—. ¿Qué hace aquí?

—Iba a preguntarle lo mismo. ¿Leo tiene complicaciones?

Ella mira a su hijo y se retuerce las manos. —Ha desarrollado una infección después de la operación.

—La operación fue hace tres semanas. Las infecciones no suelen aparecer tan tarde, a menos que...

—No fue esa operación —no me mira a los ojos—. El Dr. Fleming llamó la semana pasada. Dijo que había algo preocupante en los análisis de sangre postoperatorios de Leo. Algo que se le pasó por alto. Nos pidió que volviéramos para una revisión de urgencia.

El suelo parece inclinarse bajo mis pies. —¿Qué encontró?

—Una úlcera. Cerca de donde estaba el apéndice —habla con prisas y pánico, como si temiera perder el valor si habla demasiado despacio—. Tuvieron que operarlo de nuevo para extirparla.

Hemos pasado de un suelo que se inclina a una habitación que da vueltas. Me agarro al marco de la puerta para mantener el equilibrio. —Sra. Sawyer, necesito ver su historial médico. Todo. Ahora mismo.

—Lo siento, Dra. Fairfax —por fin me mira y puedo ver la culpa reflejada en su rostro—. Usted fue maravillosa con Leo y nos sentíamos cómodos con usted como su médico, pero...

—¿Pero?

—Bueno, eso fue entonces. Ahora nos han dicho que ha cometido errores. Que se le han pasado cosas que debería haber detectado. Leo no habría necesitado una segunda operación si hubiera encontrado esa úlcera durante la apendicectomía.

Me cuesta mucho articular una respuesta. —Sra. Sawyer, le aseguro que no había ninguna úlcera. Examiné cada centímetro de...

—Por favor —su voz se quiebra—. Leo y yo hemos pasado por mucho esta semana. ¿Podría simplemente... dejarnos descansar? ¿Por favor?

Todos mis instintos me gritan que luche. *¡Exige respuestas, maldita sea! ¡Sacude a esta mujer hasta que me diga exactamente lo que Jeremy le dijo para convencerla de que soy incompetente!*

Pero está asustada. Su hijo está enfermo. Ha pasado por un infierno, y no voy a añadir más peso a su carga.

—Por supuesto —logro decir—. Espero que Leo se recupere pronto.

Salgo de la habitación con las piernas temblorosas y cierro la puerta detrás de mí. Luego, corro hacia la sala de enfermeras.

—Tú —señalo a la primera enfermera que veo—. Saca el expediente médico completo de Leo Sawyer. Ahora mismo. Todo, desde su

ingreso inicial hasta hoy.

La enfermera parece asustada, pero obedece. Tras pulsar unas teclas, la pantalla se llena de datos y me inclino para leerlos.

Cirugía inicial: apendicectomía rutinaria, sin complicaciones.

Segunda cirugía: laparotomía exploratoria con extirpación de úlcera.

Me tiemblan las manos mientras recorro las notas quirúrgicas. Según el informe de Jeremy, de alguna manera pasé por alto una úlcera gástrica sangrante situada justo al lado del apéndice. Una úlcera que habría sido imposible pasar por alto durante la intervención que realicé.

Porque no estaba allí.

Sé que no estaba allí porque lo comprobé. Siempre lo compruebo. Soy obsesiva con revisar cada milímetro de tejido antes de cerrar.

Alguien miente.

¿Por qué?

VESPER

Soy una idiota.

El pensamiento me martillea el cráneo como una migraña mientras recorro el pasillo vacío del hospital. Una idiota con un título de medicina y ocho años de formación quirúrgica, pero aun así, una maldita idiota de talla mundial, de primera categoría.

Había tantas señales de alarma. Tantas preguntas sin respuesta. Tantas inconsistencias evidentes que decidí ignorar porque estaba demasiado ocupada fingiendo.

¿Por qué no lo vi?

Porque estaba distraída. Preocupada por las mariposas en el estómago, los besos robados y si el hombre que compartía mi cama realmente me amaba. Me dejé llevar por la fantasía de ser deseada, de ser importante para alguien, de tener por fin la familia que nunca supe que anhelaba.

Y, mientras estaba ocupada siendo una tonta enamorada, algo horrible estaba sucediendo justo delante de mis narices.

Darme cuenta me da ganas de vomitar sobre el impoluto suelo del hospital.

Miro mi reloj. Son las 11:30 de la mañana. Jeremy no llegará hasta dentro de una hora, y su secretaria, Mandy, es famosa por tomarse largas pausas para comer. Si voy a hacerlo, tiene que ser ahora.

Me tiemblan las manos mientras espero fuera de la oficina de Jeremy, viendo cómo Mandy recoge su bolso y su abrigo. Es una mujer tímida de unos cincuenta años que lleva más de una década trabajando para Jeremy. El tipo de persona que sigue las órdenes sin hacer preguntas.

—¿Vas a almorzar, Dra. Fairfax? —me pregunta al pasar junto a mí en el pasillo.

—Estoy terminando unos papeles —miento con naturalidad.

En cuanto desaparece tras la esquina, me pongo en marcha. Mi tarjeta magnética no debería funcionar en la oficina de Jeremy, pero la seguridad del hospital siempre ha sido ridículamente deficiente. La paso de todos modos, conteniendo la respiración.

La cerradura se abre con un clic.

—Esto es una locura —susurro, entrando y cerrando la puerta detrás de mí.

La oficina de Jeremy es exactamente lo que cabría esperar de un hombre que valora más las apariencias que el fondo. Escritorio de caoba, sillas de cuero, diplomas cubriendo cada centímetro de las paredes. Todo diseñado para intimidar e impresionar.

Corro hacia su escritorio y empiezo a abrir los cajones. Si es inteligente, todo lo incriminatorio estará protegido con contraseña en su ordenador. Pero Jeremy Fleming nunca me ha parecido especialmente brillante, solo lo suficientemente astuto y desvergonzado como para manipular a su antojo hasta llegar a la cima.

Los tres primeros cajones no contienen más que material de oficina y medicamentos caducados. El cuarto está cerrado con llave.

—Mierda —rebusco entre los artículos de oficina hasta que encuentro un abrecartas y lo clavo en la cerradura. Tardo tres intentos, pero al final algo cede con un satisfactorio clic.

Dentro hay carpetas de manila. Docenas de ellas, organizadas por fecha. Cojo la más reciente y la abro.

Nombres de pacientes. Números de referencia. Nada más.

Repaso la lista y se me hiela la sangre en las venas cuando veo un nombre familiar cerca del final.

Leo Sawyer.

La cojo y empiezo a hojearla. Pero no llego muy lejos antes de que algo me llame la atención en la esquina superior. Un sello. Parece una especie de escudo, nada que haya visto antes. Pero en medio del escudo hay algo que sí recuerdo. Algo con lo que me he topado, que se susurra en rincones oscuros, que se pasa por alto, se esconde, se reprime.

Una palabra.

Cinco letras.

Keres.

—¿Has encontrado lo que buscabas, Dra.?

Me giro tan rápido que la carpeta sale volando y los papeles se esparcen por la alfombra persa de Jeremy. En la puerta está la última persona a la que quiero ver.

Ihor Makhova.

Tiene los ojos entrecerrados, el rostro demacrado y el cabello fino y peinado hacia atrás. De alguna manera, parece *extraño*, como un muerto viviente. Como alguien que ha reanimado a un muerto y va por ahí cometiendo atrocidades con el disfraz de un cadáver.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto, tratando de parecer valiente.

—Mandy me llamó en cuanto entraste —entra en la oficina y cierra la puerta tras de sí—. Mandy es una mujer leal. Lleva años en nuestra nómina.

Nuestra nómina. No hace falta ser un genio para empezar a ver el panorama general.

—Jeremy y tú —digo—. Son socios.

Ihor se ríe, un sonido como el de arrastrar una sierra sobre hormigón. —No, no, por supuesto que no. Socios implica igualdad. Jeremy es un empleado. Uno útil, pero solo otra pieza más de mi maquinaria.

Retrocedo hasta chocar con el archivador, atrapada entre Ihor y la pared. —¿Qué máquinaria?

—Vamos, Dra. Fairfax. Eres una mujer inteligente. Estoy seguro de que puedes deducirlo —sus ojos pálidos brillan con diversión—. Ya has encontrado nuestras listas de pacientes. Has empezado a adivinar lo que le pasó al pobre Leo. ¿Qué crees que hace la máquinaria?

La respuesta brota entre mis labios entumecidos y horrorizados. —Extracción de órganos.

—Muy bien —aplaude lento, burlón—. Aunque "extracción" suena muy agrícola. Preferimos pensar en ello como "redistribución de recursos".

Siento náuseas. —Han estado robando órganos a los pacientes del hospital.

—¡Otra vez con ese vocabulario deplorable! "Robar" es una palabra tan fea, ¿no crees? Nosotros prestamos un servicio. Nos saltamos las listas de espera; evitamos toda esa tediosa burocracia. Siempre que puedas pagar nuestros precios, obtienes lo que necesitas cuando lo necesitas.

—¿De *niños*? —grazno—. Leo tiene ocho años.

—Oh, sí. Los niños tienen los mejores órganos. Son jóvenes, sanos y no están dañados por años de malos hábitos —lo dice con total naturalidad. Es solo otro hombre del capitalismo, ofreciendo otro producto de consumo muy cotizado—. ¡Un riñón pediátrico puede venderse por medio millón de dólares al comprador adecuado! Por supuesto, eso ha hecho que nuestra organización sea bastante rica.

Voy a vomitar. De hecho, voy a vomitar sobre la costosa alfombra de Jeremy.

—Los Keres —digo—. Esos son ustedes.

Él asiente. —Así es como nos llamamos. Apropiado, ¿no crees? En la mitología griega, los Keres eran espíritus de muerte violenta. Se alimentaban de sangre humana y se deleitaban con la matanza de la guerra.

—Eres repugnante.

—Soy práctico —da un paso más hacia mí y yo me aplasto contra el archivador como si pudiera teletransportarme a través de él si lo intento con suficiente fuerza—. El mundo está lleno de dos tipos de personas: las que necesitan órganos y las que los tienen. Nosotros simplemente facilitamos el intercambio.

—¿Lo sabe Kovan?

La sonrisa de Ihor se amplía, revelando unos dientes demasiado blancos y afilados. —Esa es una pregunta interesante, ¿no? —se recuesta contra el escritorio de Jeremy, tan tranquilo como siempre —. ¿Qué crees, Vesper? ¿Sabe el hombre con el que has estado compartiendo la cama que su organización se beneficia del sufrimiento de los niños?

—No.

—¿No? ¿Estás segura? —Ihor saca su teléfono y se pone a buscar algo—. Porque, según nuestros registros financieros, la Bratva Krayev se ha estado llevando un porcentaje de nuestros beneficios

desde el principio. El quince por ciento de todo lo que ganamos va directamente a cuentas controladas por... tu novio.

Todo se queda en silencio, excepto por el sonido de mi propio corazón, que late con fuerza en mis oídos.

—Estás mintiendo.

—¿Ah, sí? —me muestra la pantalla del teléfono.

Pero no quiero mirarla. —Él nunca haría eso. Él...

Ihor me interrumpe con una carcajada. —Vesper, cariño, ¿de dónde crees que viene todo su dinero? El tráfico de órganos no es un negocio secundario que llevamos a cabo sin el conocimiento de Kovan. Es nuestra operación más lucrativa. Y tu preciado novio ha estado cosechando su parte desde el primer día.

No puedo respirar. El aire de esta habitación se ha vuelto demasiado denso, demasiado pesado. Mis pulmones no funcionan correctamente.

—No lo haría —susurro—. Quiere a Luka. Nunca pondría en peligro a los niños.

—Luka es de la familia. ¿Pero los otros niños? —Ihor se encoge de hombros—. Son simplemente daños colaterales.

"Otros niños" es una forma cruel e insensible de expresarlo. No son "otros niños", son almas inocentes con rostros, risas e historias. Son Leos, Mias, Harpers y docenas de otros niños cuyos padres los trajeron aquí creyendo que estarían a salvo.

Son mis *pacientes*. Son mi responsabilidad.

—Los denunciaré —le digo—. Iré a la policía, al FBI, a quienquiera que me escuche.

Una vez más, Ihor se limita a reír. —¿Con qué pruebas? Y, aunque pudieras demostrar algo, ¿a quién crees que creerán? ¿A un cirujano respetado con décadas de experiencia o a una descontenta

desacreditada y sancionada en repetidas ocasiones que se ha acostado con un conocido delincuente?

Tiene razón. No tengo pruebas, solo estos archivos crípticos, suponiendo que me deje salir de aquí con ellos en la mano, y mi credibilidad ya se ha visto comprometida por mi relación con Kovan.

Aun así, lo último que voy a hacer es dejar que este repugnante bastardo me intimide hasta callarme.

—Que te jodan —le escupo a los pies—. No te tengo miedo.

Ihor suspira y se toca la barbilla. —Qué decepción. Esperaba que fueras más como tu padre.

—¿Qué demonios sabes tú de mi padre?

Se lame los labios y me clava la mirada. —Más que tú, por lo que parece. ¿Te gustaría que te cuente una historia?

Niego con la cabeza, pero a él no le importa. Sigue hablando de todos modos. —Cuando empezamos este negocio, necesitábamos un cirujano, por supuesto. Alguien respetado, de confianza, alguien que pudiera ganarse a los pacientes e inspirar lealtad.

No puede ser... Seguro que no es... No puede ser.

—¿Qué? —es todo lo que consigo balbucear.

Se levanta del escritorio y empieza a caminar hacia mí. —¿Quién mejor que el mejor que San Francisco podía ofrecer? ¿Quién mejor que Thomas Fairfax? Un médico respetado, un padre amado, un pilar de la comunidad —la voz de Ihor rezuma falsa simpatía—. También uno de los miembros fundadores de nuestra pequeña organización. El primero de los Keres, por así decirlo.

—M-mientes.

—¿Ah, sí? Bueno, ¿quién crees que le enseñó a Jeremy todo lo que sabe? ¿Quién crees que reclutó al Dr. Fleming en primer lugar? —Ihor se acerca cada vez más y no tengo ningún sitio al que huir—.

Tu padre construyó esta operación desde cero. Todas las técnicas que utiliza Jeremy, todos los contactos que tenemos, todos los sistemas que hemos puesto en marcha... todo proviene del Dr. Thomas Fairfax.

Estoy cayendo. No literalmente, pero todo mi interior se derrumba como un edificio al que le han cortado los soportes.

—No —digo con voz ronca—. Mi padre era un buen hombre. Dedicó su vida a ayudar a la gente.

—Dedicó su vida a ayudar a las personas *adecuadas*. Por lo general, a las que le pagaban el sueldo.

Me agarro al borde del escritorio para no caerme. —Basta.

—Amasó una gran fortuna a lo largo de los años. ¿Cómo crees que pudo permitirse enviar a sus dos hijos a las mejores escuelas? ¿Cómo crees que conseguiste tu ropa, tus coches, la comida que comes, el techo que te cobija?

—Deja de hablar.

—¿Lo mejor? Convenció a todo el mundo de que era un santo. Incluso se convenció a sí mismo, creo —hace una pausa y chasquea la lengua—. Hacia el final, sin embargo, empezó a sentir repugnancia por el negocio. Quería salirse. Ya no podía vivir con la culpa.

Las palabras de mi padre resuenan en mi memoria: *He tomado decisiones de las que no me siento orgulloso. Decisiones que los mantuvieron a ti y a tu hermano a salvo, pero por las que algún día tendré que responder*.

Pensé que se refería a trabajar demasiado, por el amor de Dios. A perderse las obras de teatro del colegio y los partidos de fútbol.

No podía estar más equivocada.

—Rechazó el trasplante de hígado porque pensaba que *merecía* morir —susurro con horror creciente.

—Probablemente. La culpa tiene la capacidad de devorar a las personas desde dentro —Ihor se mete las manos en los bolsillos—. Pero su trabajo sigue vivo. Cada órgano que extraemos, cada vida que salvamos proporcionando trasplantes a quienes pueden pagarlos, todo se basa en los cimientos que sentó tu padre. Le debemos una enorme gratitud.

Me hundo en la silla de Jeremy, incapaz de mantenerme en pie. Todo lo que creía sobre mi familia, sobre mi padre, sobre el hombre que me enseñó a valorar la vida por encima de todo... todo ha sido una mentira.

—¿Por qué me cuentas esto? —le pregunto con voz ronca.

—Porque quiero que entiendas que esto no se trata del bien contra el mal. Crees que la medicina es una actividad noble y elevada, pero al final del día, simplemente no lo es. Solo se trata de dinero, querida. Como todo lo demás. Tu padre lo entendía. Jeremy lo entiende. Y en el fondo, creo que tú también lo entiendes.

Ahora me he quedado sin palabras. Es como si se hubiera abierto un vacío en mi cabeza, un agujero negro, y estuviera absorbiendo todo aquello en lo que siempre creí.

—Nos vendría bien alguien con tus habilidades, Vesper —continúa—. Piénsalo: podrías ganar suficiente dinero para que a Luka nunca le faltara nada. Podrías asegurar tu propio futuro, el futuro de Kovan. Sería muy, muy fácil.

Miro fijamente el rostro de Ihor, buscando alguna señal de que todo esto sea una broma elaborada, pero sus ojos están completamente serios.

De verdad cree que voy a decir que sí.

—Quieres que te ayude a asesinar niños.

—Quiero que nos ayudes a salvar vidas —responde con desdén—. Las vidas de personas importantes. Personas con recursos, con contactos, con algo que aportar a la sociedad —su tono se vuelve más frío—. ¿De verdad crees que un mocoso de bajos recursos vale más que el hijo de un senador? ¿El riñón de un inmigrante ilegal es más valioso que el de un director ejecutivo de una empresa de la lista Fortune 500?

—Sí —respondo con vehemencia—. Todas las vidas valen lo mismo.

No puedo seguir aquí sentada. Si escucho una palabra más, voy a vomitar.

—Voy a detenerte.

Él solo niega con la cabeza. —Sigues diciendo eso y empiezo a temer que seas estúpida. ¿Cómo vas a detenernos? Mejor aún, *¿por qué* vas a detenernos? Si caemos, ¿sabes quién caerá con nosotros? *Kovan*. Y si Kovan cae, entonces, bueno... ¿Conoces a algún niño asustado que vaya a volver con su malvada madre y su padrastro?

No puedo... No lo haré... Maldición, si no grito ahora mismo, me voy a volver loca.

Ihor debe verme sufriendo una angustia absoluta, porque me mira con lástima. —Te daré espacio para pensar. Parece que lo necesitas.

Luego, empieza a caminar hacia la puerta, silbando mientras se aleja. Pero, justo antes de irse, se detiene y se da la vuelta.

—Una cosa más, Vesper —exhala con tristeza, como si realmente lamentara lo que está a punto de decir—. Sea lo que sea lo que planees hacer, debes saber que Kovan ya sospecha que te estás acercando demasiado a la verdad. ¿Por qué crees que te ha estado evitando? ¿Por qué crees que ha estado durmiendo en otra habitación, eh?

Me quedo paralizada.

—Sabe que eres demasiado orgullosa para este sucio negocio. Y lo aterra que, cuando descubras quién es realmente, lo dejes —la risa de Ihor es suave, casi compasiva—. Lo irónico es que tiene razón. Lo *dejarás*. La única pregunta es si lo destruirás en el proceso.

No puedo hablar. Puede que nunca vuelva a hablar.

Ihor asiente. —Al final cambiarás de opinión. Siempre lo hacen.

Y entonces, se marcha. Me quedo allí sentada durante lo que me parece una eternidad cruel. Un purgatorio interminable de horror tras horror tras horror.

Pero, al final, el horror empieza a remitir. En su lugar, surge algo nuevo. Algo ardiente, feroz e indomable.

Ira.

Siento ira en nombre de todos los niños que sufrieron a manos de ese miserable hijo de puta. Ihor cree que me tiene acorralada, que soy demasiado dócil, intimidada y burlada como para hacer algo contra su maldad.

Pero se equivoca. Él y Jeremy están muy equivocados.

No me callaré. *No* haré la vista gorda. *No* me iré en silencio.

Haré lo que haya que hacer.

Enciendo el ordenador de Jeremy y empiezo a escribir.

KOVAN

—¿Podemos ir al parque? —pregunta Luka.

—Tengo que estar en el hospital esta tarde —dice Vesper sin levantar la vista de su teléfono—. Lo siento, cariño.

Su rechazo tajante me llama la atención. Vesper nunca despacha a Luka de esta manera. Puede que tenga trabajo, pero siempre le explica por qué, siempre le promete compensarlo y siempre le presta toda su atención cuando habla con él.

Hoy parece que le está hablando a un extraño.

Observo su perfil mientras se desplaza por lo que sea que hay en su pantalla. Algo ha cambiado. El cambio se produjo ayer por la noche, cuando llegó a casa después de su último turno en el hospital. En un momento era la mujer que me había dado un beso de despedida por la mañana; al siguiente, era una desconocida de mirada vacía que apenas reconocía mi existencia.

—¿Va todo bien? —le pregunto.

—Sí —no me mira.

Ayer debería haber puesto a Pavel a cargo de Vesper en lugar de a Osip. Quiero a Osip como a un hermano, pero se distrae con las conversaciones de hospital y las enfermeras guapas. Además, no ha

entregado el informe escrito de ayer, lo que significa que o se le ha olvidado o me está evitando.

El hecho de que intentara llamarme tres veces anoche de repente cobra más importancia.

—Waylen puede llevarte al parque hoy —le dice Vesper a Luka, levantando por fin la vista de su teléfono para revolverle el pelo—. Acaba de enviarme un mensaje. Llegará en unos minutos. Ve a prepararte, ¿vale?

—Vale —dice Luka. Pero su decepción es evidente.

El estado de ánimo del niño se ha vuelto directamente dependiente del de Vesper en las últimas semanas. Cuando ella está feliz, él se ilumina. Cuando ella está distante como ahora, él se desanima. Es otra cosa más que añadir a mi creciente lista de preocupaciones sobre lo apegados que se han vuelto el uno al otro.

Otra cosa más que añadir a mi propia lista de dependencias que no puedo permitirme.

Intento llamar a Osip mientras Vesper se dirige a la cafetera para llenar su taza de viaje. Me envía directamente al buzón de voz.

Cuando acorralo a Vesper junto a la cafetera, todo su cuerpo se pone rígido.

—¿Segura que todo va bien? —le pregunto—. Porque hoy pareces distraída.

Vierte café en su taza sin darse vuelta. Es como si un robot controlara sus miembros. Está rígida. Mecánica.

—No eres el único que puede estar distante y retraído, Kovan —dice en voz baja—. ¿O eso también forma parte del trato que firmé?

Mis cejas se elevan hacia la línea del cabello. —Estás enfadada.

Se da la vuelta, pero mantiene la mirada baja y los ojos entrecerrados. Tiene la mandíbula apretada y la boca fruncida en

una fina línea.

No solo está enfadada.

Está *furiosa.*

—¿Por qué tengo que estar enfadada, Kovan? —espeta con sarcasmo—. Adelante. Dímelo. Cuéntame más sobre cómo me siento.

—¿Pasó algo ayer?

—Se podría decir que sí —me empuja para pasar hacia la puerta—. Disculpa. Tengo que irme. Hay cosas que hacer en el hospital.

Sale con su taza de viaje, dejándome allí parado como un idiota. Vuelvo a marcar el número de Osip mientras la sigo afuera.

Sigue sin contestar.

Cuando llego a la entrada, Vesper ya está metiendo su bolso en el coche.

—Vesper, espera.

Sus hombros se tensan al oír mi voz. —Por favor, Kovan. Ahora no. Llego tarde a una reunión de la junta que no puedo perderme bajo ningún concepto.

—¿Una reunión de la junta directiva? ¿Desde cuándo asistes a reuniones de la junta directiva?

—Desde que convoqué una ayer —se entretiene con algo en el asiento trasero—. He sido pasiva durante demasiado tiempo. Es hora de tomar una decisión. En *todos* los frentes.

No me gusta nada cómo suena eso.

—¿Por qué no me miras a los ojos?

Eso es todo. Se da vuelta y, por primera vez en días, sus ojos azules se clavan en los míos. Arden con una ira tan intensa que me hace

dar un paso atrás.

—¿Hablas en serio? —sisea—. Llevas una semana sin mirarme a los ojos. Desde el tiroteo. Aunque te he pedido perdón una y otra vez...

—Te lo he dicho, no tienes que disculparte. Nunca me enfadé contigo. Lo que pasó esa noche fue culpa mía. Dejé que me convencieras de que salir era seguro cuando sabía que no era así.

Ella suelta una risa áspera. —Ya veo. Así que me estás alejando porque crees que te influyo demasiado. Estás levantando muros porque me acerqué demasiado. ¿Es eso más o menos lo que pasa?

—Ayer pasó algo...

—¡Claro que pasó algo! —exclama—. Hace tiempo que está pasando algo y yo no me he dado cuenta. Quizá porque no quería ver lo que tenía delante de mis narices.

—¿De qué estás hablando?

Ella mira su teléfono. —Ya llego tarde. Tengo que irme.

—Vesper, tenemos que hablar —la agarro del brazo, pero ella se zafa de mí. La mirada que me lanza es de pura y absoluta desconfianza, y me duele más que cualquier cuchillo o bala.

—¿Para qué molestarse? —se burla—. No voy a creer ni una sola palabra de lo que salga de tu boca.

Se sienta al volante y cierra la puerta de un portazo. Golpeo la ventanilla, pero ella me ignora por completo, arranca el motor y sale marcha atrás del camino de entrada sin siquiera mirarme.

Me quedo allí mirando cómo desaparecen sus luces traseras, con el sabor amargo del polvo y el humo del motor en la boca.

—Mierda —murmuro, volviendo a llamar a Osip.

—Hola, has llamado a Osip. Ya sabes cómo va esto. *Biiiiiiip...*

—Osip, ven aquí ahora mismo. Tenemos que hablar sobre ayer.



—¿Qué emergencia hay? —pregunta Osip cuando entra en el gimnasio cuarenta minutos más tarde, ligeramente sin aliento—. Parecía que se hubiera muerto alguien.

—Alguien está a punto de hacerlo si no me dices por qué Vesper actúa como si fuera su peor enemigo.

Se pone pálido al instante. —Mierda.

Dejo caer las pesas de veintitrés kilos que he estado usando para descargar mi frustración. —¿"Mierda"? ¿Eso es todo lo que tienes?

—Ayer la cagué, hermano.

—Y una mierda...

—La perdí de vista —se tapa la cara con las manos y exhala—. Te lo juro, tenía tantas ganas de mear que pensé que mi vejiga iba a explotar...

—¿Qué pasó?

—No lo sé con certeza —admite—. Pero tengo mis sospechas. No quise preocuparte innecesariamente por si me equivocaba.

—Suéltalo.

—Ayer vi a Ihor salir del hospital. Parecía... —Osip busca la palabra adecuada—. Satisfecho.

Aprieto los puños. —Ihor estaba en el hospital. Otra vez. ¿Y no me lo has dicho porque...?

—Vesper mencionó que lo había visto allí antes. Pensé que era algo rutinario y que tú ya lo sabías. Pero ahora creo que quizá se cruzaron. Quizá habló con ella.

No voy a creer ni una sola palabra de lo que salga de tu boca, me dijo.

—Mierda —me hundo los dedos en el cuero cabelludo—. Lo sabe.

—No —Osip niega con la cabeza, frenético—. Él no le habría contado nada sobre...

—Estamos hablando de Ihor. Ese hombre disfruta viendo morir cosas —levanto la vista hacia Osip—. Le contó lo del tráfico de órganos. Es la única explicación.

—Pero ella no sabe que has estado trabajando para acabar con eso. No puede saber que estás intentando destruir todo...

—¡No importa una mierda! —grito—. Lo que importa es que le mentí. Se lo oculté.

—Kovan...

—¡Y ese hijo de puta! —aprieto los puños—. Le dejé muy claro que Vesper estaba fuera de los límites. Tenía que mantenerse alejado de ella.

—Desde que arrestaron a Yana, creo que ha decidido que todo vale.

—Bien —lo empujo para pasar hacia la puerta—. Se acabó lo de ser amable. Es hora de afrontar esto de frente.

—Espera, ¿a dónde vas?

—A buscar a Ihor —toda la ira ha desaparecido. Ahora estoy mortalmente tranquilo—. Él y yo vamos a tener una conversación. Hoy.

—¿Vas a entrar así sin más? —Osip me mira boquiabierto—. Tenemos que planearlo. Necesitamos refuerzos...

—Pavel y tú son mi refuerzo. Llámalo ahora.

Osip se pone delante de mí, bloqueándome el paso. —¿Lo has pensado bien? Sé que estás enfadado por lo de Vesper, pero...

—¿Crees que esto tiene que ver con Vesper?

—Eh... ¿sí?

—No. Se trata de que Ihor socava constantemente mi autoridad. Oficialmente, sigue trabajando para mí. Es hora de recordarle quién manda —vuelvo a empujarlo para pasar—. En cuanto a Vesper... quizá sea bueno que sepa la verdad. Quizá por fin se dé cuenta de que lo nuestro es una idea terrible. No tenemos futuro. Nunca lo tuvimos.

Me dirijo hacia la puerta, obligando a mis manos a dejar de temblar.

Porque, por muy convincente que sea al decirle esas palabras a Osip, ambos sabemos la verdad.

Vesper se ha metido bajo mi piel como nadie lo había hecho antes. Ha cambiado algo fundamental en mí y, ahora que se está alejando, siento como si estuviera sangrando por una herida que no puedo ver.

Que se joda.

Si me mata, que me mate.

No podemos seguir así. Fue una broma cruel pretender que podíamos.

KOVAN

Para cuando Ihor apaga su cigarrillo, Osip, Pavel y yo lo tenemos rodeado. Tres pistolas apuntan a su cabeza.

Ihor ni siquiera se inmuta. Nos dedica a cada uno una sonrisa que podría pasar por acogedora si no supiera lo que sé.

—De verdad, chicos. No había necesidad de entrar por la fuerza. Yo habría abierto las puertas —se ajusta los gemelos—. Al fin y al cabo, somos familia.

Pavel escupe al suelo. Osip sonríe con desdén.

—Creí haberme expresado con claridad —gruño—. Vesper estaba fuera de los límites.

—Tu ingeniosa novia investigó por su cuenta —Ihor alcanza su vaso de whisky como si estuviéramos aquí para tomar el té de la tarde—. Ella fue la que estaba husmeando en oficinas cerradas. Yo solo confirmé lo que ella ya sabía.

Aprieto la mandíbula. —Le contaste lo de los Keres.

—Le dije la verdad —da un sorbo lento—. Debió ser difícil para ella enterarse de que tanto su novio como su padre estaban metidos hasta el cuello en el tráfico de órganos robados.

¿Su padre?

Hago una mueca. A mi lado, veo que Osip y Pavel intercambian miradas de sorpresa.

—Oh, Dios mío. No me digas que no lo sabías —Ihor se ríe entre dientes—. Cuando metes la pata, Kovan, la metes bien. Algunos podrían cuestionar tu liderazgo.

Me esfuerzo por mantener la voz firme. —Supongo que no le mencionaste que iba a acabar con el tráfico de órganos. Que ya había terminado.

—Pero no ha terminado —su sonrisa se desvanece—. No está ni mucho menos terminado.

—¡Yo soy tu *pakhan*!

—Lo eres. Y respetuosamente discrepo con tu decisión —deja su trago, entrelaza los dedos en su regazo y me mira—. Por eso te pido que lo reconsideres. Cortésmente, por supuesto.

—¿Estás malditamente loco? —gruñe Osip.

Desvío mi puntería tres centímetros a la derecha y disparo. La bala rompe el vaso de whisky de Ihor, haciendo que el cristal y el licor salpiquen por toda la habitación. Se pone de pie de un salto, con la cara salpicada de líquido oscuro.

La máscara de calma finalmente se desliza. Sus orejas se ponen rojas. Las venas se le hinchan en el cuello.

—Esto no es negociable —le digo—. Hemos terminado con el tráfico de órganos.

Barre la mesa con el brazo, haciendo que los fragmentos de cristal caigan al suelo con estrépito. —Excepto que no hemos terminado. No si quieres mantener la custodia del niño.

—¿De qué demonios estás hablando? —le pregunto—. El juez ya falló a mi favor. Su decisión es definitiva.

—¿Crees que eres el único que puede amenazar jueces en mitad de la noche, Kovan Krayev? ¿Crees que eres el único que soborna a policías y políticos? —se cruje el cuello y luego escupe en el suelo, a nuestros pies, con disgusto—. Todo esto podría ser muy sencillo. ¿Te opones al tráfico de órganos? Muy bien. Déjaselo a alguien que pueda manejar la presión. Dámelo a mí.

—¿Por qué coño iba a hacer eso?

—Porque los Keres me respaldan. Y ellos tienen registros de todos tus negocios. Solo tengo que enviar una copia al FBI y estás acabado —echa los hombros hacia atrás y el rubor comienza a desaparecer de sus mejillas—. Puedes luchar contra mí en las sombras. Incluso puedes ganar. Pero tarde o temprano, perderás la custodia de Luka. Volverá aquí, con su madre y conmigo.

—Haz lo que quieras —le digo—. Puedo luchar contra ti y ganaré. Puede que tengas a los Keres, pero, cuando haya acabado con ellos, no significarán nada.

Ihor frunce la nariz con desdén. —¿De verdad vas a arriesgar al mocoso por esto? ¿Arriesgar tu libertad y el bienestar de un niño para disolver un negocio que le ha reportado miles de millones a tu familia?

—Ganaré miles de millones de otra manera.

—Mírate. Un *pakhan* con principios morales —vuelve a negar con la cabeza—. Si tu padre te viera ahora, se avergonzaría.

Pavel se pone tenso. —No te atrevas a hablar de nuestro padre...

—¿Qué pasa, chico? ¿No te gusta oír la verdad? —Ihor mira a Pavel con abierto desprecio—. Conocía a tu padre mejor que cualquiera de ustedes. Era mi amigo, mi compañero. Construimos juntos esta Bratva. Teníamos una visión. Y esa visión podría haber sido posible si no hubiera tenido unos hijos tan débiles y patéticos.

Pavel abre la boca, pero lo callo con una mirada.

—Tienes razón —digo en su lugar—. No conocíamos a nuestro padre tan bien como tú. Y ahora mismo, estoy agradecido. Porque, si lo hubiera conocido tan bien como tú, creo que lo habría odiado. Nunca podría amar ni respetar a un hombre que se enriquece con la miseria de los demás.

El rostro de Ihor se transforma en algo reptiliano. —Interesante elección de palabras. Me pregunto si Vesper piensa lo mismo de ti.

—Kovan no se parece en nada a su padre —sisea Osip—. Está intentando detener esto.

—¿Pero Vesper lo creerá? —se burla Ihor—. ¿Te creerá después de que le cuente la verdad sobre cómo murió su padre?

Mi brazo armado cae. De repente, el arma me resulta imposiblemente pesada. —¿De qué estás hablando?

—Me refiero al hecho de que el padre de Vesper murió por culpa del tuyo.

Se produce un momento de silencio. Entonces, Pavel pone los ojos en blanco y Osip se echa a reír. Decido que ambas reacciones tienen sentido, así que hago lo mismo. —Por Dios, Ihor. Realmente dirías cualquier cosa para conseguir lo que quieres.

Ihor no responde. Solo nos observa con los ojos entrecerrados, esperando a que nuestras risas se apaguen.

Cuando lo hace, tengo la garganta seca. Me duele tragar.

—Mientes —digo.

—Tengo pruebas.

—No. No. Estás mintiendo. Eres un maldito mentiroso.

Él niega lentamente con la cabeza. —No importa cuántas veces lo repitas, chico. No lo hará menos cierto.

Abre el cajón de su escritorio. Los tres levantamos nuestras armas.

—¡No te muevas! —ordena Osip.

Ihor levanta las manos. —Estoy tratando de ofrecerles pruebas. A menos que prefieran no verlas...

La voz de Pavel se quiebra. —Kovan, no deberíamos escucharlo. Es una serpiente que dirá cualquier cosa para destruirte.

—Estoy tratando de preservar el nombre Krayev —insiste Ihor—. Esta Bratva se merece algo mejor que tú. Se merece a alguien que entienda lo que es realmente el poder. Alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo. Tu padre lo entendía. Por eso, cuando Thomas Fairfax empezó a tener dudas sobre nuestra operación, Genrikh tuvo que eliminarlo.

—Tonterías —digo—. Thomas Fairfax murió de insuficiencia hepática. No tuvo nada que ver con...

—Le *ofrecieron* un hígado. Varias veces. Lo rechazó. ¿Sabes por qué?

—¡Cállate! —grita Pavel—. ¡Cállate de una vez!

Lo detengo con una mano en su hombro. —No. Tenemos que escuchar esto.

—Así es, Kovan —la voz de Ihor se vuelve condescendiente—. Necesitas oír esto. Necesitas saber lo fuerte que era tu padre como líder.

El frío se extiende por mis huesos, pero me niego a temblar. No voy a dejar que vea ni una pizca de debilidad.

—Llevábamos meses vigilando a Thomas. Empezó a poner excusas para librarse de las operaciones de extracción. El mes antes de morir, se negó abiertamente a extraer un riñón que ya tenía preparado. Había desarrollado conciencia —dice Ihor como si fuera algo repugnante—. Sabíamos que era solo cuestión de tiempo que acudiera a la policía y destapara todo nuestro negocio.

—Así que lo amenazaron.

Se lleva una mano al pecho, con aire de dignidad ofendida. —Yo no hice nada. *Tu padre* le dio a Thomas dos opciones. Rechazar el hígado, cerrar la boca y su familia estaría a salvo. Ese era el precio. Su silencio y su vida.

Me doy la vuelta y bajo el brazo con el arma. —No puede ser verdad.

—Es cierto. Por mucho que lo niegues, no te salvará. Tu padre es la razón por la que Thomas Fairfax rechazó ese primer hígado. Tu padre es la razón por la que Thomas rechazó la oferta de su hija de donarle parte del suyo. Por eso murió. Genrikh mató a Thomas —Ihor hace una pausa—. Es poético que se conocieran ustedes. Algunos lo llamarían karma.

Me abalanzo sobre él y le apunto con mi arma a la cara. —Te mataré.

—Podrías hacerlo —admite—. Pero en cuanto muera, la verdad se enviará a la policía en un bonito paquetito. También se enviará una copia a tu preciosa novia. Tu vida se derrumbará, tu mujer te abandonará y perderás a Luka de todos modos —sonríe, mostrando los dientes—. Pero si esperas unos instantes más, verás que te estoy ofreciendo una salida. Una tregua.

—Quieres que impida que Vesper exponga a los Keres.

—Eres inteligente —Ihor me guiña un ojo—. Evita que tu novia interfiera y podrás quedarte con Luka para siempre. Tanto Yana como yo renunciaremos a nuestros derechos y te dejaremos en paz. Siempre y cuando no te interpongas en nuestro camino.

Cada célula de mi cuerpo grita que apriete el gatillo.

—Que te jodan —gruño.

Una sonrisa se dibuja en sus labios. —Lo tomaré como un sí.

VESPER

Llegan tarde.

Todos y cada uno de ellos llegan jodidamente tarde, y estoy a punto de perder lo que me queda de cordura.

Cuando envié la convocatoria desde el portátil de Jeremy, convoqué esta reunión de la junta para las seis. Ahora son las ocho y llevo dos horas haciendo un agujero en el suelo del pasillo del hospital.

Mandy está sentada en su escritorio, fingiendo trabajar mientras me lanza miradas nerviosas cada treinta segundos. Su pintalabios rosa enfermizo la hace parecer un animal atropellado. Me dan ganas de ayudarla a conseguir ese aspecto de forma permanente.

—¿Dónde demonios está todo el mundo? —le espeto finalmente, acercándome a su escritorio.

Ella se estremece y sus dedos se congelan sobre el teclado. —Yo... bueno...

—Me dijiste que iban a venir.

Se niega a mirarme. —Hago lo que me dicen.

—Me has mentido —digo mientras asimilo la verdad.

Se encoge de hombros, sin levantar la vista. —No te lo tomes como algo personal.

El último vestigio de humanidad que queda en mí se rompe en dos.

Me abalanzo sobre su escritorio y cierro de golpe su ordenador portátil, casi arrancándole los dedos. —¿Hasta qué punto estás involucrada en esto? ¿Tienes idea del tipo de operación enfermiza y retorcida que estás ayudando a encubrir? Podrías ir a la cárcel por esto. Eres cómplice de...

—Quítate de mi vista, zorra loca.

Los archivos de su escritorio salen volando antes de que me dé cuenta de que los he agarrado. Los papeles se esparcen por todas partes y Mandy se echa hacia atrás en su silla como si estuviera rabiosa.

Mierda, quizá lo esté.

—Te voy a dar una paliza —le advierto, rodeando su escritorio con el puño ya levantado—. Te voy a...

—Vesper.

La voz de Kovan corta mi ira de raíz. Me quedo paralizada, con el brazo aún levantado, mientras la realidad de lo que estaba a punto de hacer me golpea en oleadas humillantes.

Mandy se levanta de un salto de la silla y corre hacia los ascensores, apretando repetidamente el botón de llamada. —¡Está loca! —grita por encima del hombro—. ¡La zorra loca ha intentado pegarme!

Las puertas del ascensor se cierran ante su rostro aterrorizado y yo me quedo allí de pie, con el puño aún levantado, sintiéndome como la peor versión de mí misma.

Me giro lentamente hacia Kovan.

—¿De verdad ibas a pegarle? —me pregunta.

—Sinceramente, no lo sé —me aclaro la garganta—. ¿Qué haces aquí?

—He venido a hablar contigo.

—He convocado una reunión de la junta —me apresuro a explicar, aunque él no me lo ha preguntado—. He utilizado el ordenador de Jeremy para enviar una solicitud de reunión de emergencia a todos. Ya deberían estar aquí...

—No va a venir nadie, Vesper.

Hago una pausa. —Lo sabías.

Su silencio es respuesta suficiente.

—Bien. Que se jodan. No me importa —insisto—. Encontraré otra manera. No todos los miembros de la junta saben lo que está pasando. Se merecen saber la verdad. Iré a buscarlos uno por uno y los haré escuchar...

—No puedes decirles nada.

Lo miro fijamente, segura de haber oído mal. —¿Qué?

—No puedo dejar que se lo digas, Vesper.

La traición es tan absoluta, tan devastadora, que por un momento no puedo respirar. Luego, la furia regresa, redoblada.

—¡Cabrón! —me abalanzo sobre él, golpeándolo con los puños en el pecho, en los hombros, en cualquier sitio al que puedo llegar—. ¡Lo sabías todo este tiempo! ¡Tú formabas parte de ello!

Me deja golpearle durante varios segundos antes de agarrarme por las muñecas, darme vuelta y empujarme contra su pecho.

—¡Suéltame! —me debato contra su agarre, pero es demasiado fuerte—. ¡Suéltame, maldita sea!

Me lleva a la sala de juntas vacía y cierra la puerta de una patada detrás de nosotros. Cuando me suelta, me alejo tambaleándome de él, interponiendo la mesa de conferencias entre nosotros.

—Tienes razón —dice en voz baja—. Soy un monstruo. He hecho la vista gorda ante este negocio durante demasiado tiempo.

Me río. —Esa es una forma de describir tu participación activa en la mierda más repugnante que he oído nunca.

—Yo no participé —parece agotado mientras habla—. En cuanto me convertí en *pakhan*, acabé con el tráfico de órganos. Mi hermano estaba pensando en hacer lo mismo cuando... —se detiene de repente y palidece—. Mierda.

A pesar de todo, me veo preguntando—: ¿Qué?

—Vitalii. Estaba planeando acabar con la operación cuando murió —los ojos de Kovan pierden el foco y me atraviesan con la mirada—. No fue un accidente. Lo mataron porque iba a acabar con ello. Acabo de darme cuenta... Acabo de... Acabo de... *Maldita sea.*

Es como ver un accidente de coche a cámara lenta. La verdad lo golpea con tanta fuerza y, sin embargo, no se doblega, no se derrumba como lo haría yo. Simplemente lo acepta, aunque su rostro está desfigurado por el dolor.

Una pequeña parte de mí quiere consolarlo.

El resto de mí está demasiado herido, demasiado enfadado, demasiado destrozado como para preocuparse.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que quiero decir es que Ihor nunca iba a permitir que lo detuviéramos —dice, volviendo a ponerse serio—. Ni Vitalii, ni yo.

—Así que te rindes. Lo estás dejando ganar.

Él intenta abrazarme, pero yo me aparto bruscamente. Su mano cae a un lado. —Lo siento.

Dos palabras que lo significan todo y nada. Mi corazón se rompe, no en sentido figurado, sino físicamente, con un agudo crujido en el pecho que me deja sin aliento.

—Si realmente quieres que esto termine, ¿por qué te rindes ahora?

—Por Luka.

Solo sacudo la cabeza. —Tú tienes la custodia.

—Por ahora. Yana puede impugnarlo.

—Volverás a ganarle.

—No cuando Ihor me inculpe como el cerebro detrás de todo —suena vacío, derrotado—. Me echará la culpa de sus crímenes y perderé a Luka. El niño volverá a ser su peón.

Me hundo los dedos en el pelo y tiro hasta que me arde el cuero cabelludo. —Está mintiendo.

—No lo está haciendo. Conozco a Ihor. Me destruirá si no cedo.

—Si tiene pruebas contra ti, quizá no seas tan inocente como dices.

Los hombros de Kovan se tensan. —Nunca dije que fuera inocente. He cometido errores, tantos jodidos errores que podría ahogarme en ellos. Debería haber acabado con esto definitivamente el día que tomé el poder. En el mismo jodido instante en que la corona tocó mi cabeza. E incluso antes de eso... Debería haber matado a Ihor antes de que tuviera la oportunidad de asesinar a mi hermano —da un paso hacia mí, pero no intenta tocarme—. Pero ahora es demasiado tarde.

—¿Y qué? —digo, con la garganta seca y dolorida—. ¿Vas a dejar que siga matando niños porque tiene poder sobre ti?

—No se trata solo de mí. Se trata de Luka. De su futuro. De su vida.

—¡Yo también quiero a Luka! —exclamo—. Quiero a ese chico más de lo que creía posible, pero no puedo fingir que esto no está

pasando. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras mueren niños.

Mientras lo observo, el rostro de Kovan cambia. La derrota se endurece hasta convertirse en una máscara. En una armadura fría y dura.

—No espero que lo entiendas. No eres Bratva. No tienes nuestra sangre —su voz se vuelve áspera, casi un gruñido—. Y no eres de la familia.

Espero a que se retracte, a que suavice sus palabras de alguna manera.

No lo hace.

—¿Qué estás diciendo? —le pregunto con voz chillona.

Él no duda. —Estoy diciendo que esto, tú y yo, ha sido un error. Quizá el mayor que he cometido nunca.

—¿Sí? —le escupo en la cara—. ¿Qué te hace pensar que tú eres diferente para mí? Yo era feliz antes de conocerte. Estaba realizada. Era...

—Eras un fantasma —me interrumpe con voz apagada—. Andabas por ahí fingiendo estar viva. No tenías una vida, solo tenías un horario. Y ni siquiera eso fue suficiente para salvar a los niños que más te necesitaban.

Mi visión se nubla, por las lágrimas o la rabia o ambas cosas o ninguna, ni siquiera lo sé. —Tú... Tú eres... Eres un maldito bastardo, Kovan.

—Nunca mentí sobre lo que soy —se acerca—. Tú eres la que se convenció a sí misma de que esto era real. Ahora tengo la custodia de Luka. Ya no te necesito.

—Para —esgrimo la súplica con los labios entumecidos—. Los dos sabemos que esto dejó de ser una cuestión de custodia hace

semanas. Si quieres acabar con esto, hazlo. Pero no te atrevas a fingir que no sientes nada.

—No tengo que fingir —aprieta la mandíbula—. Hemos terminado, Vesper. Se acabó. Pavel vendrá a devolverte tus cosas.

—Espera, tengo que ver a Luka. Tengo que explicarle...

—No.

Me quedo paralizada.

—N-no puedes —el pánico se apodera de mí—. Luka y yo tenemos una relación. Querrá saber por qué desaparecí.

—Te olvidará. Te superará —Kovan se dirige hacia la salida sin mirar atrás—. Yo ya lo he hecho.

La puerta se cierra de golpe detrás de él.

Y me quedo sola con los restos de todo lo que creía saber sobre el amor.

VESPER

Cuando te mueres por dentro, vas a casa con tu madre.

No recuerdo haber conducido hasta aquí. No recuerdo haber aparcado ni haber subido los escalones de la entrada. Pero, de alguna manera, estoy de pie en el porche de mamá, temblando como una hoja, tratando de no derrumbarme por completo.

La puerta se abre. —¿Vesper? —su rostro se descompone en cuanto me ve—. Oh, cariño.

Ahí es cuando me derrumbo.

Justo allí, en el umbral de su puerta, me hago mil pedazos. Ella me atrapa antes de que caiga al suelo, rodeándome con sus brazos como solía hacer cuando era pequeña y pensaba que ella podía arreglarlo todo.

—Te tengo —me susurra, guiándome hacia dentro—. Mamá te tiene.

Quiero preguntarle por papá. Por lo que me contó Ihor. Por el tráfico de órganos y las decisiones que tomó papá y si ella lo sabía desde el principio.

Pero no puedo articular palabra.

Así que me limito a aferrarme a ella y llorar.

~

Treinta minutos más tarde, Waylen irrumpe por la puerta principal. Mamá debe de haberle enviado un mensaje y contarle algo, porque tiene las manos cerradas en puños. —Si te ha hecho daño, juro por Dios...

—Waylen, basta —le espeta mamá—. Tu hermana necesita apoyo ahora mismo, no más enfado.

Él se desinfla y se sienta a mi lado. —¿Qué ha pasado?

—Tenías razón sobre él —me limpio la nariz con el dorso de la mano —. Debería haberte escuchado.

—¿Qué ha hecho?

—Aún no puedo hablar de ello —me recuesto contra los cojines del sofá—. Hemos roto. Y no me deja ver más a Luka.

El rostro de Waylen se ensombrece. —Voy a matarlo.

—No lo hagas —cierro los ojos—. No lo hagas. Yo también quería romper. No es quien creía que era. Pero perder a Luka...

—Ay, cariño —Mamá me coge la mano.

Cuando la miro, la miro de verdad, me doy cuenta de lo pálida que está. De lo delgada. ¿Cuándo se ha vuelto tan frágil?

—¿Mamá? ¿Estás bien?

Intenta sonreír. No lo consigue. —Estoy bien, cariño. Solo cansada.

Pero entonces se levanta. Se levanta demasiado rápido, en realidad. Se tambalea.

—Mamá...

Se derrumba.

En un segundo está de pie y al siguiente está en el suelo, con el cuerpo convulsionado.

—¡Llama al 911! —me arrodillo a su lado y le tomo el pulso—. Mamá, quédate conmigo. Vas a estar bien.

—No, no llames a una ambulancia —apenas puede susurrar—. Llama a la Dra. Nass. Su número está en mi teléfono.

Se me pone la piel de gallina. —¿La Dra. Erica Nass? ¿La de St. Raphael?

Mamá asiente débilmente.

—Es oncóloga —le digo a Waylen, que nos mira confundido.

—Lo siento —los labios de mamá se están poniendo azules—. Debería habérselos dicho antes.

—¿Decirnos qué? —pregunta Waylen con voz quebrada—. Mamá, ¿de qué estás hablando?

Ya lo sé. Antes de que ella pronuncie las palabras, ya lo sé.

—Tengo cáncer, mis niños. En fase cuatro.

Primero, Kovan.

Luego, Luka.

Ahora, esto.

Me acurruco en el suelo junto a mi madre y me pregunto cuántas pérdidas puede soportar una persona.

KOVAN

No debería estar aquí.

No debería estar en este maldito lugar.

Pero aquí estoy, apoyado contra la puerta del apartamento de Waylen, porque Vesper no ha estado en su apartamento en toda la semana. Tampoco en St. Raphael. Y la casa de su madre ha estado a oscuras cada vez que he pasado por delante.

Lo que solo deja esta opción.

Llevo una hora acampado frente a su puerta cuando por fin sus pasos resuenan en la escalera.

Tiene un aspecto horrible.

Tiene ojeras. La barba muy larga y el pelo revuelto. Se mueve como un hombre que lleva toneladas y toneladas de peso invisible.

—Tienes una pinta horrible —le digo.

Su rostro se tensa en cuanto me ve. —Solicité una ausencia temporal, por si lo has olvidado. Pensé que estaba claro que no quería verte la cara.

—Han pasado dos semanas.

—Me dijiste que me tomara todo el tiempo que necesitara. Justo antes de colgarme el teléfono.

Le colgué. La mañana después de destrozarlo todo con Vesper, cuando me llamó para pedirme tiempo libre para ocuparse de una emergencia familiar. Se lo concedí sin preguntar, demasiado consumido por mi propio desastre como para pedir detalles.

Otro arrepentimiento más que añadir a la lista.

—Pensé que necesitabas estar con Vesper.

Él frunce los labios. —No hables de mi maldita hermana. No te atrevas a preguntar por ella.

—No estoy aquí por ella.

Se queda paralizado, con la llave a medio camino de la cerradura. Sus ojos me recorren con abierto escepticismo. —Claro.

—Eres un empleado...

—¿Y tú visitas a todos tus empleados en sus casas? —introduce la llave en la cerradura como si estuviera apuñalando algo—. ¿Te quedas acechando fuera de sus apartamentos esperándolos?

—Luka ha estado preguntando por ti.

—Hablo con Luka todos los días —responde con frialdad—. Es curioso que no te lo haya mencionado.

Aprieto la mandíbula. —¿También habla con Vesper?

—¿Qué te he dicho sobre mencionar a mi hermana?

—No te comportes como un maldito niño, Waylen.

Abre la puerta de una patada y se vuelve hacia mí. —¿Cómo te atreves a llamarme niño? Rompes con mi hermana, le prohíbes que se ponga en contacto con Luka, ¿y soy yo el que está siendo infantil?

Así que ella no le ha contado todo. Solo lo suficiente para pintarme como el villano. Que es exactamente lo que soy.

—Soy el tío de Luka...

—Y ahora mismo estás siendo un puto gilipollas. Ese chico ama a Vesper. Ella lo ama a él. Lo entiendo, no quieres atarte. Quieres ser el bastardo arrogante y libre que siempre supe que eras. Pero ¿por qué castigarlos?

Mierda, eso duele. Pero tiene razón, porque he hecho daño a las dos personas que más me importan. Y aunque fuera por una razón noble, aunque fuera para protegerlos de un dolor peor en el futuro, no lo saben. Solo ven lo que he hecho. El daño que he causado.

—¿Cuándo volverás al trabajo? —le pregunto. Es lo más parecido a preguntarle cómo está.

—No lo sé.

—Dijiste que era una emergencia familiar...

—¿Te importa?

—Necesito datos.

Sus ojos echan chispas. —¿Sabes qué? Empezaba a pensar que debajo de toda esa arrogancia podría haber un hombre decente. Resulta que me equivoqué —se adentra en la puerta de su casa—. ¿Quieres saber dónde está Vesper? ¿Por qué no me lo preguntas directamente?

Por un segundo, casi lo hago. La pregunta arde en mi lengua, desesperada por escapar. Pero justo antes de soltarla, cambio de opinión. Vesper ya no es mi preocupación. Nunca debió serlo.

Es una carga. Una distracción.

Y lo más importante, es demasiado extraordinaria para desperdiciarse en alguien como yo.

—Creo que es mejor que no vuelvas —le digo en su lugar—. Luka necesita un cambio. Todos lo necesitamos.

No parece sorprendido en absoluto. —Bien. Envíame mi último sueldo cuando quieras. O no lo hagas. Ya me da igual.

Me doy la vuelta para marcharme, pero me detengo a mitad de camino. —Ella estará mejor sin mí, Waylen.

Él solo niega con la cabeza. —Pobre bastardo estúpido —dice en voz baja—. Nuestra madre tiene cáncer. Ahí es donde está Vesper.

La puerta se cierra de golpe en mis narices. Un momento después, se oye el cerrojo.

~

—¿Dónde está Vesper?

Luka está frente a mí en la mesa del comedor, con los puñitos apretados a los lados, negándose a sentarse. Osip y Pavel miran fijamente sus platos, como si no pudieran oír ni ver nada de lo que está pasando justo delante de ellos.

—Escucha, amigo...

—¡No! —grita—. Llevas semanas mintiéndome. Sé que no está ocupada en el trabajo. Quiero hablar con Vesper. Quiero saber dónde está.

—Luka...

—Quiero a Waylen y quiero a Vesper. ¿Por qué ya no vienen? ¡Dime la verdad!

—Kovan... —Pavel me mira con esos ojos heridos—. Creo que el niño merece saberlo.

Osip tira la servilleta. —Coincido.

Traidores. Los dos.

—Luka, lo siento, pero no volverás a ver a Vesper ni a Waylen. Hemos roto...

—¡Quiero a Vesper! —su cara se pone roja e hinchada—. ¡Quiero hablar con ella ahora mismo!

—Eso no es posible.

—¡Deja de decir que lo sientes cuando no es verdad! —su voz se quiebra por la furia y la angustia—. Si realmente lo sintieras, me dejarías hablar con Vesper. No habrías roto con ella. Tú...

—Luka —me levanto y le toco los hombros—. Necesito que te calmes...

—¡No! —me aparta de un empujón y retrocede hacia la puerta—. Amo a Vesper y tú la alejaste de mí. Alejas a todo el mundo...

—Por favor, chico...

—¡Te odio!

Se da la vuelta y sale corriendo de la habitación, dejando atrás su cena intacta.

Me hundo en mi silla. Osip y Pavel me miran con idénticas expresiones de decepción.

—Lo superará —digo al aire—. Con el tiempo, lo superará.

Pavel exhala lentamente. —Siempre has sabido lo que es mejor para Luka. Nunca te has equivocado con él —hace una pausa—. Pero esta vez, hermano... creo que la has cagado.

VESPER

Treinta días.

Eso es lo que ha pasado desde que Kovan Krayev decidió que no valía la pena luchar por mí.

Cuento los días como un prisionero que marca el tiempo en la pared de su celda. Patético, pero así es. Pero bueno, la gente pierde a su alma gemela todos los días, ¿no? Es posible ser feliz, seguir adelante, recoger los pedazos de tu corazón roto y continuar con tu vida. Mamá lo hizo. ¿Por qué yo no puedo?

Me acerco a su cama y le acaricio el brazo, el que lleva un mes con unas cánulas clavadas. Las venas se han vuelto permanentemente azules.

—¿Cómo está hoy? —le pregunto a la enfermera mientras ajusta el gotero de mamá.

—Igual que ayer. Estable, pero débil —utiliza el tono suave y refinado que se reserva para los casos desahuciados.

Odio ese tono.

Después de que se marcha, me siento en la silla junto a la cama de mamá y la observo dormir. Ahora tiene el rostro demacrado y los

pómulos marcados. El cáncer la está devorando por dentro, y ella lo está permitiendo.

Igual que hizo papá.

—Toc, toc.

Charity aparece en la puerta con café y lo que parece una preocupación genuina. Lleva el pelo más corto, un corte bob irregular que la hace parecer años más joven.

—¿Te has cortado el pelo?

—Pensé en probar algo diferente. Osip dijo que me daba un aire sofisticado —hace una pausa—. No es que estemos hablando de él.

Claro. Porque mi mejor amiga está saliendo con el mejor amigo de mi exnovio, lo que complica maravillosamente las cosas.

—¿Cómo lo llevas? —pregunta.

—Estoy furiosa.

Charity parpadea. —¿Con Kovan?

—Con ella —señalo a mamá—. Se está rindiendo. Rechaza la quimioterapia, rechaza las transfusiones de sangre, se niega a luchar. Es como volver a ver a papá.

—Vesper...

—Podría vencerlo si quisiera, Char. La Dra. Nass dice que las tasas de supervivencia para su tipo de cáncer han mejorado drásticamente en los últimos cinco años. Pero ni siquiera lo intenta.

Charity se sienta en la silla de visitas y me mira a la cara. —Tienes muy mal aspecto. ¿Cuándo fue la última vez que comiste algo que no fuera de una máquina expendedora?

No lo recuerdo. Últimamente, la comida me sabe a ceniza. Todo me sabe a ceniza.

—Hay un ensayo experimental —digo en su lugar—. Aquí mismo, en St. Raphael. Lo dirige la Dra. Nass. Una nueva técnica quirúrgica combinada con terapia dirigida.

—¿Tu madre cumple los requisitos?

—No. Pero podría mover algunos hilos. Meterla en la lista.

Charity hace una mueca y sé que está pensando lo mismo que yo: hacer eso significaría desplazar a otra persona. Alguien que lleva esperando. Alguien que se merece su oportunidad de vivir tanto como mi madre.

—Mierda —susurro—. Me estoy convirtiendo en todo lo que odio.

—Estás asustada —argumenta Charity en voz baja—. Hay una diferencia.

—¿Ah, sí? Porque estoy aquí sentada contemplando violaciones de la ética médica mientras juzgo a Kovan por sus compromisos morales. El burro llamando orejudo al buey.

Antes de que Charity pueda intentar sacarme de esa espiral descendente, la Dra. Nass aparece en la puerta con una carpeta de cartón. —¿Dra. Fairfax? ¿Podría hablar contigo en privado?

La sigo al pasillo con un nudo en el estómago. Las malas noticias siempre vienen con carpetas.

—Llegaron los resultados de los análisis de sangre que insististe en hacer —explica.

—Soy donante universal. Dije que podía ayudar con las transfusiones.

La Dra. Nass abre la carpeta y me la entrega. —En circunstancias normales, sí. Pero estas no son circunstancias normales.

Echo un vistazo rápido a los resultados del laboratorio. Todo parece normal... hasta que llego al final de la página.

Entonces, mi visión se vuelve borrosa.

La carpeta se me resbala de las manos y su contenido se esparce por el suelo del hospital como copos de nieve. Apoyo la espalda contra la pared y me deslizo hasta quedar sentada en el frío linóleo, rodeada de los resultados de mis análisis, de mis lágrimas, de los restos de mi vida.

Hace treinta días, pensé que lo había perdido todo.

Pero resulta que me equivocaba.

—Felicitaciones —dice la Dra. Nass—. Estás embarazada.



CONTINUARÁ

La historia continúa en el libro 2 del dúo de la Bratva Krayev, *Salvación Tóxica*.